



CHARLOTTE  
**LINK**

LA ESTACIÓN  
*de las*  
TORMENTAS

Grijalbo

CHARLOTTE LINK

La estación  
de las tormentas

Traducción de  
Carlos Fortea

Grijalbo

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# LIBRO I

Era junio. El atardecer teñía la tarde. Cruzaban el cielo azul pálido unas cuantas nubes deshilachadas, en las praderas cantaban los grillos, y las hojas de los árboles susurraban ligeramente. Los abetos se hacían más oscuros en el horizonte, las sombras sobre los prados más largas. Los troncos de los pinos relucían en color castaño.

-Mañana regreso a Berlín -dijo Maksim.

De pronto, la tarde resplandeciente había perdido su brillo. Felicia Degnelly, sentada junto a Maksim a la orilla de un arroyo, alzó la vista sobresaltada:

-¿Mañana? Pero ¿por qué? ¡El verano no ha hecho más que empezar!

La respuesta de Maksim fue evasiva.

-Voy a ver a unos amigos. Amigos importantes.

-¡Camaradas! -dijo sarcástica Felicia, pero su sarcasmo no hacía más que ocultar lo herida que se sentía. Los camaradas estaban por delante de ella, del verano en común en el campo, de tardes como aquella.

Miró de reojo a Maksim y pensó, llena de amargura: «¡No sabes lo que quieres!».

Pero, en su interior, tenía muy claro que él sabía exactamente lo que quería. Sus pensamientos estaban encadenados a una idea, no a ella. Nunca decía lo que decían otros hombres cuando estaban con ella, cosas como «¡Eres muy guapa!» o «¡Creo que podría enamorarme de ti!». No, de él venían palabras extrañas como «insurrección», «revolución mundial», «abolición de la propiedad privada», «expropiación por parte del proletariado». Que había un mundo solo para él, al que ella no tenía acceso y al que él tampoco iba a permitirle que lo tuviera, lo había entendido hacía ya casi dos años, el día del cumpleaños del emperador, en Berlín, cuando iban por la calle contemplando a la gente jubilosa, y la ira y el cinismo luchaban en el rostro de Maksim. De pronto había murmurado algo (más tarde se había enterado de que era una cita de Marx): -«Este hombre solo es rey porque otros hombres se comportan ante él como súbditos».

Ella se había vuelto para mirarle:

-¿Qué dices?

De repente, un rasgo despreciativo, casi brutal, se había instalado en torno a la boca de él.

-Da igual -había respondido, y miró despectivamente su hermoso vestido y su sombrero nuevo (se había puesto ambas cosas por él)-, da igual, nunca lo entenderás. ¡Nunca!

Tenía razón. No le entendía. No entendía que pudiera entusiasmarse con una idea mientras ella se entusiasmaba con la vida. Él quería cambiar el mundo en beneficio de la humanidad, y ella... bueno, ella solo quería lo mejor para sí misma. Y quería a Maksim Marakov.

Era hijo de un ruso y una alemana, había pasado su juventud alternativamente en San Petersburgo y en Berlín y todos los veranos en la casa de campo de unos parientes en Insterburg, en la Prusia Oriental, no lejos de Lulinn, la finca de los abuelos de Felicia. Era cuatro años mayor que ella, y desde el principio se habían sentido mágicamente atraídos el uno hacia el otro. Ambos tenían el pelo oscuro, los ojos claros y un rostro de rasgos regulares; la mayoría de la gente les tomaba por hermanos. Cuando estaban juntos se sumergían en un mundo aparte, y su infancia quedaba cubierta por el hechizo de unos juegos secretos que nadie perturbaba. Los huertos frutales de Lulinn, los bosques y los lagos que los rodeaban, los prados, habían sido el escenario de sus obras no escritas. Pero en algún momento, durante algún verano, volvieron a subir a su escenario y casi no

se reconocieron. Felicia venía con vestidos elegantes, el pelo recogido en un peinado alto, y se había acostumbrado a exhibir una sonrisa un tanto artificiosa. Maksim apareció con ropas raídas, pálido y con signos de haber trasnochado. Ambos se habían hecho adultos, pero sus primeros pasos en ese camino habían seguido direcciones opuestas. Lo último que tenían en común eran los recuerdos, pero no parecía que fuera a haber más cosas en común en el futuro. Y de pronto Felicia se dio cuenta: «Le amo. Siempre le amaré».

Amaba ese mundo oscuro, ajeno, que no entendía. Amaba la expresión de rechazo de sus ojos y las palabras despreciativas que guardaba para la burguesía establecida. Amaba sus cínicas observaciones acerca del emperador, y amaba la viva alegría de su rostro cuando hablaba de la revolución. Lo amaba todo... pero no entendía la seriedad, la pasión que había detrás. No entendía que sus dos mundos se excluían mutuamente.

Tenía dieciocho años, una sana confianza en sí misma, y ni en sueños se le hubiera ocurrido leer *El capital* solo para poder hablar de algo que no le afectaba.

Apostó por sus ojos, su boca, su cabello resplandeciente, los vestidos escotados y los perfumes misteriosos.

Se quedaron sentados en silencio hasta que el sol se puso, y en su silencio estaba la despedida de una época que había pasado casi imperceptiblemente. Por fin, Maksim se levantó, cogió a Felicia de la mano y la ayudó a levantarse.

-Hace frío -dijo-, deberíamos irnos a casa.

Estaban muy juntos, Felicia con un ancho sombrero de paja de color azul.

Alzó el rostro, entreabrió los labios, expectante, porque le parecía insensato desperdiciar un momento como ese. Durante unos segundos pudo descubrir algo de la vieja ternura en los ojos de Maksim, luego se apagó y, con una risa un tanto trabajosa, él declaró:

-No. No voy a hacerte desdichada, y a mí tampoco.

¿De qué estaba hablando? ¿A qué desdicha se refería?

-Bueno -dijo ella, respondona-, si quieres vivir como un monje, allá tú.

-Quiero seguir mi camino, Felicia. Y tú seguirás el tuyo, y no creo que esos caminos se crucen jamás.

-¿Significa eso que nunca vamos a volver a vernos?

-No volveremos a vernos como tú imaginas.

-¿Por qué no?

Con un movimiento iracundo, Maksim arrancó una rama de un árbol y la partió en trocitos.

-¿Nunca vas a entenderlo, Felicia?

-Gracias, hace mucho que lo he entendido. Tienes que derribar el monopolio internacional de las finanzas, y como es natural no te queda tiempo para nada más. ¡Es mejor ensalzar a Marx durante noches enteras que besar una vez a una chica! Una vida emocionante, sin lugar a dudas. ¡Te deseo que te diviertas mucho!

Se volvió y se fue corriendo. Conocía el camino hasta en sueños, y de alguna manera llegó sin tropezar con ramas ni raíces. Naturalmente, había esperado que él la siguiera, pero al cabo de un rato constató que no pensaba hacerlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, causadas por la ira y por la herida. Solo al llegar a Lulinn se contuvo, se limpió la nariz y se secó la cara.

La casa señorial de Lulinn había sido construida doscientos años antes, aunque la familia Domberg llevaba trescientos asentada en aquel territorio. La primera casa una noche fue pasto de las llamas -decían que una antepasada loca le había prendido fuego por celos-, y la nueva había surgido en su lugar sin adorno alguno y sencilla, a causa de la angustia del momento: un gran

edificio de piedra gris, con muchas ventanas; la hiedra crecía por sus paredes, a sus pies se extendía una floreciente rosaeda, y una avenida bordeada de fresnos, a izquierda y derecha de la cual se abrían amplias dehesas en las que pastaban caballos de raza Trakehner, el orgullo del viejo Domberg, llevaba hasta el portal. Ahora todo estaba oscuro, el viento pasaba por entre los fresnos, los caballos se movían como elfos por los prados, como sombras oscuras. Felicia se detuvo y miró esperanzada a su alrededor. A veces pasaba un coche y no era necesario recorrer a pie la larga avenida.

Pero en esta ocasión todo siguió en silencio. Iba a ponerse en camino, con un suspiro, cuando oyó un susurro en el matorral de alisos más cercano. Una figura oscura salió de él.

-No se asuste, señorita, no se asuste. Soy yo, Jadzia.

-¡Oh, Dios, Jadzia, qué susto me has dado! ¿Qué haces metida en esos matorrales?

Jadzia trabajaba de sirvienta en Lulinn, una vieja polaca de la que el abuelo Domberg decía siempre que con ella nunca se sabía: no tenía claro si se dejaría descuartizar por sus amos o si una noche los mataría a todos en sus camas. Recorría caminos propios, misteriosos, a veces desaparecía, luego reaparecía de repente. O era contrabandista o socialista... o ambas cosas, decían.

-Sé una cosa -dijo.

-¿El qué? -Siempre podía ser algo interesante.

Jadzia se acercó.

-Han matado a tiros al heredero del trono de Austria. Hoy, en Sarajevo. ¡Dicen que ha sido un serbio!

¡Vaya, no era más que eso!

-Ah -dijo Felicia, indiferente.

-Habrá guerra -prosiguió Jadzia-. ¡Gran guerra!

-Seguro que no, Jadzia. ¿Por qué iba a haber guerra?

Jadzia murmuró algo en polaco. Felicia siguió su camino. Sarajevo... ¿dónde estaba eso? Jamás había oído hablar de ese lugar. Por otra parte, no le interesaba. Pensaba en Maksim y en por qué lo prefería a otros. Era como si todos los chicos amables que conocía le resultaran mortalmente aburridos. Eran tan atentos y bien educados; los entendía... y los despreciaba. No tenían nada de enigmático, y por tanto no eran ningún desafío. Pero eso era precisamente lo que ella buscaba. Quería aventura, y en Maksim parecía encontrarse el cumplimiento de ese deseo.

Johannes, el hermano de Felicia, cumplía veinticinco años ese 28 de junio de 1914.

Además, ese día lo habían ascendido a teniente. Y empezaba un permiso.

Por la mañana temprano, había salido junto con su amigo Phillip Rath de la aburrida guarnición junto al Rin en la que estaba acuartelada su compañía para ir a Lulinn a pasar el verano en familia, como todos los años. Pararon en Berlín; por una parte, para descansar, por otra, para que Phillip, que vivía en Berlín, pudiera ver un momento a su familia. Por la noche se reunieron en casa de Johannes, en la vivienda de sus padres, vacía por el momento, en la Schlosstrasse. Phillip llevó consigo a su hermana Linda, una belleza como una muñeca de dieciocho años, que había ido al colegio con Felicia y estaba prometida con Johannes desde hacía seis meses. Además, los acompañaba un hombre al que Johannes no conocía: Alex Lombard, de Munich.

-Nuestros padres eran socios -explicó Phillip-, por eso nos conocemos un poco. Me he encontrado a Alex por casualidad y, como no tenía nada que hacer, me lo he traído.

Johannes y Alex se estrecharon la mano. Enseguida, Johannes pensó: «Un hombre interesante. Sin

duda por lo menos diez años mayor que yo».

-Lombard -dijo frunciendo el ceño-, usted es...

-La fábrica textil de Munich, sí. -Alex sonrió-. En cualquier caso, pertenece a mi padre. Yo actúo de vez en cuando, como ahora, como viajante de comercio para él, cuando no me siento más cómodo en el papel del hijo descarriado.

Los cuatro jóvenes pasaron una tarde agradable. Johannes había comprado champán, el gramófono sonaba, y por la puerta abierta del balcón entraba el aire cálido de la noche. Alex hizo el papel de animador. Era capaz de contar historias graciosísimas, de parodiar de manera espléndida a personas que se había encontrado en su vida, de ridiculizarse a sí mismo, a otros y al mundo como tal de manera tan perversa que podía uno partirse de risa... si no fuera porque su ironía era un punto demasiado mordiente, su sarcasmo un poco demasiado venenoso. Sus oyentes oscilaban siempre entre la diversión y la consternación. «Alguien te ha herido mucho alguna vez -pensó Johannes-, y tengo la sensación de que bebes demasiado.»

El destino dio un giro a la velada hacia la medianoche, cuando los invitados acababan de decidir marcharse y Alex Lombard se quedó de pronto plantado en el pasillo, como si hubiera echado raíces.

-Oh -dijo-, no había visto esto antes.

Lo que atrajo su atención fue un cuadro, una pintura al óleo que mostraba a una muchacha. Estaba sentada en el brazo de un sofá, de manera descuidada y casual. Llevaba un vestido de color lila pálido, sostenía en las manos un sombrero de paja blanco y tenía una rosa blanca prendida en el escote del vestido. Sus cabellos castaños y rizados le caían hasta el talle. La chica no respondía en absoluto al ideal de belleza de su tiempo, que exigía mujeres amables y delicadas, pálidas y sutiles como frágil porcelana. Esta en cambio no parecía ni amable ni frágil. Tenía un rostro estrecho con una nariz recta y una boca bien formada, que sonreía con gran confianza. La alta frente blanca daba a su cara una distinción inesperada.

-¿Quién es? -preguntó fascinado Alex.

-Mi hermana Felicia -respondió Johannes-. Mi tío Leo la pintó, y creo que la representa muy bien.

-Felicia. -Alex pronunció el nombre como paladeándolo.

Se concentró en el cuadro, sin preocuparse de las miradas burlonas que se lanzaban Johannes y Phillip. Podía imaginarse la voz de Felicia, sus movimientos y cómo tenía que sonar su risa. En todo lo que hiciera tenían que vibrar una chispa de ironía y un gusto indomable por la provocación; ella misma le parecía una provocación. Así que era tanto hija de familia distinguida como *femme fatale*, y probablemente representara de manera muy convincente ambos papeles. Era la aristócrata de sombrero y guantes y joyas caras, pero también la campesina que se sienta descalza al borde de un camino polvoriento y se abanica con una gran hoja de arce.

Pero el verdadero enigma estaba en sus ojos.

Eran de un gris puro, claro, sin el menor rastro de azul o verde que lo atenuara. Ojos fríos, que guardaban una total contradicción con la sonrisa de la boca. Ojos singularmente ensimismados, rechazantes e imperiosos. Ojos misteriosos, que nada revelaban y daban la impresión de no permitir que su propietaria fuera nunca estudiada y reconocida por completo.

Aquella chica no se entregaba a nadie, pensó Alex. De pronto, tuvo la peculiar sensación de estar viendo un espejo, y ahuyentó apresurado sus pensamientos: «¡Qué tontería! Cháchara romántica. Una chica completamente normal, y seguro que el pintor no la quería demasiado y por eso le dio unos ojos tan fríos».



-Muy guapa -dijo, como de pasada-, tiene usted una hermana muy guapa, teniente.

-Vuelve locos a todos los hombres que se cruzan en su camino -respondió Johannes-, pero en vez de calmarse de una vez y casarse, su corazón late por un fanático socialista, que solo tiene desprecios para ella.

-Encaja -dijo Alex-. Las mujeres como ella no soportan ser adoradas.

Entretanto, habían salido de la casa y estaban en el rellano de la escalera, con sus anchos peldaños y barandales rojos. Linda y Johannes iban cogidos de la mano y no eran capaces de separarse, mientras Alex y Phillip se embebían en una conversación sobre el vino francés y el alemán. En la vivienda de la planta baja se abrió la puerta, y el viejo consejero judicial que allí vivía asomó la cabeza. Estaba muy solo, y andaba constantemente al acecho para sorprender a alguien de la familia Degnelly y enredarle en una conversación. A esa hora de la medianoche, sus ojos ardían entusiasmados.

-¿Se han enterado ya de lo que ha ocurrido? -preguntó.

Johannes, que tenía mala conciencia por haber puesto demasiado alta la música del gramófono, sonrió con más amabilidad que de costumbre.

-No. ¿Qué ha pasado? -Probablemente el gato de la vecina había tenido gatitos, o había ocurrido algo que estremeciera al mundo de forma similar.

-Han cometido un atentado contra la pareja heredera del trono austríaco. En Sarajevo. Los dos están muertos. El autor procedía sin duda de la clandestinidad serbia.

Johannes soltó la mano de Linda. Phillip y Alex enmudecieron.

-¿Qué? -preguntó al fin Johannes.

-Sí, sí. Todas las ediciones especiales lo anuncian. ¡El archiduque Francisco Fernando ha muerto!

-Pero eso es... -Por un momento todos se quedaron como petrificados.

Luego, Phillip murmuró:

-La próxima guerra será desencadenada por algún asunto totalmente ridículo en los Balcanes.

-¿Qué?

-Bismarck. Bismarck lo dijo en una ocasión.

Alex sonrió.

-Un asunto ridículo en los Balcanes. Sí, amigos, creo que es este. Buenas noches.

Se puso el sombrero y bajó silbando la escalera, mientras a su espalda empezaba una viva confusión de voces.

-Los serbios y los croatas llevan demasiado tiempo hirviendo. Austria no tolerará esta provocación.

-Entonces estamos en medio. Alemania tiene una alianza con Austria. Por otra parte, nadie sabe si el Gobierno serbio ha estado involucrado, y por un atentado...

-Mi padre dice siempre que si estalla una guerra será en la frontera francesa, porque en realidad los franceses aún no han renunciado a Alsacia-Lorena.

-En eso seguro que tiene razón, Linda.

-¿Qué pensáis de que los austríacos...

-¿Puedes imaginarte morir? -preguntó de repente Christian.

Su amigo Jorias, que había estado dormitando, despertó sobresaltado.

-¿Qué quieres decir?

-Bueno, he estado dando vueltas a eso. Si hay guerra y dura lo bastante, seguro que nos llaman a

filas. El año que viene haremos nuestro examen para alférez, y nos tocará. De pronto... ¡qué idea tan absurda!

Jorias asintió con lentitud. La locomotora emitió un agudo silbido, las ruedas traquetearon con un ruido sordo sobre los raíles. Los dos jóvenes miraron por la ventanilla, pero ya estaba entrada la noche de verano y solo pudieron ver el reflejo de su compartimento, débilmente iluminado.

-Ya no queda mucho hasta Insterburg -dijo Christian, y en su voz resonó una excitada alegría.

Era el hermano menor de Felicia Degnelly, acababa de cumplir dieciséis y, como buen cadete, miraba el imperio con orgullo. Estaba recorriendo ese camino que convierte a los niños en soldados y los educa conforme a las mejores tradiciones prusianas, ejercitándose hasta caer rendidos, formados como pequeños catedráticos, pero, sobre todo, inoculados de un sagrado amor al emperador, a la patria... y a la muerte.

Christian y su amigo Jorias, que no tenía padres y había sido por eso incluido en la vida familiar de los Degnelly, habían salido hacia poco de la preparatoria de Köslin y estudiaban en la academia militar de Lichterfelde para su examen de alférez. Llevaban uniformes grises de cuello rígido y ajustado, guantes blancos como la nieve y, llenos de orgullo, las hombreras de la academia militar.

Parecían muy adultos, pero, carrera de oficial aparte, ¡tenían dieciséis años! Y era verano, empezaban las vacaciones. Lulinn esperaba. Normalmente, cuando se sentaban en aquel tren, las conversaciones solo giraban en torno a las próximas cinco semanas, pero esta vez ambos estaban bastante silenciosos. Aunque el tren los alejaba kilómetro a kilómetro de Berlín, aunque la libertad les hacía señas e iban a pasar ya el resto de aquella noche en su amado desván de Lulinn, en su memoria seguían flotando las palabras con las que su capitán se había dirigido a la compañía: -El heredero del trono austríaco y su esposa han sido asesinados en Sarajevo, probablemente por un terrorista serbio. No cabe descartar que durante sus vacaciones Su Majestad el Emperador proclame el inminente riesgo de guerra. En ese caso, se incorporarán de inmediato al cuerpo de cadetes, sin esperar una orden específica.

«Inminente riesgo de guerra, inminente riesgo de guerra...», las ruedas parecían canturrear aquellas palabras una y otra vez.

«La verdad es que no tengo miedo -pensó Christian-, no, solo que todo es tan irreal. No me puedo imaginar la guerra.»

-¿Ha subido alguien en Königsberg? -De pronto el revisor había aparecido buscando a su alrededor. Miró benevolente a los dos muchachos-. ¡Ah... esta es la juventud de la que Alemania puede estar orgullosa! ¡Los guardianes y custodios de la tradición de Brandemburgo y Prusia! ¿Están ustedes listos para morir por el emperador y la patria en el campo del honor?

«Habla como si ya estuviéramos en guerra», pensó incómodo Jorias. Pero no en vano les habían preparado durante años para una pregunta como esa.

-¡Sí! -dijeron los dos cadetes como un solo hombre, luego se miraron, y fue como si se gritaran el uno al otro: «Pero no ahora. No ahora. El verano no ha hecho más que empezar...».

El viejo Ferdinand Domberg solía decir que en la vida a un hombre podían pasarle cosas malas, pero que sin duda la peor era ser padre de hijas.

Los hijos podían poner a un hombre al rojo vivo (él tenía dos de esos ejemplares; a Víctor, el mayor, apenas se le podía perder de vista dado su engreimiento, y Leo, el menor, desperdiciaba su vida dedicándose a ser un pintor sin recursos), pero de vez en cuando se les podía gritar y decirles maldades y aliviarse el corazón deseándoles todos los castigos del cielo.

Las hijas, en cambio... Era mucho más difícil abroncarlas, no se sabía nunca lo que pensaban, y de todos modos siempre actuaban de manera distinta a lo que decían. Incluso cuando atendían sus reproches con gesto compungido, él sabía que en realidad ni siquiera le estaban escuchando. En lo que a sus dos hijas se refería, hacía años que le habían ofendido gravemente casándose con dos hombres con los que él no había estado de acuerdo. Elsa, que al fin y al cabo era la madre de su nieta favorita, Felicia, ni siquiera le había presentado a su elegido, un médico berlinés, sino que lo conoció después de la boda, en cierto modo como un hecho inalterable. Y Belle, la menor, que no tenía respeto a nada ni a nadie, se había casado con un alemán del Báltico. Peor aún, con un alto oficial del ejército ruso. Durante aquellos años, Ferdinand no mostró disposición alguna a perdonar esa falta de gusto, y todos los años, en una de las comidas comunes, se producía el penoso momento en el que, delante de todo el mundo, lanzaba una mirada penetrante a su hija y decía en voz alta: -Sucede que siendo mujer hay que aceptar lo que se pueda conseguir, ¿no?

Era una ardiente tarde de julio, y el viejo caballero tenía un aspecto muy malhumorado. Estaba sentado en el comedor de Lulinn, bajo trofeos de caza y cuadros de sus antepasados, se tomó sus gotas para el corazón y contempló iracundo la mesa puesta para la cena. Diez minutos más del tiempo fijado; al parecer, los muchos y caprichosos miembros de su familia no consideraban necesario llegar puntuales. Tan solo estaban su esposa Laetitia, sentada en un sillón junto a la ventana, y su hija Elsa, apoyada en la pared junto a ella. Ambas miraban la esplendorosa tarde de verano, y estaba claro que Elsa volvía a ser víctima de su melancolía. Era una mujer pálida, delicada, de la que nadie podía explicarse cómo ella, una persona tan sensible, había podido salir de una familia tan arisca. En aquellos días sufría por su hijo Johannes. A causa de lo sucedido en Sarajevo no había venido a Lulinn, sino que «se mantenía listo en Berlín», como escribía. «¿Listo para qué?», se preguntaba preocupada Elsa.

El viejo Domberg gruñó, iracundo:

-Antes era costumbre que a los que llegaban demasiado tarde no se les sirviera nada, pero hoy en día se espera hasta que el último se digne venir. ¡Esto es una vergüenza! -Dio tal puñetazo en la mesa que los cubiertos tintinearón.

Laetitia se volvió hacia él. En su juventud había sido una de las chicas más hermosas de las provincias orientales, y todavía en su ancianidad se reconocía la grandiosa belleza que fue antaño. Tenía los ojos estrechos y de un gris helado propios de la mayoría de las mujeres de su familia, la nariz recta y los labios finos. Hablaba con voz profunda y ronca, y pasaba por ser la soberana absoluta en Lulinn.

-No te excites, Ferdinand -dijo-, tienes el corazón delicado, no lo olvides. Por otra parte, Víctor y Gertrud acaban de llegar a casa. Enseguida estarán aquí.

El rostro de Ferdinand se ensombreció aún más, como siempre que oía el nombre de su nuera.

Había hecho planes ambiciosos para Victor, su primogénito. Debía casarse con la mujer más distinguida de la mejor familia; en vez de eso, un día había venido con Gertrud, una muchacha regordeta e insignificante que apenas abría la boca. La familia entera se preguntaba qué encontraba un hombre apuesto como Victor en aquella mujer amargada de origen pequeñoburgués.

Hasta ese día, Ferdinand seguía sin conformarse con ella.

-Desde nuestros tiempos, Laetitia, la familia solo ha ido cuesta abajo -dijo rabioso.

Laetitia compartía plenamente su opinión acerca de Gertrud, pero por cierta lealtad rehuía decirlo de manera tan clara. Gertrud formaba parte de la familia, y una familia, Laetitia estaba convencida de eso, solo podía ser fuerte si estaba unida.

Así que no respondió nada, sino que volvió el rostro hacia la ventana.

-Ahí viene Belle -dijo vivamente-. ¡Con Nicola! ¡Mira qué bonita está la pequeña!

Belle, que había sido bautizada con el nombre de Johanna Isabelle y a la que la familia había llamado «Belle» toda su vida, era una mujer alta y corpulenta, casi un poco demasiado rolliza, pero tan hermosa que cada gramo de ella parecía exquisito. Llevaba un vestido de muselina clara, su cabello castaño dorado brillaba a la luz del sol crepuscular. Traía de la mano a su hija Nicola, de seis años.

Belle vivía en San Petersburgo desde su dramática boda con el coronel Julius von Bergstrom. Llevaba una ajetreada vida social, entraba y salía de la corte de los zares, y Ferdinand enrojecía de ira al pensar que su nieta Nicola tenía que crecer entre rusos, eslavos, de los que siempre decía que volverían a traer la desgracia a Alemania.

-Me gustaría saber qué hará Belle si hay guerra -gruñó-, ¡tiene que sentirse como una traidora con ese ruso con el que se ha casado!

-No es ruso -lo contradujo Laetitia-, es alemán.

-Alemania del Báltico.[1] Los bálticos combatirán del lado de Rusia.

-Pero si no hay ninguna guerra.

-Ah, no hay, ¿eh? ¿Y cómo crees que va a reaccionar Austria al crimen de Sarajevo?

-Sea como fuere, Rusia no se va a inmiscuir. No van a ponerse de parte de los regicidas.

-Si uno de ellos le da un motivo para invadir la Prusia Oriental, sí -repuso Ferdinand, que albergaba la secreta convicción de que todo combate se libraba por esa espléndida y verde tierra comprendida entre el Báltico y Memel. ¿Qué podía haber en el mundo más hermoso que esas suaves colinas, esas fértiles praderas, esos profundos bosques y anchos lagos bajo un cielo más azul que ninguno de Europa? ¿Por qué luchar si no por los interminables campos de maíz que se mecían ligeramente al viento, por los robles centenarios que diez hombres juntos no eran capaces de abrazar? Cada primavera, al oír el grito de los gansos salvajes que retornaban, Ferdinand Domberg comprendía, con una humildad por lo demás completamente ajena a su carácter, que era una gracia del cielo poder vivir allí.

Pero ahora era verano, los prados parecían espumosas olas de flores, y Ferdinand no pensaba en la gracia sino en el derecho. Que vinieran las hordas eslavas, que se atrevieran a poner un solo pie en el suelo de Lulinn. Por segunda vez en aquella noche, dio un puñetazo en la mesa.

-¿Dónde demonios está Felicia? -preguntó.

Elsa, que hasta entonces no había apartado la mirada de la susurrante hojarasca de un manzano, le miró:

-Iba a salir a montar con unos chicos de la vecindad -explicó-. Seguro que pronto estará de vuelta.

-¿Qué chicos?

-De las fincas vecinas. Los conoce de bailes y cacerías. Todos de buena familia.

-¿Maksim Marakov no estará entre ellos? -La mirada de Ferdinand se puso al acecho.

Elsa negó con la cabeza, con total inocencia:

-Está en Berlín, hasta donde yo sé...

-Bueno... Las cosas entre Marakov y Felicia no son del todo inofensivas. Gertrud los oyó en una ocasión, y parece que la conversación era bien íntima.

-Gertrud es un monstruo -respondió escuetamente Elsa.

Todos callaron durante unos minutos de unanimidad. Luego Ferdinand siguió hurgando en la herida:

-No diría nada, me da igual con quién se divierta. Pero hay rumores acerca de Marakov. ¿Dicen que es socialista!

-¡Y qué si lo es! -A Elsa no le apetecía hablar de Maksim-. No hay nada entre ellos.

Laetitia sonrió. Elsa conocía mal a su hija. Ella tenía una relación especial con Felicia; era su nieta favorita, porque se reconocía en ella. De joven había sido igual de independiente, de calculadoramente amable, de ferozmente enamorada de la vida. Felicia no podía engañarla. Sabía que la cosa con Maksim Marakov no había salido adelante. Desde hacía algún tiempo había un rasgo nuevo en el rostro de su nieta, una sabiduría en los ojos que no tenía nada que ver con el conocimiento escolar de alguien que acababa de hacer la reválida.

Ferdinand, al que el calor del día le había afectado y al que, sobre todo por eso, la impuntualidad de sus hijos le ponía furioso, porque le demostraba que habían quedado atrás sus mejores tiempos como temido dictador de Lulim, seguía buscando pelea. Hasta ese momento solo había refunfuñado, pero pasó al ataque:

-Quizá deberías prestar un poco más de atención a con quién pasa el tiempo tu hija, Elsa -dijo mordaz-, ¿o quieres que le pase lo mismo que a ti?

Ella se revolvió, pálida. Durante unos segundos se le formaron pequeñas perlas de sudor en la nariz.

-¡Cómo te atreves a decir eso, padre! -dijo con rotundidad.

Por tercera vez en la noche, el puño de Ferdinand cayó con un crujido sobre la mesa.

-¿De verdad crees que vas a decirme de qué puedo hablar y de qué no? -gritó.

Laetitia se levantó. Su boca no era más que una fina raya.

-Estábamos de acuerdo en no volver a mencionar jamás ese asunto -dijo con dureza.

Ferdinand, al que ella aún era capaz de intimidar tan fácilmente como al principio de su matrimonio, gruñó algo incomprensible. Laetitia volvió su temida mirada de acero a Elsa, pero en ella siempre había tenido un adversario obstinado. Elsa palideció un poco más, pero no rehuyó su mirada.

-Estar de acuerdo -dijo- siempre significa, según tú lo entiendes, que tú decides algo y los demás se someten.

Laetitia no cedió:

-¡Ah, así es como lo ves! Y yo que casi había llegado a pensar que iba en interés tuyo que pasáramos lo más en silencio posible por aquel... contratiempo de entonces.

-¿Contratiempo? ¿Llamas contratiempo a...? Oh, Dios... -Elsa tuvo que sentarse. No quería llorar, pero de pronto no podía contener más las lágrimas. Se sentó encorvada junto a la ventana y se estremeció entre sollozos, mientras su madre trataba en vano de deslizar un pañuelo entre sus dedos temblorosos.

Su rostro severo y regular estaba petrificado, como siempre que se acordaba del día, hacía casi

treinta años, en que Elsa, que entonces tenía dieciséis años, había recibido un telegrama de su gran amor de juventud, el encantador Manuel Stein, en el que le comunicaba que se había comprometido con una muchacha de Kiel, que era muy feliz e iba a casarse lo antes posible. Elsa, que desde el día en que él se había ido a la marina albergaba el sordo presentimiento de una despedida definitiva, se desplomó. Laetitia intentó consolarla asegurándole repetidas veces que Manuel era un tarambana y no había podido hacerle mayor favor que abandonarla. Ferdinand estaba furioso, porque sentía el oprobio de Elsa como una derrota personal, y la familia entera estaba contenta de que Manuel estuviera muy lejos, porque de lo contrario innegablemente Ferdinand se hubiera batido con él y habría terminado delante de un tribunal.

-Aún vas a conocer a muchos hombres, Elsa -había dicho Laetitia-. ¡Oh, hay tantos! No hace falta que se lo cuentes a tu padre pero, antes de conocerle, yo estaba ilusionada con un chico que era encantador, con el que me hubiera gustado casarme. Nuestros padres estaban en contra, y la cosa se vino abajo. Y ya ves -había sonreído, a su indestructible manera-, ¡no consiguió romperme el corazón!

Elsa había mirado a su madre con desesperación.

-Pero es que voy a tener un hijo suyo, madre -había dicho en voz baja.

Aquello había caído como una bomba. Incluso Laetitia necesitó unos días para recuperarse de la noticia. Ferdinand tuvo un ataque de ira, destrozó un jarrón de porcelana del siglo XVI y despidió de un día para otro a tres viejos y fieles criados que llevaban trabajando en Lulinn desde los tiempos de su padre.

-¡Así que eso es lo que hacías cuando se suponía que salías a montar a caballo con el joven Stein! -gritó-. ¿Hasta dónde ibais? ¿Hasta el granero más próximo? ¡Oh, Dios, encima de mi propio heno!

Laetitia se daba cuenta de que todo aquel griterío no servía de nada. No condenaba la conducta de Elsa; ambos eran jóvenes, esas cosas pasaban, y ella misma no había ejercido en absoluto la contención hasta llegar al enorme lecho matrimonial, tallado a mano y cubierto con un dosel, de los Domberg. Esas cosas pasaban hasta en las mejores familias, pero naturalmente había que disimularlas con extremo cuidado.

-El niño no puede venir al mundo -dijo con determinación-, te das cuenta de eso, ¿verdad, cariño?

-No. No, no me doy cuenta en absoluto. Es el hijo de Manuel, y no va a pasarle nada.

Laetitia se retorció las manos, Ferdinand maldijo, pero no sirvió de nada. Un día, Laetitia hizo su maleta y la de Elsa, agarró de la mano a su hija y declaró:

-¡Nos vamos a Viena!

-¿A Viena? ¿Por qué?

Durante todo el camino, Laetitia se envolvió en un misterioso silencio. Lo único que respondió al fin ante las insistentes preguntas de Elsa fue:

-Es mejor que tengas al niño lejos de casa. De ese modo escaparemos a las miradas y a las preguntas de nuestros vecinos.

-Pero voy a volver con el niño. ¿Qué diremos entonces?

-Ya veremos -eludió la respuesta Laetitia.

En Viena se alojaron en casa de una amiga de Laetitia, que se suponía que era discreta y de absoluta confianza. Durante toda su vida, Elsa iba a recordar como una pesadilla las semanas pasadas en aquella casa oscura, demasiado opulenta y amueblada de forma agobiante. Era mayo, los cerezos florecían, el sol brillaba, pero Elsa apenas podía poner un pie en la calle porque la

amiga de Laetitia era sin duda discreta, pero también extremadamente puritana, y no quería que la vecindad tuviera noticias de la secreta visita. Elsa caminaba de un lado a otro por su habitación como un gato enjaulado, pensaba en Manuel y albergaba la esperanza de morir.

Trajo al mundo a su hijo, un varón, casi cuatro semanas antes de la fecha prevista, en un hospital que llevaba el prosaico nombre de Instituto Regional de Alumbramientos y que daba a jóvenes damas nobles y solteras la oportunidad de dar a luz «bajo máscara», lo que significaba parir a su hijo sin tener que decirle al médico ni a las enfermeras su nombre, ni su edad ni ninguna otra cosa referente a su origen. A Elsa le impresionó que, al darle el alta, le hicieran firmar un papel en el que figuraba únicamente como «número 33 del año 1885». Volvió sin su hijo a casa de la amiga de Laetitia porque el médico le había dicho que el niño estaba débil y tenía que quedarse unas cuantas semanas a su cuidado. Laetitia dijo que no podían seguir abusando de la generosa hospitalidad de su amiga y que tenían que regresar a Insterburg.

-Pero no puedo irme sin mi hijo -replicó Elsa.

Laetitia reflexionó.

-El pequeño aún tiene que quedarse aquí. Ya sé lo que vamos a hacer, cariño. Nos iremos a casa las dos, e invitaremos a nuestra querida anfitriona a venir a vernos dentro de cinco o seis semanas. De ese modo podremos recompensarla por su bondad, y ella traerá a tu hijo. Hasta entonces podrá recuperarse.

Elsa, debilitada por la preocupación por Manuel y por la larga prisión, aceptó. Regresó con su madre a la Prusia Oriental, rompió a llorar al divisar Lulim a causa de los numerosos recuerdos de un verano ya pasado, se retiró a la soledad de su pequeño y amable dormitorio y esperó a su hijo. Las semanas pasaron, y ella no volvió a saber nada ni de la amiga ni del niño.

Por fin, Laetitia ya no pudo seguir dando largas a Elsa. Acorralada por su hija, admitió que el verdadero sentido del Instituto Regional de Alumbramientos para madres solteras no solo era que las damas pudieran dar a luz allí en secreto y sin ser conocidas, sino que enseguida se les quitaba por completo la carga del indeseado recién nacido, porque la ciudad de Viena se hacía responsable de los bebés por una abundante suma de dinero que la familia de la madre tenía que pagar.

Elsa no lo comprendió al instante.

-¿Cómo? -preguntó incrédula.

Laetitia asintió, apaciguadora.

-La ciudad se encargará del niño. No tienes que preocuparte de nada.

-¿La ciudad? ¿Qué significa «la ciudad»?

-Allí hay centros de atención que...

-¿Centros de atención? ¿Te refieres a orfanatos? Madre, cómo has podido...

-Tu hijo estará bien, Elsa, puedes estar tranquila. Tu padre ha pagado mucho dinero para que...

Elsa miró perpleja a su madre.

-¡Has vendido a mi hijo... a una ciudad! Has...

Laetitia percibió el tono agudo en la voz de Elsa. Iba a empezar a gritar. Se levantó y cerró la ventana.

-Vendido no, Elsa. Se ocuparán de él y hemos pagado mucho dinero para que crezca en circunstancias seguras. Muchas jóvenes en tu situación lo hacen.

Los ojos de Elsa echaban chispas.

-No puede ser verdad -susurró-, no lo harás. ¡No puedes hacer una cosa así!

-Lo he hecho por ti. Para que seas libre. Dios del cielo, Elsa, yo no he inventado a los

moralistas, pero existen, y tenemos que vérnoslas con ellos. Eres demasiado joven como para tener que pagar durante toda tu vida por un paso en falso. Ahora todo vuelve a estar a tu alcance. Puedes casarte, y tendrás más hijos.

Elsa, que había escuchado con los ojos vidriosos, sin entender, abrió la boca para gritar. Laetitia se le adelantó:

-El asunto ha pasado -dijo cortante-, olvida a Manuel y olvida al niño. ¡Llegará un día en que me lo agradecerás!

Elsa no tenía intención de agradecer nada. Se negó a salir de su cuarto, dejó de comer y, finalmente, no se levantó de la cama. Ferdinand mandó traer de Königsberg las mayores exquisiteces, pero incluso eso lo despreció.

Sus hermanos, a los que nadie había dicho la verdad pero que intuían de qué se trataba, hicieron todo lo que estuvo en su mano para animarla, pero Elsa seguía indiferente.

-¿Qué quieres que hagamos? -preguntó desesperada Laetitia.

Elsa abrió los ojos, desproporcionadamente grandes en el rostro enflaquecido, y hundidos en profundas cuencas.

-Quiero a mi hijo -dijo.

Laetitia comprendió que su hija estaba decidida a morir si no se hacía realidad su deseo. Agarró la maleta por segunda vez y viajó a Viena para hacer averiguaciones acerca de su nieto. Lo que descubrió fue demoledor: el hijo de Elsa había muerto en un orfanato durante una epidemia de tos ferina.

Elsa no lloró al enterarse. Se levantó trabajosamente, tomó unos sorbos de leche y comió un poco de pan. Durante cuatro días no dijo una palabra, pero comió y comió hasta recuperar algo de sus antiguas fuerzas. Luego se fue de Lulim, con dos bolsos de viaje y la firme intención de no volver jamás. Durante dos años, la familia no supo nada de ella. Un día apareció delante de la puerta con su marido, el joven médico berlinés Rudolf Degnelly, y su hijo pequeño Johannes en brazos. Había envejecido mucho, su rostro tenía la expresión melancólica que ya nunca iba a dejar de tener, pero por lo menos no parecía tan ansiosa de morir como antes.

-¿Tu marido sabe lo que ha ocurrido? -preguntó Laetitia.

Elsa asintió.

-Lo sabe todo. Pero nadie más debe saberlo nunca. Tampoco mis hijos.

Desde entonces, Elsa iba todos los años a la Prusia Oriental durante los meses de verano, en los que también sus hermanos se reunían allí. No parecía disfrutar de aquellas estancias, pero se aferraba a ellas.

-Sus raíces están aquí -decía Ferdinand-, no puede olvidarlo.

Con eso había dado en el clavo. Laetitia, que observaba cómo Elsa se entregaba a su melancolía con una terca ansiedad, comprendió que también los malos recuerdos pueden atar a una persona a un determinado lugar.

Hoy, esta tarde, era la primera vez que Elsa lloraba desde entonces. Pero sus convulsivos sollozos duraron apenas unos minutos. Luego se irguió, cogió el pañuelo que le ofrecía Laetitia y se secó enérgicamente los ojos.

-Disculpa -dijo-, no volverá a ocurrir.

Ferdinand la miró aliviado. No sabía qué hacer cuando las mujeres lloraban. Para él estaba claro que había cometido un error, pero en toda su vida no se había disculpado por nada, y tampoco lo hizo entonces. Un silencio incómodo se cernió sobre la estancia, pero de pronto se abrió la puerta, y de un momento a otro las paredes retumbaron con el eco de una docena de voces en viva



confusión. Victor entró pavoneándose, seguido de su agria hija de quince años Modeste y de la introvertida Gertrud, que se había envuelto inadecuadamente en encaje blanco y parecía una novia envejecida. Belle canturreaba una equívoca canción de amor que provocó un ligero fruncir de ceño por todas partes, y su hija Nicola sostenía en las manos un gran ramo esplendoroso de flores silvestres de colores que lanzó a los brazos de Laetitia, con un movimiento encantador, antes de trepar al regazo de su abuelo y darle un beso en la nariz. Leo, con un traje cortado a medida y camisa de seda color marfil («ambos seguramente sin pagar», pensó Elsa), agitaba un sobre.

-¡Un telegrama de Berlín! -exclamó-. ¡Para la dulce Elsa!

-¿De Rudolf?

Leo negó con la cabeza.

-No. De otro hombre. Elsa, ¿cuántos pollos tienes al fuego?

Laetitia y Belle rieron, Gertrud enrojeció.

-Es carente de gusto y desvergonzado -siseó a Victor.

Elsa cogió el telegrama.

-De Johannes. ¿Qué puede querer?

Jadzia entró con una gran jarra de leche batida helada en cada mano. Encendió las velas de la mesa, trajo pan recién hecho y una fuente de queso fresco. Todos se sentaron. Un ambiente pacífico se extendió mientras, fuera, el sol se hundía detrás de las colinas. El único que de vez en cuando tenía que quejarse era Ferdinand:

-Faltan Christian y Jorias. Y Felicia. No se les va a servir nada si son tan impuntuales.

Nadie le tomó en serio. Por lo menos Felicia, todos lo sabían, podía presentarse en mitad de la noche y Ferdinand siempre la recibiría con los brazos abiertos. Se parecía tanto a Laetitia en su juventud que Ferdinand volvía a tener los mismos fogosos sentimientos de medio siglo antes.

-¿Qué escribe Johannes? -preguntó Laetitia.

Elsa dejó pensativa el telegrama junto a su plato.

-Quiere casarse con Linda este mismo mes.

-¿Linda? -preguntó Ferdinand frunciendo el ceño-. ¿Quién es? ¿De qué familia? ¿De dónde procede?

-Tú la conoces, padre. Ha estado aquí una o dos veces durante las vacaciones. Es la hermana de Phillip Rath, el mejor amigo de Johannes. Una chica realmente encantadora, solo que... -Todos dejaron de comer y miraron a Elsa.

-¿Qué? -preguntó Belle.

Elsa sonrió desvalida.

-Todo va tan deprisa. No entiendo por qué tiene que precipitarse...

-Oh, eso lo entiendo muy bien -rezongó Ferdinand-, es un hombre joven y muy enamorado, y quiere tener a esa muchacha antes de que termine su permiso y tenga que volver a ese cuartel en el fin del mundo.

-Así es -dijo agradecida Laetitia.

Ferdinand había reparado su falta de tacto con Elsa encontrando una explicación inofensiva para algo que de pronto los envolvía a todos en un sordo agobio. Todo el mundo entendía por qué Johannes quería casarse tan precipitadamente, a muchos jóvenes les pasaba lo mismo. Los soldados no temían el fin de un permiso, temían el comienzo de una guerra.

Al principio de la avenida de robles de Lulinn, Felicia frenó su caballo y se volvió hacia los dos jóvenes que, también a caballo, la habían seguido. El sol estaba a punto de ponerse y las sombras

del crepúsculo se extendían sobre los prados. Felicia, que llevaba un traje de montar de paño azul, echó atrás la cabeza. Sus cabellos se habían soltado con la rápida cabalgada, y le caían enmarañados y rizados sobre los hombros. Respiró agitadamente y acarició el húmedo cuello de su caballo.

-Sabe Dios que tampoco hoy lo he conseguido -dijo-; hace mucho que todos se habrán sentado a cenar, y el abuelo echará sapos y culebras porque no soy capaz de ser puntual ni una sola vez. ¡Creo que lo mejor es pedirlos a ambos que vengáis conmigo para protegerme!

Los dos hombres se echaron a reír. Todo el mundo en la comarca sabía que Felicia hacía lo que quería con el viejo Domberg.

-Esperaremos aquí, y si te oímos gritar pidiendo ayuda entraremos por la ventana -dijo uno de los dos acompañantes.

Eran hermanos, Benjamin y Albrecht Lavergne, de la vecina finca de Skollna. Albrecht acababa de terminar el servicio militar, Benjamin era estudiante en Heidelberg. Pasaban en casa los meses de verano y, desde que Maksim se había ido, estaban casi todos los días con Felicia. De niños habían jugado juntos; luego fueron a las partidas de caza en el Rominter Heide, cuando el emperador y la nobleza se reunían allí en otoño. Hoy habían hecho una excursión al lago y se sentían tan hambrientos como cansados y felices.

Una vez que los jóvenes se despidieron, después de citarse para el día siguiente, Felicia siguió sola su camino. Como siempre que recorría la avenida, se sintió presa de una sensación de felicidad en la que la inquietud y la irritación desaparecían. Le ocurría desde niña. Fuesen cuales fuesen sus preocupaciones, desaparecían cuando cabalgaba por entre los robles.

Volvió a frenar el caballo cuando vio surgir dos figuras a su lado, en la oscura pradera. Eran su hermano menor, Christian, y su amigo Jorias, ambos con la camisa blanca manchada de hierba y los pantalones arremangados, de los que sobresalían unos pies desnudos y sucios. Sus cabellos, sobre el rostro tostado por el sol, apuntaban hirsutos en todas direcciones; los brazos descubiertos tenían arañazos de zarzas y cardos.

-¡Hola, Felicia! -exclamó Christian-. Que pases por aquí es indicio seguro de que llegamos demasiado tarde.

-Cierto. ¿Y de dónde venís? Tenéis un aspecto bastante extravagante.

Ambos bajaron la vista para mirarse.

-Oh, hemos estado en todas partes -explicó Jorias-, al final, en un estanque que hemos descubierto este año.

Agitó la red de pesca que llevaba al hombro. Felicia echó un vistazo al cubo vacío que Christian acababa de dejar en el suelo.

-Bueno, veo que habéis sido coronados por un grandioso éxito -dijo, mordaz.

Sabía que tanto Christian como Jorias devolvían al agua los peces que pescaban porque no eran capaces de matarlos. Naturalmente, no les gustaba hablar de eso. Murmuraron algo confuso y juguetearon con los dedos en la hierba, humedecida por el rocío de la tarde.

Felicia los contempló con ternura a ambos. Parecían tan jóvenes sin sus uniformes de cadete. Casi como los dos niños que antes andaban alborotando en Lulinn. «Simplemente ya no juegan a los indios -pensó con cariño Felicia-, no puedo imaginar que algún día serán hombres adultos, que se casarán y tendrán hijos. ¡Para mí siempre seguirán siendo como son!»

Lentamente llegaron hasta la casa. Felicia puso el caballo al paso, para que los chicos pudieran caminar a su lado. Por las ventanas del comedor salía luz de las velas hacia la oscuridad. Un

criado acudió corriendo para llevar el caballo de Felicia al establo. Felicia se alisó el traje de montar.

-Tendremos que cambiarnos -dijo-, ¡tía Gertrud se pondrá a gritar si nos ve así!

-Unos cuantos minutos ya no importan -dijo Jorias-; de todos modos nos van a echar la bronca. - Entraron en la casa todos juntos.

Jadzia les salió al encuentro, como una sombra pequeña y misteriosa. Sostenía un ramo de rosas rojas.

-Bonitas flores -susurró-, ¡ha traído un mensajero para la señorita Felicia!

-¿Cómo, para mí?

-De Insterburg. ¡De caballero desconocido! -Estaba claro que Jadzia ya había estudiado a fondo la tarjeta que las acompañaba.

Felicia la cogió, excitada.

-Oh... ¡seguro que son de Maksim! -se le escapó.

Christian se echó a reír.

-Pero si está en Berlín.

-Mensajero ha contado noticia -prosiguió Jadzia. Miró cautelosa a su alrededor-. Austria ha dado ultimátum a Serbia. Quiere a Serbia bajo control. ¡Oh... vamos a tener guerra! Si Alemania ir de parte de Austria, Rusia ir de parte de Serbia. ¡Gran guerra!

-No digas tonterías, Jadzia -dijo irritada Felicia.

Acababa de descubrir que las flores no eran de Maksim, sino de un hombre al que no conocía. Alex Lombard. «Hace poco, en Berlín, fui huésped de su hermano, el teniente Degnelly, y vi su retrato. Como he estado en Insterburg por negocios, quería presentarme de este modo», decía su nota.

-Qué curioso -murmuró Felicia-, ¡ni siquiera me conoce!

Jorias y Christian empezaron una acalorada discusión sobre el ultimátum austríaco.

-Serbia no se pondrá voluntariamente bajo control austríaco -gritó Jorias-. ¡Nunca!

-Pero tampoco se arriesgarán a una guerra.

-Si es verdad que podrían contar con ayuda rusa...

Felicia no escuchaba. Subió lentamente las escaleras. Sus dedos jugueteaban con las rosas, cuyos pétalos de un rojo intenso parecían casi negros a la luz del crepúsculo. Rojas rosas... ¿Qué había visto aquel hombre desconocido en su retrato como para mandarle rosas rojas?

«Está bien saber que hay otros hombres además de Maksim Marakov», pensó, y su imaginación empezó a ocuparse intensamente del misterioso Alex Lombard. ¿Llegaría a conocerlo alguna vez?

En Unter den Linden tenía lugar una manifestación en la universidad. Involuntariamente, Maksim refrenó el paso. Eran diez mujeres que llevaban pancartas y repartían octavillas, estudiantes, de rostros despiertos e inteligentes. Se habían reunido al menos cincuenta transeúntes que observaban el acontecimiento. A cierta distancia había dos policías, que parecían indecisos acerca de si debían intervenir. Cuando Maksim se abrió paso por entre la multitud, pudo escuchar por doquier comentarios murmurados en voz baja o a cara descubierta: -¡Sufragistas! ¡Habría que encerrarlas!

-¡Lo que necesitan son hombres que les enseñen lo que son las mujeres!

-Tendrían que casarse y tener hijos. ¡Eso les quitaría los picores!

-¡Ningún hombre va a aceptar una cosa así!

Ahora Maksim estaba en primera fila. Una mujer de grandes ojos oscuros se le acercó y le entregó una octavilla. Entre el gruñido de desaprobación de la multitud, Maksim cogió el papel y

pasó la vista por el texto. La autora denunciaba con duras palabras la discriminación a la que las mujeres seguían expuestas en la universidad. Sin duda, oficialmente se las admitía a los cursos, pero había profesores que se negaban a que las mujeres participaran en sus seminarios, o que durante las clases trataban a las oyentes de manera mordaz y ofensiva, hasta que se marchaban por su propia voluntad del aula.

-¡Exigimos los mismos derechos para hombres y mujeres en las universidades alemanas!

-Cierto -dijo Maksim-, es imprescindible apostar por eso.

-Oh, no -repuso irónica la mujer de los ojos oscuros-. ¡Qué generoso de su parte!

De pronto, Maksim se sintió como un idiota.

-Disculpe, lo único que yo quería decir es...

-... que es un hombre de ideas liberales, entiendo.

Los ojos de Maksim se sumergieron como hipnotizados en los de ella. Bajó la voz, excluyendo así a todos los que le rodeaban, y se hicieron cómplices en medio de la ruidosa multitud:

-¡Un hombre de ideas socialistas!

-Oh... -Ella sonrió.

Maksim comprendió qué era lo que le fascinaba tanto en sus ojos. Eran febriles, hambrientos, fanáticos. Eran los ojos que él siempre había buscado sin saberlo.

-Me llamo Maksim Marakov -dijo de pronto, a la vez que pensaba: «Probablemente pensará que soy torpe e impertinente».

-Yo soy Maria Ivanovna Laskin -repuso relajada ella-. Mascha. Mis amigos me llaman Mascha.

Sin una palabra más, se volvió, dejó plantado a Maksim y se unió a la cadena de las manifestantes.

Felicia empezaba a encontrar extremadamente incómoda la vida en Lulinn. Todo el mundo hablaba de la guerra. Daba igual si bajaba por la mañana al comedor, donde Laetitia y Belle se sentaban junto a una última taza de té, o si bajaba a la cocina, donde Jadzia corría de un lado para otro entre fuentes y sartenes; daba igual si sacaba un caballo del establo y sobresaltaba a los mozos, que se sentaban a fumar un cigarro sobre una paca de heno: en todas partes hablaban de la guerra. En su respuesta a Austria, Serbia ya había declarado que procedería con duras medidas contra los enemigos de Austria en su propio territorio, pero insistía en su soberanía. Austria rompió acto seguido las relaciones diplomáticas y dispuso una movilización parcial. ¿Qué debía hacer Alemania? ¿Cómo reaccionarían los rusos? ¿Y qué pasaba con Inglaterra, con Francia? Las opiniones iban y venían. Ferdinand cruzaba el patio cojeando del brazo de su hijo Victor y refunfuñaba sin interrupción. Su ira se fundaba en el conocimiento ineludible de que cualquier guerra alemana que hubiera en el futuro se iba a librar sin él, lo que excluía sin duda de antemano cualquier posibilidad de victoria. Dibujaba con el bastón de paseo gigantescos planes de batalla en la arena, delante del portal de la casa, ponía en marcha docenas de divisiones imaginarias que debían rechazar una invasión rusa de la Prusia Oriental. Se produjo una auténtica crisis familiar cuando la torpe Modeste sacó un día el caballo y galopó por mitad de la salvación de Alemania que el abuelo había elaborado con tanto esfuerzo. Todo quedó destruido en segundos. Ferdinand cubrió a Modeste de insultos demasiado vulgares como para que nadie de la familia estuviera en condiciones de repetirlos. Gertrud se plantó delante de su hija y exigió a su suegro una disculpa. Entonces la ira de Ferdinand, acumulada contra ella durante años, estalló. Le echó en cara a gritos sus modestos orígenes, de forma tan despiadada y certera que Gertrud nunca se recuperó del todo y el resto de la familia casi tuvo compasión de ella.

-Nos vamos a romper la crisma todos antes de que la guerra empiece -dijo al fin Laetitia-. ¡Basta! ¡No quiero oír nada más!

Jadzia aún calentó más el ambiente cuando entró en la habitación en ese mismo instante y entregó un telegrama a tía Belle. Era de su marido, desde San Petersburgo.

-Quiere que Nicola y yo vayamos a casa enseguida -dijo después de leerlo-, dice que no se sabe durante cuánto tiempo seguirán circulando los trenes de pasajeros.

Parecía preocupada y entristecida, lo que los afectó a todos, porque Belle casi siempre estaba de un humor radiante. Ferdinand volvió a salirse de sus casillas:

-¡Sí, vete! -exclamó-. ¡Vete a San Petersburgo, donde al parecer te sientes en casa! ¡Vete con tu marido, y alégrate de que pronto vaya a disparar contra soldados alemanes!

Belle fue hacia la puerta.

-Creo que también los soldados alemanes dispararán contra él -dijo-, y ambas cosas las encuentro extremadamente desagradables.

-Yo también me voy -anunció Elsa-. Como es natural, tengo que estar en Berlín si Johannes se casa. Y yo... -se interrumpió, pero todo el mundo sabía lo que había querido decir. Le habría roto el corazón no verlo antes de que estallara la guerra.

Christian y Jorias decidieron, tras una breve reflexión, ir con ella. Aún tenían en la memoria las palabras de su capitán, y les parecía que ahora sí existía el inminente riesgo de guerra del que él había hablado.

Naturalmente, Elsa negó que nada fuera inminente.

-Os quedaréis aquí y disfrutaréis de vuestras vacaciones -dijo-, ¡de todos modos, a los niños no se les ha perdido nada en una guerra!

Ambos la miraron indignados.

-¡Madre, no lo dirás en serio! -exclamó Christian-. Tenemos que...

-Cada uno tiene que pensar en su deber -gruñó Ferdinand-, y los soldados tienen que estar en sus cuarteles, da igual la edad que tengan. ¡Así que no hay más que hablar!

-¿Y quién piensa en mí? -preguntó Felicia-. ¿Quién pensará en mí cuando todos os vayáis?

-Tú vendrás con nosotros, por supuesto.

-No. No quiero. Quiero quedarme hasta el otoño. ¡En verano, Berlín es caluroso y asfixiante!

-No sabes lo que dices -terció Leo, que hoy volvía a llevar su sombrero lila terciado en la cabeza y no parecía encajar allí-, ¡no conoces las noches de verano en Berlín! No tienes más que salir a pasear del brazo de un hombre por Unter den Linden, en medio de la noche profunda y cálida, respirar el dulce aroma de la vida y del amor y...

-Leo, no doy el menor valor a que Felicia vagabundee por las noches por Berlín con un hombre -le interrumpió Elsa-, para eso es mejor que se quede aquí. Pero escucha una cosa, Felicia: si la situación empeora, vendrás a casa en el acto. ¡No tengo ningunas ganas de que cada uno de mis hijos esté en un sitio distinto si de pronto estalla el infierno!

De ese modo, el silencio cayó sobre Lulinn; quedaban pocos rastros de la jovialidad de las semanas anteriores. La red de pescadores de Christian y Jorias reposaba solitaria en un rincón, un par de zapatos rojo chillón de tía Belle estaban tirados en el piso de arriba, e hicieron tropezar a Jadzia. Felicia encontró una corbata de seda que pertenecía a Leo, a rayas verde y lila y muy llamativa. Leo, que siempre se aburría en el campo, también se había ido; Felicia lo llevó a la estación de Insterburg y le despidió agitando la mano. Él se había asomado a la ventanilla de su compartimento, agitado el pañuelo y desprendido la rosa roja que llevaba en el ojal. La había tirado a los pies de Felicia, trazando un amplio arco.

-Adiós -exclamó-. ¡Adiós, queridísima Felicia, no olvides a tu viejo tío!

La locomotora lanzó un silbido agudo. Felicia recogió la rosa del polvo y dejó lentamente la estación.

De los jóvenes, solo Modeste se había quedado en Lulinn. Era tan obtusa e insensible como su madre, Gertrud, tenía el pelo eternamente grasiento y un cutis terrible. Se reía mucho entre dientes y se imaginaba que todos los criados de Lulinn tenían los ojos puestos en ella.

-Cómo me persiguen con sus miradas -le susurraba a Felicia-. Es embarazoso, ¿no? ¿Puedo confiarte un secreto?

Felicia la miró malhumorada.

-No -dijo, lo que no disuadió lo más mínimo a Modeste.

-¡Uno de los mozos de cuadra me ha besado hace poco, por la noche! -Rio entre dientes-. Emocionante, ¿verdad? ¿Te ha besado un hombre alguna vez?

La pregunta fue un poco temerosa, porque Modeste esperaba llevar ventaja. Siempre temía quedar como una paleta delante de su prima de Berlín.

Felicia pensó en aquella tarde de junio en el bosque, en la voz sigilosa de Maksim.

«No voy a hacerte desdichada. ¡Y menos a mí!»

Se levantó abruptamente y se fue de allí sin dignarse mirar a Modeste.

El único que se había quedado era Benjamin Lavergne, de Skollna. Su hermano había vuelto al

cuartel antes de tiempo, y Benjamin luchaba consigo mismo acerca de si matricularse o no en la universidad para el próximo semestre.

-¡Si hay guerra, no puedo estar sentado en un aula en Heidelberg! -decía furioso-. ¡No mientras todos los demás luchan!

Estaba tumbado de espaldas y miraba fijamente el cielo azul del verano. Él y Felicia habían hecho una excursión al lago, y allí habían estado jugando al bádminton. Ahora yacían cansados en la hierba. Felicia se había quitado los zapatos y las medias y había colgado el sombrero de una rama. Aburrida, desmenuzaba entre los dedos una flor de manzanilla.

-No empieces otra vez -dijo-, todavía no se sabe si habrá guerra. ¡Los hombres no podéis esperar a enfrentaros al enemigo para agarrar un fusil como los otros!

-No lo entiendes, Felicia. ¡Si los demás están en el frente, no puedo quedarme sentado detrás de mis manuales!

-Sí que puedes. Y ahora, basta de cháchara, o te tiraré al agua para que te aclares las ideas. ¿Qué piensas -le miró y sonrió- que va ser de nosotras, las chicas, si todos los hombres os marcháis? ¡La vida se volverá mortalmente aburrida!

Benjamin se incorporó. Su rostro adoptó una expresión expectante.

-¿De veras piensas eso? -preguntó.

Felicia arrancó una amapola de un rojo reluciente y se la tendió.

-Claro -dijo-, me quedaría inconsolable si tú también me dejaras en la estacada. Entonces sí que podría volverme a Berlín.

-Felicia... -Le cogió la mano.

Ella sonrió confusa.

-¿Qué pasa? ¿Por qué de pronto te pones tan solemne?

-No sé... -Él no la miró-. Puede que me haya enamorado de ti, hace ya mucho tiempo.

-Oh... -Felicia no supo enseguida qué responder.

Miró el lago centelleante, la espesura de alisos de la orilla. El sol se posaba cálido en los troncos rojizos de los pinos, y en alguna parte cantaba un mirlo. «Es un chico tan amable», pensó. No quería ofenderlo; además, la situación le gustaba. Su corazón latía con calma, sus manos seguían frías, pero se dio cuenta de que a Benjamin se le llenaba la frente de sudor. Impaciente, pensó: «¡Oh, Dios, esto le está importando demasiado!».

-Espero no haberte ofendido -dijo al fin Benjamin.

Felicia reprimió una sonrisa.

-No. Es solo que me resulta un poco sorprendente.

-¿Nunca has notado nada?

-No... creo que no...

-Nunca me he atrevido a decírtelo, Felicia. Probablemente no me hubiera atrevido si no fuese porque tal vez haya guerra...

Benjamin contempló el delicado rostro, que le era familiar desde su primera infancia, los hermosos ojos gris pálido, cuyo insondable carácter no le causaba inseguridad hoy, por primera vez. Ella parecía muy dulce, y él no la conocía lo suficiente como para saber que siempre parecía dulce cuando quería ocultar sus verdaderos pensamientos y sentimientos. Se inclinó un poco hacia delante, para que él pudiera percibir su olor a piel caliente por el sol y a perfume. Él cogió uno de sus largos mechones de pelo y lo dejó resbalar por entre sus dedos. No entendía cómo era posible que de pronto estuvieran tan próximos. Su aliento nunca le había llegado tan de cerca, sus labios

nunca le habían parecido tan expectantes. Observó asombrado cómo cambiaba la expresión de su rostro antes de besarla, lo ajena y reticente que se volvía.

«No está aquí», pensó fugazmente, pero aquel conocimiento no penetró hasta su conciencia.

Su mano le agarró el brazo, con la otra palpó el latir de su corazón bajo la fina tela de su vestido. En algún sitio chillaron dos pinzones, un pato se alzó de entre los juncos, a la orilla del lago. Sus alas cortaron ruidosamente el aire. Felicia retrocedió.

-Por un momento me he olvidado de todo -dijo en voz baja. Las palabras le parecieron adecuadas porque no revelaban nada, pero daban a Benjamin la libertad de oír lo que quisiera oír. Parecía muy vulnerable, en cuclillas delante de ella. Cuando se dio cuenta de dónde había puesto la mano, la retiró ruborizándose.

-¿Te casarías conmigo, Felicia? -preguntó. Como muchos tímidos, en los momentos de valor tendía a lanzarse de cabeza.

Felicia, que había estado temiéndolo todo el tiempo, se alisó los cabellos.

-Te quiero mucho, Benjamin, de veras. Pero creo que te conozco desde hace demasiado tiempo, y por eso...

Benjamin, turbado hasta lo más íntimo de su ser, la miró herido.

-No más que a Maksim Marakov, ¿no? -preguntó cortante.

Felicia se sobresaltó. La máscara de amable inocencia resbaló de su rostro como el rayo, alrededor de su boca se formó un rasgo de dureza.

-¿A qué viene ahora Maksim Marakov? -repuso, con tanta agresividad que Benjamin lamentó haber mencionado su nombre.

-Bueno, por decir alguien -murmuró, pero Felicia no se dejó engañar.

-¿Por qué precisamente Maksim?

-Yo... -Se quedó mirando al lago, más allá de ella-. Modeste dijo...

-¿Qué?

-Bueno, que tú y Maksim... -calló.

Felicia se levantó, se arregló el vestido arrugado.

-Que Dios proteja a ese monstruo -murmuró-; esta noche Modeste encontrará en su cama por lo menos diez gruesas arañas negras, puede confiar en eso. -Se puso el sombrero en la cabeza con furioso impulso-. Me voy a casa. De todos modos ya es tarde.

Benjamin se puso en pie de un salto y le tendió la mano, pero ella retrocedió. Resignado, se apartó.

-Vamos -convino-, ya es tarde.

No dijo una palabra en todo el camino. Solo cuando Lulinn apareció ante ellos se detuvo. En sus ojos había una ternura que a Felicia le resultó agobiante.

-Pase lo que pase -dijo-, siempre podrás acudir a mí si necesitas ayuda. Aunque nunca respondas a mis sentimientos, haré todo lo que pueda por ti.

Felicia se dio cuenta de que la asaltaba una ligera irritación. Ella nunca era desinteresada, sus actos jamás carecían de finalidad. La excesiva grandeza humana le resultaba irritante.

-Gracias -repuso, un poco condescendiente-, es bueno saberlo. Adiós, Benjamin. Si te vas al ejército, dímelo. Iré a la estación a despedirte. -Rio; su breve agobio se había esfumado.

Recorrió a toda prisa la avenida. ¡El bueno de Benjamin! De verdad le apreciaba, pero ni con la mejor voluntad por su parte podía sentir nada más por él. Tarareó una melodía y pensó en Maksim, hasta que una voz chillona la sobresaltó.

Modeste estaba de pronto ante ella.



-¿Y? ¿De dónde vienes? ¿Lo has pasado bien con Benjamin?

-¡Ah, eres tú! -Rápidamente, Felicia agarró una de las trenzas rubio pálido de Modeste y tiró de ella.

Modeste chilló.

-¡Ay! ¿Qué haces?

-Ya sabes por qué es esto. ¡Y si no lo sabes, aun así te lo mereces, cosa estúpida y traicionera!

Modeste empezó a llorar ruidosamente.

-¡Madre, madre, ven rápido! ¡Felicia va a arrancarme todo el pelo!

Gertrud acudió jadeante. Tenía manchas rojas en la cara, y el vestido se le pegaba, húmedo, al cuerpo.

-¡Deja en paz a Modeste! -gritó-. ¿Qué estás haciendo? Tu abuelo está muy enfermo, y tú...

-¿Qué? ¿El abuelo está enfermo?

-Muy enfermo -repitió complacida Gertrud, porque no había nadie a quien odiara tanto como a Ferdinand Domberg-. El médico está con él. Se ha desplomado mientras tomaba el té. ¡Un ataque al corazón!

Por primera vez, a Felicia le parecía que el rostro de su abuela había envejecido. Durante unos momentos, había perdido su abrumadora vitalidad. Estaba delante de la puerta del dormitorio, mirando fijamente al médico, que había prescrito a Ferdinand reposo absoluto, y parecía un poco desconcertada.

-Oh, Felicia -dijo, y se dejó caer en uno de los sillones del pasillo-, Felicia, ha sido espantoso. Estábamos en la terraza tomando el té, y de pronto el abuelo deja caer su taza, se lleva la mano al corazón y jadea en busca de aire. Al principio pensé que estaba haciendo teatro, pero luego... ¡Ay, necesito un cigarrillo!

Laetitia sacó un cigarrillo del bolsillo de su falda y se lo dio. Felicia sabía que su abuela fumaba de vez en cuando, pero esta fue la primera vez que le ofreció uno también a ella.

-¿Quieres? A veces ayuda. No sé cómo habría salido adelante sin aguardiente y cigarrillos.

Felicia dio un par de cautelosas caladas. Se atragantó, se le llenaron los ojos de lágrimas y no puedo evitar toser, pero por entre el humo sonrió a Laetitia, y esta respondió a la sonrisa.

Su tranquilidad se vio abruptamente perturbada cuando unos pasos resonaron escalera arriba y un jadeante Victor apareció con el pelo revuelto. Miró inquisidor a las dos mujeres que fumaban.

-Madre, te he dicho cien veces... -empezó.

Laetitia le interrumpió con brusquedad:

-Deja tus puntillidades. Tu padre no está bien.

-Gertrud me lo ha contado. ¿Es muy grave? ¿Debo pasar a verle?

-El médico dice que lo superará. Y no entres. Debe dormir.

-Bien... Yo... Siento venir con esto precisamente ahora, pero... -Victor estaba tan excitado que no encontraba las palabras. Por fin, explotó:- Voy a apuntarme a los reservistas, en Königsberg. Me voy mañana temprano.

Gertrud, que estaba subiendo la escalera con Modeste, lanzó un chillido.

-¡No puedes hacer eso! -gritó, y en su rostro se notaba que ya estaba preguntándose cómo le sentaría el papel de esposa que espera angustiada a un soldado-, ¡me moriré de miedo si lo haces!

-¡Sí, padre, tienes que quedarte! -pidió también Modeste, colgándosele del brazo.

Victor las miró con aire extremadamente heroico.

-La gravedad del momento exige a cada hombre la mayor lealtad hacia su patria -anunció-, y

valentía a cada mujer. Rusia ha declarado la guerra a Austria.

Por un momento todos guardaron silencio, luego Modeste preguntó:

-Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

Felicia la miró despreciativa y le lanzó, malvada, una nube de humo a la cara.

-Alemania tiene una alianza con Austria -dijo-, y si Austria está en guerra con Rusia, nosotros también lo estamos.

Victor, que con gusto se lo hubiera explicado él mismo, con palabras mucho más escogidas, a un auditorio de mujeres que escuchaban absortas, dedicó una mirada a su sobrina.

-Me gustaría, en cualquier caso, que vinierais todas conmigo a Königsberg -dijo-. Esto no es lo bastante seguro para vosotras.

-¿Y quién cuidará de la finca? -preguntó Laetitia.

-El administrador. Los criados.

Laetitia rio.

-¿Crees que van a quedarse un día más que nosotros? Cuando oigan la palabra «rusos», saldrán corriendo. Además, Ferdinand no está en condiciones de viajar. Y no me iré sin él.

-Con eso solo pretende obligarnos a quedarnos aquí -refunfuñó Gertrud-, ¡pero yo voy a hacer enseguida mis maletas, podéis estar seguros!

-Yo también -le hizo eco Modeste.

Laetitia miró a Felicia.

-Felicia...

Felicia reflexionó. Irse a Königsberg con la tribu de Victor... ¡una idea espantosa! Quedarse en un hotel con Gertrud y Modeste, posiblemente en la misma habitación... ¡mejor irse a casa, a Berlín!

Laetitia se incorporó y se irguió en su delicada estatura de un metro sesenta.

-Muy bien -dijo-, Victor defenderá la patria, Gertrude y Modeste se atrincherarán en Königsberg, y el abuelo y yo mantendremos la posición aquí. Y tú, Felicia, te irás a Berlín. ¡Es tu sitio!

Aunque acababa de pensar exactamente lo mismo, Felicia protestó enseguida:

-Oh, no, abuela. No me iré. Me quedaré con vosotros en Lulinn.

-No, niña. No estamos ni a sesenta kilómetros de la frontera rusa, y si hay guerra empezará aquí.

-Sí. ¡Y por eso no voy a dejaros solos!

-A mí, que soy una anciana, no van a hacerme nada. Pero para ti no carece de peligro. ¡Por favor, vete a Berlín!

Felicia pensó en las innumerables historias de horror que le habían contado de los rusos, las «hordas eslavas». Pero junto al temor despertó en ella un nuevo sentimiento, hasta entonces desconocido, algo completamente ajeno, que aceptó con un ligero asombro pero sin titubeos: era un sentimiento de lástima hacia su familia y hacia Lulinn. La confundía, porque no había hecho ni pensado nada en su vida que no fuera egoísta de alguna manera, incluso inconscientemente. Por primera vez, sentía una responsabilidad más fuerte que todos sus instintos egoístas. El sol de la tarde entraba por la ventana trasera del pasillo, hacía resplandecer los blancos cabellos de Laetitia y volvía vivos y coloridos los cuadros de los antepasados a lo largo de las paredes.

Felicia sonrió a su abuela. Sí, Lulinn y su historia se merecían no desertar ahora.

En la oficina de telégrafos de Berlín se había desatado el infierno. Miles de personas se apretujaban delante de los mostradores, a cada minuto se añadían otras. Fuera, en la calle, pasaban coches con oficiales, se veían soldados por todas partes, algunos de los cuales ondeaban la bandera alemana o cantaban juntos «Salve, corona de la victoria».

Hombres, mujeres, niños, burgueses y trabajadores, ricos y pobres se reunían en abigarrados grupos, hablaban, gesticulaban, se sobrepujaban en griterío. La ciudad entera estaba en pie, y sobre todos ellos se alzaba radiante el sol de agosto, y convertía las calles en una ardiente caldera en la que, a pesar de la hora avanzada de la tarde, ningún viento más fresco anunciaba la noche.

Desde hacía media hora, Alemania estaba en guerra.

Elsa se había abierto paso a puñetazos hasta un mostrador de la oficina de telégrafos, con una dureza de la que nadie la habría creído capaz. Su melancolía crónica siempre le hacía parecer mansa e hipersensible, pero a pesar de todo era hija de Laetitia, y había momentos en que aquella herencia se hacía notar.

Como hoy. Aquel día, el primero de agosto de 1914, exigía todas sus energías.

Rudolf, su marido, no podía salir de la clínica; se había limitado a mirarla con aire de preocupación y decirle:

-La sala de espera está repleta. No puedo simplemente enviar a mis pacientes a su casa. Elsa, sé que a nuestra querida Felicia no le sucederá nada.

«Si yo también pudiera creerlo», pensó Elsa. Felizmente, Linda estuvo dispuesta a acompañarla. El día anterior, en una pequeña y apresurada ceremonia, Linda se había convertido en la esposa de Johannes; su luna de miel había durado doce horas exactas, hasta que llegó su orden de incorporación, y Johannes tuvo que salir de inmediato hacia su guarnición, al oeste. Linda le había acompañado al tren. Luego rompió a llorar y corrió junto a Elsa, a la que ahora seguía como una sombra pequeña y pálida.

La tercera del grupo era una chica de pelo y ojos oscuros, Sara Winterthal, que había ido al colegio con Felicia y Linda. Sara pasaba por gris entre sus amigas porque era pálida, tímida e insignificante, pero tenía el don de una intuición desarrollada casi hasta la clarividencia y una gran fuerza interior, que sin duda habrían advertido personas menos egocéntricas que Felicia y Linda. La trataban siempre con un poco de condescendencia, y todavía no habían entendido que estaba allí cuando se necesitaba ayuda... como ahora.

Elsa se agarró al mostrador y resistió tercamente contra un hombre tosco y grueso que trataba de desplazarla. Se le marcaban los nudillos, su cara estaba pálida y los ojos rodeados de sombras oscuras.

-¡Tengo que enviar un telegrama enseguida!

El funcionario, que parecía estar a punto de enloquecer de calor y de nervios, negó con la cabeza con expresión de lamento.

-No hay nada que hacer. Ya no es posible para los civiles. El servicio telegráfico ha quedado en exclusiva a disposición del ejército.

Los ojos de Elsa se hicieron aún más grandes.

-Pero eso es imposible. Tengo que telegrafiar enseguida a Insterburg. ¡Mi hija está allá arriba prácticamente sola!

Algunas personas la miraban compasivas. ¡Esa pobre mujer, ahora que venían los cosacos! Corrían ya los rumores más salvajes sobre atrocidades en la frontera, y todos los alemanes miraban temerosos hacia la Prusia Oriental, donde tendría que empezar la guerra.

-No será tan malo, buena mujer -la consoló un hombre-, siempre digo que un auténtico soldado alemán no va a dejar que los rusos entren en el país.

-Yo tampoco creo que los rusos sean tan malos como se dice siempre -dijo otro, que cosechó miradas furiosas con la observación. Se necesitaba un enemigo, y no se podía tolerar a los que trataban de apaciguar.

«Se nos pone la espada en la mano», había dicho el día anterior el emperador desde el balcón de palacio, y la multitud había gritado presa de júbilo. «Sí, empuñar la espada y golpear, eso querían todos, y mejor hoy que mañana.» Elsa había percibido durante todo el día la salvaje ansia de guerra de la gente, mientras estaba entre miles de personas delante del palacio, mirando temerosa las agujas del reloj. El día anterior, Alemania había enviado a Rusia un ultimátum instándole a retirar inmediatamente las tropas emplazadas a lo largo de la frontera austríaca. El ultimátum había expirado a las doce sin que de San Petersburgo hubiera llegado respuesta alguna. Según los rumores, tropas de caballería rusas ya estaban allí y habían cruzado la frontera alemana, causando el pánico en los pueblos pequeños. La gente sentía un ansia indisimulada. La tensión de las últimas semanas había sido demasiado grande, ahora tenía que estallar la tormenta, porque casi no había aire para respirar. Aquel que pensaba de manera práctica corría al banco, porque decían que en la bolsa se había desatado el infierno, y el dinero ahora estaba más seguro en un calcetín debajo de la cama que en la caja fuerte. Alguien trató de vender bonos de guerra a Elsa, pero ella apenas le prestó atención. Tenía las manos convulsivamente entrelazadas, se secaba de vez en cuando el sudor de la frente y pensaba en sus hijos. Johannes iba de camino al oeste, donde estaban los franceses, de los que todavía nadie sabía si se pondrían del lado de Rusia llegado el caso. Y Felicia estaba en el este, en Lulim, y Dios sabría lo que estaría ocurriendo allí ahora. Todos se sintieron aliviados cuando, a las cinco, un oficial salió al portal del palacio y anunció la movilización general. Durante unos segundos la gente se quedó como petrificada, luego alguien entonó un cántico y todos se le unieron. «Dad todos gracias a Dios», resonó solemne en mil gargantas sobre la luminosa plaza, bajo un cielo de verano de un resplandeciente azul. Mucha gente tenía lágrimas en los ojos; en todos los rostros, jóvenes o viejos, había la misma seriedad, la misma disponibilidad incondicional. Tan solo Elsa no lloraba ni cantaba. Pensaba en sus hijos y habría querido gritar. ¡Esa gente quería ir a la guerra como las ovejas al matadero, y encima lo festejaba!

Elsa cogió de la mano a Linda y a Sara, que sollozaban, y se fue de allí.

-Venid, tenemos que ver qué podemos hacer por Felicia.

Casi corrió por las calles, sin prestar atención a que su ajustado corsé apenas le dejaba respirar. Linda jadeaba tras ella, y Sara lloraba, no por entusiasmo bélico, sino porque le apretaban los zapatos. Un joven y gallardo oficial pasó en coche junto a ellas y gritó: «¡Movilización!» Una mujer entrada en años se desplomó entre histéricos gritos patrióticos. Otra señaló de pronto a un hombre que estaba plantado delante de una de las ediciones extraordinarias de los periódicos y rugió: -¡Es un espía ruso! Lo sé. ¡Detenedlo!

Y media docena de ciudadanos se lanzaron sobre él y lo derribaron al suelo.

Se comportaban como dementes.

Elsa sintió vértigo.

La gente parecía dispuesta a todo: a luchar, a matar y, en caso necesario, a morir

esplendorosamente. En medio del entusiasmo palidecía el miedo, la idea de la muerte se convertía en experiencia heroica.

Gritando, cantando y jaleando, se abrazaban los unos a los otros y se sentían fuertes y unidos.

Cuando Elsa volvió a salir de la oficina de telégrafos a la calle, casi le caían las lágrimas. Se sobresaltó cuando de pronto Linda gritó:

-¡Oh, ese es Alex Lombard!

Se giró y vio a un hombre de buen aspecto, que se quitó el elegante sombrero de tafetán y se inclinó en una reverencia tan perfecta como si estuvieran en una recepción y no en una plaza repleta de gente en medio de Berlín. Linda hizo las presentaciones:

-Alex Lombard, un amigo de mi hermano. La señora Degnelly, la madre de Johannes. Y Sara, una amiga.

Alex y Elsa se estrecharon la mano. Elsa le contempló y sintió que de alguna manera le recordaba a un gato cansado, cuya lentitud sirve únicamente para adormecer a sus enemigos y reservar sus músculos para el golpe decisivo.

-¿También usted celebra el alzamiento de Alemania contra sus enemigos? -preguntó irónico, mientras lanzaba una sonrisa a Linda que la hizo retroceder un paso.

-Oh, no celebramos nada -respondió con desaliento Elsa-, mi hija Felicia sigue en la Prusia Oriental, y tengo... tengo que telegrafiarle para que venga.

-¿Cómo es que sigue allá arriba?

-Porque es la chica más testaruda que conozco. Se le metió en la cabeza y... Y ahora no me dejan telegrafiar, porque solo el ejército...

-No se preocupe. Allá arriba se enterarán del estallido de la guerra tan deprisa como nosotros aquí, y entonces se pondrá en camino. Por otra parte -Lombard rio en voz baja y pensó en el cuadro que tanto le había cautivado-, por otra parte, seguro que Felicia acaba con los rusos.

Ninguna de las tres mujeres advirtió la preocupación en su sonrisa. Tan solo vieron la hermosa boca y los ojos brillantes, y pensaron que era un tipo bastante frívolo.

-Pero si les tranquiliza -prosiguió él-, enviaré un telegrama. Cifrado.

A los pocos minutos regresó, impávido y sin prisa.

-Todo en orden. Felicia volverá al seno de la familia.

Cogió a Linda y a Sara del brazo.

-¿Puedo invitarlas a un café, señoras? Es un hermoso día de verano y deberíamos hacer algo agradable.

-A mí... no me apetece -dijo incómoda Elsa. Alex Lombard no le gustaba especialmente, pero le había ayudado mucho. Miró llena de espanto a su alrededor-. Esta gente... No puedo entender su entusiasmo. ¡Están como locos!

-Sí, estaban esperando este momento -respondió pensativo Alex-, nada es más embriagador que el sentimiento de la unidad. Mejor morir juntos que vivir solos. Pueden olvidarse de las huelgas, los socialistas, el hambre. ¡Su patriotismo les une y, como pollitos, se refugian de todas las dificultades de la vida cotidiana bajo las cálidas plumas de la patria, asediada y sin embargo tan orgullosa!

-Pero la guerra no durará mucho, ¿verdad?

Alex alzó las cejas.

-Oh, no -dijo alegremente-, eso lo dicen todos. Menos de ocho semanas. Y hasta entonces, no vamos a dejar que nos arruinen el verano.

Eludió a un anciano que tendía la mano y murmuraba algo acerca de una limosna por la victoria.

-¿Han estado ya en los baños de Wannsee? ¿Aún no? Oh, pues es el momento. ¿Quieren que vayamos juntos mañana? ¡No creo que su patriotismo sufra por eso!

Felicia caminaba cansada por los prados de Lulinn y, sin detenerse, se recogió el pelo en un moño. Tenía la nuca empapada de sudor y el vestido se le pegaba al cuerpo. Llevaba unos apretados zapatos de charol, pero se inclinó con un movimiento decidido, se los quitó y los llevó en la mano. Sencillamente, hacía demasiado calor. Llevaba casi una hora caminando para llegar al pequeño establo oculto en los bosques, un pabellón de caza en el que había escondido dos caballos, a los que ahora tenía que llevar agua y forraje todos los días. Cada vez que el sonoro relincho la saludaba, elogiaba su propia astucia. Justo a tiempo, antes de que las tropas alemanas llegaran a Lulinn y se incautaran de todos los caballos, había conseguido sacar a los dos más fuertes: había que ser cortés con las tropas y afirmar que era un honor entregar caballos para la lucha, pero en realidad Felicia estaba indignada con aquel «robo», como ella lo llamaba. ¿Qué iban a hacer si de pronto tenían que huir? ¿Coger los viejos rocines que les habían dejado? No, ella había sido previsora. Tenía los caballos en el bosque y detrás, en el granero, un coche camuflado con paja. Desde entonces Felicia podía dormir mejor, aunque la idea de ver venir de pronto una sección de rusos por la avenida le parecía en extremo inquietante. Como todos los demás, había seguido llena de miedo los acontecimientos de las últimas semanas, y se sentía aislada de todo el mundo. A menudo las únicas noticias que les llegaban eran de refugiados de territorios situados al este, que pasaban por Lulinn con carros y caballos y rebaños de cabras y se detenían a descansar. Los alemanes habían ganado una batalla en Stallupönen, pero habían perdido en Gumbinnen, y al parecer había violentas disputas entre los generales alemanes.

-Prittwitz y François no logran ponerse de acuerdo en un orden unitario -había dicho el día anterior un soldado herido-. Si el uno dice blanco, el otro dice negro, y todo anda manga por hombro.

Aquella mañana habían vuelto a aparecer soldados, habían pedido un trago de agua y contaron que iban a relevar al general Prittwitz.

-Van a traer a Ludendorff del frente occidental. Y también han llamado a un general jubilado. Creo que se llama Hindenburg, o algo por el estilo.

-¿Sabe usted algo del frente occidental? -preguntó tensa Laetitia, pero el soldado negó con la cabeza.

-Apenas nada. Parece que los franceses ofrecen más resistencia de lo esperado. En su lugar, yo dejaría la finca. Nosotros somos casi las últimas tropas.

Laetitia mantuvo la frialdad.

-No podemos. Mi marido está muy enfermo. No resistiría una huida.

-Es usted muy valiente.

«Qué remedio nos queda -pensó nerviosa Felicia-. ¡De verdad me pregunto por qué dejan que los rusos avancen tanto!»

Se acordó de la frase que el general François había acuñado al comienzo de la guerra: «¡Ni un eslavo pisará suelo alemán!».

Grandioso, y ahora venían en bandadas. Felicia no podía dejar de pensar en las muchas historias espantosas que le habían contado. También hoy, al mirar Lulinn desde lejos y verla tan tranquila como inanimada al sol, el corazón se le aceleraba presa de un brusco pánico. ¿Habrían aparecido los rusos mientras ella no estaba? Pero luego volvía a tranquilizarse. Por el patio corrían unos

cuantos pollos, en alguna parte graznaba un ganso. Seguro que no seguirían vivos si el enemigo ya estuviera allí.

Pero... ¿por qué estaba todo tan tranquilo? A pesar de su agotamiento, Felicia recorrió más deprisa el último trecho. Nadie se dejaba ver. Abrió de golpe la puerta de la casa.

-¡Jadzia! -gritó, pero no acudió nadie. Presa de un repentino pánico, gritó-: ¡Abuela! Abuela, ¿dónde estás?

Arriba se oyeron pasos. Laetitia apareció en la escalera.

-Oh, Felicia, menos mal que has venido. Empezaba a sentirme un poco sola.

-¿Dónde están todos, Jadzia, las otras chicas, los criados? Está tan silencioso...

-Se han ido todos -respondió Laetitia-, han sido presa del miedo. Ahora estamos solas.

Las palabras resonaron especialmente penetrantes desde el rellano de la escalera. Felicia oyó apagarse su eco y trató de captar su significado, y de pronto sintió que su rostro palidecía.

Laetitia bajó corriendo la escalera y la agarró por un brazo.

-Niña, ¿no irás a desplomarte? Tendrías que haber atendido aquel telegrama cifrado de Berlín. Si aún quieres irte...

-No. -Felicia volvió en sí-. Naturalmente que me quedo. No me sentía bien... Es el calor fuera...

Laetitia sonrió, se sentó en el último peldaño de la escalera y declaró, como tantas veces, que se sentía orgullosa de tener una nieta como ella, capaz de enfrentarse a situaciones como esa, porque los vástagos de su familia siempre habían sido leales.

Felicia se dejó caer en una silla.

-Oh, abuela, qué amable por tu parte decir eso. Pero me temo que no soy tan noble como piensas. Soy una persona realmente egoísta, y...

-Por supuesto que lo eres. Yo también, y tu madre, y tu tía Belle... pero lo somos de una forma distinta, no como la gorda y necia Modeste. Ella siempre será una hoja al viento, arrastrada por su codicia egoísta, y a la vez una esclava de su comodidad. Es una pequeña tirana, pero nosotras... A nosotras nos mueve la sed de poder, a la que se suma el valor y el sentido de la responsabilidad. Cuando queremos algo, nos plantamos delante y lo defendemos hasta la última gota de sangre, no por nobleza, sino porque sabemos muy bien que dominamos con mayor facilidad a los que protegemos. Por eso nos hemos quedado aquí, ¿no? -Se interrumpió y prestó oídos al piso de arriba-. ¿Ha llamado el abuelo? Voy a verle.

Subió rauda la escalera. Felicia la siguió.

Ferdinand Domberg parecía totalmente perdido en la gran cama. Sus estrechas manos, transparentes como fino pergamino, hurgaban inquietas en la colcha. Su rostro había adoptado un color amarillento y el contorno de los ojos era marrón. Solo cuando Laetitia se inclinó sobre él sus rasgos se relajaron, la claridad volvió a su expresión.

-Laetitia -susurró, y trató en vano de levantar la mano. Su respiración era débil, pero cuando Laetitia se asustó al ver sus labios amoratados no lo dejó traslucir. Sonrió con dulzura, y él se quedó mirando su sonrisa como si quisiera aferrarse a ella.

«Depende por completo de ella -pensó fascinada Felicia-, siempre lo ha hecho.»

Se acercó, titubeante. Su abuelo mortalmente enfermo la intimidaba más de lo que nunca lo hizo cuando estaba sano, siempre gritando y maldiciendo por naderías. Había sabido manejar al viejo y atronador tirano. Pero ahora parecía cambiado, y la enfermedad siempre la había asustado e inquietado. No sabía qué hacer con la debilidad.

-¿Puedo... puedo hacer algo por ti? -susurró.

El abuelo volvió la cabeza y la miró, cansado. Felicia no estaba segura de si tan siquiera la

reconocía.

-Ventana -murmuró-. ¡Abre la ventana!

Ella fue hacia la ventana y abrió de par en par las dos hojas. Enseguida, un aire caliente y agobiante inundó la habitación, un bochorno asfixiante en el que las rosas desprendían un aroma penetrante y dulzón y derramaban un olor pesado, adormecedor. Las abejas zumbaban ruidosamente en la tarde tranquila y calurosa, no se movía ni una brizna de hierba, ni una hoja.

Felicia se dio la vuelta.

-Va a haber una tormenta -dijo-, fuera hace un silencio tan de muerte que... -Se detuvo, escuchó el silencio-. ¿No oyes? -preguntó.

Laetitia alzó la cabeza.

-No, yo... -Luego dejó de hablar, sus ojos se agrandaron, parecía escuchar con cada fibra de su cuerpo algo que había fuera. Sus ojos se encontraron con los de Felicia, y Felicia leyó en ellos la muda orden de no excitar al abuelo a toda costa, sucediera lo que sucediese.

Felicia tragó saliva con esfuerzo. Volvió a asomarse, sintió el sol en el rostro y, por un momento, se entregó a la engañosa idea de que solo era uno de otros cien días soleados de vacaciones y que Benjamin vendría por la avenida para llevársela a nadar o a jugar al tenis. Pero no era Benjamin, no era un día de vacaciones. Había guerra, y entre los robles, a la sombra de sus ramas y hojas, aparecieron jinetes. Sus bayonetas brillaban al sol. Aquellos hombres no llevaban uniformes alemanes.

Con manos temblorosas, Felicia cerró la ventana; los cristales tintinearón. Sentía la boca seca y como de trapo. Con voz ajena, ronca, dijo:

-Vienen soldados. Son... -En sus ojos había un miedo desbocado. La mirada de acero de la abuela la alcanzó, cortante. Continuó con esfuerzo-: Son muchos.

Ferdinand abrió los ojos.

-¿Soldados?

-Soldados alemanes -dijo Laetitia con despreocupación-. Quieren descansar y tomar un trago de agua. Voy a bajar a darles la bienvenida.

Fue a levantarse, pero los largos dedos de Ferdinand, similares a garras, aferraron sus manos con desconsiderada dureza.

-No -ordenó con un soplo de su antigua aspereza-, te quedarás conmigo. No voy a durar mucho, y que el diablo me lleve si voy a quedarme solo durante los últimos minutos de mi vida.

Laetitia sonrió, tranquilizadora.

-Me quedo. Felicia...

Los ojos de Felicia se agrandaron.

-¿Yo? Pero... -Se mordió los labios. Pensó en todo lo que Laetitia le había dicho antes, y ahora entendió qué finalidad había tenido aquella conversación. Laetitia no había querido distraerla, sino darle su fuerza.

«Nosotras somos valientes y responsables, nosotras defendemos lo que amamos.»

Le temblaban las rodillas, su rostro estaba blanco, pero, lo más tranquila que pudo, para que el abuelo no advirtiese nada, fue hacia la puerta. Oyó los caballos trotar en el patio, escuchó claros relinchos y una voz cortante que rugía una orden incomprensible. Alguien aporreó la puerta de la casa, la abrió con decisión. Unas pesadas botas patearon las losas del zaguán.

Felicia temió marearse. Nunca en su vida había tenido tanto miedo.

-Ya voy -dijo.

Salió del dormitorio, fue por el pasillo. Cuando llegó a la escalera, levantó la cabeza. Bajó sin



prisa los escalones.

Los soldados rusos estaban ante todo interesados en encontrar algo de comer. Desde el principio de la guerra, la intendencia había sido su mayor problema. Las rutas de transporte eran largas y complicadas, y los rusos no podían utilizar la red ferroviaria alemana porque los alemanes no habían dejado trenes atrás y los trenes rusos empleaban un ancho de vía distinto.

La mayor parte de la población había huido a las ciudades occidentales de la Prusia Oriental, dejando las granjas vacías. Ahora que las tropas de François se habían retirado hacia el sur, donde el general ruso Samsonov estaba con sus tropas junto a los lagos de Masuria, Rennenkampf, que mandaba el primer ejército ruso y entretanto tenía dificultades para hacerse una idea de la situación, había trasladado sus tropas hacia el oeste y tenía que vérselas todos los días con dificultades de suministro.

Los rusos ya habían vaciado hasta la última migaja de la despensa de Jadzia, y perseguían pollos y gansos por el patio. Una sección había rodeado enseguida casa y patio y registrado hasta el último rincón en busca de soldados alemanes escondidos. Otros acababan de tumbarse, agotados, en sofás y sillones, y estiraban las piernas. Un joven oficial, fusil en mano, iba hacia la escalera y se disponía a subir los peldaños.

Se detuvo, sorprendido, al ver a Felicia. Ella se agarró con una mano a la barandilla, y durante un segundo se llevó la otra al cuello antes de dejarla caer. No tenía ni sombra de color en el rostro, y sus cejas negras destacaban fantasmagóricas en el blanco de su piel.

El teniente sonrió.

-¿A quién tenemos aquí? -preguntó en buen alemán-. Hermosa niña, ¿qué hace aquí tan sola?

La atención de los otros se despertó, y se acercaron. Se quedaron abajo, un uniforme junto a otro, y unos rostros sonrientes, tostados por el sol, alzaron la vista hacia Felicia. Ella los miró y se tranquilizó un poco. No estaba segura de lo que había esperado... de alguna manera, siempre tuvo la idea de una horda de mongoles de ojos rasgados, y se había imaginado, temblorosa, las tristemente famosas crueldades de un Gengis Kan. «Qué necia -pensaba ahora-, no son tan terribles.»

-No estoy sola -dijo respondona-. ¡Y no pueden ustedes subir!

Los hombres la miraron sorprendidos. Luego, el teniente se echó a reír.

-¿Habéis oído? -dijo volviéndose a los otros-. ¡No podemos subir! ¡La joven dama acaba de prohibírnoslo!

Uno de ellos respondió algo en ruso, y todos rieron estruendosamente. El teniente se volvió de nuevo hacia Felicia; había subido la pierna derecha al siguiente peldaño y se apoyaba en ella. Sus ojos oscuros centelleaban.

-Tesoro -dijo-, ¿qué pasa si queremos subir?

Felicia creyó oír una primera chispa de irritación en su voz, y eso la asustó. Comprendió que podía meterse en graves apuros, pero se esforzó por mantener la frialdad.

-Mi abuelo se está muriendo -contestó-, y no debe alterarse.

Su calma impresionó a los hombres. El teniente movió la cabeza con expresión lastimera.

-Lo siento. Mi gente tiene que registrar toda la casa. Pero prometo que se comportarán de forma civilizada. -Asintió a algunos hombres, que subieron por la escalera.

Felicia se quedó inmóvil. El teniente la contempló con interés: el rostro estrecho, el arranque del pelo con un pico en la frente, los ojos de color gris pálido, en los que no había rastro de oposición sino un ligero ruego de clemencia. Observó la suave línea de su boca. Una auténtica dama, pensó, pero luego, mientras su mirada se deslizaba hacia abajo, no pudo evitar echarse a reír.

Felicia siguió el rumbo de sus ojos, confusa, y se estremeció. ¡Por Dios, había olvidado por completo volver a ponerse los zapatos! Por debajo del vestido de verano floreado, largo hasta los tobillos, asomaban sus pies desnudos, arañados por cardos y espinos y llenos de tierra y polvo. Levantó la cabeza, ruborizada. Qué embarazoso, presentarse ante los soldados con los pies desnudos y totalmente sucios.

-Bueno, no molestamos más -aseguró el teniente-, tan solo vamos a descansar un poco y a reponer nuestras provisiones. ¿Ya no tienen caballos aquí?

-No. Nuestras tropas los confiscaron todos.

El teniente se encogió de hombros.

-No pasa nada. De todos modos... dentro de menos de dos semanas cruzaremos la Puerta de Brandemburgo.

¡La Puerta de Brandemburgo! Felicia no supo qué se había apoderado de ella pero, antes de pararse a pensar, se oyó decir con voz clara:

-¡No diga tonterías!

Al instante siguiente se sobresaltó. ¡Cómo podía decir una cosa así! El teniente, que ya le había vuelto la espalda, se giró lentamente hacia ella. La sonrisa había desaparecido de sus ojos. El resto de los hombres contenían la respiración. En voz baja, preguntó:

-Dígame: ¿hay algo a lo que usted tenga miedo?

Felicia tenía las rodillas flojas y la sensación de que la escalera vacilaba. Con voz solo medianamente firme, respondió:

-No, nunca tengo miedo.

Un soplo de admiración pasó por el rostro del hombre.

-Miente, madame. Pero es verdad que es muy valiente. -Su mirada envolvió de nuevo su figura-. Si la hubiera conocido en otras circunstancias, habría ido a bailar con usted. -Se volvió hacia los hombres, otra vez con rigor militar. Dijo algo en ruso en tono imperativo y los soldados se pusieron en movimiento. Fueron a buscar y cargar víveres a la cocina; a abrevar sus caballos y a echarse a la cara un poco de agua. La tropa que había registrado la casa reapareció con las manos vacías.

Al cabo de poco tiempo habían terminado, cogieron sus fusiles y salieron. El teniente fue el último en salir; se detuvo en la puerta y alzó la mano a modo de saludo.

-Adiós, madame. Lástima que estemos en guerra, ¿verdad?

Felicia asintió. Apenas el teniente estuvo fuera, se dejó caer en el escalón más próximo, escondió el rostro entre las manos y escuchó el rápido latir de su corazón. El rumor en sus oídos se mezcló con el ruido de los cascos de los caballos que se marchaban.

Levantó la cabeza.

La tarde volvía a ser tranquila y calurosa, olía a trébol y a jazmín y estaba llena del zumbido de las abejas.

«Se han ido -pensó Felicia-, ¡de verdad se han ido!» Se sentía tan débil que se habría quedado sentada escuchando el maravilloso silencio, pero entonces se acordó de Laetitia y se puso en pie de un salto. Tenía que decirle enseguida que todo había ido bien, y que ya no había nada que temer. Sus pies desnudos recorrieron el pasillo.

-¡Abuela! -gritó-. Abuela...

Laetitia salió a su encuentro a la puerta del dormitorio, cansada, con la cara pálida. Tendió la mano a Felicia, y para su espanto Felicia observó que la mano temblaba. Sobresaltada, preguntó:

-¿Qué pasa? ¿Por qué tiembles? ¡Todo ha terminado!

-Sí -respondió en voz baja Laetitia-. Todo ha terminado.

Felicia miró hacia la cama del abuelo, que estaba revuelta como un campo de batalla. Lanzó un suspiro asustado y su abuela asintió con lentitud.

-Sí. El abuelo ha muerto.

Llegaron a Königsberg cubiertas de polvo, agotadas y hambrientas. Felicia tenía la sensación de que no le quedaba en el cuerpo un solo hueso que no le doliera, tanto le había estremecido el viaje en el carro sin amortiguadores por caminos llenos de baches. Lo peor eran los brazos, que le dolían tanto que hubiera querido llorar. Había sostenido las riendas y fustigado a los cansados caballos durante horas. No podía dejar de pensar que el abuelo le había enseñado de niña a guiar el carro, y al recordarlo le acudían sin parar lágrimas a los ojos y le corrían por las mejillas. Tragaba saliva para ocultarlas, pero Laetitia, que estaba junto a ella en el vacilante pescante, con un enorme sombrero negro de paja en la cabeza, se volvió hacia ella y dijo: -Llora tranquilamente, hija mía. Eso alivia.

Solo hizo falta aquella invitación para que a Felicia volvieran a saltársele las lágrimas.

-¡Ay, abuela, todo es tan terrible! Le quería tanto.

-Lo sé. Yo también acabé queriéndolo.

-Sí, tú también. Encajabais tan bien. Él lo era todo para ti, y...

-Oh, él no fue el gran amor de mi vida -la interrumpió Laetitia.

Felicia se la quedó mirando.

-¿No?

-No, claro que no. Hubo otro, pero... bueno, hace mucho de eso. Pero estoy segura... -se detuvo, su rostro adquirió una expresión meditabunda mientras volvía la vista atrás a lo largo de años y décadas, hasta un tiempo muy lejano en el que había sido tan joven como Felicia-, estoy completamente segura de que he sido feliz con él.

Habían buscado a un trabajador del campo, que les había traído un ataúd de Insterburg y había cavado una tumba en el cementerio familiar, y a un cura que se había atrincherado en su casa para hacer frente a los rusos pero, ante los insistentes ruegos de Laetitia, accedió a ir a Lulinn y decir la misa de difuntos. Felicia y su abuela estuvieron en pie a la sombra de los pinos que crecían en torno al cementerio, y fueron los únicos deudos. Felicia pensó en la pomposa ceremonia que se hubiera celebrado en tiempos de paz, y en cómo hubiera irritado al abuelo aquel sencillo y rápido entierro. Echó sobre el ataúd un ramo de rosas de ardiente colorido; las había mezclado al cogerlas: de un amarillo reluciente, blancas como la nieve, de un rosa delicado y de un rojo aterciopelado. Las rosas habían sido el orgullo de Ferdinand Domberg, al igual que los caballos, la avenida de robles y su buen nombre. A pesar de todo, era un consuelo que Ferdinand hubiera podido morir allí, en Lulinn, y ahora descansara bajo sus pinos.

En el camino de vuelta a casa, la abuela se colgó de Felicia y dijo:

-Nos vamos a Königsberg. Lo antes posible.

-Ya no salen trenes.

-Tenemos caballos y un carro.

-Pero no podemos dejar en la estacada a Lulinn.

Laetitia se detuvo.

-Sí que podemos. Nos hemos quedado por el abuelo, y ahora ya no nos necesita. Además, ya no tenemos nada que comer. Y, sobre todo, no sabemos lo que va a pasar aquí, y me he jurado no

volver a exponerte jamás a tales riesgos. Cuando pienso en todo lo que habría podido ocurrir... - Se estremeció-. ¡No, nos vamos!

Consiguieron dejar atrás a las tropas rusas sin encontrarse a un solo soldado. No tenían ni idea de dónde estaba el ejército, por lo que utilizaron, por precaución, los caminos más escondidos, que por supuesto eran los más intransitables. Pasaron por delante de pequeños y chapoteantes afluentes del Pregel, tranquilas praderas y ondulantes campos de maíz, y en muchos lugares Felicia tuvo recuerdos que de repente le hicieron daño. Allí, en aquel arroyo, se había refrescado los pies una vez; durante una salida a caballo con Christian y Jorias, se habían sentado en la orilla y sentido en la nuca el aliento de los animales. Allí se había torcido un tobillo Linda durante una caminata, en un verano que había pasado en Lulim. De pronto a Felicia le parecía que hacía mucho tiempo de todo aquello. En algún momento -ni ella misma sabía exactamente cuándo-, la vida había tomado otra dirección. Los viejos tiempos se cubrían ya con el melancólico barniz del pasado, que solo existe en la memoria.

Königsberg rebosaba de gente. Muchos refugiados acampaban en hoteles y pensiones y se concentraban en calles y plazas, esperaban las nuevas ediciones especiales de los periódicos, discutían, preguntaban, maldecían y gritaban cada cual más fuerte que el de al lado.

¿Habían hecho bien en cambiar a Prittwitz por Ludendorff? ¿Qué se podía pensar del viejo Hindenburg? ¡Dios quisiera que por fin alguien lograra expulsar a los malditos rusos del suelo alemán! Un policía gordo con aires de importancia clavó una nueva notificación a un árbol, y enseguida el árbol se vio rodeado de gente. «La ciudad belga de Lovaina, ocupada por soldados alemanes», anunciaba la hoja, y a manera de título destacaban las palabras del general Von Kluck: «¡Enseñaremos a los belgas a respetar a Alemania!».

-¡No solo a los belgas! -gritó un hombre, cosechando el entusiasmo general por doquier-. ¡El mundo entero entenderá que no puede maltratarnos!

Todos lo jalearon. Laetitia se caló más el sombrero.

-No entiendo por qué el patriotismo alemán tiene que ser tan brutal. ¡Una siempre ve aunque no quiera a los viejos hunos!

Detuvieron su vehículo delante del hotel Berliner Hof, porque allí era donde se alojaban tía Gertrud y Modeste. Felicia no tenía el menor deseo de encontrarse con esas dos malas mujeres; sabía que les clavaría las uñas en los rollizos mofletes cuando en sus ojillos sin pestañas brillara la secreta alegría por la muerte del abuelo. No, ahora había que ir a casa lo antes posible. Aquel entorno era demasiado sombrío para ella, necesitaba a su madre para que la consolara, a su padre para que le asegurase que era una chica valiente. Quería volver a ver todo lo familiar, porque allí su mundo había quedado bruscamente destruido.

Saltó del carro y entregó las riendas a un criado que acudió corriendo.

-Abuela, me voy a la estación -dijo decidida-, quiero ver si aún salen trenes hacia Berlín. ¿Vienes conmigo?

-No, no sería bueno -repuso Laetitia-. Si la situación aquí se ha calmado lo bastante como para que podamos volver a Lulim, Victor, Gertrud y Modeste no deben hacer solos su entrada triunfal. Alguien de la vieja guardia tiene que vigilarlos.

-Quieres que...

-No. Puedo sola. -Laetitia tendió el bolso de viaje a su nieta-. Toma, llévatelo ya. Pero si no sale ningún tren vuelves. ¿Entendido? Y no hables con hombres desconocidos. Hay demasiados soldados en la ciudad, para mi gusto.

-¡Tendré cuidado! -Felicía besó la piel marchita de la anciana, olió el familiar aroma a violetas y jabón y sintió la firme presión de sus manos-. Quizá debería... -dijo dubitativa, pero Laetitia negó con la cabeza.

-Vete. El verano ha acabado -declaró, y algo en su voz hizo estremecerse a Felicia.

Se abrió paso por entre la multitud con el bolso en la mano. ¿Por qué aquel agosto era tan caluroso? Se dio cuenta, demasiado tarde, de que se había dejado la pámela en el coche.

La estación hervía de soldados, miembros de las tropas de la guarnición de Königsberg y de las brigadas de defensa civil. Muchos estaban heridos; Felicia vio brazos vendados, piernas entablilladas y parches negros cubriendo ojos. Algunos se apoyaban para caminar en enfermeras, entre las que Felicia reconoció aquí y allá a hijas de familias terratenientes amigas. Aquel día, algunas llevaban a cabo una gran puesta en escena. Felicia distinguió a Ernestine, una chica de la vecindad, que caminaba vestida de enfermera de la Cruz Roja junto a un soldado que andaba a brincos y lo sostenía cuidadosa. Reía y hablaba sin parar, y el joven, febril como estaba e incapaz de escapar a causa de su invalidez, escuchaba entregado. Ernestine se sentía enormemente importante.

-¡Hola, Felicia! -gritó-. ¿Qué haces aún aquí? Pensaba que hacía mucho que habías vuelto a Berlín.

-No quería dejar Prusia Oriental en su hora de mayor necesidad -respondió Felicia-, ya veo que tú también cumples tu deber patriótico con total entrega.

Ernestine la miró indignada. Ella se sacrificaba al servicio de la causa, y Felicia venía paseando y se reía de ella. Ahora estaba sonriendo al soldado herido, con tanta desvergüenza que este olvidó a Ernestine y contempló como hechizado a la chica de ojos gris pálido.

-Vamos, venga -ordenó bruscamente Ernestine, y tiró de él con tanta fuerza que estuvo a punto de tropezar con su pierna herida, y solo en el último momento un compañero acudió a toda prisa a sostenerle.

-Pero ¿qué hace, enfermera? -le oyó decir Felicia, y no pudo evitar reír al ver el rostro furibundo de Ernestine.

Le habría gustado seguir divirtiéndose, pero tenía que continuar. Cuando estaba cruzando la estación, vio de repente al tío Víctor, que estaba sentado detrás de uno de los mostradores y garabateaba a toda prisa algo en un papel. Rápidamente se le acercó.

-¡Tío Víctor!

Él se sobresaltó y la miró sombrío.

-Por todos los cielos, ¿qué haces aquí? -preguntó venenoso.

Felicia alzó las cejas.

-¿Y qué haces tú aquí, tío Víctor? Pensaba que estabas en el frente, matando al menos un enemigo por minuto.

A Víctor no le gustó nada que lo sorprendieran. Ya había preparado mentalmente relatos de los más audaces actos heroicos de los que pensaba jactarse más tarde, y ahora venía su sobrina, lo encontraba detrás de un escritorio y le arrojaba lindezas a la cara.

-Puedes ahorrarte tus mordaces observaciones, señorita -dijo furioso-, lo que hago aquí es muy importante. Superviso el embarque de los heridos.

Felicia aún tenía un par de hermosas maldades en la punta de la lengua; se las tragó al venirle a la cabeza lo que tenía que decirle.

-El abuelo ha muerto -dijo.

Víctor la miró desconcertado.

-¿Muerto? ¿Los rusos lo han...?

-No. Tú... No vas a tener que salir corriendo para vengarlo. Fue su corazón.

El rostro de Victor adoptó una coloración gris, le temblaba la mandíbula. Estaba conmocionado, porque no conseguía imaginar muerto a su vital y efervescente padre, cuya afilada lengua había temido en secreto durante toda una vida. Parecía que todo su mundo vacilaba, y por un instante a Felicia casi le dio pena. Para evitar que de pronto ambos rompieran a llorar, se apresuró a decir:

-La abuela está en el Berliner Hof. Y yo quiero irme a casa. ¿Cuándo sale el próximo tren?

Ahora Victor volvía a ser la importancia en persona.

-¡No estás en tus cabales! ¡Un tren! Hoy y mañana no van a salir de aquí más que transportes de heridos, y nadie sabe lo que ocurrirá pasado mañana.

-¡Sí, pero yo quiero volver a Berlín!

-¿Crees que en la guerra alguien tiene en cuenta tus deseos? No, es hora de que aprendas que no eres el centro del mundo. -A Victor le sentó bien poder decirle eso de una vez. Desde que la conocía, Felicia le había irritado-. Vuelve al hotel. Quizá Gertrud sea tan amable de prepararte un lecho de urgencia en su habitación -añadió condescendiente.

¡Todo menos eso! Felicia hubiera preferido acampar en plena calle.

-Gracias -repuso con arrogancia-, intentaré buscar alguna cosa.

Victor se encogió de hombros. Felicia cogió su bolsa y volvió a salir al calor abrasador.

La gente recorría los andenes en bandadas. Felicia fue empujada una y otra vez, apartada a un lado o reñida por enfermeros que iban hacia ella con camillas.

-¡Apártese! -gritó uno-. Por Dios, ¿por qué las damas finas siempre están en medio?

Felicia se apartó indignada. Raras veces le habían hablado en ese tono. Se puso de puntillas y miró a su alrededor. ¡Si apareciera un rostro conocido, alguien que pudiera ayudarla! Y en ese momento descubrió a Maksim Marakov.

Estaba, vestido de uniforme gris, al borde de las vías junto a otro soldado, fumaba un cigarrillo y escuchaba con el ceño fruncido las explicaciones del otro. Había adelgazado mucho, e incluso desde lejos parecía cansado. Lo que más sobresaltó a Felicia fue la gruesa venda blanca que llevaba en torno al brazo derecho. Solo entonces se dio cuenta de que la guerrera colgaba floja de sus hombros y el brazo iba sujeto con un cabestrillo. Maksim estaba herido.

Corrió hacia él tan rápido como pudo.

-¡Maksim! ¿Qué te ha pasado?

Maksim la miró sorprendido.

-Felicia, ¿qué haces aquí?

-Estaba en Lulinn. Pero los rusos vinieron y tuvimos que irnos. Oh, Maksim, el abuelo ha muerto...

A Felicia le hizo bien poder hablar de su pena, del miedo de los últimos días.

Maksim se apiadaría de ella, le diría que había sido valiente, quizá la atraería un momento hacia sí...

Alzó la vista como una niña hacia él, y vio en sus ojos un soplo de tierna preocupación.

-Pobrecita -dijo con suavidad-. Has dejado atrás momentos duros.

-Sí, pero... ¡tú también! -Le tocó con cuidado el brazo.

Maksim sonrió.

-La batalla de Gumbinnen reclamó sus víctimas -dijo con ligereza-. Bonito, ¿eh? Probablemente el brazo se quedará rígido. ¡Por desgracia, así no podré volver a oponerme tan pronto a los enemigos de Alemania!

El otro soldado se apartó, confuso. No se le había escapado la ironía en las palabras de Maksim, y no sabía manejarla. Se extendió un silencio embarazoso, que Maksim acabó rompiendo.

-¿Pretendes irte, Felicia? -Señaló su bolso.

-Sí. Quiero volver a Berlín. Tengo que encontrar un tren.

-No creo que tengas suerte. No hay trenes de pasajeros. ¡Ni siquiera de primera clase!

-Eso me da igual. ¡Aunque tenga que ir en un vagón de ganado! ¡Quiero irme a casa!

-¡Con lo interesante que está ahora Königsberg!

Ella alzó la vista. Trató de averiguar si había habido en su voz un tono que revelara su interés en que ella se quedara. Saber que él estaba en Königsberg y la pregunta de qué se le había perdido en Berlín la estremecieron a un tiempo.

Pero él dijo:

-Bueno, pronto también volveré la espalda a esta ciudad. Berlín sigue siendo mejor.

-¿No hay ninguna posibilidad de que salga de aquí?

Maksim negó primero con la cabeza, luego la contempló pensativo, y de pronto una sonrisa perversa jugueteó en torno a sus labios.

-Quizá haya una -dijo-, quédate aquí. ¡Veré lo que puedo hacer!

Desapareció entre la multitud. Felicia apretó el bolso con más fuerza. ¡Qué suerte que Maksim la ayudara! Lo había escogido para ser su gran amor y, por sobria y calculadora que acostumbrara a ser respecto a los hombres, seguía implacablemente aferrada a ese sueño romántico. Solo Maksim era capaz de tocar en ella un rasgo de carácter profundo, casi oculto en su interior, que no habría permitido despertar a nadie más que a él, ni siquiera a sí misma.

Suspiró aliviada cuando lo vio salir de la multitud. Parecía muy satisfecho, pero algo en el alegre centelleo de sus ojos hizo desconfiar a Felicia.

-Tengo algo para ti, un tren a Berlín. ¡Ven rápido, sale dentro de cinco minutos!

Le cogió la bolsa y se abrió paso por el andén delante de ella. Felicia le siguió, aliviada. Tío Victor se sorprendería cuando, en vez de pedirle en voz baja un alojamiento en el hotel, le enviara un telegrama desde Berlín. Qué necio de su parte querer convencerla de que ya no salían trenes.

Maksim se detuvo.

-Aquí, ya hemos llegado.

Felicia distinguió varios grandes vagones de mercancías. Las puertas correderas estaban abiertas de par en par. Los enfermeros metían por ellas camillas con heridos, las dejaban con cuidado donde otros hombres las recibían. Pálidos rostros sobre duros cojines, ojos febriles entre gruesas vendas. Voces roncas pedían un trago de agua, imploraban morfina o directamente la salvación eterna. Barbas enmarañadas enmarcaban pálidos labios, y había sangre por todas partes, sangre fluyente, roja o encostrada, sangre oscura. Todo parecía bañado en sangre, todo parecía lleno de gemidos y lamentos. Felicia se llevó la mano al cuello.

-Oh... esto es... -dijo a duras penas-, esto es terrible.

Un herido que acababan de pasar por delante de ella le tendió la mano.

-Ayúdeme -susurró-, sosténgame...

Felicia retrocedió, de modo que la mano se cerró en el vacío. Ella no vio que los labios de Maksim se apretaban, y en sus ojos había ira y desprecio.

-Sí, así de bien se muere por el emperador -dijo con amargura-, bonito, ¿no? ¡Esplendoroso y heroico!

-Oh, basta. Ya sé que no te gusta el emperador. ¡Llévame a mi compartimento! -Ella quería marcharse, de prisa, pero él la retuvo.

-No hay ningún compartimento, Felicia. Te he dicho que no hay posibilidad de encontrar un tren de pasajeros. Pero este transporte de heridos va a Berlín, y necesitan todas las manos posibles. He llegado a un acuerdo con los médicos para que puedas ir como enfermera.

Se volvió hacia él. Naturalmente que bromeaba, pero, por Dios, había veces en que no lo encontraba ni un poco gracioso.

-Maksim, no digas tonterías. Ahora me gustaría...

-¿Es usted la dama que quiere ayudarnos? -Un hombre bajito y de pelo gris, con una bata blanca, apareció delante de Felicia y le tomó la mano-. Rápido, en el tercer vagón la necesitan. ¡Un herido gravísimo!

Felicia se soltó y palideció.

-Se trata de un error. Yo... Nunca he hecho una cosa así. No soy enfermera. Ni siquiera soporto ver sangre, y... -Su rostro se contrajo de pura repugnancia-. ¡No quiero ver sangre!

El médico la miró fijamente. Ella pudo leer con claridad en sus ojos lo que pensaba de ella, pero no le importaba. Que pensara lo que quisiera. Se volvió hacia Maksim.

-Maksim, entiéndelo...

Las palabras fenecieron en sus labios. Esta vez no pudo pasarlo por alto. La mueca de Maksim resultaba casi brutal en su desprecio.

-Lo entiendo muy bien -repuso con frialdad-, no te gusta ver a esos tipos medio muertos. Los hombres tienen que ser elegantes y bellos, no reventar en medio de su propia sangre y pus. Quieres saludarles cuando salgan cantando de la ciudad, con sus limpios uniformes grises, para batirse en algún sitio lejano por el honor de Alemania, pero no estás dispuesta a recibirlos cuando regresan con los miembros desgarrados. Solo quieres ver la vida entera bajo el resplandor de arañas y salas llenas de espejos, y lo único que me alegra es que esta guerra, que va a durar años, le enseñará a la gente como tú cómo es el mundo en realidad. La era del Imperio ha pasado. ¡Vais a fundiros como cera al fuego!

Felicia le escuchaba desconcertada. Conocía esos discursos suyos, pero nunca lo había visto tan furioso. Nunca la había ofendido tan despiadadamente. Una ira perversa y flamígera despertó en ella, y no iba dirigida tanto a Maksim como al hecho de que era la única persona en el mundo que podía herirla en lo más profundo.

-Puedes estar completamente seguro de que no voy a derretirme como cera al fuego -le increpó-. ¡Yo nunca! No importa lo larga que sea esta guerra y lo que traiga: ¡si uno de los dos ha de morder el polvo serás tú! Y si prefieres mirar a las damas distinguidas que juegan a enfermeras porque así se sienten importantes y patrióticas... ¡adelante! Quizá no te des cuenta de su hipocresía. Yo al menos soy sincera. ¡Odio la guerra, y no quiero tener nada que ver con ella!

-Tú no odias la guerra, sino las incomodidades que te causa -repuso Maksim, pero Felicia no le escuchaba. Su ira se había desinflado tan rápido como había venido; atrás quedaban el dolor y la decisión de salir del paso con tanta dignidad como fuera posible.

Tendió la mano al médico.

-Por favor, ayúdeme a subir al vagón -dijo-, me voy con ustedes a Berlín.

Apretó los labios al trepar y sumergirse en la penumbra del asfixiante vagón. Era tan apestoso que creyó ahogarse. Zumbaban moscas por todas partes; para espanto de Felicia, gruesos escarabajos negros se metían en las heridas abiertas. Un hombre a su lado se incorporó y vomitó, y ella tuvo el tiempo justo de retirar el pie. La locomotora emitió un sonido chillón, y Felicia estuvo a punto de darse la vuelta y saltar del tren, que empezaba a rodar con lentitud. Pero allí



fuera estaba Maksim, y no iba a concederle el triunfo de verla emprender la fuga castañeteando los dientes.

Sin embargo, al principio no fue de ninguna ayuda para el médico y los pacientes. Se sentó en una caja de madera en un rincón, apoyó la cabeza entre las manos y se echó a llorar como una niña pequeña.

Las agujas del reloj se acercaban ya a la medianoche cuando Felicia empezó a preguntarse por qué había aceptado pasar una velada con el desconocido de Munich. No es que no hubiera sido divertido; al contrario, pocas veces se había entretenido tanto en compañía de un hombre. Él se alojaba en el hotel Esplanade, en la Bellevuestrasse, junto al Tiergarten, y allí cenaron. Tomaron ostras, se hartaron de blinis con caviar y calmaron su sed con champán que burbujeaba en altas copas. El desconocido -en su mente seguía llamándolo «el desconocido», aunque sabía que se llamaba Alex Lombard- fanfarroneaba un poco con su dinero, pero curiosamente no resultaba ni afectado ni ridículo, como a veces ocurría cuando hombres muy jóvenes despilfarraban a costa de sus padres.

Alex Lombard parecía divertirse con todo, mientras alegraba al asombrado camarero con una propina que equivalía casi al total de la cuenta. Se reía de sí mismo, del dinero y de la vida, pero su boca parecía un poco tensa mientras lo hacía. Los gestos con los que volvía a servir champán y hacía señas a la vendedora de flores para regalarle una rosa a Felicia parecían casi despreciativos. No tenía nada en común con los hombres que Felicia conocía, y no era casual que solo encontrara para él la palabra «desconocido».

Poco después de su regreso, durante el verano, había aparecido en la Schlosstrasse justo el día en que el padre de Felicia viajaba al este para unirse como médico a las tropas alemanas, y Elsa se pasaba las horas aturdida en su cuarto de Berlín mirando al patio. El desconocido dijo su nombre, explicó que al principio de la guerra envió un telegrama a Felicia y que solo se había pasado por allí para saber si la joven había llegado a salvo a Berlín.

Elsa despertó de su melancolía.

-Sí, sí, ella está aquí. Felicia, ven.

La visión de un hombre siempre despertaba en Felicia un instintivo deseo de conseguir el botín, y la de Alex Lombard especialmente. Tenía buen aspecto, pensó, y era evidente que era distinto del resto de sus amigos habituales. Tenía un cierto parecido con Maksim; coincidían en la figura y la estatura, los cabellos oscuros, los ojos arrogantes, el punto de cinismo en los rasgos. Ni rastro, en cualquier caso, de la lánguida mirada bovina de un Benjamin Lavergne, que siempre se daba mucha importancia a sí mismo y a todo lo que tenía que ver con él. El desconocido también parecía rechazar refugiarse en los enrevesados rodeos que solían determinar la relación entre hombres y mujeres. Para espanto de Elsa («No debería haber hecho eso -pensaba-, abusa de que le debo gratitud»), preguntó sin rodeos: -¿Le apetecería cenar conmigo mañana, Felicia?

Ella dijo que sí, por cuatro razones: le gustaba salir. Él se parecía a Maksim Marakov. Le daba la oportunidad de escapar de los bordados patrióticos de Elsa. Y... estaba ansiosa por aprovechar cualquier posibilidad de olvidar el terrible viaje de Königsberg a Berlín.

Había sido el infierno. Había tenido que cambiar vendas y lavar heridas, espantar moscas y limpiar sangre y vómitos. Le dolía la espalda, casi no sentía los pies. El médico le increpó duramente varias veces, un herido que se había vuelto loco se le tiró al cuello y durante unos segundos temió por su vida. Otro soldado se le murió entre las manos, y solo se dio cuenta por los ojos fijos, muy abiertos, que de pronto miraban sin ver. Se puso en pie de un salto y gritó, hasta

que comprendió que a nadie le importaba. Los otros estaban demasiado ocupados con su propio trabajo. ¿Cómo lo resistían?

Probablemente se sentían inflamados por una ardiente llama patriótica y eso les volvía fuertes. Felicia había visto mujeres que cantaban «Salve, corona de la victoria», y parecían alzadas por una ola de disposición al sacrificio, de entrega a la causa, a las que se les saltaban las lágrimas, cuyos ojos estaban transfigurados por una luz radiante. Podían soportar la guerra elevándola a la categoría de lucha sagrada. La bandera era sagrada, los fusiles, la sangre, la muerte, el peligro, el miedo, la huida, la despedida eran sagrados. También el dolor era sagrado. Felicia tenía a veces la impresión de que Lombard era la única persona que conocía para la que los acontecimientos de las últimas semanas significaban pesadilla y espanto.

Estaba agradecida al desconocido porque, durante toda la noche, no había mencionado Tannenberg ni el apellido Hindenburg. No conocía a ningún hombre -salvo Maksim- que hubiera renunciado a hacerle un minucioso análisis de la batalla que había tenido lugar en la última semana de agosto. Todo el mundo hablaba de ella.

Tannenberg había reavivado, con más fuerza, el fuego del entusiasmo. La guerra ya estaba prácticamente ganada. Hindenburg había despejado el este, y en el oeste las cosas no pintaban mal: victorias alemanas en Neufchâteau, Longwy, Montmedy, y ahora los alemanes habían llegado al Marne, el Gobierno francés había huido a Burdeos. Antes de que cayeran las hojas de otoño, se decía en aquellos días, la guerra habría terminado. Y la población se unía jubilosa a aquel coro de optimismo.

Alex Lombard no hablaba de la guerra. Hablaba de los viajes que había realizado, de personas interesantes, de acontecimientos divertidos. Felicia sentía una ligera incomodidad, derivada del hecho de que no estaba acostumbrada a su cinismo y a que la manera de diseccionar hasta el fondo a las personas o las cosas de las que hablaba o en las que se fijaba -es decir, también ella misma-, de un modo extrañamente cruel, le resultaba ajeno. Le gustaba poner debilidades de manifiesto, reducir a su imperfección personas y acontecimientos. Su gusto por hacerlo era diabólicamente despiadado, pero de manera del todo inesperada podía de repente quitar fuerza a sus palabras con una cálida sonrisa. Parecía disfrutar de eso como de un juego... y Felicia odiaba que jugaran con ella.

«No creo que vuelva a verle nunca», pensó cuando al fin dieron por acabada la cena y abandonaron el restaurante.

Una vez fuera, Alex dijo:

-Su madre habría aprobado esta parte de la velada, Felicia. La cuestión es... ¿quiere irse a casa, o quiere que vayamos a un lugar del que quizá sea mejor que su madre no tenga noticia?

Felicia abrió los ojos como platos. Alex no pudo evitar echarse a reír.

-No me mire así, niña, no voy a comérmela. Solo quiero saber si quiere acompañarme a un club nocturno.

-Oh... -Felicia nunca había estado en un club nocturno, pero en secreto siempre lo había deseado. Ahora estaba allí, en la oscuridad, en algún sitio se oía música baja, y Lombard la miraba con gran intensidad. Su ansia de experiencias venció a su incomodidad. Miró desafiante a Alex. Claro -dijo-, voy con usted.

-Naturalmente -respondió Alex, e hizo una seña a un taxi.

El Monas Etablissement estaba en la Friedrichstrasse, en la que durante el día se podía ir de compras, pero que por la noche pertenecía por entero a la diversión. La música atronaba en los

locales, mezclada con risas, gritos, cantos y rugidos. En todas partes ardían luces encendidas, y reinaba tanta vida como durante el día... solo que regida por otras leyes.

Felicia miró fascinada a su alrededor cuando bajaron del coche.

-¿Por qué precisamente aquí? -preguntó.

Alex alzó las cejas.

-Lo adoro. El Monas Etablissement es pura felpa y cristal. Un grueso paquete de cinismo.

-¿Por qué ama el cinismo?

-Bueno, es el intento de desenmascarar la mentira, ¿no?

-Yo creo que la felpa y el cristal son mentira. Imitan algo de lo que están muy lejos.

-Tiene razón, Felicia, pero... cuando algo miente de manera tan evidente como el Monas Etablissement, ya está a su vez diciendo la verdad. Venga, tome mi mano y manténgase cerca de mí. Es usted demasiado guapa como para dejarla andar sola por aquí.

Un griterío indescriptible, humareda y estrépito la recibieron.

En el angosto espacio había unas cien personas, sentadas en sillas, bancos y en parte también encima de las mesas. Fumaban, bebían y conversaban a voz en cuello. De vez en cuando alguien lanzaba una risa estridente o una mujer chillaba. Felicia distinguió figuras miserables y otras que tenían que proceder de circunstancias mejores. Aquí y allá brillaban joyas caras, caballeros con chaleco de seda pura se sentaban entre chicas apenas vestidas.

Un soldado, con la mitad derecha del rostro completamente desaparecida debajo de una venda, aporreaba el piano y cantaba a gritos una canción sentimental.

-Le destrozaron los oídos en Francia -explicaba una rubia emperifollada a uno de los clientes-. Es una desgracia, antes era compositor. Se le ha acabado la vida.

-¡La guerra ya no durará mucho!

-Se habrá terminado antes de que caigan las hojas de otoño, todos lo dicen.

-¿Tanto va a tardar en caer la hoja?

-¡Vamos, tenemos a Hindenburg! ¡Somos invencibles!

-Una palabra más acerca de la guerra y hago saltar esta mierda de local por los aires.

Todos rieron. El hombre del piano tocó un agudo acorde desafinado. Una morena exuberante se acercó a Alex y Felicia.

-Alex, ¿por qué me la has escondido hasta ahora? -exclamó colgándose de su brazo-. ¿De dónde has sacado a esta encantadora muñequita? Una piel como la porcelana blanca, unas mejillas rosadas como el cielo de la mañana. Pero ¿no crees que es demasiado inocente para traerla aquí?

-Sin duda es más inocente que tú, Mona -repuso Alex, besando en las mejillas a la desconocida-, por eso estoy a su lado y cuido de ella.

Mona se partía de risa.

-¿Tú cuidas de ella? Eso es como poner al lobo a cuidar las ovejas. Niña, me temo que voy a tener que tomarla en mis fuertes brazos. Alex tiene predilección por las criaturas así de jóvenes. Dígame, ¿sabe su madre que sale con él?

En el rostro de Alex apareció una expresión irritada.

-Por supuesto que su madre me conoce -repuso escuetamente él-, y ahora... ¿tienes una mesa para nosotros?

Mona sonrió de manera obscena.

-¡No me digas que esta vez va en serio! Naturalmente que tengo una mesa para ti... ¡y para la pequeña!

Se adelantó hacia una mesita un poco apartada, en un hueco. Allí estaba oscuro; una sola vela

titilaba en la mesa, y de las lámparas con pantallas rojas del resto de la sala apenas llegaba luz.

Alex colocó la silla de Felicia y se sentó frente a ella.

-¿Qué quiere tomar, Felicia? ¿Un whisky con hielo?

Felicia no quiso admitir que no había tomado un whisky en toda su vida, y asintió con indiferencia.

-Sí, está bien. Un whisky.

Al mismo tiempo, pensó que Alex Lombard era realmente distinto de todos los hombres que había conocido hasta entonces. Ninguno de ellos la habría llevado a un local así ni ella habría pedido un whisky sin pestañear. Pensó en Benjamin, en cómo le había hecho su petición, y en sus ojos, en los que había puesto al descubierto lo más íntimo de su ser. Los ojos de Lombard no revelaban secreto alguno. Para dominar su confusión, Felicia preguntó desafiante: -¿Por qué no está con los soldados, señor Lombard?

Alex agitó el whisky en su vaso.

-Soy capitán en la reserva -respondió- pero tenemos una fábrica textil en Munich, ¿sabe?, y naturalmente ahora estamos produciendo a pleno rendimiento... uniformes, sobre todo. Quise ir al frente, pero me rechazaron con el argumento de que ahora la industria alemana no puede desplomarse en todas partes.

-¿Quería usted ir a la guerra? ¿Es un patriota?

Alex torció el gesto.

-No. No soy un patriota. Pero habría preferido ir a la guerra a volver a casa.

-¿Por qué?

-Quiere saberlo todo, ¿eh? Mejor tomemos un trago y hablemos de otra cosa.

Felicia bebió un largo sorbo, para tener al instante siguiente la sensación de que un chorro de fuego le subía y le bajaba por la garganta.

-No me gusta el whisky -dijo con repulsión-, ¡y nunca más volveré a beberlo!

-¡Buena chica! ¿Así que no la he apartado del camino recto? -Apuró su vaso a grandes tragos-. Oh, ¿escucha? Ese veterano ha dejado de tocar el piano, y Mona va a poner el gramófono. -Se levantó-. ¿Quiere bailar conmigo?

No esperó su respuesta, sino que le cogió la mano y la arrastró a la pequeña pista de baile que había delante de la barra. Eran los únicos que bailaban y todas las miradas les seguían. Algunos hombres lanzaban silbidos de aprobación. Felicia comprobó que Alex bailaba muy bien, y que le gustaba su aroma a whisky, tabaco y loción para el afeitado.

Ella bailaba con expresión extasiada -lo que también se debía un poquito al champán de la cena- y cuando se extinguieron los últimos acordes, preguntó de repente:

-¿Qué edad tiene usted?

Alex rio.

-Soy viejísimo. Más de treinta.

-¿Sí?

-Sí... un hombre peligrosamente experimentado, ya sabe. -Él contempló su rostro-. Tal vez sea mejor que la lleve a casa.

-¿Por qué?

-Bueno... Las ovejas deben irse cuando los lobos empiezan a tener hambre.

Aquel era un lenguaje que ella entendía. El desconocido se le volvía familiar. De pronto no era más que un hombre que se interesaba por ella.

-Sé cuidar de mí misma -dijo, y se volvió, dispuesta a regresar a su mesa.

Se detuvo de forma tan abrupta que Alex, que iba tras ella, estuvo a punto de tropezar. Maksim Marakov acababa de entrar en el Monas Etablissement en compañía de una extraña mujer, y sus ojos y los de Felicia se cruzaron con repentino espanto.

Los cuatro se quedaron frente a frente, y nadie supo qué decir una vez hechas las presentaciones formales.

-Alex Lombard, de Munich. Un amigo de Phillip y Johannes.

-Maria Ivanovna.

«Maria Ivanovna... ¿nada más? ¿Quién es, de dónde ha salido, desde cuándo la conoces, por qué vas con ella a esta hora por la ciudad?» A Felicia se le pasaba una pregunta tras otra por la cabeza, mientras miraba a su rival con los ojos entrecerrados. «Una hermosa mujer (¡pero yo soy más guapa!), un poco demasiado pálida, con expresión de no haber dormido, de haber trabajado mucho.» Tenía el pelo y los ojos oscuros, una boca fina, muy enérgica, unas manos llamativamente sensibles. Felicia tomó nota llena de ira de que entre ella y Maksim reinaba una confianza imposible de pasar por alto.

Miró a Lombard en busca de ayuda, pero este se limitó a responder a su mirada con una sonrisa pícaro. «Maldito sea, parece como si lo supiera todo y además lo encontrara gracioso.» Con voz quebradiza, preguntó:

-Maksim, ¿cómo es que vuelves a estar en Berlín? Cuando te vi por última vez...

-... aún era un leal combatiente de Su Majestad el Emperador, lo sé. El brazo me da problemas. - Alzó el brazo, y Felicia vio que aún lo llevaba vendado-. Ya no es especialmente adecuado para matar. Estoy de permiso hasta Navidad. Pero, por todo lo que se oye, la guerra habrá terminado para entonces.

Mascha torció el gesto con sarcasmo. Felicia, con la fina intuición de una mujer en su situación, se dio cuenta: «Ella es como él. De ahí la confianza. Probablemente sea socialista. Probablemente defensora de los derechos de la mujer. Probablemente...». ¡No quería seguir pensando! Dolía demasiado. Se volvió hacia Alex con fingida alegría.

-¿De verdad nos vamos? Me gustaría tomar otro whisky. ¡Y bailar otra vez! -Se aferró a su brazo-. ¡Pídame otro whisky, por favor!

-Niña, debería...

-Si usted no lo hace, lo haré yo misma. -Hizo una seña a Mona-: ¡Un whisky doble para mí!

Ignorando las miradas de los otros, se tomó el whisky como si fuera agua. Se sintió celestialmente ligera e infernalmente mal. Vacilando, arrastró a Alex a la pista.

-¡Ahora quiero bailar!

El whisky le hacía verlo todo muy lejos, oírlo todo de lejos. El mundo desaparecía bajo una luz neblinosa, arriba era abajo y abajo, arriba. Se estaba comportando de un modo imposible, lo sabía, pero le aliviaba.

La gente murmuraba sobre ella, aquí y allá se oían observaciones obscenas, pero la recompensaban los ojos de Maksim, en los que leía una sombra de consternación. O la había visto antes de precipitarse en los abismos del alcohol y emprender la fuga por primera vez en su vida. Se negaba a reconocer que Maksim se le había escapado, que su poder había alcanzado un límite. La humillación que sintió se convirtió en exaltada alegría.

¡Si no se sintiera cada vez peor! Al principio, el éxtasis y la náusea se habían mantenido en equilibrio, ahora solo quedaba la náusea. Se colgó como un saco de los brazos de Alex Lombard, se le doblaron las rodillas, dio uno o dos pasos inseguros. Creyó oír su voz por encima de ella:

«Pobrecita», decía la voz, o algo parecido, luego lo vio todo negro y un oscuro agujero se abrió ante ella.

Cuando despertó yacía en una cama, junto a ella había una luz encendida, y el terrible mareo había desaparecido. Le lloraban un poco los ojos, le dolía la cabeza, pero al menos el mundo ya no daba vueltas de aquella manera tan vertiginosa. Pensó: «¡Qué gracioso, aún estoy vestida, si yo nunca me acuesto vestida!».

Entonces se dio cuenta de que no estaba en su cama sino en una ajena, y de que no había visto nunca el cuarto en el que se encontraba. Fue a sentarse, pero un dolor punzante le atravesó la cabeza, y volvió a caer en la almohada con un suspiro.

-¡Quédese tumbada, por el amor de Dios! -Alex Lombard se acercó a la cama y la miró con una mezcla de burla y preocupación-. Es un milagro que no se haya ganado una intoxicación etílica. ¡Lo que ha hecho esta noche podía haber derribado al tipo más fuerte!

-¿Dónde estoy?

-En el Esplanade. En mi habitación.

-¡Oh, Dios!

-No se pudo hacer otra cosa. Si la hubiera devuelto a su madre en ese estado, sin duda habría tenido usted un montón de problemas.

-¡También usted los habría tenido!

-¡Pero Felicia! -Rio-. Me lavo las manos. Realmente, no podía prever esta concatenación de circunstancias dramáticas.

-¡No hubo ninguna circunstancia dramática!

-¿No? Entonces debo de haber malinterpretado algo. Tuve la sensación de que se convertía usted en un material altamente explosivo cuando vio a ese hombre..., ¿cómo se llamaba?, ese Maksim Marakov. Y pensé que su extraña acompañante tenía que ver con que de pronto usted abandonara su papel de hija de familia respetable y se tomara el whisky como si no hubiera bebido otra cosa en su vida. ¡Representó muy bien ese nuevo papel! -Volvió a reír y se dejó caer en un sillón junto a la cama-. ¡Pocas veces me he divertido tanto!

Felicia le miró con abierta hostilidad.

Si tuviera aunque solo fuera un rastro de tacto, jamás hubiera vuelto a mencionar ni a Maksim ni a Maria ni al dichoso whisky. Y desde luego no se habría aprovechado de la situación para arrastrarla a su cuarto. El sentimiento de indefensión -yacía allí en su cama, bebida, incapaz de moverse sin gemir de dolor- redoblaba su ira.

-¿Qué hora es? -gruñó.

-Alrededor de las cinco de la mañana.

-¿Qué? -Estuvo a punto de volver a incorporarse, pero, con presencia de espíritu, Alex se inclinó y apoyó suavemente la mano en su frente.

-Quédese tumbada.

-Probablemente mi madre ya habrá alertado a la policía. ¡Estará loca de preocupación!

-No se angustie. La he llamado.

-¿La ha llamado? ¿Y le ha dicho que yo... que nosotros...?

Alex sonrió.

-Sé cómo tratar con las madres. Lo he embellecido todo un poquito. Por una parte, he ocultado su estado de total embriaguez. Tampoco he contado que se encontró a su gran amor y se vio sometida a una terrible confusión sentimental.

Hizo una breve pausa.

«Es un monstruo -pensó ella-, ¡un auténtico monstruo!»

-He afirmado que de pronto se sintió usted mal -prosiguió Alex-. Había cenado demasiado, y...

«¡Es el hombre más espantoso que jamás he conocido!»

-... y como no parecía que fuera usted a superar un recorrido en coche sin pasar por penosos trances, la he dejado hasta mañana por la mañana al cuidado de mi hermana Cassandra, que está conmigo en Berlín y se aloja en el mismo hotel.

-¡Qué refinado!

-Sí, ¿verdad? En aras de la perfección, he hecho incluso que Cassandra hablara con su madre.

-¿Disimuló usted su voz?

-No. Pero una clienta del hotel que me tiene afecto fue tan amable de asumir el papel de Cassandra. A la dama parecía hacerle mucha gracia una oportunidad tan picante. -Su voz se hizo más baja-. Y a usted también le gusta, Felicia. Odia el aburrimiento y la monotonía, y prefiere caer inconsciente en brazos de un hombre desconocido antes que dejar que todo siga su trote acostumbrado. ¿O preferiría estar ahora en casa con su madre?

Ella no respondió, se limitó a mirar fijamente al techo. Sentía un sabor amargo en la boca que le hacía recelar que quizá había vomitado durante sus horas de inconsciencia, una idea vergonzosa; se juró no preguntárselo nunca al desconocido. Había cosas que prefería no saber... Tampoco lo que había dicho cuando, en el Monas Etablissement, se tambaleaba por la pista dando un espectáculo. Maksim había sido testigo de su vergüenza, y también ese bicho, la Mascha de ojos negros... Como para salvaguardar un resto de dignidad, Felicia anunció de pronto: -¡En el fondo, nunca me importó nada Maksim Marakov!

-¿Ah, no? -Por un momento, una tensa atención reemplazó la expresión divertida en los ojos de Lombard. Pero acto seguido volvía a ser el hombre que nunca parecía tomarse nada en serio-. Entonces ¿te casarás conmigo?

-¿Cómo? -Esta vez Felicia se sentó de verdad, ignorando las mil agujas de sus sienes-. ¿También usted ha bebido demasiado?

-Nunca bebo más de lo que soporto. Y por eso sé lo que estoy diciendo. Me gustaría casarme contigo.

-¿Por qué?

Alex sonrió.

-Esa es al menos una pregunta objetiva. Es muy sencillo: eres muy hermosa y tienes algo que me atrae. Quizá sean tus ojos. Un hombre no puede olvidarlos cuando los ha visto.

-Usted no me conoce.

-Tú a mí tampoco. Sería un juego limpio desde el principio.

-Es la propuesta de matrimonio más romántica que me han hecho nunca -dijo Felicia, que empezaba a sentirse más segura, porque ahora estaba convencida de que él bromeaba, o quizá estaba borracho.

-No creo que seas una chica romántica -respondió Alex.

Descubrió reflexión en su rostro, un suave brillo en los ojos enturbiados por el alcohol, y para su asombro eso avivó una ira desvalida en él, enfrentado de pronto al hecho de que había en ella estímulos románticos que él no era capaz de despertar. Topaba con un muro inexpugnable, con su terca decisión de reservar para otro todo lo que era dulce y delicado en ella.

Se inclinó y la besó en los labios, sus manos resbalaron a lo largo de sus brazos y se cerraron en torno a sus dedos.



-Ahora, di de una vez sí o no -exigió, antes de besarla por segunda vez.

Felicia volvió a sentirse mareada, el sudor brotó en las palmas de sus manos. Se apretó más a él, pero Alex, como si supiera que había conseguido lo que quería, la soltó y retrocedió.

-Cásate conmigo, Felicia, ven conmigo a Munich. Es un hermoso lugar.

Ahora que ya no le sujetaba las manos y el recuerdo de sus besos palidecía, ella pudo volver a pensar fríamente. Lo mejor de su propuesta era que irían a Munich, muy lejos de Berlín y de Maksim. Sin duda le irritaría saber que se había casado con otro hombre... Al final, hasta podía ponerle celoso.

Y además, Alex Lombard tenía dinero. Miró la habitación en la que se encontraba, que no era tal, sino una suite, y se acordó de la propina de la cena. Una fábrica textil...

También era un hombre apuesto... y experimentado.

Felicia sabía que no podría casarse con ningún hombre de quien no sintiese deseos de que la tocara, pero era evidente que no podía decir eso de Lombard... y al fin y al cabo tenía que casarse con alguien. Podía ser agradable estar con él; no pensó más.

Levantó la cabeza y sus ojos, todavía cubiertos de un ligero velo, centellearon desafiantes.

-De acuerdo -dijo-, me casaré con usted.

Esperaba una explosión de alegría por parte de él, pero sus siguientes palabras la sorprendieron:

-No me engañe acerca de tus motivos, Felicia. Pero siempre me ha resultado indiferente por qué consigo algo. Lo principal es que al final lo tengo. -Se levantó, vacilando imperceptiblemente, y Felicia supo que había bebido más de lo que decía-. Ahora duerme, Felicia. Estaré aquí al lado... si necesitas algo.

Felicia sonrió con frialdad. Ya había olvidado que él era un buen jugador, y posiblemente había calculado la inquietud que su proximidad despertaba en ella.

Estaba convencida de estar en ventaja, porque él la amaba y ella a él no.

Estuvo casada antes de darse cuenta. El acontecimiento resultó sorprendente para todo el mundo, especialmente para Elsa, que se planteaba con desesperación dos preguntas: cómo, por el amor de Dios, iba a conseguir tan deprisa un vestido de boda adecuado a su condición, y por qué a su hija se le había metido en la cabeza casarse con un hombre al que había visto una vez en su vida y del que nadie sabía nada (salvo el hecho de que había puesto a Felicia en una situación imposible al llevarla consigo a su hotel, con o sin hermana, y la precipitada boda no hacía más que aumentar lo penoso de la situación).

-Eres demasiado inmadura -dijo-, no sabes en lo que te estás metiendo.

-Lo sé muy bien -repuso escuetamente Felicia.

En los últimos tiempos, manifestaba un sentido práctico que sorprendía a todos. A las objeciones que le hacían Sara y Linda su respuesta fue:

-Leéis demasiado la revista *Pérgola*, y puedo deciros que todo lo que Marlitt escribe en ella es absurdo. El amor no es una cuestión romántica. Es... algo necesario e ineludible, ¡nada más!

Contempló su hermoso y pálido rostro en el espejo con cierta satisfacción. Detrás, vio los gestos perturbados de Sara y Linda. Le hacía bien socavar los sueños románticos de sus amigas; le ayudaba a acabar con sus propios sueños, que dormían en ella sin ser cumplidos y de pronto experimentaban una brusquedad desconocida, desconsiderada.

Felicia no lloró durante la boda, Linda y Sara se encargaron de hacerlo por ella. Al dar el sí le falló la voz, pero fue solo por un ligero enfriamiento que había pescado al quedarse dormida con la ventana abierta la noche anterior cuando estaba sumida en sus cavilaciones. Su padre y Johannes no pudieron ir, pero a Christian le dieron un día libre en la academia militar, y estaba en la iglesia con rostro serio, algo sorprendido. Los pocos invitados hablaban sobre todo de la batalla del Marne, y cuestionaban si la retirada del segundo ejército del general Bülow había sido necesaria; parecían considerarlo más importante que el destino de la novia. A Felicia le irritó que nadie se ocupara de ella. Falkenhayn, Bülow, Kluck... los nombres de los generales la aburrían mortalmente.

-¡Los alemanes vencemos, los alemanes vencemos! -gritó un anciano caballero, presa de un repentino entusiasmo-. ¡El Marne no ha sido una derrota para nosotros!

La fría voz de Alex Lombard se interpuso.

-Tampoco fue una victoria. El frente está petrificado. Nuestros soldados están clavados en las trincheras en Francia, y las cosas se van a volver muy desagradables cuando llegue el invierno y el barro se convierta en hielo.

¡El invierno! Los invitados sonrieron tímidamente.

Para entonces, haría mucho que la guerra ya estaría ganada. Antes de que cayeran las hojas del otoño, habían dicho. ¿Y acaso los jóvenes reclutas alemanes no habían vuelto a mostrar el espíritu de lucha alemán, el heroísmo alemán en Flandes? Sin duda muchos habían caído, y no habían alcanzado su objetivo de arrebatar Dunquerque y Boulogne a los ingleses. Pero pronto, pronto llegaría la gran victoria, la victoria decisiva, una victoria como la de Tannenberg, y los soldados volverían al Imperio, que los esperaba con los brazos abiertos.

-¿Eres feliz? -susurró Sara.

Felicia se estremeció.

-Sí, claro, naturalmente -respondió desabrida.

Le entraron ganas de estornudar y sacó a toda prisa un pañuelo. Su mirada cayó en el enrevesado monograma que Elsa había bordado apresuradamente en la ropa blanca de su hija. F. L. Lombard, se llamaba, no Marakov. Y de pronto, para gran espanto de Sara, rompió a llorar.

Felicia tenía poca idea del amor, al menos de aquel aspecto que tanto *Pérgola* como el resto de la literatura disponible en casa de sus padres evitaban concienzudamente. Sin duda podía hacerse alguna idea con lo que había deducido de las observaciones picantes y los chistes susurrados de tía Belle y tío Leo en Lulim, pero desde entonces hasta el día de su boda sus ideas no habían pasado de ser borrosas.

Las apresuradas alusiones de Elsa la noche anterior la habían confundido más que iluminado.

-Quizá algunas cosas te intimiden mucho, hija, pero piensa que todo puede ser bello y maravilloso cuando quieres de verdad a un hombre.

«¿Qué es "todo"?», le hubiera gustado preguntar, y acto seguido había pensado: «Pero es que yo no quiero a Alex. ¡Yo quiero a Maksim!».

Porque no quería a Alex, la primera noche que pasó con él -la primera que pasaba en brazos de un hombre- le deparó un placer insospechado. Pasara lo que pasase, se había propuesto mantenerse fría y distante, y no había contado con que su cuerpo reaccionara con tanta ansiedad y expectativa a las manos y los labios y a la tierna voz de aquel hombre desconocido. Se pegó a él, esperó que aquella noche no terminara nunca, y todo lo que pasaba más allá de aquel cuarto, de aquella ventana, le parecía irreal.

Cuando despertó temprano la mañana siguiente, y vio la primera luz del día detrás de los visillos, ya no deseaba más que Alex despertara también y volviera a tomarla en sus brazos. Las fuertes, casi ansiosas, sensaciones con las que contemplaba al hombre dormido le causaban una profunda inseguridad. O había entendido mal a Elsa, o no sabía nada del amor, o... algo no encajaba en ella. Se dejó caer en la almohada y trató de ordenar los pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Si solo amaba a Maksim, ¿cómo podía encontrar placer en el cuerpo de otro hombre?

Le habían gustado sus besos, entonces, en el Esplanade.

«Tiene algo -pensó confusa-, algo...»

Alex se había despertado, y se inclinó sobre ella.

-Buenos días, Felicia -dijo, y su voz era cálida y atractiva.

Felicia se abrazó a él, lo besó en la boca.

«Pertenezco a Maksim para siempre -pensó-, tú solo tendrás mi cuerpo... ¡nada más!»

Pasaron tres días en el Adlon de Berlín antes de irse a Munich. Felicia nunca había estado en el sur de Alemania. Contempló extasiada el cielo profundamente azul, los bosques otoñales de colores llameantes, las torres barrocas de cúpula bulbosa de las iglesias entre prados suavemente ondulados y las grandes casas campestres de tejados bajísimos, los balcones adornados con flores y las ramas repletas de color de los jardines. En algún sitio resplandecía un lago al sol, pero al verlo no pudo evitar pensar de pronto en el Wannsee, en las playas de Brandemburgo y en sus esbeltos pinos rojos, en los melancólicos colores del norte, y ese fue el momento en el que sintió la nostalgia de Berlín que no volvería a abandonarla mientras viviera, en ningún lugar del mundo.

Pero, naturalmente, Munich le gustó. Las verdes torres de la iglesia de Nuestra Señora, el agua

de un oscuro irisado del Isar, el ayuntamiento en la Marienplatz, el encantador parque del palacio de Nymphenburg. Alex hizo que el taxi recorriera la ciudad en todas direcciones para enseñárselo todo, y solo después doblaron hacia la Prinzregentenstrasse.

-Bueno, aquí estamos -dijo él.

Felicia nunca había visto una casa tan grande. Tenía tres pisos sin contar las habitaciones del desván, era ancha y recia, la puerta de entrada grande como un portón. Los muros tenían un color amarillo claro, desvaído y pálido, como muchas paredes expuestas a un sol meridional. Las tejas ardían en rojo claro bajo la luz cansada de la tarde de septiembre. Una ancha escalera de piedra arenisca subía desde la calle hasta la entrada. Dentro los recibió una arreglada doncella que dobló una rodilla con respeto.

-Señor, nos alegramos de su regreso. Sea usted cordialmente bienvenido.

Su mirada se posó curiosa en Felicia.

-Mi esposa -presentó con indiferencia Alex-, me he casado en Berlín. ¿Está mi padre en casa?

-Sí... claro... -La chica parecía desconcertada. Felicia tuvo la impresión de que no sabía nada del curso de los acontecimientos.

Siguió a Alex, que subía una escalera a grandes zancadas.

-Alex, escucha, habrás... Quiero decir, tu padre sabrá...

-No.

-¿Qué no?

-Te refieres a nuestra boda, ¿no? Mi padre no sabe nada.

-¡Ibas a telegrafiarle!

-Luego lo pensé mejor.

-¿Significa eso...? ¿Significa eso que no tiene ni idea de que... vengo aquí como tu mujer?

-Para él será la mayor sorpresa del año -explicó Alex con satisfecha rabia.

Llamó con fuerza a una puerta. Al oír «adelante» abrió, cogió de la mano a Felicia y la arrastró tras él a la estancia.

-Padre, ¿me permites presentarte a mi esposa? -preguntó-. Felicia Lombard. Nos hemos casado en Berlín la semana pasada.

El hombre que se sentaba detrás del escritorio y se levantó en ese momento tenía la misma complexión alta y recia que Alex, pero caminaba encorvado, y tenía los cabellos grises. También los rasgos de los dos hombres se asemejaban: los ojos oscuros, los labios finos, la sonrisa cínica. Hoy en todo caso la sonrisa solo se agitó durante una fracción de segundo, mientras creía que Alex le estaba gastando una broma estúpida. Luego su mirada cayó en los relucientes anillos en los dedos de su hijo y de la mujer desconocida, y su rostro se quedó petrificado.

-¿Qué significa esto? -preguntó escuetamente.

Alex hizo un gesto arrogante.

-¿Es así como saludas a tu nuera?

-No digas tonterías. No te has casado.

-Sí. ¿Quieres ver los papeles?

Su padre titubeó.

-Tiene que disculparnos -se volvió hacia Felicia-, a veces las bromas de mi hijo van demasiado lejos, ¿señorita...?

-Señora Lombard -dijo Felicia con voz clara.

Él la miró de arriba abajo, luego dijo con voz de trueno:

-Soy Severin Lombard. ¡Ahora, vuelva a decirme a la cara que se ha casado con mi hijo!

Felicia sonrió. No tenía miedo. Aquel hombre era como su abuelo, al que nunca había temido.

-Sí -dijo-, así es. Alex y yo nos hemos casado.

Severin se quedó perplejo. Nunca había conocido a una mujer que no se sometiera ante él. En su rostro lucharon la incredulidad, el enfado... y la admiración. La admiración venció, cuando se dio cuenta de que el enfado y la incredulidad no iban a servirle de nada. Raras veces se encontraba con seres a su altura, y como muchos tiranos siempre estaba buscando a alguien que se atreviera a ponerle coto. Egocéntrico, autoritario y codicioso, intuía un alma gemela en la muchacha desconocida. No tenía nada que ver con otras mujeres. Y -deslizó la mirada entre Alex y ella- no estaba enamorada de su hijo. Ni lo más mínimo. Rio entre dientes, perverso.

-Bienvenida, Felicia -dijo-. ¡Tiene usted unos ojos muy hermosos!

Cuando Felicia llegó al salón de desayunos a la mañana siguiente, Alex no estaba allí. Solo encontró a su hermana Cassandra, una chica de dieciséis años, con largos cabellos negros y ojos oscuros, a la que ya había conocido la noche anterior durante la cena. Kat se presentó como la niña que era, juguetona, caprichosa, vivaracha, coqueta y tierna, y Felicia, que raras veces había tenido mujeres entre sus amistades -con excepción de la estúpida Linda y la clarividente Sara- contempló con sorpresa que Kat Lombard le ofreciera su amistad.

Su mirada era expectante.

-Buenos días, ¿ha dormido usted bien? -preguntó-. ¿O puedo tutearla?

Felicia acercó la silla.

-Debes tutearme. ¿Dónde está el café? Ah, aquí. -Sirvió con cuidado.

Kat suspiró.

-Qué suerte tienes. Yo tengo que tomar nata agria para desayunar. Por mis nervios. -Torció el gesto-. Ya he ido varias veces a hacer curas. Para engordar. Pero no sirve de nada. No se me pega nada.

Felicia miró el cuerpo frágil y estrecho, que casi se perdía en el largo vestido gris. Kat estaba demasiado pálida y tenía sombras azuladas en torno a los ojos, su rostro parecía huesudo y afilado bajo los espesos cabellos oscuros, y su mayor encanto era lo cambiante de su expresión.

-Alex se ha ido a la fábrica con mi padre -le contó-, allí se ha desatado el infierno. Toda la industria textil se está dedicando a los uniformes, y todos los días reparten octavillas a los trabajadores pidiéndoles que dupliquen sus esfuerzos. ¡Ahora la patria necesita todas las energías!

-Rio entre dientes-. En realidad tendría que estar en el colegio. Pero no me apetecía. Prefería hablar contigo. ¿Por qué te has casado con mi hermano?

Felicia, que iba en ese momento a morder un crujiente panecillo untado de mermelada, se detuvo sorprendida.

-Porque... bueno, porque...

Kat rio abiertamente.

-¿Lo conoces bien?

-No. La verdad es que no.

Kat frunció el ceño, pensativa.

-Tampoco yo lo conozco. Es muy difícil acceder a él. A veces pienso que nunca ha superado la muerte de nuestra madre. Luego empezó una época muy dura para él.

-No se entiende especialmente bien con vuestro padre, ¿no?

-¿Que no se entiende bien? ¡Oh, Dios, te digo que no hay en todo Munich dos personas que se odien tanto como ellos!

-Oh...

-Padre amenaza siempre con desheredar a Alex, y Alex solo hace lo que sabe que padre no quiere. Padre es un tirano espantoso, y... -Fue interrumpida por la doncella, que entró en la habitación. Traía una tarjeta de visita en una bandeja de plata. Kat la leyó y lanzó un grito-. ¿Tom Wolff? ¡Oh, no, Fanny, no quiero verle! Dile que tengo migrañas, u otra crisis nerviosa, o...

-Querida mía, qué estupendo verla tan sana y alegre -dijo una voz.

Kat y Felicia se volvieron de golpe. El visitante, un hombre alto, un poco demasiado pesado, vestido con traje de calle gris, estaba ya en la puerta.

-Discúlpeme que entre aquí sin más, pero después de haber venido tres veces en vano y de que mademoiselle Fanny me informara una y otra vez de su desconsolado estado, quería convencerme personalmente de que al menos seguía usted entre los vivos. Está un poquito pálida alrededor de la nariz, pero por lo demás... ¡encantadora, sencillamente encantadora!

Kat compuso un tímido gesto.

El hombre volvió entonces la mirada hacia Felicia. Ella se fijó en que tenía unos ojos muy claros, casi pálidos, y una forma tan intensa de mirar que no pudo resistirse a una sensación de asco.

-Tom Wolff -lo presentó Kat con voz fría-. La competencia. Él también tiene una fábrica de tejidos. Y esta es Felicia, mi cuñada.

-Ah... ¡no sabía que Alex tenía tan buen gusto!

Nadie respondió nada. Wolff carraspeó.

-He venido a invitar a Cassandra al baile de este fin de semana. El comité de socorro bélico de la industria de Munich organiza un baile. Los ingresos estarán destinados a nuestros soldados.

Kat alzó las cejas con aburrimiento.

-Lo sé. Pero voy a ir con otra persona. Ya ve, señor Wolff, que se ha molestado para nada.

Tom Wolff palideció. Felicia observó complacida cómo sus dedos se cerraban y volvían a abrirse sin control. Captó una sonrisa divertida en Kat.

«Le gusta jugar con los hombres», pensó, y como conocía ese rasgo en sí misma, sintió simpatía por su joven cuñada. Entonces se dio cuenta de que para ella había pasado el tiempo del coqueteo, y sus labios se apretaron. Ya no jugaría con ningún otro hombre. Y ningún hombre la encontraría atractiva, porque ya no podía prometer nada. Con una fuerte, repentina e inesperada envidia, deseó estar en el lugar de Kat.

Un silencio incómodo se había extendido por la estancia. Wolff tenía la cabeza agachada en un gesto casi humilde, pero la ira y la irritación acechaban en su rostro.

-¿Podría pedirle que me acompañe en el siguiente baile? -preguntó en voz baja.

Kat pareció reflexionar un momento.

-No -repuso-, no, no lo creo.

La puerta se abrió y entró Alex. Pareció sorprendido.

-Hombre, Wolff -dijo-, ¿qué le trae a nuestra casa?

-Eso ya ha quedado aclarado -repuso entre dientes Tom Wolff.

Alex hizo una seña a la criada.

-Fanny, acompañe a la puerta a nuestro visitante. ¡Que le vaya muy bien, Wolff!

Aquello, Felicia lo sabía, era la cumbre de la descortesía. No se echaba a la calle con tanto descaro más que a los molestos viajeros de comercio.

-No podéis soportarle, ¿no? -preguntó apenas él desapareció.

-Es un nuevo rico -explicó Kat-, y no tiene sitio en nuestra sociedad. Por eso quiere casarse

conmigo a toda costa, pero naturalmente no pienso hacer tal cosa. No tiene modales, y nunca encajará.

-No lo digas demasiado alto -dijo Alex. Se sirvió un whisky, se dejó caer en un sillón y cruzó las piernas con negligencia-. Estamos en guerra. En tiempo de guerra el mundo se da la vuelta, lo que estaba abajo queda de pronto arriba, y lo que estaba arriba... -Se echó a reír-. ¡Bueno, ya veremos! -Luego sonrió con más suavidad-. ¿Cómo estás, Felicia?

Su voz sonó cálida, e involuntariamente Felicia respondió a su sonrisa.

-Estoy bien. Kat y yo nos entendemos a las mil maravillas.

Alex tomó un largo trago de whisky.

-¡Qué bien que te guste tanto mi familia! -Sonó un poco amargo. Felicia sabía que estaba pensando en su padre, y se dijo para sus adentros: «¡Cuidado! ¡Es tu punto débil!». Entretanto, como era habitual en él, Alex cambió de tema de repente-: Turquía ha entrado en la guerra.

-¡No! ¿De parte de la Entente?

-De nuestra parte.

-¡Qué bien! -exclamó Kat-. Quizá la guerra termine pronto.

Alex apuró con gesto furioso el resto del whisky. Sus ojos ardían de desprecio.

-¡Antes de que caigan las hojas de otoño! -Observó con perverso placer un chubasco y una racha de viento que lanzó un montón de hojas de colores contra los cristales de la ventana. Se levantó, cogió el vaso y la botella y fue hacia la puerta-. Me voy a la biblioteca. Creo que hoy voy a beber mucho demasiado pronto, y no puedo pedirlos que soportéis eso. Quedaos aquí y soñad con el fin de la guerra. Y Kat, por favor, mañana, excepcionalmente, vuelve a ir al colegio, ¿eh?

La puerta se cerró tras él. Felicia se quedó mirándola.

-¿Hace esto a menudo? ¿Estas... estas... -buscó intencionadamente una palabra brutal- estas borracheras?

-Sí, ¿no lo sabías? Bebe demasiado. Hace mucho. A menudo desprecia tanto la vida que a veces pienso que sus propias blasfemias se vuelven contra él y le persiguen. Siempre he deseado que fuera más feliz. ¡Creo que ahora contigo lo será! -Kat estaba radiante. Consciente de su culpa, Felicia bajó los ojos.

«Qué extraña familia -pensó-, un padre tiránico, una hija con los nervios desquiciados, un hijo que bebe demasiado y que...»

Se detuvo, porque se le había pasado por la cabeza una idea que la había sorprendido. ¿Había en última instancia similitudes entre Maksim y Alex? ¿Sufría Alex la vida como Maksim? Quizá toda la diferencia entre ellos consistía en que Maksim quería cambiar el mundo, y Alex... ¿Deseaba sucumbir con él?

-Cuatro meses para los exámenes de alférez -dijo Christian-. ¿Crees que la guerra durará tanto, Jorias?

Jorias alzó la vista. Estaban en un pequeño café en Lichterfelde, comiendo con esfuerzo un bizcocho con poca mantequilla, y miraban malhumorados el encapotado cielo de diciembre. Era domingo, pero por primera vez Christian no tenía deseos de ir a casa. No quería dejarse mimar por Elsa mientras Johannes estaba en las trincheras en Francia y su padre prestaba servicio en un hospital militar del este. El miedo de Elsa por su hijo mayor le hacía tratar al más pequeño con exagerada preocupación. Christian se resistía. Devoraba los partes del frente en el periódico, nada deseaba con más ansiedad que estar allí, y reaccionaba con creciente irritación cuando se le trataba como a un niño.

-¿Qué dirá tu familia? -preguntó Jorias-. Quiero decir, cuando vayas al frente.

-Mi madre se opondrá. Pero tendrá que ceder.

En los grises ojos de Christian ardían el celo y la disponibilidad, y eso encendió el fuego también en Jorias.

Uno podía volverse loco en casa, entre el banco del aula, el campo de ejercicios y el café del domingo por la mañana. Durante las clases escribían redacciones como «Por qué amo a mi emperador», pero el papel les parecía demasiado seco entre sus manos ardientes. ¡No querían escribir, sino... luchar! ¡De qué servía jurar lealtad al emperador en secas sílabas, cuando en estos tiempos solo había una prueba de lealtad y se daba en el campo de batalla! Eran jóvenes, estaban fuertes y sanos, y los años que habían pasado en la academia habían sembrado en ellos el patriotismo y la entrega; una semilla que ahora germinaba más rápido y más fuerte de lo que nadie había previsto. Mejor morir que seguir trotando domingo tras domingo por las tranquilas calles burguesas de Lichterfelde.

-Mi tutor escribe que no puede esperar a verme entre los héroes de Francia -dijo Jorias-, no podemos tener miedo a nada. ¿Crees que lo conseguiremos?

Un anciano que pasaba en ese momento y había oído sus palabras se detuvo. Sus ojos centelleaban iracundos bajo las cejas boscosas.

-Ese maldito amor a la muerte -dijo-, ¡oh, Dios, ese maldito amor a la muerte con el que os han infectado!

Se vio sobrepujado por un caballero en la mesa de al lado, que explicaba a voz en cuello a su acompañante:

-El bloqueo naval nos deja fríos, querida. Quieren aislar a Alemania de los mercados de materias primas, pero subestiman nuestra industria. ¿Que ya no tenemos salitre para fabricar munición? ¿Para qué queremos a Chile? ¡Nuestros químicos lo desarrollarán! ¡Hoy mismo he leído que el procedimiento está casi listo!

Su mirada recayó en Christian y Jorias. Contempló benevolente sus uniformes de cadete.

-¡Este es el futuro de Alemania! Bien, chicos, ¿cuándo partís para Francia?

-Lo antes posible.

-Así debe ser. ¡Ateneos al brillante ejemplo de nuestro gran héroe, el vencedor de Tannenberg, nuestro respetadísimo mariscal Von Hindenburg!

El hombre había alzado mucho la voz, una voz que temblaba de emoción. Algunos presentes aplaudieron al oír el nombre de Hindenburg.

Christian y Jorias se miraron.

-¿Sabes una cosa? -preguntó en voz baja Jorias-. De pronto, tengo la sensación de que nos hemos hecho muy mayores. Desde que estalló la guerra, nos ha pasado algo. A veces pienso en el último verano en Lulinn. Creo que fue la última vez que me sentí joven.

Los copos de nieve caían del cielo lenta y suavemente, y se extendían como una alfombra blanca y aterciopelada por las calles y plazas de Berlín. Todos los sonidos llegaban amortiguados, el cielo colgaba sobre la ciudad en pesadas nubes grises.

Tiritando, Linda se subió la sábana hasta la barbilla. Sus ojos seguían a Johannes, que se había levantado y empezaba a vestirse. Solo cuando lo vio con su uniforme, ciñéndose el cinturón con la pistola, se incorporó.

-¿De verdad tienes que volver a Francia?

Él la miró.



-Las Navidades han terminado. Otros no han tenido ningún permiso.

-Pero ha sido tan corto.

-Lo sé. Tampoco a mí me gusta irme. -Johannes se sentó al borde de la cama y acarició suavemente con un dedo las cejas de Linda.

Ella le contempló sorprendida. Parecía tan serio...

-¿Tienes miedo? -preguntó.

Johannes no pudo evitar una sonrisa. Pensó en lo que le habían enseñado desde sus once años: «¡El soldado alemán no conoce el miedo!».

-Miedo -repitió pensativo-, no lo sé. Me extirparon el miedo a conciencia. Pero no puedo sentir entusiasmo, nunca he podido. La academia militar es una cosa y la guerra otra. Desde el principio he tenido claro que tendría que disparar contra personas. Pero había cosas que no me podía imaginar. Cuando marchamos a través de Bélgica... Linda, he visto fusilar a civiles. Ancianos, mujeres, niños, detenidos y fusilados en plazas de pueblo. Unos cuantos soldados alemanes murieron en una emboscada, y sabe Dios -un rasgo amargo endureció su boca- que nos vengamos a conciencia. Cuando Lovaina ardió y los gritos de la gente resonaban en la noche, yo... Habría preferido salir corriendo. Mis dudas crecen cada día, Linda, y un soldado que ha empezado a dudar es un mal combatiente.

Su voz se perdió, colgando silenciosa de las imágenes y los recuerdos. Linda alzó tímidamente la mano, le acarició el brazo. Él se estremeció y contempló el rostro bello y delicado de su mujer, la naricita, la boca suave, los grandes ojos infantiles. Sus palabras la habían asustado, se daba cuenta, pero en realidad no podía saber lo que sentía. Linda no estaba hecha para pensar acerca de la guerra y la paz, para buscarles valor y sentido. Era una muñeca, dulce, amable e infantil, educada en un orden que esperaba de las mujeres que fueran hermosas y encantadoras y no pidieran a la vida otra cosa que estar a disposición de su marido y de sus hijos. Los hombres se enfrentaban a las dificultades de la existencia, las mujeres esperaban en casa para tomarlos en sus brazos cuando regresaban cansados y plenos. A veces Johannes dudaba de que aquel mundo cuidadosamente preservado fuera a sobrevivir a la guerra. En lo más profundo de su interior, albergaba el temor de que el brillo, la belleza y la despreocupación del Imperio estuvieran ya vacilando sobre sus cimientos.

-¿Sabes?, preferiría no quedarme sola en Berlín -dijo Linda-, estoy tan sola sin ti... Y sin Phillip. No hago más que pensar en ti, y nadie me distrae.

-¿No querrás mudarte con mi madre?

-No... Tu madre se pasa todo el día llorando, precisamente ahora que Christian pronto se irá también al frente. Me pone aún más triste.

-¿Y si te vas a Munich? ¿Con Felicia?

-Oh... -la expresión de Linda se iluminó-, ¿crees que sería posible?

-Envíale un telegrama y pregúntale. Estoy seguro de que te invitará.

-Sí, lo haré. Cuando te lleve a la estación enviaré el telegrama.

En la estación se encontraron a Sara y al tío Leo. Leo llevaba un bombín negro y un abrigo con cuello de piel. En la solapa bailaba una enorme flor de papel roja.

-*Mon dieu!* -exclamó, lo que hizo que algunos de los presentes fruncieran el ceño porque las palabras francesas se consideraban no patrióticas-. ¿Qué veo? ¡Mi querido sobrino Jo y su encantadora mujer! -Contempló con benevolencia a Linda, que llevaba un elegante abrigo hasta los tobillos y una pequeña y atrevida gorra de piel-. ¡Qué mejillas tan rosadas, en mitad del invierno! Sin duda habéis disfrutado del permiso hasta el último momento, ¿eh?

Linda apartó la vista con rapidez, mientras Johannes murmuraba confuso:

-¡Tío Leo, por favor!

-¡Nada de falsa modestia, por favor! Sé apreciar el lado bueno de la vida. A tu edad... ¡Oh, Dios, hemos hecho las mayores locuras!

-¿Adónde vas, tío Leo?

-¿Yo? Bueno, desde luego no al frente. Voy a Hamburgo. ¡Conozco allí a unas cuantas personas agradables a las que me gustaría volver a visitar! -Guiñó un ojo-. La encantadora Sara ha sido tan amable de acompañarme hasta aquí.

Sara sonrió, reservada. Tío Leo la había conocido hacía muchos años siendo huésped de Felicia, que en aquella ocasión le había encargado animar un poco a ese «ratoncito gris». Él lo intentó, y con eso se había asegurado el tímido afecto de Sara... que él apenas sabía apreciar. Sara no se encontraba entre las mujeres a las que Leopold Domberg prestaba atención durante mucho tiempo.

«Probablemente Sara olfatea una tragedia en él», se había burlado a menudo Felicia, porque las capacidades visionarias de Sara parecían vislumbrar el drama siempre y en todas partes. De hecho, ese día parecía alterada, de pie en el frío andén, con las manos hundidas en unos manguitos negros y una larga bufanda negra de cachemira en torno al cuello. Linda tuvo de pronto una idea.

-¿Te gustaría acompañarme a Munich? Voy a visitar a Felicia durante unas semanas. A las dos podría venirnos bien un poco de distracción.

Sara nunca se había atrevido a ir tan lejos de casa y puso cientos de reparos, pero Linda los barrió todos de la mesa.

-¿Qué pasa? ¡Iremos juntas, y en Munich tenemos a Felicia! -Arrastró a Sara, que fingía resistirse un poco, a la oficina de telégrafos y, muy satisfecha, transmitió el correspondiente anuncio: «Llegamos Año Nuevo a Munich: ¿te apetece visita más larga? Sara y Linda».

De hecho la visita fue más larga. En mayo, Sara y Linda aún estaban en Munich.

«¡Menos mal que tengo a mis amigas -pensaba Felicia con alivio todos los días-, sola no habría podido soportarlo!» Antes les había prestado poca atención a ambas, siempre le parecía que había personas mucho más interesantes.

Sobre todo hombres. Felicia echaba mucho de menos a los hombres. En el frente se mataban, y ella estaba allí y... había caído en manos de la asociación patriótica de mujeres.

Había en Munich unas cuantas damas extremadamente enérgicas que se dedicaban con todas sus fuerzas al frente interior, y había gente que afirmaba en broma que sin la incansable acción de aquellos generales femeninos Alemania no iría tan bien situada en la carrera. En febrero, la batalla invernal en los lagos de Masuria había expulsado definitivamente a los rusos de suelo alemán, una idea que devolvía a Felicia un poco de su paz espiritual, porque en primavera pensaba con especial nostalgia y vehemencia en Lulinn: «Los cerezos florecen en el huerto, las praderas tienen un color verde claro, salpicadas de florecitas blancas. El sol ya está alto y sopla un viento fresco, no tibio y causante de dolores de cabeza como el de Munich; allí viene de los lagos y bosques de Masuria o de las saladas olas del Báltico, y es fresco y claro».

Y aquellos días el general alemán Falkenhayn había culminado con éxito un ataque contra los rusos en Gorlice-Tarnów. Sin duda todo estaba durando un poco más de lo esperado, pues el sol de mayo resplandecía ya, y pronto haría un año de Sarajevo, pero para entonces realmente no sería más que cuestión de semanas. Tan solo las estrecheces de la economía de guerra hacían la vida un poquito difícil. El bloqueo de los ingleses mostraba sus efectos. La agricultura alemana no podía seguir cubriendo la necesidad de alimentos, sobre todo porque muchos campesinos estaban en el frente y en los campos faltaban brazos. Pero tan importante o más era organizar el mercado y mantener la llama del patriotismo. Y esa tarea no podía estar en mejores manos que las de la asociación de mujeres.

El apellido Lombard sonaba bien en Munich -sobre todo a causa de la idea de dinero que venía vinculada a él-, de modo que, en cuanto se supo que el joven Lombard se había casado, una delegación de mujeres se presentó en la Prinzregentenstrasse, decidida a ganar para la causa a la joven berlinesa. Se trataba de damas de familias amigas, esposas de socios de la fábrica Lombard, y la sorprendida Felicia no tuvo ninguna posibilidad frente a sus artes de convicción. Antes de darse cuenta era una de ellas, y no tardó en advertir, entre gemidos y lamentos, lo que significaba: todo su tiempo quedó planificado, se velaba de manera inflexible por que aportara su cuota de trabajo. Y no era poco.

-Cómo odio tejer calcetines -le decía furiosa a Alex-, y esas sobremesas interminables en las que no sucede nada de nada y hablamos de recetas de cocina sin grasa y sin harina y de cómo aprovechar los desechos de la cocina, y en cada ocasión me saquean medio armario para la Cruz Roja... ¡Ah, estoy tan harta!

Alex sonrió.

-¿Dónde están tus sentimientos patrióticos?

-¡Nunca los he tenido, ya lo sabes!

-Lo sé, sí. Siempre fue tu problema, ¿no? No puedes comprometerte con una causa, sino tan solo

contigo misma. Si no me equivoco, ha habido personas que no mostraban la menor comprensión hacia ese rasgo de tu carácter.

No había nada que odiara tanto como esas alusiones.

-¿Por qué no dejas de hablar de cosas que no entiendes? -bufó en voz baja, y salió de la estancia.

Había días en los que se preguntaba, desesperada, por qué se había casado con ese hombre. Le resultaba ajeno, a menudo le daba la impresión de que cada día le era más ajeno. Allí, en esa vieja y sombría casa en la que él había pasado la juventud bajo el cetro de un tirano anquilosado y en estrecha unión de una muchacha hipersensible y de nervios desquiciados, ella podía haber intentado entender al hombre con el que se había casado por un capricho, comprender su predilección por el alcohol fuerte, su desprecio por los seres humanos y sus rápidos cambios de humor, pero no le apetecía hacer semejante intento.

No veía de Alex más que lo que él mostraba, y no le gustaba. Estaba convencida de que nunca en su vida había sido más desdichada que durante ese período en Munich, y más que ninguna otra cosa odiaba la guerra, que la obligaba a cubrir su existencia de ocupaciones hacia las que no sentía la menor atracción.

Dos veces por semana se reunía el grupo de tejedoras en la Prinzregentenstrasse. A Felicia le amargaba tener que ofrecerles cada vez algo de comer. El azúcar y la harina estaban racionados, solo se conseguían mediante cupones, y Felicia, para la que los bizcochos y las galletas habían sido antes lo más natural del mundo, veía ahora con mal disimulada rabia cómo la gruesa Clara Carvelli engullía un trozo de bizcocho tras otro y la muy franca Auguste Breitenmeister se bebía su caro café como si fuera agua de manantial. A la par, tejían sin parar o enrollaban vendas, y parecían tan contentas consigo mismas que una se quedaba sin palabras.

Lydia Stadelgruber, la tercera del grupo, aparecía siempre acompañada de su hija Clarisse, que tenía a su prometido en el frente del este y armaba mucho alboroto con eso. Según sus relatos, Gorlice-Tarnów había sido únicamente cosa de aquel joven. Clarisse adoraba hacer profundas consideraciones acerca del espíritu de renuncia y disposición al sacrificio de la mujer alemana. Se ganaba con eso el afecto de Clara Carvelli, que tenía a un hijo en Francia, y el de Linda, a la que todo el mundo brindaba un máximo de atención porque esperaba un hijo, y estaba muy orgullosa de ello. La cuestión de si aquel niño llegaría a conocer a su padre era un tema popular en el círculo. El miedo de Linda por Jo nunca había sido fingido, pero mientras que en Berlín había estado expuesta en soledad a ese temor y había sufrido mucho, allí, en aquel círculo de mujeres que se compadecían, empezaba casi a disfrutarlo. Toda aquella cháchara respecto al sacrificio y el valor la impresionaba profundamente y la llenaba de voluntad para soportar lo que el destino le impusiera.

Aquella desdichada guerra habría terminado mucho antes si las mujeres no hablaran tanto de honor y privación, pensaba a menudo Felicia con irritación. «¿Por qué una mujer como Linda no le dice directamente a su marido: "Nos hemos casado, voy a tener un hijo, haz el favor de quedarte conmigo y no poner tu vida en riesgo para que tal vez tenga que criarlo sola!". Habría estado en su derecho. Pero no... ¿Por las noches llora en silencio, y durante el día le cuenta a todo el mundo, lo quiera oír o no, que está feliz y orgullosa de que el padre del niño esté en Francia y esté dispuesto a morir por Alemania y por el emperador!» No era sorprendente que a los hombres les resultara embriagador ir al combate.

Un cálido día de mayo, volvían a estar todas en el salón de la casa de la Prinzregentenstrasse y tejían con empeño. El sol entraba por las ventanas, y en la calle se oían las risas de algunos soldados que coqueteaban con una muchacha. Felicia alzaba los ojos una y otra vez, miraba fuera

y suspiraba pesadamente. Llevaba un vestido nuevo y muy hermoso de muselina violeta, con un ancho ribete de terciopelo rosa en el esbelto talle, pero su alegría de llevarlo estaba enturbiada por lo absurdo que era ponerse guapa si a una no la veían más que unas cuantas viejas gallinas, que tenían escrita en la cara la desaprobación ante tan descarada vanidad. Si al menos hubiera podido ir a pasear al Jardín Inglés...

-Este día es casi demasiado hermoso para pasarlo dentro de casa -dijo esperanzada.

Nadie reaccionó, salvo Kat, a la que sentarse en silencio también le costaba trabajo.

-Sí, sería un día para sentarse al sol -dijo nostálgica. Sus ojos oscuros vagaron inquietos por la estancia.

Auguste la miró con desaprobación.

-De verdad, Cassandra, no deberías hablar así. La guerra no es cosa de diversión. ¡Nuestros valientes héroes del frente tampoco pueden ir a pasear!

-Pero seguro que no se aburren ni la mitad que nosotras -murmuró Felicia a media voz, por fortuna sin que nadie la oyera.

Durante un rato, solo se oyó el entrechocar de las agujas, hasta que Auguste rompió el silencio:

-Tengo una idea que me gustaría exponer aquí. Tal vez estéis de acuerdo...

-Por favor, Auguste, te escuchamos -respondió Clara.

El discreto anuncio de Auguste era pura farsa, todas lo sabían, porque siempre conseguía lo que se proponía, y en ella «idea» equivalía a «orden», pero ella y las otras mujeres se atenían férreamente al ritual diario de un espectáculo democrático.

-Habría una posibilidad de recoger un poco de dinero, que haríamos llegar a la Cruz Roja, y además es divertida. Y mejorará nuestro lenguaje. Mucha gente juega ya a esto.

-¿Y qué es?

-¿No os ha llamado nunca la atención la cantidad de palabras extranjeras que tenemos en nuestro vocabulario? En especial francesas. Decimos sin pensar *Pompadour* cuando nos referimos a un bolsito, o *portemonnaie* cuando podríamos decir «portamonedas». En estos tiempos, me parece muy poco patriótico.

-La verdad es que en eso tienes razón -dijo pensativa Lydia.

Auguste frunció el ceño. Ya daba por supuesto que tenía razón.

-La gente que habla esa lengua -prosiguió- dispara sobre nuestros maridos, hermanos e hijos. Como verdaderos alemanes, debemos sustraernos a la perniciosa influencia de su lengua. Por eso propongo que la persona de este círculo que en el futuro emplee una palabra francesa o inglesa tenga que pagar diez céntimos. Y, cuando hayamos reunido suficiente dinero, haremos una compra útil para la Cruz Roja.

La propuesta fue acogida con entusiasmo. Auguste pudo volver a regocijarse con el elogio general. Kat trajo un gran cuenco de barro, que fue puesto en medio de la mesa y destinado al dinero de las multas. Felices con la nueva diversión, y esforzándose en reunir pronto unas cuantas monedas, en la siguiente hora se oyeron más palabras francesas que nunca.

-*Pardon* -dijo Clarisse cuando una aguja se le cayó al suelo, y enseguida gritó con fingido horror-: ¡Oh, no! ¡Qué tonta! ¡Claro, quería decir «perdón»!

Linda, que luchaba con las náuseas de su embarazo, pidió a media voz que la llevaran a la *chaiselongue* del rincón, lo que provocó un extasiado alboroto:

-¡«Sofá», niña, «sofá»! -gritó Clara Carvelli-. ¡Diez céntimos, por favor!

Y Lydia sumió a la ronda en la confusión al preguntar si estaba permitido calificar un color de «burdeos», porque «burdeos» no era propiamente una palabra francesa pero...

Felicia apoyó la cabeza entre las manos y miró por la ventana. El aburrimiento y la nostalgia la atacaron con tal fuerza que se habría echado a llorar, pero se contuvo porque no quería exponerse a las preguntas de las otras. No podía compartir el entusiasmo de sus amigas, nunca podría. Su corazón no sentía palpitaciones al pensar en Alemania, por lo que tampoco podía temblar de ira cuando escuchaba una palabra francesa. Dolía, como mucho, porque no podía evitar pensar en tío Leo, que amaba a Francia y a los franceses y siempre la había llamado *ma petite* o *mon amour*.

-Hablemos ahora de la recopilación de ropa vieja -dijo Auguste-. He acordado con el presidente de la rama local de la Cruz Roja un *Jour fixe* en el que... ¡oh!

Se alzó una ruidosa confusión de voces.

-¡Pero Auguste! No un *Jour fixe*: como mucho un «encuentro regular».

-¡Diez céntimos, señora mía!

Sara inclinó el cuenco, que tintineó prometedor.

-Ya hemos reunido un poco. ¡Hasta ahora, la única que no ha hecho su donativo ha sido Felicia!

-Porque no me he confundido.

-Sí, porque no has dicho nada -dijo Linda-. ¡Vamos, también tú tienes que dar algo! Di una palabra francesa.

-No conozco ninguna...

-Cualquiera. Lo que se te ocurra.

Felicia contempló el calcetín gris que tenía en su regazo, atrapó con la mirada un reluciente rayo de sol fuera y volvió a la oscura habitación.

-*Tristesse* -dijo, y sacudió su portamonedas.

«Christian ha aprobado con sobresaliente su examen de alférez», escribía Elsa. Su caligrafía, normalmente clara y fluida, parecía temblona y borrosa. «¡Ojalá nunca hubiera ido a una academia! Unos cuantos ejercicios más, e irá al frente. A Francia...»

Allí, la tinta negra se diluía en un gran borrón. Johannes plegó el papel, sucio y arrugado, y se lo guardó en el bolsillo del uniforme. Como todas las cartas de la patria, había leído también aquella al menos una docena de veces desde que la había recibido, conjurando imágenes y recuerdos de casa: podía ver el secreter en el que Elsa escribía sus cartas, las cortinas de color topacio de las ventanas con las que cerraba el paso a la luz del día, demasiado fuerte para ella. El sol entraba amortiguado en la habitación, los sonidos de la calle llegaban debilitados.

Podía oler el aroma del perfume de Elsa.

«Pobre mamá», pensó. Su imagen se hizo borrosa. Volvía a estar en Francia, en algún sitio junto al Aisne, en un pueblo pequeño destrozado por las granadas, y sentía un hambre devoradora en el estómago. El hambre era casi peor que el cansancio. Durante la noche anterior había habido un breve combate con los franceses, pero por lo demás todo estaba tranquilo, y los soldados de guardia habían tenido que luchar encarnizadamente contra el sueño. A Johannes le parecía que aquel verano de 1915, en el que el frente no se movía un paso, los verdaderos enemigos de los alemanes eran el hambre, los piojos y la disentería. Los problemas de abastecimiento del ejército se hacían más evidentes cada día, y no había un soldado que no hubiera deseado mandar sus vísceras al infierno.

En alguna parte tuvieron que matar un montón de cerdos porque los campesinos ya no podían alimentarlos; sea como fuere, hacía ocho días había habido carne de cerdo para todos, toda la que quisieran. Sabiamente, Johannes había preferido el hambre, pero los otros engulleron todo lo que pudieron. El inusual aporte de grasa había estado a punto de matarlos. La compañía se pasó toda

la noche vomitando; con las caras grisáceas, la nariz empapada de sudor y los labios temblorosos, los hombres renunciaron al último resto de dignidad.

Johannes, que había sostenido hora tras hora a un compañero que había vomitado hasta el agotamiento y no podía tenerse en pie sin ayuda, se preguntó si Christian sabía lo que le esperaba en el frente. Si podía imaginarse lo desmoralizados que estaban los «héroes» al cabo de un año de guerra, lo cansados, quemados y vacíos. Habían aguantado en las trincheras un gélido invierno, y habían visto filas enteras de hombres desplomarse bajo una granizada de balas.

Johannes no recordaba haber sentido nunca entusiasmo por la guerra. Siempre había notado un ligero escalofrío cuando, a su alrededor, otros hablaban del entusiasmo de los combates. Todo en él se resistía a eso. Especialmente cuando se acordaba de los veranos de su infancia en Lulinn (en medio del peor de los combates veía la avenida de robles, o bien oía el relincho de los caballos por la mañana temprano), o cuando pensaba en su madre y en Linda. Y en el niño.

Linda le había comunicado la novedad de su embarazo de una forma tan complicada y codificada que había necesitado horas para descifrar a qué se refería en realidad. Desde que lo sabía, su ira hacia la guerra y su decisión de sobrevivir a ella se habían multiplicado por cien. Pero la vida no continuaría donde se había detenido en 1914: después de haber caído en aquel absurdo, vertiginoso y mortal torbellino, ya nada volvería a ser como era. «Tampoco para Christian -pensó Johannes con un mal presagio-, que no es capaz de matar a un pez pero irá hacia el oeste como si fuera la mayor aventura de su vida, lleno de las palabras de sus maestros sobre la obligación y el deber y el honor y la tradición prusiana... Sin embargo no sabe nada de los hospitales de campaña y de los gritos de los heridos, de la disentería y el hambre, del frío lodo de las trincheras...»

-Hola, Degenly, ¿cómo va eso? -Un amigo de Johannes, de la academia, al que desde hacía medio año le palpitaba ininterrumpidamente el ojo izquierdo, se acercó, sacó un pañuelo y se secó la cara-. ¡Por Dios, qué calor hace hoy! Acabo de estar en el hospital. No se puede aguantar ahí dentro. Te pones aún más enfermo.

-¿Ha visto a Phillip? -preguntó Johannes. Sufría desde hacía casi tres semanas unas inexplicables fiebres, y Johannes estaba muy preocupado por él.

-Está mejor. Pero, naturalmente, tiene un aspecto que da pena. Aun así, ha tenido mucha suerte: lo mandan quince días de permiso.

-¿Se va a Berlín?

-A Munich. Con su hermana. ¿No está usted casado con ella?

-Sí -dijo Johannes. Sacó un lápiz y un trozo de papel-. Le daré una carta para ella. -Mientras luchaba por escribir unas cuantas frases alegres y confiadas, sintió de pronto el vivo deseo de poderle decir sinceramente a Linda lo mal que le iba y lo viejo y agotado que empezaba a sentirse. Pero sabía que a Linda le habría parecido inquietante y aterrador... y no lo habría entendido.

Apenas se vieron por primera vez, Kat y Phillip se enamoraron el uno del otro, y la familia, que había creído que no era más que otra de las euforias pasajeras de Kat, tuvo que aceptar que esta vez iba en serio. Durante las dos semanas del permiso de Phillip, apenas se separaron un solo minuto; tan solo por las noches, en las que Jolanta, el ama de llaves, vigilaba con la inflexibilidad y el rigor de una gobernanta prusiana. En secreto albergaba la sombría sospecha de que los dos enamorados intentarían saltar las barreras de la decencia y la moral, por lo que por las noches se pasaba las horas despierta, escuchando todos los sonidos de la casa. Si oía en algún sitio un crujido o un susurro, salía disparada de su cuarto con una lámpara en la mano y un chal de seda sobre los hombros para sorprender a los inmorales en plena acción, con lo que en una ocasión dio

un susto de muerte a la pobre Sara, que había ido a por un vaso de agua, y en otra sorprendió a un bebido Severin que venía de la cervecería y trataba de subir torpemente las escaleras. Además, iba tras la pista de Linda, que se había acostumbrado a ir a la cocina cuando todos dormían, en busca de algo que comer.

-Es increíble todo lo que sucede en esta casa después de medianoche -le decía indignada a Fanny, la doncella-, pero al menos ese oficial forastero no ha estado con nuestra Kassandra, puedo poner la mano en el fuego.

Naturalmente, a Kat no se le escapaba la constante vigilancia, pero ante sus protestas Jolanta se limitó a decir que consideraba su deber proteger a una niña ingenua e inexperta, «¡mientras no seas más que una escolar y no tengas ni idea de los hombres!».

Al principio Felicia se sintió un poco ofendida, porque Phillip se había interesado mucho por ella y no pensaba que pudiera consolarse tan rápido.

-Estoy expectante por ver cuánto le dura -le dijo a Alex-; Kat nunca ha podido interesarse demasiado en nada.

-Necesita a alguien que le dé apoyo -repuso Alex-, y creo que Phillip puede dárselo. Es el hombre que ella estaba esperando.

Había algo en su voz que sorprendió a Felicia.

-Lo dices tan... tan...

-¿Tan qué?

-Bueno, como si pensaras que todo el mundo está esperando a una persona determinada...

-¿No lo crees tú?

Fue a darle una respuesta impertinente -a veces tenía la sensación de que con él solo podía hablar con impertinencia-, pero, de forma extraña, la maldad se le quedó en la lengua. Pocas veces él lograba tocar algo en su interior, pero en esta ocasión lo había conseguido, y no habría podido decirle nada que hubiera sido duro o malvado. Su rostro adoptó una expresión dulce.

Alex sonrió con desdén.

-Sí que lo crees -dijo, y se levantó. Sacó la botella de whisky del armario, se sirvió un vaso y lo vació de un trago-. Quizá -obsequió a Felicia con una mirada áspera y sin compasión que la atravesó por completo, la analizó con aspereza y no expresó ni rabia ni amor por lo que veía-, quizá tendría que ocurrir algo para que despertases. Y... ocurrirá. ¿Sabes?, tú, todas vosotras, tú y las que son como tú, pertenecéis a una sociedad ciega y decadente que baila encima de un tornasolado y colorido arcoíris, y no os dais cuenta de que ya se aproxima a su final. Un arco, querida, tiene en sí la condición de subir y bajar. Pero da igual...

La puerta se abrió y Severin entró por ella.

-¿Habéis oído lo que pretende Kat? -preguntó-. Quiere organizar un baile en nuestra casa. Para todos los amigos y conocidos de los soldados del hospital. ¡Ahhh... lo que va a costar! -Gimiendo, porque el reuma lo acosaba, se dejó caer en un sillón-. Y más ahora que todo está racionado. Apuesto a que también necesita un vestido nuevo. ¡Le ha dado fuerte con el joven oficial de Berlín! -Volviéndose a Felicia, pero mirando de reojo a su hijo, añadió-: Antes era uno de tus admiradores, ¿no? Hay algo entre vosotros...

Felicia sabía que el anciano quería provocarla, y sonrió. Pero Alex dejó con estrépito su vaso vacío y fue hacia la puerta.

-Tus alusiones antes eran menos toscas, padre, y notablemente más refinadas -dijo, y salió de la habitación.



-Bueno, entremos -dijo Felicia. Estaba con Sara y Linda detrás de la puerta de doble hoja que daba al gran salón, y miraba el tumulto por una rendija.

Como siempre que Kat quería algo, también en esta ocasión había logrado que se hicieran realidad todos sus deseos. Había una orquesta propia, situada en un pequeño estrado al extremo de la sala, y una floristería había proporcionado las flores. Las rosas florecían ante las ventanas; en todos los jarrones había margaritas, alhelíes, amapolas rojísimas y aromáticos jazmines. Donde quedaba sitio, había candelabros, grandes soportes dorados de un solo brazo, otros en plata vieja de doce brazos, y entre ellos otros de porcelana blanca con guirnaldas también de porcelana. Había velas rojas y del color de la miel, y entre ellas, sujetas imperceptiblemente con cera a jarroncitos o tazas, banderas alemanas de todos los tamaños, tanto pequeños gallardetes de papel como un enorme tapiz, tejido por Auguste en persona, que colgaba entre los dos ventanales, a lo largo de la estancia. A la cabecera de la sala había un retrato del emperador enmarcado en plata, decorado con flores de seda en los colores nacionales: rojo, blanco y negro.

Debajo estaban los combatientes del emperador. Era un grupo un poco lamentable; parecían cornejas desplumadas, pálidos y de ojos hundidos, vestidos con uniformes demasiado amplios que colgaban como sacos de sus flacos cuerpos. Se habían arrastrado hasta allí desde el hospital para tener por una vez un poco de distracción, divertirse y ver chicas guapas.

Muchos solo podían caminar con muletas o eran empujados por enfermeras en sillas de ruedas, otros llevaban un brazo en cabestrillo o una venda ancha en la cabeza. Aquí y allá brillaban extravagantes parches de pirata sobre ojos heridos, pero los pálidos rostros que había debajo no tenían expresión de osadía alguna.

Las mujeres se habían puesto lo más hermosas posible, para hacer olvidar a los hombres el recuerdo de los horrores pasados y el miedo a los que estaban por venir. Naturalmente, también la industria textil estaba pasando por malos momentos, pero siempre se podían deshacer viejos vestidos y hacer otros nuevos a partir de ellos. Desde el principio de la guerra, la moda se había vuelto muy femenina: vestidos muy escotados, talles estrechos y anchas faldas con puntillas y chorreras, que al bailar volaban como alas de colores alrededor de quienes las llevaban. Aquellas «crinolinas de guerra», como alguno las llamaba con sarcasmo, eran la expresión de un cambio radical que había empezado en agosto de 1914. El movimiento feminista y las reformas habían pasado a un segundo plano, muchas mujeres habían recuperado con entusiasmo su antiguo papel: querían ser madres, esposas, hermanas y novias de los soldados, y demostrarles todos los días la fe incommovible que depositaban en ellos, en su valor, en su superioridad.

Por lo que a Felicia se refería, la nueva moda le gustaba porque resaltaba su esbelto talle y sus hermosos hombros. Por supuesto, también ella había insistido en comprarse un vestido nuevo -un georgette color lila ribeteado de encaje de Bruselas-, y por primera vez desde hacía mucho tiempo volvía a tener la sensación de estar divirtiéndose de veras. Aún había bastantes soldados que no estaban heridos y podían bailar, y esa noche coquetear con ellos entraba dentro del deber patriótico. Las matronas se sentaban en un rincón, se abanicaban, porque aquella tarde de julio era de un bochorno aplastante, y jugaban infatigables y con entusiasmo intacto el juego de: «¿Cómo evito las palabras francesas y las sustituyo por las alemanas?».

Consciente de su deber, Felicia pensó que tenía que bailar al menos el primer baile con Alex, pero este se apoyó en la pared, cruzando las piernas y los brazos, y contempló, divertido pero distante, la vida y el trajín que le rodeaba.

-No, no, esta noche tienes que dedicarte por entero a nuestros bravos guerreros -dijo-, ¡mira ese guapo y pálido joven que te mira con tanta melancolía! ¡Vamos, sonríele!

Ella se apartó con brusquedad y sonrió al desconocido. Enseguida él estaba a su lado y le pedía el primer baile.

«Espera y verás -pensó furiosa Felicia-. Puedo tener a cualquier hombre de esta sala, ¡y te haré hervir la sangre!»

Coqueteó con tanta vehemencia y agresividad con cada hombre que se cruzó en su camino que empezaron a oírse rumores. Auguste se inclinó hacia Lydia.

-Está yendo un poquito demasiado lejos, ¿no te parece, Lydia?

La dulce Lydia no pensaba nunca mal de nadie.

-Se dirá que todos esos hombres pronto van a volver a un destino incierto. Y que necesitarán amargamente el recuerdo de la sonrisa de una mujer hermosa.

Auguste, mucho menos crédula, resopló despreciativa.

-Es ridículo pensar algo bueno de Felicia Lombard. Esa chica es fría hasta los tuétanos, y siempre lo será. Te digo, Lydia, que nadie salvo ella misma conoce a Felicia. Y ella... -la voz de Auguste sonó como un ronquido- ¡tiene algo podrido en su interior!

-Pero mira lo feliz que está Kat -dijo rápidamente Lydia, a la que no le gustaba criticar-, ¡lleva toda la noche bailando tan solo con su oficial!

-Me pregunto por qué primero Alex y ahora también ella han tenido que ir a buscar a sus elegidos en Berlín. ¡Como si no hubiera partidos lo bastante buenos en Munich! -Auguste contemplaba con gran desconfianza todo lo que ocurría al otro lado del Danubio-. Kat debería casarse con Tom Wolff. ¡Él la quiere, a toda costa!

-¡Pero Auguste! -Lydia estaba horrorizada-. ¡No es de nuestra clase!

-¡De nuestra clase, de nuestra clase! Tiene por delante un brillante futuro. Algún día, ese Tom Wolff será riquísimo. ¡Las mujeres pronto se morirán por él!

-Kat no necesita preocuparse por el dinero.

-Quizá ahora no. Pero su padre no vivirá eternamente, y Alex... -Guardó silencio, pero estaba más que claro lo que pensaba de Alex. Consideraba que el alcohol era el peor vicio de la humanidad y, puesto que todo el mundo conocía la lamentable inclinación de Alex por las bebidas fuertes, no daba un céntimo por él-. Ah -dijo, y entrecerró los ojos-. ¿No es ese Wolff? ¡Es curiosa la soltura con la que se mueve en nuestros círculos!

Soltura era, en realidad, lo último que Wolff tenía en aquellos momentos. Se sentía incómodo, se daba perfectamente cuenta de que provocaba cejas alzadas y ceños fruncidos, y trataba de ocultar su inseguridad bajo un gesto de arrogancia que, aquella noche, estaba menos logrado que nunca.

«Chusma -pensó furioso-, ¡algún día van a pagar por esto!»

Desde el día en que él, hijo de un campesino del bosque de Baviera, pobre como una rata, volvió la espalda a la ruinosa finca de su padre alcoholizado y a su madre tísica, y tomó la firme decisión de hacerse rico, la aristocracia muniquesa del dinero lo había tratado con indiferencia, burla o hiriente condescendencia. Les importaba poco que trabajara más que cualquiera de ellos y que cultivara su dinero con una obstinación que hubiera hecho honor al mayor avaro del mundo; al contrario, se reían de él. Wolff callaba, pero tomaba nota de cada sonrisa arrogante, de cada rechazo, de cada patada que tenía que encajar. Algún día, esa era la única e inmovible convicción de su vida, llegaría su momento. Era más listo que ellos, por sus venas corría sangre fresca, su cuerpo y su espíritu no se habían desgastado durante siglos en una vida llena de placeres en blandos sillones. Era despierto. Podía esperar. Acordarse. Vengarse.

Descubrió a Felicia, que descansaba entre dos bailes y comía uno de los crepes que Jolanta había hecho para la fiesta. Jolanta había gemido y maldecido, porque no sabía cómo iba a

arreglárselas con sus cupones de racionamiento de alimentos, y solo haciendo uso de todo su refinamiento culinario había conseguido fabricar sin apenas ingredientes una especie de masa que había estirado hasta conseguir un notable número de crepes. Dado que prácticamente no había usado manteca, el crepe se desmoronaba con solo mirarlo, y después de haber pasado una vez por la vergüenza de comerse un crepe que lo dejó de pronto en medio de un mar de migas que los otros invitados miraban con gesto de indignación, ninguno de los presentes se atrevía a tocar otro, sino que afirmaba con ojos hambrientos estar completamente lleno.

Felicia tenía pocos escrúpulos; Wolff había llegado a esa conclusión la primera vez que la había visto en aquella casa, y hoy lo recordó. No le parecía en absoluto simpática, porque intuía en ella la misma fuerza de voluntad y la obstinación intacta de la que él mismo disponía, y como toda persona muy ambiciosa no gustaba de descubrir sus puntos fuertes en otras. Pero, aunque ella provenía de la clase social que tanto odiaba, y aunque sin duda era aún una niña muy tonta, no sentía por ella el desprecio que el resto de aquella alegre sociedad despertaba esa tarde en él. Todos le parecían una banda de esnobs pasados de vueltas, degenerados y engreídos, que cruzaban un mar tempestuoso en un barco ya repetidamente castigado y que, cuando ese barco naufragara, sucumbirían con los ojos como platos y las bocas abiertas diciendo «Oh».

«Quítales el suelo bajo los pies y se irán todos al infierno», se decía una y otra vez.

Pero Felicia... Ella sabría agarrarse a un salvavidas. En el fondo, ni un huracán podía hacerle nada, él lo entendía con el mismo instinto con el que distinguía a las crías de caballo y a los terneros válidos de los que toserían y cojearían antes de haber cumplido los dos años.

Se acercó y saludó sonriente.

-Buenas noches, señora Lombard. ¿Cómo está?

Ella alzó la vista, como saliendo de profundos pensamientos, le pareció a él.

-Ah, es usted -dijo distraída-, ¿le ha invitado Kat?

La pregunta le llegó como una bofetada, pero pudo dar a su rostro, rápido como el rayo, aquella expresión de máscara que había adoptado para velar lo que realmente pensaba. Su momento aún no había llegado.

-Se podían conseguir invitaciones en el mercado negro -respondió. De hecho, había pagado una enorme cantidad de dinero para conseguir una, y Marian Carvelli, la cuñada de Clara Carvelli, solo le había cedido la suya porque además le había dado cupones de mantequilla que necesitaba para su hija enferma de tuberculosis-. Kat me merece cualquier sacrificio -añadió.

Felicia sonrió con ironía, una sonrisa que no alcanzó a sus ojos. Dios santo, realmente esa mujer no era su tipo, pero tenía unos ojos que podían perseguir a un hombre hasta sus sueños.

-No debería sacrificar demasiado por Kat -dijo con frialdad-, me temo que no vale la pena.

Dejó caer al suelo con desparpajo las migas restantes y se fue de allí. Él se quedó mirándola, pero esta vez la rabia que le asaltó no iba aparejada a un odio ciego y doloroso, sino que se mezclaba con una expectante alegría. «Algún día -pensó-, nosotros dos tendremos nuestro duelo personal. ¡Y me divertirá más que la aburrida matanza del resto de estas ratas de salón!»

-¿Te casarás conmigo, Kat? -La pregunta sonó apresurada y casi temerosa.

Kat sonrió.

-Naturalmente.

Phillip suspiró aliviado.

-¿Te...? Quiero decir, ¿te imaginas que nos casáramos antes de que tenga que volver al frente? O sea, ¿esta misma semana?

-¿Que si puedo imaginármelo? ¡Es lo que quiero, Phillip! ¡Me casaría contigo ahora mismo, si fuera posible!

Se miraron el uno al otro. Habían salido de la sala de baile, y habían conseguido escapar de los ojos atentos de Jolanta para bajar al invernadero, donde ahora estaban sentados en un sofá de caña de bambú. Kat se había apartado por entero los cabellos del rostro aquella noche, y los llevaba sujetos en un moño pesado y grueso. En las orejas brillaban unos aros de oro que habían pertenecido a su madre. Con aquel peinado inusualmente severo parecía mayor que de costumbre, y al mismo tiempo el sencillo vestido blanco le daba un toque infantil e inocente.

«No tiene más que dieciséis años», recordó Phillip.

Normalmente, un matrimonio tan apresurado habría sido impensable. Pero los tiempos habían cambiado desde el estallido de la guerra.

Lo que parecía imprescindible e importante había perdido su sentido. Para qué un largo cortejo, para qué un interminable noviazgo, cuando el novio estaba en las trincheras y ninguna mañana sabía si le quedaba una noche más, y la novia tenía que conformarse con castos besos y tarjetas postales de campaña, temiendo constantemente no volver a ver al hombre al que amaba. La gente que quería atenerse a las antiguas formas, padres preocupados, madres y viejas tías desconfiadas, protestaban con vehemencia, pero... en vano. La guerra había puesto el mundo patas arriba, cada día moría un trozo de pasado, el futuro no podía hacer promesa alguna, lo que quedaba era el presente, el diminuto y fechado trocito de tiempo que se le había asignado a cada uno y que no ofrecía ninguna seguridad.

-Tenemos que pedir permiso a tu padre -dijo Phillip-, solo tienes dieciséis años. Quizá no se muestre entusiasmado.

-Lo permitirá. De lo contrario, le recordaré que mi madre no era mucho mayor que yo cuando se casó con él.

Phillip se puso en pie.

-Iré a verle y hablaré con él. Escucha, cariño, ¿seguro que no te importa que sea diez años mayor que tú?

-¿Crees que eso es importante? ¿Qué edad tienes y qué edad tengo yo? Tal como eres, eres el hombre que amo, y todo lo que sea parte de ti es parte de aquello que yo amo. -Se quedó mirándolo cuando se fue, luego se puso cómoda y tomó un sorbo de champán.

La vida le parecía muy emocionante, muy sencilla... y muy hermosa. Se entregó a coloridas ensoñaciones, de las que no salió hasta que una voz áspera preguntó desde la puerta:

-¿Señor Lombard? ¿Es usted?

¡Jolanta, por supuesto! Siempre aparecía cuando alguien quería estar solo. Kat se volvió.

-No, soy yo. ¿Qué pasa?

-Un telegrama para su padre. ¡Me gustaría saber dónde se ha metido! -Jolanta miró recelosa a su alrededor pero, en contra de lo esperado, no pudo descubrir ni sombra de Phillip. Contempló con aire lúgubre la expresión arrobada de Kat-. Tengo que decir, me parece... -empezó, pero se interrumpió enseguida porque a lo lejos se oía un ligero ruido-. ¡Otra vez alguien en la puerta trasera! Y eso que pronto será medianoche. ¿Es que somos una casa abierta para todo el mundo? Sí, sí, ya voy. Fanny y las otras chicas han desaparecido. ¡Probablemente estarán asomándose al salón de baile y poniendo ojitos a los soldados!

Se fue refunfuñando. No esperaba nada bueno, en absoluto. Kat tenía aspecto de haber visto al Espíritu Santo, y apostaba a que no había estado todo ese tiempo sola.

Sara se había quedado toda la noche junto a un joven soldado sentado en una silla de ruedas, en la que iba a seguir el resto de su vida porque una granada francesa le había segado las dos piernas. Su aspecto era cansado y melancólico, y contemplaba el alegre trajín a su alrededor con una resignación que a Sara le parecía peor que la amargura y la rabia. Hacia la medianoche se quedó dormido, agotado, y la enfermera que le había acompañado se lo llevó de allí. Sara se levantó y fue hacia Felicia, que acababa de librarse de un aburrido compañero de baile con el pretexto de que tenía que empolvase la nariz y se había reunido con Linda, sentada en la esquina junto a las matronas.

-¡Felicia, Linda! -exclamó Sara. Un extraño entusiasmo ardía en sus ojos, y sus mejillas, normalmente pálidas, se habían teñido de rojo-. ¿Queréis que os diga lo que se me acaba de ocurrir?

-¿El qué?

-Hay un sitio en el que se nos necesita mucho más que aquí, donde nos pasamos el día tejiendo calcetines y enrollando vendas... -Dirigió una mirada tímida a Auguste-. Deberíamos ir al frente... ¡como enfermeras!

-¡Oh, Dios! -Felicia estaba horrorizada. Ese era el resultado. Durante toda la velada ya había tenido la impresión de que el rostro de Sara adoptaba poco a poco la expresión de un ángel mientras se acuclillaba junto al soldado herido.

-Yo no puedo -saltó Linda-, ya sabes, el niño...

-Pero Felicia sí podría. ¡Y Kat!

-Es realmente una buena idea -dijo Clara Carvelli-. ¡Debería usted aceptar, Felicia!

-Pero... -Era lo que faltaba.

Recordó el tren hospital, el interminable viaje de Königsberg a Berlín, y llena de espanto pensó: «¡No! Nunca más. No quiero tener nada que ver con la guerra y con todo esto. Yo no quería la guerra, nunca he fingido entusiasmo, y no voy a rebotar de él ahora. ¡Por mí, que se vayan todas, yo no pienso ir!».

-¿Y bien? -preguntó Auguste con gesto combativo.

Todos los ojos se dirigieron hacia Felicia. De pronto se sintió atrapada, y miró a su alrededor en busca de ayuda. Faltó poco para que se arrojara a los brazos de Fanny cuando se acercó y le dijo:

-Hay un caballero esperándola en la cocina, señora. Quiere hablar con usted.

-¿En la cocina? ¿Por qué no viene aquí? ¿Qué clase de caballero es ese? -disparó al instante sus preguntas Auguste.

Pero Felicia, dichosa de poder escapar, ya se había dado la vuelta con una breve disculpa y salía rápidamente de la sala.

-Jolanta dice que no ha dicho su nombre -siguió parloteando Fanny fuera-, pero es sin duda un caballero, no se le puede llamar de otro modo, y quizá habríamos hecho mal en echarlo, ¿no?

-Está bien así, Fanny.

Bajaron las escaleras hacia el sótano, donde se encontraba la cocina.

Jolanta estaba como un dragón junto a la puerta y temblaba de desconfianza. Junto a ella había un hombre que contemplaba solícito una carpa muerta, que yacía en medio de la mesa de la cocina con la boca abierta y grandes ojos rígidos.

Era Maksim.

Instintivamente, Felicia se contuvo cuando estaba a punto de pronunciar su nombre; el sonido de su voz la habría traicionado. Pero no pudo controlar su rostro, y sintió que toda la sangre huía de sus mejillas y sus ojos se agrandaban. Felizmente, Jolanta no tenía ojos más que para Maksim, y

Fanny estaba detrás de ella y no podía verla. Maksim no llevaba uniforme, una de las mangas de su traje seguía colgando floja. Parecía agotado, pero su mirada era concentrada y penetrante.

-He tenido suerte de que aún estés despierta, Felicia -dijo-. Buenas noches.

Jolanta alzó las cejas.

-Este es... Maksim Marakov -explicó a toda prisa Felicia-, un amigo de juventud, de Insterburg. Nos conocemos desde que éramos niños. -Se mordió los labios. Había sido una explicación demasiado larga.

-¿Puedo hablar contigo a solas? -preguntó Maksim sin rodeos.

Solo entonces ella se dio cuenta de lo nervioso que estaba. La siguió escaleras arriba, por la oscura sala hasta el saloncito en el que se recibían las visitas. Del salón de baile llegaba débilmente el sonido de la música. Felicia encendió la luz y se apoyó por dentro contra la puerta, como si quisiera dejar fuera el resto del mundo.

-Maksim -dijo-, yo...

Él la interrumpió con prisas:

-Mi taxi aún está fuera. Yo... Bueno, ¿podrías pagarlo por mí?

Con cualquier otro, ella hubiera respondido con un sarcasmo, pero ahora tan solo se sentía un poco confusa.

-Claro. Solo que... -Se volvió. Naturalmente, no llevaba dinero encima, pero por suerte vio sobre la mesa el gran cuenco de barro en el que el círculo de tejedoras recogía sus multas. Cogió las monedas con las dos manos-. Toma. Debería bastar.

Maksim compuso un gesto de sorpresa.

-¿No lo tienes más pequeño? -Aun así lo aceptó y fue hacia la puerta-. Enseguida vuelvo. Espérame.

Cuando regresó, cerró cuidadosamente la puerta. Una vez más, no se detuvo en prolegómenos:

-Por desgracia eso no era lo único -dijo-. Felicia, necesito dinero.

-¿Dinero?

¿De qué estaba hablando? ¿Desde cuándo necesitaba Maksim dinero?

-Sí, dinero -respondió él, impaciente-, cien marcos de oro. ¿Puedes prestármelos?

-No comprendo...

-En este momento no puedo acceder a mis cuentas... Han sido bloqueadas por el Gobierno, por determinadas razones. Debería bastarte como explicación. Bien, ¿puedes dármelo?

«Si pudiera, me sacudiría como se sacude un árbol para obtenerlo», pensó Felicia. Lo que decía solo llegaba hasta ella como a través de un muro de algodón. Ni con la mejor voluntad lograba concentrarse en sus palabras; tan solo podía mirarle y seguir la familiar y querida línea de su rostro, con tanta insistencia como si fuera la última vez que lo veía.

«Va a convertirse en otro -se le pasó de manera vaga por la cabeza-, va a convertirse en otro para mí porque nuestros recuerdos, lo que tenemos en común y nos une, palidecerán, y porque todo lo que desde ahora ocurra entre nosotros estará determinado por esa prisa y esa inquietud con la que me trata, por el nerviosismo con el que me utiliza y me vuelve a dejar, me utiliza y...»

-¿Para qué quieres tanto dinero? -preguntó. Su voz volvía por fin a tener un tono medianamente normal. Se dio cuenta de que le estaba costando sus últimos nervios contestar tanta pregunta; de manera casi imperceptible, los dedos de su mano derecha se agarrotaban, un músculo le temblaba débilmente en la sien.

Contenido, respondió:

-Me voy de Alemania. He dejado el ejército. De todos modos mi brazo es inútil. -Levantó un

poco el brazo izquierdo, rígido-. Así que huyo en la hora de mayor necesidad. Pero creo que el emperador y la nación se las arreglarán sin mí.

-¿Adónde piensas ir?

-Al este.

-¿Rusia?

Maksim se pasó la mano por los cabellos, agotado.

-Felicia, ¿vas a darme el dinero o no? Créeme, no estaría reteniéndote aquí si no fuera muy importante.

«No, no lo harías», pensó Felicia. Su evidente cansancio y su irritación, contenida a duras penas, empezaban a contagiarsele; empezaba a sentirse mal y a disgusto. Al mismo tiempo, sentía el deseo desesperado de agarrar esos minutos con él, aunque sabía que no había nada que agarrar. En realidad, Maksim ni siquiera estaba con ella, sus pensamientos estaban muy lejos, y Felicia no significaba para él más que una parada inevitable y molesta. Años más tarde, lo sabía, cuando le recordara aquella noche, él no diría: «Pero claro, era cerca de medianoche, y estaba en la cocina junto a esa dragona de cocinera. Tú llevabas un maravilloso vestido de baile, querida, y más tarde, en aquel salón, bajo la débil luz, estabas muy pálida y muy hermosa, y me pregunté por qué demonios te habías casado con ese otro hombre».

No, esas no serían sus palabras. En vez de eso, diría frunciendo el ceño: «¿En julio de 1915? Sí, claro, quieres recordarme que aún te debo cien marcos de oro. Te los devolveré sin duda. ¡Fue realmente muy amable de tu parte ayudarme entonces!». Eso era. Cien marcos de oro. Ese era el valor exacto que ella tenía para él en aquellos momentos, ni más ni menos.

-No tengo tanto dinero -dijo-, en realidad no tengo dinero propio.

-Pero alguien en esta casa...

-¡No puedo preguntarle eso a Alex! -Por primera vez mencionó a su marido, pero eso no produjo emoción alguna en Maksim.

-No -se limitó a murmurar-, sin duda no puedes... -Miró indeciso a su alrededor-. Bien, entonces...

Felicia tuvo una idea.

-Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Por primera vez, él sonrió.

-Date prisa. La verdad es que no sabría qué explicar a cualquiera que entrara y me preguntase qué estoy haciendo aquí.

-¡No te pongas nervioso!

Felicia salió de la estancia. Sabía quién le daría el dinero. Si se lo planteaba con habilidad, incluso con el mayor placer.

Llegó a la puerta del cuarto de Severin al mismo tiempo que Phillip, que, al llevar consigo lleno de nerviosismo su ardiente petición, daba una impresión un tanto perturbada. Le habría gustado precipitarse dentro de la estancia y dejar atrás su petición, pero la cortesía le obligaba a ceder la preferencia a Felicia, que le pareció pálida como un fantasma. Se preguntaba qué querría a esa hora de Severin Lombard, y recorrió el pasillo de un lado para otro a largos pasos, con las manos a la espalda.

A Felicia le sorprendió encontrar a Severin delante de una maleta abierta, en la que estaba metiendo, apresuradamente y sin escoger, unas cuantas camisas, pantalones y ropa interior. Tan solo alzó la vista cuando su nuera entró en la habitación.

-Hola, Felicia -dijo-, ¿qué pasa? ¿Por qué no estás en el baile?

Felicia señaló la maleta.

-¿Te marchas?

-Tengo que irme enseguida. Con el tren nocturno que va a Frankfurt. He recibido un telegrama que me avisa de que mi hermano mayor se está muriendo y, si no tengo más cuidado que el mismo Cerbero, mis dos codiciosas hermanas rapiñarán toda su herencia, ¡y no es pequeña!

-Ah... entonces, por supuesto, siento molestarte precisamente ahora, pero... -Calló, modesta.

Severin sonrió, mientras metía el pijama en una esquina libre de la maleta.

-¡Vamos, querida, no seas hipócrita! No lo sientes en absoluto. Quieres algo de mí, y no te interesa nada más, ni mi hermano moribundo ni mi herencia. Vamos, ¿de qué se trata?

Ella se sintió aliviada al ver que él le salía al paso de ese modo, y le ahorra, con su descaro, buscar prolegómenos y rodeos en clave.

-Necesito cien marcos de oro -dijo-, quiero decir que los necesito ahora mismo, y en efectivo.

-Oh... ¿Y te parecería impertinente que te preguntara para qué necesitas cien marcos de oro en mitad de la noche?

En vez de responder, Felicia dijo:

-No sabía a quién acudir.

Severin hincó los dientes.

-Si necesitas dinero, la verdad es que deberías pedirselo a tu marido.

-Sí, pero... -Cerró los ojos e hizo como si buscara, confusa, una respuesta-. En este caso... no necesito el dinero para mí, sino para un... conocido...

Severin frunció el ceño.

-¿Qué clase de conocido? ¿Está aquí? ¿Es uno de los invitados?

-No. Un viejo amigo de Insterburg. Está esperando abajo. Ahora no puedo decirte por qué, pero necesita el dinero de manera imperiosa. Lo devolverá en cuanto pueda.

-¿Por qué tienes que ocultar tu viejo amigo a Alex? -preguntó Severin-. ¿Y cómo se llama ese hombre?

-Maksim Marakov. -No fue su intención, pero dio gracias a Dios por que la sangre se le subiera al rostro al mencionar ese nombre.

Naturalmente, Severin lo advirtió y sus ojos se estrecharon, dándole más que nunca el aspecto de un chacal astuto.

-Entiendo -sonrió-, así que ese es el competidor de Alex. Sabía que tenía que haber uno. ¡Lo noté desde el principio!

Felicia guardó silencio y miró al suelo, pero en su interior pensó triunfante: «¡Va a darme el dinero! Es un viejo avaro pero, con tal de asestarle una estocada a Alex, incluso se desprenderá de cien marcos de oro».

-Eres una criaturita refinada -dijo Severin, y sacó la cartera-, ya sabías cómo hacerlo, ¿eh? -Le tendió el billete con una risita-. Toma, dáselo a tu Romeo. Pero ahora tengo que darme prisa o perderé el tren. -Cerró la maleta, se echó el abrigo al brazo y se puso el sombrero.

-¿Todo esto queda entre nosotros? -se cercioró Felicia.

Severin le dio unas palmadas tranquilizadoras en los hombros, pero Felicia tenía la imprecisa sensación de que la esperanza de que Alex se enterase algún día de la intriga representaba cierto estímulo para él.

Fuera, Phillip se atravesó en su camino, pero Severin le cortó enseguida la palabra.

-Ahora no, teniente. Tengo que llegar al tren de Frankfurt y ya llevo retraso.

-¿Cuándo regresará?



-No lo sé. Puede durar. Adiós, teniente. ¡Adiós, Felicia, falso ángel!  
Y desapareció.

-Maldita sea -dijo Phillip-. Escucha, Felicia, de verdad que no podías haber elegido peor momento...

Pero ella no le escuchaba sino que corría, tan rápido como el vestido le permitía, escaleras arriba.

Maksim se sintió profundamente aliviado cuando ella le dio el dinero.

Lo guardó con cuidado en el bolsillo interior de su traje y se cercioró dos veces de que estaba seguro allí.

-No tengo palabras para decirte cuánto me has ayudado, Felicia -dijo-. Si alguna vez puedo hacer algo por ti...

-¿Cómo podrías? -Felicia sonreía a duras penas-. ¡Ni siquiera sabría dónde encontrarte!

-Ni yo mismo lo sé con exactitud. Mascha... -Se interrumpió.

Los ojos de Felicia se volvieron grandes y oscuros.

-¿Se va contigo?

Él asintió, sin mirar a Felicia.

-Sí... -respondió vagamente, y los dos callaron. No se oía más que el sonido amortiguado de la música que venía del salón de baile-. Creo que ahora tengo que irme -dijo al fin Maksim-. No tengas miedo, no me escaparé con el dinero. Sin duda te lo devolveré.

-Eso no es tan importante.

-Bien, entonces... -Dio un paso indeciso hacia la puerta-. Que te vaya bien, Felicia.

Se detuvo al oír su ligera expresión de sorpresa. A regañadientes, se volvió. Ella estaba en medio de la sombría estancia, envuelta en el vaporoso vestido, pero a pesar de su elegancia de pronto parecía muy joven y vulnerable, muy distinta de como era cuando la conoció. Ya no era la radiante y vivaz Felicia que patinaba en el lago helado del Tiergarten de Berlín y reunía a su alrededor racimos de hombres; ni la salvaje y alegre Felicia que galopaba en su caballo por las praderas de la Prusia Oriental, se apartaba riendo los cabellos del rostro y después sumergía los pies desnudos en el agua clara de un arroyo. Felicia, la niña de innumerables aspiraciones, de malcriados caprichos, ya no existía. Durante unos instantes, Maksim tuvo ocasión de descubrir a una mujer cuya existencia no había sospechado hasta entonces. Se sintió extrañamente confundido, y tuvo la impresión de que se revolvían en él pensamientos y deseos que a toda costa quería impedir que crecieran. Siempre había podido oponer resistencia sin problemas a la belleza de Felicia porque su desprecio por todo lo que representaba superaba con creces su sensibilidad hacia los encantos femeninos. Con ligero espanto, constataba que Felicia podía lograr abrir grietas en su muro defensivo.

Pero Felicia, que no sospechaba nada de estos pensamientos, volvía a exhibir en el rostro su probada sonrisa coqueta, y Maksim sonrió involuntariamente. En el fondo no era más que una niña.

-¿Ni siquiera vas a darme un beso de despedida? -preguntó.

Maksim titubeó, pero sintió la obligación de atender su ruego. Se acercó, se inclinó hacia ella y besó sus mejillas con fríos labios. Ella alzó los brazos, se los echó al cuello y lo atrajo hacia sí. Sus labios se encontraron con los de él, con tanta desesperación que él se estremeció.

De pronto, sin quererlo, sin poder hacer nada por evitarlo, era otro, y el mundo se transformaba con él. Ya no había guerra, ni muertos, ni trenes hospital; no había pobreza, represión ni

explotación. No tenía que luchar por cambiar el mundo, porque estaba bien como estaba. No necesitaba seguir corriendo en pos de ideales, disputar, hablar y convencer. Podía entregarse al abrazo de Felicia, el abrazo de una mujer que era fuerte y segura, y en la que volvía a encontrar su pasado y su nostalgia... todo lo que habían compartido y de lo que Mascha nada sabía, los veranos de Lulim, los días tranquilos, largos, calurosos, en los que la verdadera vida parecía lejana y el presente era un sueño, lleno nada más que del zumbido de las abejas, del profundo azul oscuro de la espuela de caballero creciendo al borde del camino, el viento suave que llevaba por los prados el olor a resina caliente de los bosques.

-Alex nunca ha significado nada para mí -dijo ella a toda prisa, como si tuviera miedo a no tener tiempo de decir todo lo que quería decir-, solo fue...

-¡Calla, Felicia, por favor!

-He sufrido tanto con tu rechazo, tu frialdad y tu... desprecio. No sabía qué estaba haciendo mal o qué...

-¡Basta, Felicia!

-Si tú quieres, abandonaré hoy mismo a Alex... -Ella vio que el rostro de él cambiaba, vio cómo adoptaba una expresión de espanto, casi de horror-. Solo me he casado con Alex porque estaba celosa de Mascha, pero durante todo este tiempo...

-¡Calla! ¡Por el amor de Dios, calla! -Su voz temblaba de ira. La agarró por los hombros con brusquedad y la sacudió-. ¡Cierra la boca, te digo!

En su arrebató, ella no había sentido la corriente de aire que penetraba en la habitación, pero cuando se detuvo, petrificada y despejada de pronto, advirtió el cambio apenas perceptible que se había producido en la estancia en la que se encontraban. Había perdido su atmósfera de alejamiento del mundo. Lentamente, se volvió. En la puerta abierta estaba Alex, con el rostro blanco como la pared. Detrás de él, Phillip, que seguía corriendo de un lado para otro con su importante petición, y al parecer apenas entendía lo que acababa de oír.

En la torre de una iglesia sonaron las campanas de medianoche. En la sala de baile se hizo el silencio, se movieron las sillas, la orquesta atacó solemnemente el himno imperial, y todos los invitados lo cantaron. La impura voz de soprano de Clara Carvelli se impuso a las otras y, más tarde, en el recuerdo de Felicia, aquella noche quedó unida para siempre al agudo gallo con el que Clara llegó a su límite en el do alto.

Aun años después, Felicia veía los siguientes días bañados en una luz brumosa. La gente pasaba por delante de ella como sombras, y sentía una dolorosa distancia que no había conocido en ninguna etapa anterior de su vida. Una nueva sensibilidad la volvía huidiza; toda luz le resultaba demasiado fuerte, toda voz demasiado alta, la oscuridad le parecía amenazadora y ajena. Todo lo observaba desde lejos: a Alex, que esa misma noche se había emborrachado terriblemente y había sido encontrado al día siguiente, sin afeitarse y en una nube de vapores de alcohol, tumbado en un sofá de la biblioteca, por la horrorizada Fanny.

A Jolanta, que lanzó un grito de horror tras otro al descubrir el cuenco saqueado en el salón.

A Sara, que no dejaba de atacar los nervios de las otras con su idea de hacerse enfermera de la Cruz Roja.

A Linda, que de pronto había tenido la idea de que su hijo tenía que venir al mundo a toda costa en Berlín, pero que al ver el tren repleto en la estación central de Munich se llevó tal susto que volvió sobre sus pasos a toda velocidad y se presentó en la Prinzregentenstrasse deshecha en lágrimas.

Y otra vez a Alex, que al día siguiente del baile hizo la maleta sin decir palabra, mandó llamar un taxi y se fue.

Felicia no tenía ni idea de adónde había ido, hasta que Jolanta le explicó que había una casita de madera junto al lago Starnberger que pertenecía a la familia y a la que Alex solía retirarse siempre que quería estar solo.

Phillip puso una conferencia tras otra a Frankfurt, sin obtener de Severin, cuyo hermano al final necesitó tres semanas enteras para morirse, otra cosa que la estereotipada respuesta:

-No puedo decidir por teléfono, teniente. Vuelva a visitarnos en su próximo permiso, y hablaremos de usted y mi hija.

De pronto Kat estaba muy nerviosa, y asaltaba todos los días a Phillip con la idea de viajar a Frankfurt y ponerle a Severin la pistola en el pecho, sin que Phillip abandonara sus titubeantes reservas:

-No podemos presionarle así, justo cuando su hermano se está muriendo...

Las ediciones extraordinarias de los periódicos informaban triunfantes de la conquista alemana de Lituania, Polonia y Curlandia, y Jolanta se quejaba sin parar de las medidas de racionamiento, que se endurecían cada día.

Pero la estampa más clara la ofreció Kat, que al final de la semana dijo con rostro pétreo:

-Tengo la sensación de que esta ha sido la última y la única oportunidad que Phillip y yo teníamos.

Y luego Phillip tuvo que volver al frente.

Linda fue sorprendida una mañana, durante el desayuno, por las contracciones.

-Voy a tener a mi hijo -dijo, y a modo de prueba gimió con teatralidad.

Hubo una gran confusión, porque a lo largo de aquellos meses Linda había convencido a todos los habitantes de la casa de que el gran acontecimiento era el momento más importante del año y merecía la debida atención.

-Agárrate a mi brazo -ofreció Felicia-, ¿aún puedes andar?

Linda asintió mordiéndose los labios.

-¿Quieres ir a mi habitación? -preguntó Kat-. Es más fresca y sombreada que la tuya.

-No sé... sí... no. Quiero ir a mi cuarto. ¡Oh, alegraos de no saber lo que es esto!

Lo único que todas pudieron hacer fue guardar un confuso silencio.

-Sara, dile a Fanny que vaya a buscar al médico -decidió Felicia, y viendo los pálidos labios de Linda, dio secretamente gracias a Dios por que hasta ese momento le hubiera ahorrado esa tragedia-. ¡Date prisa! ¡Sabes que va a ser un parto muy difícil!

Entrada la tarde llegó el bebé, sin complicaciones y sin que Linda perdiera el conocimiento a causa de los dolores, como había previsto en sus horas negras.

-Es un niño -dijo el médico cuando salió al pasillo, en el que Felicia, Kat y Sara esperaban con rostro alterado-, no ha habido ni el menor problema. La madre y el hijo están sanos y fuertes.

-Por favor -dijo Felicia-, ¡entonces no ha sido ningún drama!

Como durante la mayor parte de las últimas semanas, estaba pálida y cansada. El médico, un viejo amigo de la familia, le cogió la barbilla y le levantó la cara, inquisitivo.

-No me gusta nada su aspecto, niña -dijo preocupado-, ¡esos labios tan anémicos y esas mejillas tan flacas! ¡Estaba mejor cuando llegó hace un año!

¡Hace un año! ¿De verdad hacía ya un año que había dejado Berlín? Tantos meses absurdos, vacíos...

-Tiene que tomar más vitaminas -rezongó el médico-, y no pensar tanto, ¿me oye? Lo mejor para usted sería un bebé; eso le haría pensar en otras cosas.

Justo en ese momento, Alex apareció en el pasillo. Llevaba un traje claro, un poco arrugado, y la corbata floja. Sostenía en la mano un sombrero blanco. Alrededor de la boca y la mandíbula tenía la sombra oscura de una barba de tres días, y olía, demasiado, a una loción de afeitado cara, extremadamente provocativa.

-Ah, doctor -dijo. Sus palabras sonaron claras, al parecer al menos ese día no había bebido-. ¿Qué hace usted aquí? ¿Hay alguien enfermo? -Deslizó la vista de unos a otros-. ¿Por qué está todo el mundo en el pasillo? ¿Hay algo que ver?

-Linda ha tenido su bebé -explicó Felicia-. Es un niño.

-Oh... ¡qué alegre acontecimiento! ¿Un niño? Un nuevo y bravo guerrero. Los padres pueden estar orgullosos. ¡Habría que escribir enseguida al feliz padre, para que al menos sepa por qué está arriesgando la salud y la vida! -Rio, y pareció disfrutar de los rostros horrorizados que le rodeaban-. ¿Qué pasa? ¿No vamos a brindar por el nuevo ciudadano del mundo?

-Tengo aún una cita importante -dijo rápidamente el médico-, discúlpeme, Alex.

-Por supuesto. Por supuesto que le disculpo. ¿Qué pasa con los demás? Kat, tú estás casi tan enamorada del aguardiente como de tu Phillip, ¿no? ¡Así que no te resistas!

-Tengo que ocuparme de Linda -respondió Kat.

Sara se le unió enseguida:

-Yo también. Discúlpeme, por favor.

Alex hizo una exagerada reverencia, en la que casi barrió el suelo con su sombrero blanco.

-Lo disculpo todo. ¡Casi no hay nadie que disculpe tanto como yo! ¡Id a tender la mano a la joven madre! Presentadle mis mejores deseos... ¡Probablemente en este momento mi presencia no sea deseada junto a ese lecho sagrado!

Kat y Sara se apresuraron a rehuir la conversación y abrieron la puerta de la habitación de Linda. Felicia se volvió sin decir palabra para seguirlas, pero Alex alzó la mano, rápido como el rayo, y le agarró el brazo, con tanta fuerza que ella a duras penas pudo reprimir un grito de dolor.

-Tú te quedas -decidió-, quiero hablar contigo.

-¡Déjame! ¡Linda me necesita ahora!

-Linda tiene asistencia más que suficiente. Y además, en toda tu vida te ha preocupado nunca que alguien tal vez pudiera necesitarte. ¡Así que, por favor, corazón mío, no te apropiés de falsos acentos!

-Y tú -respondió ella en voz baja y fría-, haz el favor de emplear otro tono cuando hables conmigo.

-Oh, de hecho podría emplear otro tono, y sin duda lo entenderías muy bien. Me contengo tan solo en atención a Sara y Kat, que nos escuchan fascinadas, cariño.

Sara y Kat, que no habían pasado por alto la ironía, desaparecieron definitivamente. No sabían qué había sucedido entre Felicia y Alex, y les parecía aconsejable no hacer preguntas.

Alex no soltó el brazo de Felicia mientras la arrastraba sin contemplaciones por el pasillo hasta una habitación lateral. La puerta se cerró con un portazo tras ellos. Soltó a Felicia tan de repente que ella se tambaleó. Se agarró al respaldo de un sillón, en busca de apoyo.

Se irguió y se alisó la falda.

-Bien, ¿de qué quieres hablar conmigo? -preguntó fríamente.

Alex sonrió, pero no había calidez alguna en sus ojos. De pronto, ella tuvo miedo. Se daba cuenta de que él estaba fuera de sí; más furioso y más iracundo de lo que nunca lo había visto. El alcohol siempre le quitaba la parte más dura de su hostilidad y le hacía reírse del mundo.

Ahora en cambio su risa era cruel, no estaba atenuada por nada. Y estaba a su altura.

No estaba borracho, estaba despejado, tenso... y era peligroso. Ella podía sentir que se contenía a duras penas. Su sonrisa no era, como siempre, expresión de una burla divertida con la que se reía de sus propios sentimientos; esta vez su sonrisa era solo el intento de mantener su ira desenfrenada bajo control. Al parecer, las semanas durante las que había desaparecido no le habían calmado ni un poquito.

-Si no te hubieras ido entonces -dijo ella cautelosa-, quizá habría podido explicarte por qué...

-¿Por qué besaste a Marakov? Sí, fue una escena impresionante, ¿verdad? Aquella habitación sombría, tú y tu gran amor, una en brazos del otro, tus balbuceos apresurados. ¡Ah -lanzó su sombrero a través de la estancia de tal modo que, bien dirigido, se quedó colgando del brazo central de un candelabro de plata, bamboleándose ligeramente-, la cara de Marakov cuando me vio! ¡Fue demasiado gracioso, una verdadera comedia! Y, naturalmente, tú no te diste cuenta de nada y proferiste aquellas funestas palabras. «¡Nunca he querido a Alex!» ¡Tu buen Maksim habría querido arrancarte la lengua para hacerte callar!

-Alex, si tú...

-¿Si yo comprendiera? Pero claro que comprendo. Sé lo que Marakov significa para ti. Sin duda creía que tenías más orgullo, pero... ¡bueno! ¡No pienses que tengo nada en contra de que juegues un poquito! No tienes más que diecinueve, ¿no? -Encendió un cigarrillo. Las manos le temblaban imperceptiblemente.

-Sí, pero... -Felicia estaba confusa.

Andaba a tientas en la oscuridad. ¿Qué quería? Por supuesto que estaba celoso -cualquier hombre en su situación se habría puesto celoso, eso podía entenderlo-, pero los celos no parecían ser el verdadero motivo de su ira. Entonces ¿qué?

Mientras aún estaba rompiéndose la cabeza, él dijo, con ligereza y dándole la espalda, a la vez que buscaba un cenicero:

-He estado en el lago. Tenemos una casita. De niño pasaba allí todos los veranos, con mi madre. A ella le gustaba estar allí, sobre todo para estar lejos de mi padre. Amaba el lago, y

caminábamos por la orilla durante horas. Yo iba descalzo, y aún recuerdo que en una ocasión me eché a llorar porque los gujarros me pinchaban los pies.

-Oh... yo... Me gustaría conocer la casita. Quizá podríamos ir juntos.

Él se encogió de hombros.

-Quizá. Había un cenicero por algún sitio. Ah, aquí está. -Sacudió la ceniza con gesto de concentración-. Anteayer mi padre fue a visitarme allí -dijo. Su tono no había cambiado, pero Felicia notó que en su voz vibraba un matiz desconocido.

Respondió, cautelosa:

-Su hermano ha muerto.

-Sí, ¡pobre viejo! Y cómo se han congregado los buitres para hacerse lo antes posible con su dinero mientras todavía estaba caliente. ¿Sabes?, mi padre no piensa más que en el dinero. Es la única unidad de medida que conoce.

-Bueno... a muchos les pasa eso...

-Sí, seguramente tienes razón. -Se volvió y la miró; sus ojos eran estrechos y brillantes como los de un gato hambriento al acecho-. Pero tanto más sorprendente resulta que un viejo avaro como él preste cien marcos de oro sin garantía alguna a un completo desconocido, solo porque una hermosa joven se lo pide. ¿O a ti no te sorprende?

Ella palideció de espanto. Así que Severin había hablado.

Siempre supo que algún día lo haría, pero había imaginado que iba a tardar.

-Así que te lo ha contado -dijo, poco imaginativa.

Alex aplastó el cigarrillo recién encendido, tan fuerte como si quisiera despedazarlo.

-Vaya si me lo ha contado. Y pocas veces ha hecho algo con tanto placer. «Felicia necesitaba dinero para su... conocido. ¡Vino a verme y se lo di! Muy sencillo.» Ni una palabra más. Pero su sonrisa. La expresión de su rostro, con la que se burlaba de mí y me gritaba sin palabras: «¡He ganado! Ella y yo... cuando las cosas se ponen difíciles, estamos juntos. ¡Tú no significas nada para ella, ni siquiera lo bastante como para que acuda a ti si necesita algo!». -Alex rio con voz ronca-. ¡Con tal de poder decirme eso, probablemente le habría dado hasta un millón a Marakov!

-Alex, yo...

En dos pasos estaba junto a ella, y de pronto su rostro estaba tan desfigurado, era tan terrible y ajeno, que Felicia gritó de miedo. Él la golpeó con tal fuerza en la boca que el dolor le recorrió toda la mandíbula y la hizo enmudecer de horror.

-¡Cierra el pico! ¡Cierra el pico, u olvidaré mis buenos modales, y yo en tu lugar me lo pensaría mucho antes de provocar eso!

«Ya los has olvidado», pensó ella indignada, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia.

-Ahora escúchame bien -prosiguió él en voz baja-. Te dije antes de nuestro matrimonio que no me engañaba contigo, así que ahora no puedo ofenderme por pillarte en brazos de Marakov, aunque me habría parecido más decente que no tuvierais vuestras citas precisamente en mi casa. Puedes seguir consumiéndote por él, pero -su voz se hizo más baja, su dicción aún más acentuada- que Dios se apiade de ti si vuelves a aliarte con mi padre una sola vez más a mis espaldas. Puedes aliarte con Satán si quieres, haz amistad con todos los abortos del infierno, ¡pero una sola intriga con mi padre y lo lamentarás amargamente, te lo prometo!

Retrocedió un paso, su rostro se distendió. Con manos tranquilas, encendió un segundo cigarrillo. De no haber sido por la barba de tres días y los surcos debajo de los ojos, nadie habría advertido nada inusual en él.

Felicia pudo volver a respirar con regularidad.

Sus manos soltaron el respaldo del sillón en el que habían buscado apoyo.

-No te entusiasmes tanto -dijo, con tanta claridad, tan poco miedo y tanta naturalidad como cuando antaño le soltó una respuesta osada a los soldados rusos en Lulinn-, ¡haré lo que quiera!

Alex la miró sorprendido, con la incredulidad pintada en la mirada, luego tiró el cigarrillo a la mesa de cristal, que se apagó despacio, y atrajo a Felicia a sus brazos; ella se defendió, pero en esta ocasión luchaba en vano: las manos que la sujetaban eran demasiado fuertes. De los ojos de Alex había desaparecido la ira, lo que ahora había en ellos era deseo, sin ternura y sin amor, un ansia tan abierta, tan descarada, que ella suspiró asustada; de repente no pudo evitar pensar en el whisky puro, que arde en la garganta, tan doloroso que se tiene miedo al primer trago y no obstante no se puede renunciar a él.

-Suéltame -dijo con energía-, ¿te has vuelto loco? ¡Suéltame enseguida!

Él se inclinó sobre ella, que intentó separarlo empujándolo con ambos brazos contra su pecho, la miró... y entonces, de pronto, ella dejó de sentir deseos de defenderse.

Felicia volvió a regañadientes a la realidad y se encontró con que los rayos de sol entraban, mates y rojizos, por la ventana y le indicaban que la tarde daba paso lentamente a la noche. Desde la calle llegaban atenuadas las maldiciones del conductor de un carro de cerveza.

Se incorporó y se bajó la falda, que tenía arrugada hasta el talle, se puso los zapatos y se alisó el pelo. Se levantó del pequeño sofá rococó y buscó los pendientes entre los cojines. Alex estaba sentado en un sillón en mitad de la estancia, con las piernas cruzadas, y fumaba un cigarrillo. De pronto, su tranquilidad la enfureció.

-Estás loco -dijo-, ¡si hubiera venido alguien!

Él expulsó el humo con indiferencia.

-La puerta está cerrada.

-Aun así... habrían podido oírnos. Por Dios, ¿dónde están mis pendientes?

Tuvo que mirar debajo del sofá para encontrarlos, y la situación, arrodillada entre pelusas, despertó repugnancia en ella. Todo le parecía tan vulgar, y lo que más la indignaba era que Alex la tratara como le apetecía en cada momento.

Con dedos entorpecidos por la rabia, consiguió ponerse por fin las joyas y, en su deseo de sacudir la provocadora indiferencia de Alex, dijo con repentina brusquedad:

-Me voy.

Alex se quedó inmóvil.

-¿De veras? ¿Adónde?

-A... a...

-Lo mejor es que te vayas con tu madre. A las jóvenes les gusta volver llorando al regazo de su madre cuando se sienten desdichadas en su matrimonio.

Eso era exactamente lo que había pensado Felicia, Berlín o Lulinn, Elsa o la abuela, algún rincón al que retirarse y donde dejarse mimar. Pero, por supuesto, Alex siempre lograba cubrirlo todo de porquería, y ahora a ella misma le resultaba penoso irse a casa y que todo el mundo se enterase de que había huido de su marido.

-No -dijo, por eso mismo-, no voy a ir a casa de mi madre. ¿Qué se me ha perdido allí? Iré... - Pensó a toda prisa; entonces se le pasó una idea por la cabeza y, antes de haber podido meditarla a fondo, la anunció triunfante:- ¡Me voy a ir al frente como enfermera!

Por fin había logrado sorprenderlo, aunque no del modo en que había esperado. Al cabo de unos

segundos de desconcertante silencio, Alex se echó a reír a carcajadas. Rio como si acabara de oír el mejor chiste de su vida.

-Oh, Dios -dijo-, por Dios, no, ¡es muy bueno! ¡No te habría creído capaz de semejante idea!

Se levantó y recogió el sombrero, que seguía colgando del candelabro.

-Dios es testigo, Felicia, de que eres lo más impresionante que conozco. ¡Al frente! No me lo tomes a mal, pero -volvió a estremecerse de risa- ¡nunca una mujer ha servido a la causa con un corazón más santo! -Se puso el sombrero-. Al frente... Felicia en el hospital de campaña, entre sangre, piojos y disentería... ¡Si no lo hubiera oído yo mismo, no lo creería!

Salió de la estancia sin dejar de reír.



## LIBRO II

Era febrero y un viento frío barría las calles de Berlín. Quien se veía obligado a salir a la calle se ponía el abrigo más caliente, se envolvía la cabeza en paños de lana y se tapaba la boca y la nariz con una bufanda. Los organilleros que visitaban los patios traseros llevaban gruesos guantes, los niños que corrían detrás de ellos tenían la nariz roja y los labios amoratados. El carbón escaseaba, y la leña también era difícil de obtener. Las colas delante de las tiendas de ultramarinos se volvían más largas cada día, y aquí y allá volvían a dejarse oír las voces de los socialistas, y con ellos las voces de los cansados de la guerra. 1916, y el final de la guerra seguía sin estar a la vista.

Elsa estaba sentada en un sillón del salón. En la estufa ardía un fuego, pero pequeño, porque la chica de servicio administraba el carbón. Los postigos crujían al viento. Elsa llevaba un amplio chal de mohair sobre los hombros, y tenía un aspecto frágil y marchito.

Su hermano Leo, que estaba en pie junto a la estantería y miraba solícito los títulos de los libros, se volvió hacia ella. Por centésima vez en aquel día, Elsa tuvo la sensación de que nunca se acostumbraría a su cambio de aspecto. Leo solía llevar el cabello ondulado, demasiado largo, ralo, un chaleco plateado de doble botonadura, un traje de dandi y su inevitable rosa de papel en la solapa. Este Leo, vestido con un uniforme gris y el pelo corto, parecía tan desdichado que le rompía a una el corazón. Un actor al que se le había asignado un papel erróneo, y que durante una noche, para tormento de los espectadores y para el suyo propio, se esforzaba en representarlo de alguna manera en el escenario. No podía salir bien. No estaba hecho para los uniformes.

-Yo en tu lugar me iría con nuestra madre a Lulinn -dijo-, parece tan hambrienta... Al menos en casa te darán lo bastante de comer.

-Oh, Leo...

-Ya lo sé, Victor y Gertrud te atacan los nervios. Y la cuelllicorta Modeste. Pero Berlín... ¡Sin tu familia, parece tan perdida en la gran ciudad! -Le pellizcó tiernamente la nariz-. ¡Escucha a tu hermano por una vez!

-Hermano pequeño... -Su mirada se deslizó nostálgica por su uniforme y se detuvo en el cinturón con la pistola-. ¡Tampoco tan pequeño!

-Sí, ¿verdad que el gris de campaña me confiere dignidad? ¡Leopold Domberg, fiel servidor de Su Majestad el Emperador!

Entrechocó los tacones, se llevó la mano a la gorra a modo de saludo. Su boca suave, siempre algo melancólica, se torció en una dolorida sonrisa. Las flácidas mejillas temblaron. Aquel día, las profundas arrugas que tenía bajo los ojos redondos, de párpados caídos, estaban más marcadas que de costumbre. Se tiró en un sillón y puso los pies encima de la mesa, una falta de educación que Elsa, como él sabía, desaprobaba profundísimamente, pero que siempre le había permitido con una sonrisa tierna e indulgente.

-¡Que me hayan reclutado! ¡A un anciano como yo! ¡No me lo habría creído en mi vida!

-Tú no eres viejo. ¡Todavía no has cumplido los cuarenta!

-Sí, pero mírame. Desde siempre, mi desgracia ha sido que todas las chicas bonitas me tomaban por una versión anticuada de su padre, y la única vez en que mis arrugas podían servirme de algo, calculan fríamente tomando como base mi fecha de nacimiento y tienen la osadía de decirme: «¡Es usted joven, fuerte y sano, Domberg!». ¡Ja, sano! Deberían fijarse en mi hígado. ¡No le he dado un

segundo de descanso desde hace veinte años! Bueno... de todos modos reventaré a causa del alcohol -añadió sombrío.

-No. Cuando vuelvas, harás una cura de abstinencia.

-¡Dios, Elsa, no digas eso! O me arrojaré voluntariamente delante de una bala de cañón. ¿Sabes qué es lo peor? ¡Que me envíen a Francia! ¡Tengo que disparar sobre los franceses, yo, Leopold! Amo a los franceses. Tengo un millar de amigos en Francia. ¡Jacques, Pierre y yo volvimos París inseguro, esa fue mi mejor época! -Su rostro melancólico se iluminó-. ¡Las hermosas mujeres de París! Te digo, Elsa, que ninguna estaba segura cerca de nosotros. Luego estaba aquel establecimiento en Montmartre, el de madame Daphne. Daphne tenía el cabello rubio y un cuerpo que... -Una mirada al rostro de su hermana le hizo interrumpirse-. Sea como fuere, era una mujer bellísima -terminó, impreciso.

-Algún día volverás a verla, Leo.

-¿Tú crees? ¿No piensas tú también que después de esta guerra nada volverá a ser lo que era? ¿Crees que podré volver a pasear por la tarde por el Bois y respirar ese aire espléndido, único e inconfundible de París? ¡Ah, y las tabernas, los locales de artistas, *mon Dieu*, hemos vivido a base de vino tinto! ¡Los cafés de los Campos Elíseos! Y cuando madre me enviaba dinero en secreto -hizo una mueca de placer-, había champán. Todo el champán que cada uno quisiera. En una sola noche lo fundíamos todo, y por la mañana volvía a ser pobre como una rata, no más rico que los gorriones que viven de migas de pan, ¡pero esa era la vida, era mi vida, mi pasión! París, champán y el amor... -Oyó apagarse sus palabras, el eco de un tiempo lejano que se iba-. Maldita mierda -dijo cansado. Elsa se estremeció, pero no le corrigió. Él quitó los pies de la mesa, se levantó inquieto-. Hazme un favor, Elsa, vete a Lulinn. ¡No aguantarás aquí sola, esperando noticias de tu marido, de Jo, de Christian, de Felicia! ¿Has entendido alguna vez por qué de pronto tuvo que hacerse enfermera?

-No.

Se inclinó sobre ella, sus ojos la miraban amables y comprensivos.

-Ve a Lulinn. Pasara lo que pasase entre madre y tú, hace mucho que ha quedado atrás. Puede que sea una tirana despótica, pero te quiere. ¡Nos quiere a todos!

Elsa volvió el rostro.

Nada había quedado atrás, nunca quedaría atrás.

Si había podido pasar las vacaciones en la Prusia Oriental fue por los niños, en parte también por sentimentalismo. Lulinn, el hogar. Gimió de manera inaudible. No podía ni quería cruzar el abismo que había entre ella y Laetitia, y si ahora iba a casa estaría dando el paso decisivo. Ella y su madre, dos mujeres sentadas esperando el final de la guerra y noticias de la familia. Tendrían que acercarse; del miedo común surgiría tal vez una nueva intimidad.

-Es imposible -dijo.

Leo la miró sorprendido.

-¿El qué? ¿Que madre nos quiera?

-No. Me refiero a que me es imposible ir a Lulinn. ¡Por favor, Leo, no me apremies!

Leo cambió de tema:

-¿Escribe Felicia de vez en cuando?

Elsa pareció aliviada.

-Sí, puntual cada tres semanas. De hecho, ha conseguido prestar servicio en el este en el mismo hospital que su padre. Kat, su cuñada, ya sabes, también está con ella. No creo que Felicia haga sus tareas a gusto, pero...

-¡Dios sabe que hay cosas más bonitas para una joven!

-Pero hace todo lo que le mandan. Si no fuera tan peligroso y no tuviera tanto miedo por ella, diría que seguro que no le hace daño. Ah, ¿debería...?

Leo la contempló con atención.

-¿Debería haberse quedado con su marido, quieres decir?

Elsa titubeó. Pero casi nunca había tenido secretos para su hermano.

-Linda me hizo un par de alusiones por carta. Por lo que entendí, hubo una gran pelea entre Alex y Felicia, y esa pelea fue sin duda la razón por la que a Felicia se le ocurrió de pronto la idea de hacerse enfermera. Quería alejarse de Alex, pero al parecer el orgullo le impidió venir conmigo.

Leo se echó a reír.

-Para ser sincero, desde el principio no podía acabar de concebir que de pronto Felicia descubriera en sí los ideales de una Florence Nightingale. ¡Así que es eso! Quiere que a Lombard le hierva un poco la sangre, y lo disfraza sirviendo a la causa. ¡Tu hija es un bicho redomado!

-¡Leo!

-Perdón. ¿Sigue Linda en Munich?

-Sí. La verdad es que quisiera saber... Quiero decir, ¿te parece adecuado que esté sola con Alex?

-No estarán completamente solos.

-No... pero al menos Felicia no está, y Kat tampoco. Y Sara está en Francia.

-La buena de Sara... -Leo cogió el abrigo y se lo echó por encima de los hombros. Con el cuello de piel, su rostro parecía el de un viejo y triste osito Teddy-. Elsa, tengo que irme. Mi tren sale dentro de una hora. Te digo que podría matar a Falkenhayn...

-¡Chiss! ¡Es el jefe del estado mayor!

-Exacto. ¿Para qué necesitamos algo así? ¿Para qué queremos la guerra? Elsa, querida -la abrazó con fuerza, casi con brusquedad, para disimular su emoción-, he amado a muchas mujeres, pero de todas las mujeres del mundo a la que más quiero es a ti. ¡Mi hermana mayor!

Elsa se mordió los labios. Tenía el rostro rígido.

-Leo, si ves a Jo o a Christian...

-¡Claro, les saludaré de tu parte! ¿En qué lío estarán metidos en este momento?

Elsa movió con cautela los pies helados. Cómo tenía que ser estar con ese frío en una trinchera... Le tembló la voz.

-Verdún -dijo.

Leo sonrió para darle ánimo.

-¿Verdún? No tengas miedo, Elsa. Es probable... ¡Es probable que no sea nada especialmente grave!

La granada estalló justo al lado de Christian, y el estampido fue tan fuerte que quedó firmemente convencido de que iba a morir.

«Esta vez me ha tocado», se le pasó por la cabeza. Por un instante le sorprendió la idea de que no tenía miedo; era como si el temor ilimitado que precedía al momento de la muerte fuera peor que la muerte misma. En el rugiente infierno de balas perdidas, granadas estallando, fuego, humo, barro y sangre, la muerte no parecía tanto una amenaza como una liberación, y más de una vez durante los días anteriores, cuando estaba metido en la trinchera cargando el fusil con manos temblorosas, se había entregado durante unos segundos a la idea de abandonar la dura, incansable, terrorífica lucha por cada pulgada de terreno, por cada latido de vida, y ceder el campo a la muerte. En su completo agotamiento, había sido esa idea la que le había hecho resistir hora tras

hora. «Puedo morir en cualquier momento. Cuando no quiera más, simplemente moriré. No tengo que aguantar. Ahora voy a aguantar porque quiero, pero tengo en mis manos morir, y lo haré si las cosas se ponen demasiado mal.»

Seguía vivo. La granada había hecho un agujero en el suelo a su lado. Había alcanzado de lleno al compañero que hacía tres minutos le había dicho que deseaba una hermosa herida leve, «justo para un par de semanas de permiso en casa». Fue arrojado al lodo un trecho más allá, yacía con las manos clavadas en el suelo y de su vientre salía algo, sangre y vísceras.

-¡Mira a Ulli! -gritó alguien-, tengo que...

-¡Déjalo! Ya no vive. ¡Atención!

Otra vez el zumbido con el que llegaban las granadas. Christian se agachó. Cada vez que otro tenía que creer en lo que decía, su maldito miedo regresaba con un incontrolable estallido de sudor. No podía hacer nada contra su temblor, por vergonzoso que fuera, y por mucho que se dijera que estaba dispuesto a morir, se aferraba a la vida.

-Sencillamente, somos demasiado jóvenes -había dicho Jorias hacía unas semanas, después del asalto al fuerte Douaumont, cuya toma había costado miles de muertos. «Demasiado jóvenes...» En los oídos de Christian martillaban las palabras del profesor de la academia: «Es vuestra obligación y vuestro deber morir por el imperio y el emperador...».

Obligación y deber, obligación y deber... La granada impactó esta vez a un largo trecho de distancia, pero no lo bastante como para que los gritos de uno de los alcanzados por las esquirlas no llegaran a través del estrépito ensordecedor y el humo que se extendía. Gritaba, gritaba con voz aguda y desesperada; no gritaba palabras, sino que emitía simplemente los ruidos espantados y penetrantes de un animal atormentado por el dolor.

Christian se acuclilló. Una vez más, el miedo pasó por encima de él como una ola y borró todo lo que le habían enseñado en siete años de academia militar. Como siempre, en esos momentos en los que se sentía expuesto al miedo sin protección alguna, buscó el entusiasmo con el que había viajado a Francia, aquel singular, salvaje y cálido estremecimiento que había hecho circular su sangre más deprisa cuando, entre el examen de alférez y la marcha al frente, hicieron una rápida instrucción de campaña en el cuartel. «¡Aaapunten! ¡Fuego!» Si, maldita sea, quedara en algún sitio algo de aquella ardiente alegría, quizá fuera posible olvidar el miedo.

-No hago más que pensar en Lulinn -había dicho Jo dos noches antes, cuando se encontraron un trecho por detrás del frente y compartieron un cigarrillo como hermanos-, ¿no es una locura? Las balas vuelan en torno a mi cabeza y es como si el mundo se desplomara, y yo no hago más que ver Lulinn, como una visión, una promesa. Ese campo tranquilo y pacífico al que querría volver.

«Ojalá pudiera pensar en Lulinn -se dijo desesperado Christian-, ojalá pudiera pensar en algo distinto de mi miedo.»

El compañero que estaba a quinientos pasos de distancia seguía gritando, sin que sus gritos se debilitaran en lo más mínimo. Christian tuvo de pronto la terrible idea de que podría ser Johannes. Si era Jo el que estaba sufriendo allí... Como tantas veces desde que había llegado, deseó no tener hermanos ni amigos allí fuera. Lo hacía todo aún peor, daba otra dimensión al miedo, un mayor margen a la imaginación.

¿Tenía algún sentido estar allí disparando una salva de fusilería tras otra? No veía nada, miraba ciego aquella región. Volver a cargar. Buscó la munición con los dedos. Junto a él estaba arrodillado Max, el hijo de un párroco suabo. Rezaba sin cesar, todo el día, y el murmullo de su voz crispaba los nervios a Christian. A veces le parecía como si Max hubiera perdido el juicio. Ya no podía juntar ninguna oración, ningún salmo, ningún cántico, sino que tan solo balbucía

frases incoherentes. «Dispón tu camino...» «Tuyo es el reino...» «Si camino por el valle de las sombras...» «En el mundo tenéis miedo, pero...»

Los pensamientos de Christian no podían sustraerse a aquella letanía, e involuntariamente completaba las frases que le llegaban. «En el mundo tenéis miedo, pero mirad, yo he superado el mundo.» ¡No! Tenía que resistirse a eso. Si rezaba, todo estaba perdido. Las oraciones eran para los muertos.

Pero en algo había que ocuparse. Jorias le había contado que él recitaba las palabras de los autores latinos que tuvieron que aprender en el colegio. «Gallia est omnis divisa in partes tres...»

Los franceses parecían ir a intentar un nuevo asalto, porque había empezado un auténtico diluvio de balas y granadas en el que ya no había interrupción alguna.

Christian jadeó asustado en busca de aire, le costaba respirar, trataba de orientarse en la oscuridad. Ya no podía ver nada ni a nadie, y durante un espantoso momento le asaltó la idea de que todos habían muerto y él era el único que quedaba. Luego sintió un cuerpo vivo pegado al suyo. La voz jadeante de Jorias dijo:

-Christian, ¿eres tú? Oye, me ha dado algo, una esquirra o algo así. No puedo sentir nada, pero lo he notado.

-¿Dónde está Max? -preguntó Christian, al darse cuenta de que las oraciones habían terminado-. Estaba a mi lado.

-Aquí hay alguien tumbado. Creo... -La voz de Jorias se vio sofocada por el ensordecedor ladrido de fusiles que se acercaban. Los dedos de Christian estaban húmedos.

-¡Atrás! -rugió alguien. Era el capitán Von Stahl, el jefe de la compañía, cuya voz estaba ronca desde hacía días y solo con el mayor esfuerzo daba las necesarias órdenes-. ¡Atrás! ¡Abandonamos la primera línea! ¡Atrás!

En medio de la lluvia de balas y la granizada de granadas, los soldados reptaron hacia atrás. Había costado innumerables vidas ganar unos metros, y ahora iba a costar el mismo número de vidas perderlos. Christian se arrastró hacia atrás sobre la tripa como una serpiente, con el fusil pegado al cuerpo, tanteando el camino con los pies. El herido de antes volvía a gritar tras un corto silencio. Así que aún no estaba muerto, quizá solo una breve inconsciencia lo había hecho enmudecer. ¿Conseguiría alguien llevarlo consigo? Quizá por eso gritaba ahora de ese modo tremendo, porque tiraban de él y trataban de remolcarlo. No les quedaba mucho tiempo para salvarlo. El avance de los franceses era como un huracán.

El humo negro que se cernía sobre la tierra privaba de toda visibilidad. Christian tuvo que concentrarse para mantener la dirección. Todo daba vueltas ante sus ojos. Cuando, justo a su lado, estalló una granada, su rostro se hundió en el barro y sus manos se cerraron involuntariamente sobre su cabeza para protegerla. Se dio cuenta de que se le saltaban las lágrimas. Con sus últimas fuerzas, retrocedió y se deslizó dentro de la trinchera que formaba la segunda línea del frente.

Necesitó algunos minutos para encontrar suficiente energía y mirar a su alrededor.

-¿Jorias? -llamó sigiloso, pero nadie respondió.

El humo se retiraba, podía distinguir a otros soldados junto a él, pero Jorias no estaba entre ellos.

-¡Jorias! -sabía perfectamente que hacía un momento estaban juntos.

¿Dónde se habían separado, en esos pocos metros?

Pensó en la granada que había estallado tan cerca de él. Tan rápido como pudo, corrió a cuatro patas por la trinchera detrás de sus compañeros.

-¡Jorias! ¿Ha visto alguno de vosotros a Jorias?

Rostros tiznados de hollín se volvieron hacia él.

-No. ¡Quédate en tu sitio! ¿Estás loco, no vayas gritando por ahí?

-Creo que le han dado -dijo un chico rubio con aspecto de tener quince años-, se ha quedado tirado.

Detonación de fusiles. Todos se agacharon. Casi con asombro, el chico rubio se miró el brazo derecho, del que de pronto salía un chorro de sangre. Con un confuso suspiro, se encogió y se puso blanco como la nieve.

Christian regresó a su antiguo puesto. A esa altura tenía que estar Jorias.

En medio del horror innumerable que lo llenaba de pronto, no parecía haber sitio para el miedo. Solo podía pensar en Jorias, cada latido de su corazón le gritaba el nombre de su amigo, cada respiración le daba la terrible certeza de que pasaba el tiempo y la vida de Jorias podía ser el precio con el que se pagara cualquier titubeo. Salió de la trinchera, a la que acababa de arrastrarse como si fuera la última cueva del mundo. Alguien gritó horrorizado: -¡Quédate aquí! ¿Se ha vuelto loco?

-Jorias está fuera -respondió otro.

-Pero hace mucho que...

El silbido de las balas de fusil cortó palabras y voces. Christian siguió arrastrándose, adentrándose en un infierno hirviente, negro, criminal. Los franceses disparaban sin cesar, los alemanes no se quedaban cortos. Cada segundo detonaba una granada, y ya nadie sabía de qué lado venía. Justo en la línea en la que se encontraban los bombardeos de los dos adversarios, yacía Jorias. Christian no lo vio hasta casi toparse con él. Yacía estirado en el suelo, con los brazos apartados del cuerpo en un extraño ángulo. La granada -tenía que haber sido la que casi había hecho a Christian perder los nervios- le había arrancado las dos piernas. No estaban, simplemente no estaban, como si no hubieran estado nunca. Jorias nadaba literalmente en su propia sangre, y no hacía el menor movimiento. Christian sintió que el aturdimiento se extendía en él. Con toda tranquilidad, cogió por las manos a Jorias, lo cargó a cuestas, lo arrastró tan dura, incansable e inflexiblemente por entre la tempestad de fuego como una hormiga lleva a su madriguera una presa demasiado grande. «Está muerto, está muerto», martilleaba en él, pero la realidad no se extendía hasta el lugar de su cerebro en el que se le había abierto una herida y lo había arrojado a un torbellino de dolor y espanto. Más tarde, la comprensión caería sobre él y le arrebatría para siempre la paz y la delicadeza que habían sido los rasgos de su carácter y de su juventud, y que había conservado hasta esa hora. Pero la incomprensión le hizo alcanzar la trinchera, y cuando creía que las últimas fuerzas iban a abandonarle ya había llegado, y alguien lo arrastraba y lo ponía a cubierto, mientras otro le quitaba de encima a Jorias. Christian oía, más fuerte que el ruido de la lucha, su propia respiración jadeante. No era capaz de decir nada, tan solo contemplaba el rostro de Jorias. Alguien lo había tendido de espaldas, de forma que podía verlo.

Bajo el hollín y el polvo, aquel rostro ya no tenía color, era blanco salvo los labios, gris en torno a los ojos. Parecía relajado, tan tranquilo como si en vez de muerto estuviera dormido. Al mismo tiempo parecía muy joven, ahora que la tensión de los días anteriores había desaparecido de sus rasgos, y tan vulnerable como solo un durmiente puede serlo.

Unos pocos mechones de pelo caían sobre su frente, igual que todas las noches en las que había dormido al lado de Christian en su habitación de la academia y en la pequeña estancia abuhardillada, de paredes inclinadas y papel pintado de flores, de Lulinn.

Fue una corta y rápida sucesión de imágenes, que pasó por delante de Christian, cada una de

ellas iluminada tan solo durante segundos como por un rayo, antes de volver a hundirse en las sombras; imágenes de una infancia y una juventud que había compartido con Jorias, despreocupada, alegre, en la segura certeza de que la vida siempre sería así, y terminaban una y otra vez en el punto que Christian no podía entender, y que más tarde quedaría plasmado en las crónicas de la familia Leonardi con las secas palabras: «Jorias Leonardi, caído en Verdún el 24 de febrero de 1916».

Los ojos del hombre eran grandes y febriles. Su boca se había deformado en una grotesca mueca a causa del dolor. Tenía el brazo de Felicia agarrado con tanta fuerza que ella tenía que morderse los labios para no gritar.

-Por favor, agárreme el otro brazo -murmuró con los labios apretados cuando pensó que ya no podía soportarlo más, pero él no parecía escucharla, sino que clavó aún más los dedos en su piel.

Emitió un áspero ronquido cuando el bisturí del médico le seccionó la pierna. La bala estaba profunda, y el tejido alrededor se había inflamado ya y supuraba. Había que sacarla, ninguno de los médicos albergaba ninguna duda. Aparte del propio herido, a nadie parecía preocuparle que debido a la miserable situación de los abastecimientos se hubieran terminado la morfina y el cloroformo, y ese día todos los pacientes tuvieran que soportar cada intervención sin nada de anestesia.

-Mañana nos llegarán provisiones -había dicho una enfermera.

-¿Y por qué, maldita sea, no me pueden sacar mañana la puta bala?

-No lo conseguirá. Tiene que ser ahora.

Le había pedido a Felicia que le sostuviera la mano. Como la mayoría de los soldados de aquel hospital de campaña abandonado de la mano de Dios, en algún sitio de la región de Czernowitz, estaba enamorado de ella. Era la más guapa de todas, y parecía incapaz de hablar con un hombre sin coquetear con él. Estaba casada, pero pensaba en eso en rarísimas ocasiones, así que tampoco los hombres tenían motivos para pensarlo. Se le perdonaba con gusto que tuviera pocas cualidades para ejercer de enfermera y le horrorizaran abiertamente la sangre, los piojos, la suciedad, los miembros desgarrados y los gritos.

El soldado tendido en la mesa de operaciones buscaba, a través del velo que era el primer mensajero de la inconsciencia, los ojos grises de Felicia, y veía en ellos espanto, compasión y... casi algo parecido al asco.

Se desmayó antes de poder averiguar el secreto de los ojos de Felicia.

Ella comprobó aliviada que la férrea presión en torno al brazo disminuía. Se volvió hacia su padre.

-Creo que se ha desmayado, padre.

El doctor Degnelly alzó brevemente la mirada.

-Es lo mejor que podía pasarle. Para cuando despierte, ya habremos terminado.

«Pobre papá, parece tan cansado», pensó tiernamente Felicia. Su padre solo había representado un papel en su vida, el de un hombre suave y silencioso cuyo matrimonio era el fracasado intento de curar de su melancolía a una mujer que no le amaba. Siempre que Felicia veía sus cansados ojos pensaba, sintiéndose culpable, en lo mucho que ella se empeñaba en encontrar tanta comodidad como fuera posible. Le costaba mucho sacrificarse, y habría preferido marcharse, mejor hoy que mañana... si no la hubiera retenido su orgullo. No quería arrugarse ante nadie, ni ante Alex ni ante su madre, y menos aún ante papá, que, con la espalda encorvada y sombras



oscuras debajo de los ojos, atendía día y noche sus obligaciones. Siempre esperaba que no se diera cuenta del poco entusiasmo con el que servía a la causa.

Como muchas personas de formación científica, el doctor Degnelly mostraba una asombrosa ingenuidad en más de un sentido. No le sorprendía que Felicia prestara servicio en el frente, cuando habría tenido que conocerla lo bastante bien como para saber que semejante trabajo no encajaba con ella ni lo más mínimo. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza que algo pudiera no ir bien en el matrimonio de su hija. De vez en cuando preguntaba, distraído, por Alex: -¿Cómo le va? ¿Qué pasa en Munich?

Felicia no admitía que no recibía cartas de Alex -tampoco ella le escribía-, y murmuraba cualquier cosa. De todos modos, en la mayoría de las ocasiones su padre estaba demasiado agotado como para escuchar con atención. Sonreía, cansado y ausente, y decía:

-Me alegro de que estés aquí, pequeña. Sienta bien tener a alguien de confianza cerca.

Entonces ella le cogía en sus brazos y lo atraía hacia sí, y él apoyaba la cabeza en su hombro como si allí hubiera un sitio en el que descansar. Y cuando ella contemplaba sus grises y ralos cabellos, se daba cuenta de que los años lo habían consumido y agotado sus fuerzas.

Nunca podía mirarle sin ser al mismo tiempo consciente del estrecho margen que la vida les daba a todos. Le hubiera gustado ser ella la que escondiera el rostro en su pecho, mientras se le pasaba por la cabeza la desesperada idea: «Todo ha ido mal. Nada es como yo quería. ¡Esta maldita guerra!».

Habían dejado juntas la casa de la Prinzregentenstrasse: Felicia, Kat y Sara. Sara estaba feliz porque por fin las otras habían accedido a sus deseos. A Kat le sorprendió la decisión de Felicia, pero fue con ellas porque no quería quedarse sola, ir al colegio y esperar a Phillip.

-Si él va a la guerra, yo también puedo -dijo-, si él no encuentra la manera de hablar de nosotros con mi padre, ¡no puede esperar que me quede eternamente en casa y me harte de llorar!

Detrás de sus palabras había miedo y resignación. No había dejado de amar a Phillip, pero cada día que pasaba le parecía que se acercaba una desgracia indeterminada. No hablaba de eso con Felicia, lo mismo que ella no compartía sus preocupaciones. En ambas muchachas se había extinguido la necesidad de sentarse juntas y hablar de todo. Ocultaban encarnizadamente sus más secretas penas.

Kat había conseguido prestar servicio también en Galitzia, principalmente porque ya durante el breve período de formación en Munich ella y Felicia se habían asegurado una y otra vez que ninguna iría a ninguna parte sin la otra. Capitularon ante su obstinación. Solo quedó Sara, que fue enviada al frente occidental. Felicia la llevó a la estación, y lo último que vio de ella fue una cara triste con una mancha de hollín en la nariz, que le daba un aspecto melancólico, un poco grotesco.

Felicia había dejado el alargado barracón en el que yacían los heridos, y en el que se llevaban a cabo las operaciones detrás de un biombo. Se frotó la muñeca, roja y dolorida, y respiró hondo el aire puro del atardecer. El sol ya estaba muy al oeste, pero seguía haciendo bastante calor. Galitzia era una franja de tierra desolada, lejos de todo el mundo, un lugar en el que el zorro y la liebre se daban las buenas noches y en el que cualquier soldado consideraba un castigo tener que prestar servicio. «Quien pierda la guerra se quedará con Galitzia», decían en los círculos derrotistas, una frase que extraía su triste absurdo del hecho de que era precisamente allí donde medio ejército austrohúngaro había sido masacrado.

Del río cercano se alzaba, muy lentamente, una ligera brisa. Felicia levantó la vista al cielo. ¡Si

lloviera por fin, o estallara una tormenta! ¡Si cesara ese calor insoportable!

Le hubiera gustado tanto ponerse un hermoso y ligero vestido de verano, peinarse, echarse perfume en el cuello y en los brazos... Y en vez de eso...

Suspirando, se quitó los zapatos. Tenía los pies llenos de ampollas.

Benny, el enfermero pelirrojo y pecoso de Innsbruck, que hacía de chico para todo en el hospital y era muy popular, se acercó a ella. Estaba fumando un cigarrillo, una codiciada exquisitez en el campamento.

-Hola, Benny -dijo Felicia-, ¿me das una calada?

-Como madame ordene -respondió Benny.

Ella dio a escondidas un par de caladas. Las enfermeras tenían prohibido fumar, pero Felicia no podía evitar pensar a menudo en las palabras de su abuela: «Hay unas cuantas situaciones en la vida que solo se pueden superar con aguardiente y cigarrillos».

-He oído decir una cosa -dijo Benny en voz baja. Miró cauteloso a su alrededor y se acercó a Felicia un paso más-. Podría ser que nos espere un gran ataque ruso. Puede ser grave.

-Bah, no es más que cháchara -dijo aburrida Felicia-, ¡todas las semanas vienes con un rumor así!

-Esta vez procede de una fuente fiable.

-Muy bien. Entonces volverá a haber un montón de heridos, y nos pasaremos las noches trabajando. ¡Oh, no sabes lo harta que estoy de esto!

Benny tiró la colilla y la pisó. Su rostro redondo y alegre parecía preocupado.

-Quizá haya una posibilidad para ti de salir de aquí, Felicia. Sé otra cosa: pasado mañana sale un transporte de heridos. Hacia Viena.

-Oh...

-¿Sabes quién es el médico que lo acompaña? ¡Tu padre!

-¿Papá? ¡Oh, gracias a Dios! Así saldrá por fin de este espantoso hospital. Está completamente agotado.

-Luego van a darle tres semanas de permiso. He oído cómo hablaban de eso. «Enviad a Degnelly de permiso antes de que se nos derrumbe», dijeron. Aún no está decidido qué enfermeras van a ir con él.

El interés de Felicia despertó.

-Oh, ¿crees que...?

-Deberías ser más rápida que las otras. Una excursión a casa no estaría mal, ¿no?

-¿Que no estaría mal? ¡Sería lo mejor que podría pasarme! ¡Quizá saque dos o tres días libres! Oh, Benny, echo tanto de menos un poco de distracción. A veces pienso que toda mi vida va a pasar entre hombres heridos y moribundos y enfermeras jefe de lengua mordaz. Y luego el calor, el polvo, las moscas...

-¿Por qué te hiciste enfermera? -preguntó Benny.

-Porque... Porque... Oh, es una historia complicada. -Volvió a ponerse los zapatos-. Gracias por el consejo, Benny. Me ocuparé enseguida de eso.

-Deberías hacerlo. ¡Y piensa en el ataque ruso! ¡Quizá sea mejor no estar aquí!

Sonrió a Benny y a sus oráculos. Le gustaba poner nervioso a todo el campamento con sus sombrías profecías.

Un cuarto de hora después todo estaba aclarado. La enfermera jefe Paula había mirado fijamente a Felicia y había dicho: «¡Me gustaría saber cómo consigue siempre lo que se propone, señora Lombard!», pero había dado su autorización. Felicia preguntó enseguida por Kat.

-¿Kassandra Lombard? Va con ustedes. Y va a tener tres semanas de permiso. ¡Esa pobre niña está hipernerviosa!

-¿Yo no voy a tener permiso?

La enfermera jefe resopló.

-¿Usted? ¿Por qué? ¿Acaso hace otra cosa que estar de permiso?

-¿Le traigo su té, señora, o está esperando al señor Lombard?

Linda se estremeció. En la puerta estaba Fanny, mirándola expectante.

-¿Qué hora es, Fanny?

-Ya pasan de las cinco. ¡Y el señor Lombard aún no está en casa!

-Entonces tráigame ya el té, por favor.

Linda se levantó del cojín de seda en el que había estado sentada jugando con su hijo. Paul -lo había llamado así por Paul von Hindenburg- tenía ya diez meses. La mayor parte del tiempo gateaba, pero a veces ya intentaba levantarse. Con manos torpes, se agarró a su madre y rio. Tenía el pelo suave y rubio, y unos ojos redondos y azules.

Linda se sentó a la mesa frente a la chimenea. Fanny dejó la bandeja con té y pastas delante de ella. Las pastas estaban grises. «Como hechas de agua y polvo», pensó Linda. Se reclinó en su asiento y se bebió el té a sorbitos.

Acababa de terminar cuando Alex Lombard entró en la habitación. Tenía tan buen aspecto que por unos segundos ella se quedó sin aliento. Llevaba al cuello una bufanda de seda color marfil, y en las mejillas el brillo gris oscuro de una barba afeitada con negligencia. Sonreía.

-Buenos días, Linda. ¿Queda algo de té para mí? ¿No? No importa. ¡Tenemos algo que celebrar!

Sacó del armario una botella de ginebra y dos copas. Luego cogió a Paul en brazos y lo levantó por los aires.

-Bueno, monsieur, ¿ha aprendido algo nuevo hoy? ¿Sabe, Linda?, ¡este niño está más guapo cada día! -Se lo puso en el regazo, descorchó la botella y llenó las dos copas-. Beba, Linda. Beba a mi salud. ¡Hoy he hecho realidad un deseo que albergaba desde hacía mucho tiempo!

-¿Cuál? -preguntó Linda. Para sus adentros, pensaba: «¡Sobre todo, hoy has bebido ya un montón!».

-Me voy con los soldados. El capitán Lombard se ha presentado y ha sido aceptado. ¡Con fábricas o sin ellas, ahora se necesita hasta el último hombre de los reservistas! -Vació la copa de un trago y se sirvió otro-. ¡La semana que viene me voy a Francia!

-¿Cómo?

Él la miró divertido.

-¿Qué le sorprende tanto?

-Bueno, yo pensaba... Siempre había creído que...

-¡Suéltelo! ¿Qué creía? ¿Que Alex Lombard no es en realidad un patriota?

Linda asintió, mortalmente confusa. Aquello le parecía un insulto impronunciable. Pero Alex se limitó a reírse y se tomó su segunda copa de ginebra.

-Tengo predilección por las aventuras, madame. ¡Y esta guerra es una aventura!

-¿Solo una aventura? -preguntó Linda en voz baja. Sus palabras la ofendían, pero no se atrevía a mostrarlo. Alex siempre la había intimidado un poco.

-Sí -respondió él-, solo una aventura. ¿Sabe, Linda?, no tengo nada que perder. Eso es lo hermoso en mi vida, nada vale nada para mí. Por eso soy libre de hacer lo que quiera. Siempre me

han dado lástima las personas que aprecian su vida. Tienen miedo todo el tiempo. ¡Yo ninguno!  
¡Por Dios que es un gusto!

Vació la tercera copa.

Linda dio un sorbito a la suya.

-Espero que no se vaya porque el niño y yo seamos una carga.

-¿Carga? ¡Por Dios, amo a los niños! ¡Amo a las mujeres! -Se rio ante su expresión espantada-. No, me voy porque por fin he podido exponer de forma convincente que mi padre puede llevar la fábrica muy bien solo y no me necesita lo más mínimo. «Caballeros, en el frente puedo hacer más por Alemania», he dicho. -Se quedó mirando la copa de Linda-. ¡Pero beba! ¡No sea tan tímida, Linda! ¡Beba, y entenderá mi felicidad!

-Felicia no se alegrará de saberlo -murmuró Linda.

Alex alzó pesadamente la cabeza. Sus ojos oscuros eran los de un durmiente que despierta de un profundo sueño y tiene dificultades para orientarse en medio de la luz.

-Felicia... -dijo en voz baja, casi sorprendido-. Felicia... ¿qué decía usted de ella?

-Se preocupará cuando tenga noticia de su decisión.

Él se tomó la cuarta copa y rio de manera terrible.

-A madame Lombard le será del todo indiferente, esa es la maldita verdad.

Llamaron a la puerta. Fanny entró.

-Un telegrama para Linda Degnelly -dijo-. De Francia.

Linda palideció.

-Mierda -dijo Alex. Pareció despejarse. Una fea palidez se extendió por su rostro.

Linda desplegó el papel.

-Es del propio Johannes -dijo-, gracias a Dios, entonces no está... -Leyó y emitió un grito de horror.

Alex la miró.

-¿Y bien? ¿Qué escribe?

Linda leyó con voz temblorosa:

-«Christian caído en el asalto del fuerte Thiaumont -- Debes estar con madre en Berlín cuando reciba la noticia -- Johannes».

Fanny hizo un ligero ruido con la nariz. Alex alzó la copa vacía y contempló a través del pie, con los ojos entrecerrados, el papel de pared desfigurado al otro extremo de la habitación.

-El hermano menor de Felicia -dijo con lentitud-, un chico muy amable, hasta donde recuerdo. No podía tener más de veinte años.

-Tenía diecinueve -dijo Linda. Se levantó-. Tengo que volver a Berlín. Jo tiene razón. Su madre no debe estar sola.

-Le ayudaré a hacer el equipaje -dijo Fanny-. ¡Oh, Dios, solo diecinueve! A esa edad un joven tiene toda la vida por delante, y entonces viene un asqueroso francés y...

-No te lo crearás, Fanny -dijo Alex-, pero también hay franceses muertos en esta guerra. ¡De diecinueve años! Abatidos por alemanes. ¡Como yo! -Se levantó a su vez y sacó una botella de whisky del armario-. Beberé aún un poquito. Yo... ¿cuál es esa expresión tan hermosa?... ¡Voy a ahogar mis penas en alcohol! -Su rostro se contrajo en una mueca de dolor-. ¡Pobre Christian! La vida es un montón de estiércol, pero todo el mundo debería tener la oportunidad de descubrirlo por sí mismo.

En el tren se encontraba un herido con un tiro en el vientre. Gemía de tal modo que ya nadie podía soportarlo. El doctor Degnelly le dio morfina, pero incluso eso resultó casi inútil.

«A un caballo en ese estado lo liberarían de su dolor -pensó Felicia espantada-. Si papá le pusiera una sobredosis de morfina...»

Pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Un pensamiento como ese habría conmocionado a su padre. Con suavidad, le secó la frente húmeda con un pañuelo. Degnelly alzó la mirada:

-Gracias, pequeña -dijo, y añadió en voz más baja-: Este de aquí pronto dejará de sufrir. Es lo mejor.

-Naturalmente, papá. Y tú has hecho lo que has podido. -Cuidadosa, le tendió un vaso de agua-. Tienes que beber más. Que te pongas enfermo no va a ayudar a nadie.

Al otro extremo del vagón, la enfermera Paula le comentó a Kat:

-¡Ojalá se preocupara por uno de los heridos aunque solo fuera la mitad que por su padre! Su cuñada pertenece a una clase de mujeres que conozco demasiado bien. Para esas mujeres hay unas cuantas cosas en el mundo que aprecian por encima de todo, y se dejarían despedazar por ellas, pero el resto de la humanidad puede... -resopló con desprecio- ¡puede reventar sin que muevan una pestaña!

-No debe hablar así de Felicia. Es muy distinta de lo que usted cree. Me alegro de que forme parte de mi familia. ¡La quiero mucho!

La enfermera jefe contempló pensativa a la soñadora muchacha.

-Bueno, ya se acordará de mí -rezongó-, y ahora ¡vamos, vamos! ¡Empiece a cambiar las vendas! ¿Es que tengo que repetirlo todo?

Resoplando y silbando, el tren traqueteaba por un paisaje liso y desértico. Felicia escuchaba el machacar de las ruedas. Habría podido cantar una melodía para acompañarlas, tan atractiva era la forma en que su ritmo le recorría todos los miembros. A cada minuto se acercaban más a Viena. Y una vez estuvieran en Viena... ¡Ah, era impensable que tuviera que volver! Otro hospital de campaña, no, aquello no era para ella. Tenía que encontrar la forma de quedarse en casa.

Y, en ese caso, nada como Berlín. Lejos de la guerra y de todo ese horror. Se rascó la espalda con disimulo. ¡Pulgas! Por supuesto había vuelto a pescarlas. Nadie se libraba de esos bichos. Y aunque no estaba sola en ese mal, lo encontraba indeciblemente penoso y repugnante.

El tren se detuvo tan de repente que Felicia estuvo a punto de perder el equilibrio. El hombre con el tiro en el vientre se cayó de su cama. Lanzó un ligero grito, luego su cabeza se echó hacia atrás, sus ojos se volvieron rígidos y vidriosos. El resto de los hombres se agarraron a sus literas y sillas de ruedas. Empezó un coro de maldiciones.

-¿Qué significa esto? ¿Por qué para aquí?

-¿Es que no puede hacerlo con un poco más de suavidad?

-¿Qué cree que transporta? ¿Leña?

-¡Calma! -atronó la enfermera Paula-. ¡Calma! No hay razón para ponerse nerviosos. Felicia, averigüe enseguida por qué hemos parado aquí. ¡Si es una avería, estamos listos!

Felicia pasó con cuidado por encima del soldado muerto. Tenía la impresión de que le vibraban los nervios. Un retraso no, por favor. ¡No podría soportarlo!

Abrió de golpe la puerta corredera del vagón. Un calor abrasador inundó el interior. Caras

desconocidas, hostiles, la miraron fijamente. Uniformes sucios, cabelleras enmarañadas, caballos cubiertos de polvo. Ni una sonrisa, ninguna amabilidad en los rostros estrechos y oscuros. Necesitó unos instantes antes de comprender.

-¿Qué pasa? -La voz chirriante de la enfermera Paula sonó muy lejos.

Uno de los heridos, que estaba tumbado de tal modo que podía ver la puerta, respondió relajado:

-No se excite, enfermera, no es una avería. Solo unos cuantos rusos.

No les dejaban hablar entre ellos, mientras en medio de la soledad, bajo el cielo azul y con el canto de grillos de fondo, esperaban que de la última pequeña y adormilada estación por la que habían pasado viniera una locomotora a remolcar su tren en dirección contraria. Aun así los rumores iban de boca en boca... Probablemente uno de los rusos había dicho algo en voz alta.

«Gran ofensiva rusa... han penetrado mucho... la mayor victoria desde el principio de la guerra... el general Brusilov mandaba el ejército... doscientos mil prisioneros...»

Fragmentos de frases zumbaban por el aire, y eran atrapados y retransmitidos a toda prisa. «Brusilov, Brusilov, Brusilov...» Aquel nombre martillaba dentro de la cabeza de Felicia. Había bajado del vagón, estaba sentada en la pradera a la sombra de las ruedas. Su sitio habría estado junto a los heridos, lo sabía, pero no quería. Más tarde... Kat, Paula y las otras se las arreglarían bien sin ella. El general Brusilov... ¡Que el infierno se lo tragara! ¡Lo había echado todo a perder! Un ruso se acercó a ella.

-¿Un cigarrillo? -preguntó.

Ella negó con la cabeza. ¡No, no quería ningún cigarrillo, quería irse a casa!

El doctor Degnelly saltó del vagón y se dirigió a un joven oficial ruso.

-Tenemos un muerto en el tren. ¿Podemos enterrarlo?

Después de un breve titubeo, el oficial dio su consentimiento. Armados de palas, Degnelly y dos heridos leves fueron hacia un pino a cuya sombra empezaron a cavar la fosa. Felicia los observó. El letargo se estaba instalando en ella. Se le vino a la cabeza el pelirrojo Benny. «¡Quizá sea mejor que no estés aquí cuando suceda!»

No había llegado lo bastante lejos. Si no hubiera... si no hubiera... Sus pensamientos trataban de encontrar un culpable. ¡Sí, si nunca se hubiera casado con Alex! Por su culpa estaba en ese lío. Le odiaba, si él supiera cuánto le odiaba... El soldado que le había ofrecido un cigarrillo volvió a acercarse a ella.

-No tenga miedo -dijo en tono de consuelo-, no va a pasar nada. Cuando lleguen al campo de concentración, en algún momento los canjearemos por prisioneros rusos.

-Pero ¿por qué todos nosotros? ¿Es que también hacéis la guerra contra las enfermeras y los médicos?

Él no la había entendido.

-¿Cómo dice?

-¡Oh, nada!

Desde el tren llegó la voz de la enfermera Paula. Daba órdenes, incansable.

-Enfermera Susanne, ¿le parece que esto es un vendaje en condiciones? ¡Haga el favor de hacer su trabajo, y deje de mirar de reojo hacia fuera! -Ni siquiera un terremoto la habría apartado de su estricta disciplina.

Felicia volvió a observar a los hombres que cavaban la tumba al pie del pino. Su padre se incorporó, se pasó la mano por la frente.

-Basta ya. De todos modos no vamos a poder cavar más hondo.

Uno de los soldados rusos se acercó a la fosa. Un hombre bajito y rechoncho, de anchos pómulos y ojos rasgados. Mostraba una provocadora sonrisa. Dijo algo que nadie entendió, pero en su voz vibraba un tono displicente. De pronto, a Felicia le pareció como si estuviera viendo una obra de teatro en un escenario, pues todo ocurrió de manera tranquila, como ensayada: uno de los soldados alemanes agarró con fuerza la pala y levantó el brazo. Ardía de fiebre, y agitó la peligrosa arma de hierro por encima de la cabeza. En absoluto asustado, tan solo sorprendido, el ruso siguió con los ojos sus movimientos. Felicia pudo ver el rostro desfigurado, trastornado por la fiebre, del alemán. «¡Se ha vuelto loco -pensó-, por Dios, va a matar a ese ruso!»

El ruso alzó la pistola, relajado. En ese mismo instante, el doctor Degnelly cogió al enfermo por el brazo para echarlo a un lado. El enfermo trastabilló, la bala alcanzó a Degnelly en mitad del pecho. Asombrado, bajó la vista hacia la mancha de sangre que se extendía con rapidez. Su mirada se cruzó con la del ruso. Los dos hombres se miraron consternados.

Felicia se puso en pie de un salto.

-¡Padre! -gritó-. ¡Padre! ¡Oh, Dios, ha disparado a mi padre!

Corrió por el prado. A su espalda, oyó gritar a Kat. Cayó de rodillas junto a su padre, que se había desplomado en el suelo, y lo abrazó.

-Padre, papá, ¿te duele? No es más que un rasguño, ¿verdad? No es grave. Hay mucha sangre, pero... -Lo mantenía erguido, aunque él rechazaba sus brazos con débiles fuerzas. Quería tumbarse, pero ella no le dejaba. No podía tumbarse, si lo hacía, quizá no volviera a levantarse.

La sangre brotaba a brillantes borbotones de la herida, y teñía de rojo el vestido gris de enfermera de Felicia. Degnelly abrió la boca trabajosamente:

-Déjame. Déjame, estoy cansado.

Con suavidad, lo dejó resbalar hasta el suelo. Se volvió y exclamó con voz débil:

-¡El médico! ¿Dónde está el médico?

El segundo médico que acompañaba el tren, un hombre muy joven, acudió corriendo.

Examinó la herida, luego miró a Felicia y negó imperceptiblemente con la cabeza. Degnelly abrió los ojos.

-¡Felicia, querida! -Buscó a tientas su mano-. ¡Estoy tan cansado!

-Sí -respondió Felicia con voz ahogada-, debes descansar. Duerme, luego te sentirás mucho mejor...

Él sonrió cansado.

-No hay luego. Se acabó. Me alegro de que estés aquí.

-Papá, no hables así...

-Escucha, pequeña, tienes que despedirme de tu madre. Anota el día de mi muerte. Tu madre tiene que saberlo. Querrá saber el día de mi muerte.

-Pero no pensarás que...

-No te preocupes. Y por favor -los ojos de Degnelly se pusieron serios, la proximidad de la muerte le otorgaba una nueva comprensión-, por favor, vuelve con tu marido en cuanto puedas. No es bueno perder el tiempo. La vida es demasiado corta. No es bueno herir a otros.

¿A qué se refería? No podía saber que ella y Alex... Pero Felicia tampoco quería hablar de eso ahora. Solo quería pedirle que se quedara con ella, decirle que no podía morir. No allí, bajo ese sol ardiente, en aquel lugar dejado de la mano de Dios.

-Claro, papá. Nunca más heriré a Alex. Le haré feliz... -Le hubiera prometido cualquier cosa.

Los ojos de él ya no miraban con claridad.

-Dile a tu madre que la he querido mucho. ¡Díselo, por favor!

-Claro que se lo diré. Y sé lo mucho que ella también te quiere. Siempre te ha...

Una sonrisa triste apareció en la boca de Degnelly.

-No me ha querido nunca. Solo se casó conmigo para olvidar... -Dejó de hablar, se le había pasado otra idea por la cabeza-. ¿Qué va a ser de ti ahora?

-¡Oh, no te preocupes por mí! -mintió, tranquila y convincente-. Acabo de oír que van a enviar a casa a todas las enfermeras. Saldré adelante, padre.

Él la miró tiernamente, luego, durante un segundo, el horror cubrió su rostro. Era como si se enfrentara a un peligro invisible, pero enseguida sus rasgos volvieron a relajarse. Sin resistirse, exhaló su último aliento.

Felicia le miró, presa de un espanto inconcebible. Buscaba una emoción en su interior, pero todo estaba entumecido. Era como si no entendiera lo que había ocurrido. A pesar de toda su experiencia, la muerte violenta seguía sin formar parte de su vida. El trabajo en el hospital no había cambiado eso. El sufrimiento de los soldados desconocidos no había podido remover nada en su interior. En cambio, esta vez le arrancaban un trozo de su propia alma.

«No voy a llorar. Si me echo a llorar ahora, me volveré loca.» Su dolor buscó una escapatoria. Con ojos fríos y pétreos, miró al joven médico, que la acompañaba impotente.

-¿No puede hacer más que quedarse ahí como un idiota? -preguntó abruptamente.

Él se estremeció.

-Ya no hay nada que hacer. Su padre...

-Está muerto, lo sé.

La invadió una oleada de horror al darse cuenta de que yacía justo al lado de la fosa que acababa de cavar. Había cavado su propia... Se levantó de golpe. Su rostro tenía una palidez fantasmal, le ardían los ojos. Un duro rasgo circundaba su boca. La gran mancha de sangre en el pecho destacaba oscura en el gris pálido del vestido.

Tenía que encargarse de que enterraran a su padre. Tenía que buscar una Biblia y leer unas palabras. Tenía que quedarse con sus objetos más personales -la alianza, el reloj de bolsillo, el amuleto con la foto de Elsa-, y ¡ay del ruso que se los disputara! Aquellas cosas pertenecían ahora a su madre, y debía recibirlas.

Regresó al vagón con paso rápido. Kat extendió insegura el brazo hacia ella, pero volvió a retirarlo enseguida, asustada por la expresión inaccesible del rostro de Felicia. Lo que fuera que había vivido en aquellos minutos, no lo compartiría con nadie en el mundo.

El azar quiso que Alex y el tío Leo se encontraran en el frente occidental, en un pueblecito junto al Somme. Alex acababa de ser ascendido a mayor y había tomado el mando del batallón al que pertenecía Leo. Y ese mismo día se había producido un incidente cuando Leo, durante un combate, al dar Alex la orden de abandonar las trincheras y lanzarse al asalto, se quedó sentado, contemplando asombrado sus manos que temblaban sin control.

-¡Ven! -gritó Alex a través del fuego ensordecedor de los fusiles-. ¡Vamos!

-No puedo -dijo Leo. Intentaba en vano cerrar los puños-. Me tiemblan las piernas igual que las manos. No puedo andar.

Con ese breve titubeo, Alex había dejado pasar el momento decisivo del asalto. El enemigo disparaba como loco. Con una rápida decisión, se dejó caer con Leo en la trinchera. Sacó la petaca del aguardiente.

-Toma un trago. Aquí todos hemos perdido los nervios alguna vez.

Se miraron a través del humo, y en ambos gestos había comprensión.



-Todavía no he tenido ocasión de presentarme, mayor -dijo Leo-, soy Leopold Domberg.

-¿Domberg? Es usted...

-El tío de Felicia Degnely, sí. Nos conocimos en su boda con mi sobrina. Solo hablamos un momento.

-Nuestro encuentro de hoy me parece menos romántico -dijo Alex-. ¿Qué, conseguirá llegar ahora hasta la próxima trinchera?

Leo tomó otro largo trago.

-Claro, mayor -respondió alegremente.

Sara era algo así como el alma del hospital. Nadie podía ignorarla, e incluso las enfermeras de más edad le pedían consejo siempre. Inspiraba confianza, e irradiaba una tranquilidad que nadie más era capaz de mostrar en aquellos terribles días. No había camas suficientes, los pasillos estaban llenos de camillas, las enfermeras tenían que saltar por encima de los heridos y, en no pocas ocasiones, liberarse de sus manos que se les aferraban en busca de ayuda. La batalla del Somme se había convertido en una de las más espantosas batallas de desgaste de la guerra. Ciento cuatro divisiones inglesas y francesas intentaban romper el frente alemán, pero sin alcanzar una victoria decisiva. Todo se había quedado en una despiadada carnicería por ambas partes. Los hombres morían a millares, la mayoría entre terribles tormentos. Y los supervivientes quedaban marcados para siempre. Miembros destrozados por los disparos, ojos abrasados, mentes confundidas, casi nadie se libraba de una herida. Había poco alivio para ellos. Sara imploraba a menudo un poco de cloroformo. «¡Cloroformo, solo un poquito, al menos para las amputaciones, por el amor de Dios!»

Sara, la tímida Sara, que nunca se había atrevido a expresar en alto su propia opinión, mostraba de pronto una energía y un valor que nadie habría sospechado en ella. Tenía todos los hilos en la mano, todo el mundo se sometía sin rechistar a su suave voz. Incluso si llegaban cuatro transportes de heridos graves en un mismo día, el aire retumbaba con sus gritos y había un olor dulzón a sangre, si los heridos tenían que quedarse a la puerta porque dentro ya no había sitio, si faltaban la mitad de las enfermeras porque se habían desvanecido de agotamiento, por el calor o simplemente de espanto, Sara conservaba férrea los nervios. Rápida, cuidadosa y concienzuda, hacía lo que había que hacer, y si apenas dormía alguna noche se le notaba como mucho en que cada día estaba más pálida y más delgada. Todo el mundo la quería y la admiraba... y ambas cosas, tanto el cariño como la admiración, eran nuevas para ella. A veces sentía pavor -y enseguida se arrepentía- ante la idea de que todo volvería a ser distinto cuando acabara la guerra. Apenas podía imaginarse de nuevo en aquella incolora cotidianeidad que inevitablemente la condenaría a ser invisible otra vez. Reconocer la verdad le parecía casi pecaminoso, y trataba de pensar en ello lo menos posible: necesitaba la guerra. Sus cualidades, ahora tan elogiadas, necesitaban el telón de fondo de una ardiente catástrofe.

Temerosa, se preguntaba cómo conseguiría volver a sentirse a gusto consigo misma cuando algún día llegara la paz.

Leo tenía un plan. En el fondo, lo tenía ya desde el día en que lo habían llamado al frente. Lo que al principio solo se le había pasado de vez en cuando por la cabeza, como un relámpago -«¡no voy a quedarme mucho tiempo aquí!»-, acabó tomando forma allí, en Francia. «¡No voy a quedarme aquí!»

Sabía que la desertión era una temeridad. Intentar abrirse paso hasta casa por entre las tropas

alemanas parecía casi imposible. Pero se decía que no tenía nada que perder. Dos semanas más en el frente y sufriría un colapso nervioso. O se pegaba un tiro, o se lanzaba voluntariamente contra las bayonetas del enemigo. En cambio, si intentaba escapar de esa locura habría una pequeña oportunidad para él. Una chispa de esperanza de sobrevivir.

Sus ideas tomaron contornos firmes cuando se encontró a Sara Winterthal en el pueblo donde estaba el cuartel general de su regimiento.

Ella le sonrió con timidez y dijo en voz baja: «¡Buenos días, señor Domberg!», y él se rompió la cabeza preguntándose quién podía ser.

-Soy Sara Winterthal -le recordó ella-, una amiga de Felicia.

Por fin recordó... ¡Sara, naturalmente!

Se dio cuenta de que su mala memoria la entristecía, y enseguida trató de reparar su falta.

-Es por su cofia de enfermera. Le cambia la cara. Me acuerdo... Sara. -Pronunció su nombre de manera suave y enfática, y vio que su voz avivaba una chispa en los ojos de ella.

-Yo... Tengo que volver al hospital -murmuró apresuradamente ella-. ¡Adiós, Leopold!

-Adiós. -Se quedó mirándola. «¡Mantén las manos apartadas de ella -se ordenó en silencio-, es demasiado buena!»

No la encontraba atractiva en lo más mínimo, pero en sus ojos castaños y tranquilos había visto un fuego que lo había dejado pensativo. Entrega, disponibilidad... Aquella mujer ardería por el hombre al que amara. Una razón más para dejarla en paz. Temía su carácter desinteresado, pues era como un torrente que todo lo arrasa. Le daría más a un hombre de lo que él querría, y él tenía miedo de su propio egoísmo, que podía llevarlo a explotar a aquella muchacha. No podía incluirla en sus planes. No, giró decidido sobre sus talones, ¡no podía hacer tal cosa!

Se la encontró una y otra vez, sin pretenderlo, aunque más tarde pensó que inconscientemente la había atraído hacia él. Por las noches le costaba conciliar el sueño, y a menudo aprovechaba la oscuridad para dar una vuelta por el pueblo. Sara parecía tener la misma costumbre. La mayoría de las veces se apoyaba en el tronco del viejísimo tilo que había delante del hospital, una esbelta figura blanca con los brazos cruzados delante del pecho. Probablemente aquellos pocos minutos de la noche eran el primer momento del día en que podía coger aire. Solían charlar de cosas neutras, de la batalla naval de Skagerrak, en la que los ingleses y los alemanes se habían enfrentado y que, aunque había sido interrumpida antes de llegar a una decisión, podía valorarse como un éxito alemán, y de la retirada del almirante Tirpitz en marzo, después de no haber conseguido imponerse al emperador y al canciller Bethmann-Hollweg con su exigencia de una guerra submarina sin restricciones. Discutieron la posible entrada de Estados Unidos en la guerra y la cuestión de si habría una revolución en Rusia. En el fondo, no les interesaba a ninguno de los dos.

Una noche Sara llevó cigarrillos que un paciente moribundo le había regalado. Se los tendió a Leo.

-Tome, para usted. Seguro que hace mucho que no tiene.

Los cigarrillos pasaban por ser un artículo de lujo. Leo la contempló con respeto.

-¿De veras, para mí? No puedo aceptarlo. ¡Quédese unos cuantos para usted!

-Yo no fumo. Forma parte de mi carácter aburrido.

-¿Qué tiene de aburrida? ¿Cree que una mujer se vuelve interesante por algo tan idiota como llevar un cigarrillo entre los dedos?

-Las mujeres que usted conoce fuman todas -repuso Sara en voz baja.

Leo encendió un cigarrillo y dio una profunda calada.

-Las mujeres que conozco no le llegan a usted a la altura del zapato -dijo con convicción.

-¿Lo dice en serio? -Sara levantó la vista.

Él pudo ver brillar sus ojos en la oscuridad. Suavemente, apoyó una mano en el brazo de ella.

-Claro. ¿Tendría motivos para contarle cuentos?

De hecho lo decía en serio.

Estando allí las cosas se veían distintas. Admiraba a Sara porque hacía un trabajo que él por nada del mundo habría querido hacer, pero tenía claro que recuperaría su predilección por las rubias opulentas en cuanto volviera a estar en Berlín. Sin embargo, Berlín estaba lejos. La antigua vida estaba muy lejos.

Una noche no encontró a Sara, lo que le afectó con sorprendente fuerza, porque su compañía tenía orden de ir a primera línea del frente a la mañana siguiente.

Volvieron al cuartel al cabo de tres días, diezmados, agotados y destrozados. Leo se escapó por la noche al tilo que había delante del hospital, y se dio cuenta de que echaba de menos la dulce voz de Sara, su delicado rostro.

Ella ya estaba allí cuando llegó.

-Gracias a Dios -dijo con alivio-, tenía miedo de que...

-Mala hierba nunca muere. Pero ¿dónde ha estado últimamente? He estado esperándola.

Sara asintió.

-Me desplomé. Al parecer le pasa a todo el mundo. Los nervios, ya sabe...

-Entiendo.

-A veces pasa un tiempo terriblemente largo hasta que un moribundo nos deja. Gritan como animales en un cepo. Sufren tanto. Y en esas ocasiones pienso... -Se interrumpió y apartó la vista de Leo para mirar hacia la oscuridad.

Leo se volvió, cauteloso, hacia ella.

-¿Qué piensa, Sara?

-Nada. -Su voz se había vuelto casi inaudible-. Nada que pueda decirse en voz alta. Sería una ofensa al emperador.

-Significativamente, él no está aquí. Así que hable.

-No...

-Sara, si no me dice a mí lo que piensa, ¿a quién entonces?

Ella bajó la vista.

-A veces pienso que toda esta guerra es una locura. -Enseguida lamentó haber dicho aquellas palabras. Cogió con rapidez la mano de Leo-. ¡Oh, Leo, qué falta de tacto por mi parte! Qué falta de tacto y qué maldad. ¡Usted lucha, y ve morir a sus amigos, y voy yo y digo que todo es una locura! ¡Oh, por favor, discúlpeme! ¡No se ofenda!

-No estoy ofendido. No, Sara, de verdad que no. Mire, pienso lo mismo que usted. Esto es un absurdo, una locura, un crimen. Sí, un crimen contra la humanidad, contra la vida, contra Dios, y...

-¡Leo, por el amor de Dios!

-Sara, escúcheme. Nunca he pensado otra cosa. Y por eso quiero irme de aquí. Lo antes posible.

-¿Irse? Pero está usted loco, usted...

-No estoy loco. Loco está el que se queda. Moriré aquí, por una bala ajena o por mi propia mano. No tengo nada que perder, y tengo una mínima oportunidad, Sara. -Hizo una breve pausa para dar más énfasis a sus palabras-. Sara, ¿intentaría usted conseguirme ropas de civil?

El campo de concentración al que llevaban a los prisioneros del tren hospital estaba a pocos

kilómetros al noroeste de Moscú, y constaba de unas cuantas pequeñas cabañas de madera rodeadas por una valla de alambre de espino. Hordas de gente, principalmente prisioneros de guerra alemanes o austríacos, se apretujaban en aquel primitivo poblado, en el que había una gran cocina y un barracón con pocos baños.

El gran avance militar de los rusos, en el verano de 1916, que habría de hacerse tristemente famoso con el nombre de «ofensiva Brusilov», había dejado atrás doscientos mil prisioneros, y los campos rebosaban. Debido al hecho de que habían sido tomados varios hospitales y trenes hospital, entre los prisioneros había muchas mujeres, enfermeras sobre todo, de las que había enorme necesidad.

Felicia y Kat habían sido asignadas a un barracón previsto para treinta mujeres, pero que albergaba ya a cincuenta. Al final de la estancia había una pequeña ventana enrejada que no se podía abrir, cuyos cristales estaban sucios y pegajosos. A lo largo de las paredes y en el centro de la estancia había dos filas de literas. A cada mujer le daban un poco de paja y una vieja manta de lana. Por lo demás, ninguna de ellas tenía una cama propia.

-Arreglaos como queráis -dijo la vigilante, que era musculosa como un hombre y hablaba bastante bien alemán-, ¡tenéis que meteros ahí!

Felicia y Kat compartieron un lecho. Se encontraba cerca de la puerta, lo que podía ser frío en invierno, pero era bastante agradable en verano. Además se trataba de una litera de arriba. Por supuesto, no tenía ninguna barandilla, y Felicia se preguntó enseguida cuánto tiempo tardaría una de ellas en caerse, pero allí arriba daba la impresión de que se respiraba un poco más que abajo.

En el barracón reinaba un olor apestoso y asfixiante. Cada vez que Felicia entraba, tenía la sensación de que no iba a poder soportarlo.

-Dios mío -dijo después de la primera noche, en la que no pudo pegar ojo mientras la inquieta Kat daba vueltas, a punto varias veces de precipitarse al suelo-, no podré aguantarlo más de un mes. ¡Tengo que salir de aquí a toda costa lo antes posible!

-No será tan deprisa, tesoro -dijo la mujer de la cama de al lado. Tenía un rostro obeso, abotargado, rasgos ásperos y el pelo fino y rubio lleno de rulos de fabricación casera-. Llevo aquí desde que empezó la guerra. Vine de Alemania, estaba asignada aquí. Me internaron enseguida, y aquí sigo. ¡Solo puedo decir que nunca había tenido tan mala suerte!

-Yo era enfermera -dijo Felicia-, en la última gran ofensiva capturaron el tren hospital al que acompañaba. ¡No entiendo cómo pueden retener aquí a una enfermera de la Cruz Roja!

-¿Por qué no, nena? -Con un suspiro, la mujer buscó una postura más cómoda en su cama-. ¿Cuál es la diferencia entre una fina enfermera como tú y una arrastrada como yo? ¡Para los rusos ninguna, quédate con eso! Lo único que pasa es que a las enfermeras pueden utilizarlas mejor. -Rio entre dientes antes de proseguir en tono confidencial-: Aquí hay muchas que lo prueban todo, ¿entiendes?, para conseguir más comida y esas cosas. ¿Ves a esa pelirroja de ahí?

Felicia vio a una joven pelirroja dotada de formas exuberantes. Acababa de bajar de la litera y estaba rascándose las picaduras de las pulgas.

-Aquí hay un capataz, y lo hace con él todas las noches -susurró la vieja-, ¡todo el campo lo sabe! En la pared trasera del barracón de las cocinas. Zas, zas, ¿entiendes? Todas las noches, ¿te lo imaginas? -En su voz vibraba una envidia imposible de pasar por alto-. A cambio, lleva medio año prometiéndole que saldrá en libertad pronto -añadió sombría-, pero ¿caso los hombres cumplen lo que prometen?

Felicia estaba horrorizada. Entonces observó la expresión de espanto en el rostro de Kat.

-¡No cuente esas historias! -increpó a la vieja-. ¡Esta chica acaba de cumplir los diecisiete! La

está asustando.

-¿Diecisiete? Ah... y seguro que es de buena familia, ¿eh? ¡Aquí la pobre tendrá que acostumbrarse a unas cuantas cosas!

Kat, malcriada durante toda su vida, atendida, protegida por su padre y por su hermano, parecía atrapada en un mal sueño desde que había entrado en el campo.

Todo la atemorizaba: el alambre de espino, las ásperas voces de los guardianes, la mirada confianzuda y los impertinentes dedos del gordo cocinero, la risa vulgar de la pelirroja Graziella cuando, por las noches, desaparecía con su uniformado detrás del barracón de cocinas.

Se aferraba a Felicia como una gatita extraviada, y ella aceptó el hecho de que tenía que cuidar de las dos. Aquel claro y sano sentido que siempre le prohibía desgastar sus energías en la lucha contra lo inevitable le ordenaba no contar los días en el campamento, ni mirar hacia lo que había ocurrido antes, ni refugiarse en el sueño de un futuro mejor. Allí no atentaban contra su vida, pero Felicia no tardó en darse cuenta de que la muerte acechaba entre los alambres de espinos, y de que todos eran un potencial botín. Cada mañana pensaba únicamente en el día que tenía por delante, y que debía superar lo mejor posible. No podía pensar en su padre ni en Maksim, su madre, sus hermanos. Ahora necesitaba concentrar sus sentidos. Tenía que reprimir la náusea cuando por las mañanas esperaba en la larga cola de mujeres en los baños, que se limpiaban como mucho una vez al mes y estaban asediados por enjambres de moscas. Y poco después volvía a estar en una cola, delante de las cocinas esta vez, con un plato de hojalata en la mano que Anna, antigua carnicera y la vigilante más temida del campo, llenaba con una masa repugnante y pegajosa cuyos ingredientes no era posible distinguir por mucho que se pretendiera.

Con voluntad férrea, se obligaba a tragarse hasta la última miga del desayuno. Y obligaba a Kat.

-Solo resistiremos si comemos -dijo-, ¡así que come! Yo también me siento mal, pero ya ves que puedo.

-Pero es que yo no puedo -protestaba Kat con voz débil. Tenía ya los ojos hundidos en las órbitas, y el rostro de un insano color gris-. ¡Voy a vomitar!

-No vas a vomitar. Ni yo tampoco. Y no te pongas así -decía fríamente Felicia.

Kat ya no se atrevía a replicar. Tragaba de manera convulsiva; su carita afilada reflejaba el miedo y la desesperación. La conciencia de Felicia se agitaba. Era demasiado dura con ella.

Pero no era momento para la dulzura y la amabilidad. ¿Acaso no cuidaba de su cuñada lo mejor que podía? ¿No se abría paso a codazos en la cola para que las dos tuvieran comida suficiente? ¿No se bañaba con mujeres mucho más fuertes que ella por la paja fresca para que Kat pudiera estar más cómoda? ¿Y no ponía coto incluso al gordo cocinero cuando, a la menor ocasión, ponía las manos en los brazos o en las piernas de Kat? Con ese fin, se había acostumbrado a usar un lenguaje que nadie en su familia (salvo Laetitia) habría creído posible.

-¡Quítale tus sucias patas de encima, maldito hijo de puta! -decía... y disfrutaba hablando así.

Entonces, en el campo hubo un brote de tifus. Estaban a finales de septiembre, las noches ya eran frescas, los días tenían la calidez del final del verano. Felicia había estado de servicio en la cocina pelando patatas casi hasta caer muerta, patatas duras, blanquecinas, que empezaban ya a pudrirse por todas partes y a picarse. Le dolían los dedos, ya no sentía los pies. Estaba sentada en la cama y peinaba a Kat. Fuera estaba oscuro, y las mujeres habían cerrado la puerta por la húmeda neblina que cubría el suelo.

La rubia vecina de Felicia, que se llamaba Lola, estaba recostada en su cama y enrollaba sus cabellos en los inevitables rulos.

-He oído decir que van a enviar a algunas a una fábrica -anunció-. Munición. Menuda mierda,

¿no? ¡Que tengamos encima que hacer las balas con las que disparan contra nuestros soldados!

-Una fábrica no estaría tan mal -dijo pensativa Felicia.

Lola se echó a reír.

-¡No te hagas ilusiones, corazón! No saldrás de allí antes que de aquí.

-En algún momento tendrán que liberarnos -insistió Felicia-. Al fin y al cabo, ¿no somos soldados! Seguro que lo que hacen está prohibido.

La risa de Lola se volvió estruendosa.

-¿Crees que en estos tiempos a alguien le preocupa lo que está prohibido y lo que no? -Con una chispa de astucia en los ojos, añadió-: Eres una de esas que creen siempre que el mundo gira a su alrededor y que, cuando las cosas van como una mierda, el buen Dios bajará a ayudarlas. ¡Pero no lo hará! Aquí nadie se va a mover por ti, tesoro.

-No digas tonterías -replicó escuetamente Felicia.

Pero Lola ya estaba persiguiendo otra idea. Había terminado de enroscarse el cabello y se contemplaba en un espejito de mano. Al parecer lo que veía le complacía.

-No está mal. Siempre digo que una mujer debe tener buen aspecto en cualquier situación de la vida. De lo contrario, los tíos huyen de una. -Frunció pensativa los labios-. ¿Me habrá sido fiel el mío durante todo este tiempo?

-¿Estás casada?

Lola asintió orgullosa.

-Claro. Con un buen hombre. Muy guapo. Las otras chicas siempre iban a por él. Pero no puede estar sin una mujer. Es fuerte y apasionado, ¿sabes? -Los ojos de Lola brillaron recordando días pasados-. Bueno, si se va con una mujerzuela no me parecerá mal. No puede ser nada serio.

La puerta se abrió de golpe y una nube de aire húmedo entró por ella. La pelirroja Graziella volvía de su cita de todas las noches. La niebla le había mojado los rizos, su vestido de lino gris mostraba manchas de sudor. Parecía cansada y pálida, y sus ojos verdes y rasgados no brillaban como de costumbre.

-¡Cierra la puerta! -gritó una mujer-. ¡Hay corriente!

Graziella cerró pesadamente la puerta y se apoyó por dentro. Tenía profundas ojeras. Lola asomó la cabeza por el borde de la litera y la observó curiosa.

-Mis respetos, Graziella -dijo-, ¡pareces hecha polvo! ¿Tu tesorito no estaba en forma esta noche?

Unas cuantas mujeres rieron con grosería. Esperaban alguna de esas ásperas y vulgares respuestas por las que Graziella era famosa, pero aquella noche no hubo ninguna.

Graziella se limitó a pasarse la mano por la cara.

-Cierra tu sucia boca, Lola -murmuró-, me encuentro muy mal. No sé lo que me pasa. Me duele la cabeza, y hasta el último hueso del cuerpo... -Con la espalda apoyada en la puerta, se escurrió al suelo. Sus ojos estaban extrañamente velados.

-Está enferma -soltó una mujer entrada en años-, ¡seguro que tiene fiebre!

-Tenemos muchas enfermeras aquí -dijo Lola-, ¡vamos, Felicia, mira a Graziella y dínos lo que tiene!

-No tengo ni idea de esas cosas -respondió Felicia, que en el hospital, para espanto de la enfermera Paula, no había aprendido a distinguir una herida de bala de una picadura de pulga.

Otra mujer se acercó y examinó a Graziella, que se quejaba de dolores en los miembros, náuseas y dolor de cabeza. Parecía preocupada cuando volvió a incorporarse.

-Puedo equivocarme, pero creo que es un principio de tifus.

Un silencio horrorizado siguió a sus palabras. Lola se dejó caer en su cama.

-Sabía que iba a ocurrir -dijo-, siempre lo he sabido. En algún momento esta puta tenía que agarrar algo, y ya ha sucedido. ¡Ahora estamos metidas en la mierda hasta el cuello!

-No es culpa de Graziella -respondió la otra-, el tifus no se transmite por... bueno, por lo que Graziella hace de vez en cuando. Es mucho más probable que en el agua o la comida que tomamos haya bacterias. En campos abarrotados como este ocurre con facilidad.

-Entonces ¿muchas de nosotras igual lo tenemos? -preguntó asustada Felicia.

-Cabe suponerlo casi con certeza, sí.

-No lo soporto -gimió Lola-, ¡no lo soporto!

Con movimientos mecánicos, Felicia siguió cepillando el pelo a Kat. Tenía frías las manos. En pensamientos entrecortados, confusos, se acordó de lo que le habían enseñado sobre el tifus: dolor de cabeza, dolor en los miembros, escalofríos, luego fiebre ascendente, un pálido eccema, somnolencia hasta el delirio, diarrea y, al final, podían producirse hemorragias intestinales o peritonitis, y muchos morían de eso...

-¿A nosotras no va a pasarnos nada, Felicia? -preguntó Kat. Sus grandes ojos oscuros estaban llenos de miedo e imploraban una respuesta consoladora.

Con forzada calma, Felicia dijo:

-¡Claro que no! Nosotras estamos fuertes y sanas, Kat, no va a pasarnos nada. Y ahora estate quieta. ¡Tienes el pelo espantosamente enmarañado!

Alex Lombard tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó y decidió hacer una visita a su regimiento, o más exactamente a Leopold Domberg, pues tenía la impresión de que había que enderezarlo un poco de vez en cuando. Al fin y al cabo estaban emparentados, y juntos en la misma situación.

Los soldados estaban alojados en la antigua escuela del pueblo, cuyo tejado había destrozado una granada pero cuyas estancias inferiores aún podían ser utilizadas. El ardiente calor del verano había convertido todas las habitaciones en asfixiantes incubadoras, y aunque ahora llegaba la tarde y las ventanas estaban abiertas, dentro no corría ni un soplo de aire fresco. Los hombres yacían en sus catres de campaña o estaban sentados en los rincones; algunos dormían, otros leían o escribían cartas, otros jugaban a los naipes. Apeataba de forma penetrante a sudor. Las moscas zumbaban.

Cuando Alex entró, el sargento se puso en pie de un salto para darle el parte, pero Alex le detuvo con un gesto.

-¿Está Domberg aquí? -preguntó.

-¡Domberg! -rugió el jefe de la compañía-. ¡Domberg! ¡El mayor te busca!

-Domberg no está aquí.

-Tiene una gatita en el hospital. Estará con ella.

-Domberg no está presente, mayor -comunicó el jefe de la compañía.

Alex asintió.

-Está bien. -Pero algo le inquietó.

Leo tenía algo en la mirada...

«Mierda, eso a ti no te importa», se recriminó. Y aun así, al salir de la escuela y encontrarse a un joven teniente que iba de un lado a otro con aires de importancia, preguntó enseguida:

-¿Ha visto usted a Domberg?

-Sí, mayor. Hace media hora. Parecía ir hacia la iglesia.

-Gracias, teniente.

Pensativo, Alex alzó la vista hacia la iglesia, o más bien hacia las ruinas que quedaban de ella. La nave central se había desplomado, pero el altar y la sacristía todavía tenían paredes y techo. Alex titubeó. Debía dejar en paz a Leo. Si alguien va a la iglesia es que quiere estar solo. No tenía derecho a ir tras él. Pero ahí volvía a estar esa extraña inquietud. Llamándose loco, cruzó la silenciosa calle del pueblo y entró en la iglesia.

Alguien había adornado el altar con flores recién cogidas, probablemente alguna persona del pueblo. Alex vio a una anciana vestida de negro, una francesa de ojos oscuros y nariz curvada que se arrodillaba en el primer banco y estaba santiguándose. Lanzó una mirada larga y penetrante al oficial alemán, y Alex pudo sentir el desprecio que la anciana le brindaba. Un desprecio en el que vibraba una acusación: «Tú has destruido nuestra iglesia. Tú has ocupado nuestro pueblo. Tú disparas sobre nuestros hombres».

De pronto, se preguntó si después de una guerra como esa sería posible alguna vez alcanzar el perdón entre los hombres.

Abrió la puerta de la sacristía, una vieja y chirriante puerta de madera. El olor a entarimado recalentado por el sol predominaba en ella, por un ventanuco entraba la luz rojiza del atardecer. Había polvo en las estanterías, en un montón de cantorales, en una biblia desgastada por el uso. Más tarde, Alex no era capaz de explicar por qué había buscado a Leo allí; sospechaba que solo había entrado en aquella estancia para escapar de la mirada de la anciana.

De pronto, se encontró frente a frente con Sara.

Dado que había vivido en su casa durante nueve meses, se reconocieron enseguida. Sara se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, el rostro estrecho bajo la cofia de enfermera palideció, mientras en las mejillas se formaban manchas rojas. Parecía estar a punto de gritar, pero no emitió sonido alguno.

Entonces vio a Leopold, y llevaba ropas de civil.

Los tres se miraron, y durante unos segundos no se oyó otra cosa que el zumbido monótono de una mosca. Por fin, Alex rompió el silencio. Al principio no había entendido lo que estaba viendo, pero en ese momento lo entendió, y entendió también la expresión de horror en el rostro de Sara.

Cortante, dijo:

-¡Vuelve a ponerte el uniforme enseguida, Leo!

-Mayor...

-¡Al diablo lo de mayor! Entre amigos, Leo: ¡ponte el uniforme!

-No.

-Póntelo y olvidaré lo que he visto.

-No voy a ponérmelo, mayor. Nunca más. Tendrá que matarme. No tenga escrúpulos porque estemos en una iglesia. En el fondo, no es diferente de ahí fuera, en las trincheras. ¡Al buen Dios le duele lo mismo aquí que allí!

-¡No digas tonterías! ¡No quiero matarte, quiero que entres en razón!

-¿Es que hay algo ahí fuera que tenga que ver con la razón? -preguntó Leo.

Alex avanzó un paso y lo agarró por el brazo.

-Leo, no necesitas hablar conmigo del sinsentido de esta guerra, ¡Dios sabe que no! Pero créeme que lo que pretendes es una locura. ¡Te cogerán y te traerán de vuelta, y el castigo por la desertión es la muerte!

-El castigo por la vida es la muerte. ¿A qué viene tanta exaltación?

-Déjate de sutilezas. Eres demasiado joven y vales demasiado como para que te pongan contra



una pared al amanecer. ¡Si te cogen, y te cogerán, no podré hacer nada por ti! ¿Lo entiendes? ¡No podré hacer nada por ti!

-Lo he pensado todo. Correré el riesgo. Pero si no puede responder ante su conciencia por dejarme ir, también puedo entenderlo.

-Yo no tengo conciencia. Me gustaría decirles a todos mis hombres: «Marchaos a casa, corred...». -Se interrumpió, se volvió hacia Sara-. Sara, usted le ha conseguido la ropa, ¿no? Quizá le escuche más que a mí. ¡Dígale que lo que pretende es una locura!

-Ya se lo he dicho. -Sara pasó del rojo al pálido. Alex siempre la había intimidado, y la horrorizaba tener que enfrentarse precisamente a él. Pero mantenía la mirada clara-. Se lo he dicho, pero no hay forma de convencerlo. Tiene que irse. No lo aguanta más. Puedo entenderle.

-¿No se podría conseguir por vía médica un permiso?

-Los síntomas no bastan. Y para cuando basten, será demasiado tarde.

Alex se dejó caer pesadamente en una silla, estiró las piernas.

-Dios mío -murmuró.

Leo sonrió.

-¿Me dejará ir, mayor?

-Si pudiera te ataría, Leo.

-Esperaré que se haga de noche.

-Tengo que volver al hospital -dijo rápidamente Sara. Quiso tender la mano a Leo, pero él la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

Alex los miró con indiferencia, pero tomó nota de la despedida desesperada de aquellas dos personas, de lo no dicho que había entre ellas.

«Mierda», pensó cansado. Se levantó, abrió la puerta.

-Venga usted, Sara. A nosotros ya no se nos ha perdido nada aquí.

Todo en él estaba como muerto y frío. La iglesia estaba vacía. La anciana había desaparecido. Sobre las ruinas de la nave soplaba el fresco viento del atardecer, había un olor especiado a musgo y corteza de árbol y, en días mejores, a esa hora las campanas habrían repicado llamando a la gente a retirarse de las granjas y los campos a sus casas. En el viento de la tarde flotaba el recuerdo de la paz, pero provenía de otro tiempo, de otro país.

Los zapatos de Sara crujían ligeramente.

-Lo que ha hecho usted me parece magnífico -susurró.

Alex, sumido en agobiantes pensamientos, la miró distraído.

-¿Qué es lo que he hecho?

-Dejarle ir.

Alex rio. Sonaba atormentado.

-¡Oh, Sara, Sara, querida niña! -Se detuvo, contempló una brillante rosa roja que florecía delante de lo que había sido el portal de la iglesia; a la luz del sol poniente, parecía bañada en sangre-. Lo que he hecho es dejarle ir hacia su perdición. En el momento en que salimos de la sacristía y le permitimos seguir adelante con su loco plan, hemos firmado su sentencia de muerte.

El tifus se extendió con aterradora velocidad, y como el primero en morir en el campo fue el único médico y no había forma de conseguir medicamentos, nada puso coto a la enfermedad. Las enfermeras hacían lo que podían, pero los recursos a su disposición eran tan miserables que se sentían impotentes. Luchaban para que les dieran a los enfermos una dieta blanda, pero fracasaban por la falta de alimentos. La tasa de mortalidad era más elevada entre los hombres que entre las

mujeres, porque muchos estaban tan debilitados por la guerra, que ya duraba dos años, o por una herida, que la enfermedad lo tenía muy fácil con ellos. Por las mañanas se sacaba a los muertos, y por las noches ya se podía ver quiénes serían los siguientes.

La muerte alcanzó a Graziella en las primerísimas horas, todavía oscuras y frías, de una mañana de octubre. Su enfermedad ya había superado el clímax y la temida fase de curación había empezado. Según se pudo reconstruir después cuando vieron su cama ensuciada, se vio sorprendida por repentinas y fuertes hemorragias, se arrastró por el barracón y salió al patio y, al parecer, había intentado alcanzar los baños. La lluvia, que caía a cántaros, y la oscuridad, le hicieron perder el rumbo. Fue encontrada junto a la valla, tendida en un charco de lodo reblandecido por la lluvia. Tenía las piernas estiradas y sus rojos y grasientos cabellos pintorescamente extendidos alrededor de la cabeza.

Felicia y Lola la arrastraron hasta la carretilla con la que el capataz, que había sido el último amante de Graziella, sacaba siempre a los muertos del campo para enterrarlos. Cuando reconoció a la muerta, escupió en su cuerpo.

-¡Putá! -dijo despreciativo.

La muerte de Graziella despertó el pánico en Felicia. El otoño contribuyó, los días fríos que se acortaban, las largas y oscuras noches, la niebla, que empezaba a albergar misteriosos y desconocidos horrores. Hasta entonces solo había pensado: «Tengo que ver la forma de superar cada día. No puedo pensar en el después. ¡Es importante que hoy, esta noche, siga viva y sana!».

Ahora en cambio el miedo la arrastró. Cada segundo que pasaba podía estar acercándola a la muerte. La imagen de Graziella muerta, tendida ante la cerca de alambre de espino al amanecer, la perseguía en sus sueños. Una y otra vez, despertaba temblando, sobresaltada, con el corazón acelerado, y entonces no había más que una idea que martilleaba sorda en su cabeza: «Tengo que salir de aquí... tengo que salir de aquí...».

Una mañana despertó de un sueño intranquilo y, como siempre, lo primero que hizo fue inclinarse sobre Kat, tendida a su lado, puso una dulce sonrisa en los labios, que no pegaba con sus fríos ojos y las duras líneas de su rostro, pero que forzaba porque intuía que no había nada que Kat necesitara tanto como un poco de calor y afecto.

Esta vez su sonrisa se deshizo enseguida, dejando sitio al espanto: Kat no estaba como de costumbre. El color de su rostro parecía amarillento y el contorno de los ojos era marrón. Encima de la nariz se había formado una arruga, como si la durmiente contrajera dolorosamente la frente. La respiración de Kat era plana, sus manos estaban calientes. No había ninguna duda. La enfermedad la había alcanzado también a ella.

Felicia se pasó la lengua por los secos labios. Un temor casi histérico se adueñó de ella.

«Dios mío -se le pasó por la cabeza-, Dios mío, la próxima soy yo.»

Alex llevaba dos semanas sin pegar ojo. Saboreaba el polvo de la trinchera, tenía el frío metido en los huesos, el uniforme helado y húmedo se le pegaba al cuerpo. El verano había terminado de un día para otro, el otoño empezaba con lluvia y frío. En vez de bajo un sol abrasador, los hombres morían en medio de la niebla, pero ¿qué diferencia había?

Quería dormir, nada más que dormir. Después de días como los pasados, las necesidades allí se reducían al mínimo existencial: comer, dormir, beber. Mantener el cuerpo lo bastante fuerte como para que soportara lo que se le exigía.

-Mayor, ¿puedo hablarle un momento?

Se estremeció. De la niebla reinante entre las casas había salido el teniente Fabry. Cansado e irritado como estaba, Alex respondió con aspereza:

-Sí, por Dios, ¿qué pasa?

Fabry daba la impresión de haber visto un fantasma.

-Mayor, pensé que debía saberlo enseguida. Es... Es solo que... Han traído de vuelta a Leopold Domberg.

Fue como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

-¿Qué?

-Lo atraparon en la frontera belga. Vestido de civil... ¡y borracho!

-¿Ha... admitido algo?

-Ha confesado que quería irse a casa.

La voz de Fabry sonaba preocupada. Era un hombre sensible, no había nada que odiara tanto como hacer daño a otros. Quería a Alex porque había asumido una especie de papel protector respecto a él, y sabía que el mayor Lombard y Domberg eran amigos. «Tiene que ser difícil para el mayor -pensó-, si yo...»

-Gracias, teniente -dijo Alex por fin, y constató con sorpresa que su voz sonaba normal-, yo me ocuparé. Hasta donde mis competencias lo permitan.

-Lo llevarán ante un consejo de guerra.

-Naturalmente.

«¡Y no puedo hacer nada! No puedo hacer nada. Tal vez diciendo que era un soldado espléndido, que siempre tuve confianza en él y nunca fui defraudado, que tiene que haber sufrido un estado de confusión, que hacía tiempo que no controlaba los nervios... pero no servirá de nada. ¡No servirá de nada, y lo fusilarán, y todo lo que habrá ganado será al menos una rápida muerte!»

-¿Todo en orden, mayor? -preguntó preocupado Fabry.

-Muy bien, teniente Fabry. No es una bonita situación, ¿eh? Tenía en alta estima a Domberg. Habría... -Se interrumpió. Iba a decir: «Habría podido impedirlo». Tenía que haberle dado un puñetazo entonces, en la sacristía, haberlo atado, haberle convencido... pero ¿habría podido retenerlo?

«Tendrá que matarme», había dicho Leo, y Alex supo que no habría habido ninguna otra forma de detenerlo.

-¿Sabe, Fabry? -dijo-, los curas nos cuentan siempre que después de la muerte encontraremos el paraíso, pero para llegar allí tenemos que vivir... ¡y es un precio condenadamente alto!

Esa misma mañana, pero muy lejos de Francia, de las trincheras del Somme. Esa misma mañana en Petrogrado. Niebla sobre las casas y las calles. Hacía mucho frío. El invierno, el temido invierno ruso, iba a empezar pronto ese año. Y la gente tenía hambre. A esa hora en que aún no había abierto ninguna tienda, ya formaban largas colas delante de ellas. Algunos llevaban toda la noche.

Nina, criada del coronel Von Bergstrom, en su casa feudal del bulevar Tverskij, bajaba lentamente la ancha escalera hacia el vestíbulo. Alguien estaba aporreando la puerta, pero ella no veía por qué apresurarse. De todos modos, su época de criada servil pronto habría pasado. Yuri, su amigo, había vuelto a decírselo el día anterior: -Todo va a cambiar, Nina. Pronto ya no habrá señores y criados. Ya no habrá clases. Todos seremos iguales.

-¿Cómo que iguales? Los unos tienen dinero, los otros no. ¿Cómo pueden ser todos iguales?

-No, no lo entiendes. Vamos a expropiarles. Redistribución del capital. ¡La propiedad ligada a la clase pasará a ser propiedad del pueblo!

La palabra «expropiación» le gustaba a Nina. Y la palabra «redistribución» también. ¿Le darían el collar de perlas de madame?

Sonriendo satisfecha, abrió la puerta. Delante de ella había un niño descalzo, con los labios amoratados. Le tendió una carta.

-Para madame Von Bergstrom -dijo.

Nina le dio una moneda.

-¿Quién te envía? -preguntó. Pero el chico ya se había dado la vuelta y había salido corriendo. Nina contempló el sobre. «Johanna Isabelle von Bergstrom», ponía en él. El sobre estaba sucio y arrugado.

Nina subió al salón, en el que madame desayunaba. Allí ardía un fuego en la chimenea, olía a café y pan recién hecho. Belle estaba sentada a la mesa, envuelta en su bata de seda. A esa hora aún llevaba sueltos los rizos caoba. Sus pies, bien abrigados con delicadas zapatillas de piel. Parecía hermosa y cuidada... y despreocupada. Al menos, para una observadora superficial como Nina. Pensó en el niño descalzo y helado. «Redistribución de la propiedad...» Sonrió perversa.

-Una carta para usted, madame -dijo-. La ha traído un mensajero.

-¿De parte de quién?

-No lo ha dicho, madame. Se fue antes de que pudiera preguntarle.

Nina se mantuvo a la espera. Belle alzó la vista.

-Está bien, Nina. Puedes irte.

Nina hizo una reverencia y salió de la estancia. Delante de la puerta estuvo a punto de chocar con el dueño de la casa, el coronel Von Bergstrom.

Ya llevaba puesto su uniforme, y estaba muy pálido. Como si llevara mucho tiempo sin dormir bien.

-Belle, qué bien que ya te has levantado -dijo dándole un beso.

Belle le acarició dulcemente los cabellos.

-¿De verdad vas a ir al cuartel? -preguntó-. ¿No te exiges demasiado? Se ven por todas partes los prolegómenos de una revolución. Sobre todo en el ejército. Tengo miedo de que...

-No va a pasarme nada. -Julius von Bergstrom se sentó y tomó unos sorbos de café. Su rostro agotado adquirió un ligero color-. En cualquier caso -prosiguió-, me sentiría mejor si tú y Nicola estuvierais fuera de Petrogrado. No se sabe qué va a pasar. Deberías irte a Jowa con mi familia.

-¡Ah! Así que yo tengo que irme, pero a ti no va a pasarte nada. No, Julius, me quedo aquí. Contigo. -Su voz sonaba firme.

Julius alzó la vista, la miró a los ojos, de un color gris pizarra. Sonrió, se inclinó y besó larga y lentamente sus labios.

-Pero por Nicola... -dijo titubeante.

Belle negó con la cabeza.

-No vas a librarte de nosotras. Pase lo que pase, lo superaremos. -El resplandor del fuego arrojaba manchas doradas en el pelo rojo de Belle. Bajo la finísima tela de la bata, el pecho se alzaba y descendía con tranquila respiración. Sacó la carta-. Un mensajero ha traído una carta de Felicia -dijo.

Julius alzó la vista sin gran interés.

-Felicia... tu sobrina, ¿no? ¿No vive ahora en Munich?

-Sí. Pero la carta viene de los alrededores de Moscú. ¡Está allí en un campo de concentración!

-Oh...

-Durante la ofensiva Brusilov, el tren hospital al que acompañaba como enfermera fue capturado. Lleva semanas en ese campo. Junto con su cuñada, por otra parte. Nos pide que la ayudemos.

-Me temo que eso no es posible.

-Eres oficial del ejército ruso. ¡Tiene que ser posible para ti!

-El ejército... -Julius titubeó-. Todo se ha vuelto tan frágil. Quién sabe si mañana mi gente ni siquiera me saludará cuando me vea.

-Querido... -En los ojos de Belle había esa energía férrea que había heredado de su madre, y que había convertido a lo largo de su vida en su arma más poderosa-. ¡Querido, tienes que intentarlo! ¡Y si mañana los oficiales son derrocados, hoy todavía puedes ponerlo todo en marcha para ayudar a Felicia!

-Me pregunto cómo ha conseguido sacar la carta del campo de concentración y hacerla llegar hasta aquí.

-A mí no me sorprende. Felicia consigue siempre lo que quiere.

Julius sonrió.

-Sin duda es sobrina tuya. Pero no sé si en estos momentos no estará incluso más segura en ese campo que aquí en Petrogrado. No sabemos qué va a pasar. El invierno está a las puertas. La gente tiene hambre. -Julius apartó el plato con repugnancia, dejando el pan intacto-. ¿Por qué nadie se da cuenta de que siempre ha sido el hambre lo que ha llevado a las revoluciones más sangrientas?

Belle no quería hablar de revoluciones. Se inclinó hacia delante. En ese momento, la diferencia entre ella y su marido se puso especialmente de manifiesto: en el rostro de Julius había conocimiento y sufrimiento, en los ojos de Belle, energía y calma.

-Por favor, Julius, haz lo que puedas. Sabemos cómo son esos campos. En ellos reinan el hambre y las enfermedades.

Julius se incorporó. Belle le cogió la mano.

-Sé muy bien lo que te pasa -dijo-, y también veo lo que puede ocurrir en este país. Pero no por eso vamos a dejar de hacer lo que esté en nuestra mano.

Julius capituló... como siempre que ella quería algo de él.

-Haré todo lo posible -prometió.

Solo cuando él hubo salido de la estancia, Belle cedió al deseo de toser que le atormentaba desde hacía unos minutos, sacó un pañuelo y se lo apretó contra la boca. Con furiosa terquedad, ignoró la mancha de sangre que quedó en las puntillas blanquísimas.

Mascha Ivanovna vivía en un sótano. Diez gastados y resbaladizos peldaños de piedra llevaban

del sombrío callejón, de casas apretadas, a la enmohecida puerta de madera que empezaba a pudrirse. Cuando se bajaba, se tenía la impresión de que en aquellos peldaños, en aquel sótano, reinaban siempre el invierno, el frío y la niebla.

«¿Se verá aquí en verano un cielo azul o un soplo de sol?», se preguntó Maksim mientras bajaba la escalera, aquella mañana de octubre, cuidando de no resbalar en el musgo húmedo. Tenía un aspecto misterioso: ocultaba su cuerpo bajo un ancho abrigo, llevaba el sombrero calado sobre el rostro.

Mascha estaba en el rincón, inclinada sobre la estufa. Cogió con un pañuelo el asa de la cafetera de hierro, la retiró de la parrilla de chapa que había puesta al fuego y se acercó a la mesa. Llevaba un vestido marrón, cien veces remendado, un chal de lana en torno a los hombros, y los largos cabellos caían enmarañados sobre su rostro; se los apartó con un movimiento desabrido.

-Hace un frío espantoso, ¿eh? -dijo a Maksim, que entraba-. Toma un sorbo de café. ¡Es clarito, pero está caliente!

Maksim se sentó a la mesa. Se frotó las manos, tiritando.

-La ciudad hierve -contó-, y dicen que ha vuelto a haber detenciones. Oficiales.

-Bien. Deja que hierva. Deja que llegue el invierno. El hambre y el frío son nuestros aliados. Ellos... ¡y el profeta de la corte!

Mascha se refería a Rasputín. Maksim torció el gesto.

-El odio hacia él crece de día en día. Según los rumores, es un agente de los alemanes.

-¿Lo crees?

-No. Pero basta con que lo crea el pueblo.

Mascha sonrió. Se sentó frente a Maksim y se llevó la taza a la boca. Él contempló sus ojos por encima del borde de porcelana. Unos ojos estrechos, muy oscuros, pestañas espesas, cejas rectas. Ojos en los que hablaba la pasión.

Ella se dio cuenta de que la estaba mirando.

-¿Por qué me has seguido hasta Petrogrado? -preguntó de esa manera tan directa que le era propia.

Él dudó si decir la verdad, pero optó por hacerlo.

-Porque te amo -dijo.

-Deberías amar nuestra causa -repuso Mascha.

Maksim no se dejó confundir.

-Digamos que te amo porque amas nuestra causa -se corrigió.

Mascha sonrió con ironía.

-¿De veras? Espero que así sea. -Le miró con la misma atención con la que él la había estado contemplando a ella, y pensó: «No creo que aguante».

Nunca había dudado de su convicción, pero sí, desde el principio, de su capacidad para imponerla. No estaba segura de si sabía lo que se le venía encima, y qué consecuencias iba a tener para él.

Las revoluciones eran crueles, no había habido ninguna en la que no corriera a chorros la sangre de los inocentes. No lograba imaginar a Maksim disparando sobre gente desarmada, sobre mujeres, quizá incluso sobre niños.

-¿En qué piensas? -le oyó preguntar.

Ella emergió de sus pensamientos.

-Maksim -dijo-, sabes que para cada uno de nosotros tiene que haber una meta más alta que

nuestra felicidad, nuestro amor, la salud del otro e incluso su vida. Estaba pensando en eso. Espero que un día eso no sea un problema para ti.

Maksim respondió con total relajación a su mirada inquisitiva.

-Ningún problema. Queremos lo mismo, y haremos todo lo necesario para conseguirlo.

Mascha tomó otro sorbo de café, pero solo lo hizo para bajar los ojos y poder ocultar a Maksim las dudas en su expresión.

«Lo que tú hagas no será suficiente», pensó.

El tribunal militar había dictado sentencia. Leopold Domberg fue hallado culpable de desertión y condenado a muerte.

No negó nada de lo que el juez alegó en su contra.

Había sido detenido a pocos kilómetros al sur de la frontera belga, y sin uniforme. Sin duda se podía suponer que pretendía abandonar el ejército sin permiso y volver a Alemania, probablemente con la intención de esconderse allí hasta el final de la guerra. Además, lo habían sorprendido en una situación en extremo embarazosa, en una granja en la que estaba bebiendo por la fraternidad con los campesinos franceses y cantando «La Marsellesa».

En ese momento el juez se había inclinado incrédulo hacia delante.

-¿«La Marsellesa»? ¿Un soldado alemán?

Leo repuso que entretanto también había cantado el himno imperial alemán, pero el juez sabía muy bien que el himno de la Revolución francesa aceleraba la sangre en las venas de un hombre, mientras que «Salve, corona de la victoria» era adecuado más bien para un entierro.

Con eso, naturalmente, todo estuvo perdido. El juez palideció, y Alex, que en su testimonio había luchado por defender la integridad de Leo, lanzó un leve gemido. Leo demostraba sin duda una extraordinaria destreza a la hora de empeorar aun más su mala situación. Le observó mientras se leía la sentencia. Salvo una palidez antinatural, no reveló emoción alguna. Su aspecto no era muy distinto del que tenía cuando escaseó el aguardiente y la vida cotidiana dejó de tener fuegos artificiales, globos y rosas de papel: gris, cansado, los anchos hombros inclinados hacia delante, los pesados párpados medio caídos, como por una melancólica somnolencia. Casi daba la impresión de no saber del todo lo que estaba pasando.

-Escucha, Leo, ¿hay algo que pueda hacer por ti? -le preguntó Alex después de la vista, cuando tuvo ocasión de intercambiar unas palabras con él.

Leo negó con la cabeza.

-Ya has hecho mucho por mí... mayor. Habría podido costarte la cabeza.

-Me temo que mi cabeza sobrevivirá incluso al fin del mundo -dijo Alex. Serio, añadió:- Todo esto es una maldita desgracia. Desde el principio, no tenías ninguna posibilidad, ¡pero lo habría deseado tanto! Quisiera hacer algo por ti ahora. ¡Si al menos pudiera darte cigarrillos!

-Eso estaría bien -dijo Leo, nostálgico. Con una ironía sorprendentemente vital en la voz, añadió:- Menos mal que mi pobre padre no tiene que ver esto. ¡Le habría roto el corazón!

-Era muy estricto, ¿no?

-Oh, sí. Y siempre me profetizó un mal final. En cualquier caso, él pensaba más bien que algún día tendría que dejar la vida en una pelea a navajazos en un bar marroquí, o que exhalaría mi beodo espíritu en los brazos de una prostituta. ¡Yo lo hubiera preferido a lo que me espera ahora! - lanzó un profundo suspiro-. ¡Pobre Sara! ¡Espero que no se haga ningún reproche!

-Ha dejado su puesto en el hospital. Vuelve a Berlín.

-Ha hecho tanto bien... -Leo seguía el curso de sus pensamientos. Luego, de repente, continuó:-

Tengo un miedo espantoso. Toda mi vida he tenido miedo a morir. No a la muerte, sino al momento de morir. Temo el dolor. ¿Cómo crees que será que lo fusilen a uno? ¿Crees que dolerá? Quizá el corazón se contraiga, quizá luche por latir mientras la sangre sale del cuerpo. ¿Me llegará aire? Es a lo que más miedo tengo, a que pueda ser como ahogarse. Alex, ¿crees...?

-¡No lo sé! ¡Maldita sea, no lo sé!

Por las miradas de los soldados de guardia, Alex se dio cuenta de que había hablado demasiado alto, quizá incluso había gritado. Le temblaron las manos. Ya no podía más, era suficiente para él. En algún sitio debía de tener una botella de aguardiente. Era la única forma de lidiar con la vida. «El más fiel amante», había dicho a menudo del alcohol, «nunca deja a un hombre en la estacada». Llevaba tres días sin tocarlo.

¡Bien sabía Dios que ya era hora!



-¡Su majestad el zar Nicolás II, sus altezas las grandes duquesas Olga, Tatiana, Maria y Anastasia!

La voz del cancerbero atrajo, mágica, las miradas de todos hacia la puerta. Los caballeros se inclinaron, las damas se hundieron en profundas reverencias. Felicia, con un vestido de seda verde de tía Belle, se inclinó también, pero no bajó las pestañas, sino que contempló con atención a los recién llegados.

«¡Qué emocionante -pensó-, así que este es el zar de Rusia!»

Vio un rostro estrecho y melancólico, unos ojos somnolientos, unos hombros caídos. Durante un momento, su mirada se encontró con la del zar; sonrió involuntariamente. No lo encontraba antipático, más bien un poco digno de compasión. Un hombre que temía por su trono, quizá también por su familia...

Las cuatro grandes duquesas eran muy guapas. Maria y Anastasia, las dos menores, llevaban sueltos los largos cabellos y cuchicheaban entre risitas. Parecían divertirse mucho con la pequeña recepción navideña de su padre en el Palacio de Invierno. Olga y Tatiana eran más serias. No hablaban con nadie y observaban mudas a los bailarines, especialmente a los oficiales del zar.

Cuando se sirvió el champán, el tono ya había subido.

-La zarina no ha venido. ¡Lo sabía, sabía que no vendría!

-Debería ser capaz de contenerse más.

-Es por Rasputín. Dicen que está melancólica desde que lo asesinaron.

-Siempre ha sido melancólica. Si de verdad Rasputín, con ella y con sus hijas...

-¡Psst!

Rasputín, Rasputín, Rasputín. ¡Y psst, psst, psst! Felicia no era capaz de distinguir más entre la maraña de voces a su alrededor, pues apenas entendía el ruso. Pero ya solo los gestos misteriosos de los invitados, las muchas velas, los copos que caían delante de las ventanas excitaban todos sus sentidos. Un mundo oscuro y desconocido, esa Rusia. Estaba en Petrogrado. Estaba en el palacio de los zares. Llevaba un vestido de seda y bebía champán. ¡Había sobrevivido al campo de concentración!

-Dicen que el príncipe Yusúpov ha tenido que ver con el asesinato del *starek*. ¿Cree usted que es cierto?

-Querida, puede estar absolutamente segura. Por otra parte, Rasputín tardó muchas horas en morir...

-¡Psst!

En una ocasión, bailando, Felicia pasó muy cerca del zar, que charlaba con algunos de sus oficiales, entre ellos también tío Julius. Sus miradas volvieron a cruzarse. Y una vez más a Felicia se le pasó por la cabeza aquella profecía de Rasputín de la que todo el mundo hablaba durante los últimos días: una vez que él estuviera muerto, no pasaría mucho tiempo hasta que llegara el final del zar.

-El heredero del trono tampoco está aquí. Su Majestad siempre suele traerlo consigo.

-Puede que vuelva a estar enfermo.

-Lo que esa familia tiene que soportar no es fácil.

Felicia decidió hacer una pausa en el baile. Se volvió a buscar a Kat. Estaba sentada allá atrás,

completamente sola, y parecía muy agotada. El tifus había consumido sus últimas reservas de energía. Tía Belle cuidaba incansablemente de ella, el doctor Luchanov, el amigable médico de la familia, de grises cabellos, iba casi todos los días a verla, pero sus estrechas mejillas no ganaban color, sus ojos carecían de brillo. Casi le parecía indiferente que Julius von Bergstrom hubiera conseguido llevárselas a ambas a Petrogrado. A Felicia le irritaba. Recordaba cómo había robado en el campo de concentración pan y mantequilla para Kat, cómo había conseguido una cama propia para ella y había velado día y noche a su lado. Había cumplido con su deber. ¡Oh, incluso había conseguido que ese sucio y pequeño funcionario de guardia se llevara la carta consigo! Recordaba con un estremecimiento sus labios húmedos en su rostro, sus dedos grasientos en el escote de su vestido. Había que agradecer al tifus que, por miedo a la enfermedad, no hubiera exigido más que unos pocos y rápidos besos. Sea como fuere, había valido la pena. Estaban libres y a salvo. Kat debía estar agradecida.

Se abrió paso por entre el barullo de gente hasta su cuñada y se sentó junto a ella.

-¿No es increíblemente emocionante? -preguntó-. ¡Estamos bailando en el palacio de los zares de Rusia! ¡Pon cara de alegría!

-¡Pero Felicia! -Los ojos enormes y turbios de Kat estaban llenos de inquietud-. ¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo aquí? La gente tiene miedo. Sienten que les están quitando el suelo bajo los pies.

Felicia la miró largamente, luego miró la sala. Sabía que Kat tenía razón. Entre los valeses y las risas acechaba el miedo. Aquí y allá, llegaban hasta los oídos de Felicia palabras, frases en alemán.

-La cuestión es si el zar puede contar con su ejército.

-En mi opinión, ya no puede confiar ni siquiera en sus oficiales superiores.

-¿Entiendes a lo que me refiero? -preguntó Kat.

Felicia asintió.

-Sí. De alguna manera... aquí se está prendiendo un fuego. ¡Y nosotras estamos en medio de él!

-¿No deberíamos intentar enseguida regresar a Alemania?

-Es demasiado peligroso -repuso Felicia. No quería decirle que algo la empujaba a quedarse en Petrogrado. No daba mucho crédito a esas sensaciones, y le habría resultado ridículo hablar de ellas, pero algo la llevaba a aplazar la decisión de viajar a casa. No quería volver, había una inquietud en ella que exigía quedarse exactamente allí donde la vida y el destino prometían ser más turbulentos.-. ¿Dónde está tía Belle? -preguntó para cambiar de tema.

Las dos chicas miraron a su alrededor, pero Belle parecía desaparecida. Se pusieron a buscarla y al fin la encontraron en la escalera, donde se había sentado en el alféizar de una ventana y tosía en el pañuelo. Estaba muy pálida, el maquillaje no lograba ocultar las sombras debajo de los ojos.

-Tía Belle, ¿qué haces aquí? -exclamó alarmada Felicia.

Belle alzó la cabeza.

-Ah, niñas, volved a la sala. Estoy bien.

-No tienes buen aspecto. ¡Y estás tosiendo!

Un violento estertor salió del pecho de tía Belle. Apretó el pañuelo contra su boca y esperó, encorvada, a que se le pasara el ataque.

-De verdad, no es nada. He pillado un resfriado. ¡Id y divertíos!

Vio cómo las chicas volvían a la sala. El dobladillo de sus vestidos susurraba en el suelo. Belle respiró hondo. «¡Dios mío -pensó-, no dejes que me ponga enferma!»

En alguna parte, probablemente en el hueco de otra ventana, dos hombres conversaban en voz

baja.

-El frente se está desmoronando. Todos los días desertan millares. Dicen que han asesinado a oficiales.

-El zar debería sacar de Rusia a su familia. Aquí las cosas se van a poner demasiado calientes.

-Me temo que no comprende la gravedad de la situación.

-Es algo que tiene en común con la mayoría de los príncipes de este mundo. Cuando es el propio trono el que empieza a tambalearse, se hacen los sordos y los ciegos...

Las voces siguieron hablando, pero en los oídos de Belle se disiparon. Contempló con ojos febriles el suelo de mosaico, las paredes de estuco, y fue como si todo se disolviera, como si formas y colores perdieran sus contornos, como si su cuerpo dolorido, las paredes vacilantes, las palabras «subversión» y «revolución» se tendieran la mano.

«Julius me necesita -pensó furiosa y desesperada-, ¡Julius me necesita, y yo estoy aquí, y la sangre me brota de los pulmones!»

Lentamente, se dejó caer en el alféizar de mármol. Unos minutos más. Enseguida podría volver a mezclarse con la gente. Los ataques se sucedían con creciente frecuencia en los últimos tiempos, pero entre uno y otro aún encontraba fuerzas para ocultar su enfermedad a los ojos de los demás. De la sala venía música; con los ojos cerrados, la escuchó y esperó a que la vida regresara a su cuerpo.

La revolución empezó, poderosa como un enorme incendio, imparable como una gran tormenta que desborda los diques. La bandera roja ondeó primero en Petrogrado, dos días más tarde en Moscú, y luego abarcó todo el Imperio zarista y lo alzó de sus seculares cimientos. El 18 de febrero de 1917 dejó de haber pan en Petrogrado. Los escaparates de las panaderías fueron destruidos, las tiendas saqueadas. En todas las plazas y rincones se congregaban manifestantes.

El 23 de febrero hubo manifestaciones en las grandes avenidas de la ciudad, la Samsonevski y la Viborgskaia. Los trabajadores de la fábrica Putilov se pusieron en huelga. El 24 de febrero hubo sangrientos disturbios en los barrios más poblados, el Petrogradskaia Storona y el Vasilevski Ostrov. Los puentes sobre el Neva estaban vigilados por patrullas armadas. Todas las fábricas de Petrogrado estaban en huelga.

El 25 de febrero se convocó la huelga general. Hubo terribles enfrentamientos entre la policía y los manifestantes.

El Palacio de Justicia fue presa de las llamas. El 27 de febrero se produjo la entrega a los revolucionarios de la mayoría de los cuarteles. Los soldados repartieron armas y munición a la población.

El 28 de febrero, el regimiento Pavlovski, el más famoso de la guardia imperial, salió de su cuartel y se dirigió al Palacio de Invierno.

Poco después, ondeaba en sus tejados la bandera roja. Desde aquel día, desde la tarde del 28 de febrero de 1917, el Gobierno imperial de Petrogrado había dejado de existir. Ya no estaba. La ciudad se encontraba en manos de los revolucionarios.

El 27 de febrero fue el día en que los disturbios alcanzaron su punto culminante. Fue el día en que ardieron las comisarías y las cárceles, y el invernal cielo gris sobre Petrogrado estaba lleno de humo. Casi no quedó una calle en la que no hubiera manifestaciones, en la que no se rompieran ventanas, se saquearan comercios, se ocuparan casas en busca de adversarios. La policía, antaño corrupta y cruel y el poder más temido del Estado, había dejado hacía mucho de perseguir para

ser perseguida. Los policías no encontraron ayuda en ningún sitio, ni en el ejército ni en los cosacos, que se negaron a disparar sobre la multitud e, inesperadamente, se solidarizaron con los revolucionarios.

Los policías buscaron refugio en casas de desconocidos, luego cayeron en manos de la multitud insurrecta; les esperaba una muerte cruel: fueron apuñalados con bayonetas, acribillados por balas de fusil, ahogados en el río, ahorcados en oscuros patios interiores, pisoteados o simplemente despedazados. En todo el país no había ninguna institución tan odiada como la policía.

Mascha estaba allá donde el infierno rugía con más fuerza. Se había atado a la cabeza un chal rojo chillón, a la manera de los piratas, bajo el que ondeaban sus largos cabellos. Llevaba su viejo vestido marrón con remiendos y parecía la encarnación de la Revolución francesa. Habría podido ser una de las mujeres que, con un brillo febril en los ojos, acompañaban a los carrromatos que iban de las cárceles a la guillotina.

Había conseguido una pistola y abatió a un policía. Él intentaba salir de una casa asaltada por los manifestantes, pero para su desgracia Mascha estaba en la puerta. Con sangre fría, levantó el arma y disparó. El hombre se quedó mirándola fijamente, dio unos pasos tambaleantes hacia ella y se desplomó sobre la sucia nieve pisoteada.

Dentro resonaba un gran griterío.

-¡Aquí hay otro cerdo! -dijo un hombre, y las voces histéricas de unas cuantas docenas de mujeres respondieron:

-¡Sujetadle!

«Ahora está corriendo por su vida», pensó Mascha. Contempló la casa con ojos entornados y fríos. En algún sitio se oían disparos, los gritos resonaban en el aire. Cien fuegos ardían en la ciudad.

El policía había llegado hasta una ventana del segundo piso y estaba atrapado. A su espalda la furiosa multitud, ante él el abismo. A Mascha se le pasó por la cabeza: «Un torturador al borde de la muerte. ¡Qué míseros se vuelven en su miedo!». Eligió el suicidio. Saltó a la calle y se quedó tendido en una postura extrañamente descoyuntada. Gemía de dolor. Morir le costó cinco minutos enteros. Mascha estaba a su lado. Contemplaba relajada sus últimos estertores. A sus ojos no estaba muriendo un hombre, era un sistema entero el que se retorció a sus pies en la agonía.

Miró a su alrededor. No, ya no había rastro de Maksim. Había ido con ella hasta allí, pero luego se había unido a un grupo que quería ocupar el Palacio de Justicia. Esperaba hacerse con los documentos de las detenciones y procesos de los últimos años. Mascha sonrió. Maksim soñaba con un derrocamiento ordenado. Los criminales del antiguo régimen debían ser declarados culpables y condenados con ayuda de pruebas minuciosamente confeccionadas. Nada de asesinatos, nada de incendios. Una limpia decadencia del antiguo imperio, una limpia instauración del nuevo sistema. Aún no había entendido que la revolución se alimentaba de sangre y la necesitaba para mantenerse.

El estampido de los disparos sonaba lejos, tan lejos que no lo relacionó con ella. El ardiente dolor que le atravesó la pierna la sorprendió. La sangre empapaba su vestido. Había caído de rodillas sin darse cuenta. Lentamente, entendió: era su sangre la que corría pegajosa por su pierna.

Alzó la cabeza. Oh, al diablo con ese hijo de puta sonriente que estaba allí delante de ella, con las piernas abiertas, con sus pesadas botas negras. Un maldito policía. Había disparado sobre ella, y ahora veía cómo su sangre caía sobre la nieve. Pero... no sonreía. En eso se había equivocado. Su rostro solo estaba deformado, por el miedo, por el odio, por el agotamiento. Mascha levantó la pistola, cuya existencia el otro no había advertido hasta ese momento, y

disparó. Siempre había tenido buena puntería. Lo alcanzó en medio del corazón, y el policía cayó como un trozo de madera.

Tenía que apartarse de la calle. Si se quedaba allí tirada, en algún momento la pisotearían, sus camaradas o sus adversarios. La ciudad estaba enfurecida. Durante bastante tiempo, nadie haría sutiles distinciones. Se arrastró a cuatro patas a lo largo de la acera. Allí, en aquella casa, la puerta estaba abierta, la multitud la había saqueado temprano. Una antigua panadería, o... ya no lo sabía...

Solo sabía que perdía sangre, ¡mucho, demasiada sangre! Ese rastro rojísimo tras ella... Todo le daba vueltas. ¿Quién dijo lo de aquel anciano y toda esa sangre? Shakespeare...

«¡Mascha interpretará a Lady Macbeth!» Recuerdos del colegio, los ensayos de teatro en clase de inglés. Mascha, la chica con las manos manchadas de sangre. La universidad, Mascha con blusa blanca de puntillas, los cabellos recogidos.

-Exigimos que admita a las mujeres en sus seminarios, profesor. Somos estudiantes legalmente matriculadas de esta universidad.

-¡Escuchen a esta sufragista, señores! ¿Están de acuerdo en bajar el nivel de nuestras clases hasta que corresponda al pensamiento de estas damas? ¡Piénsenlo bien! En compensación, se les ofrecería de vez en cuando una encantadora estampa...

El movimiento feminista y la lucha del proletariado... ¡Y ahora se arrastraba por las calles de Petrogrado y se desangraba! Era correcto, era consecuente, era edificante. ¡Pero ella quería vivir! Alcanzó la puerta abierta y se arrastró hasta el devastado interior de la casa.

La mañana de ese mismo día empezó en casa de los Von Bergstrom con una catástrofe. Julius ya se había ido al cuartel, y el resto de la familia seguía sentada para el desayuno, es decir, seguía sentada a la mesa, porque no había nada que comer, pues las reservas estaban agotadas y nadie había podido conseguir pan, leche o mantequilla en toda la ciudad. Los gruñones estómagos se calmaban con un tenue sucedáneo de café. La mañana aún estaba oscura y solo ardía una lámpara de petróleo; las centrales eléctricas estaban ya en huelga.

Hacia las diez, Olga, la niñera de Kazajstán, entró en la estancia, con las mejillas arrojadas por los nervios, y explicó en una mezcla de alemán y ruso que no podía encontrar por ninguna parte a la pequeña Nicola, que lo había registrado ya todo, sin dejar un solo rincón de la casa, y temía que la niña hubiera salido a la calle, probablemente ignorante de las circunstancias, tomando por fuegos artificiales el incesante estampido de las salvas de fusil, y madame sabía que a Nicola le encantaban las aventuras, y además...

Al llegar a ese punto, Olga se detuvo conteniendo la respiración. Lo que Belle hizo entonces nunca lo había hecho con un subordinado. Se levantó, fue hacia Olga y le dio una bofetada con todas sus fuerzas.

-No tenías ninguna otra tarea más que cuidar de mi hija -saltó-, eres una estúpida, vaga y negligente. ¡Puedes irte, y no hace falta que vuelvas!

Los ojos de Olga ardían.

-Estas costumbres pronto habrán terminado -dijo antes de salir de la habitación. Nina corrió tras ella. Fuera, se oyó a las dos chicas hablar con vehemencia.

Belle se llevó ambas manos a las sienes.

-Yo... tengo que salir a buscarla enseguida -comentó como para sí misma-, ¿dónde puede haber ido? Esos monstruos no van a hacerle nada a una niña...

Felicia y Kat la sostuvieron, cada una por un lado.

-Tía Belle, no puedes salir a la calle, ¡oye cómo disparan por todas partes! -exclamó Felicia-. ¡Es demasiado peligroso!

-¡Mi Nicola está ahí fuera!

-Nosotras la acompañaremos, madame -repuso Kat-, de ninguna manera la dejaremos salir sola. Felicia la miró fijamente. Le pareció que Kat no estaba en sus cabales. ¿Cómo podía hacer una propuesta tan absurda?

-¿De verdad lo haríais? -preguntó Belle-. Pero por favor... ¡ni una palabra en alemán! Prometédmelo. Aquí no es bueno hablar de los alemanes.

Las tres mujeres se pusieron los abrigos y se calaron sus gorros de piel. Felicia sabía que no podía negarse y quedar bien. Siguió a las otras a la calle.

El aire era frío y seco, la nieve crujía bajo los pies. La calle estaba extrañamente muerta, faltaba incluso la campanilla del tranvía que solía pasar por allí.

Mucha gente se había atrincherado, otros habían huido del país. El repiqueteo de los fusiles sonaba terriblemente alto en el silencio.

Una patrulla de policía había cortado el puente sobre el Neva. Belle preguntó a cada uno de los hombres por Nicola, pero nadie pudo decirle nada. Había pasado mucha gente por allí en las últimas horas, sin duda también niños. «Por lo demás, madame, yo en su lugar hubiera cuidado de que mi hija no saliera a la calle... ¡en estos tiempos!»

«Olga es desde luego una estúpida», pensó amargada Felicia. Se envolvió más en su abrigo y se echó el aliento en las manos. Había olvidado los guantes y hacía mucho frío.

Vieron, a lo lejos, una caravana de manifestantes. Banderas rojas allá donde se mirase. Decidida, Belle tomó esa dirección.

-Ella siempre va detrás de la gente -explicó-. Puede que esté en medio de ellos.

-Como si no fuera una locura buscar a una niña en una ciudad como esta -murmuró Felicia.

Junto a ellas, un adoquín rebotó en el suelo.

-¡Es la esposa del coronel Von Bergstrom! -chilló una mujer-. ¡Es una alemana! ¡Una espía! ¡Una traidora!

Belle miró el rostro de las otras con indiferencia.

-Proletariado -soltó con menosprecio. Luego añadió:- ¿Han visto quizá a mi hija? Una niña pequeña, de pelo negro, de nueve años.

La mujer echó atrás la cabeza y rio estruendosamente. Apenas podía calmarse, parecía al borde de un ataque de histeria. Felicia la contemplaba con espanto. ¿Era ese el rostro de la revolución? En su ingenua idea, la revolución tenía siempre algo de romántico, pero ahora... se parecía cada vez más a una pesadilla.

Oyeron un sonoro estampido a lo lejos, y de pronto se alzaron al cielo llamas y humo.

-Oh, Dios, ¿qué es eso? -gritó Kat horrorizada.

Los manifestantes que habían visto a lo lejos se precipitaban hacia el puente. Gritaban algo que Felicia no entendía.

-¿Qué gritan, tía Belle?

-El Palacio de Justicia arde. Ese fuego de ahí es el Palacio de Justicia. ¡Dios mío, Nicola!

Belle gritaba el nombre de su hija una y otra vez. Un policía la agarró por el brazo.

-Debería irse de aquí lo más rápido posible, madame. ¡Va a haber un jaleo terrible dentro de muy poco!

Los manifestantes habían llegado al puente. Volaban adoquines, sonó un disparo. Felicia se sintió arrastrada por la furia de la multitud y empujada contra la barandilla del puente. «Dios mío, me

van a matar», se le pasó por la cabeza. Muy por debajo de ellos, los témpanos de hielo brillaban azulados en el río. Se agarró con las dos manos a la barandilla mientras, inclinada hacia delante, luchaba por tomar aire. Si esa gente, esa maldita gente, apretaba aún más, iba a caerse. ¿Es que nadie se daba cuenta de que iba a caerse? ¿Dónde se habían quedado Belle y Kat?

«¡Santa María, es una pesadilla! Haz que no sea nada más que un sueño. Hazme despertar en casa, en Lulinn.» Oyó su propio grito antes de perder el sentido y caer al suelo... no a las onduladas aguas del Neva, mortalmente heladas, sino a las duras piedras del viejo puente.

Maksim lanzó una última mirada a las llamas, luego se dio la vuelta. El Palacio de Justicia era igual que una pira, no tenía sentido mantener la esperanza de poder salvar documentos de entre las llamas. Al parecer, tampoco a nadie le interesaba. El incendio iluminaba rostros cubiertos de hollín. Un símbolo ardía hasta los cimientos... el símbolo de un régimen, de una justicia, que había extendido durante demasiado tiempo el temor y el miedo, y arrojado a demasiadas personas discrepantes a oscuras mazmorras, a salas de tortura y al desierto helado de Siberia.

«La gente quería venganza -pensó Maksim-, venganza, mucho más que justicia.»

Se sentía agotado, y por primera vez se preguntaba si aguantaría.

Recorrió las calles sumido en sus pensamientos. Apenas veía a la gente que venía en dirección contraria. Y de pronto distinguió un rostro que habría reconocido entre millares... Felicia. Habría esperado ver cualquier otro rostro antes que el suyo en las calles de Petrogrado. Le pareció tan inverosímil que durante unos segundos creyó que estaba viendo un espejismo o que era víctima de una ilusión. Entre las masas furiosas de gente, los manifestantes que rugían, los policías presos del pánico, los cosacos indecisos, hacia él avanzaba una chica envuelta en un abrigo negro, un pálido rostro rodeado de una cascada de cabellos castaño oscuro. No podía creerlo. En medio de la ciudad hirviente y repleta, se dirigían el uno hacia el otro, como si fueran visitantes de una isla solitaria en la que, en sus paseos por una desierta playa orlada de palmeras, tuvieran necesariamente que encontrarse en un momento u otro. Ambos se vieron en el mismo instante y se detuvieron.

-¡Maksim!

-¡Felicia!

Instintivamente, él la agarró por el brazo y la apartó unos pasos, hacia la protección de la entrada de una casa.

-Felicia, por lo que más quieras, ¿qué haces tú aquí?

-Busco a mi prima. Está...

Él no pudo evitar echarse a reír. Con una ingenuidad que no conocía en ella, y que probablemente era el eco de los horrores que acababa de superar, había tomado al pie de la letra su pregunta.

-No, quiero decir, ¿qué haces en Petrogrado? ¿Pensaba que aún estabas en Munich!

-Oh... es una larga historia... Era enfermera en el frente de Galitzia, y fuimos hechas prisioneras durante la ofensiva Brusilov. Mi tía Belle me sacó del campo de concentración y me trajo aquí, allí había tifus, y... oh, mataron a mi padre, un soldado ruso, en algún sitio de Bucovina, un día de calor abrasador...

-Pobre niña -dijo con dulzura Maksim.

El sonido de su voz la sacó de su trastorno.

-¿Y qué haces tú aquí? -preguntó.

Él sonrió.

-Hago la revolución. En realidad, no tengo tiempo para estar aquí charlando contigo.

-Pero no puedes irte sin más ahora, Maksim. Me he perdido. Hemos ido a parar a una manifestación, y han estado a punto de tirarme al agua. Me desmayé. Cuando recobré la conciencia, ya no pude encontrar a tía Belle y a Kat.

Justo al lado de ellos sonó un disparo. Felicia gritó. De manera instintiva, Maksim la atrajo a sus brazos. Apretada contra su pecho, respiró un olor consoladoramente familiar. Cigarrillos... Sí, Maksim siempre había olido a cigarrillos. Pero entonces ella le abrió el abrigo y retrocedió un paso con la vista clavada en la funda de su cintura, en la que llevaba una pistola.

-Maksim...

Él había seguido su mirada.

-¿Qué te asusta tanto? Cuando era soldado también llevaba armas, pero entonces no palidecías.

-¡Era la guerra!

-Esto de aquí también es la guerra. Y sabe Dios que en ella a las niñas pequeñas no se les ha perdido nada. Voy a llevarte con tu tía Belle.

-¡No soy una niña pequeña!

Él la miró de pies a cabeza.

-Para mí sí. Bueno, ¿dónde vive tu tía Belle?

Con rabia contenida en la voz, dijo la dirección. Maksim alzó las manos, resignado.

-Eso está al otro extremo de la ciudad. No podremos pasar. Todos los puentes están cortados. Me temo que tendrás que quedarte en nuestra casa hasta esta noche.

-¿Nuestra...?

-Mía y de Mascha. -Su voz sonó deliberadamente brutal cuando lo dijo.

Felicia palideció.

-Muchas gracias. Prefiero seguir vagando por las calles.

-Absurdo. Sería un suicidio. Eres alemana, y se te ve a la lengua tu origen burgués. ¡Así que no te pongas así!

La agarró bruscamente por el brazo. Mientras corrían por las calles, él se preguntaba una y otra vez por qué se había merecido esa situación.

«Esta -pensó Mascha-, es seguramente la más absurda y loca concatenación de azares que ha existido nunca.»

«¡Maksim, Felicia y yo en medio de la Revolución rusa!» Ya no sabía con exactitud cómo había llegado a su casa, a su sótano. Sola no, desde luego. Unos camaradas la habían encontrado rodeada de su propia sangre en la panadería saqueada, la habían recogido y llevado a casa, sosteniéndola medio en volandas.

-Necesitas un médico, Mascha -había dicho el barbudo estudiante que le había examinado y vendado de urgencia la pierna-, hay que sacar la bala.

-¿No puedes hacerlo tú, Iliá?

-Primer semestre de medicina, no tengo ni idea de práctica. Y ni un gramo de cloroformo.

Maksim y Felicia llegaron cuando los otros acababan de irse a buscar un médico.

-Oh, no -dijo Mascha al ver a Felicia-, ¿de dónde sale esta ahora?

Maksim se arrodilló junto a ella. Con cuidado, le levantó el vestido ensangrentado y observó la herida. Felicia tragó saliva. Tenía muy mal aspecto.

-La bala de un policía -explicó Mascha-, pensé que había llegado mi última hora. -Su mirada volvió a la pálida Felicia, con su hermoso abrigo de piel-. Maksim, dime, ¿de dónde la has sacado?



-Vivo en casa de unos parientes de Petrogrado -dijo Felicia, y su voz sonó un tanto superior-, y me había perdido en la ciudad. Por suerte me encontré a Maksim.

-Sí que es suerte. Dígame, ¿su niñera nunca le enseñó que una joven no puede caminar sola por una ciudad desconocida?

-Quizá la suya no se lo enseñó a usted. Al menos yo todavía puedo andar sola -contraatacó Felicia.

Se ajustó el abrigo y se sentó en una silla. Miró con repugnancia el oscuro sótano. ¡Que Maksim tuviera que vivir tan miserablemente! Era propio de Mascha exigirselo. Felicia la observó y constató con cierta satisfacción que tenía un aspecto muy desmejorado. Los dolores deformaban su rostro, tenía los labios ásperos y agrietados, las cejas se destacaban severas y negras en su piel amarillenta. Pero Maksim no parecía advertirlo. La contemplaba temeroso, y tenía una expresión en los ojos... ¡Dios! Felicia se puso bruscamente en pie. En la mirada de él había demasiadas cosas en las que ella no quería pensar.

Al cabo de un rato aparecieron dos camaradas con un médico a rastras. De pronto todos empezaron a hablar en ruso, y Felicia no entendía una palabra... El estudiante barbudo la miró y le hizo una pregunta a Maksim, que este contestó escuetamente y sin mostrar interés. Felicia sabía que su presencia era una provocación, pero no le habría molestado si Maksim no hubiera estado de parte de los otros.

Nunca había sentido con tanta fuerza el profundo abismo que había entre los dos. Echaba de menos su casa, y luchaba con las lágrimas.

Todos se arremolinaron en torno al lecho de Mascha. En la estancia reinaba un penetrante olor a cloroformo. Le habían puesto en la boca un trapo empapado en el anestésico, y el médico empezó a sacar la bala. Felicia miraba de vez en cuando por el estrecho tragaluz que estaba justo debajo del techo y dejaba ver el pavimento de la calle. Siempre le había mareado el cloroformo. En el hospital no se había molestado en ocultar su debilidad; la mayoría de las veces le servía para que la eximieran de atender la mesa de operaciones. Esta vez, luchó contra ella. No iba a hacer lo más mínimo para confirmar a esa gente el cliché de la delicada señorita burguesa. El sudor le inundó la frente cuando oyó a Mascha gemir profundamente dentro de su inconsciencia. Se contuvo. Respirar hondo... ¡Si al menos allí entrara un soplo de aire fresco!

-Listo -dijo el médico en ruso. Levantó la bala en alto.

Todos rieron. Maksim apartó los cabellos de la frente de Mascha, se inclinó sobre ella. Felicia torció el gesto con desprecio.

Durante los minutos anteriores, ninguno de ellos había pensado en los combates callejeros. Por eso todos se sobresaltaron, y se quedaron petrificados unos instantes, cuando de repente la puerta se abrió y dos policías se precipitaron dentro de la estancia. Uno de ellos se tambaleaba, con la mano apretada contra el vientre. Por entre los dedos se filtraba la sangre. El otro parecía ileso, pero su rostro estaba ceniciento. En los ojos de ambos palpitaba el horror.

El médico retrocedió hasta la pared. Mascha se volvió, inquieta, hacia un costado. El efecto del cloroformo empezaba a desaparecer. Gimoteaba medio dormida, bajito, como una niña. Felicia no se movió de su sitio. Tenía miedo. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué querían esos dos? ¿Qué iba a pasar?

En un principio, nadie se dio cuenta de la situación. Al policía herido le flaquearon las rodillas y se dejó caer en una silla. Fuera se oían disparos de fusil. El otro policía dio un paso hacia delante. Dijo algo en ruso, y de pronto los ojos del revolucionario barbudo se agrandaron. Gritó frases incomprensibles y señaló al policía, cuya palidez se acentuó; este retrocedió vacilante, murmuró

unas palabras apaciguadoras, pero la voz parecía fallarle. El barbudo gritó algo a Maksim, furioso, iracundo y ronco.

Maksim titubeó. Luego, antes de que Felicia pudiera comprender lo que ocurría, había sacado la pistola. El estampido de los disparos se mezcló con el atronar de los fusiles fuera y los gritos de Felicia. Los policías cayeron al suelo y quedaron inmóviles.

De pronto el silencio reinó en la estancia.

Maksim tenía un aspecto lamentable. Mascha, oscilando entre la inconsciencia y la vigilia, hizo un par de preguntas confusas a las que nadie prestó atención. Felicia se arrebujó en su abrigo buscando protección. Con una arruga marcada en la frente, contempló a los dos muertos a sus pies. Todo había ocurrido tan deprisa.

-Así son las cosas -dijo Maksim-, esto es la revolución. Este policía torturó a Ilia -señaló al barbudo estudiante de medicina- en la cárcel de Kresty. Tenía que matarle. Quizá tú no lo entiendas, pero... -Se interrumpió y gritó de pronto, mientras agarraba el brazo de Felicia-: ¡Tenía que hacerlo! ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¡Acabo de decirte que no se te ha perdido nada en una revolución!

Felicia le miró con frialdad.

-Dios mío, yo no he dicho nada -repuso, y se soltó con brusquedad. Había tenido tiempo para recuperar el control, y había llegado a la conclusión de que los policías muertos no eran de su incumbencia-. ¿Tendrás... quizá un cigarrillo que puedas darme?

Se sentó, cruzó las piernas y tomó uno de los cigarrillos que le ofrecía. Cuando Maksim se inclinó para darle fuego, ella vio un rasgo nuevo en torno a su boca. Comprendió que acababa de ganarse un poco de respeto ante él.

Felicia fue recibida en casa con entusiasmo y lágrimas. Kat la abrazaba sin cesar, y Belle anunció que tenían que tomar todos un aguardiente para recuperar las fuerzas. Puso a Maksim, que se mantenía en segundo plano, un vaso en la mano y brindó con él. Conocía a Marakov de Lulinn y creía recordar que había salido a menudo a cabalgar y a pasear con Felicia. Lo había considerado una inofensiva amistad juvenil. Ahora, después de que el primer asombro por su presencia allí se disipara, su mirada fue al rostro de su sobrina. Lo entendió de golpe, y empezó a intuir complicaciones.

-¿Ha vuelto Nicola? -preguntó Felicia cuando Kat dejó al fin de abrazarla y besarla.

Belle asintió.

-De hecho había salido a la calle, pero no llegó demasiado lejos. Una amiga la trajo. ¡Oh, qué día! ¡Necesito otra copa de aguardiente!

-Ahora, quisiera despedirme -dijo Maksim con voz fría y cortés.

Belle le tomó la mano.

-¿Puedo invitarle a comer en los próximos días, monsieur Marakov?

-Me temo que es imposible. Yo... -una burla divertida pasó por su serio rostro- estoy en cierto modo en el otro bando, ¿sabe?

-Lástima -repuso Belle, sin que su amabilidad palidciera ni un grado-. Entonces que le vaya bien. Y que llegue sano y salvo a casa.

Un frío viento de invierno entró por la puerta abierta de la casa. En alguna parte, alguien cantaba a voz en cuello «La Internacional». Ya no disparaban. Maksim se detuvo bajo el farol de la entrada, tras él blancos copos de nieve caían al suelo; terrazas, tejados y torres resplandecían blancos en la oscuridad.

Felicia le miró y supo que, de todas las imágenes de Maksim, esa iba a ser la que se le grabara con más persistencia. Ella estaba dentro de la casa caliente, y él en medio de la nieve, y entre ellos se abría un abismo que parecía insuperable. Nunca le había querido tanto, y nunca había sido más consciente de los límites de su poder que en el momento en que él se puso lentamente los guantes, volvió a dirigirle una breve cabezada y desapareció en la noche. Ella se contempló sorprendida y se preguntó qué había sido de sus armas. Su hermoso rostro, su sonrisa, su brillante cabello, su delicada figura, habían perdido al parecer todo su efecto. Por primera vez en su vida, su ilimitada confianza en sus propias capacidades vaciló.

-¿Vas a volver a verla? -preguntó Mascha. Yacía en la cama y la pierna le dolía mucho, pero las primeras fuerzas empezaban a retornar a ella.

Maksim estaba junto a la ventana, ante la que la nieve se apilaba. Pronto allá abajo dejaría de llegarles la luz del día. Tardó un tiempo en responder a la pregunta de Mascha.

-No -dijo con decisión-, casi seguro que no. Si no vuelve literalmente a correr hacia mis brazos como hoy, nunca volveré a verla. No me interesa nada.

Creo que lo he superado todo, el campo de concentración y la enfermedad, porque tú existes y estamos destinados a ser felices juntos. Por eso creo también que soportaremos todo lo que aún ocurra. ¡Si al menos supiera cómo estás! Hace tanto que no sé nada de ti. ¡Pero siento que sigues vivo!

Kat dejó la pluma y volvió a leer la carta. Estaba dirigida a Phillip, pero no tenía ni idea de si llegaría alguna vez a sus manos. Iba a enviársela a su padre, a Munich, y pedirle que la reenviara a Francia.

Se levantó y fue hacia la ventana. Aún era temprano, ni un rayo de luz se dibujaba en el horizonte. Como solía ocurrir después de las noches de nieve, la mañana era de una calma pesada, hechizada.

Kat quería enviar la carta enseguida. Esperaba que nadie tuviera dificultades por causa de ella. Belle había dicho que las chicas debían tener mucho cuidado con las cartas que enviaban a Alemania, y por eso las cartas a Elsa estaban redactadas en un complicado código. Y las de Phillip... Cartas de amor, ¿quién iba a sacar un hilo de ellas? Salió de su habitación. Nada se movía en la casa. Se deslizó escaleras abajo -en la oscuridad, la luz aún no estaba encendida- y se puso el abrigo.

Mientras recorría la calle, vio ventanas rotas en muchas de las casas. Una pared de tablas delante de una obra estaba acribillada a balazos. Detrás de una valla vio algo que parecía un pie. ¿Habría un muerto allí? Tenía que haber habido muchos muertos el día anterior.

Se apartó con un escalofrío y siguió apresuradamente su camino.

Nina había pasado la noche con su amigo Yuri, y fue una de las noches más fantásticas que habían tenido nunca. La revolución se había ganado a Yuri. El día anterior, estuvo en la columna de trabajadores que se manifestaban por Petrogrado, había agitado los puños, arrojado piedras, exigido con los otros, en ruidoso y furioso coro, pan y paz, libertad e igualdad, y la conciencia de ser parte de un gran, único, imparabile movimiento le daba fuerza y seguridad.

Se había pasado toda la noche hablando. Nina pensaba en eso cuando atravesaba la madrugada, por las calles oscuras, hacia la casa del coronel Von Bergstrom. En las palabras de Yuri acerca de la revolución, y en lo que ella misma había dicho. Antes, ya le había hablado cien veces de su vida de criada, pero nunca con tanto odio y tanta rabia en la voz como aquella noche.

-La vieja Von Bergstrom me ha hecho la vida imposible, no te lo puedes imaginar. «¡Nina, haz esto, Nina, haz lo otro!» ¡La he peinado, he escogido sus hermosos vestidos cuando iba al baile, le he puesto las joyas en su fino cuello! -De pronto la voz de Nina había sonado alta e impostada-. «No, Nina, el collar de granates lo llevé la semana pasada para el cumpleaños de la zarina. ¡Mejor dame las esmeraldas! ¡Ten cuidado, has dejado caer los pendientes!...» Oh, Yuri, no imaginas cuántas noches he pasado en vela cuando tenía que esperarla. Y entonces venía... estaba guapa, muy pálida, porque siempre se ponía pálida cuando se achispaba, y su boca roja y rellena. Se quitaba los zapatos de tacón y se reía. «¡Nina, tráenos una botella de champán!» En mitad de la noche, ¿comprendes?, en mitad de la noche se bebía el champán como otros beben agua. Se sentaba en la alfombra blanca delante de la chimenea y entonces monsieur entraba en la habitación, el bello monsieur, y se adoraban el uno al otro. Dos personas tan hermosas... tan perfectas y hermosas...

Incluso ahora, al recordarlo, el rostro de Nina adoptaba una expresión dura, amarga. Las pasadas humillaciones volvían a arder, el odio acumulado durante años se reavivaba en el fuego de la revolución. Mientras estaba en los brazos de Yuri, se le habían pasado por la cabeza negros y malvados pensamientos. Venganza... tanta gente hablaba de venganza esos días... Quizá esa era la hora que siempre había estado esperando. Conocía a un montón de gente joven en Petrogrado. Hombres, sobre todo, de los que por supuesto Yuri no tenía noticia. También hombres que no carecían del todo de influencia, y que le debían más de un favor.

Al fin y al cabo, había sido extraordinariamente amable con ellos. Si les explicaba que en la casa Von Bergstrom no todo iba bien, que allí vivían dos chicas alemanas desde hacía semanas, no alemanas del Báltico, no, alemanas imperiales... Quizá a algunas personas en Petrogrado podría resultarles muy interesante.

Nina se detuvo, se volvió decidida y caminó en dirección contraria. Si hoy llegaba tarde, ¿a quién le importaba? Los tiempos estaban cambiando. De todos modos, madame ya no era quien mandaba allí. Dobló por una calle lateral y aceleró el paso.

Felicia se quedó en la cama hasta primera hora de la tarde. Durante la noche anterior había dormido mal, y las pesadillas la habían despertado dos veces con el corazón agitado. En ese momento, Maksim le vino a la cabeza; malhumorada, enterró el rostro en los cojines. A lo lejos se oyeron disparos. Los combates habían vuelto a empezar.

«¡Si pudiera estar ahí -pensó Felicia-, si pudiera ser como Mascha! ¡Si pudiera entender por qué lucha!» Sabía que no conseguiría fingir nada. No era capaz de fingir un idealismo que no sentía. No le interesaba que mejorase el mundo, no podía hacer como si la revolución y la lucha de clases fueran su ardiente interés.

No tenía nada en contra de disfrazarse de vez en cuando y alcanzar sus objetivos por caminos secretos, pero aquello era ir demasiado lejos. Parecerse a una mujer como Mascha era como negar completamente su propio ser, y de forma instintiva intuía que en algún momento Maksim empezaría a odiarla.

Cuando finalmente el hambre la asedió demasiado, se levantó, cogió una bata de Belle y bajó descalza a la cocina.

La cocinera la vio llegar, estaba desesperada.

-Si querer comer, nada -dijo en su mal alemán-, no pan, no bollos, no carne. ¡Nada! ¡Nada de comer!

-Algo tendrá que haber -dijo Felicia, y empezó a revolver en los armarios. Nada, no había nada. ¡En una ciudad civilizada! Encontró un paquetito de galletas reseca y preguntó si podía comérselas.

-Nada de comer, nada de comer -murmuró desdichada la anciana.

Felicia se preguntó un momento si debía compartirlas con Kat y Belle, pero luego venció la codicia. Devoró aquel dulce polvoriento, que tenía que ser un resto de hacía dos Navidades. Justo cuando había terminado, arriba se abrió la puerta de la casa. Oyó pasos pesados y lentos.

-El coronel -susurró respetuosa la cocinera.

-¿A esta hora? -preguntó Felicia.

En ese mismo instante Olga, la niñera, asomó la cabeza por la puerta. Llevaba ya su abrigo, porque Belle había dicho en serio lo del despido: antes de atardecer, Olga tenía que haber desaparecido.

-¡Está aquí, madame Lombard! ¡He estado buscándola por todas partes! -Olga llevaba en la casa

el tiempo suficiente como para hablar un alemán casi carente de acento-. ¿Podría hablar un momento con usted?

-¿Sí?

-A solas -dijo Olga, mirando de reojo a la cocinera.

Felicia renunció a encontrar algo más de comer. Un poco sorprendida, siguió a Olga al cuarto de la ropa blanca, que estaba al lado.

Mientras, en el salón, el coronel Von Bergstrom y Belle estaban, estrechamente abrazados, el uno con los brazos alrededor de la otra. Belle había apoyado la cabeza en su hombro y él besaba suavemente sus rojizos cabellos. Guardaron silencio durante largo rato, luego Julius dijo:

-Nunca hubiera creído que esto podría pasar. El regimiento Pavlovski es el más famoso, el más honorable de todos los regimientos de la guardia imperial. Hubiera jurado que, pasara lo que pasase, nos mantendríamos al lado del zar. Y resulta que son mis camaradas, mis soldados, los que han ocupado el Palacio de Invierno y han izado la bandera roja. Es como un mal sueño.

Belle alzó la cabeza y le miró:

-¿Y tú?

Con un movimiento de impaciencia, él se apartó de ella y retrocedió un paso.

-¡Estoy aquí, como ves!

-Lo que quiero decir, es: ¿cómo va a terminar para ti este asunto? ¡Te has distanciado abiertamente de la revolución!

-Lo sé. No podía ser de otra manera. No puedo traicionar mis convicciones. Dios sabe que no estoy con todo el corazón a favor del imperio. Pero he prestado un juramento de fidelidad. Sobre todo, no puedo aprobar la manera en la que aquí se ha sacado un sistema de sus goznes. ¡No puedo solidarizarme con esas hordas humanas que recorren las calles, despedazan policías y prenden fuego a las casas!

-Si no puedes, deberíamos dejar Petrogrado -respondió Belle, pragmática-, y lo antes posible. Podemos ir a Reval, con tu madre.

-¿Desertar?

-¡Desertar! ¿Qué vas a hacer aquí, más que esperar que vengan a detenerte? Han detenido a muchos oficiales a lo largo de los últimos meses. ¿Quieres ser el próximo?

-Por supuesto que no.

-Tus soldados ya no te saludan. En caso de duda, tampoco obedecerían tus órdenes. En este momento, tu presencia aquí es... superflua. Deberías tomarte un permiso y retirarte al campo.

-Creo que eso es imposible, Belle.

-Yo creo que es nuestra única salida, Julius.

Estaban el uno frente al otro, tan inflexible él como ella.

Abajo, en el cuarto de la ropa blanca, Olga hablaba entretanto con Felicia.

-La verdad es que no tengo ningún motivo para hacer un favor a madame, y tampoco sé por qué lo hago. -La mano de Olga se cerraba con fuerza alrededor de un monederito.

Felicia había ido arriba y lo había sacado del bolso de Belle.

-Pero una tiene cierto sentimiento de lealtad.

Felicia la miró con desprecio.

-¡Lealtad! Se hace pagar bien cara su lealtad. Bueno, ¿qué tiene que decir?

-Si madame me pone en la calle de un día para otro, tengo que cuidar de que me quede algo para vivir. Es justo, porque ahora tendré que buscarme alojamiento y pagarlo. Pero si quiere, ¡también puedo marcharme sin más! -Se volvió hacia la puerta con gesto ofendido.

Pero Felicia la agarró rápidamente por la muñeca y la retuvo.

-¡Alto! No es tan sencillo. ¡Ha cobrado, así que hable!

Olga se arregló el gastado abrigo.

-Lo único que puedo decirle, madame, es que Nina es un pequeño ser odioso. Siempre ha estado esperando el día de poder hacerles algo a los señores. «¡Mi momento llegará, Olga, puedes estar segura!», me decía a menudo. Y esta mañana ha hablado con un soldado que también sirvió una vez a las órdenes de monsieur, y que ahora se hace el importante en las manifestaciones. Nina conoce a muchos soldados. Tiene usted que saber que con ella ningún hombre está seguro, y siempre he pensado que es bueno que Yuri no sepa todo lo que hace cuando no está con él. Yuri es su novio. -Olga respiró hondo.

-Sí, ¿y qué? -preguntó impaciente Felicia.

-Eso es lo que iba a decirle, madame. Nina no sabe tener la boca cerrada, y por eso me lo ha contado todo. Bueno, el caso es que le ha dicho al soldado que el coronel tiene últimamente huéspedes en casa, dos mujeres alemanas, usted y mademoiselle Kassandra. ¡El soldado ha dicho que el coronel mismo es alemán, y que uno se pregunta de qué lado está! Nina también ha dicho que cree que el coronel las ha sacado a usted y a mademoiselle Kassandra de un campo de concentración. ¡No sé de dónde lo habrá sacado! Si me lo pregunta, creo que escucha detrás de las puertas. ¿No cree?

Felicia lo consideraba bastante probable.

-¡Ahora viene lo mejor! El soldado le ha dicho a Nina que monsieur lleva mucho tiempo en su lista. No sé a qué lista se refiere, pero suena mal, ¿no? ¿Y sabe lo que el soldado le dijo al final a Nina? «Espera, cariño, puede que esta noche el señorito la pase ya en prisión.» Eso ha dicho.

-¡Oh, Dios! -Felicia no logró ocultar su horror.

Olga la contempló, extremadamente satisfecha con el efecto de su historia.

-Eso era todo lo que quería contarle -dijo, y cogió su maleta. Su sonrisa era calculadora y perversa. Ahora me voy, y naturalmente lo mejor sería que no le diga a nadie que he avisado al coronel, ¿no? -Miró expectante a Felicia.

Esta respondió con frialdad a su mirada.

-¿Cuánto más quiere?

-Bueno, si puede darme otro tanto como me ha dado... Ahora soy una chica por completo falta de recursos, y tiene que comprender que tengo que pensar en mi futuro.

-Espere aquí. Hablaré con mi tía. Ella le dará el dinero. -Felicia salió de la habitación y corrió escaleras arriba. Olga era una víbora, pero no dudaba de que acababa de decirle la verdad. Denunciarlos a todos era característico de Nina, y en una época como aquella podía ser mortalmente peligroso. En silencio, elevó al cielo su gratitud por que la codicia de Olga hubiera vencido tanto a su amistad hacia Nina como a su odio hacia madame. Ahora la cuestión era cuánto tiempo les quedaba y qué podían hacer.

Olga había recibido su dinero y se había esfumado, y Belle hizo a toda prisa el equipaje, con ayuda de Kat y Felicia, que tenía sobre todo la misión de vigilar que Nina no entrara de pronto y advirtiera algo. Belle le había ordenado planchar y clasificar la ropa, y su satisfecho silbar se oía desde lejos. Era difícil hacer en silencio los amplios preparativos para el viaje, porque tampoco Nicola debía notar nada antes de que estuvieran realmente en marcha.

El coronel Von Bergstrom se había encerrado en la biblioteca y no se movía. La situación en la que de repente se encontraba lo ponía furioso.

La idea de tener que abandonar su casa y huir de la ciudad en medio de la noche, como si fuera un criminal, le causaba una profunda aversión. Además, todo aquel asunto se había convertido entretanto en objeto de intrigas de criados y descarados intentos de extorsión, y le parecía más indigno de lo que era capaz de expresar. Habría preferido hacer frente a una detención que huir de ella, pero no conseguía imponerse a aquella concentración de femineidad que estaba decidida a la fuga. Sus argumentos sonaban más lógicos que los de él, y no podía expresar en palabras el complicado andamiaje de honor y lealtad que subyacía a su pensamiento, y menos aún en palabras capaces de convencer a Belle.

-Prendas de abrigo sobre todo -murmuraba Belle-, la finca de la madre de Julius tiene unas corrientes espantosas, y en general es un poco del siglo pasado. Allí no vamos a necesitar vestidos elegantes.

-¿Iremos en coche a la estación? -preguntó dubitativa Kat-. Fíjese, Belle, vuelve a nevar.

De hecho, copos blancos surcaban la oscuridad.

-Lo conseguiremos -repuso Belle-, ¡rezad para que esta noche salga algún tren!

Julius von Bergstrom bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Llevaba un abrigo encima del uniforme y una gorra de piel en la cabeza. A la luz de las velas, su rostro tenía un aspecto pálido y torturado.

Belle le puso a Nicola el abrigo, la bufanda y los guantes.

-¿Te apetece que hagamos una excursión, Nicola?

-¿Adónde?

-A casa de tu abuela, en Estonia. ¿No es precioso?

Por fin, salieron de la casa sin ser vistos. Un frío iracundo los recibió, la nieve se arremolinaba en torno a sus rostros. Felicia se tapó la boca y la nariz con la bufanda. «Una no tendría que salir de su casa en una noche así», pensó.

Más tarde, ninguno de ellos fue capaz de decir de dónde habían salido de pronto los soldados. Nadie los había oído llegar. Salieron como sombras oscuras, fantasmales, de entre los muros, armados hasta los dientes, con fríos gestos.

-¿Coronel Von Bergstrom? -Un joven teniente se adelantó hacia Julius, pero sin saludar.

Julius se volvió hacia él.

-¿Teniente Mirov?

-Coronel Von Bergstrom, está detenido. Tengo que pedirle que nos acompañe sin oponer resistencia.

Julius asintió. Belle se interpuso como un pajarillo dispuesto a atacar.

-¿Qué es lo que hay en contra de mi marido, teniente?

-Lo lamento. No voy a dar ninguna información al respecto.

-Teniente Mirov, usted nos conoce. Ha sido huésped en mi casa a menudo. Usted y mi marido...

-A nadie le interesa lo que fui antes -interrumpió Mirov-, los tiempos han cambiado. Por lo demás, debería usted tener cuidado. ¿Estas de aquí -señaló a Felicia y Kat, que seguían sin entender la conversación, mantenida en ruso- son las dos mujeres alemanas que viven en su casa desde hace semanas?

-Nosotros mismos somos de ascendencia alemana -explicó Belle.

Mirov lo pasó por alto.

-Solo puedo decirle, madame, que está usted bajo vigilancia. Se han interceptado cartas, algunas dirigidas a un soldado alemán en Francia. Esto tendrá consecuencias.

Julius dio un paso hacia delante.



-Me gustaría explicar que...

Mirov volvió a cortarle la palabra:

-Podrá usted explicarse largo y tendido durante su toma de declaración. Ahora, haga el favor de venir.

-¿Cuándo volverá mi marido? -preguntó Belle.

Una sonrisa pasó por el rostro del soldado.

-¿Sabe, madame?... -respondió Mirov, con una cortesía en la que vibraba un desprecio imposible de pasar por alto-, lo más probable es que vuelva a verle cuando nos las llevemos también a usted y a las otras dos damas.

-Teniente Mirov, creo que no está autorizado... -empezó Julius en tono cortante.

Los ojos de Mirov se estrecharon.

-Cierre la boca, coronel. En este país se está haciendo limpieza, y el que calla sale mejor parado. Debería tomar nota de este buen consejo.

-¡Julius! ¡No te dejaré ir, me voy contigo!

Belle le agarró el brazo. De sus largas pestañas pendía un copo de nieve; tal como estaba, en medio de la oscuridad, parecía una princesa de un drama ruso, arrebatadoramente bella y desesperada, y Felicia pensó que habría tenido que ablandar a cualquier hombre en el mundo. Pero no a Mirov.

-No hay prisa, madame, vendrán a buscarla.

-Julius -dijo débilmente Belle.

Él se llevó su mano a los labios.

-No, Belle, no llores. No me pasará nada. No pienses ahora en mí. Tienes que cuidar de ti, y de Nicola, Kat y Felicia. ¡Por favor, Belle, no te preocupes!

-¿Adónde te llevarán?

-A la cárcel quizá, o a un cuartel, no lo sé. Carece de importancia, Belle, porque volveremos a vernos y todo será como antes.

Ella le miró, presa de una dolorosa comprensión. Fue como si solo en ese momento se diera cuenta de lo que la revolución significaba en realidad. Miró a su marido mientras desaparecía en la oscuridad en medio de los soldados y durante un segundo pareció que rompería a llorar. Apretó los puños dentro de los gruesos guantes de piel.

-Mami, ¿adónde va papá? -preguntó Nicola.

Belle la atrajo hacia sí.

-Volverá, Nicola, volverá.

-¿Ya no vamos a hacer ningún viaje?

-Me temo que no. -Con sus últimas fuerzas, Belle se obligó a adoptar un tono alegre-. Vamos, te llevaré a la cama. ¿Quieres que te cuente un cuento? Conozco uno muy emocionante. Escucha, érase una vez...

De camino a la estación, Belle sufrió un terrible ataque de tos que la obligó a guiar el coche hasta el borde de la calle, detenerlo y dejar pasar el ataque. Se inclinó medio ahogada sobre el volante. Felicia, sentada junto a ella, temblaba de miedo. Le parecía dudosísimo que llegaran a coger el tren nocturno a Reval, aparte de que posiblemente ya no salieran trenes en absoluto. Había tenido que sacar a Belle de casa casi con violencia.

-Id solas, niñas, tú y Kat y Nicola. Id a Reval, la madre de Julius os acogerá allí. Pero yo me quedo. No dejaré a Julius en la estacada.

-¡Tía Belle, no puedes hacer nada por él! Por favor, tenemos que intentar salir de aquí. Volverán a dejar en libertad a Julius y entonces vendrá con nosotras. ¡Belle!

-Marchaos solas.

Felicia había perdido los nervios y empezó a gritar:

-¡Vas a venir, lo harás aunque tenga que llevarte a la estación de los pelos! ¡Tú no sabes lo que es una cárcel, y por eso no te imaginas lo que te espera, porque si lo supieras correrías para salvar la vida! Vendrás, porque estamos en guerra y hay una revolución, y tengo miedo, tengo un miedo infernal de ir sola en tren a Reval, a través de todo este caos, porque soy una alemana que no sabe una palabra de ruso, acompañada de Kat, que apenas se ha recuperado del tifus, y de Nicola, que solo tiene nueve años. ¡No puedes dejarme en la estacada, tía Belle!

La resistencia de Belle se debilitó. Su miedo por Nicola fue decisivo. Nicola tenía que salir de Petrogrado, y si Felicia se negaba a viajar sola iba a quedarse allí. Así que terminó subiendo al coche.

Cuando se produjo el ataque de tos, habían recorrido la mitad del camino hasta la estación. Las calles estaban llenas de gente que cantaba y gritaba. Por el negro cielo nocturno se extendía una luz ardiente, el resplandor de un enorme fuego.

La cárcel de Lituania era presa de las llamas. La ciudad había enloquecido.

-Tía Belle, cuando estemos en Reval, deberías ir a un médico -dijo Felicia. En ese mismo instante Belle alzó la cabeza. Al resplandor del fuego, Felicia distinguió el pañuelo teñido de sangre en sus manos. Contuvo la respiración-. Tía Belle...

Belle le lanzó una furiosa mirada de advertencia. En el asiento trasero se oyó la voz de Kat:

-¿Qué pasa?

Las miradas de Belle y Felicia volvieron a cruzarse; en los ojos de Felicia había un abierto horror. Luego dijo:

-Nada, Kat. Tan solo me parece que tía Belle debería hacer algo con... su bronquitis.

-Ya estoy bien. -Belle devolvió el coche a la calzada.

Las rachas de nieve chocaban contra el parabrisas, las paredes de las casas pasaban sombrías a su lado. Felicia se envolvió más en el abrigo. Poco a poco empezaba a entender lo que había visto hacía unos instantes. Y se dio cuenta de que el mal aspecto de Belle, la palidez de su rostro, la impresión de que cada día estaba más encogida y flaca... todo aquello encajaba en una imagen. «Tuberculosis -pensó, y el pánico se alzó dentro de ella-, oh, Dios, tiene...»

Se clavó las uñas en la mano para tranquilizarse. Ahora debía controlar los nervios, aunque tenía la sensación de que el suelo desaparecía bajo sus pies. Belle había sido su sustento, pero Belle era una mujer mortalmente enferma...

La estación estaba repleta de gente, a pesar de la hora de la noche. Muchos querían abandonar la hirviente Petrogrado, apenas había forma de abrirse paso. Felicia y Belle cargaban con las maletas, Kat llevaba a Nicola de la mano.

-Pegaos a mí -instó Felicia a las otras-. Si nos perdemos aquí no volveremos a encontrarnos.

Belle se encargó de conseguir los billetes y de preguntar al cobrador si iba a salir algún tren aquella noche. Felicia, Kat y Nicola esperaban apoyadas en un pilar. Con ojos cansados y ardientes, miraban fijamente el tumulto que las rodeaba. Nicola se durmió casi de pie, de puro agotamiento; incluso había dejado de preguntar por su padre. Kat temblaba de frío, a pesar del cálido abrigo que llevaba. De vez en cuando le castañeteaban suavemente los dientes. A Felicia le enervaba, pero se tragó una observación mordaz. «No puedo prohibirle tener frío», pensó.

Por fin Belle reapareció, con su pálido rostro y el cabello rojo oscuro sobre el abrigo negro, la

mujer más hermosa que andaba por la repleta estación. Su aparición fue una punzada para Felicia. Ahora que conocía la verdad, la miraba con más precisión, y todo lo que antes le había resultado interesante -las mejillas carentes de sangre, las profundas ojeras- le parecía ahora amenazador.

De pronto tuvo la impresión de que iba a echarse a llorar, pero se contuvo.

-¡Tía Belle! ¡Por fin! ¿Tienes...?

-¿Billetes? Sí. El cobrador dice que el tren tendría que salir. Pero no sabe nada más concreto. Puede ser una noche muy larga.

Fue una noche muy larga. Finalmente acostaron a Nicola en un lecho de bolsos y maletas, para que por lo menos pudiera dormir. Kat se enroscó en el suelo, su cabeza cayó hacia un lado; se durmió para despertar sobresaltada cada pocos minutos y mirar con ojos perturbados a su alrededor. Felicia y Belle se mantuvieron despiertas.

En un momento dado, Felicia preguntó en voz baja:

-¿No deberíamos ir primero a ver al doctor Luchanov?

-No.

-¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

-Lo tomé por un resfriado mal curado, de verdad. Una pleuresía que no lograba superar. Solo en diciembre comprendí que...

-¡Hace mucho que tenías que estar en un sanatorio!

-Lo sé. Pero se hablaba ya de revolución por todas partes, y no quería dejar a Julius solo en ningún caso.

-¿Él no se dio cuenta?

-Estaba poco en casa.

Ambas callaron. Luego Belle prosiguió, con fingida confianza:

-Ya verás cómo, una vez en Reval, consigo controlarlo. Voy a llevar una vida terriblemente sana. Nada de cigarrillos, nada de alcohol. Largos paseos al aire libre, curas de descanso, mucho sueño. -Torció el gesto-. ¡Oh, Dios, será aburridísimo!

El tren partió en torno a las cuatro de la mañana. Felicia despertó a Kat, ayudó a poner en pie a Nicola, que lloraba de cansancio, y reunió las piezas del equipaje.

-Rápido -apremió-, ¡apresuraos! Kat, sujeta bien a Nicola, a toda costa.

En los andenes reinaba un tumulto indescriptible. Gente que gritaba, brazos, piernas, maletas, un perro ladrando en algún sitio. Felicia se abrió paso hasta el interior del vagón, tendió las manos y ayudó a subir a Belle, Kat y Nicola. Un hombre la insultó en ruso; supuso que por su desconsideración, pero ella no respondió. No quería ser reconocida como alemana.

Consiguieron dos asientos en un compartimento. Felicia insistió en que Kat y Belle los ocuparan y Nicola se sentara alternativamente en las rodillas de ambas. Ella se quedó de pie, apretada contra un hombre gordo, encajonada entre dos mujeres que charlaban a gritos por encima de ella. Las ruedas del tren traqueteaban, la locomotora siseaba y resoplaba. Fuera, la noche era profunda. Nevaba incansablemente. Petrogrado quedó atrás, mientras al este un fuego seguía pintando su luminoso resplandor en el cielo.

Llevaban casi dos días en camino. Una y otra vez, por insondables razones, el tren se detenía durante horas.

Cuando cruzaron el Narva y llegaron a Estonia, Belle respiró.

-Gracias a Dios. Ya casi estamos en casa.

Nevaba y nevaba cuando llegaron a Reval. Bajaron del vagón con los huesos doloridos y

tambaleándose de cansancio. Belle, que se había mantenido fuerte durante treinta y siete horas, empezó a toser de nuevo apenas pisó la estación nevada, y se refugió en el baño de señoras. Las otras se apretujaron en el vestíbulo, donde Kat y Nicola vigilaron el equipaje mientras Felicia trataba de conseguir un té caliente. Estaba débil por el hambre, pero no había nada comestible. Cuando tomó el primer trago de té, se encontró mejor. Fuera volvía a caer la oscuridad, el mundo se hundía en la nevada. Se agarró a su taza, y sintió algo de fuerza y calor correr por su cuerpo.

De pronto pensó en Maksim. ¿Se daría cuenta de que había desaparecido?

Belle regresó al cabo de una eternidad. Había averiguado que el tren a Jowa saldría según lo previsto, pero cuando llamó a la madre de Julius nadie se había puesto al teléfono.

-No lo entiendo -dijo intranquila-, ¿tiene que estar en casa! Tienen que haber llegado los mensajes. Me pregunto qué significa esto.

-Quizá nadie ha oído el teléfono.

-Eso sería muy extraño. Es enojoso, porque naturalmente ahora no nos mandarían un trineo a Jowa, y no sé hasta dónde podremos llegar a pie con esta nieve.

-¿Caminar? -preguntó Kat horrorizada-. Pero...

-No nos matará -interrumpió Felicia con brusquedad. Estaba demasiado cansada y demasiado nerviosa para soportar los lamentos de Kat. «Siempre me mira como si yo pudiera arreglarlo todo», pensó irritada.

El tren a Jowa solo tenía una hora de retraso, y además todas encontraron asiento. Kat y Nicola se durmieron al instante. Belle y Felicia conversaron en susurros.

-Hay dos kilómetros desde la estación hasta la finca -dijo Belle-, y quién sabe lo que encontraremos allí. Tengo un mal presentimiento.

-Pero tenemos que ir. No podemos acampar al aire libre.

-Naturalmente que tenemos que ir.

Jowa tenía una estación pequeña, somnolienta, que ahora parecía querer desaparecer por entero del mundo entre la nieve. El jefe de estación salió de su casita arrastrando los pies, pero por lo demás no se movió nada. Bajaron solo unos pocos viajeros, todos estonios, algunos de los cuales dedicaron miradas hostiles a las finas damas con sus abrigos de piel. Belle preguntó al jefe de estación si se podía conseguir un trineo, pero este se limitó a encogerse de hombros, y luego negó con la cabeza.

-No hay nada que hacer -dijo resignada Belle-, tendremos que ir a pie. ¡Ven, Nicola, dame la mano!

Lentamente, la pequeña procesión se puso en movimiento. Cada una llevaba su maleta en una mano, mientras con la otra se cerraban el abrigo y la chaqueta. Se turnaban para llevar de la mano a Nicola, que lloraba, que se hundía casi por entero en la nieve y se colgaba del brazo que la sujetaba en cada momento como un peso casi insoportable. Ya no podían distinguir por dónde pasaba la carretera y dónde estaban los campos. Y no dejaba de nevar. A cada paso, las mujeres se hundían en la nieve hasta las rodillas. Hacía mucho que botas y medias estaban completamente empapadas, los bordes de los abrigos rígidos de hielo, los pies y los tobillos insensibles.

-Tía Belle, ¿estás segura de que vamos en la dirección correcta? -preguntó Felicia, que tenía la sensación de que llevaban ya horas caminando-, ¿no se ve una casa por ninguna parte!

-Seguro que vamos bien. Quizá hayamos dejado la carretera, pero la dirección es esta.

-Si algún día les cuento a mis hijos y nietos -dijo Kat, algo ahogada- cómo hui de Petrogrado durante la revolución y me abrí paso entre la nieve una noche de invierno en la soledad de Estonia, no me creerán.

-A posteriori la historia no carecerá de cierto romanticismo -dijo Belle-, pero ahora mismo... ¡Oh, Dios, Nicola se duerme mientras camina! Niña, no podemos descansar. O nos congelaremos. -Miró esforzadamente al frente-. ¿Podría ser que ahí delante haya una luz?

Siguieron caminando con renovada confianza. Belle lanzó un grito cuando llegaron al alto muro de un parque.

-¡Es nuestro muro! ¡Ahora solo hay que llegar a la avenida de la entrada y lo habremos conseguido!

La avenida de entrada resultó larga e intransitable. Estaba flanqueada por abetos, cuyas ramas se hundían cansadas bajo el peso de la nieve. Al final, el camino desembocaba en un patio cuadrado, enmarcado en tres de sus lados por las distintas alas de la casa señorial. Sorprendentemente, en casi todas las habitaciones había luz.

-Qué extraño -dijo Belle-, ¡tiene que haber pasado la medianoche!

Golpeó con la aldaba en la puerta.

Tardaron en abrir. Apareció el rostro arrugado de un anciano. Miró perplejo a las inesperadas visitantes.

-¿Madame... Von Bergstrom?

-¡Sascha! Sascha, por el amor de Dios, ¿por qué no cogéis el teléfono? ¡Hemos tenido que venir a pie desde Jowa!

-Oh...

-Por lo menos déjanos entrar. Estamos medio congeladas y agotadas.

Sascha se hizo a un lado. Entraron a trompicones en el vestíbulo, dejaron caer las maletas, movieron con cuidado los doloridos dedos.

-¿Vienen ustedes de Petrogrado? -preguntó Sascha. Parecía muy confuso-. ¿Dónde está el señor?

-Él... vendrá más tarde. En Petrogrado se ha desatado el infierno. Todo está patas arriba. Oh, Dios -Belle se pasó la mano por los empapados cabellos, en los que se fundía la nieve-, necesitamos algo de comer. Y Nicola tiene que acostarse enseguida. ¿Dónde está la baronesa?

Alzó la vista hacia la escalera, como si esperase ver aparecer allí a su delicada suegra con sus blancos cabellos y un largo vestido de encaje oscuro. En vez de eso aparecieron dos criadas que miraron con curiosidad a las recién llegadas. De pronto, la inquietud que Belle había reprimido volvió a inflamarse.

-¿Dónde está la baronesa? -repitió. Sascha miró a las dos criadas, las dos criadas a Sascha. Se expandió un silencio agobiante. Los ojos de Belle se estrecharon-. Espero una respuesta ya -dijo en voz baja.

Sascha carraspeó.

-Bueno...

-¿Sí?

-Por desgracia la señora baronesa... Llevaba años enferma... y la semana pasada...

-¡Sascha!

-El médico estuvo con ella hasta el final. No pudo hacer nada. Se durmió plácidamente.

Belle se quedó mirándolo. Durante unos segundos no pudo comprender lo que acababa de oír. Por fin, dijo:

-¡No es posible! ¡La madre de Julius se muere, y nadie nos dice nada!

-Pensábamos... -balbució Sascha. Volvió a mirar a las dos criadas, pero ellas se mantuvieron frías e impertérritas.

Belle era presa de su confusión y consternación, pero Felicia notaba la hostilidad que se les

brindaba a todas ellas, y lo comprendió: después de la muerte de la baronesa, allí estaban dándose la gran vida. Lo último que esperaban era a Belle y su familia. La guerra y la revolución habían cambiado las circunstancias; los que estaban allí no eran señores y criados, sino enemigos.

La costa del norte de Estonia era un hermoso paisaje de pinares, pantanos y campos. Una luminosa piedra caliza orlaba las bahías, contra las que las olas del Báltico chocaban, brillantes y cubiertas de blanca espuma. Las casas señoriales ocupaban grandes parques con amplias y cuidadas superficies de césped, y desde las terrazas se podía ver centellear el mar entre los árboles. En la playa había casas de baños y botes, y cobertizos que daban albergue a tumbonas y cómodas sillas de mimbre. Todo estaba dispuesto para hacer la vida lo más cómoda y bella posible. Pero bajo esa superficie de encanto y belleza, el mundo hervía. Dos grupos se repartían la tierra entre el mar Báltico y el Narva: por una parte, los alemanes del Báltico, la mayoría nobles, ricos, que disfrutaban impertérritos de los privilegios que les correspondían como «señores» del país; por otra, los campesinos estonios, a los que se les había asignado la tarea de servir a los señores. Su vida se agotaba, en la mayoría de los casos, en la preocupación de llenar todas las bocas de un número de hijos a menudo excesivo. La visión de las sedes feudales junto a ellos los ponía furiosos. Allí había dinero, allí había siempre muchos invitados, allí se vivía sin preocupaciones y con despilfarro, y en muchas ocasiones alejándose de las viejas tradiciones rusas. La situación empeoró con el estallido de la guerra. Ahora todos los alemanes eran enemigos, aunque combatieran bajo bandera rusa. A nadie le interesaba que los jóvenes bálticos estuvieran también en las trincheras, en vez de andar por playas y pistas de tenis. El odio había durado demasiado tiempo, el anticuado sistema ya no podía ganar terreno. Las casas de los campesinos hervían. Petrogrado no había sido más que el principio.

El 29 de febrero de 1917 tomó posesión el Gobierno provisional bajo la presidencia del príncipe Lvov. El 2 de marzo, el zar abdicó.

Belle empuñó las riendas de la casa. Nada podía socavar su seguridad en sí misma, y después de unos días de mudo y odioso rechazo, los criados y los trabajadores de la finca se sometieron a su clara y firme voz. No dejaba ver la menor preocupación, pero sabía que todas estaban sentadas encima de un barril de pólvora. Para la rebelión solo hacía falta una pequeña chispa. Y además... sus fuerzas disminuían de día en día. Sin duda el aire fresco le sentaba bien, ya no tosía tanto, pero notaba que iba debilitándose poco a poco. Dormía cada vez más, pero se sentía cada vez más agotada. Cuando se miraba en el espejo, pensaba horrorizada: «¡Es el rostro de una anciana!».

Luego la asaltó el miedo a que alguien pudiera notar algo. Cuando las criadas le dirigían largas miradas inquisitivas, enseguida se le pasaba por la cabeza: «Se han dado cuenta. Ven que estoy enferma, han comprendido que ya no viviré mucho tiempo».

Siempre tenía una ligera fiebre. Sus ojos tenían un brillo ardiente, su respiración era pesada, estaba demasiado caliente y emanaba un olor dulzón. Algo cambió durante aquellos meses en la expresión de su rostro. Parecía ensimismarse, escuchar su interior; en su mirada estaba la conciencia que alcanzan las personas a las que la proximidad de la muerte permite ya atisbar otras dimensiones de vez en cuando. Por las noches la atormentaban sueños confusos que parecían venir de otro mundo. La mantenían atrapada durante la mitad del día, y durante horas la hacían balancearse en la estrecha frontera que separa sueño y vigilia.

Todas las tardes, el administrador de la finca venía a verla para discutir los trabajos que había que hacer en los días siguientes. Era un hombre recio, rechoncho, de ojos fríos, que sabía muy

bien que Belle lo necesitaba, porque en ese momento era el único que podía dirigir la finca. Le gustaba transmitirle mensajes apocalípticos como: «Han muerto dos más de nuestras mejores yeguas de cría, ¡vamos cuesta abajo», o, después de la entrada en la guerra de Estados Unidos, en abril: «A Alemania le va a ir muy mal. Van a machacarlos, y no quedará nada de ellos. Supongo que le parecerá bien, ¿no?».

Al principio aún mostraba cierto respeto hacia la «joven baronesa», pero con fino olfato no tardó en advertir que no era tan fuerte como parecía. En una ocasión preguntó incluso:

-¿Tiene usted fiebre, madame?

-Es un enfriamiento, nada más -repuso Belle-, pronto pasará.

El hombre sonrió. No tenía ni idea de lo que le pasaba a esa mujer, pero olía la muerte.

Finalmente, empezó a no quitarse el sombrero cuando entraba en su cuarto. Un día ni siquiera llamó a la puerta. Belle se había tumbado en el sofá y luchaba tercamente contra una multitud de imágenes chillonas, confusas y locas que amenazaban con desplazar la realidad y tomar posesión de aquella estancia. En un primer momento el administrador le pareció como un espejismo, una gran sombra oscura que se alzaba ante ella, amenazadora, y bajaba la vista riendo. Entonces lo comprendió, y con las fuerzas que le quedaban se puso en pie de un salto, cruzando los brazos porque el abrupto despertar la había hecho temblar de frío.

-¡Qué se ha creído! -gritó-. ¡Fuera de aquí! Márchese. ¡Y la próxima vez que quiera algo, llame antes de entrar!

-Muy bien -rezongó el hombre. Belle pudo ver el odio en sus ojos, pero también una sombra de respeto, porque ella le había demostrado que la enfermedad aún no la había privado de voluntad. La midió con una mirada despreciativa, sonrió y dijo-: Solo es cuestión de tiempo.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Los días de los alemanes en Estonia están contados, eso es lo que quiero decir. ¡Adiós, madame!

Salió de la estancia y estuvo a punto de chocar con Felicia en la puerta. Le cedió el paso con una inclinación irónica.

Felicia se quedó mirándolo.

-¿Ha vuelto a ser desagradable?

Belle se encogió de hombros, tiritando.

-Sí. Y lo peor es que tiene razón en todo lo que dice.

-¿Qué dice?

-Que nuestros días están contados. Los de la clase dominante báltica. La revolución pondrá patas arriba el país y nuestra vida. Hace mucho que la forma en que vivíamos aquí -hizo un gesto con los brazos que abarcaba la casa, el parque y el país- no iba bien. Demasiada explotación, demasiado odio. Las grietas ya no cierran. -Se acercó a la ventana. Abajo, delante del porche, florecían purpúreas las primeras rosas de Pentecostés, por entre los pinos al final del parque resplandecía el mar. La hierba estaba alta y se mecía ligeramente al viento cálido-. A Julius le afectará mucho que nos quiten estas tierras.

-Quizá todo mejore -dijo Felicia, pero no creía en lo que decía.

-Tú y las otras -prosiguió Belle- deberíais buscar la forma de ir a Alemania. A casa.

-Solamente contigo, tía Belle.

-Yo no me iré sin Julius.

-Entonces nosotras también nos quedamos. Conmigo no tienes que disimular. Estás enferma. ¿Crees que voy a dejarte sola?



Belle seguía mirando por la ventana, como si quisiera beberse el sol y las flores.

-Te diré, para tu consuelo -empezó de pronto-, que el ser humano no prospera en la paz bucólica. Hay un sano instinto que de vez en cuando nos hace sentir nostalgia del caos y la ruina.

Felicia bajó los ojos. Belle se volvió hacia ella.

-Nostalgia de ser destruido -susurró enigmática-. Me voy a Petrogrado -dijo al cabo de un rato, en el que el silencio del mediodía había caído sobre la estancia y dado a luz nuevos pensamientos-, tengo que ocuparme de Julius. No puede ser que nadie pregunte por él. Este país es demasiado grande, es fácil perderse.

Kat había convertido en costumbre salir a pasear al borde del mar al menos dos horas cada tarde. En las pequeñas bahías que orlaban la costa, el agua fluía tranquila, y a veces se sentaba en una pasarela para botes o en una piedra y soñaba mirando las olas. No podía digerir tan deprisa el rápido y brutal cambio en su vida que habían provocado primero el hospital, luego el campo de concentración y por último la incendiada Petrogrado. Cada vez se retiraba más a un mundo de fantasía, tranquilo y pacífico. Allí hacía mucho que la guerra había terminado, Phillip había regresado sano y salvo, y la vida volvía a discurrir por sus viejos caminos. Kat lo veía todo con detalle; cuando había saboreado hasta el final una de las escenas que imaginaba, se levantaba y seguía paseando, y a veces incluso se quitaba el sombrero y dejaba que el sol le diera en la cara.

La mañana en que tía Belle tuvo la disputa con el administrador, llegó especialmente lejos. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, volvía a sentirse alegre y descansada. Contemplaba el mundo con los sentidos más despiertos que antes. El día era demasiado hermoso para pasárselo soñando. En el bosque cantaban los pájaros, unos delicados pensamientos de un color amarillo pálido crecían al borde del prado; las margaritas, las querrias y los acianos florecían. El mar nunca había sido tan azul y luminoso, la piedra caliza de la costa nunca había sido tan blanca y reluciente.

Kat iba a ponerse a cantar -alguna tonta canción que hablara de la primavera y el verano- cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Dos jóvenes -apenas mayores que ella, diecisiete o dieciocho años quizá- estaban sentados en uno de los riscos, al borde del agua. Charlaban en alemán.

-No puedo entender que el Gobierno alemán haya permitido transportar a Lenin hasta Petrogrado a través de Alemania. Es peligroso.

-Para nosotros, no para el emperador. Si hay una revolución aquí, significará el final de la guerra con Rusia. Un adversario menos.

-Ojalá no haya otra revolución. Una bolchevique.

-No lo sé. Tengo la impresión de que los bolcheviques están ganando influencia.

-¡Bah! -Uno de los jóvenes se levantó, impaciente. Cuando se dio la vuelta distinguió a Kat, que se había detenido, curiosa.

-¡Oh! -profirió el otro-. ¡Tenemos visita!

Saltando por encima de unas piedras, llegaron a la orilla y se detuvieron delante de Kat.

-¿Venía usted a vernos? -preguntó el más joven. Tenía el cabello rubio y unos hermosos ojos azules.

Kat le sonrió.

-Me temo que me he extraviado. Me alojo con la familia del coronel Von Bergstrom, y en realidad solo quería pasear por la playa, pero creo que he ido demasiado lejos.

-Es algo que de vez en cuando hay que hacer en la vida. Permita que me presente, soy Andreas von Randow, y este es mi hermano Nikita. Somos en cierto modo sus vecinos.

-¿Randow? Tía Belle habló de ustedes.

-¿De veras?

-Bueno, solo para decir que había unos vecinos con ese apellido.

-Dígame ¿qué hace usted durante este aburrido verano? -preguntó Andreas-. Antes aquí pasaban muchas cosas, pero desde el principio de la guerra ya no se hace nada. Estamos desesperados.

-¿No tienen ustedes que ir al colegio?

-Esporádicamente. La mayoría de los profesores están en el frente. No vale la pena.

Kat se echó a reír.

-¿Y su padre lo permite?

-Nuestro padre cayó en Tannenberg -respondió Andreas.

Por un momento reinó el silencio, solo se oía el susurro del mar, y en las copas de los pinos el viento canturreaba sigiloso. Los ojos de Andreas y los de Kat se encontraron. Fue como un íntimo saludo, un reconocimiento.

Andreas dijo:

-¿Le gustaría jugar al tenis con nosotros? Tenemos una pista de tenis en nuestro parque.

-Nunca he jugado al tenis.

-Aprenderá. ¿Viene con nosotros?

Kat dudó un segundo. Hasta la noche anterior, solo había oído a Phillip cada día, cada momento. Pero ese chico, ese Andreas, era de carne y hueso. No era un recuerdo, ni un imaginario mensajero de un tiempo pasado.

Era real como el mar, el viento, el sol.

-Sí -dijo-, voy con ustedes.

Kat volvió tarde a casa. Había perdido completamente la noción del tiempo, y el sol ya se había puesto cuando corrió hacia el portal. Por el cielo azul pálido del atardecer trisaban unas cuantas golondrinas. Un aroma húmedo se elevaba del parque. Todo era pacífico y vital. Cuando Kat entró en la casa, vio a Felicia bajar las escaleras en compañía de un caballero entrado en años. Ambos tenían una expresión muy grave. Felicia miró distraída a Kat que, con sus cabellos al viento y sus mejillas enrojecidas, ofrecía una imagen desacostumbrada.

-Ah, Kat, menos mal que estás aquí.

-Siento haber llegado tan tarde... -empezó Kat, pero Felicia la interrumpió enseguida:

-Kat, este es el doctor Calvin. Ha estado con tía Belle. Esta tarde se ha desplomado.

-¿Qué?

-Tuberculosis miliar -explicó el doctor-, significa tubérculos en todos los órganos, principalmente, por supuesto, en los pulmones. Las defensas del cuerpo se han quebrado. Los síntomas son similares a los del tifus. No voy a ocultarles que las posibilidades de curación no son demasiado grandes.

El color había huido del rostro de Kat. Miró fijamente a Felicia.

-Tú sabías que...

-Sabía que tiene tuberculosis, sí.

-Debería estar en un sanatorio -dijo el médico-, habría que llevarla a Suiza, pero en estos momentos apenas es posible transportarla, y la guerra lo complica todo. Veré qué puedo hacer aquí por ella.

Se disponía a irse, pero se detuvo.

-Un consejo: no entren en el cuarto de la enferma sin taparse la boca. ¡Y háganlo lo menos

posible!

La puerta se cerró tras él. Las dos mujeres se miraron.

-Está muy mal -dijo Felicia-, y se atormenta por el tío Julius. Quería volver a Petrogrado.

-¿Crees que... va a morir? -susurró Kat.

Felicia guardó silencio. Un reloj emitía un sonoro tictac, en algún sitio una de las criadas se echó a reír. La luz entraba ya escasa por las ventanas, la oscuridad se expandía poco a poco.

-Kat, ¿te atreverías a arreglártelas sola unos días?

-¿Sola?

-Tengo que ir a Petrogrado. Tengo la sensación de que la... salud espiritual de Belle depende de eso. Tengo que ver si puedo hacer algo por Julius.

-¿Qué podrías tú hacer por él?

Los ojos de Felicia se estrecharon.

-Maksim Marakov. Él me ayudará.

-¡Pero Felicia! -Kat se agarró al pilar más bajo de la baranda de la escalera-. ¡Felicia, no puedes volver a Petrogrado! ¡Después de conseguir escapar de allí, vas a arriesgarlo todo!

-No voy a volver a la vieja casa. A ningún sitio en el que pueda ser detenida. Nadie se fijará en mí. Tengo que hacerlo, ¿entiendes? Julius es parte de mi familia. -Iba a subir la escalera cuando se le ocurrió otra cosa-: Oye, ¿dónde has estado todo el día?

A pesar de todo, los ojos de Kat se iluminaron.

-Oh, imagínate, he... -empezó, pero se interrumpió y se mordió los labios. La magia de la tarde aún estaba en ella, pero no encajaba con la situación. No quería quitarle su brillo exponiéndola en el lugar erróneo a la hora inadecuada-. Tan solo he dado un paseo muy largo -dijo vagamente.

Maksim bajó los últimos peldaños del sótano tambaleándose. Apenas podía sostenerse en pie, y delante de sus ojos centelleaban luces. Al diablo con la gripe. ¡En verano!

Una vez dentro, se sentó enseguida. La sangre latía sorda en sus oídos. Estaba a punto de proferir una maldición -lo más alta y fea posible- cuando la puerta se abrió de golpe y Mascha entró. Tiró encima de la mesa su boina roja.

-¡Han prohibido *Pravda*! Vengo de la redacción. El Gobierno ha hecho que lo registren todo. Tenemos que suspender la publicación de manera inmediata.

Maksim observó, sombrío:

-Intentan aplastar el movimiento bolchevique. Vladimir Ilich ha recibido una citación para presentarse ante el Gobierno y someterse a juicio.

-¿Y? No pensará acudir, ¿no?

-No. Ha pasado a la clandestinidad. No podemos permitirnos perder precisamente a Lenin, y para el Gobierno sería muy atractivo poner fin al asunto de un balazo. ¿Quieres un cigarrillo?

Le temblaban las manos de fiebre cuando dio fuego a Mascha. Ella se encaramó a la mesa, se subió la falda por encima de las rodillas y bamboleó las piernas. Hacía un calor agobiante.

-Yo también voy a pasar a la clandestinidad -dijo.

Maksim frunció el ceño.

-¿Qué ha pasado?

-Un consejo de un camarada. Han dictado orden de detención contra mí.

-¿Adónde irás?

-Es secreto. Pero lo he discutido con Trotski.

-Ah. -Maksim se limitó a asentir-. Estoy preocupado por ti -dijo-, tienes mal aspecto.

-Gracias. Tú también.

-Ya sabes lo que quiero decir. Duermes poco, fumas demasiado y... ¿comes algo de vez en cuando?

Mascha respondió con su mirada de completo sarcasmo.

-¿Cómo estás tú?

Maksim se pasó la mano por la cara. Su respiración era pesada. Tenía las mejillas profundamente hundidas, los labios grisáceos, los ojos enrojecidos. Sufría un profundo agotamiento, a veces creía que no iba a poder seguir. Contemplaba la ciudad en la que tanta sangre había corrido, veía a la gente hacer cola delante de las tiendas tratando de conseguir al menos unos pocos alimentos básicos con sus cupones, cada vez más severamente racionados. Al mismo tiempo había contrabandistas y especuladores, comerciantes que retenían las mercancías para venderlas luego por sumas enormes de dinero; en el saqueo de una tienda por una multitud hambrienta se habían encontrado almacenes enteros de harina, azúcar y mantequilla. Había mucha gente que ya se había enriquecido con la revolución; colmaban de oro a sus amantes y celebraban fiestas embriagadoras en las que el champán corría a chorros. Los unos se entregaban a la buena vida, los otros se pasaban noches enteras, totalmente agotados, en la acera delante de las tiendas, para estar al día siguiente entre los primeros en entrar. Enriquecimiento, explotación y corrupción, pensaba Maksim con amargura, ¿es que nunca iban a poder abolirlos?

El dolor que le atravesaba las sienes volvió a empezar. El corazón se le desbocaba.

-Creo que... -dijo débilmente, pero sus palabras se perdieron. «Creo que tengo fiebre», había querido decir, pero su lengua le parecía caliente y pesada, y se negaba a producir otro sonido que no fuera un oscuro murmullo. El mundo a su alrededor se ensombreció. Lo último que sintió fue un dolor sordo cuando su cabeza golpeó el tablero de la mesa.

Cuando volvió en sí, estaba tumbado en su cama, pero el mareo, el martilleo dentro de su cabeza continuaban. Mascha estaba inclinada sobre él y le daba agua. Con suavidad, puso la mano fresca sobre su frente acalorada.

-¿Qué tienes? -preguntó.

Maksim intentó incorporarse, pero no lo logró. Se desplomó agotado.

-Un enfriamiento -murmuró.

Mascha torció el gesto.

-¿Un enfriamiento? Querido, me parece que esto es más bien una pulmonía. Necesitas un médico.

-No digas eso. El único problema es... -Maksim trató de concentrarse. Apenas conseguía mantener abiertos los ardientes ojos.

-El único problema es -continuó Mascha- que en menos de una hora tengo que reunirme con la gente que va a sacarme de Petrogrado. Han preparado papeles falsos y un escondite, en algún sitio al este.

-Tú... tienes que irte...

-¡Sí! -Mascha se echó atrás los cabellos y rio con amargura-. Tengo que irme. No puedo arriesgarme a quedarme. Pero tampoco puedo dejarte solo.

-Tú... -Maksim buscó trabajosamente las palabras. La habitación entera daba vueltas a su alrededor-. No puedes perder tiempo, Mascha. Por favor. Es... -Le castañeteaban los dientes, le brotaba el sudor por el esfuerzo-. A nadie le sirve que... estés en la cárcel, ni a la causa ni a mí.

Mascha asintió. En su rostro luchaban los más diversos sentimientos. De pronto, dijo con energía:

-Sí, Maksim, me voy. Tengo que irme, y tengo que dejarte en la estacada. Pero siempre has

sabido que sería así. No podemos permitirnos... -Se interrumpió y se puso abruptamente en pie-. Voy a pasar por casa del camarada Ilia. Él se encargará de ti. Al fin y al cabo es estudiante de medicina y sabrá curar una pulmonía. -Cogió el bolso. Fue a decir algo más, pero se dio cuenta de que Maksim no la entendería. Volvían a cerrársele los ojos, respiraba con rapidez.

Mascha salió de la vivienda y cerró la puerta a su espalda con un decidido tirón.

Miró el reloj. No le quedaba mucho tiempo si quería pasar por casa de Ilia. Recorrió la calle esforzándose en dar a su rostro la expresión de una mujer burguesa normal y corriente, cuya única intención era ponerse en la cola de la próxima tienda de ultramarinos.

Ilia Vasiliv Obolokov, miembro del Partido Bolchevique, cerró a su espalda la puerta de su vivienda. Llevaba un maletín en la mano, en el que había metido a toda prisa unos cuantos utensilios importantes. Un termómetro, un estetoscopio, unas cuantas pastillas y tinturas.

Esperó aún un rato, para no salir del edificio inmediatamente después de Mascha. Al final, bajó. Sus pasos resonaron en la escalera. Parpadeó al salir al exterior.

Los rayos del sol centelleaban.

No entendió de dónde habían salido los dos hombres. Aparecieron de repente, uno por la derecha y el otro por la izquierda, como si hubieran brotado del suelo por arte de magia. Iban vestidos de civil.

-¿Ilia Vasiliv Obolokov? -preguntó uno de ellos.

Ilia le miró. Unos ojos fríos e indiferentes le contemplaron. No tenía sentido negarlo. Sobre todo porque llevaba el pasaporte encima.

-Sí -respondió-, soy Ilia Obolokov.

-Está detenido. Venga con nosotros.

Los ojos de Ilia recorrieron deprisa la calle y se quedaron parados en el coche aparcado en la acera de enfrente. Estaba vacío. No había rastro de Mascha. ¿Había escapado?

-Me gustaría saber por qué se me detiene -dijo tranquilo.

Su interlocutor respondió con voz sorprendentemente cortés:

-Es usted miembro del Partido Bolchevique. El Gobierno ha dictado una orden de detención contra usted. Le rogamos que no oponga resistencia.

-Protesto -dijo Ilia, lo que naturalmente no le ayudó lo más mínimo. Tuvo que encaramarse al coche, un hombre se sentó junto a él, el otro al volante, y arrancaron.

La calle estaba silenciosa y vacía a su espalda. Nadie había observado el incidente.

Durante el sueño de la fiebre, Maksim se vio asaltado por confusas imágenes. Volvía a ser un niño y estaba sentado en el regazo de su abuela. Alguien le ponía delante una fuente de enebrinas y decía con voz insistente:

-Come, Maksim. ¡Vamos, tienes que comer!

Intentaba apartar la fuente, porque de pronto estaba convencido de que las enebrinas estaban envenenadas. Un rostro se inclinaba muy cerca sobre el suyo, unos ojos color gris pálido le contemplaban preocupados. Aquel rostro tan pálido... Un peculiar sentimiento de amenaza le acechó. Ya no era un niño. Era un hombre, olía el aroma del verano, veía el mundo hundirse en el crepúsculo. Delante de él estaba la mujer pálida de ojos increíbles, y habría deseado, Dios, habría deseado... La imagen del verano se fundía con la de una calle de Berlín, o era una calle de Petrogrado, no podía distinguirlo. A su alrededor el mundo se desbocaba, ardían fuegos, la nieve

brillaba rojiza en medio de la noche. Se preguntó si era por el humo que la garganta le dolía tanto que no podía tragar. Tan solo deseaba que alguien viniera a apagar el fuego.

-El antipirético tendría que funcionar enseguida -dijo una voz grave. Hablaba alemán, y su mero sonido inspiraba confianza-. Solo un momento. Ya despierta.

Maksim abrió los ojos. Tardó unos segundos en ver con claridad, hasta que las paredes y los muebles se deslizaron hasta su lugar correcto. Distinguió a un hombre de pelo gris que llevaba al cuello un estetoscopio y le miraba con preocupación. A su lado estaba Felicia. Tenía un aspecto lamentable.

Abrió trabajosamente la boca.

-¿Qué... ha pasado?

El hombre de pelo gris le cogió la mano y le tomó el pulso.

-Ha estado fuera de combate, monsieur. Una pulmonía grave. Puede dar gracias a Dios de que esta joven lo encontrara y me pidiera ayuda. Soy el doctor Luchanov, el antiguo médico de cabecera de la familia Von Bergstrom. Le he dado algo contra la fiebre, pero pasará un tiempo hasta que vuelva a estar recuperado del todo.

Maksim asintió débilmente. Sus ojos buscaron a Felicia. Enseguida, ella se arrodilló a su lado.

-¡Maksim! Estás muy enfermo. No puedes quedarte aquí. Alguien tiene que ocuparse de ti. ¿Dónde... dónde está Mascha?

Mascha... Ahora se acordaba de todo.

-Mascha se ha ido. Tuvo que escapar.

-¿Y te ha dejado aquí completamente solo?

-Illa iba a venir. Vendrá. Déjame...

-No vamos a dejarle en absoluto, joven -rezongó el médico-, ahora tiene que intentar apoyarse en nosotros y venir a mi coche. ¡Venga, le ayudaré!

Maksim negó débilmente con la cabeza.

-Quiero quedarme aquí. Váyase.

-Lo haría gustoso. Pero tengo la sensación de que madame Lombard insiste en llevárselo. Y debería usted estarle agradecido. Sé que usted pertenece a los bolcheviques, y es probable que la idea de deberle la vida a dos representantes horribles de la burguesía casi le haga perder la razón. Pero abandone su maldita arrogancia. Cuando los revolucionarios os ponéis enfermos, necesitáis un médico como todo el mundo; ni siquiera el partido puede ayudaros. ¡Ahora, arriba! -Con un fuerte tirón, levantó a Maksim y lo puso en pie. Felicia se sobresaltó. Solo en ese momento advirtió de verdad lo enfermo que estaba Maksim. A cada respiración el pecho le hacía un ruido metálico, como si en su interior se rozaran cadenas. Vaciló ligeramente, y pasó un brazo por los hombros del doctor en busca de ayuda. Este sonrió-. ¿Vamos, camarada?

Pasó mucho tiempo hasta que subieron la escalera del sótano con Maksim. Sacudido por la fiebre, se desplomó en el asiento del coche. Felicia le contempló temerosa.

-¿Lo conseguirá, doctor?

-Lo conseguirá. Quiere conseguirlo. Sus ideas le mantienen en pie. Y el verdadero idealismo da mucha fuerza. Mucha más de la que podemos imaginar. Pero usted -Luchanov miró con severidad a Felicia- debería descansar. El día parece haber sido un poquito agotador. Primero recorre media ciudad a pie con este calor, luego encuentra a este hombre, corre como una loca a buscarme y se excita terriblemente. Además, es probable que no haya comido hoy, ¿no?

-No. Pero no tengo hambre.

-Los dos van a venir a mi casa. Necesitan descanso.

-No podemos aceptarlo.

-Belle y yo somos buenos amigos. Así que a lo mejor puedo hacer algo por la sobrina de Belle. ¡Sea como fuere, no pueden volver al bulevar Twerski!

Una astuta mirada rozó a Felicia, que respondió abiertamente:

-No, no podemos, doctor Luchanov. ¿Sabe que el coronel Von Bergstrom ha sido detenido?

-Lo he oído decir.

-¿Sabe?, he venido para averiguar cuál ha sido su destino. Pensaba que Maksim podría ayudarme, pero difícilmente va a estar en condiciones de hacerlo.

-Difícilmente. ¿Por qué no ha venido la propia Belle?

Felicia titubeó.

-Belle está enferma -dijo al fin.

-¿Grave?

-Tuberculosis. Tuberculosis miliar, dijo el médico.

Luchanov se estremeció.

-¿Belle... tan enferma? -Entonces advirtió la profunda palidez en el rostro de Felicia. Le apretó la mano con brusquedad-. ¡Pobre muchacha, soporta usted el peso de una sociedad bastante devastada! Este bolchevique con pulmonía y en casa Belle tuberculosa. Pero lo conseguirá. No parece alguien que se deje vencer. -La chispa de astucia regresó a sus ojos-. La situación no le desagrada del todo, ¿eh? He visto cómo miraba a ese Marakov. Su estado lo pone en sus manos. Una bonita jugada del destino, ¿eh?

Felicia no respondió.

Luchanov se echó a reír y luego dijo:

-Ambos pueden ser huéspedes míos durante unos días. Entretanto, trataré de averiguar algo acerca del coronel Von Bergstrom. Pero no se haga muchas ilusiones. Tengo que ser cauteloso, y la situación es difícil.

-Muchas gracias, doctor. Está haciendo usted tanto... Belle puede estar contenta de tener un amigo como usted.

-Quién no sería amigo de Belle -replicó brevemente Luchanov, y Felicia comprendió que, como la mayoría de los hombres, el médico había estado enamorado de su tía.

Qué extraño era que todo hubiera salido así. Su amiga Sara tenía antaño la teoría de que la vida de cada persona estaba predeterminada hasta el último segundo de su existencia. Felicia siempre la había rechazado.

-¡Qué idea tan espantosa! ¡Entonces no tendrías libre albedrío!

Ahora, no podía evitar pensar en eso.

Estaba en casa del doctor Luchanov, al tercer día desde su llegada a Petrogrado, y contemplaba a Maksim, su rostro estrecho consumido por la fiebre entre las almohadas de su lecho.

El destino la había llevado directamente al sombrío agujero en el que él se encontraba esperando la muerte, la había enviado en un momento en el que no parecía haber nadie en el mundo que estuviera dispuesto a ocuparse de él. Ahora podía llevárselo a Reval y cuidarlo allí.

Se inclinó sobre él, examinó con objetividad y precisión los rasgos de su rostro. Descubrió que la pasión había dado paso a la decepción, la fe a la duda, el entusiasmo a la resignación. Era un rostro completamente nuevo, cansado.

Cuando volvió a incorporarse, sonreía.

Luchanov había averiguado que habían llevado al coronel al este, pero no pudo descubrir nada más concreto acerca de su destino.

-Las fuentes se secan en cuanto uno las abre -dijo-, pero no creo que tengamos que preocuparnos demasiado. Es una época amarga que hay que superar, pero estoy convencido de que el coronel Von Bergstrom volverá. Si no cambia todo nuestro mundo...

Felicia levantó la cabeza. ¿Estaba diciendo él también que el mundo iba a cambiar? Desde 1914, nadie parecía hablar de otra cosa.

-¿Qué quiere decir?

-Bueno... hemos dejado atrás una revolución, hemos derrocado a la monarquía, el Imperio zarista ha dejado de existir. Pero ahora arde la lucha entre el Gobierno y los bolcheviques. Los bolcheviques quieren convertir a Rusia en un Estado socialista, y ven la dureza con la que el Gobierno trata de impedirlo. Me temo que habrá una segunda revolución. Un derrocamiento radical del sistema. Todo aquello por lo que lucha gente como su amigo. Una guerra civil... - Luchanov se detuvo, se quedó unos segundos como viendo visiones-. Usted y su amigo deberían dejar Petrogrado -dijo entonces-, sobre todo por Belle. Quién sabe hasta qué punto podrá confiar en la gente de su finca en Estonia. Quién sabe qué tormentas nos esperan. Y en lo que a ese Maksim se refiere... ¡no lo pierda de vista!

Felicia sonrió con embarazo, pero Luchanov hizo un ademán de negativa.

-No, no, sus sentimientos no me interesan. Quiero decir que no debe perderlo de vista porque forma parte de los bolcheviques. Quizá lo necesite cuando empiece aquí la conflagración.

-¿Soportará el viaje en tren?

-Creo que sí. Está muy enfermo, pero es resistente. Y otra cosa, Felicia: dígame a Belle que he sabido por fuentes fiables que el coronel está bien. No debe excitarse.

Felicia asintió. Hubo una mirada de comprensión entre ella y el médico, luego Luchanov dijo:

-Es usted una gatita valerosa e impenetrable, Felicia. Y tiene los ojos de Belle. Si tuviera treinta años menos... pero todo tiene su momento en la vida. Aguantará, ¿verdad? ¿No dejará a Belle en la estacada?

Felicia asintió y rechazó rápidamente la sensación de haber aceptado una carga demasiado pesada. Vio reconocimiento y elogio en los ojos del doctor, pero le insuflaron inquietud; sentía más miedo del que demostraba, y no tenía la impresión de merecer admiración.



Unas nubes de lluvia, bajísimas, envolvían los prados y los bosques junto a la línea del horizonte. La hojarasca colgaba de los árboles, cansada, goteando, la lluvia chapoteaba monótona en charcos y arroyos. Los campos estaban amarillos por la flor del senecio, y en medio centelleaba, profundamente roja, la amapola. Rosas, hortensias, fucsias y las flores blancas del laurel cerezo proliferaban en el suelo embarrado. La lluvia se acumulaba gorgoteando en grandes charcos.

En el porche cubierto de la finca de la familia Randow estaban sentados Kat, Andreas y Nikita, y miraban fijamente la cortina gris de agua susurrante. Andreas y Nikita llevaban sus pantalones de tenis blancos y jerséis a juego, habían dejado las raquetas en el regazo y se tiraban aburridos una pelota de tenis el uno al otro. Kat, encantadora con un vestido amarillo de organza de tía Belle, se encontraba entre ellos, enroscada en su silla de mimbre como una gata, con una copa de jerez en la mano, las piernas encogidas. Había estado mirando un rato, perdida en ensoñaciones, un arbusto de rosas amarillas; ahora, de repente, se inclinó hacia delante y atrapó con un rápido movimiento la pelota. Miró desafiante a Andreas.

-¿Si quiere volver a tener la pelota, vaya a traerme una de esas rosas amarillas!

Andreas, que habría ido al infierno por Kat, se puso en pie de un salto y corrió bajo la lluvia, que caía a cántaros. Nikita se quedó mirándolo. Movi6 la cabeza.

-¿Qué está haciendo con mi hermano, Kat?

-¿Cómo?

-Está completamente loco por usted; creo que se casaría con usted ahora mismo.

Kat tiró la pelota al aire y la volvió a atrapar.

-Aún no me lo ha preguntado.

-Claro que no. Hay una dificultad. Usted no parece saber del todo lo que quiere. Ha habido alguien en su vida, ¿verdad?

Kat se volvió y hundió los dedos en un cuenco de nueces azucaradas.

-¿Y si así fuera? ¿Eso priva a Andreas de su valor?

-Eso depende de usted. Andreas no está seguro en lo que a los sentimientos de usted se refiere.

-Yo misma estoy insegura -repuso Kat. Luego alzó la vista.

Andreas subió la escalera hacia el porche, se detuvo delante de ella, una gota de lluvia se desprendió de sus cabellos mojados y perló su frente. Respiraba un poco más deprisa que de costumbre cuando entregó la rosa amarilla a Kat. Ella la aceptó y, por primera vez desde que le había conocido, se dio cuenta de que sus reservas se derretían, y la pena de que le hubieran quitado algo antes de que pudiera surgir de verdad se disolvía en la nada. En los movimientos de Andreas, en su sonrisa, había tanto encanto, tanta juventud, que Kat comprendió, como en un relámpago, que ella misma aún era joven. Tenía diecinueve años, y la vida estaba delante de ella, no detrás de ella. No importaba que estuviera en Rusia, que hubiera guerra, que lloviera... Su sonrisa hizo que Andreas se detuviera, confuso.

Nikita frunció el ceño. ¿Había entendido Kat, y había perdido Andreas su eterna duda? A pesar de su curiosidad, le pareció adecuado alejarse del escenario de los hechos. Con una disculpa murmurada como de pasada, se levantó. Pero precisamente en ese momento su madre salió al porche.

La baronesa era de origen ruso, y nadie sabía de qué lado estaba en aquella guerra. En cualquier caso, habían sido alemanes los que habían matado a su marido en Tannenber, y no podía olvidarlo. No se molestaba en ocultar que Kat no le gustaba especialmente.

Tampoco ahora dedicó una mirada a su invitada. Su rostro estaba pálido y en silencio. En su rápido y duro ruso, dijo algo a sus dos hijos, aunque, por cortesía, solía hablar en francés en presencia de Kat. Los dos hombres se miraron. Nikita respondió algo en ruso. Siguió una breve disputa, y luego, como involuntariamente, todos miraron a Kat. Ella se levantó, insegura. Podía sentir la hostilidad que emanaba hacia ella desde la baronesa.

-Riga ha caído -dijo en voz baja Nikita-, los alemanes han penetrado en Rusia.

-Oh -respondió Kat, en voz igual de baja. Sabía que los alemanes del Báltico anhelaban el avance del ejército alemán, pero Andreas estaba entre dos frentes, y se dio cuenta de que había algo entre ellos que ninguno de los dos podía negar. De pronto el mundo volvía a ser gris. Había guerra, y llovía.

-Quizá fuera mejor que se marchara -dijo la baronesa en francés a Kat.

-Entiendo -respondió controlada Kat.

Seguía sosteniendo la rosa en las manos y miró a Andreas, pero él eludió su mirada y bajó la vista al suelo. Sin decir una sola palabra más, ella giró en redondo y bajó la escalera, avanzó por el jardín delantero y la embarrada entrada. El vestido se le empapó en un abrir y cerrar de ojos, y colgó de ella como un triste harapo amarillo, su pesado y oscuro cabello se soltó de sus horquillas y pasadores y cayó mojado sobre su espalda. Empezaba a caminar más deprisa cuando oyó la voz de Andreas gritando a su espalda.

-¡Kat! ¡Kassandra! ¡Espere! ¡No puede ir sin abrigo bajo la lluvia! ¡Espere!

Ella apretó el paso. El barro se metía dentro de sus finos zapatos de tela, la lluvia le azotaba el rostro. Cuando cruzó la cancela, se encontró sumergida en la espesura del bosque. Sus pies se hundieron en la hojarasca mojada, y las ramas de los abetos se le enredaron en el pelo.

Solo quería irse, a casa.

El bosque se hizo más denso, el avance cada vez más difícil. Kat tropezaba con raíces y ramas, se quedaba enganchada de los espinos. Estaba calada, los dientes le castañeteaban de frío. Seguía oyendo a lo lejos la voz de Andreas. Esperaba de todo corazón que no la alcanzara. Ahora no quería hablar con él.

Los árboles se separaron. Kat atisbó entre las ramas para ver si podía distinguir ya los muros de casa. Le parecía haberse extraviado. Se detuvo y trató de recuperar la orientación. Justo delante de ella terminaba el parque, y justo detrás había unas pocas y míseras casitas campesinas. La desolada colonia parecía muerta. Ningún ser humano se dejaba ver en los caminos embarrados. Tan solo un pollo mojado se paseaba picoteando por en medio de un huerto.

Kat se paró un momento a descansar. Detrás de ella oyó crujir ramas. Andreas, con su blanco traje de tenis, ahora salpicado de agujas de pino, salió de la espesura.

-¡Kat!

-¡No! ¡Déjame en paz! ¡Solo déjame en paz!

Siguió corriendo. Andreas la alcanzó junto al descascarillado muro de una de las casas. La agarró por el brazo y la retuvo.

-¡Kat, escúchame! Lo siento. ¡Entiéndelo, lo siento! Tendría que haberte respaldado, pero por favor, ¡perdóname! Estaba confuso... No pude reaccionar tan deprisa... ¡Entiéndeme, Kat!

-No estoy enfadada contigo. Es solo que casi había olvidado que nuestros pueblos están en

guerra, pero era un error. Estamos en guerra, y no es posible que nosotros... -Trató de soltarse, pero con el esfuerzo los dos tropezaron y cayeron al suelo.

La hierba estaba alta junto al muro, y en esos momentos goteaba de lluvia, pero Kat y Andreas estaban tan empapados que ni lo notaron. Kat luchó con la mano que le mantenía aferrado el brazo. La asaltó el pánico, porque de pronto Andreas ya no era solo el buen amigo con el que había jugado al tenis y pasado las tardes del verano. Ahora comprendía que la deseaba; ningún rasgo de su rostro ni la mirada de sus ojos le parecía familiar. Le miró, muda, hizo aún un débil, apenas convincente movimiento de rechazo, luego se quedó tendida en la hierba, olió tierra mojada, hojas mojadas, sintió el sabor de la lluvia en los labios, escuchó el susurro de un arroyo a lo lejos y miró las nubes que se acumulaban. Cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón.

Cuando Andreas se apartó de ella, estaba pálido. La lluvia le lavaba el sudor del rostro, sus labios temblaban.

-No deberíamos haberlo hecho -balbució-, lo siento.

Con un cansado movimiento, Kat volvió la cabeza y miró a Andreas.

-Te amo -dijo.

Durante unos minutos se quedaron inmóviles, pegados el uno al otro. Ambos habían dado por primera vez un paso hacia el mundo que estaba más allá de todo lo que conocían. Lo que habían vivido les confundía, les asustaba y hacía felices al mismo tiempo.

«Es un secreto -pensó Kat-, que nos pertenece solo a nosotros, para siempre.»

Poco a poco volvieron a tomar conciencia de la lluvia y la hierba mojada. Empezaron a temblar al mismo tiempo, y sin querer se echaron a reír. Andreas se levantó y ayudó a levantarse a Kat. Ella bajó la vista hacia el vestido.

-¡Mira este vestido! ¡Es de Belle, la tía de Felicia! ¿Cómo le explico las manchas de hierba y el barro?

-Te has resbalado y te has caído. Y además, puede saber la verdad. Todo el mundo puede saber la verdad. ¡Nos casaremos, Kat, lo antes posible!

-¿Lo dices en serio?

Él asintió. La lluvia se fue debilitando. Una luz pálida se filtraba por entre las nubes, de los valles se alzaban velos de niebla. Cogidos de la mano, Kat y Andreas recorrieron el camino que pasaba delante de la colonia de campesinos. Olía a estiércol y a hojarasca húmeda.

-No deberías ir sola por aquí -dijo de pronto Andreas-, no carece de riesgos.

-¿Por qué?

-Aquí no se habla bien de vosotros. De todos nosotros. Somos alemanes, y somos grandes terratenientes. Los campesinos sueñan con una revolución, al menos la gran mayoría. ¿Comprendes?

-Sí. -Kat asintió y estornudó al mismo tiempo-. Pero ¿piensas que de verdad nos harían algo?

-No lo sé. Tan solo me parecería más sensato que no fueras completamente sola por estos bosques. ¿Me prometes que no volverás a hacerlo?

-Lo prometo. -Kat apenas le había escuchado, de tan sumida que estaba en sus propios pensamientos, mucho más hermosos. Volvió a estornudar.

Andreas le apretó la mano con más fuerza.

-Ahora tienes que ir a casa -ordenó-, en primer lugar, tienes que meterte en la cama enseguida. Y, en segundo lugar, quiero pedir tu mano ahora mismo.

-Es mejor que lo pienses...

Andreas se detuvo, le tomó la cabeza entre las manos y la besó en la boca.

-No tengo que pensar nada. Solo que... no hay nadie aquí de tu familia. Tendré que preguntar a Belle von Bergstrom. ¿Qué crees que dirá?

Belle no dijo nada porque había pasado medio día en un estado próximo al delirio, se había quedado dormida al fin y, naturalmente, no estaba en condiciones de recibir visitas... y menos relacionadas con un asunto tan serio. Así que Andreas se dirigió a Felicia, que no tenía ni idea de todo el asunto y no pudo ocultar cierta conmoción.

-Imagínate -le dijo más tarde a Maksim-, Dios sabe que no soy una timorata. Pero cuando tuve delante a esos dos niños, con los rostros completamente transfigurados y llenos de tierra y hierba, de los pies a la cabeza, ¿entiendes?, y murmuraron algo de que se habían resbalado y querían casarse, estuve a punto de decir: «¡Queridos, la próxima vez arreglaos al menos de manera un poco más discreta, para que vuestro aspecto no haga ruborizar!». De veras... -sacudió la cabeza-, ¡menos mal que no se presentó así delante de su padre!

Era de noche y las criadas ya habían corrido las cortinas. La lluvia repicaba contra los cristales. Felicia estaba sentada en el pequeño y cómodo dormitorio que habían arreglado para el enfermo Maksim, armada con un diccionario de ruso, porque había decidido aprender ruso. Maksim estaba tumbado en un sofá. Era el primer día desde hacía cuatro semanas que no tenía fiebre, pero ofrecía un aspecto espantoso, enflaquecido como un esqueleto, con los ojos hundidos en las cuencas y una palidez casi traslúcida. Sus ojos, por fin libres del velo que los había cubierto, tenían un brillo duro, hambriento. Felicia, que a escondidas le observaba constantemente, se daba cuenta con creciente temor de que quería irse. No quería más que irse.

Para distraerse, ella siguió charlando con vivacidad.

-Ojalá no me consideres anticuada. Pero todo esto va un poquito lejos, ¿no? Quiero decir, en pleno día, en medio de un... sembrado o algo parecido... -Hizo una pausa y añadió, sombría:- Sobre todo si se piensa que Kat tiene un prometido en el frente occidental... bueno, ¡estaban prácticamente prometidos!

Maksim no respondió nada. Durante largo rato no se oyó otra cosa que la lluvia, que susurraba monótona al otro lado de la ventana. Por fin, Maksim alzó la vista.

-Felicia -dijo sin transición-, tengo que volver lo antes posible a Petrogrado. Alguien tiene que llevarme a la estación.

Felicia trató de ocultar que sus palabras la herían.

-No seas tonto -respondió frívola-, hoy es el primer día que no tienes fiebre. Aún tienes que quedarte una semana en cama, y luego por lo menos otras tres en reposo.

-¡Estoy curado! -La voz de Maksim revelaba que se contenía a duras penas-. Y nunca estuve tan enfermo como para que tuvieras que traerme aquí.

-Estabas al borde de la muerte. ¡Solo en ese sótano, no habrías sobrevivido ni cuarenta y ocho horas! -Felicia abrió el diccionario e hizo como si volviera a sumirse en los vocablos. Pero le temblaba levemente la mano.

Maksim respiró hondo.

-No puedes retenerme aquí, Felicia -dijo.

Ella no respondió. En algún lugar de la casa, una ventana se cerró con estrépito. Una de las criadas gritó algo riendo por el hueco de la escalera, otra respondió con otra risita.

Maksim cerró los puños, se quedó mirándose los dedos huesudos. Maldijo su debilidad. La fiebre le había consumido todas las energías. Hubiera querido levantarse e irse, pero sospechaba

que apenas llegaría hasta la puerta de la casa. ¿Por qué había enfermado? ¿Por qué no fue a verle Iliá? ¿Por qué había tenido que encontrarlo Felicia? Por qué Felicia una y otra vez...

-En cuanto pueda andar me pondré en camino -dijo.

Felicia dejó a un lado el diccionario.

-Oh, sí. Para reunirte con tu Mascha, que te dejó en la estacada cuando más la necesitabas.

Maksim la contempló con frialdad.

-En realidad, tendrías que estar muy orgullosa de poder poner tus méritos en la balanza frente a los de Mascha.

-No te preocupes. No voy a utilizar la balanza ni contigo ni conmigo ni con Mascha. -Los ojos de Felicia no eran menos fríos que los de Maksim-. Tan solo sigo intentando resolver el enigma de por qué has elegido precisamente a Mascha. De todas las mujeres... ¿por qué ella?

Los labios de Maksim se distendieron en una leve sonrisa.

-Cuando no lleva vestidos elegantes ni es tan guapa como tú, ¿no?

Felicia alzó una ceja.

-Entonces... ¿por qué?

-¿Cómo voy a explicártelo? Nunca lo entenderás. Ella comparte mis ideas, mis ideales. Lucha mi lucha, y tiene el mismo objetivo. La amo porque es como yo. Somos iguales.

-No lo creo -dijo con dureza Felicia.

Maksim volvió la cabeza.

-¿Cómo?

-Que no, sois completamente distintos, pero no quieres verlo. ¿Quieres que te diga cuál es la diferencia? Cuando estabas enfermo, Mascha se fue de todos modos. Si ella hubiera estado enferma, tú te habrías quedado. -Felicia sonrió. En sus ojos brillaba una chispa de maldad-. Ese es el quid de la cuestión, ¿verdad?

Maksim no respondió. Su rostro seguía rígido.

Felicia prosiguió, implacable:

-Tú no amas a Mascha porque sea como tú. No es tu imagen reflejada. Es solo un reflejo de lo que te gustaría ser. La revolucionaria perfecta. La idea hecha carne. Sin escrúpulos, sin dudas. Sin eso que tanto odias y tan desesperadamente reprimes. Te aferras a ella para no sucumbir en esta revolución. Sí, en la teoría todo era muy hermoso. Tú solo sentado al escritorio con Karl Marx. Limpias páginas de libro, llenas de bellos pensamientos. Pero en la realidad... hay tanta sangre. Tanto odio. Tanto egoísmo. No lo soportas. No eres ningún Robespierre, Maksim. ¿Cómo dice vuestro gran Lenin? «¡Fuera la blandura!» ¡Ja! -Felicia rio y echó atrás la cabeza-. Tú no puedes. No puedes. Nunca le seguirás hasta el final. Pero, con Mascha a tu lado, al menos puedes entregarte a la ilusión de hacerlo. ¡Así que vete! ¡Vuelve con ella! ¡Pero, por lo menos, no te engañes! -Se detuvo. Sus estrechos ojos ardían. En sus rasgos no había ni el menor rastro de compasión, ni de calor. Tan solo frío conocimiento, insobornable sinceridad.

Como siempre que Maksim se veía sacudido en su convicción de que Felicia no era más que una muñeca superficial, el hermoso retoño de una decadente familia burguesa, un áspero espanto lo estremeció.

-Estás muy segura de todo eso -observó fríamente.

Felicia tenía una expresión despreciativa en torno a la boca.

-Sí, y aún sé más cosas. Aunque lo niegues cien veces, sé que soy una tentación para ti. No sé si me quieres, pero tampoco puedes dejar de mirarme. ¿Que cómo lo sé? La noche de Munich, cuando acudiste a mí porque querías dinero. ¿Tan solo un minuto de debilidad? Has tenido muchos

minutos de debilidad desde entonces, Maksim. Tienes miedo de encontrarte conmigo, pero ¿no es cierto que una persona solo teme lo que puede resultarle peligroso? ¿Significo tal peligro para ti que preferirías reventar solo de fiebre en un sótano antes que ponerte en mis manos? Si es así, lo mejor es que lo admitas ante ti mismo. ¡No te mientas!

En la habitación se impuso un silencio agobiante, interrumpido solo por las gotas de lluvia, que ahora eran más débiles y salpicaban la ventana de una en una. Por fin, Maksim dijo:

-Tienes razón. En lo que se refiere a nuestra revolución, me atormentan las dudas. Y quizá sea verdad que necesito a Mascha para poder seguir. Ella y yo somos diferentes en lo que a los métodos de nuestra lucha se refiere, pero nuestra idea y nuestro objetivo son iguales. No tengo la menor duda. ¡En la idea no, que lo sepas! Quizá en si es posible hacerla realidad. Pero no deberías subestimar a las personas que dudan. No son débiles. Quizá sean incluso más fuertes, porque para hacer todo lo que hacen necesitan mucha más fuerza que aquellas cuya convicción no tiene fisuras. Y ahora -la voz de Maksim se volvió un poco más dura, su rostro se petrificó en la misma frialdad que acababa de mostrar el de Felicia-, ahora hablemos de ti. Reclamas sinceridad, y vas a tenerla. No careces de peligro para mí, lo admito, y voy a decirte por qué. -Hizo una breve pausa para buscar las palabras.

Felicia sintió que el corazón le latía más deprisa. «No careces de peligro para mí», había dicho. ¡Lo había dicho! Tenía que contenerse, no dejar traslucir la inquietud que se apoderaba de ella. Ahora no había que mover un músculo, no había que mostrar debilidad.

-Hay cuatro razones por las que ejerces atracción sobre mí -dijo Maksim, y su objetividad resultó casi hiriente-. En primer lugar, nuestra infancia común. Los bosques y los lagos de la Prusia Oriental, las tardes de verano, las puestas de sol... nadie más que nosotros dos... Todo eso no podré olvidarlo, ni en cien años.

Ella estaba pendiente de sus labios, cautivada. «Sí, Maksim, lo sientes como yo. ¡No puedes olvidarlo!»

-En segundo lugar -prosiguió Maksim-, eres muy hermosa. Ningún hombre podría discutirlo. Tienes... unos ojos inolvidables, excitantes y muy singulares, y -su mirada abarcó su figura- no eres avara con tus encantos, ¿verdad?

Ella sonrió, pero una ligera sorpresa cubrió su rostro, que de pronto parecía muy joven. Algo iba mal. Hablaba con demasiada frialdad. Casi científica. Como si explicara un fenómeno físico y no...

-El tercer punto es que, desde el principio, fuiste a por mí. -Maksim parecía del todo impávido ante el veneno que contenían sus palabras-. No dejaste nada por hacer para seducirme. Dado que careces de escrúpulos, tus métodos no eran precisamente sutiles. Y, al fin y al cabo, yo solo soy un hombre.

-¡Maksim! -Aquello empezaba a ir demasiado lejos, pero él hizo un gesto de desdén.

-Vayamos al punto número cuatro. Explicar esto es lo que me da más dificultades, porque hizo tambalear una muralla que había considerado del todo inexpugnable. Durante mucho tiempo te valoré completamente mal. Te subestimé, si lo quieres así. Te consideraba una muñequita igual de pálida que tu amiga Linda. Pero no lo eres. Eres egocéntrica y egoísta, no conoces ideal alguno, no te importa el mundo y, si te empleas en algo, lo haces únicamente por tu propio interés, pero, querida, tengo que admitir que lo haces con terquedad, valor y total independencia de las intenciones de otros. Por más vueltas que le doy, no puedo evitar pensar que eres todo un personaje, y eso nadie podrá negarlo, ya te ame o te odie.

Escuchaba como aturdida. Nunca antes había hablado así con ella.

-Pero entonces... -repuso Felicia, y se interrumpió al ver su rostro. Estaba completamente impávido.

-Ya que me conoces tan bien, tendrías que saber que todas esas razones no me bastan para amarte. -De pronto, pareció muy agotado. La palidez de su rostro se profundizó-. Me voy a Petrogrado -dijo con dureza.

Sus ojos nunca se habían posado sobre Felicia con más frialdad y claridad, ni con más desprecio, y a Felicia se le pasó por la cabeza: «Te ha puesto en su balanza y para él no pesas nada...». Dios, de dónde salía eso... No se acordaba.

-¡No dejo nada atrás! -añadió con indiferencia Maksim.

Felicia estaba en el invernadero de la casa; fuera, un día de septiembre resplandecía en vivos colores; dentro, en el salón, que estaba pegado al invernadero, Andreas estaba sentado al piano y acompañaba a Kat, que cantaba una canción de amor con su voz de contralto, un poco impura. Estaba muy guapa.

«Tiene que ser el amor», pensó con disgusto Felicia. Ella misma llevaba una vieja falda negra del invierno anterior y un jersey gris, sus cabellos no tenían brillo alguno, y su rostro mostraba una fea palidez. «¡Si al menos tuviera un poquito de crema para las manos y los labios!» Pero el abastecimiento era cada día más lamentable. Ya no quedaba nada de las cosas que antaño habían hecho agradable la vida.

Maksim estaba sentado en un sillón de mimbre blanco, entre dos florecientes rosales. Desde hacía una semana ya no guardaba cama, sino que se movía por la casa, pero la enfermedad recién superada aún le daba problemas. Con encarnizada dureza, trataba de volver a fortalecer los músculos y la circulación, pero tenía constantemente la sensación de estar bañado en sudor y ver un centelleo ante los ojos. Recorría todas las habitaciones como un animal enjaulado, dominado por la desesperada certeza de que los destinos del país se estaban decidiendo en otra parte y él no podía estar presente. «A Petrogrado, a Petrogrado...», esa era la idea que martilleaba incesante en su cabeza y se había convertido casi en obsesión. Pero tenía que estar sano. Tenía que recobrar al menos algo de sus antiguas fuerzas.

-¿Quieres saber lo que dejas atrás? -preguntó de repente Felicia.

Él alzó la cabeza. «Tiene un aspecto horrible», constató Felicia. Sus labios temblaban ligeramente, aunque tratara en vano de ocultarlo. De pronto, sin él quererlo, le conmovió su valor.

-¿Perdón? -preguntó.

Los ojos de Felicia parecieron desproporcionadamente grandes.

-Dejas a una mujer moribunda. Y a una niña de diez años. Y a Kat y a mí, que apenas hablamos una palabra de ruso. ¡Y todo eso en medio de esta maldita guerra!

-¿De qué estás hablando? ¿Quién se está muriendo?

-Belle. Es posible que no le queden ni cuatro semanas más.

Maksim se quedó mirándola fijamente.

-¿Es eso cierto?

-De lo contrario no te lo diría. Belle está enferma. Hace tiempo que está enferma. Tuberculosis. No tiene ninguna posibilidad.

-¿Por qué no me habías dicho una palabra?

-Nunca me has preguntado por Belle.

-Ya, porque... porque, no sé, tenía otras cosas en la cabeza. Felicia...

-Maksim, tendrías que verla. Se ha rendido. Siente que ahora... Ah, Maksim, tengo miedo. ¡Tengo

un miedo terrible! -Se arrodilló junto a él, le cogió las manos-. Sabes que nunca he tenido miedo. Al menos, nunca lo he demostrado. Ni siquiera cuando los rusos llegaron a Lulim, ni cuando nos asaltaron en Galitzia. Pero ahora tengo tal miedo que ya no sé ni cómo seguir ocultándolo ante Belle y Kat y Nicola. ¡Belle va a morir, y yo no sé lo espantoso que será, y si podré soportarlo!

En medio del pánico, su voz adoptó un tono agudo. Maksim se inclinó. Desde el salón llegaba la voz despreocupada y jubilosa de Kat.

-Es una niña -susurró Felicia-, está enamorada y no piensa en todo esto. Estoy realmente sola.

Se detuvo, llena de horror. Maksim comprendió que no estaba actuando. Su miedo era genuino. «Sabe Dios que es demasiado joven para lo que se le viene encima», pensó.

-Maksim -dijo en voz baja-, no me dejes sola. ¡Quédate, por favor!

Él apretó los labios, cerró los ojos. No quería ver su rostro. «Fuera blanduras», se le pasó por la cabeza, y: «Ya no podemos permitirnos el sentido del deber y la responsabilidad».

No era un buen revolucionario, jamás lo sería. Nunca se había odiado tanto como en ese momento. Nunca había odiado a Felicia tanto como entonces, cuando apelaba sin escrúpulos a lo que de bueno y honorable hubiera en él, y le imponía así el reconocimiento de que era débil, mísero y débil.

-Me quedo -dijo. En su resignación se mezclaba un ligero soplo de ironía-. Esta vez lo has conseguido. Me quedo.



-Siete fusiles con bayonetas y diez pistolas -anunció Iliá al entrar en la estancia en la que Mascha se inclinaba sobre las listas de armamento. Tenía un aspecto muy guerrero, armada hasta los dientes-. Y van a venir otros tantos.

Mascha alzó la vista y, ausente, aplastó el cigarrillo en un plato.

-Bien. Nos estamos convirtiendo, de forma lenta pero segura, en el cuartel mejor equipado del país.

Anotó las armas nuevas en su lista.

Iliá sonrió.

-Se puede decir de Trotski lo que se quiera, pero es un magnífico organizador.

-Cierto. Pero lo más gracioso de todo este asunto es que debemos nuestro rearme a la derecha de este país. Han estado aserrando la rama en la que se sentaban, y no falta mucho para que caigan al abismo.

A pesar de los esfuerzos de las semanas pasadas, el triunfo y la agitación vibraban en la voz de Mascha. El cuartel mejor equipado de Rusia... el Smolny, antaño un instituto para la educación de chicas nobles -¡precisamente!- y hoy cuartel general del Partido Bolchevique. Kerenski y el Gobierno provisional se habían instalado entretanto en el Palacio de Invierno. Y se debía al general derechista Kornilov que los perseguidos bolcheviques hubieran podido regresar, que la Guardia Roja se rearmara. Kornilov, que había entrado en agosto en Petrogrado con un grupo de fieles para destituir al Gobierno provisional, unía en el momento del peligro a Kerenski y los bolcheviques.

El golpe había fracasado nada más empezar. Pero los bolcheviques volvían a tener armas en las manos. Y una propaganda de primera clase. «¡Kerenski coopera con los alemanes!» era su eslogan más exitoso, y el camarada Trotski, su hombre más importante en ese momento. Su comité revolucionario trabajaba con la misma precisión y puntería con la que -Mascha no pudo evitar sonreír al pensarlo-, sí, con la que antaño la cuchilla de la guillotina privaba de sus cabezas a los enemigos del pueblo.

-¿Has sabido algo de Maksim? -preguntó Iliá. Hacía esa pregunta todos los días. Apenas podía perdonarse lo que ocurrió entonces, empezando porque aquel funesto día actuó en contra de toda cautela. Mascha había salido del edificio por la puerta trasera. Él había salido por la principal, como el peor de los principiantes.

-Nada -respondió Mascha-, absolutamente nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero, salvo que me mientan todos, tampoco ha sido detenido. He hecho indagaciones. Es como si nunca hubiera existido.

-Y no crees que...

-¿Que esté muerto? Cuando lo dejé, se hallaba en un estado que lo hace probable. Solo que... ¿quién se lo llevó? Alguien tuvo que encontrarlo, vivo o muerto, porque él solo no podía irse. Parece cosa de brujas, Iliá. Si aún vive -Mascha miró fijamente la ventana, como si buscara una respuesta en la neblinosa y turbia luz del día de noviembre-, si aún vive, ¿por qué no está aquí? Eso no me cabe en la cabeza. Ahora que al fin ocurre... ¿qué demonios lo mantiene alejado de Petrogrado? ¡Me resulta totalmente enigmático!

-A mí también -coincidió Iliá. Ambos se miraron desvalidos.

La puerta se abrió y entró un joven. Llevaba el brazalete rojo de los revolucionarios.

-Están levantando barricadas delante del Palacio de Invierno -dijo-, y reuniendo una buena cantidad de soldados. Deberíamos ir pronto...

-¡Iremos pronto! -interrumpió Mascha. Sacudió con fuerza la cabeza, como si quisiera ahuyentar todos los pensamientos perturbadores, todas las cavilaciones. ¡No pensar en Maksim, no ahora! Los acontecimientos se precipitaban, se acercaban a la escalada, el punto culminante, la victoria. «No aflojes, Mascha, no tienes otro amante que la lucha. Le perteneces a ella, y a nadie más.»

Sus ojos oscuros centellearon, sus cabellos volaron al viento.

-Es hora de actuar, camaradas -dijo.

Fue un domingo por la mañana cuando, en la vieja finca de la familia Von Bergstrom, voló la primera piedra. Maksim, Kat y Felicia estaban sentados en el comedor, en torno a la mesa del desayuno, ante un pan gris y húmedo y un brebaje pardo que ni siquiera en su color permitía confundirlo con el café. Bancos de niebla envolvían la casa, se apretaban hostiles contra las ventanas. La criada no había prendido esa mañana fuego en la chimenea, y todos tenían la sensación de que la humedad y el frío ya estaban entrando en la estancia. Ningún criado se dejaba ver. Felicia solo había visto por la mañana a un mozo que salía del cuarto de una de las criadas con el cabello enmarañado y la camisa medio abierta. No había mostrado confusión alguna, sino que había sonreído con descaro. Ella no se atrevió a decirle nada, pero en secreto daba gracias a Dios por su cautela al haber sacado de la despensa las últimas botellas de vodka y haberlas escondido en su cuarto. No quería pensar en que aquella gente llegara encima a disponer de alcohol.

Nicola, acurrucada en su silla, gimió ligeramente.

-Tengo tanto frío -se quejó.

Felicia, que tenía las manos agarrotadas en torno a la taza de café, esperando un poquito de calor, se puso en pie de golpe y lanzó la servilleta contra la mesa.

-¡Estoy harta! -exclamó-. Estamos todas medio congeladas, y si algo tenemos es leña. ¡Voy a hacer que esas estúpidas criadas hagan un fuego aquí, aunque tenga que traerlas de los pelos!

Maksim abrió la boca para replicar algo, y justo en ese momento el cristal de la ventana se rompió con estrépito. Esquirlas de vidrio volaron por el aire, la humedad inundó la habitación. En la alfombra yacía una gran piedra.

Kat se puso en pie con un grito y estrechó contra sí a Nicola. Maksim corrió enseguida a la ventana. Miró, pero la niebla volvía invisibles a sus enemigos. Se tragaba incluso el ruido de los pasos. El mundo, silencioso e invisible, estaba al acecho.

Felicia contempló perpleja la piedra caída junto a sus pies.

-¿Quién ha sido? ¿Quién hace algo así?

-La venganza de los oprimidos -explicó Maksim, con rabia pero sin ironía alguna-. Guerra a los palacios, ¿entiendes? Esto -contempló los pesados muebles de roble y la vajilla de plata que brillaba en las estanterías- ha sido un palacio demasiado tiempo.

-Sí, pero ¿qué quieren de nosotros? ¿Quiéren matarnos?

-Quizá solo fue un disparo de advertencia -dijo Maksim. Movié la piedra con el pie-. Deberíamos buscarnos un cuarto más cómodo y... Felicia, ¡nada de disputas con el servicio! Solo somos tres, más una mujer enferma y una niña. Los otros están en mayoría.

Ella le miró asustada.

Más tarde, él la encontró sola delante de la puerta de Belle.

-Tengo que hablar contigo, Felicia. Aquí arriba no hay nadie más que nosotros, lo he comprobado.

Sus palabras, su voz amortiguada, le dieron miedo.

-¿Por lo de esta mañana?

-Sí. ¿Sabes?, creo que no sería mala idea que nos fuéramos.

-¿Adónde?

-Sí, adónde. Pienso que a Finlandia, en un barco de pescadores. Y seguir desde allí. Tenéis que volver a Alemania.

-Pero nosotras...

La interrumpió con un movimiento de cabeza hacia la puerta tras la que Belle yacía.

-Lo sé. Ese es el problema. ¿Cómo está hoy?

-Mal. Tiene fiebre muy alta. No se le puede transportar.

Él asintió con lentitud.

-Sí, sí -dijo vagamente.

Felicia le miró como si esperase de él la solución a todos los problemas.

-Tú eres uno de ellos. No pueden hacerte nada.

Maksim sonrió con amargura.

-Claro. Solo que será difícil demostrárselo. Para ellos, ahora soy uno de los vuestros.

-Yo... te estoy causando bastantes problemas, ¿verdad?

-Bah, siempre lo has hecho -respondió Maksim, pero su burla era cariñosa, y sus ojos descansaban serenos en ella-, casi me he acostumbrado ya. -Tendió la mano y le acarició brevemente el brazo. El contacto no duró más que una fracción de segundo, y sin embargo estuvo lleno de una nueva ternura que iba más allá de la amistad y la confianza.

Felicia se retiró estremecida. No daría ningún paso más hacia él, se lo había jurado. Fuera lo que fuese lo que ocurriera entre ellos en el futuro... tenía que partir de él.

Además, en ese momento predominaba el miedo. Por encima de todo, Felicia sentía el fantasmal temor de estar en una trampa. No le quedaba nada de todo lo que antaño la había protegido: su padre estaba muerto, Alex muy lejos, Belle enferma. Y mañana mismo podía ocurrir que las leyes dejaran de existir. Que una horda de campesinos hostiles, desencadenados...

Como si intuyera lo que estaba pensando, Maksim dijo:

-La gente que hoy ha tirado la piedra a la ventana descende de hombres y mujeres que siempre sirvieron a sus amos. ¿Entiendes?

-Sí -susurró ella. Tenía la garganta como cerrada. Sí, lo entendía. De pronto, la vieja casa le parecía llena de horrores, de voces siseantes que hablaban de siglos de opresión, de lágrimas y sangre, de odio y pasión, que clamaban venganza, que exigían la revancha implacables.

«Oh, pero qué tengo yo que ver con todo eso», pensó, tan desesperada como indignada. Pero no lo dijo, como hubiera hecho aún un año antes. Sabía de antemano lo que Maksim le iba a responder. Hablaría de la responsabilidad de todas las personas en cada injusticia sobre la tierra... «Quien no toma partido, quien se mantiene neutral, quien se refugia en el silencio, se hace cómplice de los gobernantes y opresores... y todo el mundo tiene que pagar por cada gota de sangre que la clase trabajadora...» ¡Oh, Dios sabía lo harta que estaba de eso! De pronto, sintió que de su miedo brotaba una rabia desenfrenada, y esa rabia se dirigía hacia Maksim. Él y los suyos eran culpables de que ahora ella estuviera en peligro de muerte y ni siquiera pudiera huir, a causa de la enfermedad de Belle. Su vida entera le parecía una concatenación de desdichados acontecimientos, y la culpa de todo la tenía Maksim.

Gozó de la mirada de sorpresa con la que advirtió la ira en su rostro.

Bruscamente, se dio la vuelta y se fue, con los hombros tensos, como si no conociera el miedo, mientras en ella crecía la certeza de que, desde entonces, precisamente el miedo nunca la abandonaría del todo. Se había vuelto tangible. Estaría esperando en todos los rincones de su vida... un viejo conocido, malvado, insistente.

Mascha, la activista, Nina, la criada, y Yuri, el obrero, nunca se habían encontrado antes. Pero eran camaradas en la lucha. Juntos subieron por la escalera del Palacio de Invierno... ni un cuarto de hora después de que los cañones del crucero *Aurora*, anclado en el puerto, dieran el pistoletazo de salida a la revolución. Era casi de noche, entrada la tarde del 7 de noviembre, y el aire era frío y olía a nieve. La helada ya había empezado, el temido invierno ruso estaba a las puertas. Pero Petrogrado velaba aquella noche, vivía, rugía, luchaba.

Alrededor del Palacio de Invierno ardían antorchas, su resplandor iluminaba cientos de rostros, en los que había éxtasis y perplejidad. Obreros, marineros y soldados se abrían camino hombro con hombro por puertas y portones, escaleras y pasillos, cuartos y salas. La defensa del palacio estaba en primer término encomendada a aristócratas leales al Gobierno, de los que pocos eran mayores de dieciséis años. Opusieron una resistencia titubeante. Hubo disparos aislados, pero apenas podían sobreponerse al júbilo y el griterío de la masa. En todas partes ondeaban banderas rojas, y fuera, en la plaza, se formaban coros inmensos que cantaban «La Internacional». La lucha parecía arrebatadora, peligrosa, incontenible, sin que nada ni nadie pudiera ya detenerla.

A cada peldaño que subía, Nina era presa de una creciente histeria. Creía que iba a perder el sentido. No llevaba ningún arma en sus manos -sabiamente, su amigo Yuri se había cuidado de eso-, pero gritaba como si estuviera al borde de la muerte. Las masas humanas, la noche, el resplandor de las antorchas, los cantos y las voces la embriagaban.

Con la bayoneta calada, Yuri no la perdía de vista. Nunca la había visto tan pálida y al mismo tiempo tan llena de fiebre. Temía que, en su entusiasmo, se tirase por la siguiente balastrada o se lanzara sobre las bayonetas de sus propias filas.

En él aún había brasas del fuego de febrero, pero ya no ardía. Siempre había sido un hombre carente de imaginación, sobrio y astuto, y desde hacía algún tiempo su fría inteligencia volvía a abrirse camino. Sabía que aquella revolución era, sobre todo, por la tierra; la meta era la redistribución de la tierra, la reconfiguración del orden económico. Eso no podía salir adelante sin problemas, todo el mundo lo tenía claro. No era solo que fuese a haber pelea. No, lo peor era que, probablemente, al principio los suministros quedarían interrumpidos por completo. Se harían cenizas, como todo el sistema. Se recuperarían... pero ¿qué pasaba entretanto? Incluso un buen bolchevique, se decía Yuri, tenía que pensar ante todo en sí mismo... camarada más o camarada menos. Él había sido precavido. Con ayuda de Nina, había vaciado la casa abandonada de la familia Von Bergstrom; cuadros, muebles, alfombras y adornos, todo lo que cabía en su casa. Se acordaba del rostro horrorizado de su madre, la honrada trabajadora.

-¡Yuri, esto no va a terminar bien, créeme!

Él se había echado a reír.

-No, madre, los tiempos cambian. Esto es propiedad popular, ¿entiendes? ¡Vamos a abolir la propiedad privada!

Su madre era una mujer insobornable.

-Si eso es propiedad popular, tampoco tiene que venir a parar a nuestra casa. ¡Y menos de noche! No lo entendía. Tampoco tenía sentido explicárselo. Iba a intentar vender esas cosas en el

extranjero. Trajera lo que trajese el futuro, quien tuviera dinero para corromper a otros sobreviviría. Y él, Yuri, tenía la intención de sobrevivir.

Junto a él corría Mascha, con un fusil en las manos. Su rostro no revelaba emoción alguna. Se mantenía objetiva, fría y reflexiva. El día anterior se deslizaba por su memoria: desde las dos de la mañana, las tropas bolcheviques se habían hecho con los órganos más importantes de la ciudad: estaciones, centrales eléctricas, oficinas de telégrafos, imprentas, correos, la central telefónica y el banco central. Con eso, el Gobierno provisional estaba paralizado y sin capacidad de acción. Otro comando había repartido carteles que anunciaban la caída del Gobierno, un poco demasiado pronto en ese momento, pero sin duda una propaganda eficaz. Petrogrado estaba en manos de los bolcheviques, a excepción de la última fortaleza: el Palacio de Invierno.

Un soldado que se enfrentó a los intrusos cayó a los pies de Mascha, mortalmente alcanzado por una bala. Dio una zancada por encima de él. Apenas lo miró. Se sentía cansada, agotada, casi vacía. A su alrededor no había más que el goce de la victoria, pero ella... Solo podía pensar en todo lo que aún vendría, en qué dificultades tendrían, en cuántos problemas se acumulaban delante de ellos. Mañana, Vladimir Ilich Lenin anunciaría sus objetivos, la idea de todos: a los campesinos la tierra, a los soldados la paz, a los trabajadores el poder.

Luego tendrían que seguir luchando, dura y encarnizadamente, hasta que aquel enorme, gigantesco, inabarcable país entendiera los nuevos tiempos. Trotski ya había hablado de eso: utilizar el ferrocarril, instalar una oficina rodante, que llevaría la revolución mucho más allá de los Urales, adentrándose en las estepas asiáticas. Quedaba tanto por hacer... Estaba cansada. Deseaba que esa chica que había a su lado dejara de gritar. Eran las dos y diez minutos de la madrugada, del 8 de noviembre, cuando el Gobierno provisional se entregó y fue detenido en el comedor blanco del Palacio de Invierno.

La mañana del 8 de noviembre, Lenin subió a la tribuna de oradores en la gran sala del Smolny y anunció la victoria de los bolcheviques al segundo congreso de los Soviets. Ofreció a los alemanes paz en todos los frentes, habló de la libertad de propaganda, de la abolición de la pena de muerte en el ejército, y dictó la orden de detener al fugitivo Kerenski.

Y entonces leyó el decreto de reparto de la tierra: «La ley de propiedad de latifundios queda abolida con carácter inmediato y sin indemnización alguna».

En mitad de la noche, Felicia despertó porque alguien estaba junto a su cama y la sacudía por los hombros. Era Kat, con un camisón blanco hasta los tobillos y el cabello suelto.

-¡Felicia! ¡Despierta! ¡Tienes que despertar! ¡Hay gente aquí que dice que la casa de la baronesa Randow está ardiendo! ¡Despierta!

Felicia, saliendo de sueños confusos y temerosos, se sentó y parpadeó adormilada mirando a su cuñada. Kat tenía en las manos una vela encendida, cuyo resplandor hacía bailar sombras fantasmagóricas en la estancia.

-No me he atrevido a encender la luz -cuchicheó-. ¡Ah, Felicia, tengo tanto miedo por Andreas! ¡Levántate, por favor! Tenemos que hacer algo.

Felicia volvió por fin en sí.

-¿Quién ha venido?

-Criados de la baronesa. Querían advertirnos. ¡Felicia!

-Ya voy. -Felicia sacó las piernas de la cama. Le temblaban las manos. La pesadilla se hacía realidad. Siempre había sabido que ocurriría en algún momento. «Ahora no pierdas los nervios», se ordenó a sí misma.

Con una manta por encima de los hombros, siguió a Kat a lo largo del pasillo y escaleras abajo. En el vestíbulo había tres figuras miserables, que la miraban en busca de ayuda. Los dos hombres y la mujer habían venido corriendo todo el camino desde la finca vecina, a lo largo de la playa. En sus ojos palpitaba el miedo. Hablaban en salvaje confusión, en estonio y en un torpe alemán, y lo que Felicia entendió al final fue esto: en la finca vecina reinaba ya desde hacía algunos días un estado de anarquía, similar al de allí, solo que había unos cuantos cabecillas extremadamente agresivos que incitaban cada día más a los otros. Las amenazas de criados y campesinos se habían vuelto tan abundantes que, desde el día anterior, la familia de la baronesa ya no se atrevía a salir de la casa. Como habían cortado la línea telefónica, ni siquiera podían pedir ayuda. Por la noche, un grupo de quince jóvenes había entrado en la casa -una de las criadas les abrió la puerta- y había tomado posesión de todas las estancias, se habían arrojado sobre el vodka, destrozado unos cuantos muebles y pintarrajeado todas las paredes con frases de odio en pintura roja. La baronesa y sus hijos se retiraron a una buhardilla, pero también allí los habían acosado y molestado. Gracias al vodka, el ambiente entre los intrusos se volvió cada vez más agresivo y violento. Habían encendido todas las velas que pudieron encontrar y habían intentado quemar en la chimenea un abrigo de piel de la baronesa. Ya no era posible saber si había sido su intención prender fuego a toda la casa, pero de pronto alfombras y cortinas ardían. Los amotinados estaban completamente fuera de sí. Habían convertido las patas de las mesas y las sillas en antorchas, y las habían arrojado en los pasillos y las habitaciones.

-Yo no hacía más que gritar: «¡Tenemos que irnos!» -contó el hombre, entrado en años, gesticulando furiosamente-. Nadie intentó retenernos. Pero dijeron: «Aún haremos más fuegos de celebración, continuaremos. Todos los palacios van a arder esta noche. Venimos a advertiros: ¡Marchaos! ¡Marchaos tan lejos como podáis!».

Se detuvo. Kat dio un paso hacia él, le tomó las manos.

-¡Andreas! ¡Nikita! ¡La baronesa! ¡Qué ha sido de ellos!

El hombre se encogió de hombros.

-No lo sé. No pudimos llegar hasta ellos.

-¿Qué significa que no pudisteis llegar hasta ellos?

Entonces fue la mujer la que habló.

-¡No pudimos porque toda la escalera estaba en llamas!

Kat la miró fijamente. Su rostro expresó perplejidad, luego incrédulo espanto.

-La escalera ardía... sí, pero entonces... ¡oh, Dios! -Se lanzó hacia la puerta de la casa.

Felicia alcanzó justo a sujetarla.

-¡Kat! ¡No puedes ir allí! Sería una locura. ¡Ponte algo, tenemos que marcharnos enseguida!

Kat gritó:

-¡No! ¡Tengo que ir con Andreas!

-Ahora no puedes ayudarlo. -Felicia, que temblaba de pies a cabeza, hubiera querido abofetearla-. ¡Vas a quedarte conmigo, aunque tenga que atarte!

Kat se defendía con fiereza de la mano que la sujetaba. Faltó poco para que hubiera una pelea entre las dos mujeres, pero una áspera voz procedente de la escalera las hizo detenerse.

-¿Qué está pasando aquí?

Era Maksim.

Felicia estuvo a punto de romper a llorar de puro alivio.

-¡Maksim, menos mal que estás despierto! ¡Ha ocurrido algo espantoso!

A toda prisa, le contó los acontecimientos de la noche.

Maksim parecía muy serio.

-Dado que esa gente está bebida, constituye un auténtico peligro -dijo-, y era difícil hablar con ellos. Se están creando serios problemas, porque están destruyendo propiedad popular, y eso va a tener un castigo muy duro. Pero, en su estado, no lo entienden.

Kat seguía en mitad del vestíbulo y se frotaba la muñeca, que le ardía de tanto como la había aferrado Felicia. Sus ojos oscuros parecían negros de miedo, y estaban desproporcionadamente abiertos. Maksim se inclinó hacia ella.

-Ahora tenemos que pensar en nosotros, Kat -dijo con amabilidad pero con determinación-. Vístase, por favor. Nos vamos.

Temblando, Kat se sometió sin replicar a su suave voz.

«Se volverá loca antes de que acabe la noche», pensó Felicia con un mal presentimiento. Corrió detrás de Maksim, que subía la escalera.

-¡Maksim!

Él se volvió hacia ella.

-Despierta a tu tía y trata de explicarle lo que ha ocurrido. Que se ponga ropa de abrigo. Y luego preparad a la niña.

-Maksim, no sé si tía Belle...

En los ojos de él resplandecía la ira. Ella no sabía contra quién se dirigía, si contra sí mismo o contra el destino.

-¡Va a ser una tortura! ¡Pero no tenemos otra elección!

Belle despertó de un sueño febril y no entendió en lo más mínimo lo que ocurría. Felicia tuvo que sacarla casi violentamente de la cama. Mientras la ayudaba a vestirse, Belle amenazaba con desplomarse una y otra vez. Se resistía mientras pronunciaba confusos discursos.

-No puedes quedarte aquí, tía Belle -ordenó Felicia-. ¡No te muevas!

Belle la miró con ojos vidriosos, y al instante siguiente había vuelto a dormirse. Felicia se precipitó al cuarto de la niña. El ruido ya había despertado a Nicola. Estaba sentada en la cama y sonrió a Felicia.

-¡Hola, Felicia!

-Nicola, mi pequeña, vamos a hacer una excursión. ¿Quieres?

Nicola estuvo en pie enseguida. Felicia la vistió y le ordenó que no se moviera de su cuarto, luego fue a vestirse ella. Comprobó que seguían temblándole las manos.

Kat había logrado incluso preparar un bolso con las cosas más imprescindibles. Ahora parecía muy tranquila, pero se movía como una sonámbula.

Maksim fue hacia la puerta, envuelto en un pesado abrigo de invierno, con una bufanda oscura en torno al cuello.

-¿Estáis listas? -preguntó sin rodeos-. Entonces podemos irnos. Los caballos están enganchados.

-¿Caballos? ¡Tiene que haber un automóvil aquí!

-No conseguiremos gasolina en ninguna parte. Además, los caminos son malos. Cuando llueve se llenan de barro, y si nieva, no hay forma de avanzar. Los caballos son mejores. -Miró hacia arriba-. ¿Está lista Belle?

-Sí. Nicola también.

-Bien. Tú llevarás a Nicola, yo a Belle. ¡Ahora, deprisa!

En silencio, hicieron todo lo que había que hacer. Belle iba como borracha en brazos de Maksim. Al menos no parecía tener dolores. Llevaba un gorro de piel torcido en la cabeza y los rizados

cabellos sujetos con un lazo de terciopelo. Tenía un aspecto fantásticamente hermoso y trágico. Bajó la escalera como si se moviera por el escenario de un teatro.

Entretanto, también unos cuantos criados de la casa habían despertado y se habían reunido en la escalera. Los vieron marcharse, en parte indiferentes, en parte burlones. Felicia no se dignó mirarlos. Sacó a Nicola a la noche helada, la ayudó a subir al coche y a envolverse en una manta de piel. Acostaron a Belle junto a ella. Apoyaba la cabeza en el regazo de Kat, a la que Felicia encargó no perderla de vista ni un momento.

-¿Lo llevamos todo? -preguntó Maksim.

¡Que si lo llevaban todo! ¿Qué les quedaba? Felicia se encaramó al pescante con Maksim.

-Lo llevamos todo -dijo, con voz que le sonó desconocida.

-Bien. -Maksim tomó las riendas, chasqueó la lengua.

Los caballos, dos pesados y tranquilos percherones retornados de la guerra, se pusieron en marcha. Sus cascos resonaron en el patio adoquinado, se volvieron más silenciosos cuando el coche bajó la arenosa avenida de entrada. La casa quedó atrás, oscura y vacía.

La luna se alzaba sobre los árboles como una espectadora indiferente, a los caballos les salía un aliento blanco por los ollares. Felicia tenía las manos hundidas en los bolsillos del abrigo de Maksim. En una ocasión, él se volvió hacia ella. Su rostro tenía exactamente la misma expresión que había adoptado aquella vez en Petrogrado, cuando el policía tiroteado se desplomó a sus pies. En ese mismo instante Kat gritó. Lanzó un grito tan alto, tan agudo, tan horrorizado, que los caballos empezaron a escarcear. Felicia se volvió: -¡Kat! Por el amor de Dios, ¿qué te pasa?

Antes de que terminara de pronunciar esas palabras, ella misma lo vio: habían dejado el parque y a su costado se extendían los campos. Estaban a oscuras, pero al oeste un rojo y llameante resplandor iluminaba el cielo, teñía como de sangre las copas de los árboles.

Se trataba de un incendio enorme, y la finca de la baronesa tenía que estar ardiendo hasta los cimientos.

Un miedo infantil hizo encogerse a Felicia, un miedo instintivo a la oscuridad y el fuego. Pero en el mismo instante sintió odio hacia su propio miedo, y su despertar fue como una explosión. Por primera vez, no encontraba los muros que la habían protegido de hacerse adulta; aquellos muros hechos de vanidad, obstinación e incommovible confianza en sí misma que siempre habían estado, con total evidencia, a su alrededor.

El miedo la dejó sin aliento, pero allí estaban también el odio, la ira que sentía hacia todo lo débil, especialmente hacia su propia debilidad. Con el miedo despertó el espíritu combativo y, sin saberlo, esa noche emprendió la lucha contra su miedo.

-No mires, Kat -dijo-, consumes demasiada energía al hacerlo. No mires, piensa tan solo que tenemos que abrirnos camino de alguna manera. ¡No mires!

Hacia el amanecer comenzó a nevar, y Felicia intuyó cómo tenía que ser el infierno. El rostro del diablo era blanco como la nieve, negro como los bosques de abetos e implacable como la noche, que se convertía titubeante en una oscura y gris mañana. Profundas nubes pendían del cielo, pesadas y tranquilas al principio, impulsadas después por una ululante tempestad; los copos de nieve caían suaves y monótonos, pero más tarde arrojaban gélidas rachas contra los rostros de los fugitivos. En las crines de los caballos se formaban carámbanos. No pasó mucho tiempo antes de que el coche se atascara... Maksim tiró las riendas y saltó del coche.

-Tenemos que continuar a pie, no hay nada que hacer. Voy a desenganchar los caballos. ¿Cómo está Belle?



Felicia echó un vistazo atrás. Tenía tanto frío que pensaba que los huesos se le romperían a cada movimiento. Pudo distinguir el pálido rostro de Kat y oír un gemido reprimido de Nicola.

-Kat, ¿cómo está tía Belle?

-No lo sé... Tiene una fiebre terriblemente alta, creo. Está muy quieta. Quizá inconsciente.

-Es lo mejor que le podía pasar. De alguna manera, tenemos que atarla a uno de los caballos. Hay que seguir a pie.

-¿A pie? ¿Con esta tormenta? Pero...

El viento levantó los copos con un furioso aullido. Ardieron, helados, en el rostro de Felicia. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Hasta el final de su vida, lo sabía, no olvidaría ese terrible frío. Descendió trabajosamente del coche. Se encontraban en un camino estrecho y desigual, donde a derecha e izquierda se alzaban altos abetos negros. Entre sus copas podía ver las nubes correr por el cielo. Comprobó que sus zapatos no ofrecían la menor protección contra la nieve y que los dedos de los pies se le quedaban tiesos, mojados de agua helada.

«Voy a morir», pensó apática.

Maksim había desenganchado al fin los caballos y subió a Belle al más grande de los dos. De hecho Belle había estado inconsciente, pero en ese momento despertó y se quejó de una sed ardiente. Deliraba, sus palabras se confundían una y otra vez. No cabía pensar en que lograra sostenerse sola en el caballo.

-Kat, tiene que ir detrás de ella -ordenó Maksim-, no es posible hacerlo de otro modo. Agárrela fuerte. Y Nicola irá en el otro caballo. -Lanzó a Felicia una sonrisa de camaradería-. Y nosotros caminaremos. Si es posible.

-Sí, sí. ¿Tienes una idea aproximada de dónde estamos?

-Todavía no muy lejos. En la próxima casa que veamos intentaremos que nos acojan. -Alzó la vista al cielo con preocupación-. Ojalá pronto veamos una.

Se pusieron en marcha, paso a paso, mecánicos, rígidos por el frío, matando cada pensamiento que tenían. A sus pies, la nieve se apilaba cada vez más alta.

La casa señorial estaba abandonada. Cuando por fin se convencieron de que ni en los pasillos ni en las habitaciones se escondían enemigos, Felicia estuvo a punto de romper a llorar de puro alivio. Maksim sospechaba que los habitantes de la casa habían sido detenidos, porque todo daba esa impresión. Armarios y cómodas estaban abiertos, los cajones sacados, las camas revueltas y los colchones atravesados a bayonetazos. En algunas habitaciones, incluso habían arrancado en tiras el papel de las paredes. Pero la casa estaba en pie, tenía paredes, un techo y ventanas que dejaban fuera el tormentoso día.

Mientras Maksim llevaba los caballos al establo, Felicia y Kat ayudaron a tía Belle a subir la escalera y la acostaron en una de las habitaciones. La ropa estaba un poco húmeda, y Felicia mandó a Kat a buscar en algún sitio una bolsa de agua y llenarla de agua caliente. Encendió todas las velas que encontró en la estancia, porque la luz eléctrica ya no funcionaba en ninguna parte de la casa. Descubrió un par de suaves zapatillas de piel junto a la chimenea, se quitó las botas empapadas y deslizó los pies dentro de la piel con un suspiro. Fue como si estuviera descongelándose poco a poco. Lentamente, despertó de su apatía. Fue hacia la cama y contempló el rostro gris y demacrado de su tía, escuchó su superficial respiración. Se volvió al oír un movimiento a su espalda. Era Maksim.

Su oscuro cabello estaba blanco de nieve, de sus pestañas se desprendían gotas de deshielo. La bufanda que llevaba al cuello estaba rígida, helada. Se quitó los guantes y se echó el aliento en las manos.

-Los caballos están a buen recaudo -dijo-, tienen incluso avena. Nosotros en cambio...

-Bajaré ahora mismo y veré si encuentro algo de comer -dijo Felicia-, aunque solo sea un trozo de pan duro.

Con un temor que le era ajeno, Maksim miró la cama en la que Belle se revolvía inquieta.

-¿Cómo está?

-Se muere. Y no sé si volveré a sacarla de esta cama. Simplemente no quiero atormentarla más.

-Podemos quedarnos un tiempo aquí, si encontramos algo de comer y nadie viene a echarnos.

Los dos callaron. Kat entró en la habitación abrazando una bolsa de agua caliente.

-Aquí tienes -dijo inexpresiva-, y en la cocina hay pan, huevos y alguna cosa más. Si es que tenéis hambre.

-¿Si es que tenemos hambre? ¡Kat, nos estamos muriendo! Haré algo de comer, vosotros cuidad de tía Belle. Kat -cogió un momento la mano de su cuñada-, ¿estás bien?

El rígido gesto de Kat no cambió.

-Sí, gracias.

Felicia asintió. «En casa -decidió-, en casa me ocuparé de Kat. Ahora necesitamos comer algo. Es lo más importante.»

Ahuyentó los pensamientos y bajó a la cocina.

La tormenta de nieve rugió todo el día y la noche siguiente. Sacudía las ventanas de tal modo que los cristales tintineaban. Felicia no halló un instante de sueño. Escuchaba los muchos ruidos de la casa, el gemir del suelo, el crujir de los peldaños de la escalera, el inquietante ulular en las chimeneas frías. Había pedido a Maksim que corriera el cerrojo de la puerta de la casa, pero dudaba mucho de que tal medida ofreciera protección alguna. Dejó dos velas encendidas junto a su cama para, viniera lo que viniese, al menos poder mirar de frente al peligro. En su mente estaba de manera constante la imagen de una tropa de guardias rojos armados que subían la escalera y se precipitaban en su habitación.

Por lo demás, se levantaba casi cada hora para ir a ver cómo estaba tía Belle. En el delirio de la fiebre, apartaba de sí una y otra vez cojines y mantas, para luego castañetear los dientes de frío. Se cayó por dos veces de la cama. En un par de ocasiones preguntó por Julius, y Felicia dio respuestas elusivas. En un momento de lucidez, Belle abrió los ojos como platos y dijo:

-Está en Siberia, ¿verdad?

-En el este, Belle. Nadie ha dicho nada de Siberia.

Pero ella misma consideraba muy probable Siberia. ¡Pobre y querido tío Julius! Había sido un amable y silencioso compañero de su vida. En Lulinn, le guiñaba un ojo desde el otro lado de la mesa cuando el abuelo hacía la inevitable observación respecto al juramento de lealtad de su yerno a los zares rusos. Pero también de eso hacía mucho tiempo.

Por fin llegó la mañana. Una luz pálida y gris iluminó el horizonte oriental, se extendió lentamente por el paisaje, bañó el amanecer en una turbia penumbra. Las copas de los pinos susurraban. Había dejado de nevar pero las nubes seguían bajas, por la ventana entraba un viento gélido. Felicia bajó a tientas a la cocina para ver si aún encontraba algo con lo que poder hacer un desayuno. Para su asombro, la esperaba un fuego que crepitaba en el horno, una tetera que silbaba en el fogón y el olor a tocino asado. Maksim se volvió hacia ella.

-Seguro que no has pegado ojo en toda la noche -dijo-, ¡siéntate y come un poco!

Se dejó caer, agradecida, en una silla. Se esforzó por ahuyentar las imágenes de la noche anterior.

-Ah, Maksim -murmuró-, si no estuvieras aquí...

-Estoy aquí -dijo él suavemente.

Ella alzó la cabeza, le miró y volvió a encontrar la calidez en su voz, en sus ojos. ¿Qué veía tan de repente en ella, que despertaba tanta dulzura en él?, se preguntaba confundida. Llena de desconfianza, le asaltó el pensamiento de que lo que sentía podía ser compasión, y se levantó con un movimiento brusco. Si había algo que no soportaba era la compasión.

Y menos si venía de él.

-Voy a ver cómo está Belle -dijo escuetamente, y salió de la cocina.

No cabía pensar en partir ese día, aunque en todos ardía el deseo de seguir, nada más que seguir. Sin embargo, después de haber echado un vistazo a Belle, decidieron unánimemente quedarse. Parecía imposible incluso hacer bajar la escalera a Belle.

-Tenemos que ayudarla de alguna manera -dijo Kat con horror, aunque ni ella sabía cómo.

Para su espanto, Felicia se veía enfrentada de pronto al hecho de tener que ayudar a Belle, y sentía crecer en ella el viejo terror histérico que le había asaltado en su época de enfermera.

Kat permanecía en el cuarto como una niña asustada, y parecía estar esperando la siguiente instrucción de la enfermera Paula. Pero no había instrucciones, ni enfermera Paula. No había más que soledad.

Felicia aguantó. Se sentaba en la cama de Belle, con una manta en torno a los flacos hombros, y tendía la mano a la enferma una y otra vez para que pudiera agarrarse a ella, le secaba con un pañuelo el sudor de la frente. Apenas sentía ya la espalda, y tenía la sensación de que le iba a estallar la cabeza en mil pedazos. Anhelaba un instante de descanso, anhelaba escapar aunque fuera un momento a los gemidos de Belle. Fue al cuarto de al lado, donde Kat contemplaba a la luz de una vela la fotografía de Andreas que le había regalado hacía justo una semana. Al ver una actividad tan inútil, a Felicia le costó trabajo reprimir una observación brusca.

-Kat, siéntate un momento con tía Belle -pidió-, tengo que ir a comer algo.

Kat acudió con docilidad al dormitorio. Felicia bajó las escaleras. Pasó ante un espejo medio empañado y se miró. Frunció el ceño. Ya no podía distinguir en su rostro señal alguna de aquel encanto que había conocido cuando, en Berlín o en Lulinn, se miraba al espejo por las mañanas y se enamoraba de su propia imagen. Ya no había dulzura en ningún sitio de esa estrecha boca. ¡Y para qué! ¡De qué servía una sonrisa perturbadora en realidad!

«Tenían que haberme enseñado ruso y a ver morir a la gente», pensó con cinismo.

La puerta trasera se abrió y Maksim entró. Sus mejillas estaban enrojecidas por el frío.

-He ido hasta el mar -explicó, en respuesta a la mirada inquisitiva de Felicia- y he encontrado a alguien que os llevará a Finlandia. Quiere un montón de dinero, pero estaréis a salvo.

-Belle no lo conseguirá.

Se miraron.

«Es hermosa -pensó Maksim-, y muy fuerte.»

Se sobresaltaron al oír fuertes pasos en la escalera. Kat irrumpió en la cocina.

-Felicia, tienes que venir. Belle está muy mal. ¡No sé qué hacer! ¡Ven, por favor!

«Me ve como una niña», pensó irritada Felicia. Se frotó con la mano la dolorida nuca. Estaba tan cansada, tan vacía, tan quemada. Le lloraban los ojos. Habría querido salir corriendo, hacia la nieve y la oscuridad, tan lejos como pudiera, y no ver ni oír más nada de todo aquello. Estaba harta de tener que exponer la cabeza por otros. Quería cuidar de sí misma, solo de sí misma, y de nadie más.

Pero, de pronto, un recuerdo surgió de su memoria: Laetitia y Lulinn, el día que llegaron los

rusos. «Somos naturalezas extremadamente egoístas, pero tenemos valor y sentido de la responsabilidad. Cuando queremos a alguien, nos plantamos delante y lo defendemos...»

Y luego aún había dicho que no hacían nada por nobleza, sino tan solo por satisfacer su carácter dominante.... Pero daba igual: era la nieta de Laetitia, y Laetitia no se avergonzaría de nada.

Se echó hacia atrás los cabellos. Todo menos mostrar lo mal que se sentía.

-Está bien, Kat. Ya voy.

Tenía que haber dormido muchas horas. Cuando Felicia despertó, habían pasado una noche y un día, y la oscuridad volvía a cernirse fuera. Sobre la casa pendía una extraña intemporalidad: siempre parecía encontrarse en medio de la oscuridad, la tormenta y la nieve, y en la mente de Felicia surgía la idea de que había pasado toda su vida allí, y allí iba a quedarse para siempre. Lo que había sido antes y vendría después parecía haber perdido realidad. El mundo y el tiempo se habían reducido a ese lugar, a esa hora.

Tía Belle había muerto la noche anterior. Felicia ya no sabía cuánto tiempo duró aquello, solo recordaba que los minutos se habían arrastrado, se habían extendido hasta el infinito. El cuarto estaba lleno de aire estancado, de los gemidos de la enferma, de fiebre y muerte. Felicia había visto morir a suficientes personas, entonces, en el campo de concentración, como para saber que un final podía durar mucho. Sostuvo la mano de Belle, le dio agua, la abanicó con un pañuelo. Mientras rezaba incesante, en silencio: «¡Dios mío, déjala morir! Déjala morir rápido. ¡No dejes que dure tanto!».

Cuando Belle se quedó dormida, sus labios estaban hinchados y tenían un extraño color marrón oxidado, su rostro estaba amarillento, sus mejillas profundamente hundidas.

Felicia se incorporó. Se quedó en pie un segundo, a punto de romper a llorar. Pero no tenía que llorar, ni siquiera podía. Casi sobria y objetivamente, pensaba tan solo: «Tenemos que cuidar de que Nicola no vea así a su madre».

Salió del cuarto con pasos vacilantes.

La casa estaba negra y silenciosa. Solo cuando caminó por el pasillo percibió abajo la sorda campanada del reloj. Una vez. La una de la madrugada. Entró en el cuarto que había al final del pasillo, la vela que llevaba difundía una luz débil. Con movimientos torpes, se quitó la ropa, se metió en la cama como un animal que se refugia en una cueva para lamer sus heridas. Como llevaba treinta y seis horas sin dormir, lo consiguió de hecho: se quedó dormida.

Y ahora había despertado, y al cabo de unos minutos de confusión constataba que fuera no alboreaba la mañana, sino que veía caer la noche. Los recuerdos se inflamaron con fuerza, pero los apartó de sí. Era lo que le había dicho a Kat: «No mires, no te detengas». Ya no se detendría en ninguna parte. Se levantó y abrió uno de los armarios. Aquel parecía haber sido el dormitorio de una dama de alcurnia, porque encontró una bata de seda violeta pálido, con ribetes de blanco armiño en el escote, las mangas y el festón. Se la puso y gozó de la sensación de la seda fresca sobre su piel. Luego se peinó y bajó la escalera.

A su alrededor reinaba un profundo silencio. Felicia se preguntó si alguien estaba despierto. Con movimientos lentos, somnolientos, recorrió las estancias inferiores, y la cola de la bata susurraba tras ella. Por fin, se sentó delante de la chimenea de una de las habitaciones, probablemente por costumbre, porque en ella no ardía fuego alguno ni se estaba más caliente que en cualquier otro rincón de la casa. Se reclinó y cerró los ojos, sintió su pesado y suave cabello en la nuca y se cercioró de que estaba viva. Después de los horrores de la noche anterior, sentía de pronto el deseo casi adictivo de ser consciente del calor y la vida de su cuerpo. La bata se abrió. Con un suspiro, Felicia separó las piernas, se acarició la lisa piel de los muslos. Su corazón latía tranquilo y monótono. El capítulo ruso casi estaba cerrado. Pronto volvería a estar en Alemania.

Abrió los ojos al oír un ruido. Maksim estaba en la puerta. Se quedó tan sorprendida, y al mismo

tiempo tan calmada, que su extraña apariencia ni siquiera la incomodó.

Maksim tosió.

-Disculpa -dijo-, tenía que haberme hecho notar. Parecías tan ensimismada.

Ella sonrió, y en su sonrisa había poca alegría y mucha burla contenida.

-Está bien.

Maksim entró en la habitación.

-Has hecho demasiado estos últimos días. Nosotros... todos te admiramos.

-Entonces sabéis que...

-Sí.

-Por favor, preferiría no hablar de eso ahora.

Él asintió.

-El barco de pescadores está listo -dijo en tono neutro-. Como hace tan mal tiempo, el hombre exige más dinero aún, pero... seguramente en el equipaje de Belle...

-Sí, hay dinero.

-Deberíais estar en el mar mañana temprano. Os llevaré allí. Luego yo volveré a Petrogrado.

-Sí.

Se acercó aún más, se arrodilló a su lado, le cogió las manos.

-Eres muy valiente, Felicia. No sé quién de nosotros hubiera soportado lo que tú has soportado.

Felicia alzó la vista con rapidez. El estupor cedía. Su entendimiento volvía a trabajar con total claridad. La voz de él sonaba distinta que otras veces, y rápidamente ella se cercioró de que lo que se desprendía de ella era más que mera preocupación. Antes siempre le había sorprendido que no sucumbiera ni un momento a sus mil veces probados encantos, ahora en cambio no entendía el tono extraño de su voz. Solo ayer había constatado que había perdido ya la magia de la primera juventud, y hoy Maksim venía y parecía descubrir en ella algo que hasta entonces no había visto. Felicia apartó la mirada, confundida.

Maksim observó a Felicia. Se la veía muy cansada y pálida. Los movimientos con los que cruzó la bata y encogió las piernas eran de una inconsciente sensualidad. Su sonrisa no era calculadora. Maksim se dio cuenta de improviso: ya no era una niña. En algún lugar del camino que había recorrido desde que la besó aquella noche en Munich, había perdido su puerilidad. No sabía si fue al morir su padre, cuando vagaba por la revolución de Petrogrado, cuando huían en medio de la noche o al tener que vivir la muerte de Belle. Pero ya no era una niña inmadura. Podía distinguir las líneas de su cuerpo bajo la seda; sus firmes y altos pechos, las largas y esbeltas piernas. La misma idea que ayer se le había pasado por la cabeza regresó: «Es hermosa, y muy fuerte».

Y, de pronto, la deseó. Quería más que tan solo mirarla, admirar su belleza, entender su cambio. Quería de ella precisamente lo que siempre había rechazado con arrogancia, aquello a lo que se había creído inmune.

-Felicia, te quiero -dijo. Sonó asustado.

Ella le miró.

-¿Cómo? -preguntó sorprendida.

La risa de él pareció forzada.

-¿Ahora se han invertido los papeles del juego? -Sus dedos se deslizaron suavemente por sus brazos, se detuvieron en la sangradura.

Felicia negó con la cabeza.

-No. No quiero. Ya no. Todo ha cambiado.

-Felicia...

-Basta, Maksim. Me has despreciado desde que nos conocemos. Despreciado... pero siempre querías tenerme en algún sitio. Durante todos estos años, he tenido que jugar a ese juego. Te complacía ir siempre dos pasos junto a la tentación para luego rechazarla heroicamente. Siempre necesitabas, con desesperación, pruebas de tu perfección revolucionaria. «Mirad, ahí está esa chica, joven y hermosa, y me quiere, pero yo... ¡Renuncio!» Hazlo también ahora, Maksim. Vuelve con Mascha.

Felicia fue a darse la vuelta, pero Maksim le sujetó la cara, la obligó a mirarlo.

-Lo más notable en ti es que eres tan egoísta, tan egocéntrica, que sencillamente no puedes imaginar que haya personas que no hagan algo solo en su provecho. No ves más allá de la punta de tu propia nariz, no se te pasa por la cabeza que la vida pueda tener un par de dimensiones más. Como no pensarías ni en sueños en querer mejorar el mundo, enseguida buscas el motivo egoísta en todo el que tiene semejante pretensión. Mi renuncia a ti ha de tener una razón del todo egoísta, y si ahora te explico que no fue así, no lo comprenderás. Porque estás atrapada en tu pensamiento, como cualquier otra persona.

Ella le miró fijamente. ¿Adónde, por el amor de Dios, quería ir a parar ahora? En voz baja, él continuó:

-Pero mi mundo... se tambalea, Felicia. Me ha pasado algo grave: he empezado a dudar. Es como si cien años me separasen del hombre que fui. Hay tantas cosas que ya no sé si son ciertas. En una ocasión te dije que el que duda es en realidad el más fuerte. Pero no sé... si es cierto -su voz se iba haciendo cada vez más baja-, si es posible sentirse así de roto.

Los tensos rasgos de Felicia se relajaron. No sabía cómo reaccionar a todo lo que él decía, pero esto último le resultaba familiar. Se había calificado de roto. Tuvo una sensación de arrepentimiento. Él sufría de veras, por el mundo, por sus dudas, por su desgarramiento o por lo que fuera, y ella le acusaba porque se sentía cansada, desmoralizada e infeliz. Tendió la mano, y le acarició suavemente las mejillas.

-Ah, Maksim, ha pasado tanto tiempo.

En ese mismo instante supo que no era cierto. Por muchos años que pudieran haber pasado, por mucho que hubiera sucedido desde que el mundo se había precipitado en el abismo de aquella absurda guerra, esa noche, en la soledad nevada, ambos volvían de pronto a sentirse jóvenes y libres, y se entregaron tanto más a esa sensación cuanto que en el mismo momento se veían sometidos al reconocimiento de que hacía cien años de sus veranos en Lulinn y de que ninguno de los dos podría borrar lo que habían vivido desde entonces.

De pronto se sintieron débiles y desvalidos como niños, triturados entre su nostalgia de un tiempo pasado y la conciencia de que nada era recuperable en la vida.

Primero se limitaron a cogerse de las manos, tímidos y cautelosos, como si fueran de verdad niños y para Maksim nunca hubiera existido Mascha y Felicia nunca hubiera estado en los brazos de Alex. Cuando Maksim soltó su mano, Felicia retrocedió imperceptiblemente, para acto seguido inclinarse hacia delante y buscar sus labios. La mano de él se posó en su cuello, se deslizó, apartó la tela de la bata. Se besaron, con suavidad al principio, después con fuerza. Se tumbaron juntos en la alfombra, apretaron sus cuerpos, entrelazaron sus piernas, jugaron con los cabellos del otro, rieron y susurraron todas esas palabras que nunca se habían atrevido y nunca se atreverían a decir en voz alta. «Esto es una absoluta locura -pensó Felicia-, una locura incomprendible.»

Cuando de pronto el cuerpo de él estuvo sobre ella, Felicia hizo un movimiento de rechazo; no porque no quisiera, sino porque se había apoderado de ella el terrible miedo a no poder soportar que volviera a abandonarla. Pero solo dudó durante segundos. Asombrada, contempló el rostro y

los ojos de él; le sobrevino, como un relámpago, un breve recuerdo de Alex, de las furiosas y desconsideradas luchas que habían librado en la cama, en las que se trataba de que cada uno demostrara su propia indiferencia. Con Maksim no se sentía acosada sino, por primera vez en su vida, libre del miedo de que alguien pudiera de verdad acercársele demasiado... quizá, intuía, porque a cada segundo se daba cuenta de que Maksim era un regalo temporal. El placer y la dicha enturbiaron sus sentidos; se permitió la entrega al destino, al amor, al éxtasis.

Cuando despertó, mejilla junto a mejilla con Maksim, sintiendo cansancio y calor en el cuerpo, cuando el abrumador sentimiento de dicha empezó a adoptar ya el brillo mate de lo pasado, comprendió que Maksim volvería junto a Mascha, y ella volvería a ver a Alex. Con esa noche no podía hacer otra cosa que meterla en la caja de sus recuerdos y conservarla allí. Sonrió, y en aquella sonrisa se ocultaba lo que pensaba: «Me abandonarás para siempre, Maksim, pero también regresarás siempre. Cuanto más dudes de ti y de tu revolución, tanto más me necesitarás a mí. Necesitarás tantas cosas que creías que estaban por debajo de tu dignidad. Ah, Maksim, la vida es la historia más absurda que jamás se ha escrito, ¿no crees?».



Regresaron a un Berlín triste, frío, hambriento. El año 1917 tocaba a su fin, y el año siguiente no parecía ofrecer ninguna expectativa de paz. Los soldados morían en los frentes, y casi no había ninguna familia que no tuviera que lamentar al menos un muerto. Los socialistas declaraban una y otra vez que se estaba abusando de un pueblo usándolo como carne de cañón, e incluso los que no eran partidarios suyos empezaban a preguntarse si no había algo de verdad en eso. Se exigía saber por qué se libraba esa guerra en realidad, y no se hallaba ninguna respuesta concluyente. A esto se añadía la mala situación de los abastecimientos. En especial en las grandes ciudades la gente pasaba hambre, sobre todo desde que el bloqueo de los aliados había empezado a mostrar todo su efecto. Desde 1914, más de un millón de personas habían muerto de hambre en Alemania. Se recordaba con escalofríos el tristemente famoso invierno de los nabos de los años 1916 y 1917, cuando, aparte de unos cuantos nabos blandos, no había habido literalmente nada más que comer. La cosecha del verano anterior no había reportado ni la mitad de lo que se cosechaba en los años previos a la guerra. Especuladores y contrabandistas hacían de las suyas, y echaban más leña al fuego. Del eufórico sentimiento de solidaridad del primer año de la guerra ya no quedaba nada. Lo primero que Felicia vio a su regreso a Berlín fue un grupo de obreros manifestándose que agitaban banderas rojas y exigían la paz en enormes pancartas. Por un momento, le pareció que había vuelto a Petrogrado.

En la Schlosstrasse vivían juntos Elsa, Linda y el pequeño Paul. Las dos mujeres y el niño de dos años parecían muy solos en la enorme y silenciosa vivienda. Paul se pasaba el día entero mirando las hojas de libros ilustrados, mientras su madre y su abuela tejían en el salón para los soldados, incansables, como ya hicieron en agosto de 1914. Felicia pensó que seguirían haciéndolo mucho después de que la guerra hubiera terminado.

Linda no había cambiado. Habrían podido llevarla al purgatorio y eso no habría afectado a su amabilidad, a su rostro de muñeca de ojos grandes. Sin duda estaba pálida y delgada a causa de la mala alimentación, pero seguía arrugando los labios con la misma inocencia que antes, y abría los ojos como platos con el mismo asombro. A su lado, Felicia se sentía viejísima.

Cuando volvió a ver a su madre, Felicia se quedó horrorizada. Elsa siempre había sido delicada, pero ahora parecía quebradiza. Por entre su cabello oscuro asomaban mechones grises.

-Felicia -susurró-, ¿de verdad has vuelto?

Felicia la rodeó con ambos brazos pero, en vez de encontrar descanso y refugio, creyó tener entre las manos a un frágil pajarillo.

Allí no iba a encontrar el puerto que había estado buscando.

-Madre, ahora todo irá bien. ¡He vuelto!

Elsa sonrió, pero fue una sonrisa forzada, rota.

-Sabía que aún estabas viva.

-¿No te llegó ninguna de mis cartas?

-Ninguna. -Elsa miró a Kat y Nicola-. Nicola -dijo con asombro-, ¡qué alta estás!

Nicola parecía un conejito asustado.

-¿Por qué está Nicola aquí? ¿Dónde están Belle y su marido?

Felicia apretó la mano de Elsa. Nicola sollozó y se refugió en los brazos de Kat. Los labios de Elsa temblaron.

-No... Belle no...

-Tuberculosis, madre... Hicimos todo lo posible, pero... tuvimos que escapar, y no teníamos nada que ella pudiera comer...

-Belle... -dijo Elsa. Se quedó escuchando el eco de aquella palabra, y ante sus ojos surgió la imagen de una mujer hermosa, viva y sonriente, una mujer que representaba a toda una generación, una época, una forma de vida. ¿Qué había sido de su mundo?- Belle -repitió. Luego miró a su hija: ¿Y Julius?

-No lo sabemos. Fue detenido durante la revolución de febrero. Desde entonces...

-Eran tan hermosos, los dos, tan felices.

-Lo eran, madre.

Los nervios de Felicia estaban en tensión. Elsa estaba obligándola a hacer precisamente lo que no quería volver a hacer: esperar y ver. Enseguida hablaría de su padre.

Y ocurrió.

-Padre murió deprisa, ¿verdad?

-En el acto, madre. No sufrió ni un solo segundo -mintió Felicia.

-Recibí una carta de condolencia muy amable del Ministerio de la Guerra. Decía que tu padre había cumplido hasta el último momento su deber de médico con total sacrificio.

«Lo hizo -pensó amargamente Felicia-, y una carta a la viuda es el agradecimiento de su patria.» Pero sin duda la carta significaba mucho para Elsa. Podía imaginársela leyéndola noche tras noche, hasta que el papel se volviera fino y arrugado.

-Era el mejor médico -dijo-, todo el mundo lo sabía.

Se incorporó. Que Dios la perdonara, pero ya no podía hablar más de aquello, ni de aquel día ardiente en Galitzia ni del cuarto de enferma de Belle, lleno de fiebre.

-Hace frío aquí -dijo-, ¿por qué no hay fuego en la estufa?

-No tenemos carbón -respondió Linda en tono agudo.

-¿No hay carbón? Pero tienen que haberos dado cupones.

-Sí. Pero se ha agotado todo.

Felicia suspiró.

-Yo me encargaré. Conseguiré carbón. Además, necesitamos cupones de comida para Nicola, Kat y para mí. Oh... Aún no conoces a Kat, madre. La hermana de Alex, de Munich. Prepararé algo de comer, al menos para Nicola. ¿Tenéis algo a mano? -Hablabá apresuradamente, saltaba de un tema a otro. Escapaba, nerviosa, de su propia voz, que la apremiaba a plantear otras preguntas, inevitables. Por fin logró decir, a toda prisa y como de pasada: ¿Todo bien con Jo y Christian?

Elsa alzó la cabeza.

-Esperamos que Jo consiga un permiso para Navidad.

-¡Así que vive, gracias a Dios! ¿Y Christian, va a venir también?

Elsa abrió la boca, pero luego la cerró. Linda se volvió. El tictac del reloj de pared del rincón retumbó atronador.

Felicia se llevó las manos a las sienes.

-Christian -repitió arrastrando la voz-, ¿vendrá también por Navidad?

Linda sollozó. La habitación empezó a dar vueltas alrededor de Felicia. Se agarró al respaldo de una silla en busca de ayuda, lo aferró tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

-¡Madre! Christian no estará...

-Cayó en Verdún -dijo Elsa con voz átona-, en el verano de 1916. Poco después de Jorias.

-Jorias... ¿él también?

Nadie dijo nada. Felicia trató de ordenar sus pensamientos. Le hervía la cabeza. Christian muerto, su Christian, su hermano pequeño, con el que se había peleado, al que había querido ardorosamente, frente al que a menudo se había comportado como una clueca que defiende a sus polluelos. En su memoria despertó una imagen: Lulinn, una calurosa tarde de julio, y dos chicos que venían, descalzos y morenos, por el prado, con los cabellos enmarañados y las caras sonrientes, desbordantes de energía y ganas de vivir.

-Dios mío -dijo, desvalida. Contuvo las lágrimas.

Linda lloraba, y Kat, aunque no había conocido a Christian, parecía a punto de echarse a llorar también. Si no se contenían ahora, iban a pasar toda la tarde llorando.

-Han fusilado a tío Leo por deserción -intervino Elsa.

-¿Qué?

-Intentó huir, pero lo atraparon. Nunca quiso ir a la guerra.

Felicia se dejó caer en un sillón. ¿Tío Leo muerto? ¿Él, que siempre estaba achispado y no podía dejar pasar de largo a ninguna mujer?

-Linda -dijo con voz débil-, ¿puedes darme un aguardiente?

Gracias a Dios, había aguardiente. Lo bebió a pequeños sorbos. «De modo que así termina la canción -pensó con amargura-, nos sentamos aquí y contamos nuestros muertos. Padre, Belle, Christian, tío Leo y Jorias... y ¿quién puede decirme por qué?» Miró los cabellos grises de su madre, y la fuerza de la responsabilidad, que ya la había sostenido a través de Rusia, regresó a ella.

-Todo irá bien -indicó con suavidad-, no tenéis que preocuparos.

De la puerta llegó un ruido. Era Kat, que se adelantaba un paso. Parecía pálida y atormentada.

-¿Cómo está Alex, mi hermano? -preguntó, con asombro y reproche en la voz, y Felicia tardó unos segundos en comprender que ambas cosas iban dirigidas a ella. Se mordió los labios. Tendría que haber preguntado por Alex.

-Sigue en Francia, hasta donde yo sé -dijo Elsa.

-¿Cómo? ¿Alex está en el frente?

-Quería ir a toda costa -explicó Linda-. Ya en 1916.

-¡Es incomprensible! -Felicia apenas podía creerlo.

Kat la miró, herida.

Felicia no pudo seguir soportando los ojos llenos de reproche de su cuñada. En general, ya no podía soportar a nadie. Se levantó y fue a su habitación. Nada había cambiado en ella desde que la dejó, tres años antes. La misma lámpara de pantalla lila, la colcha de seda azul pálido encima de la cama. ¿Era eso volver a casa? Abrió la ventana, respiró el aire frío, escuchó el ruido familiar de las calles de Berlín. Buscó en vano la paz que habría tenido que sentir. Si no la encontraba allí, entonces ¿dónde? Miró hacia la noche. Allí, al este, muy, muy lejos, estaba Rusia. ¿Era a Maksim al que buscaba?

No pudo encontrar la respuesta. De manera imprecisa, solo entendía una cosa: la muerte de Christian era lo peor que le había pasado hasta entonces. Viniera lo que viniese, no podría ser más espantoso.

Durante toda la noche, tendida en la cama sin encontrar el sueño, solo podía ver una imagen entre todas las sensaciones que la asaltaban, una imagen que se prendía en su mente y representaba todo lo que se había ido y perdido: un chico rubio y otro moreno, que venían descalzos por un prado y reían, como si la vida fuera un juego y la suerte un bien inalterable.

En enero, la situación empeoró en Berlín. El estado de ánimo de la gente ya no podía descender más. Reinaba una severa helada y, como no había carbón, las epidemias de gripe y tos ferina inundaron la ciudad. La gente se quedaba prácticamente congelada en las colas delante de los ultramarinos, y como el temperamento berlinés no capacitaba precisamente para la calma y la paciencia, se razonaba a voz en cuello. ¡Al infierno la guerra! Querían paz. Los socialistas llamaban a la resistencia, y miles les seguían. Había huelgas masivas y manifestaciones a diario. Berlín hervía.

Felicia se acostumbró a ir a pie a todas partes porque apenas circulaban tranvías. Guardaba velas, pues no era infrecuente que por las noches la luz eléctrica se fuera de pronto, o no funcionara en todo el día, e iba de tienda en tienda con sus cupones de comida. Como era joven y guapa, algún comerciante sacaba lo que pensaba mantener guardado. Qué sabían ellos el esfuerzo que le costaba contraer el rostro en una sonrisa, con qué dureza calculaba cada una de sus palabras de halago. En una ocasión, pasó una noche entera con una carretilla esperando para conseguir carbón. Aunque nevaba, cada vez se sumaba más gente. Ancianas envueltas en trapos, que ya no se tenían en pie, se acurrucaban desplomadas encima de sus carritos; niños raquíuticos se apretujaban como pollitos para encontrar un poco de calor. Un hombre con espíritu comercial montó un puesto en el que ofrecía vino caliente. Hacia medianoche, Felicia estaba convencida de que iba a morir de frío en la próxima hora si no le daban también un poco de vino caliente. Como no se atrevía a abandonar su sitio, conseguido con mucho esfuerzo, envió a un niño con una moneda, pero no volvió a ver ni al niño ni el dinero.

A la mañana siguiente, se arrastró literalmente por las calles, insensibilizada por el frío hasta las puntas de los dedos, pero orgullosa propietaria de medio quintal de carbón, que arrastraba en el carro tras de sí, dispuesta a agredir a cualquier persona que pusiera los ojos en su botín.

Cuando llegó a casa, las otras estaban forzándose a salir de sus calientes lechos, quejándose del frío y del hambre. Felicia ansiaba un baño caliente, pero resultó que ese día las centrales de agua estaban en huelga y, por más que se abrieran los grifos, no salía una gota.

-Ya no tenemos pan -se quejaba Linda-, ¡y Paul tiene tanta hambre...!

Felicia le arrancó los cupones de pan con un brusco movimiento.

-¡Trae! Sé dónde conseguirlo. ¡Pero si alguna de vosotras vuelve a quejarse hoy, le sacaré los ojos!

Salió de la casa, perseguida por miradas trastornadas. ¡Si nadie le había hecho nada!

A principios de febrero, Felicia estuvo segura de que estaba embarazada. Hasta ese momento había intentado imaginarse cosas y encontrar explicaciones inofensivas a indicios inequívocos, pero ya no pudo seguir cerrando los ojos a los hechos. Hizo de tripas corazón y fue a un médico.

El diagnóstico fue concluyente.

-Está usted al principio del tercer mes -dijo el médico-, felicidades. Hasta donde puedo comprobar, todo va bien, pero debe tener cuidado con su alimentación y evitar esfuerzos innecesarios. Sé que es difícil en estos tiempos.

-Sí -murmuró Felicia, y se quedó en silencio en su silla.

Sus pensamientos se atropellaban. No es que no le gustara tener un hijo de Maksim, pero, por el amor de Dios, ¿cómo iba a explicarlo? Ella y Alex llevaban sin verse más de dos años; ni siquiera podría explicárselo a la ingenua Sara. ¿Qué diría Elsa? Y sobre todo... ¿cómo iba a presentarse delante de Alex?

El médico, al que no se le habían escapado los gestos de su rostro, observó:

-¿Hay algún problema?

-No... Solo que, naturalmente, una se pregunta si es correcto tener un hijo en mitad de la guerra.

-No le va a quedar elección. -El gesto del médico se endureció. Le importaba dejar claro de antemano que ciertas cosas no entraban en consideración para él.

Felicia se incorporó.

-Sí, probablemente no me queda elección -confirmó. Tendió la mano al médico-: Adiós, doctor.

Se fue a casa con pasos pesados. Pasó tres días vagando como un fantasma, asustando a todos con su inquietud e irritabilidad. Necesitaba confiarse a alguien, pero no se le ocurría nadie. Elsa ya tenía bastantes preocupaciones. Por supuesto, Kat no era la más adecuada. Y Linda... parpadearía y arrugaría los labios con espanto. No, no servía de nada, tenía que superar aquello sola. Tenía que ir a Munich. Tenía que traer a Alex del frente. Enseguida. Quizá aún fuera posible colarle al niño... Hizo planes y planes, los desechó... y entonces cogió la gripe.

Pasó ocho semanas en cama. Las gélidas noches que estuvo en la calle esperando para conseguir carbón no habían quedado sin consecuencias. La fiebre la sacudía, y tenía una tos que amenazaba con asfixiarla. Las paredes del cuarto daban vueltas a su alrededor, figuras fantásticas y extrañas imágenes recorrían sus sueños. Quiso levantarse para ir a Munich una y otra vez, pero a través de una pared de niebla le llegaba la voz de Elsa: -No, niña. No puedes viajar ahora. Estás muy enferma.

«Muy enferma, muy enferma», martilleaba en su cabeza. ¡Pero tenía que ir a Munich! Cuando la fiebre cedió y dejó de tener esa tos tan terrible, el sol ya parecía brillar más cálido en su ventana, y entendió que había perdido las semanas decisivas.

Agotada y atemorizada, rompió a llorar. Así la encontró Linda cuando fue a llevarle una taza de té.

-Pero ¿qué pasa? -exclamó asustada-. ¿Por qué lloras? ¿Estás otra vez peor?

Felicia no hizo más que sollozar con mayor amargura cada vez, hasta que Linda terminó por llamar a Elsa y Kat. Las tres mujeres rodearon la cama sin saber qué hacer. Por fin, Elsa se arrodilló y acarició la pálida frente de su hija.

-Cariño, tengo una buena noticia que darte -susurró-, tu abuela viene a visitarnos. ¿No te alegras?

Como de costumbre, Laetitia puso orden en todo. Entró en el cuarto de su nieta y la encontró sentada junto a la ventana, envuelta en una bata y mirando la calle. Laetitia la contempló, inquisitiva.

-Ya no estás tan radiante como antes, ¿eh? Ni un pestañeo, ni un hoyuelo. Pero te sienta bien. Ahora ponte algo y ven conmigo. Tengo que hablar contigo de algo importante. Iremos a Horcher y veremos si nos dan un trozo de pastel.

Felicia torció el gesto.

-Tengo problemas con mis vestidos -dijo. Se levantó y tensó la bata sobre su vientre.

Laetitia cogió aire.

-¡Oh, Dios mío! ¿En qué mes estás?

-En el quinto.

Laetitia calculó con rapidez.

-¡Entonces aún estabas en Rusia!

-Sí, y volví a encontrarme con Maksim Marakov.

-¡Uf! -Laetitia rio, burlona-. ¿Y en mitad de la guerra y la revolución aún os quedó tiempo para esto? ¡Ah, es hermoso ser joven!

-Hermoso, sí -murmuró Felicia-. ¿Cómo se lo explico a Alex?

-Bueno, intenta ponerte algo. Creo que tenemos más cosas de las que hablar de lo que yo pensaba.

En Horcher no les dieron ningún pastel, pero sí al menos un par de galletas grises y duras y un aguado sucedáneo de café. Felicia se dio cuenta de que le hacía bien volver a ver a otras personas. Soplaban un viento cálido, ligero, y en cada mesa había un jarrón con relucientes narcisos amarillos. Vivas voces surcaban el aire. En la mesa vecina, dos caballeros de edad conversaban acerca de la gran ofensiva alemana en el oeste. En la Picardía, las tropas alemanas habían intentado separar a británicos y franceses, y al principio lo habían conseguido. Pero luego el frente inglés había vuelto a cerrarse con rapidez, y los sucesivos ataques del agotado ejército alemán habían quedado sin éxito.

-Es un crimen -dijo uno de los dos caballeros, pulverizando los pétalos del narciso entre sus nerviosos dedos-, es un crimen seguir retrasando el armisticio. Lo que están consumiendo ahora en Francia, en hombres y en armas, es totalmente absurdo. Me pregunto si Hindenburg y Ludendorff lo entenderán tan solo cuando en el ejército alemán haya sido aniquilado hasta el último hombre.

-Aparte de eso, están poniéndonos en manos de los socialistas -dijo el otro-, con cada día que dura la guerra ganan simpatía e influencia.

Laetitia, que había estado escuchando la conversación, sonrió a Felicia por encima de la mesa.

-¿Marakov sigue siendo un socialista convencido?

-Sí.

-Un hombre interesante. Pero ahora -los grises ojos de Laetitia se pusieron serios- hálame de Belle. Te prometo no llorar. Pero quiero saberlo todo. Era mi hija predilecta, ¿sabes? Ella y Leo. Y los he perdido a los dos.

Felicia accedió. Se esforzó en ser lo más objetiva posible. Pero sentía un nudo en la garganta. Observó el fino polvo que se arremolinaba a la luz de los rayos del sol. «La primavera -pensó-, lo vuelve aún peor. ¡Belle amaba tanto la primavera!»

Solo una vez algo palpitó en el contenido rostro de Laetitia, cuando Felicia habló de la detención de Julius. Pero lo escuchó todo con calma hasta el final. Entonces dijo:

-¡Te quedaste con ella hasta el último momento! Te lo agradezco, Felicia. Saberlo significa mucho para mí. Y has traído a salvo a Alemania a la pequeña Nicola. En resumen... ¡eres una persona fantástica!

-Bueno, yo... -murmuró confundida Felicia.

Laetitia apartó su taza de café y se irguió en la silla.

-Ahora volvamos a los vivos -dijo-, o más exactamente a tu tío Victor. Por él quería hablar contigo.

Felicia frunció el ceño.

-¿Qué tengo yo que ver con tío Victor?

-Oh, creo que todos deseáramos no tener demasiado que ver con él. Pero, desde la muerte de tu abuelo, Lulinn le pertenece. Es el hijo mayor.

-Sí...

-No está preparado para gestionar la finca, le sobrepasa por completo. Naturalmente, la guerra ha empeorado las cosas, pero no todo el mundo habría perdido los nervios con tanta frecuencia como Victor. Yo todavía puedo intervenir de vez en cuando, pero... -sonrió sutilmente- cada día que pasa me quita un poco de fuerza. Mi tiempo toca a su fin.

-Abuela...

-Sí, niña. Y gracias a esta locura a la que el mundo se ha precipitado, la próxima generación estará abundantemente diezmada. No sé en qué manos debo poner Lulinn. Victor coquetea con la idea de venderla.

-¿Qué? -Felicia se sobresaltó tanto que casi gritó. Algunos clientes se volvieron hacia ella. Bajó la voz: ¿Qué?

-Desde su punto de vista, solo existe esa posibilidad -dijo Laetitia, con aquella expresión razonable en el rostro que siempre adoptaba cuando quería engañar a sus propias emociones-; tal como está actuando, de todos modos tendrá que vender la finca dentro de unos años, solo que entonces otros impondrán los precios.

-Sí, pero ¡abuela! ¡Vender Lulinn! ¡Es nuestro hogar!

-¿El hogar de quién? Aparte de mí, allí solo viven Víctor y su insoportable familia. La familia se ha dispersado... ¡los que aún siguen con vida!

-Pero yo necesito Lulinn.

-Tú vas a volver a Munich.

-No -dijo Felicia con firmeza. Laetitia la miró sorprendida-. Quiero decir -explicó-, voy a ir a Munich, pero solo para decirle a Alex que nunca volveremos a vernos.

-¿Estás segura?

-Sí.

Laetitia chasqueó la lengua.

-Me temo que va a ser una conversación tormentosa.

-Quizá. Pero al final cada uno seguirá su camino. Y yo -fue un relámpago mental, pero de golpe el futuro volvió a tener un toque de color-, yo volveré a Lulinn. ¡Juntas lo lograremos!

-Sí, sí, pero... si queremos expulsar a Víctor del juego, tenemos que pagarle. Así que sería bueno que...

-¿Que yo pudiera aportar dinero?

-¡Tu Alex es riquísimo, según dicen!

Lanzó una mirada conspirativa a su nieta. Ella la captó y asintió, confusa.

-Seguramente lo condenarán a unos cuantos años de trabajos forzados en Siberia -dijo Mascha, y cerró el expediente que tenía delante. Miró con fríos ojos a su interlocutora-. No puedo hacer nada.

Nina, con un elegante abrigo de verano que había comprado a crédito, adoptó una expresión implorante.

-¡Por favor! Yuri siempre ha luchado por la revolución. No es una mala persona.

-Se ha enriquecido con propiedad popular. Al hacerlo, ha continuado con la política que acabamos de suprimir.

-La casa que ha saqueado era la de mi antiguo empleador. Lo hizo por... odio y rabia. Esa gente me estuvo maltratando durante años, y...

-Ya no toleramos ningún enriquecimiento privado -la interrumpió con dureza Mascha-, y resulta especialmente despreciable que alguien intente utilizar a la revolución para acumular propiedades. Sé que sucede por todas partes. Pero somos inflexibles con eso. Para decírtelo con sinceridad -Mascha se levantó, fue hacia la puerta y la abrió-, aunque pudiera, no haría nada por tu amigo.

Nina palideció. Sin decir palabra, se dirigió a la puerta. Allí casi se topó con Maksim, que se apartó con rapidez para dejarla pasar. Luego se volvió hacia Mascha moviendo la cabeza.

-¿Qué le pasa? ¡He pensado que iba a arrollarme!

-Su novio ha sido detenido. Por apoderarse de la propiedad popular, ¿comprendes? -Mascha volvió a sentarse ante su escritorio y encendió un cigarrillo-. ¿Qué te pasa? Pareces un poco nervioso.

Maksim se dejó caer en un sillón y se pasó la mano por el oscuro cabello. Era un signo de agotamiento.

-No es nada -dijo-, acaban de detener a cincuenta y dos guardias blancos y han sido objeto de ejecución sumarísima.

Mascha se encogió de hombros.

-Estamos en medio de una guerra civil.

-Sí. Después de haber conseguido felizmente la paz en nuestras fronteras, nos matamos los unos a los otros dentro del país.

-La revolución... -empezó Mascha, pero Maksim se puso en pie de un salto y dio un puñetazo en la mesa.

Había palidecido de ira, y sus ojos relampagueaban. «¡Basta ya, Mascha! -le habría gustado gritar-. No lo soporto más. Miro a mi alrededor, y lo que veo no me deja dormir. Tenemos hambrunas de las que mueren miles de personas, sobre todo niños. El Ejército Rojo es responsable de fusilamientos masivos, ejecuciones de hombres y mujeres que no tuvieron ni abogado ni juicio. Cuando el pueblo eligió la asamblea legislativa en noviembre pasado, y los bolcheviques solo consiguieron una cuarta parte de los votos, Lenin desenterró la policía secreta e hizo detener a los diputados. Comisarios de nuestro partido han disparado contra manifestantes que protestaban por eso. ¿Cómo puedes soportarlo?»

No gritó, pero su voz temblaba de ira cuando dijo:

-¿Cómo puedes tolerar que se dispare contra manifestantes? ¿No te das cuenta de que eso es el caldo de cultivo de una nueva dictadura?

-Cuidado -dijo fríamente Mascha-, la puerta está abierta.

Maksim la miró. Sonrió, cínico y resignado.

-Sí, la puerta está abierta -repitió-. A eso exactamente me refería. No es una buena señal que tengamos que empezar a cuchichear.

Salió de la estancia sin esperar respuesta.

Cuando Alex despertó, le costó trabajo recuperar la orientación. Todo estaba oscuro ante sus ojos, a lo lejos oía el tronar de los cañones. Fue a incorporarse, pero un ardiente dolor en el brazo derecho le hizo volver a desplomarse en la almohada. Poco a poco, se dio cuenta de que había enfermeras junto a su cama, y una de ellas le tomaba el pulso. Entonces su memoria volvió: una bala lo había alcanzado durante el combate, cuando su compañía intentaba desesperadamente mantener la primera línea del frente y comprendió que los otros eran más fuertes. Se había desplomado, había hundido la cara en la suciedad, probado en sus labios el sabor del polvo y sentido la sangre caliente bajar por su brazo.

«Quién iba a pensar que al final me tocaría a mí, en esta sucia guerra», se le había pasado por la cabeza antes de perder el conocimiento. Ya se consideraba invulnerable. Había desafiado a la muerte cien veces, y cien veces había evitado a ese adversario. También esta vez. Porque, mientras sus cinco sentidos regresaban, comprendió que no iba a morir.

-Ha perdido usted mucha sangre -dijo una enfermera, una chica joven y guapa, a la que involuntariamente sonrió enseguida-, el médico dice que tiene que irse de permiso, a casa.



-¿Cómo, lejos de usted? -Mientras hacía la broma, él mismo la encontró necia. «Siempre la misma cháchara estúpida -pensó-, ¿es que no vas a crecer nunca, Alex?»

-Seguro que su mujer se alegrará -dijo tímidamente la enfermera.

-¿Mi mujer? Hermosa niña, ¿por qué piensa que podría estar casado?

-El anillo en su dedo...

-Oh, sí... el anillo... -Alex le dio vueltas. Rio amargamente-. A casa con mi mujer. ¡Va a ser una fiesta!

Era una cálida tarde de mayo cuando, después de un viaje en tren casi interminable, Felicia y Kat llegaron, cubiertas de polvo y agotadas, a Munich. Debido a una huelga de los ferroviarios, no habían podido hacer transbordo en Wurzburg y tuvieron que pasar la noche en el gélido vestíbulo de la estación. La situación aún había sido peor porque Kat no le dirigía la palabra a su cuñada. Entretanto, todo el mundo podía ver que Felicia iba a tener un niño, un hecho que había provocado estupor y espanto en Elsa, un asombro en Linda que la había dejado sin aliento y puro odio en Kat. Sencillamente, no dijo nada más, y no quiso escuchar explicación alguna. Felicia pasó un tiempo tratando de apaciguarla, luego se hartó y dijo con maldad: -Eres una verdadera farisea, Kat. Al fin y al cabo, estabas prácticamente prometida a Phillip y eso no te impidió empezar una relación con ese Andreas.

Fue el único momento en el que Kat rompió su silencio. Con ojos inflamados, había bufado:

-¡Nunca más vuelvas a mencionar a Andreas! ¡Ni a Phillip! No pongas esos nombres en tu boca, porque eres un ser que no sabe lo que es el amor, y por eso no comprendes nada.

Jolanta, la cocinera, estalló en gritos de júbilo al ver a Kat.

-¡Qué alegría! ¡Nuestra señorita Kat ha vuelto! Cuando llegó el telegrama de Berlín dije: «¡Gracias a Dios, la niña está con vida!». Pero su señor padre se enfadó y dijo: «¡Tiene que estar en casa, en Munich! ¿Por qué está en Berlín?». ¡Pero ahora está usted aquí, y todo está bien!

Felicia sacó su maleta del taxi y entró en la casa, vacilando bajo la carga. Tenía la cabeza erguida, los ojos mirando al frente. Vio cómo Jolanta abría la boca, se percataba del volumen de su vientre y volvía a cerrarla. En su redondo rostro fue apareciendo la comprensión. Pero antes de que pudiera entender del todo lo monstruoso de la situación, Felicia dijo, con voz clara y fría: - Buenos días, Jolanta. Quiero hablar ahora mismo con Severin.

Severin estaba en la biblioteca, sentado en un sillón. Junto a él se había arrodillado Kat, que le sostenía las manos. Severin tenía lágrimas en los ojos. Había envejecido durante los últimos dos años. La preocupación por Kat, la soledad, no solo habían trazado en su rostro innumerables arrugas nuevas, también habían quitado a sus rasgos una buena parte de su maldad, y esa nueva dulzura le hacía parecer un anciano.

Felicia sabía que molestaba, pero no tuvo presencia de ánimo para mantener la delicadeza.

-Severin -dijo, todavía de pie en la puerta-, tengo que hablar contigo. Ahora mismo.

Kat alzó la cabeza, turbada.

Severin entrecerró los ojos y dirigió una mirada penetrante a su nuera. Una sonrisa divertida hizo temblar las comisuras de su boca.

-Sí, tengo la impresión de que deberías hablar conmigo.

Kat se incorporó.

-Me voy a dormir -dijo.

Severin la siguió con la mirada.

-¿Dónde habéis dejado vuestros sueños, chicas? Vuestros rasgos son ásperos y vuestra sonrisa

carece de ternura.

Felicia cerró la puerta.

-Los sueños de Kat sucumbieron en la Revolución rusa y bajo la lluvia de granadas del frente occidental. Y los míos... ¡qué sé yo!

-Sea como fuere, tú no te has quedado solo en los sueños. -Severin rio entre dientes, como en sus mejores tiempos-. Estoy expectante por ver la cara de Alex.

-¿Por qué le odias tanto? -Felicia encendió un cigarrillo y lanzó provocadoramente el humo al rostro de su suegro.

-Dejemos eso -dijo, cortante, Severin. Se inclinó hacia ella-: ¿Y tú? ¿Por qué le atormentas tanto?

-¡Vamos! Alex no se deja atormentar. Ni por ti ni por mí.

-Eso es cierto, Alex es como nosotros. Conoce hasta el último rincón de nuestras odiosas almas, por eso nuestras maldades no le alcanzan. Pero él -Severin señaló entre risitas el vientre de Felicia-, el padre de tu hijo, sí te atormenta, ¿eh? ¡Te atormenta hasta hacerte sangre! ¡Se te nota!

-¡A mí no me atormenta nadie! -saltó Felicia. Cogió de la mesa del rincón la licorera de oporto, se sirvió una copa y la apuró. Cuando se dio la vuelta, vio compasión en los ojos de Severin. Ella tenía en los labios una frase cortante, pero Severin hizo un gesto de desdén.

-No discutas conmigo. Soy un hombre muy enfermo.

-¿Enfermo? ¿Tú? Apuesto a que no has estado enfermo en tu vida.

-En mi vida no, pero ahora sí. Este maldito y viejo cuerpo no quiere seguir. El corazón no quiere seguir. He tenido dos infartos. El médico me concede otros dos años.

-¿Dos infartos? Pero...

-¡Mírame! Oh, he visto tu cara cuando entraste en la habitación. «Qué viejo está», pensaste, y «¡Está muy cambiado!». Bien observado, tesoro. Severin ya no es el de antes. Quizá no deberíais haberlo dejado solo, tú y Kat y tu arrogante esposo. -Severin tosió, y ni siquiera se tomó la molestia de taparse la boca con la mano-. ¡Qué sabréis vosotros de mi soledad! ¡De las horas, días y semanas interminables que he pasado a solas con mi cuerpo enfermo! Lo único que me consuela es... -en ese momento, sus ojos pequeños y malvados lanzaron chispas- que la enfermedad no se ha limitado a mi cuerpo. No, se ha extendido. ¡Es en cierto modo el legado que os dejo!

¿Legado? ¿De qué estaba hablando? Un frío miedo trepó por Felicia, hizo que sus ojos se estrecharan y se pusieran al acecho.

-¿Qué significa eso? ¿Cómo... cómo van los negocios?

Severin volvió a reír entre dientes. Aquel sonido claro e infantil tensaba los nervios de Felicia. Si no dejaba de hacerlo, iba a gritar.

-¡Has venido porque necesitas dinero! Me lo imaginaba. Siempre te has dirigido a mí cuando querías dinero, ¿no es así? ¡Entonces ven, siéntate a mi lado, y te hablaré de mi herencia! -Tendió hacia ella sus secos y artríticos dedos.

Ella fue lentamente hacia él.

-Tienes que estar a punto de ahogarte en dinero -dijo en tono de súplica-. Estamos en guerra, y tu fábrica produce uniformes. ¡Probablemente eres incluso más rico de lo que tú mismo supones!

Se le había acercado lo bastante como para que la mano de él pudiera alcanzarla. La agarró por el brazo, la atrajo hacia sí de un doloroso tirón y la obligó a ponerse de rodillas. Su rostro se pegó tanto al de ella, que Felicia pudo oler su mal aliento.

-Ahora -dijo con lentitud- te contaré qué herencia vas a recibir.

Cuando Felicia entró en su cuarto, ya muy tarde, sabía que no iba a poder dormir en toda la noche. Se desnudó y se tendió en la cama, pero dejó la luz encendida y miró al techo con los ojos muy abiertos. Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza. Había comprendido a qué se refería Severin al decir que la enfermedad se había extendido fuera de su cuerpo. Se refería a la fábrica. Pertenece, casi en un setenta por ciento, a una «rata arribista», como Severin dijo: a Tom Wolff.

Felicia apenas se acordaba de aquel hombre. No sabía mucho de él, salvo que lo había encontrado bastante vulgar y que iba detrás de Kat. Un campesino desenfrenadamente ambicioso y muy rico, y la sociedad entera lo había menospreciado.

-¿Por qué? -había preguntado, desesperada, a Severin-. ¿Por qué le vendiste tantas participaciones precisamente a él?

-No tenía otra elección. Siempre he dicho que no debisteis dejarme solo. Alex estaba exento del servicio militar para dirigir la fábrica, pero prefirió irse a Francia.

-Pero tenéis que haber producido como locos. ¿Dónde estaban las dificultades financieras?

-Teníamos las mismas dificultades que todos. Poca mano de obra. Nuestros trabajadores caían en el frente. Naturalmente, nos asignaron prisioneros de guerra. Pero todo aquello me desbordó. Estaba muy enfermo, sigo enfermo. Voy a morir. No veía por qué y por quién tenía que romperme la cabeza. Wolff me hizo una buena oferta. Quería asumir la dirección. A cambio de cierto porcentaje.

-¿Un setenta por ciento!

-Treinta. El cuarenta restante se le fue añadiendo poco a poco. A menudo yo estaba bajo el efecto de fuerte medicación. Me sentía débil. Con cada participación que vendía me quitaba un poco de peso de los hombros.

-¿Severin, tienes hijos! ¿Tendrías que haber pensado en ellos!

-¿Han pensado mis hijos en mí? ¿Alex quizá?

-¿Y Kat?

-Kat se casará. Tendrá una buena dote, me he encargado de eso.

-Pero Severin, yo...

-No pongas esos ojos tan grandes. Saldrás adelante.

-Severin...

-Ahora vete. Déjame solo. Estoy enfermo y tengo que dormir. ¡Vete! Deberías reflexionar. Cuando un pozo se seca, hay que buscar el próximo.

Ahora Felicia yacía en su cama y pensaba, con desesperación: «¡Ese viejo demonio! Es su venganza sobre Alex, por lo que quiera que sea. ¡Y la disfruta!»

Era como si un puente se hubiera roto bajo sus pies. Quería abandonar a Alex y llevarse todo el dinero posible, y la única dificultad que veía era dejarle claro que tenía que darle el dinero. Pero ni en sueños se le hubiera ocurrido que el esplendor y la riqueza de los Lombard estuvieran en decadencia.

Un barco que se hundía... Había saltado a un barco que se hundía, cuya bandera ondeaba cansada muy poco por encima de las olas. Y Lulinn también se hundía. Una vez más, las palabras de Alex resonaron en sus oídos: «... una sociedad ciega y decadente que baila encima de un arcoíris, y no os dais cuenta de que ya se aproxima a su final».

«Tenía razón -pensó-, tenía que haber sabido que tenía razón. Cómo decía la abuela de mis ojos... que ya no había brillo en ellos. Así es. El tiempo del brillante imperio ha terminado. Nuevas ideas, revoluciones y, antes de haberlo entendido, sucumbimos.»

En los días siguientes, Felicia recibió numerosas visitas. Toda la asociación patriótica de mujeres acudió corriendo (nadie sabía cómo se habían enterado del retorno de Felicia). Su estado levantó oleadas de indignación. ¡Siempre lo habían sabido! Felicia nunca había sido la favorita de la sociedad refinada.

La que más le atacaba los nervios era Clarissa, la hija de Lydia Stadelgruber, que tenía la misma edad que ella. Clarissa estaba casada desde hacía dos años, y también esperaba un bebé; se regodeaba en la conciencia de su propia decencia. No podía soportar a Felicia, y había rumores de que los Lombard... Bueno, ya se vería. Clarissa se enderezó el discreto sombrerito y se despidió con altivez... para gran alivio de Felicia, que quedó mirándola y suspiró. Durante una semana recibió visita tras visita, y ninguna le interesó ni le sirvió de nada. Nadie había compartido los últimos años con ella, y todo lo que podía pensar era: «¡Qué sabrán ellas!».

Luego pareció que la ola había pasado. Cuando Jolanta entró en la habitación, la miró con desánimo.

-Visita para usted, señora.

-¡Oh, Jolanta, no! Di que no estoy. Hoy no quiero ver a nadie.

-Pues es una lástima -dijo Tom Wolff, abriéndose paso hasta la habitación por delante de la indignada ama de llaves-, teniendo en cuenta que ahora somos en cierto modo socios.

-¡Tom Wolff! -exclamó Felicia. El cansancio y el hastío desaparecieron; se puso alerta y tensa-. ¡Cómo se atreve a venir aquí!

-Querida, cuando me enteré de su regreso consideré que era mi obligación venir -dijo Wolff. Tendió su abrigo a Jolanta y echó a la anciana de la habitación con un negligente gesto de la mano. Se dejó caer pesadamente en el sofá, estiró las piernas y puso los brazos con indolencia a izquierda y derecha, en el respaldo-. ¿No va a ofrecerme nada de beber? -preguntó-. Al fin y al cabo, ahora casi soy parte de la familia.

-No le he invitado -respondió Felicia, manteniéndose ostentosamente de pie y cogiendo un cigarrillo sin pasar la cajetilla al visitante.

-¡Bueno, bueno! -Wolff sonrió-. Tendremos que arreglárnoslas juntos en los próximos tiempos. Me pertenecen casi tres cuartas partes de la fábrica. Le guste o no, en el futuro vendré a menudo a esta casa.

-Creo que hay otros lugares en los que se resuelven los asuntos de negocios.

-No tan cómodamente como aquí.

-Oh, no crea que se lo voy a poner fácil. Si no hubiera tenido el descaro de entrar en esta habitación, lo hubiera hecho despachar en el vestíbulo, puede estar seguro.

Wolff quitó los brazos del respaldo y se inclinó hacia delante. Ahora que la sonrisa se había congelado en sus labios, su rostro parecía desnudo y brutal.

-No debería hacerse la distinguida, querida -dijo-, porque con eso no va a llegar muy lejos. Meter a Alemania en esta guerra no fue una jugada muy astuta por parte de vuestro emperador. Al hacerlo, ha ayudado a la izquierda a subir a un pedestal y ha serrado las patas de su propio trono. El trono de todos vosotros. Quien ahora va a llevar las riendas de Alemania ya no será la burguesía de alta cuna. Será gente más lista que vosotros, que siempre va por delante, forjada en el viento y la lluvia, que no se ha consumido en el bienestar. En pocas palabras: ahora están en la carrera los que son como yo. Y vuestros días están contados.

Aburrida, Felicia apagó su cigarrillo.

-No se engañe. Mi marido volverá algún día, y entonces ya no tendrá que vérselas con su viejo y

enfermo padre, sino con él. ¡Me sorprende que las prácticas con las que se enriquece no le repugnen a usted mismo!

-¿De qué prácticas habla?

-De haber explotado para sus fines la indefensión y la enfermedad de un anciano. ¡Yo en su lugar me avergonzaría!

-¡Precisamente usted! No hable de esa manera. Vendería a su propio hijo si le reportase ventajas. Por eso batirme con usted me divierte tanto, porque es un adversario a mi altura. A propósito de hijos -se reclinó y volvió a sonreír-, sin duda hay que felicitarla, si veo bien.

-Ni siquiera le permito felicitarle, señor Wolff. Por lo demás, le ruego que se marche.

-No tan deprisa. Para no habernos visto en dos años, encuentro su conducta bastante fría. Y, además, yo estaba pensando en una auténtica visita familiar. ¿Dónde está, por ejemplo, la señorita Kat?

-¡Ah! -Feliccia sonrió burlona-. Así que todavía no se ha rendido. Tengo que reconocer que tiene aguante. Lo que, en este caso, también puede deberse a que no hay ninguna mujer que pueda ocupar en su corazón el lugar de Kat. ¡Al menos, ninguna de los círculos con los que tanto le gustaría emparentar!

Esta vez había tocado un punto débil. En dos pasos, Wolff estuvo junto a ella, y le sobresaltó el odio que irradiaban sus ojos. La agarró por los brazos, y solo en el último momento se contuvo para no sacudirla como un saco de harina.

-Oh, Dios, daría la salvación de mi alma por ver morder el polvo a toda su miserable arrogancia -susurró-. ¡En algún momento, en algún momento tendrá que agachar la cabeza, y toda su estirpe con usted, empezando por Kassandra!

-Haga el favor de soltar a mi mujer -le interrumpió una voz dura desde la puerta.

Sorprendido, Wolff se volvió. Pero los ojos de Felicia no se agrandaron menos que los suyos, su boca se abrió sin producir sonido alguno. Alex estaba en la puerta.

Su uniforme gris estaba cubierto de polvo, su rostro sin afeitado, y su brazo derecho colgaba de un cabestrillo, pero para venir del frente parecía insólitamente sano. Su piel estaba tostada por el sol, y se le notaba más flaco, pero aquella musculosa dureza le sentaba bien. Sus movimientos habían perdido la graciosa flema que antes le hacía parecer tan felino. En los últimos tiempos ya no había tenido apenas alcohol en el frente, por lo que los cercos debajo de sus ojos habían desaparecido, y las mejillas, que tendían ya a la flacidez, volvían a estar tersas. Tenía mejor aspecto que nunca, más joven, más despierto y más vivo. A su lado, Tom Wolff resultaba bastante insignificante.

-Tenga la bondad de salir de mi casa ahora mismo -dijo Alex, con tanta amabilidad como frialdad.

Wolff se irguió.

-Desconoce usted la situación, mayor. Somos socios. El setenta por ciento de su fábrica me pertenece.

Alex no se dejó sacar de sus casillas.

-No creo que también le pertenezca el setenta por ciento de esta casa. Por eso se irá ahora. Encontrará el camino usted solo.

Sostuvo la puerta abierta a Wolff, que salió furioso dando trompicones. Alex volvió a cerrar la puerta. Se desabrochó el cinturón con la pistola y lo tiró a un sillón. Se sirvió un vaso de whisky y lo apuró como si fuera agua. Luego sonrió y se acercó a Felicia.

-Mira por dónde -dijo-, así que has vuelto bien de todas tus aventuras. ¿Kat también?

-Sí. Está arriba. Oh, Alex, si supieras que nos hicieron prisioneras los rusos y...

-Tu madre me lo escribió a Francia, sí. Lo sabía.

-Oh...

Felicia trató de buscar en sus rasgos, en su voz, algo del miedo que sin duda tenía que haber sufrido por ella, pero se mantenía bajo control. Sus gestos no lo traicionaban.

-He pasado por una cantidad terrible de cosas -dijo ella débilmente.

Alex sonrió.

-Todos lo hemos hecho -dijo indiferente. Su mirada abarcó su figura-. Estás muy embarazada, para no habernos visto desde hace años.

Felicia se estremeció. Su tono de voz no había cambiado, pero detectaba una peligrosa tensión detrás de sus relajadas palabras. Vulnerable e insegura como se sentía desde hacía algún tiempo, le hubiera gustado decirle que se fuera al cuerno, pero probablemente hubiera roto a llorar en ese mismo instante, y además no podía permitirse mandarlo al cuerno. Tenía que intentar despertar la ternura en él. Le miró con los ojos muy abiertos.

-No puedes imaginar lo que he pasado. Primero estuve en un campo de concentración, y hubo una epidemia de tifus. Mi tía Belle nos llevó a Petrogrado. Pero allí fuimos a caer en mitad de la revolución. He visto fusilar a gente...

La sonrisa que él dedicó a esa última frase la hizo detenerse un momento. Se mordió los labios. Qué tontería decir una cosa así. Seguro que él habría visto morir más gente que ella.

-Tuvimos que huir a Estonia -prosiguió balbuciendo-, pero las circunstancias allí... Había disturbios... casi anarquía. Mi tío fue detenido, tía Belle estaba enferma, y una noche la finca

vecina fue pasto de las llamas. Nos advirtieron y tuvimos que escapar. Era noviembre, nevaba y hacía un frío gélido...

Alex contemplaba divertido su hermoso y pálido rostro, al que la expresión de infantil ruego no acababa de sentarle bien.

-Sí, sí -respondió impávido-, ¡solo que no veo cómo pudiste quedarte embarazada con todo eso!

Su calma empezaba a irritar a Felicia, sobre todo porque comprendía que era una mera táctica intimidatoria, y que en cualquier momento le daría un zarpazo. Así había sido siempre. Le gustaba jugar con sus víctimas como al gato con el ratón. Pero se había equivocado. Con ella no iba a seguir jugando así. Echó atrás la cabeza.

-Eres muy desagradable -observó fríamente-, al fin y al cabo, hubiera podido morir a causa de todo eso.

-Tú no.

-¿Por qué yo no?

-Porque tú sabes sobrevivir.

-Ah... -Como siempre que se ponía nerviosa, fue a encender un cigarrillo, pero Alex fue más rápido. La agarró por la muñeca.

-¡No en tu estado! -Su sonrisa se apagó de golpe-. Bien -dijo con frialdad-, ahora quiero saber quién es el padre de ese niño que probablemente llevará mi apellido.

Felicia, ardiendo de ira, porque él no tenía intención de soltarle el brazo, le escupió a la cara las palabras:

-Maksim Marakov.

Él la soltó y retrocedió un paso.

-Me lo imaginaba. Aparte de él, no habría habido nadie para ti. A tu manera, eres fiel.

Felicia no se atrevió a intentar coger otro cigarrillo. Estaba frente a Alex, y era tan incomprensible y peligroso como un extraño. Después de tanto tiempo sin verlo, no podía entender por qué se había casado con ese hombre. Desde su primer encuentro hasta hoy, no se le había acercado ni un solo paso. Había creído que era tan transparente como el cristal, y no tan difícil como Maksim. Pero ahora, de pronto, comprendía que entendía a Alex aún menos que a Maksim.

Por un momento, su propia confusión la acorraló, pero entonces entrecerró los ojos. La arruga que se formó encima de su nariz volvió su rostro áspero y muy duro.

-Y tú -repuso venenosa- no afirmes haberme sido siempre fiel.

Él se echó a reír.

-En absoluto. Solo que lo he hecho con más habilidad que tú.

-¡Qué obra de arte! ¡Para un hombre es fácil no tener que cargar con sus propios bastardos!

Alex calló. Al cabo de un rato, dijo:

-Lo creas o no, te fui fiel desde nuestra boda hasta el día en que te sorprendí con Marakov en el salón.

-Bueno, no fue un margen de tiempo tan terriblemente largo -respondió sarcástica Felicia, pero a la vez le miró inquieta. La voz de él había tenido un tono extraño, un soplo de tristeza. Pero seguro que solo eran imaginaciones suyas. Fue hasta un sillón, se sentó y cruzó las piernas-. No deberíamos discutir ahora. Hay cosas más importantes que tratar. Wolff ha...

-Lo sé. Está a punto de comprarnos.

-¿Lo sabes? ¿Has hablado ya con tu padre?

-No. Pero me escribía regularmente a Francia. Supongo que creía que volvería temblando de miedo cuando lo supiera.

-¿Te ha escrito? Y... quiero decir, ¿cómo puedes estar tan tranquilo?

Alex se sirvió un segundo whisky. Se quedó en pie en medio de la habitación, moviendo suavemente el vaso.

-¿Qué me importa eso a mí? Es la fábrica de mi padre. Puede hacer lo que quiera con ella.

-Estás diciendo tonterías. Eres el heredero. Él... ¡está vendiendo tu futuro!

-¿Mi futuro? Si hay alguien que pueda venderlo, entonces no seré más que yo mismo. No tengo nada que ver con mi padre. Y sin duda no voy a dejarme extorsionar por él. Si hunde su fábrica para perjudicarme, me encargaré de que sea un suicidio y no un crimen.

Felicia apoyó la cabeza en las manos.

-¡No puede ser cierto lo que dices! Creo que solo hablas así para atormentarme.

-¿Atormentarte? -Sonrió con suavidad-. ¡Pero, niña, tú nunca te has interesado por nuestra fábrica! ¿Cómo iba a afectarte lo que suceda?

La ponía furiosa. Estaba a punto de gritar. Para controlar su excitación, se levantó y cogió la botella de whisky, pero su voz cortante la estremeció.

-¡No! ¡Nada de whisky! De todos modos no te gusta, al menos eso dijiste aquella vez en el Monas Etablissement.

Ella se dio la vuelta.

-¿Que no me gusta? ¡Está claro que no me sienta bien! ¡Oh, Dios, qué borracha tuve que estar aquella noche, de lo contrario nunca habría aceptado casarme contigo!

-Sí -dijo Alex-, tendría que haber esperado a que hubieras vuelto a estar sobria para hacer mi propuesta. Pero... ¿quién sabe cuánto habría tenido que esperar? Porque no estabas borracha de whisky, sino tan solo y siempre de Maksim Marakov, también aquella noche, y sigues sin estar sobria hasta el día de hoy.

Felicia dejó resbalar las manos por la botella, furiosa consigo misma por obedecer sus órdenes.

-Sea como fuere estamos casados -dijo-, y por tanto también se trata de mi futuro. No puedo quedarme mirando cómo permites que...

-Un momento -la interrumpió él-, hay algo que debemos dejar claro enseguida: naturalmente, no hay un futuro común para nosotros dos. Nuestros caminos se separan aquí.

Felicia lo miró incrédula. Seguía mirando al rostro de un desconocido, implacable e inalcanzable.

-¿Qué quieres decir? -preguntó.

Alex se encogió de hombros.

-Cuando esta lamentable guerra haya terminado me iré de Alemania, quizá dé un par de vueltas al mundo. O me establezca en América. Quién sabe.

-¿Y de qué vas a vivir?

-No me moriré de hambre, no te preocupes por mí.

-¡Oh, no me preocupo por ti lo más mínimo! Pero ¿qué va a ser de mí?

Alex rio a carcajadas.

-¡Por fin una expresión sincera! ¿Qué será de ti? Vuelve con tu familia. ¡Te acogerán con los brazos abiertos, porque seguro que puedes convencer a todos de que el canalla soy yo, y no tú!

-¡Alex! -Se había puesto casi verdosa-. A mi familia no le va bien. Necesitamos dinero.

-Estás hablando con el hombre equivocado. Ve a ver a mi padre. Con él siempre te has entendido bien, ¿no? Aquí pierdes el tiempo con un hijo que se ha desheredado a sí mismo.

-¡Pero Alex! -Se acercó a él con rapidez, le cogió la mano-. No puedes dejarme en la estacada



ahora. Tu padre perderá contra Wolff, y yo seré quien más lo sufra. ¡Te necesito! -«¡Maldición - pensó para sus adentros-, hasta ahora siempre he logrado ablandar a cualquier hombre!»

Él la contempló con diversión.

-Ve a ver a Marakov -dijo amigablemente-. Porque en mí ya no puedes despertar nada. Compasión... no por ti, querida. ¡Tú no la necesitas!

Ella bajó los ojos, pero luego pasó con rapidez a una nueva táctica, alzó la vista, lo miró bajo sus largas pestañas. Se puso de puntillas y encontró su boca. Suaves y desafiantes, sus labios tocaron los de él. Sintió que su brazo se posaba en su espalda. Con inusual cuidado, él respondió a su beso. Ella vio algo en sus ojos... algo de antes, algo como lo que había visto antes de que ambos se complacieran en decirse maldades. Suspiró ligeramente. Había querido seducirle, pero por el momento le parecía que la seducida era ella. El hecho de que cada vez se volviera loca por el que la tomaba en sus brazos había escapado a su memoria. Desesperada, pensó: «No debe irse. Lo necesito. ¡A él, no a su dinero!».

Él la soltó y retrocedió. Pudo ver que los ojos de ella ardían. Había oído su rápida respiración. Durante una fracción de segundo vaciló, luego fue hacia la puerta.

-«Solo merece la libertad y la vida el que tiene que conquistarla a diario» -dijo-. Fausto. Yo quiero mi libertad, y quizá... sí, quizá quiera incluso un poco de vida. Así que, por lo que a mí concierne, voy a ir a conquistarla. Y tú harás lo mismo.

La decepción, el dolor y la ira estallaron a un tiempo en Felicia.

-¡Me divorciaré! -bufó.

Él salió al pasillo.

-Hazlo -dijo, y cerró la puerta.

Los acontecimientos se precipitaban. Otoño de 1918, y Berlín era presa de la fiebre. Las ediciones extraordinarias de los periódicos no daban abasto a ser impresas: «El mando supremo del ejército pide el armisticio inmediato -- El príncipe Max von Baden, nuevo canciller del Reich -- Aprobada la reforma constitucional -- Ludendorff destituido -- Motín en la flota alemana -- Rebelión de los marineros en Kiel -- Revolución en Munich, los Wittelsbach destronados, proclamado el Estado Libre de Baviera -- El canciller anuncia la abdicación del emperador -- Philipp Scheidemann proclama la República Alemana -- Friedrich Ebert, nuevo canciller -- El emperador Guillermo II huye a los Países Bajos -- Armisticio en Compiègne, ¿por fin paz?».

En pocos días, más deprisa de lo que nadie podía entender, Alemania se había convertido en una república; la revolución, las huelgas, los motines y los disturbios habían arrollado el país; el emperador había huido; el general Foch y Matthias Erzberger habían concluido las negociaciones del armisticio. Con la perplejidad ante el hecho de que iba a haber paz se mezclaban la incertidumbre y la confusión. ¿Qué iba a pasar ahora? En el país seguía sin reinar la calma. La Liga Espartaquista y los socialdemócratas del SPD luchaban por la supremacía, la idea de una república que siguiera el modelo soviético pasaba por muchas cabezas. Todos los días, en Berlín, volaban octavillas que llamaban a la huelga y a la revolución, redactadas por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, líderes de los espartaquistas. La situación de los abastecimientos no mejoraba, las colas delante de las tiendas seguían formando parte de la imagen familiar de las calles. Y estaba el amargo recuerdo de los muertos, de las innumerables tumbas de Verdún, de los ríos y las ciudades francesas cuyos nombres quedarían unidos para siempre a las terribles batallas de aquella guerra: el Marne, el Somme, Verdún y la más terrible de todas: Fort Douaumont, un nombre que vagaba como un fantasma por las calles, constante compañero de la imagen que esta

guerra dibujaba de sus combatientes: el soldado que mira con ojos cansados por debajo de su casco de acero, y parece plantearse la pregunta de por qué está entregando su vida.

Johannes regresó a Berlín el día que el emperador anunció oficialmente su abdicación desde su exilio en los Países Bajos. Linda lanzó un grito al verlo en la puerta. Hasta ese momento había temido por su vida, porque en los últimos meses, a pesar de que el mando supremo del ejército reconocía que la derrota era inevitable, seguía habiendo combates en el frente occidental. Ahora estaba delante de ella, con los ojos enrojecidos y las mejillas hundidas. Linda se quedó mirándolo. Se había convertido en otra persona.

-Tienes que tomar un baño caliente enseguida -dijo después de abrazarlo una y otra vez-, y que la cocinera te dé algo de comer. Oh, Jo, tienes que ver a Paul, está tan mayor. ¡No habría podido soportar que nos hubiéramos quedado solos!

Jo sonreía, pero deseaba que su mujer no hablara tanto. Sentía un profundo agotamiento, y le parecía que aun durmiendo años nunca se recuperaría. En medio de la cuidada y hermosa vivienda, entre los brazos de Linda, con su hijo pequeño en el regazo, no veía más que los rígidos rostros de los muertos, oía el estampido de las granadas, sentía en los labios el polvo de las trincheras, olía la sangre de los heridos, se sentía perseguido por el hambre, el frío y el miedo a la muerte de los años pasados. Miraba a Linda y trataba de aferrarse a su rostro tierno y radiante, de encontrar el olvido en sus dulces ojos. Ella se había cambiado con rapidez, llevaba un vestido de terciopelo negro con un ancho cinturón rojo. Su pesado cabello rubio como la miel estaba peinado hacia atrás, y en sus orejas brillaban los rubíes que él le regaló por su boda. Olía a un perfume de flores, una reliquia de los días anteriores a la guerra, y su rostro carecía de amargura, era blanco y fino como el de una hermosa muñeca de porcelana. ¿Por qué no podía apartar las otras imágenes de su memoria? Los heridos que le rogaban que los matara, los camaradas que caían de rodillas junto a él, el desesperado miedo mortal en los ojos negros de los caballos de la caballería, los rostros de los enemigos cuando, en el cuerpo a cuerpo, de pronto estaban pegados a él, con la bayoneta en las manos, y sabían que iban a morir.

«Por qué he sobrevivido», estuvo a punto de preguntarse, pero intuía que entonces el miedo se extendería por el rostro de Linda y de su madre. Casi como escapando, salió del salón; tenía que ver a Felicia. Su hermana estaba en su cuarto, muy guapa con un vestido nuevo de lana gris, con una rosa de papel rosa pálido sujeta en el escote. El collar de perlas de dos vueltas en torno al cuello la hacía mayor. Su rostro parecía más serio y tranquilo que antes, la magia de sus ojos grises había cambiado. Jo comprendió enseguida que los últimos años no habían pasado por ella sin dejar rastro.

Lo que más le sorprendió fue el bebé que sostenía en brazos.

Se quedó mirándolo como si nunca hubiera visto una cosa así, hasta que Felicia rompió a reír.

-No pongas esa cara, Jo. Es mi hija. Tiene tres meses.

Como Jo no estaba informado con exactitud del desarrollo de los acontecimientos, al menos no dudaba de la paternidad de Alex, pero necesitó unos minutos para poder imaginarse a Felicia como madre.

-¿Cómo se llama? -preguntó entonces.

-Belle.

-Belle... Supongo que estás en Berlín porque la revolución te ha echado de Munich.

Ella titubeó.

-No. Estoy aquí porque voy a divorciarme de Alex.

-¿Qué?

-Sé que mi comportamiento es terrible. Madre está completamente desesperada. Pero Alex quiere irse... a América, o algo por el estilo. Si se lo cuento al juez mientras mezo en mis brazos a mi conmovedor bebé, obtendré el divorcio enseguida. -Rio-. Pero, por supuesto, dejaré de ser presentable en sociedad.

-Oh, creo que esas cosas ya no cuentan hoy. Con tantos muertos, ¿quién va a molestarse por una mujer divorciada? -Jo contempló pensativo a su hermana-. Has cambiado. ¿Quieres que hablemos de todo?

-No. Mejor cuenta tú.

-Yo tampoco quiero hablar.

Ella asintió.

-¿Es verdad que el emperador ha abdicado? -preguntó en tono neutro.

-Las ediciones extraordinarias de los periódicos lo anuncian. Ahora solo queda esperar que Ebert consiga llevar a este país hasta la democracia parlamentaria. Que no sea un segundo Kerenski y la izquierda se haga con el poder.

-Sí... -Felicía no parecía escuchar del todo. Dejó al bebé en la cama y se volvió hacia su hermano con un movimiento rápido-. Jo, tenemos que ir a Lulinn. Allí todo se está acabando porque tío Victor es totalmente incapaz de administrar la finca. Tenemos que intentar, de la forma más discreta posible, intervenir en esto.

-¿Qué quieres decir? ¿A Lulinn... ahora?

-¡Es todo lo que tenemos! -Felicía hablaba con apresuramiento-. No podemos permitir que Victor deje que se eche a perder. Precisamente en estos tiempos, necesitamos un lugar del que nadie pueda echarnos. Quién sabe qué más va a pasar. Está empezando una devaluación, y si sigue avanzando solo nos salvará la propiedad inmueble. ¿Entiendes?

-Yo... nunca he aprendido a llevar una explotación...

-Yo tampoco. Pero juntos lo conseguiremos. ¡Oh, Jo! -Fue hacia él, lo cogió de las manos. Sus ojos estaban tan apagados, tan carentes de vida; tan vueltos hacia dentro, como si siguieran allí las imágenes del pasado-. ¡Jo! ¡No mires atrás! Por favor. La guerra ha terminado, y nosotros vivimos. ¡Tenemos que vivir!

-Sí -dijo él con amargura-, tenemos que vivir.

-¡Jo! Soy una tonta al asaltarte tan pronto. Vienes del frente, y yo te cubro de mil planes. Pareces tan triste. Quizá sí deberías hablar. ¡Háblame de... de Christian!

-Christian murió en el acto -dijo Jo, y esperó que su rostro no revelara la mentira. De qué servía contarle que Christian había pasado una noche entera en un granero con un tiro en el vientre, entre otros soldados sufrientes y moribundos; que había estado horas gritando de dolor, llamando a su madre, a su padre, a Jorías; que él, Jo, había ido a verlo en las primeras horas de la mañana, que había sostenido su cabeza en su regazo y rezado por que su hermano muriera de una vez. Se lo había jurado, Elsa y Felicia nunca debían tener noticia de aquella larga y terrible noche, nunca debían saber del miedo y el horror de los últimos minutos de Christian. Pero él los tendría presentes el resto de su vida. De pronto se dio cuenta de que no podía contener las lágrimas. Sollozó, y en el mismo momento los brazos de Felicia lo enlazaron. Le pareció como si aquellos brazos fueran el único sustento que quedaba en esta tierra absurda y violenta.

Ella le pasó la mano por los cabellos.

-Llora tranquilamente -susurró-, llora cuanto quieras. Si no puedes olvidar, llora hasta que al menos puedas soportarlo.

Lo mantuvo abrazado mientras lloraba, por Christian, Jorias, tío Leo y todos los demás. Por fin, levantó la cabeza.

-Lo siento -dijo en voz baja.

Sus ojos seguían llenos de un horror sin esperanza. Felicia conocía bien esos rostros devastados, los había visto a menudo los últimos días en los soldados que volvían a casa, en las calles de Berlín.

-Todo irá bien, Jo. Créeme, irá bien. -De pronto, se le ocurrió algo-: ¿Dónde está Phillip? ¿Está también en Berlín? ¿O se ha ido directamente a Munich a ver a Kat?

Jo negó con la cabeza. En voz baja, repuso:

-No quería decírselo aún a Linda. Phillip está desaparecido desde uno de los últimos combates cerca de Reims. Probablemente esté muerto.

## LIBRO III

Maksim tenía un sueño ligero, así que despertó nada más notar que Mascha se movía incómoda.

-¿Qué pasa? -preguntó-. ¿Estás enferma?

-No -repuso ella. Por los visillos se filtraba la luz de las farolas de la calle, de manera que Maksim podía distinguir los contornos de Mascha. Estaba tendida de espaldas y miraba fijamente al techo. Su fino perfil se recortaba contra la pared-. Simplemente tengo que reflexionar. Me persiguen tantas imágenes...

Maksim sabía de lo que hablaba. Hacía tres días que se habían enterado de que en Berlín había habido manifestaciones masivas y sangrientos combates callejeros, iniciados por la Liga Espartaquista, y que los cuerpos francos que habían procedido contra los insurgentes habían detenido y fusilado sin juicio a los líderes de los espartaquistas: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

¡Rosa Luxemburg asesinada! Por primera vez, Maksim había visto a Mascha vacilar bajo el efecto de un mazazo.

«¡De todo el mundo, precisamente ella! ¡Precisamente ella! ¡Era una pacifista convencida, una socialista, una brillante pensadora! ¡Cuánto miedo tenían que tenerle para no encontrar más que ese camino!», había exclamado.

También ahora dijo, en voz baja:

-¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras? «¡No disparéis!» ¡Y la acribillaron con sus fusiles!

Maksim le cogió la mano.

-Las víctimas de las revoluciones... -dijo-. Pero piensa también en todo lo demás. Piensa que mañana hay elecciones en Alemania, y que por primera vez las mujeres alemanas votarán. Siempre has peleado por eso. También es tu victoria.

Mascha sonrió débilmente. Con un suspiro, se arrebujó más en sus almohadas. Fuera, el gélido viento de enero aullaba en torno a la casa y arremolinaba los copos de nieve por las calles. 1919, el segundo año después de la revolución, acababa de empezar. Hacía algún tiempo que Maksim y Mascha ya no vivían en su sótano, sino en una espaciosa vivienda cerca de la avenida Nevski. Mascha era comisaria del comité de la ciudad de Petrogrado, y era incansable. Maksim contempló su rostro, débilmente iluminado. Le parecía cada vez más joven y frágil. Le acarició las mejillas, deslizó los dedos a lo largo de su cuello. Su mano se detuvo en sus pechos. Se inclinó sobre ella, que volvió hacia él su rostro, en el que los ojos oscuros destacaban grandes y alerta.

-No, por favor, no, Maksim.

Él se retiró. No dijo nada, y tampoco Mascha pareció querer dar más explicaciones. Desde hacía algún tiempo ocurría eso: ya no encontraban el camino que iba del uno al otro. Maksim se preguntaba de dónde venía ese distanciamiento. Tenía que estar relacionado con que hacía mucho que cada uno había tomado una dirección distinta. Desde los días en que él empezó a dudar de sus ideales, se había extinguido aquella inteligencia sin palabras que había entre ellos y era el cimiento de su complicidad amorosa. La rueda había dado otra vuelta. Como él dudaba de la revolución, Mascha dudaba de él. Las discusiones terminaban en una muda amargura.

-Lo que le pasó a la familia de los zares es un asesinato. Nada más. No puede justificarse de ninguna forma, de ninguna.

-Oye, a mí tampoco me parece fantástico lo que ocurrió aquella noche en Ekaterimburgo, pero

era necesario.

-Veo a los niños morir de hambre en las calles.

-¡Maksim, son las víctimas que toda revolución exige!

Mascha se cerró, ya no le hablaba de sus planes. Se enterró en su trabajo, salía tempranísimo de casa y no regresaba hasta entrada la noche. Había asumido un papel activo en el partido, mientras él se apartaba de su línea cada vez más.

«Odia que hable de cosas que no quiere oír -pensó Maksim-. Cuando digo que nos dirigimos hacia una catastrófica crisis alimentaria, cuando quiero explicarle que la producción industrial de nuestro país ha caído a un séptimo de la de preguerra... Cuando utilizo la expresión "dictadura de partido único" se me lanzaría al cuello... Y eso que una vez nos quisimos.»

Desde su experiencia con Felicia, hacía más de un año, había sido infiel a Mascha un par de veces. Cortas y fugaces aventuras con chicas cuyos nombres no representaban papel alguno. Iba a tabernas, a hoteles baratos, cuando ella estaba de viaje. La mayoría de las veces, lo admiraban por su buena presencia, sus ojos melancólicos, y porque en ninguna situación de la vida olvidaba sus buenos modales. Dado que nunca había sido un hombre que obtuviera su autoestima de las aventuras amorosas, tuvo que preguntarse qué le pasaba. ¿Por qué demonios salía de caza?

«Para ser sincero conmigo mismo-pensó-, aquello en lo que creía se ha esfumado, y me siento como un viejo que busca en vano el fuego que lo llenó en su juventud.»

Lo que no se confesaba, y no lo haría hasta el final de sus días, es que echaba de menos a Felicia.

En las calles de Munich resonaban disparos de fusil. En aquella primavera de 1919, ya casi se habían acostumbrado a ellos. Desde que en Baviera se había proclamado la República Soviética, a principios de abril, reinaban la confusión, la perplejidad y la inseguridad. El primero de mayo, por primera vez, las tropas de los cuerpos francos habían atacado a rebeldes de la izquierda. Los sometieron de manera sangrienta. Todos los días detenían a revolucionarios, los encerraban y los ejecutaban de inmediato. A la menor señal de oposición, las tropas disparaban sin titubear. Era como si la joven república no temiera a ningún enemigo tanto como a los que venían de la izquierda.

Tom Wolff, que estaba junto a la ventana del salón de la Prinzregentenstrasse, se echó a reír cuando, a lo lejos, atronó una ametralladora.

-Ahora van a barrer a esa chusma socialista -dijo.

Kat se levantó del sofá, en el que había estado hojeando una revista, y se acercó al espejo que había encima del escritorio.

-Le encuentro repugnante -dijo con frialdad-, están matando a personas, y usted hace semejantes comentarios.

Se arregló el peinado. En el espejo, pudo ver que Wolff se había dado la vuelta y la observaba. En sus ojos había esa mirada de acecho que siempre dedicaba a sus víctimas, privadas y de negocios.

-No debería usted escapar siempre de la realidad, Cassandra. Hay que haberlo visto todo alguna vez. Ayer, en Stadelheim, asistí a una ejecución. Los soldados no eran muy hábiles, y solamente hirieron a algunas de sus víctimas. Aquella gente se revolcaba en su propia sangre y gritaba: «¡Tiro de gracia! ¡Tiro de gracia!». Y les dieron lo que querían.

Kat palideció.

-¡Basta! ¡A veces pienso que encuentra placer en el sufrimiento ajeno!

-No carece de encanto -admitió Wolff-, nada en el mundo carece de encanto.

Kat lo miró asqueada. «¿Por qué le concedo siquiera espacio en mi vida?», se preguntó. Conocía la respuesta. Eran aquellas tardes silenciosas, vacías, interminables, en las que no encontraba otra cosa que hacer que tumbarse en el sofá a hojear revistas. Eran aquellas horas solitarias en las que pensaba en Phillip y en Andreas, en los dos hombres que había amado y perdido. No había nadie más para ella. Por mucho que se avergonzase, ella misma había dejado entrar al diablo en su habitación para escapar de la soledad y los recuerdos.

Wolff lo notaba. Se daba cuenta de que la arrogancia de ella se desmoronaba, de que su orgullo se agrietaba. Había merecido la pena esperar.

-No puedo entenderle -dijo Kat-. En realidad, tendría que estar de parte de los socialistas. Al fin y al cabo, usted siempre nos ha combatido.

Su respuesta sonó fría:

-No estoy de parte de nadie más que de mí mismo. Y en lo que a ustedes y los socialistas se refiere, ustedes solo han cavado su propia tumba y los socialistas, en cambio, cavan la de todos. Por eso los prefiero a ustedes.

-Haga el favor de marcharse.

-Sí, me voy. Pero volveré. Vendré todos los días a consolarla en su soledad, Kassandra. -Se acercó a ella y le tocó suavemente la mejilla. Ella retrocedió, pero él se echó a reír-: Cuando toquen fondo, solo le quedará la importante dote de su padre. Y con ella tendrá que casarse.

-Quizá. Pero sin duda no con usted.

-¿Con quién sí no? Puede enterrar sus románticos sueños, su oficial ha caído en Francia de una muerte heroica.

-No ha muerto. Está desaparecido, y hasta que no me digan otra cosa seguiré creyendo que está vivo.

Wolff fue hacia la puerta.

-En algún momento, usted misma despertará -dijo fríamente-. Entonces será menos orgullosa. Y ya verá como no tiene a nadie más... que a mí.

A primera vista, Lulinn no había cambiado desde los días del primer verano de la guerra. Seguía siendo la casa señorial en la que la hiedra trepaba hasta el techo, en cuyas ventanas se reflejaban las hojas de los manzanos. Sobre el tornasolado estanque del huerto zumbaban las libélulas, el viento olía fresco y salino, en los establos resonaba el mugido de las vacas, el entrecrocarse de los zuecos de madera, las maldiciones de los mozos de cuadra. Y sin embargo... si Felicia miraba con más atención podía distinguir las señales de una incipiente decadencia: había campos en barbecho en los que crecía la mala hierba, graneros que solo estaban medio llenos de cereal, un arado roto en el patio oxidándose porque nadie lo reparaba. Entre las rosas del abuelo crecían cardos, en el césped detrás de la valla florecía el diente de león. Eran cien pequeñas advertencias que a Felicia le ardían en la mente. También dentro de la casa observó cambios. Aquí faltaba un viejo jarrón, allá una mesita barroca. El grabado del comedor había desaparecido, igual que el ajedrez de marfil del abuelo, que estaba en una vitrina en el salón. Felicia preguntó a tía Gertrud, que le respondió fríamente que Víctor había vendido esas cosas, y que además a ella no le importaba.

Felicia se puso fuera de sí.

-¿Vendido? ¡No puede ser! ¿Cómo se le ha ocurrido?

A pesar de la guerra, en los últimos años Gertrud aún había engordado más. Sus finos cabellos habían perdido hasta el último resto de color, y exhibían ahora un amarillo pálido, un tanto indefinible. No le gustaba nada que Felicia hubiera aparecido de pronto en Lulinn.



Perseguía todo el tiempo a su sobrina con mirada acechante, para saber qué hacía para conservar sus espesos cabellos castaños tan brillantes y rizados, un fenómeno tras el que sospechaba la existencia de sucios trucos.

-Victor es el heredero y puede hacer lo que quiera -respondió-. Necesitaba dinero para invertir. Bonos de guerra.

-¡Bonos de guerra! -se burló Felicia-. ¡Sin duda no se le ocurrió nada más astuto!

-¡No seas descarada! La guerra estuvo financiada por el Gobierno casi en exclusiva con bonos de guerra, y por eso era un deber patriótico...

-¡Deja ya lo del deber patriótico! A tío Víctor eso no le importaba. Probablemente con los bonos de guerra calmaba su conciencia, mientras otros hombres se dejaban matar en el frente.

Gertrud se hinchó como una gallina.

-¡Decir una cosa así! Víctor tenía tareas más importantes en la patria. Tenía que mantener Lulinn y...

-Oh, Dios -dijo Felicia dándose la vuelta-. ¡Mantener Lulinn! ¡Si al menos lo hubiera hecho! Pero ni siquiera eso ha conseguido. ¡De hecho, me pregunto qué ha estado haciendo los últimos cuatro años!

En cierto modo, Víctor también se lo preguntaba. Sentía que el barco amenazaba con hundirse bajo sus pies. Tenía deudas, muchas más de las que nadie suponía, y le resultó extremadamente desagradable que la descarada Felicia apareciera de pronto y, con los ojos entrecerrados, reclamara ver los libros de contabilidad. Con Jo, que iba a remolque suyo y cuyos ojos daban la impresión de haber visto en persona el fin del mundo, habría podido arreglárselas, pero a Felicia no era posible ni corromperla con amabilidad ni intimidarla con amenazas. De la única persona que conseguía benevolencia era Linda, pero el propio Víctor comprendía que apenas podía calificar eso como una victoria. Le daba durante horas conferencias políticas y se indignaba con el «vergonzoso dictado» de Versalles, que el ministro de Asuntos Exteriores alemán había firmado en aquellos cálidos días de junio y que imponía a la República, junto a las reparaciones, el reconocimiento de la culpa de la guerra.

-¡Tenemos que alzarnos unánimemente en armas contra eso! -tronó Víctor, que no había alzado un arma en toda su vida.

Felicia, al oírlo, le increpó:

-Sí, para que haya otro par de millones de muertos. Para que sobre Europa caiga aún más miseria. ¡No te imaginas lo harta que estoy de tu necia cháchara!

Cerró dando un portazo a su espalda. Fuera, en el pasillo, se sentó, agotada, en el escalón más bajo y apoyó la cabeza entre las manos. Sabía que era posible que Lulinn volviera a florecer. Ahora que la guerra había terminado, pronto habría mano de obra suficiente. Pero alguien tenía que dirigir la finca, de lo contrario todo se hundiría en el caos. Víctor era completamente inadecuado, y Laetitia demasiado vieja. Y además había que cancelar las deudas. «No lo conseguiré sola -pensó-, ¡simplemente, no lo conseguiré!»

Una sombra cayó sobre ella. Jo se había acercado con sigilo. Se sentó a su lado.

-No soy una gran ayuda para ti, ¿eh? -preguntó en voz baja.

Ella sonrió y apoyó las manos en las de él.

-No estás más desvalido que yo, Jo. Ninguno de los dos ha aprendido a dirigir una finca como Lulinn.

-¿Quieres mantenerla a toda costa?

-Sí. Y no solo por unos cuantos recuerdos sentimentales. Tengo auténtico miedo por nuestra

existencia. Estoy divorciada de Alex, y de todos modos su fábrica está en quiebra. Padre nos ha dejado cierta suma de dinero, es cierto, pero hay gente que dice que nos encaminamos hacia una terrible inflación. De pronto nuestro dinero podría dejar de tener valor. Entonces Lulinn sería lo único que nos quedaría. Tengo que pensar en Belle. Y en Nicola. Luego está madre, la abuela, tú, Linda y vuestro hijo. ¡No podemos morirnos todos de hambre!

Felicia hablaba de manera enfática, pero sus palabras no prendían una sola chispa en los ojos de Jo. Podía distinguir compasión y preocupación en ellos, pero no energía.

Él guardó silencio y al rato dijo:

-Felicia, no voy a poder ayudarte, pero si quieres que me quede en Lulinn, me quedaré. De lo contrario... -se detuvo.

-¿Qué?

-Iría a Berlín. Y empezaría una carrera universitaria con el dinero que padre me ha dejado.

-¿La universidad? -Felicia jadeó en busca de aire. Estaban todos con el agua al cuello, y Jo pensaba despilfarrar su tiempo en aulas y detrás de los libros-. Jo, tú...

-Lo sé, me tomas por loco -la interrumpió-, pero es mi mayor deseo. Quiero... tengo que olvidar el infierno que he vivido. Tengo nostalgia de... esas cosas inútiles, como libros y aulas...

Felicia se ruborizó, por la exactitud con la que Jo había adivinado sus pensamientos.

-Quiero estar con estudiantes y profesores -continuó-, con personas que trabajan juntas, que discuten, que quieren demostrar su inteligencia, en vez de dispararse unas a otras. Entiéndelo, necesito una nueva imagen de la humanidad, de lo contrario me volveré loco.

Felicia asintió.

-Podrías...

-Hacerme abogado. -Jo sonrió-. Un buen jurista. Puedo conseguirlo. Entretanto, Linda y Paul vivirán en casa de los padres de Linda. Pero lo digo en serio: si me necesitas aquí...

-No. No, tienes que ir a Berlín, tienes que convertirte en un brillante abogado. -Felicia hablaba con claridad y sin titubeos. Interiormente, pensaba: «Está loco, y no puedo entenderlo, pero Jo enfermará si lo retengo. Y, de todos modos, no se consigue nada cuando se obliga a algo a alguien».

Fue uno de los pocos momentos de su vida en que su egoísmo retrocedió ante su amor. Besó con suavidad a Jo en la mejilla.

-Me las arreglaré sola. No te preocupes.

Jo miró inseguro a su hermana.

-Naturalmente que me preocupo por ti.

-¡Es del todo innecesario! -Felicia se incorporó. Bien probada en la capacidad de dar a su rostro la expresión que cada momento requiere, logró fingir una confiada alegría-. Lo conseguiré. Soy una persona inteligente, ¿sabes? En un abrir y cerrar de ojos habré encontrado la forma, y saldremos de esta.

Jo suspiró. Felicia era buena fingiendo, pero no perfecta: su risa no había llegado hasta sus ojos.

«Tiene miedo, y yo soy un maldito egoísta», pensó. Pero, antes de que pudiera decir nada, ella ya salía por la puerta y paseaba al sol rumbo al establo de los caballos.

Benjamin Lavergne había llegado esa tarde de Skollna y estaba dando un paseo con Modeste, que llevaba un sombrero de paja que parecía presionar aún más su cabeza entre sus hombros y llevaba riéndose sin cesar todo el camino. Estaba contándole alguna historia idiota de su colegio, pero él no la escuchaba. Desde que había vuelto de la guerra, estaba aún más encerrado que antes en sus

propios pensamientos. Mostraba inclinaciones fuertemente fatalistas, y su frase favorita era: «Todo sale como tiene que salir». Recorrían la avenida de robles de Lulinn, y de pronto Modeste gritó: -¡Ah, ahí está Felicia!

«¡Todo sale como tiene que salir!»

Él volvió la cabeza con un movimiento brusco. Habían pasado cinco años desde la tarde en que la besó, pero entendió enseguida que nada había cambiado para él. Felicia estaba apoyada en la cerca de la dehesa y acariciaba un caballo. Se volvió. Llevaba el vestido gris claro de Berlín, con la rosa en el escote, y a la luz del crepúsculo su cabello adoptó un brillo rojizo. Benjamin la contempló y se sintió hechizado. Esa era su Felicia, inalterable y sin embargo cambiada. La cara más estrecha, más seria y más severa. Las mejillas ya no estaban redondeadas, los ojos estaban más hambrientos, más despiertos, también más fríos, y era hermosa, era aún más hermosa que entonces. Ella lo era todo para él, y nunca sería de otra manera. Si había soñado con una mujer era con ella, si había anhelado alguna vez tener a una mujer en sus brazos era a ella.

Felicia sonrió.

-¡Benjamin Lavergne! -dijo-. ¡Qué alegría volver a verte! -De hecho, se alegraba de encontrarse de pronto a su antiguo amigo de juventud.

Benjamin se quedó mirando sus labios, pero ella le contempló relajada. Naturalmente que se había hecho mayor, pronto iba a cumplir treinta años, pero, según podía comprobar, nunca conseguiría parecer un hombre. Era un eterno niño...

«Pero sin duda posee eso que llaman valores interiores -pensó Felicia-, es fiel como el oro, honrado hasta la médula y manso como un cordero. Un hombre con el que no se tienen dificultades.»

-¿No sabías que Felicia estaba aquí? -dijo Modeste.

-No...

-¿Cómo está tu hermano? -preguntó Felicia-. ¿Y cómo están las cosas en Skollna?

Benjamin no apartaba un instante la mirada de ella.

-Albrecht cayó. En 1916, en la batalla naval de Skagerrak.

-Oh... lo siento... Otro más, Dios mío, ¿es que esto no se va a acabar nunca?

-Nuestra generación se ha llenado de huecos -dijo en voz baja Benjamin. Luego continuó-: Pero en Skollna todo va muy bien. Ahora, después de la guerra, estamos aún mejor que antes.

-¿De veras? -Felicia cogió a Benjamin del brazo. Él sintió que empezaba a temblarle la mano-. Benjamin, tienes que contarme todo lo que ha pasado en los últimos años.

-Benjamin estuvo en el frente oriental -explicó Modeste-, en 1916, en Rumanía, fue condecorado por su valor en la batalla de Arges. ¿No es verdad, Benjamin?

-Sí, sí.

Modeste le miró con desconfianza. Se había citado con él, y ahora Benjamín miraba sin parar a Felicia. Era irritante lo elegante que su prima estaba siempre. Ella, Modeste, tenía que comprarse a toda costa un vestido así. Se preguntaba si no podría decir algo cortante cuando de repente se le ocurrió algo. Sabía que Benjamin era un hombre con un estricto sentido del honor.

-Ay, Benjamin, no sabes lo que le ha pasado a la pobre Felicia -dijo-. ¡Imagínate, hace un año que se ha divorciado de su marido! ¡Qué vergüenza! Quiero decir, naturalmente no es ninguna vergüenza, pero la gente habla y habla, y desde luego una mujer divorciada ya no es presentable en sociedad... -Contempló satisfecha el rostro desconcertado de Benjamin. Tenía que saber qué clase de criatura era la hermosa Felicia.

Felicia y Benjamin se casaron en septiembre de 1919, lo que causó más expectación en el distrito de Insterburg que la reforma financiera de Erzberger del mismo mes y la sublevación polaca en la Alta Silesia cuatro semanas antes. Benjamin Lavergne se hacía cargo de una mujer divorciada con una hija, una cuestión extremadamente comprometedora.

Las dos familias afectadas reaccionaron de manera distinta pero vehemente: los padres de Benjamin estaban horrorizados. ¡Una divorciada con una hija! Sin duda capitularon ante el fuerte enamoramiento de su hijo, pero contemplaban a Felicia con la más profunda de las desconfianzas.

Elsa reaccionó con espanto y consternación, porque había esperado que después de su divorcio Felicia llevara una vida tranquila, completamente retirada. En vez de eso, divorciada de su primer marido, iba al altar con un segundo mientras, en la primera fila de la iglesia, se sentaba una niña de un año que era hija de un tercer hombre. Una madre solo podía sentir vértigo ante una situación así.

Victor y Gertrud, que confiaban en que Benjamin se casara con Modeste, se indignaron abiertamente con la joven pareja y profetizaron un rápido fin a su relación (¡y un mal despertar a Benjamin!).

Jo, que llegó de Berlín recién matriculado como estudiante de Derecho, abrazó a su hermana y susurró:

-¿Estás segura de que esto es correcto?

Y Linda, que no veía un palmo más allá de sus ojos, se limitó a observar con leve admiración a la resplandeciente novia.

Laetitia fue la única que lo entendió todo. Incluso antes de la boda, se había encargado de que Felicia pudiera disfrutar de una impecable reputación a ojos de su futuro esposo.

-Su marido la abandonó por la niña -confió a Benjamin-, él... no quería tener hijos.

Calló, entristecida, mientras Benjamin palidecía. «¡Repugnante, ese Alex Lombard, sencillamente repugnante!» Pero tanto más lo necesitaba Felicia a él, un hombre que la amaba de verdad y cuidaba de ella. Quería estar con ella toda su vida, y hacerle olvidar aquella decepción. Su amor era sincero y auténtico, Felicia pudo verlo cuando compareció ante el altar. Los claros ojos de él brillaban como lagos tranquilos bajo el sol.

«Nadie me ha querido de manera tan plena e inocente», pensó de pronto Felicia, y la inquietud en ella se volvió tan fuerte que tuvo que darse la vuelta. Benjamin lo interpretó como un intento de ocultar su emoción. Para él, aquel día significaba el comienzo de un cuento. No entendía nada de los abismos que hay en las personas, y menos los de las mujeres. No sabía nada de sus secretas jugadas, y creía en lo que veía. Cuando Felicia le sonreía con suavidad, estaba convencido de que todo su ser estaba impregnado de la bondad que había en su sonrisa, y jamás se le hubiera ocurrido que precisamente en aquellos momentos pensara: «¡Si tuviera siquiera un rastro de virilidad! ¡Si pudiera tenerle un poco de respeto! ¡Es un buen chico, pero aburrido hasta el bostezo!».

Ya poco después de la boda, se plantearon dos problemas con los que Benjamin no había contado. El primero fue que Felicia pasaba la mayor parte del tiempo en Lulinn en vez de en Skollna. Sucedió cada vez con más frecuencia que por las tardes llamara desde Lulinn para comunicar a Benjamin que se quedaba a pasar la noche. «Está ya tan oscuro y hace tanto frío fuera», decía, o: «Laetitia no está muy bien. Es mejor que me quede con ella». En momentos así era muy dulce, llamaba a Benjamin «cariño» o «tesoro», pero aun así él tenía la impresión de que esa no era la forma habitual de llevar una vida conyugal. Con extrema cautela, expuso su punto de vista: -Te quiero, Felicia. Me entristece que pasemos tan poco tiempo juntos.

-Yo también te quiero, Benjamin. Pero estoy preocupada por Lulinn. Ya sabes que tío Victor...

Sí, sí, él lo sabía. Victor causaba demasiadas preocupaciones a la pobre Felicia. Por eso enseguida se declaró dispuesto a pagar las deudas de Victor cuando Felicia se lo pidió.

-De lo contrario se precipitará hacia la desgracia -dijo-, y además, seguro que recuperas el dinero.

-Está bien. Hay tiempo para eso. Y por favor, sin intereses. No quiero hacer negocios con tu familia.

No tenía ni idea del diálogo que poco después había tenido lugar entre Felicia y Victor.

-Escucha -dijo Felicia con frialdad-, aquí tengo un cheque de Benjamin con el que puedes cancelar tus deudas. Pero, naturalmente, no te lo he conseguido por amor al prójimo. Quiero a Lulinn libre de cargas, y quiero que no vendas la finca. Por eso, he redactado una declaración que vas a firmar. En ella te comprometes a no vender Lulinn en un plazo de cinco años, a no ser a Benjamin o a mí.

-¡Ninguno de los dos tenéis tanto dinero!

-Dentro de cinco años quizá sí. Y hasta entonces hay tiempo.

-¡Eso es extorsión!

-No. Si no quieres aceptar mis condiciones, puedes ir al banco y que te preste el dinero.

-El banco... -Victor se detuvo.

Felicia sonrió. Sabía que ningún banco le daría nada.

-Podría vender Lulinn enseguida -dijo con descaro Victor-, y pagar mis deudas con el beneficio.

-Sí, pero ¿dónde y de qué vas a vivir entonces? Sueñas con Berlín, ¿no? Allí reinan el desempleo y la escasez de vivienda. En estos momentos, en Berlín solo sobrevive el que es realmente inteligente... y los dos sabemos que eso no se puede decir de ti.

Victor se inclinó sobre el documento.

-¿Qué significa esto? ¿El administrador de Skollna controlará también Lulinn y contratará nuevos trabajadores? ¿Y a cambio recibiréis el veinticinco por ciento? -Cogió aire-. ¿El veinticinco por ciento de las ganancias? ¿Te has vuelto loca?

-No, que Benjamin entre en Lulinn es su garantía por el préstamo que te hace. Pero no tienes por qué firmarlo.

Victor firmó, casi aliviado. No era solo que se librara de la carga de sus deudas, es que tampoco quería seguir teniendo la responsabilidad de Lulinn. Naturalmente, Felicia era un bicho, y era una vergüenza que aquella mocosa de veintitrés años intentara sacarlo del terreno de juego. Por otra parte, las tornas siempre podían volverse.

Así que el compromiso de Felicia en Lulinn, y el tiempo que le quitaba, fue uno de los problemas de Benjamin. El segundo estaba en aquella parte de su relación que debería haber tenido lugar por las noches, detrás de las puertas cerradas de su dormitorio. La necesidad de ternura de Benjamin era casi insaciable y, funestamente, solo pensar en Felicia tenía un efecto excitante sobre él, de forma que a ella no le servía de nada renunciar en su presencia al lápiz de labios, el perfume y los camisones escotados.

«Podría llevar rulos y taparme la cara con una gruesa capa de crema -pensó ella furiosa en una ocasión-, y seguiría sin disuadirlo.»

Le resultaba complicado y agotador idear todo el tiempo excusas nuevas, y a su vez Benjamin se daba cuenta de que ella solo le toleraba apretando los dientes y apartando el rostro. Preocupado, se preguntaba a qué podía deberse. Sabía que era considerado, paciente y dulce. ¡Ella no podía reprocharle nada!

Pero... no la conocía. Y no sabía que a menudo ella estaba despierta a su lado hasta el amanecer, mirando el techo, cavilando y sin entenderse a sí misma. Su propia aversión, su propia frialdad, la estremecían. No amaba a Benjamin, pero no quería causarle daño. Le habría tranquilizado verle feliz, pero no lograba darle lo que quería. Con su ayuda, había sido un juego de niños salvar Lulinn de las ruinosas prácticas comerciales de Víctor, pero precisamente porque había habido tan pocas dificultades el destino parecía reclamar su tributo a posteriori. Iba a estar atada a ese niño grande durante toda su vida. En las frías y oscuras noches de invierno de principios de 1920, echaba cada vez más de menos a Maksim, lo que no la sorprendía demasiado, porque siempre lo había hecho. Pero, para su sorpresa, también echaba de menos a Alex. Se acusaba de ingrata para con el hombre que después de años le había dado por fin tranquilidad, hasta que de pronto comprendió que ese era precisamente el problema. Ella no quería tranquilidad. Quería medir sus fuerzas con los hombres a los que amaba, quería las alternativas de la victoria y la derrota, quería un hombre que la dominara exactamente igual que ella a él. Ambos, Alex y Maksim, habían satisfecho cada uno a su manera esa necesidad suya, pero lo entendía demasiado tarde.

A menudo se sentaba en la cama por las noches, escuchaba el ulular del viento de febrero y observaba oscuras nubes rasgadas que surcaban el cielo al otro lado de la ventana.

Los signos del tiempo no apuntaban en absoluto hacia la paz y la tranquilidad. Ella quería participar. Se sentía joven, sana y segura de sí misma, y veía en su vida toda clase de cosas... menos una aburrida canción de cuna.

En noviembre de 1920 nació su segundo hijo, otra niña, y fue llamada Susanne, como la madre de Benjamin.

Felicia, que no había sentido el menor deseo de volver a tener un niño nunca, tuvo que esforzarse mucho para tratarla al menos con benevolencia.

Al fin y al cabo, el bebé no tenía la culpa de su desgracia. Pero, por más que se esforzaba, no podía sentir por la pequeña lo mismo que por Belle. Su hija mayor tenía ya más de dos años, era una encantadora y bella criatura de ojos grises y cabello oscuro, y Felicia la contemplaba involuntariamente con pensamientos románticos; una niña nacida del pecado, que le recordaba a Rusia, la revolución, la huida, la nieve y el amor. En el ilimitado aburrimiento de su monótona existencia en Skollna, dependía de las sensaciones que había conservado en su memoria, y que con el paso de los años también había sublimado un poco. En cambio la hija de Benjamin...

Después del nacimiento de aquella niña, estaba aún más irritable e inquieta que antes. ¿Qué debía hacer? Todos los días ideaba nuevos planes que volvía a desechar. Quería ir a Berlín, a Munich, quería entrar ilegalmente en Petrogrado y volver a ver a Maksim. Cruzar a América, como Alex. Quería hacer algo loco, irracional, solo para escapar de la tortura de su inquietud interior. Tenía veinticuatro años, y Skollna no podía, sencillamente, ser su estación final, aquella casa lúgubre con sus altas estancias, que carecían del encanto de Lulinn y de las muchas voces que allí llenaban todas las habitaciones. En Skollna se hablaba en voz baja y cultivada, se sonreía en lugar de reír. La única que gritaba era Susanne, la bebé, y cada vez Felicia se estremecía. «¡Así va a ser de ahora en adelante! Criaré a los hijos de Benjamin, y un día yo misma susurraré y andaré de puntillas y, mientras tomo el té con mi suegra, despellejaré a los vecinos de toda la comarca.»

Y entonces, en enero del nuevo año, llegó una carta de Kat.

-No puedo entender -dijo Benjamin, profundamente herido- qué tienes que ver aún con Munich y con los negocios de tu... eh... exmarido. Ahora vives aquí, eres mi esposa, y no tendrías que preocuparte por el resto del mundo.

Felicia, que estaba de pie junto a la ventana con la carta de Kat en la mano, se volvió hacia él.

-Kat me pide ayuda. Entiéndelo. Durante años fuimos muy amigas.

-¡Pero no puedes ayudarla! Ella escribe que la fábrica de su padre está siendo comprada poco a poco por ese...

-Wolff. Tom Wolff.

-Sí, Wolff. Y... ¿qué quiere de ti? ¡No puedes enfrentarte a ese hombre!

-Precisamente, Kat cree que podría. Benjamin, su padre es viejo y está muy enfermo. Su hermano ha desaparecido. El hombre con el que quería casarse no regresó de Francia. Está completamente sola. ¡Esta carta es un grito de ayuda!

A Kat tenía que haberle costado mucho escribir a Felicia. Las cosas, de hecho, parecían ir muy mal. Pero Felicia callaba que no era nobleza lo que la llevaba a Munich. Ella misma se aferraba a aquella carta como un ahogado a una tabla, era su billete hacia la libertad, su regreso a la vida.

Benjamin, que creía entender la lucha que se libraba en su conciencia, dijo:

-Tu amiga Kat puede venir con nosotros. Tenemos una casa grande. Es bienvenida en todo momento.

-Ella quiere que la ayude contra Wolff.

Benjamin la miró con desesperación. No podía entenderla. Munich... ¡Aquello estaba en el otro extremo del mundo!

-¿Y tus hijas? No puedes dejarlas solas.

-No están solas. Susanne se queda aquí, tu madre se ocupará de ella. Y Belle irá a Lulim con la abuela.

-Tú... ¿ya lo has preparado todo?

-Sí. Y todo se hará como he decidido.

Benjamin no dudaba de eso. Miraba los ojos de Felicia y distinguía un brillo metálico en ellos. Inesperadamente, recordó lo que su madre le había dicho antes de la boda: «Te equivocas con ella. Piensa siempre que ya tuvo un marido, con el que no fue bien, y por angelical que te parezca, puedes estar seguro de que no fue del todo inocente respecto a la separación. No la dejaron simplemente plantada. ¡Nunca nos revelará su secreto, pero hay uno, y está manchado por el pecado!».

Benjamin no había dado mucha importancia a aquellas palabras, porque su madre tendía a la beatería y derramaba constantemente a su alrededor conceptos como «pecado» y «mácula». Pero, por primera vez, aquel día suscitaron una ligera duda en él. Si al final su madre... Hizo un último intento y trató de poner sobre la mesa la determinación viril de la que había leído en los libros.

-No quiero que vayas -dijo-, te... ¡Te lo prohíbo!

Ella ni siquiera le hizo el favor de ponerse furiosa. Se limitó a sonreír.

-¿Has oído hablar de la emancipación de la mujer?

Benjamin había oído hablar de ella. Y guardó silencio.

Felicia pasó por Berlín para visitar a su madre. Era febrero, el aire era frío y húmedo, el cielo gris, pero Felicia se sentía tan animada como si hubiera tomado champán. Se había hecho vestidos nuevos en Insterburg, tomando los patrones de la revista *Styl*, y llevaba uno de ellos cuando llegó a Berlín. Era de color verde jade, de lana ligera, y caía recto hasta el talle, que se asentaba casi en las caderas; allí se convertía en una falda también recta que llegaba tan solo un palmo por debajo de las rodillas. Al principio, a Felicia le había costado trabajo acostumbrarse. Por una parte, enseñaba bastante pierna; por otra, aquel vestido daba a su figura una silueta completamente nueva. El talle ya casi no existía, el busto se aplanaba, las caderas se hacían más angulosas. Pero cuando bajó del tren en Berlín, vio que nadaba en la ola de los tiempos. Las mujeres eran más angulosas, en todos los sentidos. Y en Berlín más que en otros sitios. Estaban más hermosas que nunca, y mostraban sus cuerpos con mucha más libertad; lo femenino, encantador, coqueto de los días de preguerra se había perdido en algún sitio del camino entre 1914 y aquellos días. Las mujeres ya no parecían recién salidas de la revista *Pérgola*. Durante la guerra habían tenido que ejercitarse en oficios de hombres, conocían su valor, su inteligencia, y ahora tenían derecho de voto.

Cuando alzaban la vista hacia los hombres y ponían cara de considerarlos semidioses, una sonrisa jugueteaba al mismo tiempo en torno a sus labios, como si quisieran decir: «¡Solo es un juego, no lo olvides!».

Naturalmente, junto a eso había otra imagen de Berlín. La crisis persistía. Había poco que comer, la imagen de la ciudad albergaba demasiados mendigos, demasiados niños harapientos, colas delante de las tiendas y veteranos de guerra con rostros vacíos y cansados, huesos acribillados a balazos y miembros amputados. El miedo y la preocupación seguían vivos. Se hablaba de la



devaluación, que avanzaba insidiosa; del crecimiento de la derecha, que desde el golpe de Kapp, el año anterior, se había convertido en una amenaza real. Dos épocas se mezclaban: la anterior aún no había terminado, la nueva no acababa de afirmarse, pero en el lugar en el que se fundían soplaba un fuerte viento.

Felicia disfrutó de Berlín, aunque los suaves reproches de Elsa le atacaban los nervios. Su madre no entendía por qué no se había quedado con su marido y sus hijas, pero lo que menos aprobaba era que encima su hija se divirtiera. Le escandalizó que Felicia volviera una noche a casa a las cuatro y media de la mañana, por más que afirmase que al fin y al cabo había salido con Jo, y que no podía haber mejor carabina.

De hecho, tras un largo titubeo, Jo la había llevado consigo a un local de estudiantes donde, para su total confusión, hacia medianoche aparecieron dos chicas ligeras de ropa, con unas orejas de conejo, que agitaron sus largas piernas bailando encima de una mesa. Un pintor barbudo y viejísimo que estaba sentado entre los jóvenes puso la mano en la rodilla de Felicia, le lanzó una mirada penetrante y dijo que nunca había visto unos ojos como los suyos, que tenía que pintarlos. Felicia se echó a reír y, en algún momento, se encontró de pie junto al piano, donde cantó la canción más nostálgica y popular de la guerra: «Las viejas calles siguen, las viejas casas siguen, pero los viejos amigos ya no están...». El estudiante que la acompañaba rompió a llorar y le preguntó si quería casarse con él, y el camarero, presa de la emoción, invitó a cerveza a todos. Jo se disculpó al día siguiente por aquella noche, pero Felicia había vuelto a tener, por primera vez desde hacía mucho tiempo, la sensación de vivir.

-¿Me llevas contigo a Munich? -preguntó por la tarde Nicola, cuando Felicia despertó de un profundo sueño.

Nicola vivía con Elsa, pero iba a cumplir catorce años, y la vida con su melancólica y silenciosa tía la agobiaba cada vez más.

Elsa dio su permiso, aunque después de largas admoniciones.

-Munich es una ciudad turbulenta. ¡No quiero que Nicola se eche a perder!

Tanto Felicia como Nicola juraron por lo más sagrado que eso no iba a ocurrir. En marzo cuando los disturbios socialistas volvían a arder por todas partes, viajaron a Munich.

Tom Wolff sabía que Felicia lo visitaría. Era solo cuestión de tiempo. Por arrogante que pudiera ser su conducta, a la larga no podía evitarlo a él.

-El ochenta por ciento de la fábrica me pertenece -dijo cuando estuvieron sentados el uno frente a la otra.

A las diez, le había dicho por teléfono, lo esperaba en la Prinzregentenstrasse, y a él le proporcionó un placer especial presentarse con toda tranquilidad alrededor de las once y media. Ardían en su memoria las incontables veces en que lo habían echado de aquella casa, y disfrutaba tanto de la situación que silbaba muy alto mientras subía la escalera. ¡La vida era grandiosa, simplemente grandiosa!

Felicia ya sabía por Kat que entretanto el ochenta por ciento era suyo, así que al menos no mostró espanto alguno. Subrayó la tardanza alzando las cejas con un digno silencio. Wolff sonrió. Dios sabía que aquella mujer era un hueso duro de roer.

-¿Quiere tomar algo? -preguntó ella.

Wolff se dejó caer en un sillón.

-¿Tomar algo? Me sorprende. Pocas veces he tenido la suerte de que me atiendan aquí.

-¿Un whisky?

-¡Encantado!

Le tendió el vaso. Él lo alzó en un brindis:

-Por una buena colaboración, Felicia... Oh, ¿cómo se apellida usted ahora?

-Lavergne. Felicia Lavergne.

-Ah. Suena bien. ¡Wolff y Lavergne!

-Yo estaría más bien a favor de Lavergne y Wolff -corrigió Felicia.

Wolff la miró con expresión alentadora.

-No se desanime. Cuando haya recuperado el treinta por ciento, es decir, cuando pueda llamar suyas el cincuenta por ciento de las participaciones, le cederé la preferencia.

-Bien. Entonces ¿está dispuesto a una colaboración?

-Naturalmente. Si Severin le da poderes para hacerse cargo de sus negocios. Y si de verdad usted se atreve...

-Severin me dará esos poderes. Y en lo que a mi confianza en mí misma se refiere, no debería preocuparse. Es bastante marcada.

Wolff se tomó el whisky y se relamió complacido.

-Me interesaría saber por qué lo hace. Quiero decir, venir a sacar el carro de la porquería. Ya no tiene nada que ver con los Lombard y, por todo lo que he oído, ha salido bastante bien librada. ¿No tiene todo lo que necesita?

-Creo que eso es asunto mío.

-Oh, sin duda. No tiene por qué decírmelo, lo sé de todos modos. Quiere demostrar algo a su exmarido, ¿no? Por eso ha venido aquí con cara de general antes de un ataque. En aquel momento usted quería su ayuda y él no se la dio. Huyó al cálido nido de un matrimonio, pero no halló la paz. Para usted la paz solo viene detrás de la victoria.

-No diga tonterías. Mi exesposo me resulta completamente indiferente.

-No es verdad. Está loca por él. Salta a la vista. Es así hoy, y siempre lo será.

-Va usted demasiado lejos.

-Cierto. Su parquet social siempre me resultó demasiado resbaladizo. Lo cual me importa bien poco. Tengo dinero, y quien tiene dinero puede permitirse la mala conducta. Sondear su negra alma, Felicia Lavergne, me gusta muchísimo. Su desfachatez tiene algo de vivificante. Cuando vino a Munich y se plantó delante de su marido en avanzado estado de gestación... ¡Qué lástima haber tenido que irme! ¿Quién es el otro hombre en su vida? Sin duda no aquel con el que se ha casado, ¿no? Las mujeres como usted adoran amar a hombres de los que no reciben nada a cambio... salvo, de vez en cuando, un pequeño y encantador bastardo. ¡Pobre Felicia, usted nunca podrá decidirse! Y es absolutamente desmesurada, en todos los sentidos. ¡Eso es lo que hace tan emocionante competir con usted!

Felicia había escuchado impávida.

-¿Ha terminado? -preguntó en tono objetivo.

Wolff dejó con estrépito el vaso vacío.

-¿Con sus oscuros secretos? Por hoy, sí. Podemos pasar a la parte comercial de esta conversación.

La voz de Felicia sonó cortante.

-Gracias a Dios. Ya casi no me atrevía a esperararlo. -Se sentó y cruzó las piernas-. Severin dice que prácticamente ya no vendemos nada.

-Claro. ¿Quién compra hoy uniformes?

-¿Uniformes? ¿Quiere decir que seguimos produciendo uniformes? ¡Eso es una completa locura!

-Sin duda. Por eso nos dirigimos a la quiebra.

-Ajá. Me pregunto...

-¿... por qué lo hago? Es un cálculo sencillo. Yo sobreviviré a la bancarrota, con ciertas pérdidas, por supuesto, pero intacto en líneas generales. Severin no sobrevivirá. Entonces tendrá que venderme el resto, y conseguiré lo que quiero. No me costará mucho trabajo volver a poner en marcha la fábrica.

-Bien pensado. No obstante, ahora que yo estoy aquí, no va a ser tan fácil. Ya no tengo muchas participaciones a mi disposición, pero utilizaré las pocas que me quedan para complicarle la vida.

-¿En qué está pensando?

-Naturalmente, tenemos que cambiar toda la producción. Nada de uniformes, sino... ¡moda! Y exclusiva, alta costura. Todo de lo más fino y de lo más caro. Para las mujeres de verdad ricas.

Wolff la contempló con atención.

-Moda para la clase alta. ¿Puede decirme por qué excluye a la clase media? ¿Lo considera inteligente?

-Básicamente no, pero sí en este momento. Creo que los próximos años van a ser duros, y en tiempos así la clase media suele ser la que paga el pato. No deberíamos esperar mucho de ella. Es mejor apostar por los ricos, por los que han ganado con la guerra y desean jactarse de su dinero. Cuando estemos saneados y los tiempos mejoren, cambiaremos cautelosamente de rumbo.

-Tendremos que trabajar con telas caras.

-Lo recuperaremos. Estoy pensando en vestidos de día y de noche, trajes de chaqueta, abrigos, quizá incluso trajes de baño y vestidos playeros. Emplearemos algodón, tweed, tela jersey, seda, crepé de China, terciopelo, brocado y lamé. Debemos intentar estar siempre un paso por delante de los tiempos con nuestros modelos. Ser un punto más llamativos, más provocadores que otros fabricantes. Colores brillantes, escotes pronunciados...

-Ya entiendo -interrumpió Wolff-, naturalmente, necesitaremos buenos diseñadores de moda.

-De eso me encargo yo. No será difícil encontrar gente suficiente.

-No. Pero será caro.

-Es importante -dijo Felicia con énfasis- que ambos tiremos de la cuerda en la misma dirección. Wolff sonrió.

-¡Haber vivido para oír esas palabras de su boca! La ilustre Felicia Degnelly y el campesino Tom Wolff, juntos en el mismo barco. ¡Sí, estos son los signos de los nuevos tiempos! A vosotros, ahí arriba, el aire se os ha vuelto demasiado denso, así que, con paso medido, bajáis a la tierra.

-¿Debo desprender de sus muchas palabras que boicotea o que apoya mis planes?

Wolff hizo como si le diera vueltas. Finalmente se levantó, se puso firme y alzó la mano para hacer un saludo militar.

-¡Ay, ay, madame! Soy su seguro servidor, y la apoyaré hasta el final. De palabra y de obra... ¡y con recursos financieros!

Felicia se levantó a su vez. Miró desconfiada a Wolff.

-¿Por qué? -preguntó.

-¿Qué?

-Vengo aquí armada hasta los dientes, y usted no me pone ninguna dificultad. ¡Quiero saber por qué!

-Ah. ¿Que por qué retraso su agonía y la de su estirpe? Tal como ahora están las cosas, me sería fácil liquidarla en menos de ocho semanas, pero ¿qué ganaría con eso? No, primero la pondré en pie y luego empezaremos. Ojo por ojo.

-¿A quién o qué odia usted tanto?

Wolff recogió el sombrero y se lo puso.

-Devuelvo los golpes -dijo-, eso es todo. Y, por lo demás, espero que se hagan realidad mis deseos.

-¿Aún le quedan deseos pendientes?

-Uno. El que todos albergamos. ¡El amor! -Fue hacia la puerta, la abrió-. Espero a Kassandra. Y vendrá a mí. Algún día, querida Felicia, todos seremos una gran familia.

La saludó con una cabezada.

-¡Que tenga un hermoso día!

Volvía a silbar, ensimismado, cuando bajó las escaleras.

Mascha Ivanovna tenía pocos amigos en el partido. Paradójicamente, eso se debía a su celo, a lo consecuente que era, a su fiabilidad... y, sobre todo, a su completa incorruptibilidad. No era una mujer con la que pudieran hacerse negocios. Al menos no secretos. Y era ambiciosa. Tan ambiciosa que la gente se preguntaba hasta dónde quería llegar en realidad.

Los tres hombres reunidos, una cálida tarde de junio de 1921, en una pequeña y sombría vivienda de Petrogrado, eran todos ellos miembros del comité de revisión de la conferencia municipal. Se habían reunido en secreto porque querían discutir unos cuantos asuntos que no estaban destinados a los oídos de todo el mundo. Finalmente, llegó el momento de hablar de Mascha.

-Maria Ivanovna -dijo pensativo uno de ellos. Jugueteaba con un lapicero y miraba a sus dos compañeros con los ojos entrecerrados-. ¿Sigue con Marakov?

-Sí. Con Marakov, el gran dubitativo. No carece del todo de peligro. Pone constantemente en cuestión nuestras ideas.

-Eso no lo hace Ivanovna. ¡Nunca!

-Pero es una piedra en el camino. -El hombre que había estado jugueteando con el lápiz se levantó y fue hacia la ventana. Miró hacia el exterior mientras proseguía-: Este año ha puesto ya a algunos camaradas en considerables dificultades. No soporta que alguien intente pasar por delante de ella...

Uno de los camaradas, un hombre bajito y grueso, de cejas pobladas y nariz aplastada, sonrió a escondidas. Al que hablaba con tanta amargura de Ivanovna le habría gustado antaño ocupar su puesto. Como sabía adónde iría a parar la conversación, le dio un audaz empujón:

-La cuestión es: ¿tenemos algo contra ella?

Cosechó miradas irritadas, que no lo desviaron en lo más mínimo de su objetivo. Había dicho lo que pensaban todos, los otros solo tenían que acostumbrarse a que las palabras decisivas flotaran de pronto en el ambiente.

El hombre que jugaba cada vez más nervioso con el lápiz volvió a la mesa. Parecía tenso y pálido.

-Creo que se podría construir algo -dijo-. Siempre funciona. En caso necesario, sobre Marakov... Es una mancha oscura en el immaculado chaleco de Maria Ivanovna. Deberíamos hablar con Dzhugashvili.

-¿Dzhugashvili? ¿Podrá ayudarnos?

-Es especialista en casos como este. Y le espera un gran futuro. Por lo demás -el lápiz cayó al suelo y rodó hasta quedar debajo de un armario-, deberíamos acostumbrarnos a que el camarada Jossif ya no se apellida Dzhugashvili. Ahora se llama Josef Stalin.

-«Adolf Hitler» -leyó Nicola. El nombre estaba al pie de una imagen pegada a una columna publicitaria, y mostraba a un hombre de pelo oscuro, ojos juntos y un peculiar bigote cuadrado bajo la nariz-. ¿Quién es?

-El presidente del Partido Nacionalsocialista. -La voz de Martin Elias, el acompañante de Nicola, adoptó un tono que hizo que ella se volviera y le mirase inquisitiva:

-¿Y?

-Ese partido es una porquería -explicó Martin-, y tiene demasiada influencia en Baviera. Hace

dos años Munich aún era la ciudad de la *bohème*, hoy es la ciudad de la propaganda nacionalsocialista.

Nicola asintió, crédula. Ante Martin, siempre se sentía pequeña y tonta. No solo porque tenía veinticinco años, y por tanto era casi diez años mayor que ella; también hablaba siempre de cuestiones filosóficas y de política, y parecía saberlo todo. Un día, en su camino diario al colegio, Nicola había ido a caer literalmente en sus brazos. Como siempre, se había quedado dormida, por lo que tuvo que ir corriendo, y como además iba perdida en sus pensamientos no advirtió al joven que venía hacia ella. Él se echó a un lado, pero ella lo rozó al pasar y todos sus libros fueron a parar al suelo.

-Alégrese -dijo el hombre, arrodillándose para ayudarla a recogerlos-, podría haber sido un tranvía o algo parecido.

Ella lo miró y se encontró con un pálido rostro de intelectual, de ojos verdes y cabello oscuro, de manos finas y sensibles. Él respondió a su mirada, y le pasó como a muchos hombres cuando se encontraban frente a las mujeres de su familia: ya no pudo apartar la vista de sus ojos grises.

-¿Quiere tomar un café conmigo en algún sitio? -preguntó, una vez que ambos se hubieron levantado del polvo de la calle.

Nicola pensó en su clase de francés y le pareció que era una lástima pasar el día ocupada con verbos irregulares.

-Encantada -dijo, y en ese mismo instante supo que iba a enamorarse de él.

Se convirtió en su amiga, de una forma casta que a Martin le pareció natural, pero que a Nicola le producía tanta inseguridad como frustración. Había heredado la naturaleza romántica y sensual de su madre, y Martin no hacía realidad ninguno de sus secretos deseos.

-¿De verdad me quieres? -preguntó en una ocasión, y Martin sonrió tan enigmáticamente como si intuyera sus impronunciados deseos.

-Claro, *baby* -dijo-, pero solo tienes dieciséis años, ¿entiendes?

A su lado, Nicola se sumergió en un mundo nuevo. Martin Elias era el hijo de un banquero judío de Munich, pero parecía tener pocos deseos de seguir los pasos de su padre. Venía del gueto de artistas de Schwabing, en 1919 había luchado por la república soviética de Baviera con poetas como Eisner, Fechenbach y Toller, y solo en el último momento había podido evitar que lo detuvieran.

Se llevaba consigo a Nicola cuando, por las noches, se sentaba con sus amigos en las tabernas de Schwabing y evocaba palabras y pensamientos de una época pasada. Nicola escuchaba con los ojos muy abiertos. Lo que se abría ante ellos la asustaba y la fascinaba. La tristeza y la melancolía vibraban en todo. Las obras de las que se hablaba se titulaban *El crepúsculo de la humanidad* y *El fin del mundo*, y en ellas había frases como: «Solo podemos sentir la belleza a partir de la conciencia de la propia decadencia» o «La vida está hecha de bromas brutales y malvadas».

Entre unas y otras seguía sonando el eco del ansia revolucionaria. El mejor amigo de Martin, un pálido y rubio estudiante de música que no dirigía ni la mirada ni la palabra a Nicola, defendía la teoría de que el gusto por la destrucción era creativo, y no pasaba una noche en la que no citara a Gustav Landauer, al que idolatraba, con sus palabras a los poetas de 1918: «¡Necesitamos la primavera, la embriaguez, la locura, necesitamos una y otra y otra vez la revolución, necesitamos a los poetas!».

Cuando Nicola volvía a casa después de aquellas noches le daba vueltas la cabeza, y a menudo lloraba en sueños porque se sentía excluida, tonta e ignorante. Por las mañanas se sentaba,

agotada, a la mesa del desayuno, con surcos debajo de los ojos, y trataba de ignorar las preocupadas admoniciones de su prima Felicia.

-Tienes un aspecto lamentable, Nicola. Necesitas dormir una noche de un tirón.

Nicola estaba agradecida por que Felicia tuviera tanto que hacer con sus diseñadores de moda que no le quedarán ni tiempo ni ganas de controlar en serio la forma de vida de los demás. No quería ni pensar que le hubiera prohibido salir con Martin. Le necesitaba. Cuando estaba sola con él se sentía feliz. Como aquel día de agosto en que iban de la mano por las calles, dejando que el sol iluminara sus rostros. Nicola esperaba que Martin no le diera una conferencia sobre los fines y los objetivos ocultos del Partido Nacional socialista, y se limitó a decir: -¿Vendrás esta noche conmigo al Bistrot Latino?

Nicola suspiró.

-Me gustaría tanto pasar una noche a solas contigo. Podríamos ir juntos a cenar. ¿Por qué tienen que estar siempre tus amigos? No me quieren.

-Claro que te quieren. Y te escucharían si dijeras algo. Tú has vivido la Revolución rusa. ¿Sabes lo interesante que sería que nos hablaras de ella?

-No sé si podría decir lo que queréis oír. Para vosotros, la revolución es una diosa. ¡Pero a mí me quitó todo lo que tenía!

Martin la miró gravemente y luego, por primera vez, besó sus labios con suavidad.

-Está bien -dijo-, esta noche iremos a cenar juntos. Completamente solos.

Ella le miró radiante. En ese mismo instante ambos se sobresaltaron porque, de forma inesperada y estridente, la voz de un vendedor de periódicos llegó hasta sus oídos:

-¡Extra! ¡Extra! ¡Erzberger asesinado por ultraderechistas! ¡El presidente declara el estado de excepción! ¡Erzberger muerto!

Martin le quitó al vendedor el periódico de las manos. Había palidecido por entero.

-Esta es la época a la que nos encaminamos -dijo.

El negocio florecía. Para haber estado al borde de la bancarrota a principios de año, la fábrica Lombard tenía ahora, en diciembre, un éxito asombroso. Naturalmente, se debía a las inyecciones financieras de Wolff, Felicia no se engañaba en eso.

Sin sus recursos, no habrían podido cambiar la producción con tanta rapidez.

-¿Podremos permitirnos tantos trabajadores? -había preguntado desconfiada Felicia, y Wolff levantó un índice admonitorio.

-Eso es cosa mía, ¿de acuerdo? Yo lo arreglaré con los trabajadores para que no nos salgan demasiado caros, pero no quiero injerencias. Nada de cháchara social. Así todos iremos bien.

-Tengo la sensación de que las prácticas con las que trata de sanarnos no son precisamente limpias.

-Puede dejar la empresa cuando quiera.

-Yo no he dicho que no apruebe sus prácticas. Pero quizá sea mejor que no me hable de ellas.

Wolff sonrió.

-Claro. Tiene que poder dormir tranquila por las noches.

Por supuesto, algunas cosas se filtraban y llegaban a oídos de Felicia. Aparte de que Wolff imponía salarios demasiado bajos y no pagaba cotizaciones sociales, hacía trabajar a los obreros mucho más de ocho horas al día y les obligaba a un rendimiento casi sobrehumano, manteniéndolos bajo el miedo latente al despido. Había demostrado un par de veces que podía

poner en la calle a un obrero de la noche a la mañana si no le caía bien, y en vista del creciente desempleo y de la inflación, nadie podía arriesgarse a eso.

«Es un demonio», pensaba Felicia a veces. Su relación con Wolff era de un carácter extraño. Desconfiaba de él tanto como él de ella, y si se hubiera dado la oportunidad no habría tenido escrúpulos en echarlo y hacerle morder el polvo. Por lo demás, sabía que tampoco él tendría escrúpulos. Pero, por poco que se apreciaran, se soportaban porque eran igual de fuertes y porque ni Wolff podía impresionar de verdad a Felicia ni Felicia a Wolff.

Poseían la misma visión de la realidad, el sentido práctico y nada sentimental, la determinación de sacar adelante lo que querían sacar adelante. A regañadientes y con cautela, se tenían una cierta medida de respeto.

Felicia se ocupaba sobre todo de establecer contactos con los grandes comercios de moda de Munich y conseguir clientes para sus colecciones. No solo tenía la difícil tarea de ensalzar sus productos, además debía ahuyentar la desconfianza que todo el mundo sentía hacia Wolff. Era conocido que había obtenido notables beneficios de la guerra, y que trataba a sus obreros con bastante poca consideración. Pero en el otro plato de la balanza estaban su producción de primera categoría... y su encantadora embajadora.

Felicia se movía con facilidad en el parquet social, además era hermosa, y lo que decía sonaba meditado e inteligente. Llevaba vestidos de colores de telas suaves, medias finísimas, delicados zapatos y joyas tintineantes. Nunca se le notaban las noches en vela y la agitación de cada día. Disimulaba de manera férrea el agotamiento y las preocupaciones. Quien coincidía con ella la veía tal como se mostraba: descansada, segura de sí misma, exitosa y bella. ¡Y cómo sabía sonreír! Como en los altos escalones del mundo de la moda seguían reinando únicamente los hombres, Felicia ponía en juego todas sus armas. Cada parpadeo era calculado. No perdía la ocasión de dejar caer una y otra vez frases acerca de su pasado. Pronto todo el mundo supo que había sido enfermera en el frente oriental, que los rusos la habían capturado y habían matado a su padre, que tuvo que soportar el cautiverio y la revolución. Los corazones se derretían uno tras otro.

Esa joven y bella mujer... Había que hacer algo por ella, lo que se pudiera. Conseguía más pedidos que nadie, lo que naturalmente también le reportaba una masa ingente de trabajo.

Pero, a pesar de todo el esfuerzo, se sentía feliz. La vida había perdido su calma, y ella lo disfrutaba. La invitaban a numerosas fiestas y recepciones de las casas de moda, conocía gente nueva, coqueteaba, reía y bebía champán. Durante semanas, no hubo noche en que se fuera a la cama antes de las dos, pero a las siete ya estaba sentada a la mesa del desayuno, se tomaba un café solo y cargado y escribía las primeras cartas. También las breves notas a Benjamin. Él era la gota de amargor en su vida. No pasaba una semana en la que no le escribiera, y con el tiempo sus cartas se volvían cada vez más acusatorias. En una ocasión llegó una foto de Susanne, tomada con motivo de su primer cumpleaños, con una breve nota: «Para que sepas cómo es nuestra hija».

Felicia, esta vez realmente afectada, contestó esa misma noche.

Voy a Berlín. Una gran casa de modas está interesada en nuestras creaciones, algunas de las cuales han salido en *Styl*. Me alegraría tanto poder reunirme allí contigo, con Susanne y con Belle. ¡Ven con las dos a Berlín, por favor! Allí podemos alojarnos en casa de mi madre y pasar unos cuantos y hermosos días juntos.

«Unos cuantos días...» Era consciente de que tenía que sonar casi provocador. Concedía una cita a su marido y a sus hijas, como a cualquier otro socio comercial. Seguro que ellos esperaban que



fuera a pasar las Navidades a casa. Pero había una recepción en Munich con gente muy importante. Felicia dejó la carta a un lado y se acercó a su vestidor. Mientras se preguntaba qué iba a ponerse para la fiesta -tenía que ser algo llamativo, grandioso-, oyó abrirse la puerta de la casa. Sería Nicola que regresaba. Felicia miró el reloj. Poco después de medianoche. Y Nicola debía ir al colegio temprano. Suspiró. Tenía la sensación de estar descuidando sus obligaciones en muchos terrenos.

Mascha Ivanovna siempre había sabido que un día su vida daría un vuelco. Puede que las sombrías profecías de su madre, que desde pequeña le había dicho que iba a terminar mal, hubieran contribuido. «Tienes ojos de fanática, Mascha, y en algún momento todos los fanáticos se arruinan a sí mismos. Está en su naturaleza.»

Mascha conocía ese rasgo fanático de su carácter y su tendencia a desafiar la ruina cuando la causa lo exigía. De niña, había estremecido a sus compañeras de colegio al defender la idea de que una persona solo era valiosa cuando estaba dispuesta a morir por sus convicciones. Sus amigas, ninguna de las cuales tenía convicción alguna, declararon a Mascha loca en secreto.

-Un día se dará de bruces -dijeron-. Y ella sola será la culpable.

La hora en que todas las profecías habían de hacerse realidad llegó la mañana del tercer día de enero de 1922. Los tres hombres de la policía secreta se presentaron hacia las cinco, cuando aún no clareaba y la mayoría de la gente dormía. Unos obreros de camino al primer turno vieron el coche negro doblar hacia la calle, detenerse y cómo salían de él hombres vestidos de oscuro y con el sombrero bien calado. Los obreros aceleraron el paso.

Maksim abrió la puerta, adormilado, cuando los hombres llamaron con estruendo. Lo echaron a un lado, entraron en la casa y cerraron la puerta a sus espaldas. Uno de ellos enseñó su carnet a Maksim.

-Policía secreta. Queremos hablar con Maria Ivanovna Laskin.

-Está durmiendo -respondió con frialdad Maksim. Desde luego, sabía lo ridícula que era esa respuesta, pero era un intento de mantener algo de dignidad.

El portavoz de los recién llegados no movió un músculo.

-Haga el favor de pedir a la señora Laskin que se levante y se vista. La esperaremos en el pasillo.

-¿Puedo saber qué cargos hay contra ella?

-Tenemos órdenes de llevárnosla para que sea interrogada.

-¿Adónde?

-No puedo darle esa información. Encárguese de que la señora Laskin venga con nosotros.

Maksim volvió al dormitorio. Hacía mucho que Mascha se había despertado, y lo había oído todo. Estaba poniéndose un vestido y las botas de invierno. Se peinó por encima dos veces delante del espejo.

-Tengo que coger unas cuantas cosas -dijo-, me temo que tardaré en volver. ¿Podrías buscarme un cepillo de dientes y una toalla?

-No es más que un interrogatorio. A mediodía...

Mascha sonrió compasiva. Estaba muy pálida.

-Escucha, querido, para un breve interrogatorio no te mandan a casa a la policía secreta a las cinco de la mañana. Me ha tocado.

Maksim estaba aún más pálido que ella.

-Mascha, ¿qué quieres decir con eso? ¿Es que sabes qué pueden tener en tu contra?

Como él no daba signos de ir a coger sus cosas, lo apartó suavemente y buscó ella misma lo que necesitaba.

-Llevo ya un tiempo en la lista negra, me he dado cuenta. Y ahora ha llegado el momento.

-Pero...

-¿Pero soy una leal camarada? -Mascha cogió unas horquillas de la mesa y se sujetó el pelo con ellas-. A Robespierre ya lo mató su propia gente.

-¡Es una completa locura! -Maksim pasó los cinco dedos por sus cabellos-. Me encargaré de que tengas el mejor abogado que pueda encontrarse en todo Petrogrado. Yo...

-Claro, Maksim. Todo irá bien. -Se puso de puntillas, le besó en las mejillas-. Por favor, no te preocupes. Sea cual sea mi camino, yo lo he aceptado desde el principio.

Abrió la puerta y salió al pasillo, donde los tres hombres esperaban como sombras inmóviles y oscuras.

La voz de Mascha no sonó ni mínimamente alterada cuando les dijo:

-Buenos días, camaradas. Estoy lista. Podemos marcharnos.

El abogado que Maksim contrató ese mismo día no tardó en averiguar que habían llevado a Mascha a la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Cuando informó a Maksim, añadió:

-Pero no va a quedarse allí. Van a llevarla a la cárcel de Butyrki.

-¿Cómo es esa cárcel?

-No es precisamente un sanatorio, pero ¿qué cárcel lo es?

Maksim, que caminaba de un lado a otro de la habitación con las manos en los bolsillos, y cuyo rostro tenía una palidez fantasmagórica que contrastaba con el jersey negro de cuello vuelto, se detuvo.

-¿Por qué? ¿De qué se le acusa?

-Bueno, eso es lo complicado en esta clase de historias. Defender a un verdadero criminal no es difícil para un abogado. Se trata de demostrar su inocencia, y o se consigue o no se consigue. En cambio, en estos casos políticos...

-¿Sí?

-Bueno... -El abogado formuló sus frases de manera muy cautelosa y titubeante-: Yo diría que en casos como este el abogado tiene una función de coartada. No se trata de encontrar la verdad. Está claro de antemano que va a ser condenada. Determinadas personas... están interesadas en que desaparezca.

Maksim se apoyó pesadamente en la mesa, se inclinó hacia el abogado.

-¿Por qué tiene que ser ella?

-Hay distintos motivos. A algunos no les gusta que sea absolutamente incorruptible. Otros temen su ambición. En todo sistema se desata la pelea por los mejores puestos, y Mascha está en el ojo del huracán. Pocos lo superan. Y luego está... -se interrumpió.

Maksim le miró entrecerrando los ojos.

-¿Qué?

-Tiene que ver con usted. Se ha separado del partido.

-Entonces, que me detengan a mí.

-Usted no molesta a nadie. Por duro que pueda sonar. Es el clásico ejemplo de la llamada emigración interior. Demasiadas detenciones dañan el prestigio del nuevo régimen; así que no van a gastar esfuerzos con gente como usted, que sufre en silencio. Pero Mascha Ivanovna... Si ella cambia de idea es un peligro. Porque es una persona de acción, siempre.

Con un gesto de impotencia, Maksim se frotó los ojos enrojecidos. Su voz sonó agobiada cuando preguntó:

-¿Qué cree que va a pasarle?

-En este país siempre ha habido un solo destino para los políticamente incómodos. Siberia.

Muros fríos y oscuros, gélido suelo de cemento, una mesa, literas a lo largo de las paredes. Al final de la estancia, un jirón de cielo dividido por barrotes. Hacía tanto frío que no se podía estar sentado. Lo único que había para leer eran las frases obscenas en las paredes, legadas por generaciones de prisioneros. Así era la cárcel de Butyrki.

Las quince mujeres que compartían una de las celdas del segundo piso parecían pálidas y enfermas a la turbia luz del declinante día de invierno. Tenían las mejillas hundidas, los ojos irritados y el cabello greñudo. La insuficiente alimentación y el hecho de que, desde hacía muchos meses, no había nada que contuviera vitaminas, hacía que a muchas se les levantara la piel y se les pudrieran los dientes. Una tosía, y su aspecto, tendida en el suelo entre estertores y vomitando una mucosa sanguinolenta, hacía que las otras se volvieran. Se trataba de una abigarrada sociedad: entre ellas se encontraban tanto una ladrona, una prostituta y una parricida como la esposa de un antiguo oficial, una baronesa y una maestra de Petrogrado. Y Mascha.

Mascha, que llevaba una semana en prisión, parecía casi sana comparada con las otras mujeres. Tenía un frío espantoso, pero aún conservaba la energía suficiente como para tenerse en pie y caminar de un lado a otro de la celda, echándose el aliento sin cesar en las manos. Algunas estaban sentadas en el suelo, pegadas las unas a las otras. Al principio, Mascha había intentado levantarlas.

-No podéis quedaros sentadas en el cemento. ¡Vais a enfermar!

La prostituta, una chica joven de dientes pronunciados y oscuros ojos de mongol, la miró fijamente.

-Oye, hermana, no solo vamos a enfermar, vamos a morir. Esto es una puta mierda, pero no vamos a darle vueltas.

Aquel día, Mascha había pasado por su última vista judicial. Cuando volvió a la celda, nadie habló de ello. Las demás solo querían estar tranquilas.

Solo una mujer se acercó a Mascha. Era Elisabeth, esposa de un antiguo terrateniente que había sido detenido en los días de la revolución de octubre. Precisamente ella había hecho amistad con Mascha desde el primer día. Le contó por qué estaba en Butyrki, y cuando miró expectante a Mascha, ella le dijo: -Yo soy miembro del Partido Bolchevique.

Elisabeth se estremeció, luego sonrió con un poco de amargura y dijo, irónica:

-¡Eso ahora ya no importa!

Desde entonces, una amistad difícil, tensa, pero indestructible, unía a las dos mujeres.

-¿Cuál es tu sentencia? -preguntó en voz baja Elisabeth-. Si quieres hablar de ella.

Mascha desvió la mirada.

-Campo de trabajo. Siberia. Siete años.

-¡Siete años! Dios mío, ¿por qué?

-Colaboración con los enemigos del socialismo.

-¿Tú?

-Puedes encontrar porquería en la vida de cualquier persona -explicó Mascha-, y si la retuerces un poquito puedes convertirla en una acusación.

-Tus propios camaradas...

-Sí. Mis propios camaradas. Una lógica cruel, pero implacable. Siempre he defendido la teoría de que una revolución tiene que alimentarse de sangre.

-¿De su propia sangre?

-Cuando no hay otra... incluso de su propia sangre.

Mascha se sentía infinitamente cansada y vacía, y pensó que ese cansancio la llenaba desde los días en que los bolcheviques se habían hecho con el poder. Sus fuerzas ya estaban agotadas hacía mucho.

Durante las innumerables horas en las que había sido interrogada, intentó ahogar toda amargura. No quería echarle la culpa a Maksim; se decía tercamente que él había vivido su vida y ella la suya, y que el encadenamiento de las dos había sido cosa del destino, sin culpables. Sin embargo ahora, en ese momento en el que, durante unos segundos, relampagueó el recuerdo de cuando era joven y fuerte, mientras al mismo tiempo no podía controlar su infinito agotamiento, el odio llameó dentro de ella, tan fuerte como el odio que antaño la había impulsado a través de la revolución. Medio ahogada de ira, pensó: «¡Él, Maksim, él me lo ha quitado todo! Él me ha arrastrado a esta mísera ciénaga de dudas y escrúpulos y acusaciones. Al final, ya no soy una buena socialista».

Fuera, alguien manipulaba la puerta. Apareció la vigilante, una mujer gruesa, entrada en años, con andares de pato y respiración asmática.

-Visita para Mascha Ivanovna -anunció jadeante-, Maksim Marakov. Espera en la sala de visitas. Mascha volvió pesadamente la cabeza.

-¿Qué?

-Visita. Tienes permiso para hablar un cuarto de hora con él.

Mascha tuvo la sensación de que unos puntos negros centelleaban delante de sus ojos.

-No -dijo con voz sonora.

Elisabeth emitió un sonido de sorpresa.

La vigilante frunció el ceño.

-¿Cómo?

-No quiero verle. No puedo.

-Escucha, no sé si volverás a tener permiso. Piénsalo.

-No podría. Por razones muy concretas.

La vigilante se encogió de hombros.

-Como quieras. Pero allá donde vas no verás a nadie decente durante un tiempo larguísimo, te lo prometo.

-Insisto.

-¡Muy bien!

La vigilante se volvió para irse. Cuando ya estaba en la puerta, Mascha dijo de pronto:

-¿Le daría un recado de mi parte?

-No es mi trabajo, pero bueno, ¿qué quieres que le diga?

La propia vigilante había estado presa en Butyrki años atrás y había sido liberada por los bolcheviques, que le habían dado el puesto que ocupaba. Así que sentía cierta simpatía por Mascha.

-Dígale que no estoy enfadada con él -pidió Mascha-, pero que los dos teníamos que habernos dado cuenta antes de que nos torturamos el uno al otro.

-Ah, bien. No estás enfadada con él, pero siempre te ha atormentado -repitió la vigilante como una alumna aplicada.

Mascha iba a llevarle la contraria, pero se tragó sus palabras.

-Bueno, puede decirse más o menos así.

-¡Lo haré! -La vieja salió de la celda.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, Mascha dijo:

-¡Una cosa más, por favor!

-¡Por Dios! ¿Cómo voy a acordarme de todo? ¿De qué se trata?

-Dígale que, a pesar de todo, siempre, durante toda mi vida, creeré en el socialismo.

Cuando Felicia salió del hotel Adlon de Berlín, estaba ligeramente achispada y no se sentía del todo segura sobre sus pies. Había estado bebiendo champán con el director de la casa de modas Cécile, y había tomado una o dos copas de más. Pero el contrato que había firmado con él, y que durante un año convertía a Cécile en uno de sus mejores clientes, crujía en el bolso de su abrigo.

En la avenida Unter den Linden había un vivo tráfico. En las franjas verdes entre los carriles habían puesto sillas en las que era posible sentarse por cinco céntimos y observar la vida y el trajín. A pesar del lluvioso clima de febrero, algunas personas se habían sentado en ellas; figuras grises, que daban la impresión de que solo podían soportar la vida si la pasaban en medio del tráfico ruidoso, la confusión de voces y la gente. Algunas parecían no haber tomado una comida en condiciones desde hacía por lo menos tres días. Felicia pensó con mala conciencia en su champán. ¿Adónde iba ahora? No tenía ningunas ganas de volver ya a la Schlosstrasse. Entretanto tenía que haber llegado Benjamin, y a Felicia no le apetecía verlo, ni a él ni a las dos niñas. Pero tenía el contrato en el bolsillo, y aquel crujir del papel la estremecía como una chispa eléctrica. Hoy y mañana familia, bien, lo soportaría, y Benjamin debía conservar en su memoria aquellos días como felices, estaba firmemente decidida a eso. Luego se iría a Munich... ¡Ah, Wolff iba a quedarse asombrado, y ella estaba febril por volver al trabajo! ¡Nuevos diseños, nuevos modelos, nuevos clientes y mucho dinero! Levantó la cabeza, la ofreció al frío viento de febrero. El champán y el cosquilleo del éxito la hacían vibrar, y parecían elevarla del suelo. Después de un segundo de duda, decidió tomar un café en alguna parte y paró un taxi.

En Kranzler se encontró a Sara y a su madre. Las dos mujeres estaban sentadas la una frente a la otra y tenían los ojos llenos de lágrimas. El rostro de Sara tenía una expresión de desesperada decisión. Felicia no quería molestar, pero Sara se aferró a ella y le pidió que se quedara. Incómoda, Felicia se sentó y pidió un café. Tal como había esperado, menos de cinco minutos después la habían puesto al corriente de los agudos problemas de la familia Winterthal: Sara tenía la intención de dejar a su madre y empezar una nueva vida en otra ciudad.

-¿Sabe?, Felicia, no puedo entenderlo -decía perpleja la señora Winterthal-, soy lo único que Sara tiene en este mundo. Siempre ha tenido dificultades con otras personas. Me aterroriza imaginarla en una ciudad desconocida.

-Madre, a mí me aterroriza pasar todo lo que me queda de vida en nuestra vieja casa -repuso Sara con inusual vehemencia-. Es absurdo, ¿no lo entiendes? Estoy ahí y vivo de la pensión de padre. ¡Eso no puede ser todo!

-¿Es que yo no soy nada? -Aquellas palabras fueron acompañadas por un torrente de lágrimas.

Naturalmente, tampoco Sara pudo contenerse más.

-Tú lo eres todo para mí, madre -sollozó-, pero quiero ir allá donde se me necesite. Donde muchas personas me necesiten. Como en Francia.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó suavemente Felicia.

Sara la miró con gratitud.

-Me gustaría trabajar en un hospital. O en un orfanato. O en una cocina de caridad. Quiero hacer algo por los demás, crear algo, organizar... ¡plantarme con los dos pies en medio de la vida!

Felicia la miró pensativa. «Y quieres olvidar algo, un dolor que te acompaña desde hace mucho tiempo.»

-Tengo una idea -dijo de pronto-, ¿por qué Sara no vuelve a Munich? Seguro que allí encuentra trabajo, y yo podría ocuparme de ella.

-¿De veras? -preguntaron Sara y su madre.

-Claro -aseguró Felicia-, me gustaría mucho.

No lo decía por decir, de hecho le gustaba la idea de tener cerca a Sara. Sara era leal, sincera y enteramente fiable. Desde que se movía en el mundo de los negocios, había sido abandonada por Alex y colaboraba con el equívoco Tom Wolff, Felicia había aprendido a valorar esas cualidades. No podía ser malo tener cerca a alguien en quien poder confiar sin reservas.

Se levantó y dejó unas monedas junto a su taza de café vacía.

-Pasado mañana regreso a Munich. Llámame si vienes, Sara.

Saludó con una cabezada a las dos mujeres antes de salir del café. La señora Winterthal se quedó mirándola.

-Una extraña joven -constató-, divorciada de su primer marido, y parece que tampoco le va del todo bien con el segundo. Antes la consideraba frívola y superficial. En realidad, nunca vi vuestra amistad con especial agrado.

-Entonces ¿por qué me dejas ir con ella?

La señora Winterthal podía pensar de manera realista.

-No se sabe cómo van a evolucionar los tiempos. Es bueno tener a una persona a la que poder aferrarse. Felicia es una de esas personas que, por alguna razón misteriosa, logran caer de pie una y otra vez durante toda su vida.

El primer encuentro entre Felicia y Benjamin, después de más de un año, estuvo acompañado de una tensión casi insostenible. Ninguno de los dos sabía qué decir, y se abrazaron con tanta distancia que a ningún observador desconocido se le habría ocurrido pensar que tenía delante a dos personas que estaban casadas.

Ambos llegaron a los pocos minutos a la conclusión de que, en realidad, no se conocían; un hecho que confirmaba la impresión que siempre había tenido Felicia, y que sumió a Benjamin en el más profundo asombro.

Tenía un aspecto lamentable, pálido y con pinta de no haber dormido, los ojos enrojecidos. En un primer momento a Felicia no le había llamado la atención, pero ahora se daba cuenta de que llevaba un traje negro y una corbata negra. Presa de un extraño temor, no se atrevió a plantear enseguida la pregunta que le ardía en los labios. Se sentó y, en el último momento, se contuvo cuando iba a encender un cigarrillo. Además, era penosamente consciente de que su vestido tenía un escote demasiado profundo, sus medias eran demasiado finas, sus tacones demasiado altos y sus pendientes demasiado brillantes. Su apariencia era correcta y adecuada para el Adlon, pero allí, en aquel salón silencioso y anticuado, con sus muebles burgueses, era un estridente desacierto. El traje oscuro de Benjamin y el vestido gris de antes de la guerra que llevaba Elsa parecían un palpable reproche. Un solitario rayo de sol entró por la ventana e hizo brillar el polvo en el retrato de Felicia. Los ojos de Felicia y Benjamin siguieron el rayo al mismo tiempo, se detuvieron unos segundos en el cuadro y no pudieron descubrir nada del presente en aquellos delicados rasgos.

-Siento haberte hecho esperar, Benjamin -dijo Felicia-, tenía una cita importante. Ha durado más de lo previsto... pero la he concluido con éxito.

-Mis más cordiales felicitaciones. -Sonó envarado-. Por todo lo que me cuentan, parece que tienes bastante éxito.



-Trabajo mucho. Nada me cae del cielo.

-Sí, sin duda. Has adelgazado.

-Me sienta bien, ¿no? -Felicia hizo la pregunta en un tono de provocación. Sabía perfectamente que su figura, demasiado delgada, no le gustaba.

-Claro. Te sienta muy bien. -Sus ojos se sumergieron en los de Felicia, tiernos, en busca de ayuda, implorando en su mirada una respuesta a su amor.

Felicia apartó la vista. Se dio cuenta de que su madre se retorció los dedos, nerviosa, y respiraba agitadamente. Levantó las cejas.

-¿Qué pasa? ¿Dónde están mis hijas?

Benjamin tosió. Se acercó a Felicia, se sentó junto a ella y le cogió la mano.

-Tengo una noticia muy triste que darte -empezó.

Felicia palideció.

-¿Belle?

-No, a las niñas no les pasa nada. No las he traído conmigo a Berlín porque mañana ambos tendremos que ir a Insterburg y las verás de todos modos.

Ella retiró la mano y se apartó imperceptiblemente.

-¿Qué significa esto? ¿Nosotros dos nos vamos mañana a Insterburg? ¡No sé una palabra de eso!

Los labios de Benjamin temblaron. Se volvió, escondió el rostro entre las manos. Sus hombros temblaban.

-Aún no sabes.... No sabes... -Ella apenas podía entenderle-. No sabes que mi madre murió hace dos días.

-¿Un jerez? -preguntó Wolff, y sonrió a su visitante.

Marco Carvelli, de la casa de modas Carvelli, de Munich, se removió, un poco incómodo, en su sillón. Parecía un gato que se detiene ante un sucio charco y se pregunta si de verdad tiene que atravesarlo para llegar hasta la nata que le han puesto en la otra orilla.

-Yo... eh... -dijo balbuciente.

Wolff le sirvió el jerez y le tendió la copa.

-Usted es un hombre inteligente, ¿verdad, Carvelli? Y me conoce hace ya tiempo. Nunca me ha querido mucho, pero hay algo que sí ha entendido: que soy uno de los hombres a los que pertenece el futuro. Y que no puede ser más que provechoso conseguir mi amistad.

Carvelli dio un sorbo a su jerez.

-Naturalmente, su amistad me importa mucho, querido Wolff. Solo que... también Felicia Lavergne goza de mi simpatía, y me contraría...

-La señora Lavergne ha vuelto a la Prusia Oriental -interrumpió Wolff-, ni siquiera es seguro que vuelva alguna vez a Munich. Al fin y al cabo, está casada y tiene dos hijas pequeñas.

-Pero entonces...

Los ojos de Wolff se entrecerraron.

-Escúcheme, Carvelli. Me gustaría hacerme cargo de esta fábrica, por completo, y no voy a estar esperando una eternidad para hacerlo. Felicia ha cometido un gran error al marcharse ahora a Insterburg. Poco antes, tanto en Munich como en Berlín, cerró una serie de contratos de suministro. Lo que tengo que decirle, a usted y también a los caballeros que se han sentado en esa silla antes que usted, es lo siguiente: No vamos a suministrar. Vamos a dejarlos plantados. Lo que representará una hermosa pérdida para usted, ya lo sabe. -Wolff se detuvo y apuró de un trago su jerez-. Usted nos demandará. Es decir, nos amenazará con una demanda.

-La señora Lavergne confiará en que usted se encargue de que todos los plazos de entrega se cumplan -dijo Carvelli-. Hasta donde sé, usted es el encargado de la producción y la señora Lavergne de los contratos y los diseños. Los diseños existen, los he visto. Así que...

-Así que la primera lección que Felicia Lavergne tiene que aprender es: no confíes en nadie. Son sus contratos. Sea lo que sea que esté relacionado con ellos, voy a ignorarlo. -Wolff se sirvió otro jerez-. Nos habíamos quedado en la amenaza de demanda. Daños y perjuicios. Usted y los otros juntos, sale una suma respetable. Les ofreceré las participaciones de Felicia en la empresa en caso de que renuncien a una demanda. Usted y los otros aceptarán la oferta. Y acto seguido me venderán a mí las participaciones... y recibirán el doble del dinero que cualquier tribunal alemán les concedería en concepto de indemnización.

Carvelli titubeó.

-Eso no puede ser. Si no tiene poderes para vendernos las acciones, nuestro acuerdo no será válido. A su regreso, la señora Lavergne presentará una demanda contra usted.

-Se lo pensará. Porque, naturalmente, le diré que en ese caso tendrá que contar con una demanda suya por daños. Y, por lo demás, lo único importante es que las acciones estén en mis manos. Pretendo hacer un trueque. Pero... eso es un asunto de familia.

A Carvelli le zumbaban los oídos. Aquello no le resultaba nada cómodo. Por otra parte... Stadelgruber y Breitenmeister estaban dispuestos a colaborar, o eso había dicho Wolff. Y si lo hacían...

-Los tiempos no van a mejor -observó indiferente Wolff-, nadie debería dejar escapar un buen negocio.

-¿Qué pasa si la señora Lavergne regresa en los próximos días?

-De todos modos tendríamos retraso en las entregas. Y difícilmente podríamos recuperarlo. Sobre todo porque he decidido convertirme en un empresario decente y reducir drásticamente las horas diarias que trabajan mis empleados.

Carvelli se levantó.

-Creo que somos socios -dijo.

Pero dejó su copa intacta, y al llegar a la puerta disuadió a Wolff cuando fue a acompañarle. Dios sabía que había conocido la casa Lombard, de la Prinzregentenstrasse, en tiempos mejores. Cerró la puerta tras de sí. Fuera, en la fresca y oscura escalera, se apoyó un momento en la pared, respirando agitadamente. Sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente. No se sentía bien en su pellejo, no, en absoluto. Pero, Dios, qué iba a hacer, los tiempos eran malos, en eso Wolff tenía razón... Se sobresaltó al oír pasos. Era Kat, que venía por el pasillo.

-Oh, buenos días, señorita... Lombard... -A Carvelli le interesaba no verse envuelto en una conversación. Se limitó a saludar a Kat con la cabeza y bajó a toda prisa la escalera.

Kat, que lo miraba inclinada sobre la barandilla, sintió por un momento la corriente de aire frío cuando él abrió y volvió a cerrar la puerta de la calle. Pensativa, alzó las cejas. Por la mañana se había encontrado en el pasillo a Stadelgruber y Breitenmeister, ahora a Carvelli. Wolff parecía estar pasando revista a todas las personalidades importantes del mundo de la moda en Munich. Una intuición le decía que detrás no podía esconderse nada bueno. Se preguntó brevemente si debía acudir a su padre, pero desechó la idea. El enfermo Severin no debía excitarse. No, la única que ahora... Kat corrió abajo. El teléfono estaba en el salón. Mientras esperaba a la telefonista, miró atemorizada hacia arriba. Rezó por que Wolff no saliera de su despacho precisamente entonces. Por fin, la telefonista la atendió.

Kat habló con voz amortiguada:

-Por favor, póngame con un número del distrito de Insterburg, Prusia Oriental. -Dijo el número.

-Un momento, por favor -le llegó la aburrida respuesta. Kat esperó. Arriba seguía sin moverse nada. Nerviosa, cambió el peso de una pierna a la otra. Por fin la voz volvió a sonar-: Lo siento. No hay conexión con el número que me ha indicado.

-Eso no puede ser.

-En cualquier caso, no se establece la conexión.

Irritada, Kat colgó el auricular. Con decisión, se puso el sombrero y cogió el bolso. En la puerta de la calle se encontró a Nicola y Martin.

-Voy a la oficina de telégrafos -explicó brevemente-, si Wolff pregunta por mí, no tenéis ni idea de dónde estoy.

-¿Es que Wolff está otra vez aquí? -preguntó Nicola-. Solo espero el día en que se mude del todo. De todos modos se comporta ya como el dueño de la casa.

Ella y Martin entraron en el salón. En ese instante sonó el teléfono. La operadora anunció una llamada de Berlín. Era Sara, que avisaba de su llegada a una Nicola un tanto confundida.

Benjamin peregrinaba todos los días a la tumba de su madre, y uno de cada tres días Felicia le hacía el favor de acompañarle, consciente de su deber. Susanne Lavergne había sido enterrada en el cementerio familiar, en el extremo del parque, y Benjamin había convertido aquel lugar adornado con piedras en su altar personal. Llevaba flores, barría la hierba y las hojas, rezaba, lloraba, se quedaba horas de rodillas. Cuando volvía, su rostro parecía una máscara rota. Siempre había tenido una peligrosa inclinación a la melancolía, que ahora, de manera al principio imperceptible pero incesante, se encaminaba hacia una depresión. Había perdido a la única persona que se había interpuesto como un férreo escudo entre él y la vida, y se sentía como un niño al que dejan solo en la oscuridad e intuye terribles peligros en las tinieblas.

A Felicia, que no sentía nada por su suegra, le costaba trabajo mostrar la pena que se esperaba de ella. Naturalmente que la repentina muerte de Susanne la había horrorizado. Pero sabía que la anciana se había ido a dormir por la noche y a la mañana siguiente la encontraron muerta, y en secreto pensaba que no era una manera de morir del todo inusual para una mujer de la edad de Susanne, y que por otra parte la forma de la muerte -un fallo cardíaco- había sido en extremo agradable. Por supuesto, se guardaba mucho de expresarlo. Había planeado volver a Munich tres días después del entierro, pero tuvo que renunciar al plan en vista del letargo y la melancolía de Benjamin. Trotaba detrás de ella como un niño, pero más desvalido, débil y sensible de lo que Belle y Susanne serían nunca. Con ligero espanto, Felicia pensaba que aquel hombre podría terminar siendo una auténtica carga. Era peor que un niño. Era como un... enfermo.

La vieja y férrea opresión de Skollna se posaba sobre ella, la volvía infeliz e irritable. Buscó, como antaño, refugio en Lulinn, pero tampoco allí encontró la calma. Lulinn guardaba el recuerdo de una época que había pasado y sonreía triste a través del polvo y los escombros, demasiado lejana como para poder tocarla. Aquellos largos veranos no volverían. Ahora la realidad era una serie de tumbas, una Laetitia que se marchitaba poco a poco, un Victor con los años cada vez más obeso, que simpatizaba con la derecha alemana, una Gertrud que había contraído una dolencia biliar y miraba, amarilla, a su alrededor. Modeste estaba prometida desde enero al pálido e insignificante hijo de un comerciante de Insterburg, de cuyo nombre nadie podía acordarse. Él y Modeste siempre estaban cogidos de las manos, y reían entre dientes en cuanto alguien se les acercaba. Por lo demás, cada uno de ellos parecía ocupado en convencerse silenciosamente de que había conseguido un espléndido partido con el otro.

Felicia comprendió por qué quería irse con todas sus fuerzas. Necesitaba la agitación para olvidar. Necesitaba trabajo y preocupaciones y noches en vela y alcohol y cigarrillos y gente. No soportaba la calma, y menos la de los lagos y las praderas que tanto había amado un día.

Volvían de uno de sus largos y silenciosos paseos hasta la tumba de Susanne. Era marzo, jirones de nubes surcaban el cielo, rayos de sol aislados caían al suelo, volvía a llover, y el cálido viento del deshielo susurraba en los árboles. Felicia se estremeció cuando entraron en la casa.

-¡Qué tiempo más espantoso! ¡Tengo los pies empapados!

-Tienes que tomar un baño caliente enseguida -dijo Benjamin. Con cautela, la ayudó a quitarse el impermeable. Sus manos se quedaron posadas en sus hombros.

Felicia trató de librarse.

-Déjame... Estoy tan mojada...

Él la atrajo más fuerte hacia sí, su cabeza se acercó a la de ella, su rostro se enterró en sus cabellos.

-Felicia, tienes que prometerme que nunca me abandonarás. Por favor. Dime que me lo prometes. ¡Que nunca me abandonarás!

Tenían esa escena cada vez que volvían de la tumba, y Felicia temía que alguna vez iba a ponerse histérica.

-Benjamin -dijo con cautela-, tendré que ir de vez en cuando a Munich para...

-Allí todo funciona sin ti. Si no, llamarían.

-¿Cómo? ¡Nuestro teléfono está averiado!

A Felicia le parecía una especial maldad del destino que hubiera ocurrido algo así. Durante las grandes tormentas de febrero dos postes se habían desplomado, y los hilos que unían a Skollna con el mundo miraban al cielo rotos y desolados. Para irritación de Felicia, Benjamin no se daba ninguna prisa en repararlos. «Cuando el clima mejore, querida», era su estereotipada respuesta a sus ruegos.

En esta ocasión dijo, indiferente:

-Si pasa algo, telegrafiarán.

-Sí, es cierto. Pero ya he cerrado todos los contratos. En algún momento tengo que volver a...

-¡No, por favor, no lo digas! Eres todo lo que tengo en el mundo. Por favor, Felicia. ¡No te alejes de mí! -El rostro de Benjamin tenía una expresión de sometimiento que sacó de sus casillas a Felicia.

Se soltó abruptamente.

-¡Por Dios, no he dicho que vaya a irme ahora!

Pasó delante de él y subió corriendo las escaleras. No quería seguir viendo el temblor de su boca. Al final volvía a tener mala conciencia, aquel irritante sentimiento de culpa que se tenía cuando se gritaba a los niños o a los perros y luego uno se sentía como un monstruo brutal. Lo mejor era darse un baño y poner el gramófono lo más alto posible.

Benjamin miró cómo desaparecía arriba. Se quedó abajo, en el pasillo, con los hombros levemente encorvados; el agua goteaba de sus cabellos y de su ropa y formaba pequeños charcos a su alrededor. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no oyó los pasos de la vieja criada, Minerva. Solo cuando estuvo justo a su lado se dio la vuelta.

-Ah, Minerva, eres tú.

Minerva había servido durante toda su vida a la fallecida Susanne, y estaba muy unida a su hijo. También en ese momento su boca formó la misteriosa y confidencial sonrisa de una cómplice.

-Señor Lavergne... tengo algo para usted... -Sacó del bolsillo del delantal un trozo de papel doblado, se lo entregó a escondidas. Su voz no era más que un susurro-. Otro telegrama de Munich...

-Gracias, Minerva.

Benjamin cogió el papel. Su ojo derecho palpitó atormentado. A su carácter bueno y sincero le repugnaba profundamente lo que estaba haciendo; se odiaba por ello, pero no podía hacer otra cosa... no podía hacer otra cosa...

Se sobresaltó cuando, arriba, el gramófono de Felicia empezó a sonar a un volumen impertinente. La música atronó estridente en toda la casa. Benjamin no podía ahuyentar de su mente la idea de Felicia en el cuarto de baño, quitándose la ropa mojada, moviéndose desnuda ante el espejo al ritmo de la música, levantando los brazos con lentitud y soltándose el pelo, sacudiendo sus rizos hasta que caían sobre los hombros, la espalda, los pechos. Sentía que al pensarlo las palmas de las manos se le humedecían. Rompió a toda prisa el telegrama. Naturalmente, otra vez de Kat. El tercero en aquella semana. Imploraba a Felicia que regresara.

Algo estaba pasando allá en Munich. Rompió el telegrama en mil pedazos y entró en el comedor, donde las criadas ya habían avivado la chimenea para la noche. Pensativo, miró los fragmentos retorcerse en el ascua, arder y convertirse en cenizas.

De vez en cuando, a última hora de la tarde, durante apenas unos minutos el sol alcanzaba la pequeña estancia del Petrogradskaia Storona, pintaba un rectángulo rojizo en la pared, acariciaba los libros en la estantería y se marchaba tan sigilosamente como había venido. Era la hora en que la patrona llamaba a la puerta y entraba con cuidado, con una tetera y una taza en la mano. La anciana ya no daba un paso fuera de su casa, pero era una admiradora de todo lo romántico, y percibía en su melancólico arrendatario todos los sentimientos que solo había visto en las novelas: pasión, amor, dolor y la pena inasible de lo perdido.

-Su té, monsieur Marakov -dijo.

Maksim, que estaba sentado en un sillón, armado de papel y lápiz, se incorporó. Su paso tenía una vacilación insegura. La patrona suspiró.

-No debe tomar tanto aguardiente, monsieur Marakov. ¡Tan temprano!

-Ya no es temprano.

-Es demasiado temprano para beber.

Maksim sonrió.

-Tengo un difícil artículo que escribir. De esa manera puedo concentrarme mejor.

La patrona sacudió la cabeza. Conseguir bebidas alcohólicas no era fácil en esos tiempos pero, por misteriosas razones, Maksim lo conseguía una y otra vez. Había empezado a escribir breves artículos de prensa, sobre todo críticas de teatro y libros, y el redactor jefe de un pequeño periódico de provincias se había interesado por ellos. Desde entonces, Maksim disponía de vez en cuando de un poco de dinero.

Cogió la taza de té de la bandeja y se acercó a la ventana. Parecía como si quisiera atisbar o retener un último rayo de sol, pero el sol se ponía ya detrás de las casas, al otro lado de la calle. Se volvió.

-Quizá me marche de Petrogrado -dijo vagamente.

La patrona ya había intuido una cosa así.

-¿Adónde piensa ir?

-Aún no lo sé. Muy lejos, en cualquier caso. Lejos de aquí.

-¡Usted ha combatido por este país!

-Aun así... ahora no es mi país. Ni más ni menos de lo que lo era antes.

-¡Debería buscarse una nueva esposa! -La patrona tenía sentido práctico.

La mirada de Maksim pasó de largo ante ella, hacia algún lugar a lo lejos, como si no hubiera oído aquellas últimas palabras. Perdido en sus pensamientos, echó mano a la botella de aguardiente. La patrona se la arrebató.

-¡No! Ahora no. Primero tómese una taza de té caliente, y el mundo tendrá otro aspecto.

-Me temo que no lo hará -dijo amargamente Maksim-, nunca lo hace. Ya pueden venir guerras y revoluciones y nuevas ideas y sistemas... que el mundo siempre sigue igual. ¿Sabe por qué? Porque detrás de la más hermosa y audaz de las ideas solo está el ser humano, y sigue siendo siempre igual de miserable, siempre.

-Sí, sí... -La conversación amenazaba con ir a parar a un terreno en el que la patrona no se sentía cómoda-. ¿Tiene intención de ir a Alemania? -preguntó con rapidez.

Maksim se encogió de hombros.

-Quizá. Sí, quizá vuelva a Alemania. No es que lo adore, pero hay cierta ironía en volver al origen con las manos vacías. Y ahora -cogió la botella- tiene que permitirme tomar un trago. Bebamos por... por esta construcción de mierda que sustenta nuestra vida.

Sara había aceptado un puesto en una guardería infantil para hijos de obreros de Munich, lo que significaba que desde las siete de la mañana hasta la noche se ocupaba de veinticinco niños, niños que gritaban, reían, lloraban, se ponían rabiosos o agresivos. Tenía que separar gallitos de pelea, tranquilizar a enfermos de nostalgia, supervisar deberes y curar heridas. Raras veces podía tomar algo o sentarse un momento. Lo que más le pesaba era la miseria a la que se veía enfrentada. Muchos niños estaban subalimentados, enfermos, mostraban signos de maltrato. Sara tenía a veces la sensación de que iba a ahogarse en todo aquello. Se alegraba de no tener que volver por las tardes a una casa silenciosa y vacía, sino de poder vivir -por invitación de Kat- en la Prinzregentenstrasse.

También aquella tarde Jolanta le abrió la puerta con una amable sonrisa.

-¡Qué cansada parece usted, señorita Sara! Entre rápido. ¿Quiere un té?

-Un té sería espléndido. -Sara se quitó el sombrero y se apartó un mechón de pelo húmedo que se le había pegado a la frente. Fuera hacía un calor primaveral. Se sentía cansada y sedienta.

Cuando entró en el salón, Martin, que estaba delante de la estantería hojeando un libro, se volvió hacia ella.

-Perdón -dijo confundida Sara-, no sabía que había alguien aquí. Me tomaré el té en otro sitio...

Martin dejó el libro.

-Quédese. Solo estoy esperando a Nicola. Aún está en el colegio, en clase de música o alguna otra cosa, pero tendría que llegar en cualquier momento.

Sara habría preferido desaparecer, pero una vez que Martin le había pedido que se quedara no se atrevía a contradecirle. Se sentó en el borde del sillón y deseó estar muy lejos.

Martin se sentó frente a ella y la observó inquisitivo. Se fijó en que tenía un rostro estrecho, unos ojos demasiado juntos y unas severas cejas negras, una frente alta y una boca que se curvaba, un tanto melancólica, hacia abajo. Llevaba un anticuado vestido con un cuello de encaje de vieja solterona y los cabellos castaños lisos y severamente peinados hacia atrás. No disponía de ninguno de los recursos que Nicola derrochaba, refinamiento, encanto y coquetería, pero no parecía ni ingenua ni alejada del mundo.

-Nicola me contó que trabaja usted en una guardería -dijo Martin-, para niños obreros. Me interesaría saber qué experiencias está teniendo allí.

Sara le miró, insegura. No estaba acostumbrada a que alguien se interesara por lo que hacía. Recelaba que Martin tan solo sentía compasión de ella.

-Bueno, es... -empezó con voz quebradiza- es... -Como de costumbre, comenzó a tartamudear.

Martin se inclinó hacia ella. Sonreía.

-De verdad me interesa -dijo con suavidad.

De pronto, Sara empezó a hablar, rápida, precipitada, ansiosamente:

-Es espantoso ver a esos niños. No tienen comida suficiente, viven en casas húmedas e insanas, no respiran aire fresco. Están pálidos, mal alimentados, tienen los dientes en mal estado, los brazos y las piernas demasiado delgados, los ojos enfermos, cubiertos por un velo. No es posible imaginar la miseria de la que proceden. Familias de diez personas se amontonan en una sola estancia en la que se cocina, se come, se duerme y se seca la ropa. Si alguien trae una enfermedad, todo el mundo la coge, y nunca se cura de veras. Tos ferina, difteria, pulmonía, tuberculosis, edemas de hambre. En nuestra república todos los días muere gente de hambre o se quita la vida porque no ve futuro. Nunca había imaginado las dimensiones de la miseria. Los padres de la mayoría de los niños están en paro desde hace ya mucho, desde que acabó la guerra. No llevan dinero a casa o lo hacen de manera irregular. Se desesperan, empiezan a beber, tiranizan a sus familias. Cuando por fin consiguen un trabajo, están tan alcoholizados o acabados que lo pierden. Las mujeres se matan a trabajar, primero en casa para la familia, luego salen a lavar o limpiar para ganar un poco de dinero. La mayoría de ellas no llega a cumplir los cuarenta años.

Sara calló. Jamás había hablado durante tanto tiempo. En ese momento se asustó de sí misma. Se puso en pie, insegura.

-Sin duda le he aburrido -dijo-, le pido disculpas.

-Al contrario -aseguró Martin. Se levantó a su vez-. ¿No piensa usted también que Alemania solo puede salvarse mediante un cambio radical del sistema?

Sara le miró fijamente.

-¿Salvarse de qué?

-De los nazis. Considero a los nazis el mayor peligro que nos amenaza actualmente. La miseria del pueblo les beneficia, y...

-¿Serían mejores los comunistas? -Sara hizo la pregunta de manera totalmente inocente, pero sacó de sus casillas por entero a Martin.

-¿Que si los comunistas serían mejores? -repitió incrédulo-. Oiga, Sara, ¿qué sabe usted del comunismo? ¿Solo lo que escriben los periódicos leales al Gobierno, o peor, lo que dice un hombre como Hitler? El comunismo es...

La puerta se abrió y entró Nicola.

-Ah, estás aquí, Martin. ¡Buenos días, Sara!

-Buenos días -murmuró Sara.

Por motivos incomprensibles para todos, en la estancia reinaba de pronto un ambiente tenso. Martin miraba a Sara como una serpiente mira a un conejo. Nicola rio y dio unos pasos de danza hacia el gramófono.

-¿Queréis oír unos valeses? Tengo ganas de valeses vieneses.

-Por favor, no -dijo atormentado Martin.

Fuera se oyó a alguien subir silbando la escalera. Solo Wolff tenía aquellos modales impertinentes. Nicola clavó la vista en la puerta, como si imaginara un fantasma tras ella.

-¡Me gustaría saber por qué viene aquí todos los días! Quiero decir, Felicia le ha dado una llave y permiso para entrar en su despacho, pero empieza a dar la impresión de que pretende mudarse aquí.

-No podemos hacer nada -dijo Martin-, nosotros no somos otra cosa que invitados.

-De hecho, solo Kat podría echarle, pero diría que le importa un comino lo que Kat le diga.

Como si hubiera sido un conjuro, la puerta se abrió y apareció Kat. Miró, algo sorprendida, a los otros tres.

-¿Hay aquí una reunión secreta, o qué? Si la respuesta es sí, tengo un tema apasionante para vosotros. ¡Wolff vuelve a estar en casa!

-Lo sabemos -dijo Nicola-, estábamos preguntándonos cuál era la mejor manera de echarlo.

-Está de muy buen humor -prosiguió Kat-, da la impresión de ir a estallar en gritos de triunfo en cualquier momento.

-Felicia no ha reaccionado a ninguno de tus telegramas, ¿no? -preguntó Sara.

Kat negó con la cabeza.

-Es como si se la hubiera tragado la tierra.

-Creo que deberíamos proseguir esta reunión secreta en un café -propuso Nicola-, seguro que se nos ocurren ideas mejores.

Cuando salieron al pasillo, oyeron estruendosas carcajadas en la parte superior de la escalera. Tom Wolff estaba apoyado en la barandilla.

-¡Cuánta vida floreciente! -exclamó-. ¡Oh, Dios, me gustaría poder decir también: devuélveme mi juventud!

Martin torció el gesto.

Wolff prosiguió, impávido:

-¿Cómo era aquello de la fuerza del odio y el poder del amor? -Su mirada se deslizó por los jóvenes hasta quedar prendida en Kat-. Ahora tengo más de cuarenta años, pero solo sé una cosa: ninguno de los dos, ni el amor ni el odio, se extinguen con la edad. Al contrario, los sentimientos se hacen más fuertes, el cumplimiento de lo deseado se hace más y más dulce. Pero todos vosotros lo comprobaréis. Lo más hermoso es el triunfo, tanto más cuanto más tiempo se ha deseado. -Se volvió para irse-. ¡Os deseo una hermosa velada!

Riendo, desapareció en el despacho de Felicia.

Los cuatro se miraron.

-¿Es este hombre del todo normal? -preguntó Nicola.

Kat entrecerró los ojos.

-Oh, sí. No nos dará el gusto de perder la razón. Sabe muy bien lo que dice, y ahora yo sé por fin lo que voy a hacer.

-¿El qué?

-Me voy a Insterburg. Volveré con Felicia, aunque tenga que traerla esposada.

El día en que Kat subió al tren no daba la impresión de que se avecinaran acontecimientos que solo podían terminar en el caos. El tibio viento de abril no revelaba nada de la rápida caída de la divisa nacional; las sombras y la miseria de la República se ocultaban detrás de los cerezos florecientes y la dorada retama. Por el cielo de Munich pasaban nubes de algodón impulsadas por un viento cálido. En el Stachus estaba teniendo lugar un acto de propaganda del Partido Nacionalsocialista. Especialmente la promesa del orador de que su partido haría todo lo necesario para reforzar su influencia en Alemania, y luego procedería con decisión contra el



desempleo, despertó un gran aplauso. Los oyentes, en su mayoría hombres en paro -porque solo ellos tenían tiempo para asistir a actos callejeros por la mañana temprano-, aplaudían y se asentían los unos a los otros. Sí, ya era hora de que alguien se hiciera cargo de sus problemas.

En Nueva York, a miles de kilómetros de distancia, al otro lado del Atlántico, Alex Lombard entraba en la elegante casa de piedra arenisca del editor Callaghan, en la calle Ochenta y siete de Manhattan. La doncella lo recibió con gran respeto.

-El señor Callaghan lo espera, sir. -Le precedió y abrió la puerta del despacho de Callaghan-. El señor Lombard, sir -anunció.

Jack Callaghan se levantó al entrar su visitante. Fue hacia él y le tomó ambas manos.

-¡Mi querido Lombard, veo que es usted puntual! Tome asiento, por favor. ¿Un oporto?

-Gracias -dijo Alex-. Encantado.

Se sentó en uno de los anchos y cómodos sillones. Por la ventana podía ver pasar los barcos por el East River. Su anfitrión señaló el escritorio:

-El contrato está listo, podemos firmarlo cuando quiera.

Alex sonrió y tomó un sorbo de vino. Ahora que el cumplimiento de sus deseos estaba al alcance de su mano, representaba un placer para él retrasar todavía unos minutos el momento decisivo.

Jack Callaghan lo entendía. En la vida de un hombre había momentos que exigían concederles más tiempo del necesario. Se apoyó en su escritorio y contempló a su visitante.

Hoy, como en su primer encuentro, un año antes, le llamó la atención la buena presencia de Alex Lombard. Callaghan sabía que la buena presencia era importante para hacer carrera. Lombard lo tenía todo para tener éxito: encanto, soltura, elegancia, una apabullante seguridad en sí mismo. Puede que detrás de su seguridad, en alguna parte, anidaran decepciones, experiencias, ofensas... pero, en la rápida carrera por el dólar, a nadie le llamarían la atención. Sobre todo porque Alex sabía ocultar de forma magistral sus verdaderos pensamientos y sensaciones.

Callaghan estaba orgulloso de su presa. Había conocido a Alex en una fiesta de sociedad en Nueva York. Alex era entonces el acompañante habitual de la hermosa Laura Shelby, la viuda de un banquero, que lo llevaba allá donde se reuniera la aristocracia del dinero. Cuando conoció a Callaghan, uno de los editores más ricos de la Costa Este americana, este estaba buscando un socio y Alex un camino para conseguir mucho dinero muy deprisa. Durante un año se rondaron el uno al otro. Luego Alex supo que Callaghan era el hombre al que había estado esperando, y Callaghan se había hecho una imagen de Alex: inteligente, rápido, dotado de esa mezcla de lealtad y falta de escrúpulos que impulsa de manera incesante a un hombre. No tenía ninguna experiencia en el sector editorial, pero era una de esas personas a las que se podía tirar a un río y lo superaría, porque alguna vez había aprendido a nadar.

-Dígame, ¿qué espera de la vida? -preguntó Callaghan.

Alex sonrió.

-Un millón de dólares -respondió. Se levantó y fue hacia el escritorio. El oporto había encendido una chispa en él, pero no lo demostró. Su amor al alcohol era lo único que había escapado a la aguda mirada de Callaghan, y por Dios que Alex no quería que terminara descubriéndolo.

-¿Sigue con Laura Shelby? -preguntó Callaghan.

-No. Ya sabe que cambio con bastante rapidez.

-Sí, sí. -Había nostalgia en el suspiro de Callaghan-. No habría que casarse. ¿Tampoco tiene usted ninguna mujer en Alemania?

-No -dijo Alex con fuerza. La firma en el contrato resbaló; un rasgo casi violento, iracundo,

incontrolado.

En el pequeño pueblo bretón de Saint-Maurin, aquella mañana de abril era de una belleza hechicera. La hierba brillaba verde y reluciente, el sol pintaba manchas doradas en los tejados de las casas, las copas de los árboles y los riscos al borde del mar. La arena en las bahías resplandecía, blanca, y el mar reflejaba centelleante el cielo azul. Un viento fresco y salado venía del Atlántico; en él, el olor del agua se mezclaba con el aroma de la retama.

En la granja al borde del pueblo, Claire Lascalle había dado de comer a las vacas, limpiado la cocina, reparado el brazo de la bomba del pozo y hecho el desayuno para su anciano padre, que apenas se había dado cuenta porque el golpe de un culatazo durante la guerra lo había dejado sin vista y perturbado el entendimiento. Cuando Claire regresó a la cocina estaba agotada, y se persignó apresuradamente ante la imagen de la Virgen que estaba encima del altar doméstico, porque su sacrificada tarea había vuelto a estar acompañada de pensamientos pecaminosos: había deseado que su padre hubiera sucumbido a sus lesiones en 1917.

Phillip Rath estaba sentado a la mesa de la cocina, adormilado aún y sin afeitarse, un poco avergonzado porque la altura del sol le revelaba que ya se acercaba el mediodía. Se había ido muy tarde a la cama. Claire le oyó ir y venir por el patio hasta las tres de la mañana. En una ocasión se había levantado y se había acercado a la ventana. Podía escuchar su pata de palo resonando en el adoquinado y ver la brasa de su cigarrillo en la oscuridad. Su desasosiego le había parecido casi tangible. Sabía que iba a perderle pronto.

El joven oficial alemán había ido a parar hacía casi cuatro años, poco antes del fin de la guerra, al hospital militar francés en el que Claire prestaba servicio. Lo habían pescado medio muerto en el lodo del lecho de un río. Claire sentía un odio incontenible hacia los alemanes, pero se había roto ante lo que tuvo que ver: Phillip erraba por entre febriles pesadillas, se veía expuesto a los horrores de su memoria, gritaba de desesperación, luchaba contra enemigos invisibles, intentaba levantarse y salir corriendo. Tuvieron que cortarle la pierna derecha, y el médico le dijo a Claire: -Sufre un fuerte shock. En este momento, es probable que no sepa ni quién es ni dónde está. Lo que esconde cierta misericordia.

Phillip recuperó rápidamente la memoria, sin que eso pudiera liberarlo de sus sueños apocalípticos. Fuera lo que fuese lo que se había ofrecido a sus ojos antes de caer en la trinchera y perder el sentido, tenía que haber sido algo parecido a la esencia del horror. Cuando pudo volver a hablar, tan solo repetía una cosa, una y otra vez:

-No quiero volver. No quiero volver. Nunca más.

Sin odio, pero no enteramente exenta de cierta brutalidad, Claire replicó:

-Tampoco puede volver tan deprisa. Me temo que primero irá usted a un campo de prisioneros.

Después de que lo soltaran, un día apareció en la granja de Claire. Tenía que haber removido cielo y tierra para averiguar dónde vivía. Era la única persona a la que podía dirigirse, y lo hacía con la desesperada dependencia de un perro sin amo.

-¡Usted tiene una familia en Alemania! Llorarán por usted. Todos creerán que ha caído.

-He caído.

-Pero vive.

-No.

-Permítame escribir a su familia.

-No.

-¿Qué quiere? ¿Qué quiere de mí?

-Quiero volver a empezar a vivir.

-En una ocasión me juré cortarle el cuello a cualquier alemán que cayera en mis manos. ¿No tiene miedo?

-No.

-No quiere escribir a su familia...

Giraban en círculos. Claire terminó rindiéndose. «No voy a enamorarme de él -se prometió en silencio-. Porque algún día superará el horror, y entonces se irá a casa.»

En la soledad que, prácticamente, solo compartía con él -porque su padre ya casi no se contaba entre los vivos y su madre llevaba muerta diez años-, a Claire le costó trabajo mantener su promesa. Un día Phillip la besó, y ella habría querido dejarse caer en sus brazos, pero retrocedió y dijo ásperamente:

-No. Por favor, no vuelvas a hacerlo. No quiero.

Phillip sonrió.

-Está bien. Pero eres muy hermosa, Claire.

Ella se puso delante del espejo y, por primera vez en su vida, se encontró hermosa. Rompió a llorar, porque sabía que el destino la privaría del hombre al que habría podido amar. Durante la noche, cuando él daba vueltas en el patio como un tigre en su jaula, y ahora a la luz del sol, junto a la mesa pulida, comprendió que sus medidas de precaución no habían servido de nada.

-Pareces cansado -dijo, indiferente.

-Apenas he dormido esta noche.

-Lo sé. Te oí dar vueltas.

-Oh... Siento si te he molestado.

-No, había luna llena, y de todos modos no podía dormir. -Claire se acercó al fogón-. Te haré un par de huevos. ¿Cuándo regresas a Alemania?

Phillip levantó la vista.

-¿Cómo?

-Esta noche has tomado la decisión de marcharte a Alemania.

-¿Cómo...?

-¿Que cómo lo sé? Te conozco, Phillip. Te he visto cuando estabas destrozado y te veo ahora. Te has convertido en otra persona. Ya no necesitas huir de ti mismo. Puedes volver a recuperar tu vida donde terminó en 1914.

Los oscuros ojos de Phillip miraron hacia la ventana, hacia el floreciente jardín delantero.

-No. Nunca volverá a ser como antes.

Claire torció el gesto.

-No te compadezcas de ti mismo -dijo con frialdad.

Phillip la miró.

-No me compadezco de mí.

-Oh... por favor, de mí tampoco. No hay razón para hacerlo. Era feliz antes de ti, y volveré a serlo después. Y por lo demás... -Claire se acercó a la puerta por precaución, porque temía que acto seguido tendría que abandonar precipitadamente la cocina-, ¡por lo demás eres un alemán! ¡Y yo nunca dejaré de odiar a los alemanes, mientras viva!

Salió corriendo. La puerta se cerró con gran estrépito a su espalda.

En Munich, Sara salió de la guardería para ir a casa y, en la calle, una voz dijo:

-¡Buenas tardes, Sara!

Era Martin, que había estado esperando junto al portal.

-No sabía exactamente cuándo acababa -prosiguió-, pero pensé que, si me quedaba aquí el tiempo suficiente, en algún momento se cruzaría conmigo.

Sara se quedó mirándolo. Era lo de siempre, su timidez la paralizaba y la dejaba sin palabras.

-Sí... -dijo trabajosamente.

Martin sonrió.

-¿Me permite invitarla a comer?

Era una situación que Sara desconocía, y apenas se sentía a la altura de ella.

-Disculpe -dijo al fin-, estoy un poco cansada, y es probable que no sea una compañía demasiado buena.

-No me importa nada la buena compañía. Quiero hablar seriamente con usted. -La cogió del brazo-. Hace poco nos interrumpieron, ¿se acuerda?

Sara asintió y, mientras cruzaba la calle junto a él, tuvo la sensación de que, de forma inesperada, su vida empezaba a complicarse de una extraña manera.

En alguna parte detrás de los Urales, entre interminables bosques y ríos tempestuosos, Mascha Ivanovna no se había levantado aquella mañana de su catre de madera en el barracón. Las otras mujeres habían salido a construir carreteras -más que de una carretera, se trataba del asentamiento de una pista rural después de las tormentas del invierno-, pero Mascha no tuvo fuerzas para unirse a ellas. El día anterior se había derrumbado dos veces en medio del trabajo, y finalmente le dieron permiso para volver al campo y acostarse. La enfermera que la examinó había diagnosticado desnutrición -de la que todas sufrían-, debilidad circulatoria y una bronquitis mal curada. El interminable invierno siberiano, con su gélido viento y sus frías tormentas, había reclamado un elevado tributo a la mayoría de las ocupantes del campo: gripe, pulmonía, fiebre, tos ferina. No había medicamentos, ni una alimentación consistente, ni mantas suficientes para proporcionar un calor uniforme a las enfermas. El viento silbaba por entre las finas paredes de madera de los barracones. Por las mañanas, para lavarse, las mujeres tenían que traer agua del río, picar el hielo y arrastrar los pesados cubos por el largo camino hasta el campo. Quien se desplomaba demasiado a menudo, era liberada del duro trabajo y asignada al servicio en cocinas; una tarea codiciada, porque junto al fogón se estaba caliente y, antes de que las otras regresaran, se podían reunir los mejores bocados de la comida.

Pero, aquel día, Mascha se sentía demasiado débil incluso para el trabajo en la cocina. Tenía la impresión de que apenas podía levantar la mano. Se tomó ella misma el pulso, y constató resignada que apenas tenía. Demasiado agotada para resistir, decidió morir.

Cuando Elisabeth, condenada a veinte años de trabajos forzados y que había ido a parar al mismo campo, regresó por la tarde al barracón, encontró a Mascha en estado de sopor, con los párpados pálidos y transparentes cerrados, las manos tranquilas sobre la manta de lana. No había tocado ni el pan ni el agua. Elisabeth, que debido a su mal estado de salud había sido destinada a las cocinas durante un semestre, había preparado para Mascha aquella mañana unas gachas con los últimos copos de avena y las sacó escondidas bajo el mandil. Mascha no había probado ni un bocado.

-¡No te curarás si no comes, Mascha!

Con esfuerzo, Mascha abrió los ojos.

-Voy a morir, Elisabeth. Me siento muy débil. Pero no es grave.

-¿No es grave? Tienes razón, es lo más natural del mundo, pero no tiene ningún mérito. Todo el

mundo puede morir, pero lo fantástico es que se puede vivir. Es un regalo, Mascha, de veras.

-Es una maldición.

-No, si no entregas tu voluntad.

Mascha no respondió nada, pero sus cansados ojos pedían comprensión ante el hecho de que ya no pudiera encontrar la fuerza para pensar como Elisabeth. Aun así, Elisabeth declaró que no permitiría que Mascha dejara de hacer lo que siempre había hecho: pelear.

-Vas a comer y beber ahora -dijo-, y mañana, da igual cómo te sientas, trabajarás conmigo en la cocina. No puedo dejarte aquí sola con tus mórbidos pensamientos. Estarás bajo mi vigilancia hasta que lo hayas entendido.

A través de la niebla del cansancio, las palabras llegaban como jirones medio perdidos hasta los oídos de Mascha, donde a duras penas cobraban sentido.

-¿Qué tengo que entender?

-Tienes que entender que quieres vivir -dijo Elisabeth.

Kat llegó a Skollna en un momento en que la excitación y la confusión habían alcanzado su punto culminante. El viejo Lavergne, el padre de Benjamin, había salido el día anterior a visitar la tumba de su esposa, se vio asaltado, como le ocurría con creciente frecuencia, por la confusión, perdió la orientación en el camino de vuelta y se fue a Insterburg, donde había visitado varias tabernas y había terminado en un burdel. Las chicas lo habían acogido amablemente, le dieron de comer y beber y un cuarto en el que pasar la noche. A la mañana siguiente, Lavergne había vuelto a encontrar su identidad. Hizo llamar a un taxi y regresó a Skollna, donde la policía había empezado a buscar huellas y su hijo Benjamin había pasado la noche en blanco. Criados y doncellas corrían de un lado para otro como pollos espantados.

-Buen Dios, padre, ¿dónde estabas? -gritó Benjamin.

El viejo Lavergne defendía el criterio de que a su edad ya no había que tener inhibiciones.

-En casa de madame Rosa -declaró en voz alta.

Madame Rosa era conocida por todo el mundo. Benjamin se quedó mortalmente pálido, uno de los criados lanzó un silbido de admiración, las criadas se taparon la boca con las manos y rieron entre dientes. En medio de la general confusión resonó el claxon del segundo taxi, en el que Kat llegó.

-¡Esto es una casa de locos! -dijo Minerva, mientras Felicia abría la boca y preguntaba incrédula:

-¿Kat? Por el amor de Dios, ¿de dónde sales?

-¿Por qué no has respondido a ninguno de mis telegramas? -soltó la agotada Kat.

-Quizá sería mejor llevar a las niñas a casa -dijo Benjamin, que aún no se había recuperado de las palabras de su padre y temía por la salvación del alma de las pequeñas.

-¿Qué telegramas? -preguntó Felicia sin saber de qué hablaba.

-¿Qué telegramas? ¿Quieres decir con eso que no has recibido ninguna de las noticias que te he enviado?

-No. ¿Ha ocurrido algo?

-Sí. Te has quedado sin nada. Me temo que Wolff te ha quitado de en medio. Probablemente en estos momentos ya no poseas ni una acción de nuestro negocio.

En las primeras horas del atardecer, Benjamin lo confesó todo. Lo hizo casi con alivio. Desde su infancia, había sido incapaz de mentir, y engañar a Felicia lo había precipitado en una angustia

que, más tarde, consideraría peor de lo que habría podido ser el dolor de una separación. Aunque no peor de lo que ahora le esperaba. Felicia se puso completamente fuera de sí; descartó sus balbucidas disculpas y se negó a tener en cuenta la desesperación que hablaba por ellas.

-¡Cómo has podido! ¡Cómo has podido hacerlo! Sabías lo que la fábrica significa para mí, sabías cómo he trabajado y luchado y calculado para conservarla. Te había contado quién era Wolff, y que tenía que cuidarme de él como la liebre del zorro. Desde el principio ha querido arruinarme, y ahora posiblemente lo ha conseguido solo porque tú...

-Tenía miedo de que volvieras enseguida a Munich si leías aquellos telegramas.

-Y lo hubiera hecho. ¡Por supuesto!

-Exacto -dijo Benjamin con calma-, eso era lo que temía.

-Pero sabes que de todas maneras volvería algún día. No puedes retenerme eternamente. Siempre tuvimos un tiempo limitado.

-¿Para qué necesitas esa fábrica? Sigo sin poder entenderlo. Tienes todo lo que necesitas, una casa, tierras, dinero. ¿Para qué esa lucha por tener cada vez más?

-No me dejaré arrebatar lo que un día me perteneció. ¡Y además Alex tiene que ver que lo consigo sola, y que de todos los hombres del mundo es a él al que menos necesito!

El rostro de Benjamin se volvió casi gris.

-¡Alex Lombard! ¡Aún sigues pensando en él!

Felicia estaba demasiado furiosa para tener cautela:

-¡Sí, sigo pensando en él! ¡Hemos peleado casi hasta la muerte, pero siempre es mejor que aburrirse hasta la muerte! Y una cosa te puedo decir: él nunca habría cometido un engaño tan vil y alevoso como tú. Me habría dicho abierta y sinceramente lo que quería y lo que no, y quizá habría puesto un cerrojo en la puerta de mi habitación, y yo me habría escapado con una cuerda por la ventana, pero ni en sueños se le habría ocurrido interceptar mi correo y quemarlo. ¡Y ya que hemos llegado a estos métodos, no me sorprendería que tú fueras culpable de que nuestro teléfono se haya roto, porque encaja demasiado bien en tus planes!

-¡No, no, no, eso no es cierto! Yo...

-Has encontrado un maldito montón de excusas para aplazar la reparación una y otra vez. ¡Creo que si pudieras me condenarías a vivir en una estrella solitaria!

-Te amo, Felicia...

Así pasaron una hora tras otra. Felicia, que sabía que hasta la mañana siguiente no saldría un tren, y que no podría estar en Munich antes de dos días, pensaba que le estallarían los nervios. Al final tenía la boca seca y le temblaban las manos, y Benjamin parecía un fantasma y estaba a punto de llorar.

-Ya no puedo más -dijo Felicia, agotada-, y además tengo que hacer el equipaje.

-¿Volverás?

-¡Oh, Dios, no me preguntes eso ahora! No lo sé. Tengo que ver qué puedo recomponer con todos los trozos que queden.

Benjamin se volvió y fue hacia la ventana. Fuera, el viento soplaba en los árboles, de vez en cuando la luna aparecía entre las nubes que pasaban.

-No deberíamos habernos casado -dijo en voz baja-, no te he hecho feliz.

Felicia no respondió, sino que abrió el armario y empezó a sacar a tirones sus vestidos y lanzarlos encima de la cama con movimientos descontrolados. Solo más tarde comprendió que ese fue el momento en el que también su segundo matrimonio fracasó definitivamente.

En su escritorio de Munich, a Felicia le esperaba una invitación al baile de primavera en casa de Tom Wolff. Al parecer se había enterado de que Kat había ido a buscarla, porque en la esquina inferior había escrito con su garabatosa caligrafía: «¡Qué alegría que vaya usted a estar de vuelta a tiempo en Munich! ¡Espero tener ocasión de saludarla como mi huésped de honor!».

-¡Ahí se ha pillado los dedos! -gritó Felicia mientras arrugaba la invitación-. ¡No iría aunque fuera el último baile de mi vida!

Junto a la invitación había, limpiamente ordenados, escritos, expedientes y formularios que daban información precisa de las actividades de Wolff durante las últimas semanas. Felicia se pasó la noche sentada delante de ellos y descifró las jugadas ideadas por su adversario. Luego se lanzó al teléfono. Eran las siete de la mañana. En el vestíbulo encontró a Nicola, que, temerosa por si no iba a pasar de curso, volvía a ir puntual al colegio. En ese momento estaba probándose su nuevo sombrero de marinero delante del espejo, pero se lo arrancó de la cabeza y lo tiró al suelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Buenos días, Nicola -dijo Felicia distraída, y descolgó el auricular. Mientras esperaba a que la operadora le pusiera con Wolff, miró con más atención a su prima-. ¿Va todo bien? ¿Tienes los ojos rojos! ¿Por qué no quieres llevar ese bonito sombrero?

-¡Me hace parecer una colegiala!

-Eres una colegiala -repuso Felicia, que no entendía la gravedad de la situación-, y tienes un aspecto encantador. ¡Seguro que Martín Elías también se da cuenta!

La mención de Martín bastó para abrir las compuertas. Nicola sollozó como si hubiera llegado su última hora.

-Todo se ha acabado. ¡Martín ya no me quiere!

-Oh -dijo Felicia, pero no tuvo tiempo de más porque la secretaria de Wolff estaba por fin al teléfono-. Quiero hablar con el señor Wolff enseguida -exigió.

-Creo que ama a Sara -lloraba Nicola-, porque es mayor y se sacrifica por los niños obreros. Yo no soy más que una pequeña y tonta colegiala.

Al mismo tiempo, la secretaria de Wolff lamentaba no poder ponerle con su jefe, porque Wolff había ordenado expresamente que no le pasara llamadas de nadie.

-Solo será posible volver a verlo en su baile. Sin duda habrá recibido una invitación.

-¡No quiero bailar con él, quiero hablar con él, y enseguida!

-Lo siento.

-¡Maldita sea, creo que está borracho! -gritó Felicia.

-¿Sigue usted hablando? -preguntó, picada, la operadora.

-¡No! -Felicia colgó de golpe el auricular-. ¡Es increíble! Quiere obligarme a ir a esa fiesta, sea lo que sea lo que persigue con eso. ¿Sabes lo que ha hecho? No ha cumplido los contratos que firmé, ha evitado la amenaza de demanda de los perjudicados cediéndoles mis acciones y luego se las ha recomprado. Naturalmente, esto no es legal en lo más mínimo, y le voy a poner una demanda que lo arruinará. Voy a... -Seguía gruñendo con expresión sombría cuando su mirada reparó en el rostro desesperado de Nicola-. ¡Oh, Nicola, cariño, perdona! Tú tienes otras preocupaciones, ¿verdad? ¿Dices que Martín ama a Sara? ¡Seguro que te equivocas!

-No. No me lo estoy imaginando. La admira porque durante la guerra fue muy desprendida

cuando era enfermera, y ahora no para de hablarme de bienestar, seguridad social y sindicatos... y yo no entiendo nada de eso. Pero... -sus ojos encontraron en el espejo su rostro joven y sorprendido, con sus rasgos regulares, los delicados pómulos y los oscuros rizos sobre la frente- ¡soy mucho más guapa que Sara!

-Ay, Nicola...

-¿Crees que es porque Sara es judía como él?

-Tal vez tenga un poquito que ver. Pero ella también es... la respuesta a lo que a él le mueve. - Felicia suspiró y pensó en sus propias experiencias-. Estas personas que quieren cambiar el mundo son gente muy extraña, ¿sabes?

-Creo que hoy no iré al colegio -dijo desconsolada Nicola-, no me concentraría en nada. Mi vida está vacía y sin sentido.

Felicia supuso que tía Belle no estaría entusiasmada con sus métodos educativos, pero aun así asintió de buen grado.

-De acuerdo. Puedes acompañarme, voy a comprarme un vestido para el baile de primavera de Wolff. Tengo que estar... ¡absolutamente fantástica!

Aquel desafío la había electrizado. La fuerza explosiva de aquel problema arremolinaba sus pensamientos, la sensibilizaba, la volvía despierta y atenta. Estaba decidida a emplear cualquier arma que estuviera a su alcance. Sabía que Wolff quería desanimarla negándose a hablar, y no estaba dispuesta a ofrecerle en el baile la imagen de una mujer intimidada.

El vestido que compró con Nicola era de crepé de China negro, sostenido por finos tirantes y con un escote tan profundo que no permitía movimientos incontrolados. Caía casi transparente hasta las caderas, allí estaba recogido con un echarpe y terminaba en pliegues de distinta longitud en los tobillos. En un hombro llevaba prendida una gran rosa de terciopelo verde oscuro, las medias que Felicia pensaba llevar eran de encaje negro. Compró unos guantes de terciopelo verde oscuro, largos, por encima del codo, y una diadema verde con pedrería bordada.

De pura admiración, Nicola estuvo a punto de olvidar sus penas.

-Te pareces tanto a mi madre -dijo durante la prueba.

Felicia, que se estaba mirando al espejo con una sonrisa desafiante, pensó también de pronto que tía Belle revivía y le guiñaba un ojo con complicidad.

-Algo no encaja... -Reflexionó un momento y chasqueó los dedos-. ¡Ya lo sé! ¡El pelo! Lo llevo recogido desde que tenía dieciocho años, y está pasado de moda. ¡Me lo voy a cortar!

La dependienta y Nicola lanzaron al unísono un grito de horror y afirmaron que el cabello de Felicia era lo más hermoso que habían visto en mucho tiempo, y que sería un pecado cortarlo aunque fuera un centímetro. Pero a Felicia no le importó. Cargada con bolsas y paquetitos, se encaminó al peluquero, seguida de una Nicola que se retorció las manos.

-¿No quieres volver a pensártelo, Felicia?

-No -dijo Felicia, y empujó con decisión la puerta de cristales del salón de monsieur Jacques.

Bajo la tijera rápida y magistral de monsieur Jacques cayeron al suelo un rizo tras otro, hasta que una montaña de pelo quedó apilada junto a la silla. El rostro de Felicia se ponía cada vez más pálido conforme la obra se iba acercando a su culminación. Estaba acostumbrada al peso y el calor de su pelo en la nuca; ahora se sentía desnuda y pelada, y con la cabeza tan ligera como si se le hubiera desprendido.

-¿No queda demasiado corto? -preguntó temerosa.

Monsieur Jacques ordenó los cabellos con unos expertos tironcitos.



-Al contrario, es lo adecuado. Tiene usted el rostro perfecto y el cabello perfecto para un corte como este. ¡Encantador, sencillamente encantador!

Retrocedió un paso y contempló extasiado su creación.

Felicia se miró al espejo. Sus cabellos cubrían apenas las orejas y se ordenaban en gruesos y brillantes rizos en torno a la cabeza. Monsieur Jacques había trazado una raya lateral y cepillado el mayor volumen hacia uno de los lados, el otro estaba más corto y más liso. Felicia tuvo que empezar por acostumbrarse a esa nueva asimetría. Titubeante, buscó en el espejo el rostro de Nicola.

-¿Qué... te parece?

Nicola tenía los ojos como platos.

-Estás completamente cambiada. Eres una mujer totalmente distinta. Es... ¡Es fabuloso!

-Ya lo decía yo -confirmó monsieur Jacques-. Tiene que llevar mucha pedrería en las orejas, o plumas de colores. Ahhh... -la contempló con los ojos entrecerrados-, aún podría sacar mucho más partido de su rostro. ¡Tiene usted una expresión como para una pantalla de cine!

Felicia se reclinó, entregada.

-Hágalo. ¡Haga una diva de mí! Tengo que poner de rodillas a un hombre, y no se puede ser avara.

-Caerá de bruces ante usted -aseguró monsieur Jacques. Luego hizo venir a un par de ayudantes, porque necesitaba varias manos para lo que pretendía.

Cuando Felicia volvió a mirarse al espejo una hora después, casi no se reconoció.

El rostro con un maquillaje pálido, la boca pintada en un rojo reluciente, las pestañas alcanzando longitudes insospechadas, *rouge* en las mejillas, un azul casi violeta en los párpados.

Además, monsieur Jacques le había rasurado las cejas y las había sustituido por unos trazos de carboncillo finísimos curvados hacia arriba. Había creado una mujer que respondía en todos los detalles al ideal de su época: sofisticada, elegante, refinada e impenetrable. Felicia transformó su boca demasiado roja en una sonrisa al acordarse de su fresco e inocente rostro de muchacha de los días anteriores a la guerra.

Durante un segundo pensó en su madre y en Benjamin, y en lo que dirían si pudieran verla ahora, luego alzó la cabeza y se enamoró de su propia apariencia. Aunque todo Munich se hartara de hablar, había una cosa que sí sabía... Alex la habría encontrado fantástica.

Munich se hartó de hablar, o al menos lo hicieron los invitados al baile de primavera de Wolff. Este había derrochado de tal modo en la decoración de la sala que daban náuseas; además, había una orquesta de jazz y una cantante gorda que tenía un cigarrillo entre los dedos y agitaba una larguísima boa de plumas. Aun así, gracias a quienes participaban en él, el baile tenía un carácter más bien conservador. Allí estaban los Breitenmeister, los Stadelgruber, los Carvelli, Auguste y Lydia vestidas de seda pura, una Clarissa bastante obesa que arrastraba a su tímido marido. La vieja guardia había comparecido al completo, decidida al parecer a olvidar generosamente su antiguo rechazo hacia Wolff. El antaño proscrito se había convertido entretanto en un hombre influyente y un importante socio comercial, y a nadie le gustaba acordarse de que antes había evitado su compañía levantando las cejas y con una sonrisa despreciativa. A Wolff le hacía gracia invitar a su casa a los antiguos reyes sabiendo que no se atreverían a rechazar la invitación, aunque se estremecieran al ver a las bailarinas semidesnudas y odiaran sentarse junto a los beneficiarios de la guerra y dirigir amables cumplidos a sus vulgares esposas. Le deparaba un placer extraordinario ver a la moralista Auguste Breitenmeister conversando con la dudosa esposa

de un advenedizo, una mujer en la que tiempo atrás apenas se habría fijado. ¡Sí, siempre había sabido que la venganza era el más dulce de todos los sentimientos!

Pero la ira acumulada y la agresividad largamente reprimida se dirigían, como en un secreto acuerdo, sobre todo contra Felicia. En el fondo, nadie la había querido nunca de verdad.

-Te digo que volvió de Rusia con una panza tan gorda como la de un jabalí -contaba Auguste a su marido por centésima vez-. ¡Dios sabrá con quién ha estado! Es increíble con qué desfachatez y falta de vergüenza presentó su adulterio a Alex Lombard. ¡Y apenas se ha librado felizmente de él, le arrebató sus posesiones y se junta con ese Wolff!

Su marido murmuró algo, con embarazo. Al fin y al cabo, se había juntado con Wolff, y sin duda Felicia también lo sabía. Cuando entró, susurrante, con su vestido de noche, y le dirigió una cabezada como saludo, apenas se había atrevido a mirarla. Se había quedado mirándole el escote, inseguro, y había oído cuchichear detrás de él a su mujer y a Clara Carvelli: «¡Es una provocación!». En cualquier caso, habían dado con la palabra exacta. Felicia se movía por la sala como una provocación de carne y hueso, y las miradas la seguían llenas de curiosidad.

-Esa es Felicia Lavergne. Estuvo casada con Alex Lombard. Ahora dirige la fábrica con Wolff.

-Dicen que la ha estafado.

-¡Según parece, vuelve a estar en pie!

-De alguna manera, parece cambiada...

-Se ha cortado el pelo. ¡Me parece inmoral! En mis tiempos, las mujeres estaban orgullosas de sus largos cabellos -pregonó Auguste.

Clarissa dirigía a Felicia miradas llenas de envidia y se tironeaba preocupada su lanuda permanente, que le disgustaba desde que se había metido en aquella aventura.

Wolff, que se encontraba inmerso en una conversación con algunos caballeros, puso una sonrisa radiante cuando vio acercarse a Felicia y tendió ambos brazos hacia ella:

-¡Querida, por fin! ¡Ya pensaba que se había perdido en las extensiones de la Prusia Oriental! ¿Sabe que está usted muy bella?

Felicia le cogió las manos, sonrió con dulzura y acercándose mucho a él (demasiado, según la opinión unánime) susurró:

-Voy a llevarlo ante los tribunales, Tom Wolff. Y cuando haya terminado con usted, no quedará nada.

Wolff se rio de ella. La contempló de pies a cabeza.

-Nunca se podrá afirmar que Felicia Degnelly se achicó en ninguno de los quiebros de su cambiante vida.

-Nunca -confirmó Felicia.

Wolff escapó de sus manos y le tendió el brazo.

-Abriremos el baile con un vals. ¿Lo bailará conmigo?

-¡Oh, sí, claro que lo haré! Pero voy a hacerle pasar un infierno. Espero que tenga claro que no saldrá adelante con sus métodos.

-Chiss, no me regañe. Mejor escuche esta espléndida música. ¡Y cuente los pasos, como sin duda le habrán enseñado en clase de baile!

-Es mejor que los cuente usted. No lleva el paso.

-Otra vez mi defectuosa educación. Nunca he ido a una escuela de baile. Aun así he llegado lejos, ¿verdad?

-Posiblemente ha ido de estafa en estafa.

-¡Bueno, bueno! ¡Soy su socio, no lo olvide!

-Me costaría trabajo olvidarlo. ¡Sabe Dios que lo ha explotado a fondo!

-Le dije desde el principio que éramos dos animales salvajes, a la espera de que el otro le muestre el cuello. Usted me lo ofreció con demasiada claridad.

-No sea tan ampuloso. Simplemente ha utilizado mi ausencia para enriquecerse como un estafador. Y voy a denunciarlo por eso.

-Y a usted le caerá una demanda por incumplimiento de contrato.

-A nosotros. Somos una sociedad.

-Yo tendría algo que objetar a eso. No aquí, más tarde, ante el tribunal. No voy a ponérselo tan fácil, Felicia. ¡Debería usted tener claro primero cuál de los dos tiene más resistencia!

-No debería subestimarme.

-¡Perdón! Permítame que le haga una pregunta: ¿quién de nosotros tiene más dinero? Sé que el dinero no lo es todo, pero ayuda a aguantar. Y por más vueltas que usted le dé, sus recursos se acabarán antes que los míos.

-No trate de intimidarme. No voy a cederle mi propiedad sin luchar.

-Y no debería hacerlo. Deseo luchar con usted y con sus iguales desde que aún era una niña idiota que pestañeaba constantemente. Pero sabía que iba a hacerse adulta.

-Qué bonito. ¡Entonces, podemos empezar!

-Pero quizá no deba instar a ningún tribunal. Somos dos personas razonables, adultas, y ambos sabemos lo que queremos.

-¿Y qué es lo que queremos?

-Usted quiere su participación en la empresa. Y yo quiero... ¡a Cassandra!

-¿Cómo ha dicho?

-¡Cuidado, acaba usted de perder el paso! Esto no puede resultarle nuevo. Tengo todos los bienes terrenales, y siempre le he dicho que lo único que quiero es a esa mujer.

-¿Se trata de Kat, o solo de abofetearnos a todos al entrar por fin en nuestro círculo?

-Mis motivos no deberían interesarle. Mejor piense en cómo puede hacer realidad mis deseos.

-Está usted loco. No puedo venderle a Kat.

-¿Ni siquiera al precio de sus participaciones en la empresa?

-No lo comprende. ¡No puedo hacer nada!

-¡Es usted muy ingeniosa!

-Quíteselo de la cabeza.

-Sí, sí. Pero pensará en ello. Y llegará a la conclusión de que un proceso es largo y engorroso, costoso y de resultado incierto. Se dará cuenta de que el camino que yo le propongo es mucho más sencillo, y además facilísimo. Me gustaría ver cómo luchan su mejor y su peor Yo, oír cómo engaña usted a la voz de su conciencia, cómo tiende la mano hacia lo que le pertenece. Además, le ofrezco un diez por ciento más de lo que tenía.

-No estoy en venta.

-¡No ponga esa cara tan triste! Sonría como antes, cuando vino hacia mí, con esa dulce y falsa sonrisa. Quiero ver cómo su boca se convierte en una gran mentira roja como el fuego. ¡Calienta mi corazón!

-Caliéntese en otra parte. No conmigo. Oh, gracias a Dios, por fin para la música. ¡Es usted un pésimo bailarín!

Cuando volvió a casa, sobreexcitada, achispada, un poco mareada por la música y la gente, todo estaba ya oscuro y silencioso. Encendió la luz, dejó resbalar el abrigo por sus hombros y

contempló en el espejo su rostro pálido y desconocido, con sus rojos labios. De hecho el pelo corto le sentaba bien, constató. Muy rápidamente, desfilaron por su mente unas cuantas escenas - ella y Wolff delante del tribunal, procesos, abogados, testigos, jueces-, y le quedó claro que al final él ganaría, y que no habría paz hasta que no hubiera logrado su objetivo. La idea de tener que gastar su dinero, trabajosamente conseguido, en las salas de audiencia de Munich le hacía sentirse débil. «Que Kat se case con él -pensó cansada-, no es un mal partido, y yo me quedaré tranquila.» Subió la escalera y llamó a la puerta del cuarto de Sara, porque tenía que hablar con alguien. Como nada se movía, entró y constató para su sorpresa que Sara no estaba en su cama. Estaría con Martin. Para volver perfecta la confusión, tampoco Nicola estaba en su cuarto, lo que precipitó a Felicia a sombrías conjeturas. Probablemente en algún sitio estaba representándose un drama de celos. En la puerta de su habitación encontró una nota escrita por Sara: «Benjamin ha llamado».

-Oh, Dios -murmuró-, lo que faltaba.

Hacía mucho que Severin ya no dormía por las noches, porque su débil corazón no le permitía respirar con normalidad y menos aún estar tumbado. No soportaba la oscuridad, porque su miedo a la muerte le hacía intuir el final detrás de cada sombra. Estaba sentado erguido en la cama y luchaba entre estertores por su vida. Los médicos no le daban ni cuatro semanas.

-Sabía que vendrías -dijo jadeante al ver a su nuera-, hace mucho que me he dado cuenta de que algo no va bien. ¡Siéntate y cuéntamelo todo, y ay de ti si me ahorras un solo detalle!

Cuando Felicia volvió a dejar al viejo, después de una hora, tan contagiada por sus jadeos que ella misma ya casi jadeaba, había una frase de las que se habían dicho que le resonaba en los oídos en monótona repetición: «¡Salva nuestra fábrica! ¡Salva nuestra fábrica! ¡Salva...!».

-¿Por qué dejaste a Wolff ganar tanto poder, padre?

-Quería que Alex volviera. -Solo la conciencia de la proximidad de la muerte podía arrancar aquella confesión a Severin.

-Pero si siempre os habéis odiado.

-Es mi único hijo varón.

-¿Qué dirías si Wolff y Kat se casaran?

-Los prejuicios de clase han quedado atrás, ¿eh? Vivimos en una nueva era. Ambos tendrían mi bendición. Porque algo hay que reconocer a ese advenedizo: cuida bien de aquello que posee.

-Hubo un tiempo en que habrías querido un rey para Kat, no un campesino.

-Hay que adaptarse a las circunstancias si se quiere sobrevivir. Un poquito de oportunismo nunca hace daño.

La mañana siguiente deparó cierta agitación a la casa. Nicola, que la noche anterior había seguido a escondidas a Sara y a Martin y había averiguado que ambos se pasaron media noche paseando por el Jardín Inglés, organizó a Sara, ante los ojos y oídos de todos los habitantes de la casa, una escena de celos que habría podido representarse en el teatro. Las dos chicas acabaron bañadas en lágrimas y huyeron cada una a su habitación. Un mensajero de la floristería trajo, por encargo de Tom Wolff, un ramo de rosas para Kat, que se apresuró a dejarlas en brazos de la sorprendida Jolanta. Al mismo tiempo sonó el teléfono. Era Benjamin, que preguntaba a Felicia por qué no había devuelto la llamada, dónde había estado la noche anterior y si, en vista de los últimos acontecimientos, pensaba volver a casa.

-¿Qué ha pasado? -se vio obligada a preguntar Felicia.

-Susanne tiene sarampión -le comunicó Benjamin con voz ronca.

-¿Es grave?

-Tú sabrás si te parece grave.

Felicia no pudo soportar sus lloriqueos.

-Esa no es una respuesta. Si ves que está muy mal, vuelve a llamarme e iré. Pero en este momento aquí reina un completo caos y no puedo marcharme. Benjamin, ¿sigues ahí? ¡Benjamin!

-Su interlocutor ha puesto fin a la conversación -dijo la operadora.

Felicia colgó y dejó de pensar en Benjamin. Se volvió y vio a Kat, una delgada sombra gris en la penumbra matinal. Estaba pálida, y en los últimos tiempos había adoptado la costumbre de moverse como una sonámbula. Felicia sabía que sufría por su soledad y que la dominaba el pensamiento de que su juventud y su vida se marchaban sin que ocurriera nada digno de ser recordado años después.

-¿Por qué no has aceptado las rosas de Wolff? -preguntó de repente Felicia-. Es muy amable de su parte.

-Es muy amable desde hace años. Pero en algún momento tiene que comprender que no quiero saber nada de él.

-¿Por qué no? Es bueno con aquellos a los que quiere.

Kat miró fijamente a su cuñada.

-¿Y lo dices tú? ¿Después de todo lo que ha pasado?

-Es un hombre de negocios duro. Una puede enfadarse por eso, pero nadie sale adelante de otra forma. En privado... puede tener muy buen corazón.

-¿Qué pasa? ¿Tan buen aspecto tenía anoche?

-Habló de ti en términos muy cálidos.

Kat emitió un sonido despectivo. Felicia le agarró la mano.

-Kat, ¿no puede ser que estés demasiado apegada al pasado y no estés abierta a lo nuevo? Los viejos tiempos han terminado. No volverán. Y... las personas tampoco.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Bueno, sencillamente que... -Felicia se detuvo, porque de repente se le ocurrió algo que la asustó tanto que estuvo a punto de atragantarse. Intentó ordenar sus pensamientos a la velocidad del rayo. No, si ahora decía lo que había querido decir, sin duda iría al infierno-. Bah, nada -murmuró imprecisa, y subió corriendo las escaleras.

Sin embargo, la idea no la abandonó en los siguientes días. Había oído decir que, una vez que alguien deja entrar al diablo en su corazón, queda poseído por él y no hay salvación que valga. Se dijo cien veces: «¡No lo haré! ¡No, no lo haré, no puedo jugar a ser el destino!».

No tenía un sentido moral demasiado acentuado, pero albergaba un temor impreciso a la venganza del destino. Discutió con su propia conciencia y descubrió que había subestimado su capacidad de penetración. Probablemente habría podido seguir así toda una eternidad, de no haberse producido un acontecimiento que cambió la situación: en las primeras horas de la mañana del primero de mayo, Severin abandonó la lucha contra su incapacidad para respirar. Después de una noche terrible, en la que estiraba cada vez más el cuello e imploraba con los labios azulados lo único que aún deseaba en este mundo, un poco de oxígeno, murió al fin en los brazos del médico.

Felicia organizó el funeral, el entierro, escribió las tarjetas a los parientes y conocidos y se enteró, al abrir el testamento, de que Kat y Alex habían heredado la casa, y Alex además las participaciones que quedaban de la fábrica, pero ella recibía plenos poderes. Todo el mundo confiaba en que ella tenía las cosas bajo control, como si la muralla que los rodeaba a todos nunca hubiera empezado a desmoronarse. Felicia pensaba con impaciencia: «¿Creen que todo seguirá como hasta ahora solo porque se nieguen a mirar a la cara a los hechos?».

La desesperación la volvió audaz. Cuando regresó del entierro, estaba decidida a agarrar cualquier brizna de paja que se le ofreciera.

-¿Dónde está Kat? -preguntó a las demás.

Nadie la había visto desde su regreso del cementerio.

-Creo que está hundida -dijo Sara-, ha perdido a la última persona que amaba. Anda por ahí como alma en pena.

-Me gustaría que se casara -dijo Felicia-, para que tuviera a alguien de quien formar parte. ¿Qué opinas de Tom Wolff? Está muy enamorado de Kat.

-Creo que él cuidaría bien de ella. Pero sigue estando Phillip, y...

-Precisamente -la interrumpió Felicia-, esa es la desgracia. Kat espera a un muerto.

Por fin, encontró a su cuñada en el invernadero. A la luz declinante del día, estaba sentada en el sillón de mimbre en el que, en días más felices, Phillip Rath le había propuesto matrimonio, y miraba fijamente el cáliz rojísimo, abierto de par en par, de una orquídea, como si esperase allí el milagro que pusiera fin a su letargo y aliviara sus penas. Felicia se sentó a su lado y le dijo que en la vida de una persona había momentos para la tristeza, pero que era peligroso no darse cuenta de cuándo volvía el momento de vivir.

-No sirve de nada vivir en sueños del pasado, Kat. No es posible detenerse demasiado a menudo. En Rusia conseguiste seguir adelante cuando Andreas y su familia perdieron la vida, y tienes que hacer lo mismo con... Phillip.

Kat volvió hacia ella unos ojos negros y ardientes en un rostro mortalmente pálido.

-Phillip está vivo. Y esperaré hasta que venga.

-No. Phillip está muerto.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, resonaron hasta en el último rincón. Por lo demás, reinaba un completo silencio. En algún lugar de la casa se oía un amortiguado murmullo de voces.

-Está desaparecido -dijo por fin Kat. Su voz tenía algo de hielo a punto de romperse.

-No. No está desaparecido. Entonces recibimos la noticia de que había caído. -A Felicia no le hubiera sorprendido que en ese momento el mismo diablo bajara a la tierra junto a ella para pedirle cuentas-. No quisimos decírtelo. Ya habías pasado por demasiadas cosas.

Sorprendentemente, no ocurrió nada, ni un rayo, ni un trueno, ni un terremoto. La orquídea las miraba con un rojo impávido, y Felicia no pudo evitar pensar en algo que Tom Wolff le había dicho: «¡Su boca es una gran mentira, roja como el fuego!». No era difícil mentir. El reloj sonaba en la pared, las abejas zumbaban delante de las ventanas, el suelo desprendía un intenso olor a cera.

Felicia tosió.

-¿Has... has entendido lo que he dicho, Kat?

-Sí -respondió Kat. En sus ojos no había ninguna duda. Tan solo su palidez había aumentado. Se incorporó-. En ese caso ya no tengo a nadie.

La calma de Kat le pareció amenazadora. Se levantó también.

-Kat, no te vayas. Supongo que ya lo sabías. Hace cuatro años que terminó la guerra, y nunca ha habido ningún signo de vida. Lo sospechabas, ¿no?

-¿Por qué me lo dices precisamente hoy?

-Porque quizá ahora, hoy, debes empezar una nueva vida.

-Amén -dijo Kat con cinismo. Salió de la estancia cerrando de un portazo a su espalda. La corriente de aire hizo que la venenosa orquídea cabeceara saludando a Felicia.

Nadie supo nunca qué camino había recorrido Kat a lo largo de los tres días siguientes. Se encerró en su cuarto, y no dio ninguna respuesta a los preocupados miembros de la familia que desfilaban ante su puerta. Los otros pensaron que era la muerte de su padre lo que la trastornaba de esa manera. Solo Felicia sabía la verdad, y le costaba un gran esfuerzo no dejar traslucir su inquietud. Todo podía ir mal aún. Oía a Kat caminar de un lado a otro por su habitación y se retorció las manos, nerviosa. Sabía que Kat era fácil de manipular cuando su vida sentimental se alteraba, y podía conseguir empujarla ahora a los brazos de Wolff.

Y, bien mirado, ni siquiera había mentido, estaba segura.

Phillip tenía que estar muerto, y era un acto de misericordia liberar a Kat de una nostalgia que jamás iba a hacerse realidad. ¿Tenía que hacerse vieja, gris y solitaria esperando a Phillip?

Cuando, tres días después, Kat salió de su habitación, su rostro no mostraba emoción alguna, pero de sus ojos había desaparecido la ternura con la que contemplaba el mundo, y de su sonrisa, la confianza que a pesar de todo había opuesto al destino. En algún momento de los últimos días, sin duda había decidido hacerse adulta y sacar lo mejor de lo que le quedaba. Felicia temblaba, porque temía que Kat hiciera ahora indagaciones demasiado precisas, pero aún era lo bastante ingenua como para no imaginar semejante falta de escrúpulos. No dudó ni por un momento del testimonio de Felicia.

Cuando anunció que había aceptado la propuesta de Wolff y que iba a casarse lo antes posible con él, no parecía feliz, pero en sus rasgos había una calma que nadie había visto en ellos desde hacía mucho. Sara preguntó discretamente a Felicia qué podía haber causado ese cambio, y se enteró de toda la verdad. Ocultó su horror, prometió no revelar nada y se mantuvo imperceptiblemente a distancia.

Munich volvía a gozar de un escándalo. Ni seis semanas después de la muerte de su padre, la hija de Severin celebraba su boda con Tom Wolff. Dos cosas indignaban a la gente: el luto, inadecuadamente breve, y la elección del novio. Los Lombard habían vuelto a conseguir estar en boca de todos, y Felicia no podía sino dar gracias a Dios por que al menos nadie supiera nada de sus secretísimas transacciones.

Tom Wolff consideraba que había llegado a la meta de sus deseos. Tenía cuarenta y ocho años, y había conseguido todo lo que se había propuesto.

Tenía dinero, influencia y una esposa de familia distinguida. Esta última había sido la carga más grande, y la que más paciencia le había exigido, pero lo había incluido en sus cálculos desde el principio. Cualquiera que fuera inteligente, tuviera olfato para los buenos negocios y no se detuviera ante alguna práctica poco refinada de vez en cuando podía conseguir dinero e influencia. Lo de las mujeres de familia antigua y distinguida era más difícil. Preferían casarse con un noble degenerado al que la distinción había arrebatado el cerebro que despilfarrarse con un advenedizo exitoso de las clases inferiores. Pero Wolff siempre había sabido que el tiempo estaba de parte de los que sabían esperar. Cada época vivía su revolución. Llegó la guerra, se fue el Imperio, y la élite de antaño salía de detrás de los muros de sus palacios porque comprendía que, antes o después, en sus sublimes alturas iba a morir de hambre.

«Algún día serás menos orgullosa. Y ya verás como no tienes a nadie más que a mí.» Se rio y escuchó en el recuerdo el resonar de sus palabras. ¡Qué auténtica profecía! Kat había perdido a su padre, había sido abandonada por su hermano y le habían quitado la fe en el regreso de Phillip, y se veía expuesta a ese deseo de refugio que había sido su destino desde los días en que su madre murió demasiado pronto.

Wolff se puso en pie y apuró de un trago el whisky al que llevaba dando vueltas en el vaso, pensativo, desde hacía un buen rato. El reloj a su espalda tocó las diez. Llevaba diez horas casado. Desde hacía diez horas era un hombre que lo había conseguido todo.

-Kassandra Lombard... -pronunció el nombre en voz baja.

¡La hermosa, hermosa Kassandra! La había visto crecer, y desde que tenía catorce años había soñado con acariciar sus oscuros cabellos, besar sus labios, seguir con las manos cada línea de su cuerpo. Llevaba toda la tarde imaginándose cómo sería con ella. Casi estaba un poco nervioso. No conocía más que a las prostitutas que a veces recogía en la calle o a las ajadas mujeres, siempre algo aburridas, de la alta sociedad de Munich. Nuevas ricas que, como él, habían hecho dinero en el curso de la guerra. Se sirvió otro whisky y se lo bebió a toda prisa antes de subir la escalera.

No había ninguna luz en el dormitorio. En un primer momento pensó que Kat ya se había dormido, lo que le decepcionó profundamente. No se habría atrevido a despertarla, aunque en su interior le divertía su propia timidez. Pero cuando encendió la luz vio que estaba despierta en la cama, y sus ojos le miraban con una extraña expresión... desafiante, casi provocadora. Aquello le sorprendió. Se la había imaginado más pudorosa, pero parecía que su confusión era mayor que la de ella. De pronto, se sintió inferior a ella; sabía que nunca había sido un hombre apuesto. Acostumbrado desde hacía décadas a esconder sus complejos detrás de una pose jactanciosa, también en esta ocasión se refugió en una gestualidad exagerada. Se puso marcadamente agresivo.

Su inseguridad y la calma superior de ella lo pusieron furioso. Maldita sea, era un hombre de mundo, había tenido cien mujeres, no había temido a ninguna, ninguna se había quejado nunca. Con vehementes movimientos, se desnudó, se metió en la cama y se arrojó sobre Kat como sobre una presa largamente codiciada. Ella yacía tan inmóvil como un trozo de madera, y solo esperaba que él acabase antes de que la dolorosa presión de sus anillos en su cuello se hiciera insoportable. Wolff era un amante experimentado, pero solo pudo considerar aquella noche una puesta en escena fracasada. Antes del momento decisivo ya se había derramado, algo completamente nuevo para él, un fenómeno que más tarde aún habría de repetirse a menudo con Kat y que acabó explicándose, con resignación, como una consecuencia de sus sentimientos de inferioridad. Kat permaneció indiferente, escuchando su respiración jadeante. Cuando Wolff fue capaz de hablar, se volvió hacia ella. A la luz de las farolas de gas de la calle, Kat apenas distinguía su rostro.

-Mis respetos -dijo Wolff-, ¡tu oficial desaparecido en Francia se llevó un saludo especialmente cariñoso como despedida!

-¿Cómo?

-Ya sabes lo que estoy diciendo. Tu carita inocente no es más que un logrado engaño. ¿Con cuántos tipos has estado ya?

Lo formuló de manera conscientemente brutal, para ocultar su consternación por que durante todos aquellos años ella no hubiera esperado en su silencioso aposento al hombre al que un día sería confiada. Nunca había sentido celos por una mujer, porque su dinero siempre le había dado la posibilidad de comprarse tantas como quisiera, y a veces incluso tuvo que luchar con una sensación de saturación. Pero ahora, en ese momento, lo asaltaban unos celos terribles. Se apoyó en el brazo.

-¿Cuántos? -repitió furioso.

-Solo uno -dijo Kat-, un barón ruso. Está muerto.

Su voz no revelaba que en ese instante habría podido morir de nostalgia de Andreas, de Rusia, la lluvia y la revolución. Del húmedo aroma de las rosas y el denso olor de la tierra mojada. Para



Wolff, su respuesta fue una bofetada. Phillip Rath había sido una figura real, tangible, en cambio el barón ruso llevaba adherida el aura misteriosa de un país lejano, de una época tempestuosa, de un apocalipsis fácil de transfigurar de manera romántica a posteriori.

-¡Maldita sea! -dijo Wolff.

Rendido, agotado y decepcionado, se acurrucó al borde de la cama. Su sensación de triunfo se había esfumado. Kat no le pertenecía como sus casas, sus coches, sus negocios. Nunca le pertenecería, y comprendió que no se había librado de la última carga.

El marco alemán se desplomaba. La inflación se había anunciado ya hacía mucho, pero a la mayoría le sorprendió que fuera tan rápida y, sobre todo, tan claramente desbordante. Cuando empezó el año 1923, la gente conseguía cada vez menos productos por cada vez más dinero. Quien tenía bienes raíces podía, si era hábil, construirse un patrimonio, mientras que los asalariados se quedaban por el camino sin esperanza alguna.

La clase media se desangraba. Las pequeñas empresas quebraban, y las grandes se hacían cada vez más grandes. Quien volvía a casa por la noche con su sueldo podía contar con que a la mañana siguiente casi no le darían nada por él. La gente se ahogaba en dinero, contaba millones en el mostrador de las tiendas para obtener a cambio una libra de mantequilla y, horas después, una hogaza de pan. Las familias numerosas ya no sabían cómo saciar tantas bocas hambrientas. Se hundían existencias y de la ciénaga surgían otras nuevas, y aquel cambio fue mucho más allá de la revolución de noviembre de 1918.

El Gobierno de Wirth había dimitido porque no avanzaba en la cuestión de las reparaciones de guerra, pero el nuevo Gobierno, bajo la presidencia de Wilhelm Cuno, se encontraba igual de inerte ante el problema. Acto seguido, los franceses ocuparon en enero la cuenca del Ruhr. El canciller llamó a los trabajadores a la resistencia pasiva, una medida que fue apoyada por los sindicatos, pero que pronto se reveló funesta porque las obligaciones del Reich aumentaron de precio y solo pudieron ser atendidas emitiendo más billetes de banco. Eso llevó la inflación a su punto culminante. La lucha en el Ruhr costó su buena reputación a la honorable familia Stadelgruber de Munich; para enorme sorpresa de todos, el marido de Lydia fue descubierto suministrando armas a grupos de resistencia nacionalsocialistas y fue detenido. Felicia no se libraba de la sospecha de que también Wolff tenía las manos en ese asunto, porque al recibir la noticia de la detención de Stadelgruber había palidecido, y no fue posible hablar con él durante tres días. Pero si había una vinculación, Stadelgruber se mantuvo mudo, fue a la cárcel heroicamente solo y dio a sus cómplices la posibilidad de seguir practicando sus oscuros negocios en alguna medida intactos. Lydia desapareció de la sociedad múniquesa porque, sin haber sido nunca culpable de nada, no sabía cómo soportar la vergüenza. La fábrica de tejidos de Stadelgruber quebró poco después, y Wolff la compró. Felicia se encontró unos días más tarde a Clarissa, la hija de Lydia, en unos grandes almacenes, en los que trabajaba detrás de la caja como dependienta. Se quedó petrificada de vergüenza cuando de pronto estuvo ante Felicia, que pensó, aliviada: «Menos mal que Tom Wolff existe».

Sabía que no hubiera superado esa época sola. Wolff se encargaba de que ellos ganaran, y no se desplomaran, con la tragedia económica de Alemania. Su influencia crecía, las ramas de su negocio se extendían más allá de Munich. Felicia ganaba dinero suficiente para pagar el colegio de Nicola, apoyar a Elsa y financiar los estudios de Jo. Respondía a sus obligadas protestas con la frase de que podría devolvérselo todo cuando fuera un rico y famoso abogado, y además ella no ganaba dinero para meterlo en una cuenta bancaria. Ahora, en esos tiempos sombríos, entendía por qué había trabajado y ahorrado, por qué le había resultado tan importante ser independiente de su marido.

-Una mujer ha de tener su propio dinero -repetía una y otra vez, y disfrutaba sustentando a las personas a las que más quería.

Desde el asunto de Kat, Tom Wolff y las participaciones de la empresa, Sara se había apartado de Felicia. Continuaba viviendo en la Prinzregentenstrasse, pero seguía su propio camino. Gracias a Martin y a su trabajo, hacía mucho que se había alejado de su antigua forma de vida y de la de sus amigos. La angustia y la miseria de su época le llegaba sin filtro alguno.

Cuando un día uno de los niños, una cría pequeña y flaca que siempre iba sin zapatos y tenía los labios amoratados por una tos eterna, no apareció en la guardería, empezó a preocuparse. Sus compañeras se reían, pero Sara era presa de una inquietud interior que no la dejaba descansar. Durante la pausa del mediodía decidió ir a buscar a Elke a su casa. Llamó a Martin para preguntarle si podía acompañarla, y él pasó a recogerla en la guardería con el coche de su padre un cuarto de hora después.

-Ve lo más rápido que puedas -apremió Sara-, ¡algo no va bien! ¡Lo siento!

Al principio Martin se burló porque no creía en los presentimientos, pero al ver lo pálida que ella se había puesto, calló y condujo rápido y concentrado en la dirección indicada por Sara. Llegaron al oeste de la ciudad, donde apenas había árboles y no había flores, sino que tan solo se alzaban al cielo largas filas de grises edificios de viviendas de alquiler. Unos cuantos niños desatendidos jugaban en las calles o se asomaban curiosos desde los patios al oír acercarse un coche.

-Aquí -dijo Sara cuando llegaron al siguiente de aquellos bloques uniformes-, ¿tiene que ser aquí!

Martin paró. Entraron juntos en el edificio. En el oscuro y angosto pasillo seguían colgando unos jirones de un manchado papel de pared, el resto era yeso desconchado. Oía a comida de varios días. Una pelota solitaria rebotaba en el suelo con dibujo de cuadritos marrones y blancos. En algún sitio lloraba un niño, y un gramófono desgranaba una canción popular. Sara llevaba en la mano la ficha de Elke de la guardería. Suspiró.

-¡Séptimo piso!

Encontraron cerrada la puerta de la casa. Nada se movía detrás de ella. Mientras aún estaban en el pasillo, indecisos, apareció una vecina que les dijo que no se había visto a nadie de la familia ni se oía ningún ruido desde por la mañana.

-¿No huele un poco a gas? -añadió con indiferencia.

Presa del pánico, Sara aporreó la puerta. Algunos habitantes del edificio se habían congregado a su alrededor, y uno de ellos, un hombre recio de cara colorada, hizo lo único razonable: cogió una palanqueta y rompió la puerta. Una oleada de gas les salió al encuentro. Tapándose la boca con la mano, Martin entró en la habitación, abrió la ventana y cerró la llave del gas. Sara sacó a dos niños de una de las camas y los arrastró hacia la puerta. Uno de ellos era Elke, y Sara se apresuró a comprobar si todavía respiraba. Al mismo tiempo, resonó un grito estremecedor. Una de las mujeres que miraba, una mujer entrada en años, de rostro flácido y rulos rosa en el pelo, se desplomó y se quedó inmóvil en el suelo. Mientras los otros se arrodillaban junto a ella y trataban de reanimarla, un hombre dijo: -¡Hay alguien colgado!

El griterío que estalló acto seguido fue obra del pánico. En ese momento todos pudieron ver que, en un rincón oculto detrás de un armario, una cuerda colgaba del techo, y de su extremo, a poca altura del suelo, pendía un hombre, con una silla volcada a sus pies.

-¡Fuera, deprisa! -la apremió Martin, que había recogido a la joven tendida delante del fogón-, ¡no vayas a derrumbarte ahora, Sara!

Sara se rehízo. Tendieron a los niños y a la mujer en mantas que había traído alguien. Enviaron a

un joven a buscar a un médico. Entretanto, Martin sacó de la habitación a los otros dos niños. Los tendió con cuidado junto a sus hermanos. Los cuatro respiraban. Sara cogió la cabeza de Elke entre sus manos y la sacudió suavemente.

-¡Elke, despierta! ¡Despierta, Elke, por favor!

Los párpados de Elke temblaron. Sara respiró hondo.

-Gracias a Dios -dijo en voz baja.

-Me gustaría que nos casáramos, Sara -dijo Martin, de rodillas en el suelo frente a ella.

Sara lo miró perpleja.

-¿Cómo?

-Quiero casarme contigo. ¿No te lo imaginabas?

Sara pensó en el hombre muerto que se bamboleaba dentro colgando del techo, y de pronto un velo negro le cubrió los ojos. Cayó de bruces y se quedó tendida junto a los niños.

Al día siguiente, Martin se presentó en la Prinzregentenstrasse, donde Sara estaba sentada junto a la ventana de su dormitorio con los ojos enrojecidos y miraba al cielo. Martin venía directamente de la policía, donde había prestado declaración. Antes de desplomarse por completo, la madre de los cuatro niños había narrado el curso de los acontecimientos: su marido mostraba ya desde principios de año un alarmante cansancio de la vida, provocado por la preocupación y el miedo y la eterna lucha por el pan de cada día. Con la inflación, su pánico había aumentado. Hacía mucho que la familia pasaba hambre, nadie sabía ya qué hacer. Cuando supo que posiblemente iba a perder su puesto de trabajo, el hombre se volvió loco. Acordó con su esposa que lo mejor era que toda la familia se quitara la vida, mejor en cualquier caso que morir lentamente de hambre. Compraron somníferos, la mujer y los niños cayeron en un estado de profundo sopor y el marido abrió la llave del gas.

-Conforme a su acuerdo, él también iba a tomar pastillas -terminó Martin-, pero al parecer no confiaba en su propio plan. Se ahorcó.

Sara había escuchado inmóvil.

-Qué desesperado tenía que estar -susurró-, creo que no podríamos entender lo que sentía. Cuando solo queda ese camino, una persona tiene que verlo todo negro como la pez.

-Por otra parte, trabajaba para Wolff -añadió Martin-, en la fábrica.

-¡No!

-Sí. Wolff lo había amenazado con el despido porque ya no rendía lo suficiente.

-¿Por qué tienen que pasar esas cosas? ¿Por qué?

-Siempre será así mientras unos tengan dinero y los otros no. ¿Quieres casarte conmigo, Sara?

Sara le miró ausente. Llamaron a la puerta. Era Felicia, que quería interesarse por la salud de Sara, pero cayó en aquel sombrío ambiente como un ser llegado de otro planeta. Venía de una entrevista, tenía los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas, y llevaba un chal de chifón en torno al cuello, un vestido de seda marfil, guantes blancos y un collar de perlas hasta la cintura. Irradiaba tanta frescura y energía que, sin pretenderlo, resultaba provocativa. En ese momento era la encarnación de aquel sistema que Martin veía derrumbarse en sus sueños.

-El hombre que se mató ayer trabajaba para vosotros -dijo Sara de pronto-. Wolff iba a despedirlo.

Felicia encajó el reproche.

-No sabía nada -dijo titubeando. Martin y Sara callaron. Felicia sacó un cigarrillo-. ¿Cuántos hijos tenía?

-Cuatro. Y la mujer tampoco tiene trabajo.

-Dicen que Wolff no tiene escrúpulos con sus trabajadores -terció Martin.

-Yo no me encargo de esas cosas -respondió Felicia. Los otros no dijeron nada. Irritada, apagó el cigarrillo apenas empezado-. Los tiempos son malos, y sabe Dios que no es que en otros sitios a la gente le vaya mejor que con nosotros, pero no puedo sentirme culpable si esa mujer abre la llave del gas. Hablaré con Wolff para que le dé trabajo, y le daré apoyo económico. Podéis decírselo. - Abrió la puerta-. Por lo demás -añadió-, no voy a estar aquí en los próximos días. Me marcho a Insterburg. Voy a intentar comprar Lulinn.

Para Felicia empezó una época agitada y carente de descanso. Negoció en Lulinn con tío Victor, que se mostraba más arrogante que nunca y era incapaz de tomar una decisión. Visitó a sus hijas en Skollna y le asustó la melancolía de Benjamin. En Berlín volvió a ver a su madre, que pasaba muchas horas al día meditando delante de una especie de altar que había levantado en el salón: estaba hecho con velas, flores y lazos artísticamente dispuestos en torno a las fotografías enmarcadas de su marido, de Christian, de tío Leo y de tía Belle. Rezaba mucho, y seguía sin ser capaz de pronunciar el nombre de su hijo menor sin que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Nicola se presentó por sorpresa en la Schlosstrasse, con todo su equipaje y la firme decisión de no volver jamás a Munich.

-Iré al colegio aquí -declaró-, no puedo tener todo el tiempo a Martin y a Sara delante de mis narices. Van a casarse.

Felicia se quedó sin palabras. Pero Nicola no quería seguir hablando. Estaba convencida de haber pasado por una tragedia, y de que ahora tenía derecho a disfrutar de la vida. Enseguida entabló contacto con exiliados bielorrusos, que poblaban los cafés de Berlín y, en graves y prolongadas conversaciones, invocaban una época pasada. Nicola, con sus largas piernas y fantásticos ojos, pronto sería el centro en todas partes, y Felicia dejó de contar sus rápidas y cambiantes relaciones. La conversación de los jóvenes solía girar en torno a una tal Anastasia Romanov, una joven a la que habían sacado en febrero del canal de Landwehr y que afirmaba ser hija de los últimos zares y haber escapado a la noche criminal de Ekaterimburgo. Las olas del interés público se alzaban, y Nicola estaba dispuesta a olvidar el drama con Martin y encontrar la vida muy emocionante.

Felicia vio también a Jo, que estaba pálido y agotado y se preparaba para su examen final. Ya no tenía tiempo de ir con ella como antes por las tabernas; en vez de eso fue con Linda y Paul a pasear por Tiergarten y se preguntó de qué charlaba antes con sus amigas. Intentó hablarles un poco de lo que le animaba, de la fábrica de Munich, del sector de la moda, de sus viajes y citas, de sus dificultades con Benjamin, pero Linda no entendía nada, se limitaba a mirarla con una mezcla de extrañeza y admiración. La única observación acertada que hizo fue: -¡Pareces terriblemente inquieta y agitada, Felicia!

Sí, Felicia lo sabía, estaba inquieta y agitada. No tenía un minuto de paz. Conocía su propensión a los recuerdos y no quería exponerse a ella bajo ningún concepto. No quería pensar en su padre, en Christian, Leo y Belle, como Elsa hacía constantemente. No quería pensar en los días tranquilos anteriores a la guerra, en Alex y en Maksim. Cada día traía consigo un torbellino de recuerdos. Viajaba a Hamburgo, a Frankfurt, a Düsseldorf. Se reunía con personas nuevas, cerraba nuevos contratos, acudía a recepciones con champán y fiestas de cóctel. Evitaba mirar el rostro gris, asediado por la inflación, de la República; ignoraba las sombras y disfrutaba de las lentejuelas. Los acontecimientos se precipitaban, y ella pasaba impávida por entre ellos. En agosto dimitió el Gobierno de Cuno, y se formó el primer gabinete de una gran coalición presidida

por el nuevo canciller Stresemann. En septiembre, el Gobierno de Munich impuso el estado de excepción en Baviera, como reacción a la terminación de la resistencia pasiva en la cuenca del Ruhr. Hubo agitación nacionalsocialista en todos los rincones, y sobrevino el estado de excepción en todo el territorio del país. El ambiente de crisis se extendía. El Reichstag aprobó una ley de plenos poderes, conforme a la cual el Gobierno tenía la posibilidad de dictar decretos políticos y económicos que podían incluso colisionar con los derechos fundamentales. En Sajonia, Turingia y Baviera hubo choques entre agrupaciones políticas. El comisario general bávaro Von Kahr se negó a prohibir el periódico nacionalsocialista *Völkischer Beobachter*, aunque el mando supremo del ejército le había hecho objeto de duras acusaciones. Voces preocupadas hablaban de una división del país, otras -naturalezas clarividentes- profetizaban una dictadura de derechas. En Hamburgo, en octubre, Felicia se encontró en medio de una sangrienta pelea callejera entre los comunistas y la policía y pasó un día en el hospital, porque una piedra le había alcanzado en la sien y le había causado una profunda herida.

A principios de noviembre, los ministros socialdemócratas dimitieron de sus puestos en el Gobierno de coalición en respuesta a los acontecimientos de Baviera. Según los rumores, Von Kahr consideraba la posibilidad de marchar sobre Berlín y entregar el Gobierno a la derecha mediante un golpe de Estado. El ambiente en el país estaba recalentado, la retirada de los socialdemócratas les pareció a muchos el principio de algo peor. Tampoco en esa ocasión Felicia tuvo ojos para los acontecimientos políticos del país. En noviembre ocurrieron dos cosas que reclamaron mucho más su atención: tío Víctor accedió a vender Lulinn, y Sara y Martin enviaron un telegrama en el que anunciaban su matrimonio.

-No lo conseguirán -dijo Martin en tono de invocación-, ¡los alemanes no serán tan necios como para permitirlo!

Estaba como hechizado en un portal de la Leopoldstrasse y miraba a los manifestantes que surcaban la noche de Munich, iluminados con antorchas y gritando eslóganes. Era la noche del 8 al 9 de noviembre de 1923, y hacía una hora que el líder del Partido Nacionalsocialista, Adolf Hitler, había declarado depuestos los Gobiernos nacional y bávaro y se había nombrado canciller a sí mismo. Se había filtrado ya que el general Ludendorff estaba de parte de los golpistas, de manera que Hitler podía contar al menos con la posibilidad de tener el apoyo del ejército. Todo Munich estaba despierto aquella noche, las aceras estaban llenas de gente a pesar del frío húmedo y neblinoso. Aquí y allá se escuchaban vivas: -¡Esta es la gente que necesitamos! ¡Ellos echarán por fin a los malditos franceses del suelo alemán!

-¡Ellos abolirán el vergonzoso dictado de Versalles!

-En cualquier caso, Hitler es nuestro nuevo hombre.

-No lo creo -dijo Martin-, ¡simplemente no puedo creerlo!

Sara, que estaba pegada a él y no sabía si temblaba por el frío o por la sensación de horror, pidió en un susurro:

-Vamos a casa. No quiero ver esto.

Una mujer que estaba junto a ellos y había oído las palabras de Sara se volvió y los miró a ambos. Su rostro adquirió una expresión displicente.

-¡Judíos! -dijo-. Vosotros tenéis la culpa de la inflación. ¡Habría que acabar con vosotros!

Sara tenía lágrimas en los ojos.

-¡Oh, por favor, vámonos!

-¿Por esa vieja idiota? Quiero ver en qué termina esto. ¡Ven!

Martin estaba febril. Cogidos de la mano, siguieron a los manifestantes. Un hombre murmuró cerca de ellos:

-¡Banda de cerdos! ¡Si ponen de su lado a los militares, lo habrán conseguido!

-Von Kahr no participará -profetizó Martin-, es de derechas pero no está loco.

-Pero Ludendorff apoya a Hitler.

-Ludendorff ya no tiene mucha influencia.

En las primeras filas de los manifestantes se oyó como un rugido «La guardia del Rin». Y otra canción que Sara nunca había oído... «¡Hoy Alemania nos pertenece, mañana el mundo entero!»

Las antorchas arrojaban un resplandor rojizo sobre las oscuras paredes de las casas y las calles mojadas de lluvia. Las botas de los golpistas resonaban en el adoquinado. Cuando el monumento de la Feldherrenhalle estuvo a la vista, la caravana se detuvo. Entre las columnas ardían luces; se podía distinguir claramente a los policías que apuntaban amenazadores sus ametralladoras hacia los manifestantes. Por un momento el cántico seguro de sí mismo amainó, luego se alzó, más atronador aún, y la caravana volvió a ponerse en movimiento.

Al instante resonaron las primeras salvas de fusil. Se oyeron gritos en la noche, la multitud se agitó. En segundos, los mirones se habían refugiado en los portales y en las calles laterales. Los manifestantes iniciaron la retirada; se abrió fuego enseguida contra unos cuantos que de todas maneras se lanzaron al asalto.

Martin agarró la mano de Sara como si quisiera aplastarla.

-¡Disparan! ¡De verdad están disparando!

También pudieron ver que los policías dejaban su sitio y detenían a los manifestantes, los empujaban dentro de coches y se iban con ellos. Delante del todo se oyeron gritos.

-¡Han detenido a Adolf Hitler! ¡Hitler está detenido!

Aquello bastó para dispersar definitivamente a la multitud. Se oyeron aún algunos disparos aislados. El escenario era fantasmagórico: niebla, oscuridad, antorchas, policías y masas de personas desparramándose, entre ruido de bocinas y sirenas.

-Ven -dijo Martin-, nos vamos a casa.

En el camino de vuelta iba de muy buen humor. Sara se mantenía muda. No podía compartir su sensación de triunfo por que el intento de golpe de los nacionalsocialistas hubiera sido aplastado. Durante toda su vida había escuchado la voz que a veces resonaba en su interior. Había sido su fina intuición la que le había hecho acudir en ayuda de la pequeña Elke, antes de poder saber lo que había ocurrido. No podía evitar aquellas advertencias de su interior, y en lo que a los nacionalsocialistas se refería, la campana de alarma sonaba más fuerte que nunca. No le pasaba como a Martin, que rechazaba radicalmente los objetivos del partido y podía discutir de forma lógica sus posibilidades de ascenso y derrota. Su miedo a Hitler se basaba en claras consideraciones, el de ella en cambio en un sentimiento que la atormentaba porque no podía objetivarlo. En su miedo había un impreciso presentimiento de muerte.

Ella y Martin estaban casados desde hacía una semana, y a petición de Felicia, por teléfono, habitaban la casa de la Prinzregentenstrasse, que de lo contrario habría estado vacía. En el fondo tampoco les quedaba otro remedio, porque Martin ya no aceptaba dinero de su padre y pasaba el tiempo escribiendo, sobre todo poemas que nadie publicaba. Vivían prácticamente solo de la nómina de Sara, pero Martin se consolaba pensando que su hora llegaría.

-Estoy trabajando en una novela, Sara. Estoy convencido de que encontraré un editor y todas nuestras preocupaciones habrán terminado.

Cuando se acercaban a la casa, vieron una sombra delante de la puerta. Allí había un hombre.

Daba unos pasos indecisos a un lado y a otro, miraba la pared de la casa, pero parecía no decidirse a llamar. No era de extrañar, porque era ya pasada la medianoche. Se sobresaltó cuando Sara y Martin fueron hacia él.

-¿Busca a alguien? -preguntó Martin.

El rostro del desconocido se mantenía en la sombra.

-Disculpen -dijo cortésmente-, mi tren llegó a Munich hace media hora, de ahí la inusual hora de la visita. Yo... bueno, soy un viejo amigo de la familia Lombard. ¿Saben si la señorita Kassandra Lombard sigue viviendo en esta casa?

La voz despertó un recuerdo en Sara. ¿Dónde...? Mientras todavía estaba cavilando, el desconocido dio un paso adelante. La luz de la farola alcanzó su rostro y en ese mismo instante Sara gritó.

-¡Phillip Rath! -dijo desconcertada.

Phillip le cogió la mano.

-¡Sara! Dios mío, entonces tengo que estar en el sitio correcto. ¡Ah, Alemania, Munich, Sara!

La abrazó. Ella seguía sin poder creerlo.

-¿Dónde has estado todos estos años, Phillip?

-Os lo explicaré. ¿Creéis... que podríamos despertar a Kat? ¿Sigue viviendo aquí?

«Ocho años -pensó desesperada Sara-, ¡vuelves al cabo de ocho años y esperas que todo siga igual!»

Abrió la puerta de la casa.

-Entra primero -dijo, y encendió la luz.

El telegrama encontró a Felicia en Skollna, donde se hallaba inmersa en una de sus desmoralizadoras discusiones con Benjamin. En él, Sara le comunicaba con secas palabras que Phillip había regresado de Francia; su larga desaparición se debía al parecer a un fuerte shock psíquico. Había tenido un breve encuentro con Kat, luego Phillip había dejado Munich con destino desconocido.

Sara no decía más, y tampoco había más que decir. Felicia dejó caer los brazos, el telegrama cayó revoloteando de sus manos, parecía tan trastornada que Benjamin preguntó inquieto:

-¿Malas noticias?

Felicia no contestó. Se acercó a la ventana y miró la plateada escarcha de diciembre. Tenía frío, y comprendió que estaba sola. Había penetrado en un mundo en el que se apostaba alto, y sabía que ninguno de sus amigos iba a seguirla hasta allí. Alzó los hombros con un escalofrío. Anheló el calor de los días pasados; miró el cielo gris y echó de menos el grito de los gansos salvajes que volvían, anunciando la primavera.



## LIBRO IV

Veinticuatro chicas de largas piernas, labios rojo oscuro y falsas pestañas plateadas desfilaron en zigzag por el escenario con sus falditas cortas haciendo resonar las botas rojas en el entarimado, movieron las caderas, alzaron los brazos al cielo, enseñaron generosamente cada línea de su hermoso cuerpo y, con el último eco de la música, se quedaron firmes, se inclinaron en una reverencia y sonrieron. La bisutería de sus cuellos, orejas y brazos centelleó a la luz de los focos. El director de pista, de frac y chistera, se adelantó, volvió a señalar con un ademán abarcador su número más atractivo y rugió: -¡Laaaaaaas Tiller Girls!

El público del Admiralspalast de la Friedrichstrasse bramó. Un aplauso entusiasta llenó la sala, resonaron vivas y agudos silbidos. De todas partes llovían cumplidos, y en algún sitio de las filas de atrás se formó un coro de hombres bebidos que entonó, sin duda mal, pero tanto más fuerte, la amada canción de los berlineses: «Cuando el amor despierta en la noche...».

El aire vibraba a causa del humo de los cigarrillos, mezclado con el olor a alcohol y perfume. Las joyas, auténticas y falsas, centelleaban, los brazos y las piernas desnudas relucían, jóvenes con trajes blancos y sombreritos redondos en la cabeza se balanceaban en sus sillas, otros sorbían sus cócteles de champán con expresión melancólica. Sobre todos pendía el clima de un goce de vivir embriagador, casi provocativo.

La nueva sensación ordenaba saborear y disfrutar hasta el extremo cada día y cada noche, porque mañana todo podía haber terminado. Ya no se era romántico, ya no se era sentimental, ya no se era contemplativo. Se era salvaje, descarado, cínico, frívolo y burbujeante. Y Berlín resplandecía en todos los colores. Los años veinte, pensó Maksim, eran condenadamente grotescos.

Apuró su bebida -algo con menta-, se levantó, se caló el sombrero y se bamboleó ligeramente. Esa noche había tomado un par de copas de más. Había estado viendo en el Tauentzienpalast la película *Bajo la máscara del placer*, con Greta Garbo, luego había ido a parar a una revista de segunda, luego a un cabaret, donde necesitó abundante champán para poder encontrar graciosos los chistes que contaban, y al final, por tercera vez en esta semana, había ido al Admiralspalast a soportar a las Tiller Girls. Eran casi las dos de la mañana, y quería irse a la cama. A las ocho tenía una cita en el periódico *Lokalanzeiger*, y sin duda no causaría la mejor impresión si se presentaba totalmente trasnochado y resacoso.

Salió a la Friedrichstrasse y en un corto espacio de tiempo se dirigieron a él dos prostitutas; de una casi no consiguió librarse, pues fue tras él afirmando que se había enamorado de su rostro melancólico, y que lo decía mortalmente en serio. Maksim se subió el cuello del abrigo y explicó a la joven que no era su tipo. Cuando iba a seguir caminando, tropezó con una dama.

-Perdón -dijo.

-No pasa nada -repuso la dama.

Era Felicia.

Era el 30 de noviembre de 1925, y más tarde reconstruyeron que habían pasado casi ocho años desde el día en que se habían visto por última vez. Se reconocieron inmediatamente, y les confundió y divirtió que, después de todos aquellos años, tuvieran que encontrarse a las dos de la mañana, en la Friedrichstrasse de Berlín, entre media docena de prostitutas. Maksim seguía llevando del brazo a la enamorada muchacha con sus zapatos de plataforma, y Felicia iba

acompañada de un caballero muy distinguido, que poseía un salón de moda y llevaba una bufanda de seda blanca al cuello. Miró a Maksim con hostilidad.

-Maksim Marakov... Harry Morten -presentó Felicia, sin poder apartar la mirada de Maksim, que la miraba igual de fascinado.

Después de aquel primer y veloz reconocimiento, él constató que ella había cambiado mucho. El pelo corto, los rizos peinados hacia la frente, hacían de ella una mujer completamente desconocida. A pesar de todo el maquillaje, parecía rendida y destrozada. Él calculó con rapidez y llegó al sorprendente resultado de que tenía que tener casi treinta años.

-He abandonado la Unión Soviética -dijo él, lo que, dado que estaba en Berlín, no sonó especialmente ingenioso.

-¿Ruso? -preguntó Harry Morten levantando las cejas.

Aquello irritó a Maksim.

-Bolchevique -explicó.

La prostituta retrocedió tres pasos, Harry pronunció un prolongado «Ohhh...». El final de la historia fue que Harry Morten se fue de allí con la prostituta sin entender muy bien cómo, y Maksim y Felicia se encontraron en el local más próximo, donde bebieron un licor dulce, escucharon a un cantante ronco que canturreaba una canción lánguida tras otra, se miraron a los ojos, encontraron recuerdos y trataron de comprender los años que no se habían visto y que los habían cambiado.

Maksim seguía teniendo el rostro pálido y estrecho de antes, pero Felicia descubrió signos que revelaban que bebía demasiado. Tenía ojeras, su rostro se había vuelto más flácido y cansado. En las mejillas brillaba la barba. Más aún que la última vez en Reval, la decepción recorría todo su ser, no podía ocultarlo ni un momento. Habló de la detención de Mascha, de su condena, de que había habido un tiempo en el que pensaba que morir daba igual que vivir.

-No me quedaba más remedio que abandonar la Unión Soviética -dijo, y volvía a tener aquella pena en los ojos-, aquí puedo vivir más o menos. Escribo críticas de teatro, reseñas, relatos cortos... De alguna manera salgo adelante.

-¿Nunca más Rusia?

-Todo es diferente. Lenin ha muerto... y quién sabe qué va a pasar... -Escuchó el eco de sus propias palabras, luego hizo una seña al camarero y pidió otros dos licores.

Felicia le habló de su vida, sin miedo esta vez, porque sabía que había pagado su precio, y porque detectaba una nueva comprensión en el nuevo Maksim. Le habló de su fábrica, de sus viajes, sus contratos, su dinero. De su vida en hoteles y en recepciones.

-Pero el aire se vuelve más denso cuanto más arriba. Ya no tengo a los viejos amigos, no tengo en realidad a nadie.

-¿Y tu marido?

-Estoy divorciada de Alex, desde hace siete años ya. Nunca he vuelto a saber nada de él. Raras veces veo a mi actual marido. Y apenas a las niñas.

-¿Tienes hijos?

-Dos hijas. Belle y Susanne. -Durante un segundo, tuvo el pensamiento de decirle que Belle era su hija, pero lo desechó con igual rapidez.

«Ahora no -pensó-, más tarde... quizá...»

Hablaron y hablaron. Aquel encuentro fue como todos los anteriores: estaban confundidos ante la conciencia de que habían pasado años y la vida no había dejado intacto al otro, y sin embargo recuperaban sin titubeos la vieja familiaridad.

-Es como si nunca pudiera detenerme y respirar tranquila -dijo Felicia.  
Maksim la miró.

-A mí me pasa exactamente lo mismo.

Una cansada camarera se acercó a la mesa y bostezó provocadora.

-Son ustedes los últimos -gruñó-, y son casi las tres y media.

De hecho, la voz arrastrada del cantante había enmudecido hacía mucho, y no había ningún cliente en las mesas.

-Vamos a cerrar -prosiguió malhumorada la camarera.

Maksim y Felicia se levantaron y sacaron la cartera al mismo tiempo. Se produjo una breve e intensa discusión acerca de quién debía pagar; una competición que ganó Felicia, porque la camarera le tendió la mano abierta, suponiendo que de ella iba a recibir más propina.

Fuera, en la calle, seguían brillando luces aquí y allá, y había gente que pasaba por delante de las casas, pero la noche se acercaba a su fin. Felicia se acordó de algo que había oído o leído alguna vez: «La mañana siguiente siempre llega. Y es gris y solitaria».

Presa de un fuerte e inesperado temor, buscó el brazo de Maksim. Ahora no podía quedarse sola. Quería su cercanía. No por que fuera calculadora como tiempo atrás, sino por un miedo subterráneo; aquel miedo que llevaba consigo desde los días de la guerra y que la había vuelto vulnerable.

-¿Vives con tu madre? -preguntó Maksim.

-No, en el Adlon. ¿Y tú?

-En un piso interior en el Kaiserdamm.

-Me gustaría ver tu casa.

-¿Ahora?

-Sí. De veras... solo verla.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegaron. Alcanzaron el piso cruzando un ancho portón en el que los pasos retumbaban inquietantes, y un sucio patio lleno de cubos de basura y cachivaches. Felicia se abrió paso con cautela por entre los escombros, con sus zapatos de cuero salvaje de tacón alto, color vino tinto, y se preguntó de pronto qué diría el refinado Harry Morten si pudiera verla ahora.

Maksim abrió el portal. Llegaron al primer piso por una estrecha, crujiente y sinuosa escalera.

-Aquí es -dijo Maksim-. ¡Esta es mi casa!

Constaba de dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño aún más pequeño, y estaba amueblada de manera muy pobre. En un cuarto había un viejo escritorio, dos sillas y una estantería de libros. En el otro, un colchón y en la pared, sujeta con chinchetas, una foto de Lenin. No había literalmente nada más. Por la ventana podía verse la pared pelada de la casa de enfrente.

Maksim desapareció en la cocina y regresó con las manos vacías.

-No hay nada. ¿Quieres un cigarrillo?

Felicia asintió. Se sentaron juntos en el colchón y fumaron en silencio. Maksim había encendido un par de velas, que sujetó en el suelo fundiendo la cera. Era la única luz de la estancia. Su palpitante resplandor daba un poco de calor a las paredes desnudas.

Felicia se estremeció ligeramente y encogió las piernas. Maksim, sin mirarla, había notado el movimiento.

-Los dos estamos bastante mal -dijo, y contempló los elegantes zapatos de Felicia y sus valiosas joyas con insobornable indiferencia-, cada uno a su modo. De alguna manera hemos perdido nuestros sueños, también tú, aunque hayas convertido al dinero en tu dios y casi te ahogues en

riqueza. Estamos vacíos, Felicia, vacíos y fríos. -Sopló el humo del cigarrillo en dirección a Lenin-. Es una pena que los dioses se destronen a sí mismos una y otra vez -dijo con amargura.

-Por otra parte -respondió Felicia, sin rastro alguno de sentimentalismo en la voz-, ya no tenemos nada que perder.

En silencio, Maksim apagó su cigarrillo y se volvió hacia ella. A la luz palpitante de la llama, su rostro parecía muy vulnerable. Felicia pensó -y, en realidad, fue lo último que pensó conscientemente aquella noche-: «Pase lo que pase ahora, no tendrá nada que ver con el amor o con la nostalgia... o con cualquiera de esos malditos sentimientos que en nuestra juventud creíamos que formaban parte de esto».

Felicia engañó a Benjamin como había engañado a Alex, pero se mantuvo fiel a sí misma y a ellos en un punto: salvo Maksim, para ella no había ningún otro hombre. Jamás se le habría ocurrido irse a la cama con Harry Morten o cualquier otro del sector, no mientras estuviera casada. Se acostaba con los hombres que le habían sido destinados en cada momento o con Maksim.

La pelada habitación de aquel piso interior venido a menos se convirtió en su secreto punto de encuentro, y pronto estaban ansiosos por verse allí. Maksim se pasaba todo el día ocupado viendo películas y escribiendo críticas acerca de ellas, y Felicia se reunía con los Harry Morten de la ciudad y pasaba el resto del tiempo discutiendo con los diseñadores de moda. A veces, ella y Maksim se sentaban uno frente al otro en su desvencijado escritorio; él aporreaba su máquina de escribir con expresión concentrada mientras ella escribía cartas o estudiaba largos contratos. La mayoría de las veces, Felicia se levantaba en algún momento para llamar desde el teléfono de la portería a la casa de vinos Habel y pedir la cena: ensalada de gambas, cóctel de langosta, caviar sobre huevos duros, tartaletas de ron, champán; y, siempre, flan de chocolate con esquirlas de crocanti, porque a Maksim le volvía loco.

Maksim conservaba todas las botellas de champán vacías y las ponía debajo de la foto de Lenin. Era capaz de reírse a carcajadas ante aquella estampa, pero su risa tenía algo de máscara de payaso; resultaba convulsa, como si tras ella acechara la desesperación. Podía ocurrir que deseara mortalmente la cara cena, y en vez de eso cogía a Felicia de la mano, la hacía levantarse y decía:

-Ven, se me cae la casa encima, vamos a alguna parte.

Le hacía gracia arrastrarla a los peores garitos, tabernas de patio trasero en las queapestaba a pescado y se daban cita golfos de tercera; luego tocaba una revista con lentejuelas en la Friedrichstrasse o un cabaret intelectualísimo en la Kurfürstendamm.

Sin embargo, muchos días los dos acudían a la casa de la Kaiserdamm como náufragos a una isla, y no se separaban hasta la mañana siguiente. Renunciaban a la langosta y el caviar, comían pan con mantequilla en su lugar y bebían el Beaujolais ridículamente barato del que Maksim vivía desde hacía años. Se tumbaban desnudos en el colchón y se defendían del frío amándose durante horas; no con ternura, romanticismo y asombro, como hacía años en Rusia, sino con hambre, prisa, impaciencia y casi brusquedad. Los dos eran lo bastante jóvenes y fuertes para soportar aquellas noches de furia; sin aliento, agotados, bañados en sudor, se quedaban tendidos el uno junto al otro, fumaban cigarrillos, tomaban unos tragos de vino tinto. En algún momento se quedaban dormidos, hasta que los despertaban las voces del edificio y la pálida luz de la mañana, que se abría paso hasta el fondo de las casas y alumbraba los restos de la cena, las colillas, las copas. La mayor parte de las veces, Felicia era la primera en abrir los ojos. Amaba observar a Maksim en sueños,

porque yacía como fundido a ella, con el rostro hundido en la almohada, la colcha enrollada a las piernas, el cabello revuelto, saciado y cansado de amor, vino y cigarrillos. Felicia se levantaba, se ponía los zapatos y se echaba por los hombros la chaqueta de Maksim, caminaba a tientas hasta el baño y trataba de lavarse en el diminuto y oxidado lavabo perdido en la pared, del que solo salía un finísimo chorrito de agua helada. La luz de la mañana y el espejo medio velado hacían que su piel pareciera pálida, pero en cada ocasión conseguía hacer de sí misma la mujer que quería que el mundo viera: hermosa, descansada, impulsada por inagotables energías. Perfumada y elegante, volvía al dormitorio, se ponía las joyas y se lanzaba sedienta sobre el café que para entonces había hecho Maksim. Bebía café con la misma desmesura con la que consumía cigarrillos y con la que se iba a la cama con Maksim. A veces, durante aquellos desayunos, se sorprendía pensando en la Felicia de 1914 y en los sueños que entonces la habían unido a él. «Necia», se decía, mientras Maksim se apoyaba en la mesa, la miraba y preguntaba: -¿Cuándo dejaste de ser aquella niña caprichosa?

-No lo sé... Hace muchos años... -Se levantó y cogió su bolso-. Disculpa. Tengo que irme. Tengo una cita importante.

Siempre tenía citas importantes, y algunas la llevaban lejos de Berlín. No le quedaba más remedio que ir de vez en cuando a Munich, porque le parecía aconsejable vigilar y advertir a Tom Wolff alguna que otra vez. En esos viajes temía dos cosas: un posible encuentro con Kat y separarse de Maksim. Wolff conocía las dificultades de Felicia y, dado que a pesar de todo tenía sentido del juego limpio, arreglaba sus reuniones de tal modo que los caminos de Kat y Felicia no se cruzaran.

-¿Tienes un nuevo amante? -preguntó a Felicia poco antes de Navidad, y cuando ella le bufó que hiciera el favor de no ser tan desvergonzado, él rio entre dientes:- Es que tienes todo el aspecto de tenerlo. ¡No me preguntes en qué se ve, pero se ve!

En lo que a Maksim se refería, separarse de él era una pesadilla. Felicia andaba por la Prinzregentenstrasse como un tigre enjaulado, miraba ansiosa el teléfono con la esperanza de que Maksim llamara. Él nunca lo hacía. Nunca iba a recogerla a la estación cuando ella volvía, pero la mayoría de las veces estaba en su casa cuando llegaba, y se iba sin rodeos a la cama con ella.

Felicia pasó las Navidades en Lulinn. Ya en el tren de Insterburg habría preferido regresar, porque de pronto le dio pánico la idea de no poder ver a Maksim durante dos semanas. Pero luego llegó a Lulinn y la vieja casa la recibió con la familiar ternura. En los postes de los cercados se acumulaban gruesos casquetes de nieve, en el salón había un enorme abeto. Benjamin, Belle y Susanne vinieron de Skollna en trineos tirados por ponis. Todos estaban reunidos: tía Gertrud con el jactancioso broche de granates que irremediamente se ponía todas las Navidades y que, de manera igual de irremediable, se caía siempre con estrépito dentro de su plato de sopa; tío Victor, gordo y achispado, hablando, soñador, del intelecto y la energía de Adolf Hitler; Modeste con su eterno prometido, que cantaba tan mal que los gatos se apartaban de la estufa y dejaban la estancia. Laetitia miraba preocupada a Felicia, que tenía un aspecto de fantástica elegancia con su nuevo vestido de punto azul marino y un collar de zafiros. Elsa luchó con las lágrimas cuando, para terminar la velada, Victor pronunció un largo y sentimental discurso dedicado a los muertos de la familia. Jo, recién doctorado y, desde hacía medio año, socio de un renombrado bufete de Berlín, cogía por debajo de la mesa la mano de Linda, mientras Paul corría con Belle y Susanne alrededor del árbol de Navidad. Benjamin miraba fijamente a Felicia y, de pura confusión, derribó su copa. Sara y Martin habían venido de Munich, y el rostro tranquilo de Sara le hizo un

inesperado bien a Felicia. La había revuelto y estremecido constatar a su llegada que Jo había traído consigo a su amigo Phillip.

-¿Cómo pudiste hacerlo? -preguntó indignada, entrada la noche, cuando recorría una vez más con Jo el patio nevado-. Sin duda lo sabes todo... por Kat...

-Phillip me lo ha contado, sí. Lo sabe por Kat. No tenía a nadie con quien pasar las Navidades, así que lo invité a venir. Además, sé que nunca fuiste cobarde.

Felicia respiró hondo. Luego alzó la nariz al cielo.

-No, no soy cobarde -confirmó-, pero siento tanto lo que ha pasado. Estaba realmente convencida de que Phillip había muerto. Todos lo estábamos.

-No tienes que justificarte. No te he atacado.

-Sí, sé que piensas que tengo que cargar con ello durante toda mi vida, y que eso es castigo suficiente. Y lo es. Ver ahí sentado a Phillip, con su pierna de madera y su rostro atormentado, y pensar en el aspecto que Kat tenía cuando se casó con Wolff... No creas que olvido ni uno de mis pecados. ¡Por desgracia, nunca olvido nada!

Jo cogió su fría mano.

-Sé un poco más suave contigo. Y cuídate. Sé lo que toda la familia te debe, que eres tú la que ha conservado Lulinn para nosotros, la que nos ha guiado a través de la inflación y ha hecho posible mis estudios. Pase lo que pase, yo siempre te apoyaré.

-¡Para, o me pondré a llorar! -Felicia alzó los brazos y se los echó a Jo al cuello-. ¡Creo que eres lo único duradero en mi vida!

Jo la miró con seriedad:

-Sea como sea... ¡no eches a perder tu felicidad, tu salud, tu tranquilidad!

Felicia asintió, decidida a seguir ese consejo. Naturalmente, había vivido con demasiada desmesura. Durante las dos semanas que pasó en Lulinn, iba todos los días a pasear unas horas, recorría a zancadas blancos prados y bosques nevados, salía a cabalgar con Jo y Nicola, se sentaba con toda la familia delante de la chimenea, al calor de las grises sombras del temprano atardecer invernal, cascaba nueces, veía los copos arremolinarse delante de la ventana y no tocaba ni un cigarrillo ni una gota de alcohol. Salía en trineo con sus hijas, trataba de enseñarles a montar y fue con ellas a un teatro infantil en Insterburg. En Lulinn, era una mujer totalmente distinta. Bajaba a desayunar vestida con pantalones largos y gruesos jerséis, sin maquillar, todavía pálida del sueño, pero confiada y llena de ideas nuevas para la jornada.

-Hoy vamos a hacer pasteles juntas -decía a Belle y a Susanne, que se habían trasladado dos semanas a Lulinn, o-: Hoy vamos a librar una batalla de bolas de nieve en el patio. ¡Preguntad a Paul si se apunta!

A finales de la primera semana de enero se fueron Jo y su familia, luego Elsa y Nicola, luego Martin y Sara. La vieja inquietud volvió a despertar en Felicia. Empezó a fumar, y pasaba horas mirando por la ventana. Estaba loca por ver a Maksim, loca por Berlín. Echaba de menos la miserable habitación de la Kaiserdamm, las mugrientas tabernas de la Friedrichstrasse, las coloridas revistas, las lentejuelas, el espectáculo y el griterío.

Se marchó un día antes de lo previsto, a primerísima hora de la mañana, en la oscuridad. Dejó una carta para Benjamin en la que le pedía comprensión por su precipitada marcha. Inesperadamente había surgido una fantástica oportunidad de negocio, y para aprovecharla tenía que irse a Berlín enseguida.

Una calurosa tarde de verano, Felicia y Maksim entraron en el Romanisches Café, y ambos estaban de mal humor. Por la mañana habían visitado la nueva exposición de fin de semana en el recinto ferial, porque Maksim tenía que escribir acerca de ella, y a cada minuto había crecido su rabia porque se le obligara a dedicarse a sillas de jardín, sombrillas y piraguas.

-Me voy a volver loco -dijo al fin, iracundo-, ¡ven, vámonos!

Alquilaron un coche y fueron al Wannsee, pero allí a Maksim le molestó la cantidad de gente y el griterío de los niños. En algún momento, Felicia se enfadó y dijo que no debería pagar su mal humor con ella, con lo que el ambiente se vino definitivamente abajo. Volvieron en silencio. El sol bañaba el cielo occidental de una luz sangrienta, los mirlos cantaban a voz en cuello y las rosas difundían su dulce aroma. Maksim conducía demasiado rápido y poco concentrado. No preguntó a Felicia dónde quería ir, simplemente paró delante del Romanisches Café, bajó y entró en el local, repleto de gente y lleno de humo. Felicia le siguió, ardiendo de ira.

El primero al que vio sentado a una mesa junto a la puerta fue Phillip. Tenía estirada la pierna de madera, una copa de champán delante y una morena ensimismada a su lado, ataviada con un colorido vestido de gitana y tintineantes joyas, y que tenía aspecto de artista. Resultó que pintaba retratos, que nadie le compraba porque era incapaz de conseguir que tuvieran el menor parecido con el modelo.

Felicia fue a darse la vuelta, pero Phillip ya la había visto y le hizo una seña. Titubeando, se acercó a su mesa. Había creído que la odiaría, pero desde Navidad ya no estaba segura. En Lulinn nada había apuntado a eso, y allí ella le había evitado.

«Vamos, no puedo eludirle toda mi vida», se dijo, y se forzó a sonreír con tanta naturalidad como antes.

Felicia no sabía dónde estaban los fragmentos de Phillip; no solo en Kat, de eso estaba segura. Suponía más bien que en algún lugar de Francia, en algún lugar de aquella maldita guerra. Había perdido la jovial y relajada camaradería de antaño, su rostro se había vuelto rígido y no revelaba nada de sus pensamientos.

-Siéntate -le dijo a Felicia, mirándola con indiferencia-, estás muy guapa.

-Gracias -murmuró Felicia, y se sentó.

La otra mujer le sonrió distraída. Phillip pidió un martini para Felicia y empezó a contar una divertida historia de una tarde de vela en el Wannsee. Felicia le observó. Llevaba un elegante traje de primera calidad. Sabía por Jo que trabajaba con un conocido corredor de bolsa; al parecer los negocios iban bien. Le preguntó, y él le habló largo y tendido del asunto, pero siempre con aquel extraño distanciamiento en los ojos.

Felicia habló también, y antes de darse cuenta dijo:

-Pronto iré a París a ver un desfile de Coco Chanel, y Tom Wolff me...

Se interrumpió asustada. «Wolff me acompañará», iba a decir, pero en presencia de Phillip el nombre le ardía como fuego en la lengua. Tomó apresuradamente un par de tragos de su martini y deseó estar muy lejos.

-¿Qué pasa con Wolff? -preguntó amablemente Phillip.

Felicia echó atrás la silla y se levantó.

-Me acompañará -respondió contenida-. Si... si me disculpas...



En ese mismo instante Maksim se acercó a ella desde atrás, deslizó las manos en torno a su talle y las cruzó delante de su vientre.

-Aquí hay amigos míos -susurró-, voy a presentártelos.

Phillip observó aquel gesto íntimo con leve confusión. Él y Maksim se conocían fugazmente de anteriores veranos, cuando ambos habían sido huéspedes en Lulinn. Se saludaron con la cabeza.

-Disculpe que no me levante -dijo Phillip, y señaló su pierna de madera-, un recuerdo de aquellos últimos días de la guerra, cuando ya todo estaba perdido pero el mando supremo tenía que arrastrarnos a una batalla a toda costa.

Maksim alzó las cejas.

-El mariscal Von Hindenburg es ahora nuestro presidente. ¡Más respeto, por favor!

Los dos hombres sonrieron. Luego, Phillip entregó su tarjeta a Felicia.

-Deberíamos vernos más a menudo, Felicia. ¡Llámame!

-Sí -murmuró Felicia.

Siguió a Maksim hasta una mesa junto a la que se había sentado un grupo de hombres, intelectuales desaliñados, un tanto venidos a menos, en parte antiguos espartaquistas del círculo de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Contemplaron a Felicia con indiscreto interés.

-¿Es esta tu amiga burguesa, Maksim? -preguntó uno.

-¿La que tiene tantísimo dinero? -añadió otro.

Maksim rio. Felicia no estaba de humor para esa clase de alusiones; aún tenía metido en los huesos el encuentro con Phillip, y la larga y calurosa tarde llena de disputas y disgusto. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, deseaba estar sola.

-Si quieren que me vaya... -dijo con brusquedad.

Uno de los hombres le tomó la mano.

-¡Quédese! -ordenó-. Somos una sociedad sin clases. ¡La aceptamos!

Felicia se sentó. Los hombres hablaban de los viejos tiempos, bebían y fumaban. Fuera, el sol se ponía. Los suaves colores de la tarde se posaban sobre la estancia, borraban todos los contornos, hacían que cada risa pareciera más atenuada, cada voz más misteriosa. Se encendieron las velas. Felicia, pendiente de sus propios pensamientos, buscó cigarrillos en su bolso. El hombre sentado junto a ella, llamado Rudolfo, se quitó de la boca su propio cigarrillo, apenas encendido, y se lo tendió.

-Coge este. Te sentirás mejor.

-¡No hagas tonterías! -ordenó Maksim.

Como es natural, eso hizo que Felicia prestara atención.

-¿Qué es esto?

-Este hombre totalmente carente de conciencia intenta pasarte marihuana -explicó sonriente Maksim.

-Sabes lo que es, ¿no? -preguntó Rudolfo-. ¡Ahora también está de moda en tus círculos!

Felicia había oído hablar de ella, pero nunca la había probado. De pronto le tentó hacerlo, sobre todo para provocar a Maksim. Le quitó el cigarrillo a Rudolfo y dio un par de caladas apresuradas. En un primer momento, se mareó tanto que tuvo que agarrarse a la mesa para no caer. La estancia y la gente se arremolinaron ante sus ojos, el torbellino de voces aumentó, para convertirse un instante después en un sonido de fondo apenas audible.

-Vaya -dijo confundida. Pero minutos después el mareo desapareció. El cansancio y el hastío se habían esfumado, un sentimiento de enorme ligereza la inundaba, como si de un momento a otro

fuera a despegarse del suelo y flotar despreocupada. Abrió los brazos y rio-. ¡Maksim, Pruébalo! ¡Es lo mejor que he visto!

-Lo sé -dijo Maksim, y cogió el cigarrillo. Lo acabaron juntos.

Rudolfo los miraba con ojos vidriosos.

-¡Esta va a ser la gran noche para vosotros! -profetizó-. ¡Esto hace milagros!

Felicia ni siquiera pudo encontrar embarazosas aquellas palabras. Ya no había sensaciones desagradables. Sostuvo la mano de Maksim, caliente y tranquila, y vio en sus ojos que se sentía como ella.

-¿Nos vamos? -preguntó. Su voz sonaba tierna y aterciopelada, muy joven, como si el tiempo hubiera retrocedido.

Felicia se levantó. Sus ojos centelleaban de ganas de vivir. Era de noche, se encendían las luces de Berlín, y ella estaba en medio de todo eso.

-Sí -dijo-, ¡vámonos!

Por la mañana, cuando se disponía a marcharse a París para reunirse allí con Felicia, Tom Wolff encontró totalmente borracha a su esposa por primera vez. Sabía que en ocasiones bebía demasiado por aburrimiento, pero hasta entonces siempre la había encontrado en la cama. Esta vez tenía que haberse arrojado sobre cada gota de alcohol a su alcance. Wolff tropezó literalmente con ella. Estaba tumbada en la biblioteca, detrás de la puerta. Una nube de olor a alcohol le golpeó en la cara.

-¡Por Dios, Kat! -Escrutó temeroso su rostro, porque respiraba débilmente. Era probable que sufriera una fuerte intoxicación etílica. La levantó y la acostó en el sofá, para que el servicio entero no fuera tropezando con ella como con un felpudo arrugado. Luego llamó por teléfono al médico.

Este diagnosticó una intoxicación etílica. Le dio a Kat un emético y le dijo a Wolff que se encargara de que bebiera mucha agua a lo largo del día.

-¿Tiene problemas su esposa? -preguntó.

Wolff negó con la cabeza.

-No, no -repuso con ligereza-, tan solo se excedió un poquito anoche. ¡Siempre le ocurre!

El médico asintió, a medias convencido, y se despidió. Wolff se arrodilló junto al sofá y contempló el pálido rostro de Kat. Ahora respiraba con más tranquilidad. Pero observó algo que durante mucho tiempo se le había escapado: unas finas arruguitas en torno a la boca, sombras azul pálido en torno a los ojos, y los pómulos, que daban ternura a su rostro, antaño redondeado, habían adelgazado.

-Te necesito, Kat -susurró-, quizá seas lo único que he necesitado. Y lo único que cuenta.

De haber estado consciente, nunca le hubiera hablado así. Besó con suavidad sus fríos labios antes de levantarse y salir de la estancia.

En París, encontró a una Felicia que disfrutaba de sorprendente buen humor. Aún estaba más delgada, se había hecho cortar el pelo tan corto como un hombre y llevaba en la frente una cinta de seda azul sostenida por perlas en los costados. Sus cejas de carboncillo se curvaban en un arco casi invisible sobre sus ojos. Parecía feliz y cargada de energía. París le encantaba, y las noches pasadas en Maxim's o en los locales de artistas llenos de humo de Montmartre no conseguían quitarle nada de su fuerza. Estaba entusiasmada con los vestidos de noche de Coco Chanel, con sus relucientes y tintineantes adornos de moda, con sus trajes de corte recto. Estaba entusiasmada con la ciudad, con los cafés con terraza, con los comerciantes de los bulevares, con la bohemia en

las calles laterales y la jactanciosa elegancia de los Campos Elíseos. Fue a Versalles, pasó por las Tullerías, se detuvo asombrada en el Louvre y delante del Arco de Triunfo. Fue a pasear al Sena, ofreciendo el rostro al sol y respirando el verano y París.

En silencio, ausente, Wolff caminaba tras ella. En una ocasión Felicia le preguntó qué pasaba, y él, en un arranque de confianza, le habló de Kat. Para su sorpresa, Felicia reaccionó sin dejarse afectar mucho.

-Lo siento -dijo casi cortés, como si Kat fuera una conocida medio olvidada de otra vida. No logró ahuyentar el brillo de sus ojos. Se sentía libre, intocable por todo lo malo.

Wolff, que no sabía que casi vivía de la marihuana, la miró con odio.

-¿Qué te hace tan condenadamente feliz? -preguntó.

Era temprano, estaban sentados en un bar y mojaban cruasanes en un café. Felicia se había pintado los labios de un intenso rojo langosta que a Wolff le parecía espantoso.

-Quizá mis buenos negocios -repuso.

-¿Los de aquí en París?

-También. Pero no te imaginas lo profundamente involucrada en el mundo de las finanzas internacionales que estoy ya. -Sonrió triunfal-. Phillip Rath, ya sabes, el hombre que... -Se detuvo.

Wolff entrecerró los ojos.

-¿Sí?

-Es corredor de bolsa en Berlín. Lleva mis inversiones. Compra de acciones, ¿entiendes? No solo aquí, también en América, Wall Street. Las cotizaciones suben y suben y suben. Gano una fortuna con ellas. ¡Y por sí solas!

-Hum. -En los ojos de Wolff despertó una chispa de interés-. Ese... -odiaba pronunciar su nombre- ese Phillip Rath entiende su negocio, ¿no?

-Es fantástico. En los círculos financieros está considerado uno de los grandes. Le das unos billetes y, en un abrir y cerrar de ojos, duplica su valor.

Wolff siempre estaba atento a esas cosas.

-Haré averiguaciones sobre él. Si de verdad es tan bueno... quizá podría invertir también mis participaciones en la fábrica.

-De eso quería hablarte. Merece la pena considerarlo.

-Las inversiones siempre son riesgos.

-Todo en la vida es riesgo.

-¡Qué verdad es eso!

Wolff apartó asqueado su taza, en la que flotaban ya una serie de migas. La idea de un buen negocio le había reanimado, pero al mismo tiempo había transformado su abatimiento en agresividad. Tenía la sensación de haber mostrado un punto débil a Felicia al hablarle de su preocupación por Kat, ahora tenía que dar rápidamente la vuelta al asunto y herirla. Dotado de la fina intuición del astuto hombre de negocios, conocía sus heridas más ardientes.

-Ya que estamos en Francia -dijo con suavidad-, deberíamos visitar los campos de batalla de Verdún. Tu hermano Christian está enterrado allí, ¿no? Desde hace diez años...

Esta vez venció sobre la marihuana. La flecha alcanzó su objetivo y se clavó profundamente. Felicia palideció bajo el maquillaje.

-No -dijo con energía-. No. ¡A Verdún no! ¿Cómo... cómo se le ocurre? -Se levantó y salió a toda prisa del café.

Fuera brillaba el sol, pero era como si el aire tuviera un olor insípido, como si el otoño y las

nubes no estuvieran lejos, como si todo fuera gris... gris como las chimeneas de la fábrica y como los uniformes de los soldados.

Wolff se quedó mirándola y sonrió. Incluso había vuelto a llamarle de usted, de pura confusión. Pagó, se levantó, fue en pos de ella y pasó la mano bajo su brazo.

-Vamos -dijo-, ¡hacia futuros negocios!

Bajaron la calle con lentitud.

Jack Callaghan recorrió los visillos de la ventana de su despacho y miró la oscura calle. El Cadillac azul marino de Alex Lombard estaba aparcando delante. Alex bajó y abrió la puerta del copiloto a Patty Callaghan. Se dirigieron juntos hacia la casa.

Callaghan dejó caer los visillos y sonrió. Veía bien que Patty saliera con Alex. Era su única hija, acababa de cumplir diecisiete años, una niña vivaz e ingenua para la que un hombre mayor era seguramente más adecuado que uno joven. Y uno como Lombard mejor aún. Una cabeza despejada con instintos sanos y realistas, de muy buena apariencia y sin duda ningún santo, pero por lo pronto bastante saciado como para que las mujeres ya no pudieran engatusarlo con su mera existencia. Callaghan no habría tenido nada que objetar a un matrimonio entre ambos; al contrario, habría encajado de maravilla en sus planes. Como yerno, Alex quedaría permanentemente vinculado a la editorial, y él, Callaghan, podría retirarse con toda tranquilidad a sus posesiones rurales de California. Por lo visto, las cosas se desarrollaban conforme a sus intenciones. Se dirigió, bienhumorado, al vestíbulo.

-¡Pase a tomar un último trago, Lombard! -gritó a Alex, que estaba despidiéndose de Patty en la puerta.

Patty se dio la vuelta.

-¡Hola, papá! Hemos estado en un musical. Y antes hemos ido a comer en un barco en el puerto. ¡Ha sido absolutamente fantástico!

Callaghan se apartó los cabellos de la frente y sonrió a Alex por encima de ella. «¿No es encantadora?», preguntaba su mirada. Alex respondió a la sonrisa y asintió. Por supuesto que era encantadora, guapísima y de una fascinante juventud. Le gustaba salir con ella, contemplar junto a él en el coche su rostro vivaz y entusiasta, y le divertía cuando, con refinamiento a medias consciente y a medias inconsciente, se pegaba a él y levantaba la cabeza hasta que sus labios quedaban muy cerca de los suyos. Él sabía lo que Callaghan estaba esperando.

-Patty, pareces cansada, vete a dormir -dijo en aquel momento-. Alex, por favor, venga conmigo a la biblioteca.

Patty besó ligeramente a Alex en la mejilla antes de desaparecer. Callaghan cerró la puerta tras de sí y su invitado y sirvió dos vasos de whisky.

-Patty le quiere mucho -dijo de pasada.

-Oh, también yo -respondió Alex-. Es una chica encantadora.

Callaghan lo miró expectante, pero Alex se limitó a beber en silencio. Callaghan prosiguió:

-Está usted muy serio últimamente, Alex. Algo le bulle en la cabeza.

Alex rio.

-Este año he cumplido cuarenta y siete. Ha sido como una revelación para mí. De pronto, soy consciente de que me hago mayor, y en esa conciencia es probable que se empiece siempre a pensar acerca de la vida.

-¿Dudas? ¿Usted?

-Un poquito. Un poquito de incertidumbre acerca de si he vivido bien mi vida.

-¡Por favor, querido amigo! Es usted un hombre rico. Tiene todo lo que pueda desear. Influencia, dinero, amigos, una hermosa casa en Riverside Park, coches caros, y las mujeres caen a sus pies. ¿Dónde está el problema?

Alex, que quería cambiar de tema, dijo elusivo:

-¡Hablando de dinero! He tenido una conversación con nuestro departamento financiero. ¿Vamos a seguir comprando acciones?

Callaghan miró las llamas de la chimenea. Pensativo, dijo:

-Al contrario, Alex, al contrario. Muy cautelosa y discretamente, vamos a empezar a desprendernos de acciones. Sin llamar la atención.

-Pero... todo el mundo está comprando acciones.

-Precisamente. Eso es lo que me hace recelar. Soy perro viejo en el mercado del dinero, Alex, y si algo he aprendido a lo largo de mi vida es que a un boom como el que estamos viviendo solo puede seguirle un desplome, y nos llevará a las profundidades más abismales. La clara ley del ascenso y la caída. ¿Todo el mundo compra acciones? Sí, naturalmente, todo el mundo compra acciones. Al fin y al cabo, nada más fácil que eso. Diez, veinte por ciento de pago por adelantado, el resto a crédito, fantástico, y el columpio llega cada vez más alto. Y bien... ¿qué va a pasar?

Alex había escuchado con atención.

-Entiendo -dijo con lentitud-, ¿se refiere a qué va a pasar cuando de pronto los corredores de bolsa empiecen a cobrar los créditos?

-Cosa que harán en un momento no muy lejano. Desde 1923, las cotizaciones han alcanzado el triple de su valor, pero todo el mundo debe tener claro que antes o después se superará el punto culminante. Cuando esto ocurra las cotizaciones se desplomarán, los corredores reclamarán su dinero, presa del pánico, y los deudores tendrán que vender sus acciones para poder atender sus obligaciones. Tener que vender significa siempre derrochar. Las cotizaciones seguirán bajando, habrá ventas por pánico, el dólar se desplomará... ¡Ah, es inimaginable! Soy de naturaleza cautelosa, Alex, para mí aquí se está apostando demasiado alto, todo esto me resulta demasiado suntuoso. Creo en los altos vuelos, pero también creo en el gran crac. Y no quiero estar presente cuando ocurra. El mandato de este momento es: desprenderse de las acciones. Es mejor que invirtamos en fincas. ¿Está claro?

-Está claro -dijo Alex.

Callaghan sonrió.

-Después de este excursión, volvamos a usted. Debería fundar una familia. Sabe que vería con gusto que usted y Patty se casaran, pero también puede ser otra chica. Siente la cabeza... ¡interiormente, quiero decir!

-Déjeme tiempo, Callaghan.

-Pero, Alex, ¿no hablaba usted antes de envejecer? ¿No tiene claro el poco tiempo que la vida nos concede a cada uno de nosotros?

-Sin duda demasiado poco, eso es cierto.

-Hay... una melancolía en su ser que no entiendo. ¿Sabe lo que creo? Tiene usted nostalgia. ¡Echa de menos Alemania!

-¡Qué tontería! He vuelto la espalda a Alemania, y para siempre.

-Pero algo o alguien lo retiene allí. ¡Tanto, que ni siquiera puede disfrutar de sus millones!

-Callaghan, nadie me ha reprochado nunca que no disfrute de la vida. Al contrario.

-Porque quiere usted aparentar algo ante los otros. Pero no ante mí. Aunque conduzca cien coches fantásticos, vaya a los clubes nocturnos más caros y lleve del brazo a las mujeres más

bellas, en el fondo no le afecta, en realidad no significa nada para usted. Sea lo que sea lo que ha buscado usted en su vida, no lo ha encontrado.

-¿Ha encontrado usted lo que buscaba?

-Me está esquivando, Alex.

-Sí.

-¡Muy bien! -Callaghan suspiró-. Me rindo. Volvamos a las inversiones. Hay un hotel en San Francisco del que me gustaría hablar con usted. Creo que deberíamos comprarlo...

Benjamin Lavergne estaba sentado en el salón de Laetitia en Lulinn, y parecía tan desesperado que a la anciana casi le rompía el corazón. Se inclinó y sonrió para darle ánimos:

-Toma un sorbo de té, Benjamin, y te sentirás mejor.

-El té no me sirve de nada. Nada me sirve de nada. No puedo pensar más que en Felicia. Día y noche, ya no duermo. Hace dos semanas que no tengo noticias de ella. En el Adlon de Berlín siempre me dicen que acaba de salir. No puedo localizarla.

-¿Cuándo supiste de ella por última vez?

-En verano. Desde París. Envié una caja de juguetes para las niñas. Y una larga carta. Pero...

-Pero no es lo mismo que si estuviera aquí -añadió comprensiva Laetitia.

Benjamin asintió. Laetitia se levantó y fue hacia la ventana. Fuera, el viento otoñal revolvió las hojas en el patio, del oeste venían nubes de lluvia de un gris oscuro, bajas.

-Benjamin, te aconsejo que te independices de ella. No es una mujer que se ate. Da algo de sí misma, y luego sigue su camino. No tiene reposo, y créeme, probablemente para ella es peor que para ti.

-¿Qué la ha convertido en eso?

-¿Convertido? Creo que eso siempre estuvo dentro de ella. Cierta necesidad de respeto, hambre de poder, pero también mucha fuerza protectora. La tendencia a enamorarse de manera desdichada. El deseo de ser idealista, tierna, buena, que siempre ha luchado con su sentido de la realidad, su amor propio y su ironía. Una mujer contradictoria, que quizá simplemente no pueda llevar una vida rectilínea.

Benjamin había cogido la taza de té, pero volvió a dejarla haciendo ruido.

-¡Lo hace a costa de otros, Laetitia!

El gesto de Laetitia se volvió frío. Benjamin no era un hombre que a sus ojos significara nada; lo encontraba quejumbroso, blando y ñoño. Tenía preocupaciones, lo entendía, pero no había necesidad de hablar con esa voz quebradiza. La forma en que se sentaba, gris y encorvado, los fieles ojos azules mirándola implorantes, la irritaban.

«¡No seas injusta, Laetitia!», se llamó al orden, y de pronto pensó: «Pobre muchacho, me temo que mi Felicia es tu tragedia».

-¿A costa de otros? -repitió cortante-. Sí, quizá a veces a costa de otros. Posiblemente eso vaya de la mano con su capacidad de proteger a otros. ¿Hace falta que te diga que esa mujer, egoísta y egocéntrica en extremo, lo admito, ha hecho ya de todo? Aparte de haberle quitado Lulinn al incapaz de Víctor, y haber asegurado con eso a su madre, Elsa, una ancianidad sin preocupaciones, aparte de haber financiado los estudios de su hermano Jo y haber dado una buena formación escolar a su prima Nicola, aparte de haber cargado con mi hija Belle, mortalmente enferma, por una Rusia en llamas durante los años de la revolución, con los bolcheviques pisándoles los talones y temiendo ser detenida como espía alemana. Habría podido facilitarse mucho las cosas desentendiéndose, pero se quedó con Belle. Se quedó con ella hasta su último aliento. Y años

antes, en 1914, cuando los rusos invadieron Prusia Oriental y todos se marcharon, yo no podía irme porque mi marido estaba gravemente enfermo. Toda la familia, los criados, todos se fueron con las rodillas temblando, menos Felicia. Se quedó y, mientras arriba su abuelo se moría, ella bajó sola la escalera, al encuentro de los soldados rusos, y echó a esos tipos armados hasta los dientes como si fueran una bandada de pollos. Puedes decir que es egoísta, poco convencional, arbitraria y carente de escrúpulos, pero de una cosa puedes estar seguro: es una persona absolutamente leal, y si las cosas se pusieran difíciles, si de verdad tú y las niñas la necesitarais, estaría aquí y se plantaría delante de vosotros, y ¡que Dios se apiadara de vuestros enemigos!

Los ojos de Laetitia brillaban. Había hablado de un tirón, algo de su espíritu juvenil había despertado en su cuerpo viejo y achacoso y la calentaba como un fuego. Pero ni una chispa pasó a Benjamin. Era bueno y limpio como el agua clara de un manantial, que refleja el fondo, y el espíritu contradictorio, salvaje, hambriento, de mujeres como Felicia y su abuela le eran ajenos. Necesitaba calma, calor y refugio, el brillo del sol de la tarde en las pizarras de Skollna, el olor del heno, el canto de los grillos. Felicia le amenazaba con destruir su mundo porque le obligaba a mirar otro que no entendía y de cuya existencia no quería saber nada. Y comprendió que ella no le quería.

-Laetitia -dijo-, tengo que saber la verdad: ¿hay otro hombre para Felicia?

Laetitia estaba convencida de que sí, pero miró a Benjamin y vio con claridad que quería ser engañado.

-Vive para su trabajo -dijo-, no hay nada más que eso.

Las nubes se habían acercado y oscurecían el cielo. La lluvia golpeaba los cristales. Benjamin se levantó. De pronto, supo que Laetitia mentía. El horror cayó abruptamente sobre él, comparable al espanto que se había apoderado de él cuando, en 1915, se encontró por vez primera, en un cuerpo a cuerpo, en la inevitable situación de tener que clavarle la bayoneta a un soldado ruso. Se acordaba de que había sido como si el brillante acero perforase su cuerpo, como si fuera él el que derramaba su sangre sobre la tierra mojada de lluvia. La misma sensación le asaltaba ahora, la de estar moribundo y sin embargo escuchar admirado su propia y regular respiración. La diferencia era que entonces había podido aferrarse a la visión que a tantos soldados dio fuerzas para aguantar: aquello pasaría y él regresaría a casa, y el viejo y amable mundo se abriría para volver a encerrarlo en sus suaves brazos. Esta vez no había ningún viejo mundo, tan solo unas tinieblas hostiles e imprevisibles.

Por primera vez, tan clara, rápida y fugazmente como un relámpago, le vino la idea de que tenía que ser hermoso perder tierra bajo los pies, dejarse caer y saber que el miedo y la lucha habían pasado para siempre.

-Tengo que volver a casa con las niñas -dijo en voz baja, y salió de la estancia.

Laetitia se quedó mirándolo, tamborileó inquieta con los dedos en el respaldo de una silla. Luego fue al teléfono y pidió que le pusieran con el Adlon de Berlín. En recepción le dijeron que la señora Lavergne había salido de viaje por tiempo indefinido.

Felicia movía la cabeza a un lado y a otro sobre la almohada, su rostro brillaba empapado de sudor, echó atrás el cuello y respiró cada vez más deprisa. Su mano derecha se aferraba al brazo de Maksim y sentía la humedad de su piel entre sus dedos. El otro brazo lo tenía extendido, la mano se engarfiaba sobre la sábana, la arrancó del colchón y la arrugó. Sus piernas se cerraron en torno a las de Maksim, gimió más alto, se apretó contra él y luego lo apartó de sí. Casi furiosos, peleando, disfrutaban de cumbres orgiásticas, se separaban temblando, febriles, agotados no solo

por aquel combate, sino también por su permanente duelo singular, con el que se demostraban el uno al otro que eran igual de fuertes e independientes.

Se quedaron inmóviles durante minutos, luego abrieron los ojos y vieron la primera luz de la mañana colarse entre los visillos. Por una rendija pudieron distinguir el cielo; era de un azul profundo, pero el viento traía nube tras nube. De un minuto a otro, lo sabían, podía llover, e igual de deprisa volvería a salir el sol. Imaginaron el viento en sus cabellos, la arena en sus pies, el sabor salado del mar en sus labios, y tuvieron ganas de ir a la playa.

Había sido idea de Felicia ir a Sylt. Su creciente consumo de marihuana empezaba a preocuparla; creía que en la soledad, en la naturaleza, en algún sitio entre altas olas y blancas dunas, podría encontrar la forma de apartarse de la adicción.

-De vuelta a la naturaleza -se burló Maksim.

Felicia le respondió con energía:

-Nos estamos destrozando, Maksim. ¿No te das cuenta?

-Oh, sí, nos pudrimos. ¡Pero siempre es mejor que ser sociable en algún maldito lugar de vacaciones!

-No vamos a ir a Travemünde.

-Es que allí nunca conseguirías llevarme -dijo Maksim.

Finalmente se dejó engatusar, no sin burlarse de sí mismo todos los días, y alzó las cejas al ver el caserón en Kampen que Felicia había alquilado. Pero a pesar de todo y a pesar de ocasionales disputas, Sylt les sentó bien. La inquietud y la agitación desaparecieron de su ser. El otoño era claro, seco y soleado, y el aire, frío y limpio.

Caminaban a lo largo del mar, junto a la rompiente, volvían el rostro al viento y gritaban cuando las olas les mojaban los pies. Subían de Kampen a List y regresaban, ya casi no notaban los pies, pero se sentían tan ligeros que habrían podido seguir caminando hasta el fin del mundo. Poco antes de llegar a List pudieron ver el sol descender hacia el mar como una ardiente bola roja, mientras el cielo se oscurecía sobre sus cabezas y el frío de la tarde se abatía sobre la playa y las dunas. Cuando emprendieron el camino de vuelta era ya de noche, sobre las dunas brillaba la luna, y el mar susurraba con más fuerza. Caminaron estrechamente unidos y en silencio, sumidos en una paz que nunca antes había reinado entre ellos. «Quizá sea porque es como si aparte de nosotros no hubiera nadie más en el mundo», pensó Felicia. Sintió tristeza, porque se daba cuenta de que una retirada de la vida como esa siempre estaba limitada en el tiempo, y que su fin se hacía visible a cada minuto.

A veces se levantaban por la mañana temprano e iban a pasear por diques nublados junto a un mar de algodón, acompañados tan solo por unas cuantas gaviotas. En alguna taberna solitaria se tomaban un aguardiente de hierbas, cambiaban unas palabras con los hombres apoyados en la barra y seguían su camino; intocados por la realidad, durante raras y mágicas horas eran dos personas sin pasado y sin futuro. Por las tardes solían sentarse en pequeños restaurantes, bebían vino y comían pescado y miraban las llamas de la chimenea.

-¿Crees que cuando seamos viejos, tengamos el pelo blanco y estemos encorvados, volveremos a sentarnos aquí y cerraremos la puerta al mundo? -preguntó Felicia.

Los ojos de Maksim se posaron en los suyos; eran jóvenes y divertidos.

-Probablemente. No volveremos a decirnos ni que nos queremos ni que nos necesitamos, sino que entramos en la fase difícil de nuestra vida y, como quizá lo más difícil de todo es vivir la vida hasta el final, es posible que pasemos nuestra ancianidad juntos.

-Hasta entonces...



-Hasta entonces nos desearíamos de manera infame y desalmada -dijo Maksim, y entre las miradas de desaprobación de algunos de los otros clientes, se inclinó sobre la mesa y besó a Felicia en la boca.

Sara tenía afecto a la casa de la Prinzregentenstrasse y no pudo compartir el entusiasmo de Martin cuando, una noche, le contó que por fin había encontrado trabajo y podían permitirse una vivienda propia.

-¡Me ha contratado una editorial! Por fin, Sara, ¿no es maravilloso? ¡Ya no necesitamos vivir de Felicia!

-Hemos vivido de mi salario -recordó Sara-, Felicia solo nos ha dejado vivir aquí porque no quería que la casa estuviera vacía.

-Da igual. Ahora somos independientes. ¿No te alegras?

-Pero tú querías ser escritor. ¿Qué va a ser ahora de tu novela?

-Ya he pensado en eso. La escribiré los fines de semana y por las noches. Ojalá no te moleste demasiado que la máquina tabletee todo el tiempo.

-Eso no. Pero temo que te esfuerces demasiado.

-Seguro que no -dijo Martin, audaz-. Eh... por otra parte, ¡ya tengo una casa para nosotros!

La casa estaba en la Hohenzollernstrasse, tenía dos dormitorios, cocina, baño y un pequeño balcón que daba al patio trasero sobre cubos de basura y niños jugando. Se encontraba en buen estado, pero era un tanto oscura y angosta. Mientras escalaban los sombríos peldaños que llevaban arriba, Sara volvió a tener uno de sus momentos de clarividencia y dijo:

-Martin, no puedo explicarlo, pero tengo la sensación de que esta casa es nuestra trampa. No hay una segunda salida, ¿no? Tan solo el portal por el que hemos entrado.

-¡Sara, la mayoría de las casas solo tienen una puerta!

-No. Normalmente hay una segunda que da al patio.

-Bueno, pues aquí tienes que salir por delante y luego entrar en el patio. ¿Qué tiene de malo?

-Nada -dijo Sara. Se avergonzaba de su temor.

-Bueno, ¿te gusta la casa? -la apremió Martin.

Sara comprendió que había puesto todo el corazón en eso.

-Me gusta. Deberíamos alquilarla. -Fue rauda a la ventana, a atrapar unos rayos de sol que caían en picado por entre los cristales y pintaban unas manchas doradas en los raídos visillos.

-«Muere y sé» -dijo pensativo Maksim.

Jugueteó con una larga brizna de hierba, dejó escapar unos granos de arena por entre los dedos, bajó la vista hacia las landas, que despedían un brillo violeta y un dulce olor a grosella. Era un día claro y fresco, pero el sol aún calentaba las vertientes de las dunas protegidas del viento.

Felicia estaba sentada en la arena. Llevaba pantalones largos, un grueso jersey de lana, y tenía las piernas encogidas. No se había cepillado el pelo ni maquillado el rostro, y sin el habitual perfil de kahal sus ojos grises parecían extrañamente infantiles y vulnerables.

-«Muere y sé» -repitió ella el verso de Goethe, y trató de hurgar en las profundidades de su memoria para encontrar lo que había aprendido al respecto en el colegio-, quieres decir...

-Quiero decir que no nos iremos de aquí como hemos venido. Estábamos destrozados en Berlín. No me refiero a la marihuana. Es simplemente que habíamos perdido todo lo que es importante para nosotros. Vivíamos sin saber por qué ni para qué, y lo más peligroso era que disfrutábamos

de celebrar a lo grande nuestra ruina. Ha sido la mejor ruina que dos personas hayan tenido nunca.  
-Maksim rio-. Era tan fantástica que no queríamos detenerla.

-¿Vamos a detenerla ahora?

Él la miró pensativo.

-Quizá sería lo mejor.

Felicia se reclinó. El sol le calentaba el rostro y una ola del especiado aroma otoñal de las landas llegaba hasta las dunas.

-Creo -dijo en voz baja- que nunca dejaré de ir en pos del dinero.

-Qué sabes tú lo que vendrá -dijo vagamente Maksim. Seguía dejando caer la arena por entre los dedos.

Felicia contempló sus manos y pensó: «Qué extraño es que lleve un cuarto de siglo amando a este hombre y ahora sus palabras me pongan triste».

-Por primera vez desde la revolución vuelvo a sentirme fuerte -dijo Maksim-, ¿entiendes? Ha desaparecido el cansancio, el desconsuelo, el vacío. Vuelve algo que ya creía perdido para siempre. Felicia, ¿crees que es posible empezar completamente desde el principio una segunda vez, a pesar de todas las experiencias y decepciones, y a pesar de saber que uno es pequeño y mortal?

Ella se sentó y apoyó la mano en el brazo de él.

-Claro que es posible -dijo-, ¡por supuesto!

«El Rin. La corriente de Alemania, no la frontera de Alemania.» Así rezaba el tema del examen escrito de reválida en alemán con el que Nicola llevaba cinco horas peleándose. Mordió desesperada la punta del plumín mientras escribía palabra tras palabra. Era la Pascua de 1928, y parecía como si el verano ya hubiera empezado. Había un sol cálido sobre Berlín, en todos los jardines florecían los tulípanes, los narcisos y las violetas, y el aire aterciopelado estaba lleno del zumbido de las abejas. El sol caía también por las altas ventanas del aula y dibujaba arabescos luminosos en la mesa. Nicola suspiró y lanzó una nostálgica mirada fuera.

«Qué tema tan idiota -pensó-. Yo nunca he visto el Rin, y me da completamente igual dónde están las fronteras de Alemania.»

Sus pensamientos vagaron. En busca de Serguéi, su nuevo amigo, ruso exiliado, con el que el día anterior se había pasado media noche bailando en el Rio Rita, en la Kurfürstendamm. Naturalmente, Elsa se había opuesto a que saliera por la noche el día antes de su primer examen de reválida, pero Nicola había explicado:

-¡Estaré mucho mejor si no me aburro mortalmente aquí toda la tarde!

Elsa se había quedado mirándola mientras se iba, envuelta en uno de sus fulares de seda oscuros, con una redecilla de lamé plateado en la cabeza. Cuando volvió a casa eran las tres de la mañana, y cuando la despertaron a las siete estaba tan cansada que decidió renunciar a su examen de reválida. Pero Elsa se lanzó a las barricadas. Se produjo una larga y acalorada discusión, en cuyo curso Nicola al menos se despertó del todo.

-¿Para qué necesito esa estúpida reválida? ¡Me casaré con Serguéi y llevaré una vida sin preocupaciones!

-¡En mi vida he oído una cosa tan idiota! Antes de la guerra aún se podía hablar así, pero los tiempos han cambiado. ¿Qué sabes tú cómo será el futuro, y si siempre tendrás un marido que te atienda? Mi generación fue educada así, luego vino la guerra y nos quedamos desvalidas en medio de las ruinas. ¡Las mujeres modernas deberían aprender de eso!

-Yo no quiero aprender nada. Yo quiero vivir.

-Para vivir, tienes que valerte por ti misma.

A regañadientes, Nicola se puso por fin en camino, consolada tan solo por el hecho de que el final de su etapa escolar estaba ya al alcance de la mano.

Serguéi la esperaba a la una a la puerta del colegio. Era un joven alto, de ojos aterciopelados y curioso acento, que remarcaba mucho y que las amigas de Nicola calificaban de muy sensual. Muy raras veces atendía su trabajo -tenía algo que ver con inmuebles- y, por lo demás, estaba mortalmente enamorado de sí mismo. Llevaba zapatos puntiagudos, corbatas de llamativo estampado y sombreros de dandi. Para celebrar el día, le había llevado a Nicola un gran ramo de flores.

-¿Qué tal te ha ido, pequeña? -preguntó con ternura.

-¡Oh, ha sido espantoso! Reaccionario y desesperadamente aburrido. Me temo que mi trabajo no sea suficiente.

-No te preocupes por eso. Tan solo olvídalo. ¡Ahora, vamos a jugar al tenis!

Serguéi era miembro del famoso club de tenis Rojo y Blanco, e iba al menos tres veces por semana al lago de Hundekhelesee, en Grunewald, donde el club tenía su sede.

-No sé -dijo Nicola, dubitativa-, mañana hay latín, y...

Serguéi torció el gesto.

-¡Latín! ¿Cómo se puede pensar en el latín en un día de primavera como este?

-Pero esta noche tengo que...

-Esta noche -dijo Serguéi, y la atrajo hacia sí- iremos al Barberina.

El Barberina era una de las salas de baile más caras y mundanas, y Nicola la adoraba. Mientras el sentido del deber y el deseo de goce luchaban en su interior, oyó de pronto su nombre a su espalda.

-¿Nicola von Bergstrom?

Se volvió. Detrás de ella estaba Benjamin Lavergne.

Llevaba un traje gris que le sentaba mal, un sombrero anticuado y calcetines de distinto color. Su arrugado rostro tenía una palidez fantasmagórica. Nicola solo lo había visto tres o cuatro veces en su vida, pero aun así le sobresaltó su aspecto. Al lado del atildado Serguéi, parecía un ser de otro planeta.

-¿Quién es este? -preguntó Serguéi en ruso, levantando una ceja.

-El marido de mi prima -repuso Nicola, también en ruso-. ¡Me pregunto qué se le ha perdido aquí!

-Nicola, llevo toda la mañana esperando a la puerta del colegio -dijo Benjamin. Le temblaba la voz-. Tú... ¡llegas tarde!

-Reválida -respondió Nicola con ligereza. Se echó atrás los negros cabellos-. ¿Qué puedo hacer por ti, Benjamin? ¿Por qué estás en Berlín?

-Tengo que hablar a toda costa con Felicia.

-Podrías haber llamado.

-Es demasiado importante. Además, nunca la encuentro en casa. Se trata de... de Belle, la hija de Felicia...

-¿Belle? ¿Qué le pasa?

-Por favor, Nicola, ¿dónde está Felicia?

Nicola titubeó. Durante los últimos años, se había encontrado a Felicia al menos dos veces por semana con Maksim en un club nocturno o en un bar, así que conocía la relación entre ambos. Sabía incluso dónde vivía Maksim, porque el verano anterior lo había recogido en una ocasión junto con Felicia con un taxi, para ir juntos al Wannsee. En el fondo, Nicola lo sabía todo y no sabía nada de esa relación; en cualquier caso, tenía claro que no era imprescindible que Benjamin lo supiera.

-¡Nicola, por el amor de Dios, dime dónde puedo encontrarla! ¡Por favor!

-Bueno, yo...

El rostro de Benjamin se puso aún más gris, sus labios empalidecieron.

-Nicola, no tienes que... Quiero decir... Sé lo de ese otro hombre...

-Oh... -A Nicola no se le había ocurrido eso. «¿Cómo lo sabe, en nombre del diablo?», se preguntó. Poco a poco, empezaba a temer que se desplomara en cualquier momento, tenía todo el aspecto de ir a hacerlo. Si a Belle le pasaba algo malo, Felicia tenía que saberlo.

-¿No podemos irnos de una vez? -gruñó Serguéi.

-Enseguida. Benjamin, si de verdad es tan importante...

Nicola mencionó la dirección de Maksim.

La frente de Benjamin estaba cubierta de gotas de sudor.

-Gracias, Nicola. -Se volvió abruptamente y subió a un taxi que esperaba.

Nicola se quedó mirándolo.

-Ojalá no haya cometido ningún error.

-¿Vienes o no?

-¿No irá a pegarle un tiro a Maksim?

-Ese no -respondió Serguéi con total convicción-, no tiene sangre caliente rusa. ¡Como mucho se pegará un tiro él!

Nicola rio a carcajadas.

-Y además fallará. ¡Ven, vámonos!

Subieron al elegante descapotable blanco y Serguéi arrancó haciendo chirriar las ruedas.

Pasó un rato hasta que Benjamin averiguó que Maksim Marakov vivía en la parte interior de la casa, un hecho que jamás habría tomado en consideración. Al no encontrar el nombre, lo primero que pensó fue que aquella víbora de Nicola le había mentado, y volvió a romper a sudar. Cuando por fin llegó a la parte trasera de la casa, cruzando el sucio patio, fue como si sus peores sueños se hubieran hecho realidad. Maksim Marakov... Aquel nombre tenía algo de fantasma, de espíritu siempre renacido. El rival de los días anteriores a la guerra, el rival también ahora. Y el vencedor.

Nicola no se había percatado de su truco, gracias a Dios. Su afirmación de que lo sabía todo había sido una jugada inteligente, eso y su fingido miedo por Belle. Como entonces, cuando había interceptado las cartas de Kat, no lograba sentirse triunfante por su astuto proceder. Se pasó por la frente la mano temblorosa. ¡Dios mío, si ese día hubiera pasado ya!

Una mujer gruesa que limpiaba la escalera le miró con desconfianza.

-¿Adónde va? -preguntó, mirando sus calcetines de distinto color.

-A casa de Maksim Marakov -graznó Benjamin. Había perdido el control tanto de sus manos como de su voz.

-No está -le dijo la mujer.

-Oh... entonces... esperaré, si me lo permite.

-¡Usted mismo! -Lo dejó pasar de largo ante su cubo y su fregona y le gritó aún-: ¡Tercer piso, segunda puerta a la izquierda!

No había ninguna placa en la puerta, pero Benjamin estaba seguro de haber ido al sitio correcto. Se sentó en el tramo de escalera de enfrente, contempló la descascarillada madera de la puerta y el raído papel pintado que la rodeaba y se sintió frío y vacío.

Estuvo horas sentado allí. En un par de ocasiones pasaron unos niños que lo miraron sorprendidos, dos chicas subieron la escalera, se rieron entre dientes y una le tiró del pelo. En sus vestidos se agitaba el aroma de la primavera, y le recordó que fuera el mundo seguía existiendo y la vida seguía su curso habitual. Le parecía que su propio tiempo había pasado, que acababa en aquella puerta que tenía delante.

En las primeras horas de la tarde apareció Maksim. Como siempre que oía pasos, Benjamin retrocedió, desapareció detrás del hueco donde giraba la escalera y se asomó por la barandilla. Reconoció a Maksim enseguida, aunque hacía años que no lo había visto. Pudo observar cómo se detenía delante de la puerta y buscaba la llave. Llevaba un fajo de papeles debajo del brazo, los cabellos oscuros revueltos, la corbata floja. «Por el amor de Dios, ¿qué es lo que ve en él?», se preguntó desesperado Benjamin, mientras su imaginación le mostraba imágenes desafortunadas de implacable crueldad: Maksim y Felicia envueltos en un furioso abrazo, Maksim y Felicia en la cama. Sintió náuseas, y se apresuró a taparse la boca con la mano.

Poco después de Maksim llegó Felicia. Benjamin la reconoció enseguida por la forma de andar. Su corazón estaba a punto de estallar. Había encendido la luz de la escalera, una fea y pelada bombilla colgando del techo que arrojaba una luz chillona. Benjamin casi no se atrevía a respirar. Observó a Felicia detenerse, sacar un espejito y la polvera del bolsillo y empolvase la nariz. Llevaba un vestido de verano verde con estampado de flores, con un echarpe verde en torno al talle bajo, y encima un abrigo de mohair marrón. No llevaba sombrero, y sus cabellos habían vuelto a crecer; ahora le llegaban hasta los hombros y tenían un brillo más rojizo que antes. «Se tiñe el pelo», pensó horrorizado Benjamin. Su madre siempre había hablado en el tono del más profundo desprecio de las mujeres que lo hacían. Fascinado, observó cómo se repasaba los labios. Felicia era una extraña para él, en aquel pasillo pelado, en aquella fea escalera, pero en ese mismo momento fue consciente de que nunca había sido otra cosa que una extraña para él.

Cuando llamó a la puerta, Benjamin creyó que se iba a morir, pero ese tormento no fue nada comparado con el que sintió cuando Maksim abrió y ambos estuvieron el uno frente al otro. Había intentado imaginar aquella escena durante toda la tarde. Se la había imaginado tempestuosa, enamorada, un poquito dramática, como la había visto en las películas y en los libros. Nada de eso tuvo lugar en aquel pasillo. Fue mucho peor: ni un abrazo ni una tempestad, solamente miradas familiares y tiernas, tranquilas y claras como el día de primavera que había fuera, naturales como el sol, amables como el aire aterciopelado. Felicia levantó la mano y acarició suavemente la mejilla de Maksim, él dijo algo en voz baja, sonriente, y retrocedió para dejarla pasar. La puerta se cerró tras ellos.

Benjamin se levantó con lentitud. Se quedó mirando la puerta con ojos ardientes. Sin fuerzas, aturdido, bajó a trompicones la escalera, incapaz de enfurecerse, débil y enfermo. La mujer que había estado limpiando por la mañana estaba sentada en el último peldaño. Delante de ella había otra mujer, con un bebé en brazos y un cigarrillo en la mano. Ambas interrumpieron su charla cuando Benjamin pasó tambaleándose, con la mirada extraviada.

-Eh, joven -dijo la mujer del cigarrillo-, ¿no se encuentra bien?

Benjamin las miró, mudo, y siguió su camino.

-Ese está en las últimas -constató la otra mujer, y movió entristecida la cabeza.

Felicia yacía de espaldas y fumaba un cigarrillo. A su lado se había tendido Maksim, apoyado en un codo, y le acariciaba el pelo. Del patio llegaba el griterío de niños que jugaban.

-Me vuelvo a la Unión Soviética -dijo en voz baja Maksim.

Felicia dio una profunda calada a su cigarrillo, exhaló el humo y le miró, perdida en sus pensamientos.

-Ya me lo imaginaba.

-No falta ni un año para que Mascha vuelva de Siberia. Quiero estar allí cuando llegue a casa. Posiblemente tenga dificultades, y necesita a alguien que se ponga en contacto con su abogado.

-Sí, lo entiendo.

Maksim le quitó el cigarrillo y dio un par de caladas.

-¿Y tú? ¿Adónde te llevarán tus caminos?

-No lo sé. Todo seguirá como hasta ahora. Munich, Berlín y de vez en cuando Insterburg. -Torció el gesto-. Volveré a ser una fiel esposa.

-¿En serio?

-Claro. Cuando te vayas.

-¿De verdad crees en el único, verdadero y gran amor en la vida de una persona? -preguntó

Maksim.

Felicia recuperó el cigarrillo.

-¿Quieres que te cuente una cosa, Maksim? He llegado a los treinta y dos años sin saber si la respuesta a esa importante pregunta es un sí o un no. ¡No tengo ni idea!

-Entonces nunca creerás en eso.

-¿No?

-Siempre creerás en ti. No en el amor, en Dios, en la vida eterna o en el purgatorio, sino sencillamente en ti.

Felicia suspiró.

-Lo que pasa, Maksim, es que no creo que nada sea duradero, y soy mi única magnitud previsible. Creo que todo pasa y que, al final, solo nos queda el recuerdo de algunos breves momentos.

-Nos quedarán los años veinte. -Maksim deslizó suavemente el dedo índice por la nariz de Felicia-. Siempre has sabido que era algo temporal, ¿verdad?

-Sí. ¿Cuándo te vas?

-No lo sé... En otoño...

-¡Y vuelves a creer en Lenin! -Felicia se rio del camarada de la pared, que durante tres años había sido testigo mudo de sus encuentros íntimos. En cualquier caso, las botellas vacías de champán habían desaparecido. Maksim había renunciado a tales distracciones.

-Creo en Lenin de manera distinta que antes, pero creo en su doctrina -dijo.

Fuera, la tarde daba paso a la noche, la oscuridad entraba en la habitación. Felicia apagó el cigarrillo. Se acurrucó más entre las mantas.

-Maksim, hay una cosa que quiero preguntarte hace mucho: ¿te arrepientes de este tiempo que has pasado conmigo? ¿Te atormenta haber sido débil?

Maksim sonrió.

-Puedo vivir con mis debilidades -repuso.

-Yo también -dijo Felicia. Le besó y supo que nunca le hablaría de Belle, su hija. Nunca.

Benjamin bajó del tren en Insterburg. Una mujer desconocida le pasó el bolso de viaje por la ventanilla.

-¡Casi se le olvida! ¡Tiene que tener más cuidado con sus cosas!

-Gracias -dijo Benjamin con indiferencia, y cogió el bolso.

Caminó como a ciegas por el andén. Una florista le puso un ramo de tulipanes delante de las narices, pero él pasó de largo sin prestarle atención. Arrolló a un anciano, que se indignó:

-¿No puede tener más cuidado?

Benjamin ni siquiera se volvió para mirarlo. Salió a la explanada de la estación y llamó a un taxi.

-A Skollna -dijo, y se dejó caer en el asiento trasero.

-Podría ser el negocio de tu vida -dijo implorante Phillip-, solo necesitas un poco de valor, claro, pero prácticamente no hay riesgo. ¡De veras, de lo contrario no te lo habría aconsejado!

-Te creo -dijo, titubeante, Felicia.

Ella y Phillip estaban comiendo con Jo y Linda en el restaurante del Adlon, y celebraban el nuevo negocio que Felicia y Phillip habían hecho. En sentido estricto, Felicia aún no lo había entendido todo, salvo que se trataba de una compra de acciones de enormes dimensiones y que

había tenido que pedir un crédito que empeñaba la fábrica hasta el techo. Dos factores habían terminado por inclinar su decisión: por una parte, Phillip siempre le había traído suerte y, si todo iba como estaba previsto, podía triplicar su patrimonio. Por otra, también Wolff participaba en la transacción, lo que al menos aliviaba a Felicia de la incómoda sensación de ser la única responsable.

-Creo que aún tengo que acostumbrarme a vivir prácticamente a crédito -dijo, y alzó su copa-. ¡Salud! ¡Por todo el dinero del mundo!

Linda rio entre dientes, Jo compuso una sonrisa forzada.

-Yo no lo habría hecho -repuso-. No te lo tomes a mal, Phillip, pero me parece demasiado arriesgado. Por otra parte, no entiendo lo bastante de estas cosas.

-Eres jurista, eso es -respondió Phillip-, y nunca se ganará a un jurista para un negocio realmente bueno. Conocéis demasiado bien el lado oscuro de la humanidad.

-No hablemos más de esto, o no podré dormir -decidió Felicia-. Esta noche vamos a divertirnos. Así que comed, bebed y no pongáis caras serias.

Habían llegado al postre cuando un camarero se acercó a su mesa y pidió con discreción a Felicia que se pusiera al teléfono.

-Una llamada para usted, madame. La dama dice que es urgente.

-Voy. -Felicia se levantó.

En el vestíbulo, se encontró a Nicola y Serguéi. Los dos iban de camino al bar.

-Ah, Nicola, ¿cómo van los exámenes? -preguntó Felicia, todavía bajo el hechizo de sus negocios.

Nicola la miró sombría.

-Peor que mal. Hoy tocaba latín, y solo puedo decir que es improbable que haya traducido correctamente ni una sola frase.

-Seguro que sí lo habrás hecho -la consoló Felicia, distraída y demasiado optimista.

El rostro de Nicola se iluminó.

-Adivina lo que estamos haciendo aquí, Felicia. ¡Quiero decir, lo que vamos a celebrar ahora mismo!

-Ni idea. ¿La vida como tal?

-No. Nuestro compromiso. Serguéi y yo vamos a casarnos.

Serguéi sonrió estúpidamente, y Felicia se preguntó si aún podría disuadir a Nicola de semejante proyecto.

-Qué... bonito, Nicola. Mis felicitaciones, Serguéi. Hablamos luego de eso, ¿eh? Tengo que atender el teléfono. -Todavía perdida en sus pensamientos, cogió el auricular-: Felicia Lavergne.

-¿Felicia? -Era la voz de Laetitia.

-¡Abuela! ¡Qué bien que me llames! Pero te suena rara la voz. ¿Es culpa del teléfono o ha pasado algo?

-Felicia, tienes que venir enseguida. Enseguida, ¿me oyes? Es Benjamin, él...

-Sí, por el amor de Dios, ¿qué le pasa?

-Felicia, niña, lo siento tanto, acabamos de enterarnos... Se ha matado. Benjamin se ha pegado un tiro.

Felicia miró el auricular como si fuera un espíritu maligno. Detrás de ella resonaban voces; trozos de frases, risas, gritos volaban por el iluminado vestíbulo. Vestidos de seda, perfume, entrecocar de copas... todo su mundo pasaba bailando delante de ella y al mismo tiempo se le escapaba, se le volvía ajeno y lejano.



-¡Felicia! ¿Sigues ahí?

-Sí, abuela. Lo he entendido todo. Llegaré lo más rápido posible. -Colgó, se volvió pesadamente y se encontró con el joven y radiante rostro de Nicola.

-¿Una noticia de Benjamin, Felicia? Había olvidado por completo preguntarte si llegó a encontrarte ayer.

Felicia apenas pudo abrir los labios.

-¿Cómo?

-Estuvo en Berlín. Por... Oh, Dios, Felicia, ¿no le pasará nada a Belle? Le di la dirección de Maksim Marakov porque... ¡Oh, Serguéi, sujétala! ¡Creo que va a caerse!

Por primera vez en su vida estaba enferma, rota, cansada, al borde de sus fuerzas. No podía seguir; todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos sus planes terminaban en la tumba de Benjamin en el cementerio familiar de Skollna.

Más adelante, casi no sabía cómo había soportado el entierro. Durante todo aquel tiempo había estado oyendo llorar a Elsa en silencio y estornudar a Victor con estrépito, porque estaba acatarrado y había olvidado el pañuelo en casa. Gertrud llevaba un sombrero de lana negro y daba constantemente el pésame a Felicia, y Modeste irradiaba su habitual autocomplacencia, apretaba la mano de su prometido y contemplaba llena de compasión a su prima.

Cuando el día se acercó a su fin, cuando el sol se puso y los pájaros aumentaron su trino en el claro y fresco aire de la tarde, cuando Belle y Susanne, hartas de llorar, confundidas y totalmente desbordadas, estuvieron en sus camas, Felicia pudo retirarse también al fin, y el ensimismamiento de pesadilla en el que había pasado la jornada dio paso a una cristalina desesperación. Se había instalado en el dormitorio de la fallecida Susanne Lavergne, el mismo en el que Benjamin había puesto fin a su vida. Cerró la puerta con fuerza. Sabía que si alguien iba ahora a hablar con ella gritaría. Especialmente si era Minerva, que le describía por centésima vez el terrible momento en el que había encontrado muerto a Benjamin.

-Imagínese, es por la tarde, y yo estoy abajo en la casa y riego las flores, y naturalmente no pienso en nada malo, ¿verdad? Y entonces se oye el tiro. Me asusté tanto que dejé caer la regadera y pedí ayuda. Pero no vino nadie, y subí corriendo las escaleras. Enseguida pensé que el tiro había sonado en el dormitorio de la difunta señora, y cuando entro... ¡Jesús, qué susto! El señor está tirado en el suelo, con su pistola al lado, la de la guerra, ¿sabe?, el señor había estado en el frente oriental, y junto a su cabeza hay mucha sangre...

Las criadas habían recogido y limpiado la estancia, no quedaban huellas de aquella tarde dramática. Felicia se sentó en el sofá, encogió las piernas y se las abrazó. Tenía frío, con su fino vestido negro y en la helada estancia en la que el espíritu de la muerta Susanne seguía vivo... junto al aura de un hecho espantoso. De alguna manera eran una misma cosa: Susanne, su cuarto, Benjamin. Una vez más, creyó oír la voz excitada de Minerva: «Enseguida supe que el tiro había sonado en el dormitorio de la difunta señora...».

Lo supo enseguida. Como si el destino de Benjamin estuviera relacionado con ese cuarto más que con ningún otro.

Pero también estaba relacionado con ella, pensó con dura sinceridad.

Se quedó sentada, dejó pasar los minutos y trató por vez primera de entender al hombre con el que se había casado diez años antes.

Cuando la puerta se abrió sigilosamente y Laetitia entró como una sombra, levantó la cabeza.

-¿Abuela? ¿Sigues aquí? ¿Por qué no te has ido con los otros?

-Pensé que podrías necesitarme. -Se sentó junto a su nieta, y Felicia apoyó la cabeza en su hombro.

-¡Si no te tuviera a ti! Es tan maravilloso que siempre lo entiendas todo.

-Porque nos parecemos mucho, Felicia.

-Soy mucho peor que tú. He...

-No, no. No enumeres ahora tus fechorías, o me marearé -dijo Laetitia, que intuía una marea de autorreproches y temía poder refutar solo una mínima parte-. ¡No sirve para nada!

-¡Abuela! -Los ojos de Felicia se oscurecieron de preocupación y miedo-. Abuela, durante los últimos años no he hecho más que decirme que no puedo quedarme quieta y mirando, porque no lo soporto. Sabía que si me ponía a pensar me echaría a llorar, por padre y Christian, tía Belle y Leo, porque nada de lo que quería para mi vida había sido verdad. Lo he conseguido, nunca me he quedado quieta. Pero ahora no puedo más. Se acabó. Tengo que mirar, y no puedo soportarlo. Benjamin está muerto por mi culpa, ¿quién me absolverá jamás de eso?

-Nadie. Pero deberías tener dos cosas en cuenta: por una parte, un suicida no solo se ve impulsado a su acto por los fallos de su entorno. Ese impulso está en él, desde el principio. ¿Cuál es la condición que hace aguantar a una persona y capitular a otra? Un problema interesante y, por más vueltas que le des, solo llegarás a que la solución está en el propio ser humano. No la encontrarás en otra parte. La otra es que, antes de sentarte aquí y arañarte la cara, deberías examinar la sinceridad de tu arrepentimiento. Después de todo lo que ha sucedido: ¿actuarías de otro modo? ¿Renunciarías a tus negocios, tus viajes, al ruidoso y chispeante Berlín? ¿A Maksim Marakov y vuestras noches sin duda envidiablemente tempestuosas?

-Abuela, por favor, yo...

-No renunciarías. No harías las cosas de otro modo. Ahora tomarías exactamente lo que quieres, como hiciste antes, tan solo te quejarías un poquito. Y considerando todo esto, en realidad puedes ahorrarte los lamentos.

-Tú... eres tan despiadada...

-No. Tan solo intento ver con objetividad las cosas. ¿Qué ha sucedido? Dos personas que no tenían que ver una con otra se han casado. Lo hiciste con cierta sangre fría, porque sabías muy bien que no eras la mujer con la que él soñaba. Él no sabía nada, se adentró en aquel matrimonio con la credulidad de un niño que no ve más allá de los límites de su mundo. Pero no era ningún niño, ¿entiendes? Era un adulto, y sea lo que sea lo que quieras cargar sobre tus espaldas, no tienes por qué eximirle de la responsabilidad que un adulto tiene sobre sí mismo.

-Yo era la más fuerte. Tendría que...

-Podrías haber sido más amable. Desde luego. Pero, ¿sabes?, estoy harta de que los fuertes siempre tengan que tener la culpa de las tragedias de este mundo solo porque lo son, y porque de vez en cuando se olvidan de coger de la mano a los débiles.

-Le he tratado mal -insistió Felicia, pero notaba ya el efecto fresco y apaciguador que las palabras de Laetitia tenían en su alborotado ánimo.

-¿Te ha hecho feliz? -preguntó por su parte la anciana, y cuando Felicia negó con la cabeza refunfuñó-: Exacto. Has sido tan poco feliz con él como él contigo, solo que tú acabaste con eso. Te voy a contar una cosa: una vez, hace mucho tiempo, vino a verme a Lulinn, y se lamentó y se quejó y me preguntó si había otro hombre para ti, y de pronto pensé: «Pobre muchacho, mi Felicia es tu tragedia». Pero no era verdad. Su tragedia empezó antes de ti, tiene sus cimientos aquí, en esta habitación, en la que puso fin a su vida. -Laetitia miró a su alrededor, sus ojos se detuvieron en el cuadro de Susanne-. Él no era capaz de vivir. Un pájaro al que nunca le salieron alas.

Felicia suspiró. Lo que Laetitia decía sonaba inteligente y razonable, pero en algún rincón de su corazón quedaba una duda que le roía. No podía borrar los acontecimientos. Benjamin siempre le había sido ajeno, pero seguía siendo verdad que una persona que se había unido a ella no encontró otra salida que quitarse la vida.

-Ahora tengo que vivir con eso -dijo en voz baja con desesperación.

Laetitia la miró con dureza.

-Puedes vivir con eso. ¿Qué harás? ¿Volverás con Marakov?

-Maksim deja Alemania. Quiere ir a la Unión Soviética. Van a liberar a Mascha el año que viene. En los ojos ancianos e inteligentes de Laetitia palpó algo, un conocimiento aparejado con el dolor. Con dedos ásperos, agarró la mano de Felicia.

-Ya ves. Ya tienes que pagar. No tienes por qué atormentarte, otro apunta las deudas por ti. Pagarás tu precio por tu forma de vida, y créeme, hija mía, será alto.

29 de octubre de 1929. Wall Street hervía. La gente se apiñaba a los pies de los rascacielos de los bancos, los coches pitaban, los caballos de la policía montada relinchaban, los gritos resonaban contra los muros. La histeria llenaba la angosta calle. Los jactanciosos vehículos de los grandes accionistas se abrían paso trabajosamente. Acudían cada vez más policías.

El dólar se desplomaba.

Se desplomaba desde el jueves de la semana anterior. Los bancos aún habían reaccionado con la rapidez del rayo a las primeras ventas por pánico en la bolsa, creando un fondo de emergencia y enviando a un agente del J. P. Morgan Jr. Bank a comprar cantidades ingentes de acciones a su antigua cotización, por un total de doscientos cuarenta millones de dólares. Con eso habían conseguido una engañosa estabilización, que se derrumbó el lunes. El martes, las acciones caían a tal velocidad que los indicadores de la bolsa no daban abasto a ser reescritos. El mortal círculo se aceleraba minuto a minuto. A las comisarías de policía de Nueva York llegaban las noticias de los primeros suicidios.

-Lo que estamos viendo -le dijo Jack Callaghan a Alex- es el desplome de una década dorada. El fin del mundo por segunda vez desde la guerra. Ahora empieza la travesía del desierto.

Se había reunido con Alex y Patty en Wall Street para ser testigo de aquellas dramáticas escenas de las que la radio informaba en boletines especiales desde primeras horas de la mañana. No le daba placer alguno lo que veía, pero no podía por menos que entregarse a cierta satisfacción interior. Su estrategia había sido correcta. Apenas le amenazaban pérdidas dignas de tener en cuenta.

-Es espantoso, papá -dijo Patty, que llevaba un fular blanco de chifón en torno a la cabeza y miraba las masas rugientes con los grandes ojos de una hermosa muñeca-, esa pobre gente. Ahí detrás acaba de desmayarse una mujer.

-Sí, aquí hay existencias que se están viniendo a pique -dijo Alex-, no es un espectáculo muy edificante. Y no es solo Nueva York. El mundo entero se tambalea.

-Estoy expectante por ver qué traerán los años treinta -dijo Jack-. En el fondo empiezan precisamente ahora, en estos días. Preveo catástrofes, Alex, y mis intuiciones nunca me han engañado.

-¡Oh, Dios, papá, basta! ¡Quiero irme a casa! ¡Todo esto es demasiado espantoso!

A Callaghan le costaba un visible esfuerzo irse, pero Alex apoyó a Patty e insistió en volver enseguida.

-No saldremos del todo intactos -dijo-. Deberíamos estar localizables por teléfono.

Callaghan asintió bienhumorado. Durante el camino a casa, canturreaba en voz baja.

Cuando llegaron, una excitada secretaria acudió a su encuentro.

-Señor Callaghan, una llamada desde San Francisco. ¡Es el director de su hotel!

Callaghan se puso al aparato. Escuchó un tiempo con el ceño fruncido y luego gruñó:

-Sí, es terrible, pero no puedo hacer nada. Tenga cuidado de que no se repita. Fíjese muy bien en los nuevos huéspedes, y dé a los sospechosos una habitación en el primer piso. ¡Como máximo!

Colgó y se volvió hacia Patty y Alex.

-Ahora va en serio. Ahora sí que va en serio. Tres clientes han ocupado apartamentos en el piso

12 de nuestro hotel solo para tirarse por la ventana. Otros hoteles anuncian las mismas incidencias. Macabro, ¿no? Esos inversores arruinados invierten sus últimos fondos en suicidarse.

-Por el amor de Dios, hombre, ¿se ha vuelto loco? -rugía Tom Wolff en el auricular. Estaba pálido como la cera, le temblaban los labios, sudaba por todos los poros. Se había pasado todo el día tratando de encontrar a Phillip Rath en Berlín, sin que la operadora le diera más información que la estereotipada respuesta: «Lo siento, la línea está ocupada».

Wolff había rugido como un toro, había recorrido furioso la estancia, había apurado un aguardiente tras otro e insultado con tal vehemencia a su secretaria que esta se despidió llorando.

Eran casi las seis y media cuando lo localizó. Y tenía los nervios rotos.

-¿Qué significa que los bancos quieren inmediatamente su dinero? No tengo dinero. No tengo más que mi empresa hipotecada y... -Escuchó mientras los dedos se le humedecían y el latir de su pecho convertía su respiración en un jadeo convulsivo-. ¿Pignorar? ¿Qué significa eso? ¿Quiere arruinarme? No permitiré que... -Se le quebró la voz. Tenía luces delante de los ojos. Buscó una silla. Tuvo que sentarse-. ¡Que Dios se apiade de usted, Phillip! ¡Que Dios se apiade de usted si no me saca de esta! Usted es el responsable, y usted sacará el carro de la mierda, ¿me oye? Usted lo arreglará, o no es más que un borracho de mierda, ¿me entiende?, un borracho de mierda y un ladrón corrupto que nunca me ha perdonado que le quitara a una mujer, tan asqueroso como la basura, desecho, escoria espiritual...

«Pi, pi, pi», sonaba en el teléfono. Wolff tardó un rato en comprender que la conversación había terminado. Dejó caer el auricular, que dio unos cuantos brincos colgando de su cable y por fin se quedó basculando con lentitud. Caminó vacilante hasta un sillón, se desplomó pesadamente en él, jadeando. A su lado, en el suelo, yacía arrugada su chaqueta; sacó de un bolsillo lateral el tubito de las pastillas para el corazón.

-Tiene exceso de peso e hipertensión -le había dicho el médico-, evite las alteraciones de todo tipo. Está en una edad en la que no se puede ser frívolo.

«¡Evite las alteraciones! ¡Oh, ese ángel ingenuo!» Wolff se metió una pastilla en la boca, la tragó sin agua. Su respiración era cada vez más pesada. Miró el despacho a su alrededor: todos esos muebles jactanciosos, las paredes revestidas de roble, las alfombras persas, los viejos grabados detrás del escritorio, símbolos de su éxito, de su riqueza, de su energía y de su ilimitada confianza en sí mismo.

De pronto, había tanto silencio. Como muerto. El ligero pitido del teléfono era el que hacía perceptible el silencio. Y el tictac del reloj de pared. El tiempo pasaba.

-No es cierto -decía Felicia-, no es cierto.

Sus labios formaban esas palabras una y otra vez, suplicantes, enfáticas, febriles... La copa de coñac que tenía en la mano se le escapó y se rompió con estrépito en el suelo. Miró los fragmentos como si fueran lo único tangible en un mundo que giraba demasiado deprisa, cuyos destinos eran demasiado inesperados.

-Lo siento... Estoy tan torpe hoy... -Se arrodilló para recoger los pedazos.

-Déjalo -dijo Phillip. Su voz sonaba ronca-. Por favor, Felicia, la señora de la limpieza lo hará mañana.

Ella lanzó un grito. Del dedo corazón de su mano derecha goteaba sangre.

-Ahora encima me he cortado. De verdad que es...

La sangre caía en gruesas gotas. Phillip se arrodilló a su lado y le envolvió el dedo en un

pañuelo, que se empapó en segundos, y Felicia palideció.

-Fíjate. ¡Cómo se puede sangrar así por una sola esquirla! ¡Cómo se puede sangrar así!

En su voz había histeria. Phillip sacó un segundo pañuelo y lo envolvió en torno al primero.

-No te pongas nerviosa -dijo tranquilizador-, parará enseguida.

Se sentaron juntos y contemplaron el dedo herido. En el despacho de Phillip solo había una lámpara encendida, que volvía la estancia cálida y confortable. Ninguno de los dos dijo nada. Felicia escuchaba el latir de su corazón, que se extendía caliente y martilleante hasta su dedo, y miraba a Phillip, su rostro tenso, los primeros cabellos grises encima de la frente. También a él hoy todo se le escapaba de las manos, la tragedia de Wall Street era también su tragedia, como la de miles de personas. También la de ella. Lo había invertido todo, todo. Lo que poseía estaba hipotecado. Iba a perderlo. Iba a perder todo su patrimonio, y tenía que quedarse mirando cómo ocurría.

-Se acabó -dijo.

Phillip alzó la cabeza. Tenía los labios tan apretados que a su alrededor se dibujaba una línea blanca.

-Es culpa tuya, Phillip, me tienes sobre tu conciencia. Tú has...

En los ojos de él ardió la ira.

-Es mejor que no discutamos acerca de quién tiene a quién sobre su conciencia. ¡Quizá sea mejor que no hablemos de conciencia en absoluto!

Ella se olvidó del dedo. Dispuesta al ataque, como una gata arrinconada, bufó:

-¡Siempre me has odiado! Me has odiado desde tu regreso de Francia. ¡Has hecho todo lo que has podido para traerme hasta donde ahora estoy!

El rostro de él palideció aún más. Por primera vez en todos aquellos años, la pétrea máscara cayó; debajo aparecieron unos rasgos heridos, atormentados.

-Sí -dijo con firmeza-, sí, te he odiado. Quizá aún siga odiándote, quizá lo haga el resto de mi vida. Pero no te he arruinado intencionadamente. Si esto es una venganza, lo es del destino. No mía.

Sus últimas palabras sonaron suaves, y eso la desarmó. De pronto, se avergonzó de su acusación. Dios sabía que Phillip habría tenido todo el derecho a tratarla de un modo distinto a como lo había hecho a lo largo de los últimos años. Lo miraba y se daba cuenta de su indefensión.

Le tocó suavemente el brazo.

-Perdóname, por favor. He sido muy injusta. Es que de pronto me he sentido tan sola y vulnerable... Me siento sola desde la muerte de Benjamin. Extraño, ¿eh? Prácticamente no vivía con él, pero ahora me doy cuenta de que él siempre estaba detrás de mí y, por débil que fuera, me apoyaba de manera incondicional. Ya no me queda nadie, solo mi dinero. Y eso... -rio desvalida, solo para no llorar- también se ha ido ahora.

-¿Maksim Marakov ha vuelto a Leningrado?

-Sí. Con Mascha Laskin.

Se miraron, suspiraron y trataron de volver atrás todos aquellos años, hasta la época en la que eran lo bastante jóvenes como para no creer en las derrotas.

-¿Seguirás llevando la oficina? -preguntó Felicia.

Phillip negó con la cabeza.

-Estoy arruinado. Espero poder pagar mis deudas de alguna manera. Y luego... quizá abandone Alemania.

-¿Para ir adónde?

-A Francia. Lo que no carece de cierta ironía, si se piensa que fue allí donde estuve en las trincheras y donde perdí la pierna. Debí haberme quedado para siempre. -Miró el dedo de Felicia-. Ha dejado de sangrar -constató.

Felicia se levantó y ayudó a levantarse a Phillip. Él retuvo su mano.

-¿Qué es lo próximo que vas a hacer, Felicia?

-Me voy a Munich. Tengo que hablar con Wolff, y lo más seguro impedir que se tire al Isar. Por lo demás -se forzó a sonreír-, no te preocupes por mí. De alguna manera, siempre caigo de pie.

Elsa estaba totalmente confundida.

-Me temo que no puedo ayudaros. Podéis disponer de mis ahorros, pero van a servir de poco.

-De nada -dijo irritado Serguéi. Su traje blanco le colgaba arrugado, su fascinante sonrisa había desaparecido. Sin su habitual fulgor, sus rasgos tenían algo de borroso. Resultaba marcadamente antipático.

Nicola, que desde hacía tres meses era su esposa y desde hacía cuatro semanas, madre de una niña, le cogió la mano.

-Saldremos adelante -le consoló.

Serguéi retiró desabrido la mano.

-¡No digas tonterías! -la increpó-. ¡No entiendes nada!

-Pero Serguéi, yo...

-¡Cierra el pico! ¡No sé de dónde voy a sacar el dinero para llenaros la barriga a ti y a tu bebé, y te plantas aquí y desvarías en vez de ayudarme!

-Anastasia también es tu bebé -repuso herida Nicola.

Elsa, para empeorar la situación, añadió en tono de reproche:

-¿Por qué tuviste que especular en bolsa, Serguéi? ¡De eso nunca sale nada bueno!

A Serguéi se le notaba que le costaba trabajo dominarse.

-Si dejaseis de lloriquear, quizá podríais preguntaros qué voy a hacer ahora. Creo que no tenéis ni idea de lo que está pasando ahí fuera. El mundo se derrumba, ¿entendéis? ¡Y estoy metido en la mierda hasta el cuello!

-¿Y si preguntamos a Felicia...? -dijo Nicola con timidez.

Serguéi se dejó caer en el sillón más próximo con un movimiento teatral.

-¡Oh, Dios, oh, Dios, eres tan ignorante! ¡Nuestra querida Felicia está bajando exactamente hacia el mismo arroyo, pero más deprisa de lo que puedes verla! Si metieras a veces la naricita en otra cosa que en revistas de moda, por ejemplo en un periódico, sabrías que Wolff & Lavergne se enfrenta a la quiebra total. ¡Se acabó, liquidado, *finito*! Felicia puede intentarlo como vendedora de salchichas o señora de la limpieza, si acaso...

-¡Ya basta, Serguéi! -El rostro abatido de Elsa se tensó-. ¡En mi presencia, nadie habla en ese tono de mi hija!

-Perdón -gruñó Serguéi. Miró lleno de odio a las dos mujeres.

-Tía Elsa, ¿qué vamos a hacer? -preguntó Nicola en tono de lamento.

Los ojos de Elsa eran grandes, redondos y perplejos.

-Ah, niña, no lo sé. ¿Quizá tú puedas aceptar algún trabajo?

-Esa es una idea espléndida -terció Serguéi-, la única pregunta es en qué campo se encuentran las dotes de madame. Al menos yo no he advertido ninguna capacidad destacada.

-¡Eres tan malo! -Nicola rompió a llorar-. Antes no preguntabas si era tan lista como tú o no. Pero ahora... -Cogió un pañuelo.

Elsa pasó un brazo a su alrededor, con ánimo de consuelo.

-Eres muy lista, Nicola. Tan solo has vivido un poquito demasiado bien. Ven, vamos a tomar un café y... ¿Qué pasa? -Vio que Serguéi hacía enérgicas señales a Nicola.

-Sí -dijo Nicola titubeando-, queríamos preguntarte otra cosa, tía Elsa. Es que... Mira, Serguéi no va a poder mantener su casa, y queríamos preguntarte si los tres, Serguéi, Anastasia y yo, podríamos vivir contigo algún tiempo... gratis...

-Somos una familia, Nicola. Naturalmente que podéis vivir aquí. Y nos alcanzará para comer todos. Al fin y al cabo, todavía tenemos Lulinn.

Nicola abrazó a su tía. Pero en los ojos de Serguéi ardió una chispa perversa. Le había humillado profundamente tener que pedir ayuda a Elsa, y sentía la apremiante necesidad de vengarse cuanto antes.

-No estéis tan seguras en lo que atañe a Lulinn -repuso-. No habéis oído nada, ¿no? En los círculos financieros cuentan que Felicia Lavergne especuló en bolsa en mucha mayor medida de lo que nadie sospechaba. El hecho es que ha hipotecado Lulinn hasta el techo. Así que -Serguéi se puso en pie, relajado, sintiéndose mucho mejor-, si no se os ocurre pronto algo, el banco empeñará hasta la última margarita silvestre que nazca en el fértil suelo de vuestra casa solariega, ¡de eso sí podéis estar seguras!

-¿Quieres pasar? -preguntó Patty en la puerta de la casa. Sonrió tentadora-. Mi padre no está -añadió.

Alex dudó un momento y la siguió. Patty dejó caer el abrigo al suelo y fue canturreando hacia el salón.

-¿Qué te apetece tomar? -gritó.

Alex se detuvo en la puerta.

-Un martini, por favor.

La observó mientras trajinaba detrás de la barra. Llevaba un vestido ligero de encaje beis, y su rubio cabello brillaba a la luz de la única lámpara que había encendido. Una niña hermosa y malcriada...

Ella advirtió su mirada y se volvió.

-¿Por qué me miras así?

Él sonrió.

-Lo sabes, ¿no?

Ella fue hacia él, le tendió una de las copas.

-Estás un poquito callado esta noche, Alex. Todo el tiempo.

Alex no respondió, sino que se limitó a tomarse el martini, un poco demasiado deprisa. Él y Patty habían estado en una fiesta en el Village, una de esas fiestas habituales con champán, música y charla superficial. Naturalmente, también se había hablado de Wall Street... y de las consecuencias del gran crac. El viernes negro había aclarado las filas de la elegancia neoyorquina. Gente que no faltaba a ninguna fiesta no había aparecido en esta ocasión.

-¿Has visto a Sam por alguna parte? -preguntó uno.

-¿No te has enterado? -respondió otro-. Los millones de Sam han volado. Probablemente ahora esté pensando si se pega un tiro en la cabeza o emigra al extranjero en mitad de la noche.

Otro parlotaba:

-¡Dios mío, la pobre Maggie Sullivan! ¡Con lo que presumía de sus pieles, sus joyas y su rico



esposo! Ahora está llevando los vestidos a la casa de empeño, y ya no aparece por el peluquero... ¡Al menos no por su caro peluquero de la Quinta Avenida!

Esos trozos de conversación llegaban desde todos los rincones. Alex no podía evitar oírlos. De pronto el champán resultaba insípido, los rostros vacíos a su alrededor le aburrían. «Hatajo de miserables -pensaba-, siempre en la cumbre, siempre los mejores amigos, pero ¡ay de aquel que no pueda seguimos el paso! ¡Lo dejaréis caer más rápido que a la famosa patata caliente!»

A lo largo de diez años había vivido, festejado, bebido y reído con esa gente. De pronto, estaba harto de ella. Tan harto que no hubiera tenido nada en contra de que todos hubieran saltado al Hudson y nunca volvieran a salir a flote.

-¿En qué piensas? -preguntó Patty. Había puesto el gramófono. Una canción de amor, baja, triste, resonó en la estancia. Le echó los brazos al cuello-. ¿Subimos?

Alex dejó su copa. Sus manos se posaron en el cuerpo de Patty. A través de la seda podía sentir que su piel tenía que ser cálida, suave y lisa. Medio ingenua medio provocadora, ella se pegó a él. Levantó la cabeza, separó los labios, y Alex tocó suavemente lo que se le ofrecía tan de buen grado. Luego apretó su boca contra la de ella, la acarició, hasta que Patty se entregó sin voluntad a él, esforzándose sin vergüenza alguna en que las zonas más íntimas de ambos entraran en contacto. El juego de sus labios se hizo más suave. Alex se separó de ella, pero dejó las manos posadas en su cuerpo. Patty lo miraba con los ojos muy abiertos, extasiados.

-Oh, Alex, ha sido...

Él se inclinó y volvió a besarla, fugazmente tan solo, como a modo de despedida. Sentía lo que había ocurrido, porque para él había habido parte de rutina, mientras que Patty parecía muy alterada y fuera de sí.

-Ven arriba -repitió.

Alex la soltó y agarró su copa de martini.

-No creo que a tu padre le gustara.

-Él no está aquí.

-Aun así, o precisamente por eso, tendría algo en contra.

-¡Ah! -Patty le miró furiosa-. ¡Ya no soy una niña! ¡Pero voy a convertirme en una solterona, porque todos los cobardes como tú creen siempre que mi padre podría tener algo en contra!

-Patty, querida, en determinadas circunstancias tu padre me daría igual, pero tal como están las cosas... -Formuló su frase con cautela-: esta noche algo ha cambiado dentro de mí. He tomado una decisión... Voy a dejar América. Regreso a Europa.

-¿Cómo?

-Tengo una necia y sentimental nostalgia, hace ya algún tiempo. Me gustaría volver a ver Alemania, a mi familia, lo que quede de ella...

-Probablemente una mujer también, ¿no? -bufó Patty.

Él fue a cogerle la mano, pero ella se soltó y salió corriendo hacia su habitación. Oyó sus fuertes pasos en la escalera. Después de un momento de vacilación, la siguió y la encontró atravesada en su cama. La escena era de película, y sin duda Patty estaba imitando a las estrellas de sangre caliente a las que se podía ver todos los días en el cine. Sobre ella se abombaba un dosel de encaje de seda amarilla, ante las ventanas colgaban cortinas azul noche bordadas con estrellas de oro, sobre los blancos y mullidos cojines había grandes muñecas de porcelana. La habitación era como Patty, y Patty era como la habitación. Alex miró divertido a su alrededor, luego se sentó en el borde de la cama.

-Patty, no llores. Vamos a seguir siendo amigos siempre, ¿eh?

En vez de responder, ella se incorporó, le echó los brazos al cuello y siguió llorando en su hombro. Él la dejó hacer, hasta que sus lágrimas se secaron y tan solo sollozaba de vez en cuando.

-¿Quién es esa mujer? -preguntó con fina intuición-. ¿Qué es tan especial en ella como para que después de diez años la eches de menos y quieras regresar a su lado?

-No hay ninguna mujer -respondió vehemente Alex, pero involuntariamente se abrió paso hasta su mente la imagen de una chica de ojos fríos y grises, en brutal contradicción con esa habitación con un cielo estrellado y su rubia habitante-. Lo que me empuja es este sentimiento de hastío... Demasiado dinero, demasiado champán, coches demasiado hermosos y personas demasiado superficiales. En aquel momento, en Alemania, escapé del final de mi mundo, de las estampas que había visto en la guerra, de la miseria de la gente, del gran derrumbamiento. Pero de vez en cuando quizá uno tenga que volver a sus raíces.

Patty le miró sin comprender.

-¡Pero aquí tienes todo lo que quieres! Dinero, prestigio, amigos, una buena vida. ¡Tienes a América! ¿Por qué tienes que ir a la pobre y pequeña Alemania, que ha empezado y perdido miserablemente una gran guerra? ¡Tú mismo dijiste en una ocasión que no entiendes a los alemanes y no te sientes alemán! ¿Qué te vincula aún a ese país?

Él sonrió, burlándose de sí mismo.

-Nada... -respondió-, tan solo... es mi patria.

-¡Qué absurdo!

-Llámalo absurdo si quieres. Quizá lo sea. -Se levantó e insinuó una leve reverencia a modo de despedida-. Pero aun así me voy. ¡Simplemente, quiero ver a quién me encuentro de la vieja guardia!

Se dirigió hacia la puerta. Patty se rehízo y fue tras él. Se detuvo en la galería y lo vio bajar la escalera y coger el sombrero en el vestíbulo.

-¡Mi padre nunca te dejará ir! -le gritó-. ¡Jamás!

-¡Pero niña! -Él se volvió de nuevo-. ¿De verdad crees que voy a pedirle permiso?

La puerta de la casa se cerró tras él. Patty se quedó mirando, un sollozo trepó hasta su garganta.

«Volverás -pensó furiosa-, no encontrarás la paz allí como no la has encontrado aquí. Esa mujer, quienquiera que sea, te echó una vez, y lo hará de nuevo. ¡Volverás!»

Martin estaba en la ventana de la sombría vivienda de la Hohenzollernstrasse y miraba la oscura calle. Era tarde; algunos transeúntes aislados se dirigían aún a sus viviendas. Llovía ligeramente, la lluvia de noviembre envolvía las farolas de la calle.

-¿Qué pasa? -preguntó Sara-. ¿Por qué estás a oscuras?

Había entrado en el cuarto sin que la viera y se acercaba. Martin la intuyó más que verla: su figura esbelta, un tanto huesuda, el vestido de algodón con estampado de flores, los lisos cabellos castaños. Buscó a tientas su mano.

-He terminado mi novela hace media hora -dijo.

-Oh, ¿de veras?

Sara sabía que había trabajado como un poseso, aporreando noches enteras su viejísima máquina de escribir; algunos fines de semana no se había metido en la cama desde el viernes hasta el domingo. A veces Sara se levantaba y veía su figura encorvada en el escritorio.

-¿No deberías dormir un poco? -le preguntaba entonces.

Él respondía sin levantar la vista:

-Enseguida voy. ¿Qué hora es?

-Las cuatro de la mañana.

-Entonces ya no vale la pena. ¿Me puedes hacer un café?

Así que había terminado. Y, por mucho que rindiera tributo a sus ambiciones artísticas, el primer pensamiento que tuvo Sara fue: «¡Gracias a Dios, ahora quizá vuelva a escribir para un periódico y consigamos un poco de dinero!».

No había querido abrumarlo con ese asunto, porque pensaba que las preocupaciones económicas mataban la creatividad, pero los problemas empezaban a desmoralizarla. La mayor parte de su salario se iba en el alquiler, a partir del día 20 de cada mes el tendero empezaba a fiarle, y sin ayuda de su madre no habrían salido adelante.

-No parece feliz, Martín -dijo Sara. A la pálida luz de las farolas, podía ver que había un rasgo tenso en torno a su boca-. Tendrías que sentirte aliviado.

-No. Me siento vacío y a la vez revuelto, se me ha arrebatado algo que durante meses era parte integrante de mi vida, quizá mi única realidad. Es como si ya no me quedara nada.

-Quizá deberías comer algo -propuso Sara, que había conservado su sentido práctico.

Martín rio.

-Tal vez no sea mala idea. Pero, ¿sabes?, aparte de mi libro he tenido que pensar en algo muy distinto... en Wall Street.

-¿Wall Street? ¿Qué tenemos nosotros que ver con eso?

-Todo el mundo tiene que ver con eso. Se nos vienen encima tiempos muy difíciles. Sectores enteros de la economía se derrumban, habrá paro, quizá vuelva a haber inflación, hambre, escasez de vivienda... todas esas tragedias que desmoralizan poco a poco a un pueblo. Que lo vuelven enfermo y propenso...

-¿Propenso a qué?

-Los nazis -dijo Martín, y de pronto su rostro estaba lleno de odio-. Con cada golpe que la República sufre, los nazis suman puntos.

-No suficientes puntos.

-Oh, sí. Tienen una fantástica propaganda, y puedes estar segura de que aprovecharán en su beneficio todo lo que ocurra a partir de ahora. Esa gente me da miedo. No puedo despacharlos como unos locos inofensivos. Saben demasiado bien qué teclas tienen que pulsar. Distinguen los puntos débiles de la gente y los utilizan para sus fines. Además, tienen un simpatizante en el presidente de la República.

-¡Hindenburg no va con los nazis!

-¿Estás segura? ¿Si las cosas se ponen feas? No puedes negar cierta inclinación hacia la derecha al sagrado vencedor de Tannenberg.

-Aun así... los nazis no tendrán éxito. Se ponen constantemente en ridículo. Fíjate nada más en sus tropas de choque. ¿Puedes imaginarte una sola persona normal que no mueva la cabeza cuando se encuentra con la gente de las SA o las SS?

-Yo solo sé -dijo Martín, sombrío- que una propaganda refinada ha metido ya las ideas más extrañas en la cabeza de gente razonable.

Ambos callaron y miraron fuera. Unas cuantas calles más allá, resonaban los pasos de pesadas botas. El canto de batalla de las SA se colaba entre los muros de las casas. «Banderas al viento...» Sara tragó saliva. Martín rio; su risa sonó forzada.

-Ahora, Sara, profeta, mira dentro de tu misteriosa alma judía y dime: ¿van a ir al infierno esos de ahí fuera, o subirán al cielo como el famoso cometa?

Sara le miró.

-Claro que van a ir al infierno -dijo-, como todo lo que está mal desaparece en algún momento. Martin volvió a sonreír con tristeza y ternura.

-En algún momento -repitió-, claro, en algún momento...

Tom Wolff volvió a casa en Nochebuena poco antes de las once, aunque Kat había invitado a cenar a ocho personas y le había pedido que fuera puntual. No quería ver a nadie, y esperaba que los visitantes ya se hubieran ido. Entró con cautela en el salón. Gracias a Dios, no había nadie. Delante de la chimenea estaba el árbol de Navidad, un gran abeto de ramas muy abiertas, derrochadoramente cargado de espumillón, oropel y grandes bolas doradas. En lo alto tenía clavada una enorme estrella de cinco puntas.

Wolff contempló el árbol.

-Qué estupidez -refunfuñó-, sin duda vamos a ir a la bancarrota, pero tenemos que tener un árbol. Como en nuestros mejores tiempos. -Luego se dejó caer en un sillón y estiró las piernas. Las últimas semanas habían sido difíciles para él, había adelgazado mucho, parecía cansado y resignado. Ya ni siquiera tocaba los cigarrillos.

La puerta se abrió y entró Kat. Llevaba un vestido plateado largo hasta los pies, y una rosa plateada en sus cortos rizos negros.

-Ya pensaba que no ibas a venir -dijo-, he despedido a nuestros invitados porque pensé que no querrías verlos. ¿Dónde estabas?

-Con Felicia. Hemos vuelto a repasar nuestros libros, discutido todas las posibilidades. No sirve de nada. Estamos acabados.

-¿Felicia está en casa? ¿En la Prinzregentenstrasse?

-Sí. Sola en esa gran casa. Probablemente pierda incluso sus fincas de la Prusia Oriental, pero - por su rostro pasó una expresión de reconocimiento- hay que concederle a esa mujer que tiene carácter. Delante de mí, ni derramó una lágrima ni pasó tiempo lamentándose. «Ahora cada uno de nosotros tiene que intentar salir adelante por sus propios medios», dijo.

-¿Cómo está?

-Muy mal. Su situación es bastante desesperada. Es viuda, tiene dos hijas... ¡De todos modos, la situación de quién no es desesperada! La mía al menos... ¡Ah, mierda! -Enterró el rostro entre las manos.

Kat se sentó cautelosamente junto a él en el brazo del sillón. «No huele a alcohol», notó él, y por primera vez fue consciente de que desde aquellos dramáticos días de octubre ella no había vuelto a beber. Levantó lentamente la cabeza.

-Oh, Kat, Kat, ¿qué voy a hacer? ¡Todo ha terminado! ¡Se acabó!

Agarró sus manos en busca de ayuda, y de pronto la atrajo hacia sí, apoyó la cabeza en su hombro, y todo lo que le agobiaba, lo que tanto había pesado durante toda su vida, lo que yacía enterrado bajo el Tom Wolff que el mundo conocía, brotó de él: su infancia desolada, la amarga pobreza, el tiempo en que había mendigado para reunir dinero para un par de zapatos, las humillaciones a manos de los ricos, la manera en que día tras día había apretado los dientes para soportar la vida, las burlas de los compañeros de colegio, su madre tísica, su padre, al que una vida miserable había convertido en un lisiado espiritual, su huida en medio de la noche, la burla de los burgueses establecidos de Munich, su ira impotente...

-Sí, lo entiendo. Lo entiendo.

Una y otra vez había luchado para vencerlos a todos, a los pseudoaristócratas fanfarrones con sus

larguísimos árboles genealógicos y sus pulidos modales, su distinguido aspecto de mierda y sus palabras grandilocuentes...

-Sé cómo eran, los conozco.

Él alzó la cabeza, la miró fijamente.

-Tú eres como ellos. Te has burlado de mí como todos ellos. Soy la última mierda para Cassandra Lombard, siempre lo he sido y siempre lo seré, ¡admítelo!

-Yo no me he burlado de ti. Pero nunca te he querido.

-Sabe Dios que no, nunca lo has hecho. Y yo que pensaba que llegarías a quererme. Te he cubierto de joyas, te he regalado viajes y coches, tenías que tener la mejor de las vidas, todo el dinero que quisieras... Pero tú me mirabas con ojos ausentes, y durante todos estos años tus pensamientos han estado con un barón ruso y con ese antiguo oficial que nos ha conducido hasta esta penosa situación. ¡Es realmente una ironía del destino! -Rio estridente-. ¡Es una ironía del destino que Felicia Lavergne y Tom Wolff acaben arruinados por ese hombre! Y yo que esperaba no tener que pagar por mis pecados hasta el más allá... Bueno, da igual. Sea como fuere, madame, nuestros buenos tiempos han pasado. Antes o después tendremos que salir de esta casa. Probablemente no encontraré trabajo ni vivienda, así que es posible que tenga que pensar en mi herencia.

Volvió a reír, con esa risa aguda y desesperada que Kat nunca le había oído antes.

-Es cosa del diablo, ¿no te parece? En última instancia, Tom Wolff regresa al lugar de donde salió. A esa granja dejada de la mano de Dios en algún punto de la frontera checa, donde la gente vive como hace cien años. Esa es la moraleja de mi historia: jamás intentes abandonar el lugar que te ha sido asignado. ¡Caerás de bruces, una y otra vez!

-Saldremos adelante -dijo relajada Kat.

-Sí, tú saldrás adelante. Exactamente igual que Felicia. Y aunque se os quite todo lo que tenéis en este mundo, nunca os irá tan mal como a mí. ¿Por qué? Oh, mesdames nunca pierden la conciencia aristocrática. No venís de la mierda, por eso nunca podéis ir a parar a ella. Felicia y tú podéis ir vestidas de harapos, pero siempre seréis las hijas de buena familia que nunca olvidan lo que sus gobernantas les enseñaron una vez. En cambio yo... Es gracioso, no lo había entendido hasta ahora: ¡podría convertirme en el hombre más rico del mundo y seguiría siendo Tom Wolff, el que salió del arroyo!

Se separó de Kat, a la que había estado todo el tiempo abrazado en busca de ayuda, y se puso en pie.

-Si quieres, Kat... Te ofrezco el divorcio. Yo quería hacer de ti una reina, pero el sueño se acabó, y no puedo pedirte lo que viene ahora. No pondré obstáculos en tu camino. Tú... -hizo un movimiento irónico señalando la puerta con la mano- ¡eres libre!

Kat siguió sentada, inmóvil. El rostro de Wolff mostró durante un segundo un rastro de su antigua arrogancia.

-¿Qué pasa? ¡En cierto modo, el sillón en el que estás sentada ya pertenece al banco! Vuelve a casa de tu padre, o irás a parar a mi granja abandonada.

-Me quedo -dijo Kat.

-¿Cómo?

-Me quedo. Estamos casados, estamos juntos, así que me quedo.

-¿Qué pasa con... Phillip Rath?

-Eso fue antes. Pasó. Las cosas ocurren, no podemos cambiarlas, y no podemos recuperar lo que

ha pasado. Para mí Phillip pertenece a otro tiempo, igual que Andreas. No debió ser, desde el principio. Creo que sería una decepción que intentara encontrar y revivir mi propio pasado.

Tom Wolff contempló su cabeza erguida, la boca estrecha con los labios claramente dibujados. De hecho, ya no era como antes. Las penas, las preocupaciones, el alcohol, le habían quitado la amabilidad y endurecido su rostro.

-No quiero compasión -repuso impaciente, y en el mismo instante comprendió que compasión sería lo último que recibiría de ella.

Kat se levantó a su vez.

-No te compadezco -dijo, con esa leve sombra de sarcasmo en la voz que se había colado en su tono desde hacía apenas unas semanas-, ni te quiero. Pero sigo creyendo en ti.

El primer día de las fiestas de Navidad, Felicia ya no pudo aguantar en la gran casa vacía. Había superado la Nochebuena marchándose a la cama en cuanto Wolff había desaparecido, tomándose un somnífero y quedándose dormida en el acto. Por la mañana, Jolanta la había despertado con una solemne bandeja de desayuno en la que había puesto una rama de abeto y una vela.

Felicia se sentó en la cama, todavía aturdida por la pastilla, y se apretó la dolorida cabeza con las manos.

-Oh, gracias, Jolanta. ¿Qué hora es?

-Las ocho y media. Si le parece bien, me voy a la iglesia.

-Claro. Vaya usted.

Jolanta se detuvo en la puerta.

-Si quiere venir conmigo...

Felicia negó con la cabeza.

-No. De verdad que este año no estoy de humor.

Tomó un poco de café y probó un trozo del pastel de Navidad de Jolanta, luego se levantó y se vistió.

Iba a sentarse al escritorio, pero ya había repasado cien veces los papeles que había encima; no merecía la pena empezar otra vez. Vagó por la casa, inquieta, alterada. Todos los criados se habían ido a la iglesia.

Ante las ventanas caía la nieve, espesas nubes grises se cernían sobre la ciudad. Desde la biblioteca podía ver la casa vecina. Habían encendido las velas del abeto en el salón, veía su resplandor detrás de los visillos. Temblando, se envolvió más en el chal que llevaba sobre los hombros. «Tendría que estar en Lulinn -pensó-, con mis hijas.»

Pero no había sido capaz de quedarse allí. Había huido de las caras de consternación de su familia, de los reproches no formulados, pero sobre todo de la sensación de que se quedaba sin tierra bajo los pies, en el más auténtico sentido de la expresión.

Quedarse en Lulinn y dejar pasar el tiempo... No, no podía hacer eso. Algo, no sabía qué, la retenía en Munich. Algo le impedía retirarse a la soledad de la Prusia Oriental y lamerse las heridas. Una terca voz interior le decía que aún no podía abandonar la lucha. Pero ¿por qué esa casa? La golpeaba, su silencio la asfixiaba. Allí nunca se había sentido en su casa, desde que llegó por primera vez con Alex. Alex... Se detuvo. En el fondo no era la casa. Era Alex el que allí dominaba sus sentidos. Alex, el eterno elemento contradictorio en su vida.

El amor odio al que la había precipitado le parecía, visto a posteriori, el punto de partida de todas las demás complicaciones, de aquellos combates interiores que se libraban entre su bondad y su egoísmo, su mansedumbre y su frialdad, su deseo de calor y el de dinero.

«Al diablo, no quiero pensar en él ahora -se dijo irritada-, y además todo esto es absurdo. ¡Estoy aquí sentada y me voy a volver loca!»

Tras una corta reflexión, decidió visitar a Martin y Sara. Eran los últimos amigos que le quedaban, y de pronto sentía una abrumadora nostalgia de Sara, de ser acogida en sus brazos y contárselo todo. Se miró en el espejo. Estaba pálida, con los cabellos greñosos, apenas peinados. Se los recogió, se aplicó un poco de colorete y se pintó los labios, y se puso el abrigo de piel

negro de los mejores días. Cuando salió de la casa, el viento le echó copos de nieve a la cara y bajo sus pies crujió el hielo.

Jolanta se quedó como si le hubiera alcanzado un rayo. Alex Lombard, al que creía perdido. Alex había vuelto. Estaba delante de la puerta, más viejo, pero indudablemente era el hijo de la casa.

-¡Dios mío, no puede ser cierto! ¡No es posible! Señor Lombard... ¡El joven señor Lombard ha vuelto!

-¿Puedo pasar?

-¡Oh, claro, por favor! -Jolanta se hizo a un lado-. Tiene que disculparme, estoy confundida. ¡No, es una sorpresa de Navidad! ¡Nadie ha contado con esto! ¡Después de más de diez años!

Fanny, la doncella, acudió corriendo y lanzó un grito.

-¡No! Pero si es...

Alex alzó las manos, apaciguador.

-¡No os desmayéis todas ahora! ¿Sabéis?, estaba en Nueva York y llevaba una buena vida, y de pronto pensé que podía estar bien volver a ver la Prinzregentenstrasse de Munich. Y *voilà!* ¡Aquí estoy! -Colgó con ímpetu su abrigo en el perchero-. Y ahora -prosiguió Alex, y solo un observador atento habría notado la ligera tensión en su rostro- me gustaría ver a la familia. ¡A todos mis seres queridos, a los que abandoné con oprobio un día!

-Oh... -Jolanta y Fanny cruzaron miradas preocupadas-. ¡No hay nadie aquí!

-¿Qué significa eso? Alguien habrá.

-No. Esto está muy solitario, desde hace muchos años. La señora Lavergne siempre nos ha pagado bien, hay que decirlo, pero nunca he sabido exactamente por qué, porque después de que la señorita Sara se fuera...

-Un momento -interrumpió Alex-. ¿Quién es la señora Lavergne?

-Bueno... -Fanny titubeó.

Jolanta se rehízo:

-Su exesposa. Volvió a...

-¡Ah!

-Sí, pero su nuevo marido se quitó la vida hace dos años. ¡Se pegó un tiro, imagínese!

Una sonrisa perversa deformó los labios de Alex.

-Pobre Felicia -dijo enigmático-, no tiene suerte con los hombres...

-Oh, ella también... -Jolanta se interrumpió. «Sin duda no iba a decir nada amable», pensó Alex-. Han pasado tantas cosas -prosiguió a toda prisa-, y usted no sabe nada, porque no era posible encontrarle. Su señor padre ha muerto, poco después del final de la guerra. Y la señorita Kassandra... -La voz de Jolanta se detuvo.

Alex la agarró por la muñeca, sus ojos brillaron atemorizados.

-¿Qué pasa con Kat?

-La pobre es muy desgraciada. Se casó con el señor Wolff, ¡eso lo tiene sobre su conciencia la señora Lavergne! -Jolanta ya no pudo contenerse-. La convenció de que el mayor Rath había caído en Francia y de que no le quedaba nadie más que Wolff, pero imagínese que poco después de la boda el mayor apareció aquí y preguntó por la señorita Kat. ¡Si hubiera visto su cara cuando le dije la verdad! -Ahora había cierto temblor placentero en la voz de Jolanta-. La señora Lavergne quería el dinero de Wolff. O su parte de la fábrica, o lo que fuera. Desde entonces la señorita Kassandra no ha vuelto a cambiar palabra con ella. Y ahora todo se ha acabado, porque Wolff y la



señora Lavergne lo han perdido todo. Yo no entiendo de eso, pero tiene que ver con el crac de la bolsa del que hablan todos los periódicos. Sí, lo han perdido todo. ¡Ahora son pobres como ratas!

-Supongo que Felicia... la señora Lavergne está en su casa, en Prusia Oriental, ¿no?

Jolanta negó con la cabeza.

-Nada de eso. Está aquí, en Munich. Aquí en casa vive. Pero cuando vine hoy temprano de la iglesia, se había esfumado. Yo ya he pensado... ¿no irá a hacerse nada? ¡Hoy en día se oyen y se leen tantas cosas!

Alex volvió a ponerse el sombrero.

-¿Sabes dónde vive Tom Wolff, Jolanta? Me gustaría ver a Cassandra. Quiero que me lo cuente todo con detalle.

-No creo haber sido cobarde en mi vida -dijo Felicia-, pero esta vez... ¡quisiera no salir de esta casa mientras viva!

Estaba sentada a la mesa de la cocina con Sara y Martin, y tomaba té. Fuera nevaba sin interrupción, y del piso de arriba llegaba una suave música de gramófono. Era ya el tercer día que Felicia pasaba allí. De pronto ya no había querido volver a la casa vacía.

-Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras -respondió enseguida Sara-, me alegra poder corresponder por fin. Te daré ropa, jabón y todo lo que necesites. Y puedes dormir en el sofá.

En todo caso, Felicia tenía la sensación de que Martin no estaba muy entusiasmado con el arreglo. Incluso ahora, ante su observación, se limitó a tomar el té en silencio mientras Sara añadía:

-No eres cobarde. Solo estás agotada. Te quedarás aquí y recuperarás las fuerzas.

Llamaron a la puerta con insistencia. Martin se levantó y abrió. Cuando volvió, dijo:

-La mujer del portero. Una llamada telefónica para usted, Felicia.

Felicia se levantó. Siguió por la lúgubre escalera a la mujer entrada en años hasta una oscura vivienda del piso de abajo. En el pasillo había un teléfono sujeto a la pared.

-Que esto no se convierta en costumbre -gruñó la anciana-, ¡podéis compraros vuestro propio teléfono!

Felicia cogió el auricular.

-¿Sí?

-¿Felicia? -Era la voz de Kat.

Felicia necesitó unos segundos para comprenderlo.

-¿Kat? Kat, ¿eres tú de veras? -Qué tontería, sus palabras sonaron como un sollozo.

-Sí -respondió fríamente Kat. Al cabo de una breve pausa, prosiguió-: No ha sido fácil encontrarte. Jolanta estaba muy preocupada. Pero al final se me ocurrió que podías estar en casa de Sara.

-Sí, yo...

A Felicia no se le ocurría ninguna explicación para su desaparición, pero Kat no parecía esperarla.

-Alex está en Munich -dijo de pronto.

-¿Qué? -Fue casi un grito. La portera se acercó, curiosa. Felicia se contuvo-. ¿Qué? -repitió en voz más baja.

-Está en Munich desde anteayer, sí. Ha sido una sorpresa para todos. Se ha instalado en la Prinzregentenstrasse.

-¡No puede ser verdad!

-Si quieres verlo, deberías ir a casa.

-¿Ha... preguntado por mí?

-Sí. Pero no piensa ir a buscarte.

-Kat...

-Solo quería decírtelo.

-¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí hablando? -preguntó la portera, enfadada porque no se enteraba de la conversación.

-Enseguida termino -dijo Felicia. Luego se dirigió de nuevo a Kat:- Te lo agradezco, Kat. Ha sido muy amable de tu parte. No sé por qué lo has hecho, pero te lo agradezco.

-Nada que agradecer. Sea cual sea nuestra situación, hay cosas que te debo. Así que adiós.

-Adiós, Kat.

La conversación había terminado. Como una sonámbula, Felicia salió de la casa, subió la escalera. Sara y Martin la miraban expectantes. Felicia se detuvo en la puerta.

-Era Kat. Alex ha vuelto. Está aquí, en Munich.

Pocas veces se había sentido tan cohibida. Si un cartel en la puerta le hubiera advertido de que había un perro peligroso no habría podido tener más miedo. Estaba allí plantada, cada vez más cubierta de nieve, con su abrigo negro, y al oír los pasos de Jolanta deseó salir corriendo. «Contente -se ordenó-, ¡qué idiotez tener miedo de Alex!»

Jolanta parecía estar a punto de entregarse a un interminable lamento, así que Felicia se le adelantó:

-¿El señor Lombard está en casa? -preguntó con la mayor ligereza posible.

-¡Sí! Es increíble, ¿verdad? Él...

-Lo sé. ¿Está arriba?

Entró antes de que el valor la abandonara. Jolanta tragaba saliva de pura emoción.

-Sí, está en la biblioteca... No puedo creer que...

Felicia la dejó plantada y subió las escaleras. Parecía llevar plomo en los pies.

«Dios mío, he estado casada con ese hombre. No es ningún desconocido, a pesar de los doce años que han pasado.»

Pero sí era un desconocido, y los recuerdos que se apelotonaban en la memoria de Felicia no hacían más que empeorar las cosas. Sin embargo, cuando abrió la puerta de la biblioteca supo que había estado esperando ese momento, y que por eso se había quedado en Munich.

Alex estaba en mitad de la habitación. Tenía un vaso de coñac en la mano y observaba atentamente los lomos de los libros de las estanterías, como si allí hubiera algo que descubrir. Se volvió con lentitud, vio a Felicia y dijo:

-Ah...

Ella cerró la puerta, porque con toda seguridad Jolanta quería escuchar, y sacudió la cabeza haciendo que de su pelo volaran gotas de agua.

De pronto se sintió desnuda y desprotegida, no quería quitarse bajo ningún concepto su último apoyo, su caro abrigo de piel, aunque en la chimenea ardía un fuego muy vivo. Ella y Alex se midieron con los ojos; a ninguno se le escapó ni el menor detalle del otro.

«Tiene dinero», pensó Felicia, en el mismo momento en que Alex rompía el silencio y decía:

-¿Quieres que te diga el precio de mi traje en dólares o en marcos? ¿Facilitaría quizá tus cálculos?

-¿Qué quieres decir?

-Tus fríos y hermosos ojos acaban de pesarme en monedas, y solo quiero decirte que no te contengas. Pregúntame tranquilamente a cuánto asciende el saldo de mis cuentas.

-Cómo se te ocurre que yo...

-Lo sé todo acerca de ti. Disculpa, quizá ha sido algo indiscreto, pero he pedido a Kat que me contara la historia de tu vida durante los últimos doce años. En este momento estás un poquito...

*out of business*, ¿no?

-¿Y a ti qué te importa?

Él sonrió.

-Perdón. Si no quieres... ¡pues nada!

Felicia enterró las manos en los amplios y suaves bolsillos de su abrigo, y encogió los hombros hasta que el ancho cuello se pegó a su cara. Parecía una gatita que se acaricia con la piel de su madre. «No -decidió mentalmente Alex-, una gata un poco mayor, que ya no tiene madre.» Sus cabellos mojados, goteantes, teñidos de rojo, tenían algo de conmovedor...

-Que tengamos que hablar así... -dijo ella-. Hace más de una década que no nos vemos, y apenas estamos el uno frente al otro seguimos donde lo dejamos... ¡en plena pelea!

-Seguramente sea nuestro destino.

Ella se encogió de hombros.

-¿Por qué has vuelto a Munich?

-¿Por qué has vuelto tú?

-¿Yo? Para ir aquí a la quiebra, ya lo sabes.

-Sí, sí. -Movi6 su coñac en la copa, pensativo-. Tú y Wolff. Qui6n iba a decir que haríais causa com6n y sucumbiríais juntos... En este mundo hay cosas que concuerdan. Sin duda en eso se basa esa cierta armonía que parece tener de vez en cuando el destino en la tierra.

-Sabe Dios que no hay nada que nos vincule a Wolff y a mí.

-¿No? -Ahora su voz sonaba fría-. Vuestro 6nico amor es el dinero, vuestro 6nico miedo es la pobreza, vuestra 6nica arma es la total falta de escr6pulos. ¿Quieres que siga?

-No.

-Le jugaste una mala pasada a mi hermana Kat. Sí, casi se podría decir que le arruinaste la vida. Naturalmente, responderás que no la obligaste a nada. Pero como en el fondo de tu ser posees al menos una buena cualidad, y es una cierta sinceridad, tendrás que admitir que, en primer lugar, no le dijiste toda la verdad a Kat y, en segundo, que aprovechaste para tus fines su estado de ánimo, por entonces bastante inestable. No me equivoco, ¿verdad?

-No tienes ni idea de...

-Sí. Sé que Wolff te tenía atrapada. Kat o la fábrika... Quería tener una de las dos cosas. Y tú entendiste muy bien que tendrías que darle una de las dos. Naturalmente, luchaste contigo misma noches enteras, y por fin tomaste la decisión que te pareció la mejor para todos los afectados y, en primer término, por supuesto, ¡la mejor para tí!

¡Si dejara de burlarse de ella! Se sentía como una niña pequeña. La furia la inundó. «¿Qué se ha creído? ¡De pronto viene a casa y me lee la cartilla! Tampoco se ha vuelto más joven. Poco a poco, nuestra diferencia de edad se pone de manifiesto. Yo tengo poco más de treinta, él está cerca de los cincuenta. En última instancia tengo las mejores cartas, el tiempo trabaja a mi favor.»

Dominó su inseguridad pasando al contraataque.

-Es muy fácil hacerme reproches ahora -dijo venenosa-, después de haberte esfumado en el aire dejándome la mierda cuando el carro estaba atascado en ella.

Él sonrió. Siempre le había gustado su capacidad de ponerse inesperadamente vulgar de vez en

cuando.

-Cierto -asintió con sospechosa mansedumbre-. Los desertores deberían mantener la boca cerrada. Las gentes sin honor no son predicadores convincentes.

-¡Muy cierto! -Poco a poco, Felicia volvía a tener suelo bajo los pies. Levantó la mandíbula-. Ahora que hemos llegado al raro acuerdo de constatar esto, quizá podrías contestar a la pregunta que te he hecho antes. ¿Por qué has vuelto?

Alex titubeó y la miró. Ella se sintió incómoda bajo su mirada inquisitiva. No conocía ese rostro; de pronto mostraba una expresión extraña. La había mirado a menudo con esa frialdad, pero la ironía aliviaba su ira. Esta vez, su hostilidad se mostraba de manera abierta... Con sorpresa, ella sintió incluso una vulnerabilidad completamente inusual en él.

-Quizá -dijo en voz baja- solo haya vuelto para retorcerte el pescuezo.

Kat se sentía como si algo de la magia que había tenido su juventud, y que hizo de ella una chica alegre y frívola, de nervios un poco tensos, hubiera vuelto a su vida. Durante los últimos años, los recuerdos del pasado habían sido amargos para ella porque llevaban adherido el triste aroma de lo irrecuperable. «Entonces aún creía... Entonces aún esperaba... Entonces aún era lo bastante ingenua como para pensar...»

«¡Basta de cháchara!», se ordenó ahora. Una chispa cálida había prendido en ella, hacía sus pasos más ligeros, su ánimo vivo. Sin duda tenía un camino pedregoso por delante, pero había tenido entre sus brazos a un Wolff desesperado, desenmascarado, y una auténtica ola de energía la había inundado. Una persona buscaba apoyo en ella... ¡Ese era el reto! Y ahora también Alex... Como si el destino hubiera decidido devolverle toda la energía que le había quitado durante los últimos años.

-Eres la única persona en la que confío, Kat. La única a la que siempre he podido decírsele todo.

-Soy tu hermana. Nada podrá separarnos nunca.

Había sostenido su mano mientras hablaba, pasando de la calma a la irritación, mezclando las autoacusaciones con cortantes análisis de su propio ser, confesando su nostalgia y su incurable, eterno anhelo de Felicia.

Desde el primer momento, ella le había atraído y repelido a un tiempo. Había percibido en ella energía, amor, lealtad, una fuerte entrega a la vida. Se quedó fascinado con la total ambigüedad de su ser, sin sospechar que era eso lo que la hacía inalcanzable. Le había parecido superficial, juguetona, inmadura, ansiosa de diversiones, a menudo incluso cruel. Pero eso solo era una cara.

-Entiéndelo, Kat, esa era la cara que mostraba porque era la más cómoda, le reportaba más ventajas, la protegía de tener que tomar la vida en serio. No quería crecer, sentía que cuando lo hiciera predominaría un rasgo de ella que le complicaría la vida. Pero una y otra vez lo bueno y lo admirable se han hecho visibles.

De pronto, Alex había descubierto dentro de sí un amor libre de cinismo, y tenía que haberse dado cuenta enseguida de que de él solo podía surgir una tragedia. Salir al paso de un ser contradictorio, complicado, con la famosa fe en la bondad de la humanidad era mortal, querer poseerlo conducía a una lucha agotadora y sin esperanza.

-Fue el cuadro que vi de ella. Lo vi, y para mí era la chica más hermosa del mundo, y me di cuenta de todo lo que representa su carácter: su arrolladora valentía, su orgullo, su inteligencia y calidez. Comprendí que su burla podía ser venenosa como una mordedura de serpiente, pero que siempre tenía, invisible, una espada en la mano para proteger a los que amaba. La vi testaruda e independiente... solo que el pintor, pensó, no la quería. Aquella expresión fría y ensimismada en

los ojos, aquella contradicción perturbadora, rechazante, con la risa delicada, enamorada de la vida, en sus labios. Me equivoqué. El pintor no tenía nada contra ella. Era su tío Leo; la quería, y la conocía muy bien. La pintó como era, y fue como si quisiera pronunciar una enigmática advertencia: «Cuidado, podéis hacer lo que queráis, ella nunca se entregará a vosotros. La amaréis y la necesitaréis, y ella nunca os dejará en la estacada, pero jamás pertenecerá a nadie, porque necesita la libertad de apurar sus propias contradicciones». -Sus manos se aferraron a las de su hermana-. La amo, Kat. Siempre la amaré, pero puedo jurarte que nunca se lo diré.

Se había quitado el abrigo de piel, lo había dejado resbalar al suelo con descuido. Ahora estaba sentada en el suelo delante de la chimenea, con las piernas encogidas, e inclinaba hacia las llamas sus cabellos mojados mientras se desenredaba los rizos con los dedos. Alex estaba sentado a su lado, con la espalda apoyada en un sillón, la copa de coñac entre las manos. Miraba las llamas, y Felicia le miraba a él, a escondidas, por debajo del borde de los párpados entrecerrados. Fuera caía la tarde, el fuego de la chimenea difundía una suave luz. Bajo su resplandor, los contornos del rostro de Alex parecían más suaves, las sombras revelaban la nueva vulnerabilidad en sus rasgos.

Felicia nunca había reflexionado antes acerca de él; no había visto más que lo que él quiso que viera: al hombre elegante, mundano, seguro de sí mismo, que podía mostrar fácilmente tanto buenos modales como una tosca conducta, que la trataba de forma alternativa con delicadeza y sin reparos. Ahora, una nueva conciencia se agitaba en ella: «Nunca me he esforzado en saber nada de él. Igual que de Benjamin. Solo he querido siempre entender a Maksim, que estaba ante mis ojos como un libro abierto. Él no era un secreto, pero Alex sí lo es, y nunca he intentado antes...». Enseguida se preguntó, sorprendida: «¿Le quiero todavía?».

-Eso no puede ser -murmuró.

Alex la miró.

-¿Qué pasa?

-Estaba preguntándome si en realidad he querido a dos hombres durante todos estos años.

-¿A quién, aparte de Maksim Marakov?

-A ti -dijo, y en sus ojos despertó la burla ante lo grotesco de aquella situación. Vencía sobre los segundos de romanticismo que habían querido infiltrarse.

Alex sonrió.

-Es de suponer. De lo contrario, todas tus relaciones no hubieran salido mal. Nunca has querido darte cuenta, porque en más de un sentido siempre fuiste la niña de buena familia a la que le enseñaron que solo había un amor, grande, sobrenatural. Deja que un hombre experimentado te diga una cosa: en la mayoría de los casos, el amor viene aparejado a anhelos muy terrenales: deseo físico, hambre de poder o autoafirmación... Como en ti coincide todo eso, necesitas al menos dos hombres para apurarlo.

-No ves ni un rastro de nada bueno en mí, ¿no?

Él respondió relajado:

-El hombre que creía en lo bueno que había en ti se pegó un tiro, ¿no? No, no, me importa demasiado mi vida y mi tranquilidad de espíritu. Veo cómo te presentas y me divierte, porque siempre serás un juguete de tu desmesura. Precisamente tu codicia te impide alcanzar lo que quieres. No puedo negarte cierto valor. Es fascinante ver cómo básicamente apuestas demasiado alto... y lo pierdes todo. Ya se trate de hombres o de dinero, lo quieres todo y lo arriesgas todo.

-En primer término me arriesgo yo.

-Como he dicho antes... siempre he admirado tu valor.

Su relajación volvió a ponerla furiosa.

-Qué absurdo es todo esto -dijo con energía-: Navidades y fuego de chimenea, y no hay nada detrás. Cómo se me pudo ocurrir que os he querido a ti y a Maksim al mismo tiempo...

-No es tan extraño. Hay algo en lo que tu querido Maksim y yo somos iguales. Te excitamos porque no puedes someternos a tu voluntad. El camarada Lenin siempre ocupó el primer puesto en el corazón de Maksim, y yo tampoco he caído nunca de rodillas ante ti. No es precisamente original, ¿sabes? Hay muchas mujeres como tú. Le tiras a la cara sus sentimientos a los hombres que te adoran, y casi te matas por los otros.

-Seguro que no voy a matarme por ti -dijo Felicia-. Acabo de sentirme un poquito débil y sola, de lo contrario no habría dicho tantas tonterías.

-¡Débil y sola! -La sonrisa de Alex era fría, pero tras ella acechaba una oculta ternura-. Lo creo, querida. Al parecer, Maksim te ha abandonado. Tu esposo descansa bajo tierra. Tu dinero se ha esfumado. Sí, puedo imaginarme que gano valor para ti. Eres muy voluble, Felicia. Llega el tiempo de las vacas flacas, así que buscas rápidamente ayuda a tu alrededor.

Su sarcasmo ardió como ninguna herida había ardió en su vida. No sabía por qué era capaz de afectarla así, y tampoco quería saberlo. Solo quería que se quedara, que no se fuera como todos, como Maksim, su padre, Christian, tía Belle y Benjamin. De pronto tenía la sensación de estar completamente sola en el mundo y de que el mundo era negro y amenazador, y como si la última isla fueran ese cuarto... y ese hombre.

Solo después comprendió que había estado literalmente de rodillas delante de él, tal como estaba delante de la chimenea, con las manos en el regazo, el cabello a medio secar revuelto sobre los hombros.

-Te quiero, Alex -dijo, y su entendimiento aún funcionaba con la suficiente frialdad como para dejarle pensar al mismo tiempo: «Qué extraño, tengo treinta y tres años y es la primera vez que le digo esto a un hombre».

Pero lo había dicho, y fue como una liberación. Ahora Alex sabía a qué atenerse; el próximo paso tenía que darlo él.

Al mismo tiempo, Mascha Ivanovna estaba a la entrada del barracón en el que había pasado años de su vida, y esperaba. Tenía en la mano un bolso que contenía todas sus posesiones.

La capataz le había ordenado esperar de pie y con la puerta abierta; una última maldad que, obviamente, le procuraba satisfacción. El frío del invierno siberiano ardía en la piel y parecía socavar hasta los huesos más escondidos. Mascha miró al cielo, que se cernía cargado de nieve sobre la tierra; miró los campos nevados que se perdían en el horizonte y se fundían con el cielo en aquella terrible soledad, que podía ser más mortal que el hambre y el frío, el trabajo duro, la falta de sueño y la enfermedad. Unas cuantas cornejas chillaban sobre la desierta extensión, pero hoy sus gritos no eran la respuesta desesperada a la desolación del mundo, hoy Mascha veía en ellos el triunfo de los que a pesar de todo viven. «Hoy seré libre -pensaba-, hoy seré libre.»

Apenas se lo creía porque, aunque habían pasado los siete años de destierro, ¿quién iba a acordarse de ella?, ¿quién conocía aún su nombre? Había reclamado tener contacto con su abogado, pero le preguntaron, entre risas burlonas, cómo se imaginaba que iba a hacerlo:

-¿Crees que va a viajar miles de kilómetros para hablar contigo?

Los nuevos tiempos necesitaban gente. Stalin, el nuevo líder del Kremlin, el santo, el caudillo, el revolucionario, había dado comienzo a la segunda revolución: la transformación de un país agrícola en un moderno Estado industrializado. Los vagones de mercancías que iban del oeste a

los Urales o a Siberia transportaban personas, personas, personas. En las extensiones de las estepas crecían ciudades, casas, fábricas en el suelo frío e inhóspito. Al sur brotaban presas, centrales eléctricas, chimeneas.

Y por delante de todas, la gran ciudad industrial del Volga luchaba por alcanzar su lugar en el mundo moderno: Zarizyn, que en homenaje al gran líder cambiaba su nombre por el de Stalingrado.

No, cuando los trenes volvían iban vacíos, no llevaban personas, ese valioso material, del este al oeste. Por las noches Mascha yacía despierta, escuchaba el ulular del viento, que rugía sobre la estepa helada, y pensaba: «No me dejarán ir. Necesitan todas las manos. Me quedaré aquí, enterrada en vida».

Pero alguien se había hecho cargo de su caso. Alguien había luchado por ella. Muy lejos, en la lejana Leningrado, había alguien... Una voz interior le decía que tenía que ser Maksim. Él no se había rendido, como ella no se había rendido. La voluntad de vida de ambos la había hecho aguantar, y ahora tenía incluso una nueva fe en el futuro. No sabía cómo sería el mañana, pero creía que habría un mañana. Había tanto que hacer.

Quería volver a ser parte de la vida. Quería...

-¡Prisionera Ivanovna, recoja su equipaje y sígame!

Cogió su bolso y salió a la nieve. La fuerza de sus años jóvenes la inundó y le hizo sonreír. Acogía con todos sus sentidos las promesas de la libertad.

La anciana se arrodilló en el rincón más alejado de la habitación. Sus ojos estaban pendientes, llenos de admiración, del retrato del dictador Stalin en su marco de metal, allá donde hacía años había estado el icono de la Virgen. Maksim la contempló moviendo la cabeza. Había encontrado alojamiento en casa de su antigua patrona de Leningrado, y cada día de su estancia allí volvía a sorprenderse al ver cómo había cambiado la vida de aquella mujer sencilla. Stalin en vez de la sagrada Virgen. Stalin, el redentor. Stalin, el futuro de la humanidad, la luz en el horizonte.

La anciana se levantó, se sacudió el polvo de la falda.

-Le he dado las gracias por que su amiga haya regresado -explicó.

-No tiene que darle las gracias por eso. Estaba condenada a siete años, y han pasado casi ocho. Ese nuevo Mesías le ha robado un año de su vida, es todo lo que ha hecho por ella.

La mujer se quedó mirándolo.

-Pero... Usted mismo luchó por la revolución...

-Hace mucho de eso. Y muchas cosas han cambiado. He luchado por la libertad, pero hoy ya no la encuentro en este país.

-Ah...

Todo eso no era más que cháchara, le parecía a la anciana. Gente como Maksim Marakov solía hablar de esa manera hinchada, y nadie sabía lo que querían decir en realidad. Libertad... ¿Se hartaba uno de ella? No, de eso no, y por eso ella prefería a su gran Josef Stalin, que prometía pan y trabajo. Eso era real, no mera palabrería. Con pan podía una imaginarse algo, en cambio los discursos de Maksim no tenían ni pies ni cabeza. ¡Debería alegrarse de que su Mascha regresara!

-Ahora voy a hacerle un té caliente -dijo-. Con un chorrito de vodka, ¿no? Estos últimos meses se ha consumido usted entre abogados y jueces, Maksim. ¡Está muy pálido!

Salió muy ajetreada de allí.

Maksim se quedó en la habitación, con las manos en los bolsillos y la chaqueta por los hombros. Fuera nevaba, y el crepúsculo velaba las casas de la ciudad. Petersburgo. Petrogrado. Leningrado.

Pensó en los años de lucha que habían transformado esa ciudad, en la abigarrada mixtura de sueños, sangre, lágrimas, esperanzas y amargas experiencias en la que se basaba la transformación. Todo estaba aún en las calles, en el aire, sobre las plazas y caminos, pero podía pensar en ello sin el amargo regusto de decepción y resignación en la lengua. Las heridas del pasado ya no sangraban. Lo único que contaba era el momento y la esperanza. El instante era calor, un fuego chisporroteando en la estufa, la dulzura del crepúsculo y la anciana que trajinaba en la cocina haciendo entrecuchar las tazas de té. Y la esperanza era... Se acercó a la ventana, pero no vio las calles y las casas. Su mirada llegaba más lejos, hasta las estepas de Siberia. Iba al encuentro del tren que, tirado por su resoplante locomotora, se acercaba incesantemente, kilómetro a kilómetro, por entre hielo, nieve, bosques, pantanos, lagos, campos, cruzando los grandes ríos asiáticos y el mundo inhóspito de los Urales. Iba al encuentro del tren que traía a Mascha.

Felicia había sabido desde el principio que la escena terminaría delante de la chimenea. Cada escena que exigía la participación de ambos tenía que acabar con un final atronador, fuera cual fuese. Jamás podían separarse con cortés discreción. En su último encuentro, se habían deseado lo peor y se habían divorciado. En este, cayeron en la cama y se amaron con tanta codicia como si llevaran esperando hacerlo todos aquellos años. Fue hermoso, grandioso, inolvidable... pero no le reportó la victoria que ella había esperado alcanzar.

Cuando se separaron, cuando sus manos se deslizaron por su espalda, cuando los dedos de él se apartaron de sus brazos, ella ya había comprendido que él no iba a quedarse. Esa era la diferencia, ahí estaban los doce años. Podían disolverse en la nada durante cinco minutos, pero, con la seguridad de un tentetieso, volvían a levantarse y recordaban implacables su existencia. Doce años y demasiados escombros.

-Amor al atardecer -dijo Alex-, y con una dama de los círculos más refinados.

Felicia abrió los ojos.

-La dama se ha caído del arcoíris -repitió, presa de un repentino recuerdo.

Alex se sorprendió, luego se echó a reír.

-¿Todavía recuerdas lo del arcoíris?

-Siempre lo he tenido presente.

-Típico. Apuesto a que no recuerdas ni uno de mis fogosos juramentos de amor de entonces.

-¿Para qué? Dado que tú mismo los has olvidado, me sirven de bastante poco.

-Mi olvido es hijo de tu olvido -dijo misteriosamente Alex. Tanteó la mesita en busca de un cigarrillo, lo encontró y lo encendió. Siguió hablando sin transición-: Voy a comprar Lulinn.

-¿Qué? -Felicia se incorporó. Sus ojos grises, todavía velados bajo el eco de la pasión, lo miraron despejados, desconfiados y atentos-. ¿Qué se te ha perdido a ti en Lulinn?

-¿A mí? Nada. No puedo llevármelo a Nueva York -dijo relajado Alex, y supo que en ese momento estaba tratando a Felicia peor que nunca. Esta vez ponía el dedo en la llaga. Las dos cuestiones sagradas de su vida, Lulinn y la familia, eran su talón de Aquiles.

Ella le miraba como si hubiera intentado asesinarla, y cada fibra de su cuerpo parecía gritar: «¡Quita las manos de ahí! ¡No se te ha perdido nada en esa parte de mi vida!».

-Te lo cederé -prosiguió él-, sin duda será mío, pero podrás hacer lo que quieras con él. ¿Qué te parece?

Los rasgos de Felicia se relajaron. Tendría que haberse dado cuenta de que no hablaba en serio. Quería enfadarla, y había estado a punto de sacarla de sus casillas.

-No digas tonterías -dijo.



-No digo tonterías. Te hago una oferta. Y vas a aceptarla.

Ella le miró, inquisitiva, temerosa y confusa. Él no pudo por menos que reírse de la desconfianza que había en sus ojos.

-Niña, lo digo en serio. Sé por Kat que estás a punto de perder todo tu patrimonio, incluso la herencia de tu difunto marido. Dios mío -sonrió-, me da miedo imaginar la falta de escrúpulos y la codicia con la que tienes que haber llevado tus negocios. ¡Solo quien sube muy alto puede caer tan bajo!

-No voy a aceptar nada de ti.

-No voy a regalarte nada. Compró una propiedad que no tengo tiempo de atender, y como exesposa mía vivirás en ella. Aunque no te guste... todavía existen ciertos vínculos legales entre nosotros.

-¿Por qué haces esto?

-Oh... Gracitud. En aquella ocasión te dejé en una situación bastante desesperada, y aun así conseguiste dar un nuevo esplendor a la fábrica, por... bueno, por los medios que fuera. Mi padre y mi hermana han vivido de ti. Simplemente me tomo la revancha. Es un trato como otro cualquiera; al fin y al cabo, tú entiendes algo de tratos.

Ella lo miró con sus ojos estrechos, de inteligencia felina.

-De veras, Alex, ¿por qué?

Él respondió a su mirada con repentina suavidad, casi con ternura.

«Ahora -pensó Felicia-, ahora me va a decir...»

-Quiero permanecer en tu vida -dijo indiferente. Su voz no tenía nada en común con sus ojos-. De vez en cuando, cuando me cansé de América y las mujeres de ojos fascinados y eterno pestañeo me resulten demasiado empalagosas, me gustaría volver contigo. Como vuelve tu amado Maksim cuando le asaltan las dudas acerca de la revolución proletaria mundial. Él pensará como yo pensaba: de vuelta a la patria para sacar nuevas fuerzas del suelo familiar. Pero en realidad... te buscamos a ti, porque estás viva y das energía. Y yo... -Se detuvo-. Bah, nada -dijo vagamente, y en el mismo momento fue como si explotara la verdad entre ellos, la verdad de que se amaban y ninguno hablaría jamás del asunto, porque ninguno de los dos estaba hecho para tratar con el verdadero amor.

-Así que te irás -dijo Felicia, porque tenía que decir algo para que no le ahogara la fiebre que llevaba dentro.

Por el mismo motivo, Alex replicó:

-Sí. Quizá a Sudamérica al principio. Podría gustarme la idea de una plantación de café y una buena vida en una casa blanca con columnas.

Fuera seguía nevando. Hacía mucho que había caído la oscuridad. Siguió tendidos en silencio en la cama, fumaron sus cigarrillos y se quedaron mirando el gris velo de humo que se alejaba flotando y se perdía en la oscuridad.

La mañana era clara y resplandeciente. Una luz dorada había despertado en el horizonte, se había extendido lentamente por el cielo antes de tocar la gruesa y dura nieve y arrancarle chispas cristalinas. El día empezaba en Lulinn.

Era el primero de enero de 1930, el comienzo de un nuevo año y de una nueva década. El año anterior se había despedido con el gran crac bursátil, el que empezaba estaba bajo el signo de una crisis económica mundial, pero la gente esperaba que las cosas no fueran tan mal. Solo en raros

casos, asediados por oscuras premoniciones, decían: «Esperad, dentro de diez años todo volverá a ser de color de rosa y no recordaremos todo este disgusto».

Felicia salió al porche trasero, del que algún espíritu servicial había retirado la nieve. Se apoyó con ambos brazos en la balaustrada de piedra y contempló la radiante mañana, la luz en el cielo, los campos de nieve, los árboles con sus ramas peladas por el invierno y el negro cinturón de abetos en el horizonte. Como siempre en Lulinn, tuvo la sensación de saborear la sal en el aire. Abrazó el paisaje con los ojos, tiernamente, sin miedo, como a un amante. Luego, tras esos segundos de mudo saludo, se volvió y regresó a la casa.

Toda la familia estaba en Lulinn. Modeste reinaba en el sofá junto a su prometido y contaba un chiste cuya gracia había estropeado ya tres veces y que no interesaba a nadie. Linda estaba apoyada en un rincón y escuchaba, con cara de cordero degollado, los recuerdos de juventud, extremadamente mediocres, de la tía Gertrud. Nicola, que últimamente daba vueltas a la pregunta de si el matrimonio y el embarazo le habían quitado ya el primer barniz de la juventud, coqueteaba delante del espejo junto a la puerta del jardín, mientras Serguéi irritaba a todos queriendo saber a toda costa cómo iban a pasar el Año Nuevo. «Si estuviera en Berlín...», decía nostálgico una y otra vez, y su gesto no dejaba duda alguna acerca de que Lulinn y la vida en Lulinn le resultaban terriblemente provincianas. Tío Victor irrumpió en la amable charla matinal con una gracia muy particular; llevaba la camisa parda de las SA y se movía con pasos enérgicos.

-Asamblea de Año Nuevo de las SA en Insterburg -anunció con voz de mando-. Bien, ¿puedo despertar el interés de alguno de los jóvenes señores?

Serguéi, que encontraba carente de elegancia el uniforme de las SA y por ese motivo nunca habría tomado en consideración unirse a sus filas, se volvió levantando las cejas. Tío Victor miró de reojo a Jo y le dio una fuerte palmada en el hombro.

-Bueno, sobrino, ¿y tú? ¿Tampoco tienes ganas de ser todo un hombre?

-Nunca llegaré a tu altura, tío Victor -repuso sonriente Jo.

Victor se preguntó, desconfiado, si en la voz de su sobrino había habido una sombra de burla.

-Tío Victor, ¿ahora vas a estar siempre cantando canciones idiotas? -preguntó Belle, que tenía once años.

Victor se volvió, vio una nube de pelo castaño y miró a los ojos grises y desafiantes de las mujeres de Lulinn:

-¡Felicia! -gritó-. ¡Felicia, exijo que tu hija se disculpe conmigo!

Felicia le miró con frialdad.

-¿Por qué? Tiene toda la razón. Y sería bueno que en Alemania hubiera unos cuantos más que os dijieran de vez en cuando la necesidad con la que os comportáis.

Victor jadeó en busca de aire, pero Felicia no le hizo ni caso y se acercó a Elsa, que estaba sentada frente al secreter del rincón y hojeaba el gran álbum familiar. Sus ojos estaban oscuros y preocupados.

-Ah, Felicia -dijo en voz baja-, esto no debería volver a ocurrir jamás.

Felicia miró la página abierta.

«Christian Degnelly -leyó-, caído en Verdún el 20 de marzo de 1916. Dr. Rudolf Degnelly, caído el 12 de agosto de 1916 en Galitzia. Leopold Domberg, muerto en 1916 en Francia.» Allí a tío Victor, el guardián del honor alemán, se le había escapado la pluma de pura furia; Leo y su intento de deserción eran la mancha de vergüenza en la familia.

«Johanna Isabelle von Bergstrom, fallecida en noviembre de 1917 en Estonia, durante su huida de los bolcheviques.» Mencionar aquello había sido una necesidad para Victor.

Incluso Benjamin había sido incluido en el libro sagrado: «Benjamin Lavergne, esposo de Felicia Lavergne, de soltera Degnelly, de divorciada Lombard, fallecido por suicidio el 23 de abril de 1927».

Tanto el suicidio como el divorcio estaban considerados una vergüenza, y Victor había luchado consigo mismo durante largo tiempo antes de mencionar aquellas lamentables circunstancias, pero al final había decidido hacerlo porque de ese modo le podía dar una bofetada a Felicia. Sin embargo, hacía mucho que Felicia ya no veía las páginas amarillentas, la tinta negra, no se veía afectada en lo más mínimo por la maldad de Victor. Miraba a través de los años hasta el tiempo en que los muertos aún estaban vivos, y en su recuerdo se alineaban en una larga fila: Christian, casi un niño aún, cuya muerte nunca superaría. Su padre, la imagen de aquella tarde de calor aplastante en Bucovina, la imagen que guardaba de él antes de que muriera.

Leo, con su rosa de papel en la solapa, con su ansia de vivir, su tendencia al sentimentalismo, su insaciable deseo de gozar. Tía Belle se alzó ante sus ojos. Su hermosa boca estallaba en una carcajada mientras ella giraba como un torbellino sobre unos tacones peligrosamente altos, por el salón de baile alumbrado por velas del Palacio de Invierno, en Petrogrado. ¡Y por fin Benjamin, el bueno de Benjamin! ¿Qué había dicho Laetitia? «Un pájaro que nunca aprendió a volar...» Y se acordó de sus propias palabras: «Ahora tengo que vivir con eso».

-Nunca volverán -repetía Elsa en un susurro.

Felicia le pasó el brazo por los hombros.

-No llores -pidió-, por favor, no llores. ¡No debes mirar atrás!

Pero ella misma estaba mirando atrás en aquel momento, y comprendía que los muertos no reclamaban lágrimas, sino trabajar por un futuro mejor para los que venían tras ellos. Con mirada afilada, Felicia observó a su alrededor, y la burla que hasta entonces había dirigido a tío Victor se mezcló con temor. De allí, de hombres como él, venía el peligro. Nunca había sido una madre muy cuidadosa, pero siempre había estado dispuesta a proteger a sus hijas de cualquier peligro, y ahora tomaba conciencia de que todos ellos, todos los adultos allí reunidos, eran responsables de que nadie pusiera en juego la seguridad y la vida de sus hijos.

El sonido de copas que tintineaban con delicadeza la sacó de sus pensamientos.

Laetitia estaba detrás de ella, con una bandeja de plata con copas llenas.

-¡Empezaremos este día especial con champán!

Cogió una copa. Elsa se incorporó. El ruido de las voces se acalló, incluso las niñas guardaron silencio y se miraron sorprendidas. Victor carraspeó pero, antes de que pudiera dar comienzo a uno de sus temidos y pomposos discursos, su madre ya había tomado la palabra.

-Ya dijimos suficientes palabras bonitas anoche -señaló con una fina pero implacable sonrisa-, ahora bebamos simplemente por el año nuevo. Y por la nueva década, que no sabemos lo que traerá, pero que empezamos aquí, en nuestro Lulinn, y eso es más de lo que a menudo hemos tenido ocasión de esperar en el pasado. Hemos sobrevivido a la guerra mundial, a la revolución, a la inflación y, con pérdidas dolorosas, al crac de Wall Street. Seguiremos lográndolo, y por eso... -Alzó su copa.

Elsa, que no podía apartar la mirada del libro de familia, añadió apresuradamente:

-Deberíamos brindar también por nuestros muertos.

Los gestos de los otros adoptaron una expresión consternada. De golpe, era como si aquella radiante mañana hubiera perdido brillo. Felicia sabía que a Elsa le dolería que le quitara la última palabra, esa última palabra, pero también sabía que tenía que hacerle ese daño, porque las heridas que se curan siempre duelen.

Los muertos volvían a sonreírle pero, con su característico apego al suelo, ella veía sobre todo la imagen de Alex Lombard, que le gritaba riendo: «¡Lulinn por la gracia de Lombard, no lo olvides!». Y en secreto brindó por él, con la furiosa promesa de no olvidarlo nunca, hasta el día en que cada mañana pudiera volver a llamar suyo aquel suelo. Sus pensamientos fueron hacia el futuro, porque después de todo lo que había pensado sabía que aquella tenía que ser la última palabra: el futuro.

Alzó su copa, y Laetitia y ella cambiaron una mirada de silencioso acuerdo.

-Brindemos por la próxima generación -dijo.

## **Una conmovedora novela de Charlotte Link sobre la lucha por la supervivencia de una mujer excepcional en un mundo en guerra.**



**Prusia, 1914.** Felicia ha crecido muy protegida en Lulinn, la finca familiar de los Degnelly en Prusia Oriental. Le encanta montar a caballo, vivir rodeada de naturaleza y pasar todo el tiempo que puede con Maksim, su compañero de juegos de infancia de quien está enamorada. Pero tiempos convulsos invaden su paraíso particular y el chico, impresionado por las nuevas ideas que llegan de Rusia, decide marcharse y unirse a la Revolución.

Poco después de desatarse la Gran Guerra y los primeros soldados del ejército ruso aparecen en Lulinn. Felicia, sola con sus abuelos en la gran casa, consigue mantenerlos a raya, pero cuando el anciano muere, abuela y nieta se ven obligadas a huir. En Berlín, Felicia conoce a Alex Lombard, un joven de buena familia que puede proporcionarle un bienestar al que no está dispuesta a renunciar y, sin pensárselo demasiado, se casa con él aunque su corazón pertenece a Maksim..

De las trincheras francesas a la Rusia revolucionaria, del Berlín decadente de entre guerras al crac financiero de Wall Street y el surgimiento del nazismo, La estación de las tormentas es la primera entrega de una trilogía apasionante sobre una mujer excepcional y su familia. Un vívido reflejo de los acontecimientos que estremecieron el mundo durante el siglo XX.

***La estación de las tormentas* es la primera entrega de una saga histórica bestseller internacional que lleva más de 1.500.000 ejemplares vendidos.**

**Charlotte Link** (Frankfurt, 1963) es una de las escritoras más sobresalientes de la literatura contemporánea alemana. Crea absorbentes y tensas tramas de suspense sostenidas por unos personajes que intrigan y subyugan al lector. Charlotte Link ha sido finalista del Deutscher Buchpreis (máximo galardón a la mejor novela en lengua alemana) y ha recibido el premio Goldene Feder por su carrera literaria así como premios de los libreros.

*La estación de las tormentas* es la primera entrega de una aclamada trilogía publicada originalmente en 1989 y que lleva más de un millón y medio de ejemplares vendidos.

Otros títulos publicados de esta autora son: *Dame la mano*, *Tengo que matarte otra vez*, *En la guarida del zorro*, *Ecos del pasado*, *El engaño*, *La búsqueda* y *¿De quién te escondes?*.

«Me gusta escribir sobre gente que vive como cualquiera de nosotros. Resulta fascinante cuando quedan inmersos en una situación excepcional. A menudo las lectoras me escriben: "¡Esa podría ser yo!". Creo que reconocerse en una trama de suspense aumenta la tensión. [...] Cuando se está entre la espada y la pared, personas normales y corrientes, gente insospechada, se convierten en héroe»

**Charlotte Link**

Título original: Sturmzeit

Primera edición: noviembre de 2020

© 1989, Blanvalet Verlag, una división de Verlagsgruppe Random House GmbH, Munich, Alemania [www.randomhouse.de](http://www.randomhouse.de)

Publicado por acuerdo con Ute Körner Literary Agent, S. L. U., Barcelona

[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Travessera de Gràcia, Barcelona

© 2020, Carlos Fortea Gil, por la traducción

Diseño de la portada: Jose Luis Paniagua

Fotografía de portada: © Arcangel/ Ildiko Neer (personaje femenino), ©Pixabay (casa)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del . El estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Composición digital: Newcomlab S.L.L. [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

[1] Descendientes de los alemanes que colonizaron los países bálticos en la Edad Media, los llamados «alemanes del Báltico» vivían desde principios del siglo XVIII bajo soberanía rusa. (*N. del T.*)



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

## La estación de las tormentas

### Libro I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

### Libro II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

### Libro III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Libro IV

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Sobre este libro

Sobre Charlotte Link

Créditos

Nota